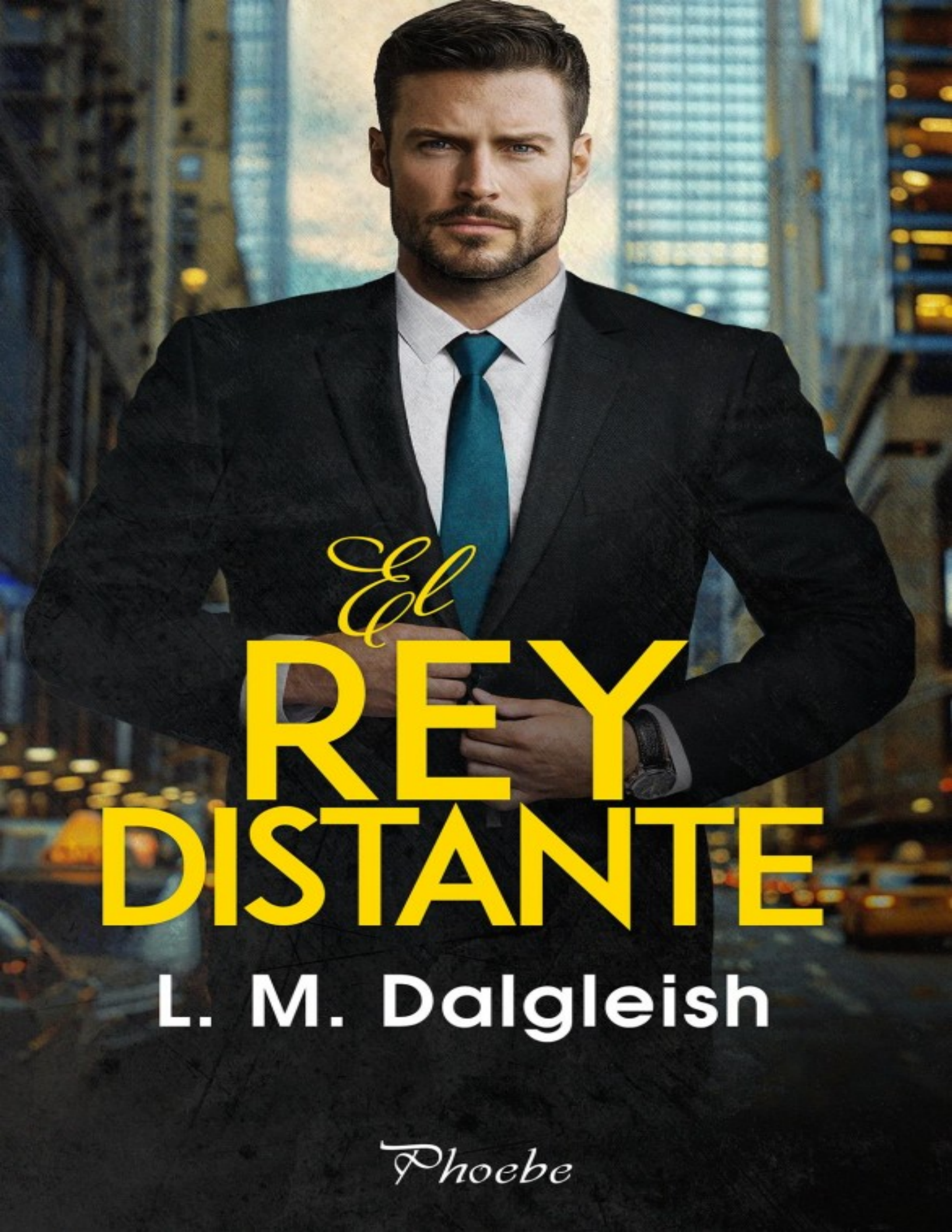

El
REY
DISTANTE
L. M. Dalgleish
Phoebe

L. M. Dalgleish

El REY DISTANTE

Traducción de Silvia Barbeito

Phoebe

“Título original: Guarded King

Primera edición: agosto de 2026

Copyright © 2025 by L. M. Dalgleish

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2026

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde

28042 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-8778773-8
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Freepik Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita ”“de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.”

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

Epílogo

Agradecimientos

1

Chloe

Escucho un ruido detrás de mí, y el cuenco se me resbala de las manos y se hunde en el agua jabonosa. Me doy la vuelta y veo a mi padre en medio de la cocina, mirando fijamente un charco de zumo de naranja que se extiende rápidamente por el suelo de baldosas. Los fragmentos de cristal reflejan la luz de la mañana y brillan dentro del líquido.

—Lo siento, cariño —dice, con la mirada baja y los hombros caídos—. Solo intentaba ayudar.

—No pasa nada. —Mantengo un tono tranquilo y una expresión relajada, para que no se sienta peor de lo que ya está—. Ya lo limpio yo.

Después de secarme rápidamente las manos, cojo un rollo de papel de cocina de la encimera y arranco unas cuantas hojas. Las coloco sobre el charco para que absorban el líquido, me levanto y cojo a mi padre del brazo con una sonrisa—. Vamos, siéntate un momento mientras yo me encargo de esto.

Mientras lo guío hacia la pequeña sala de estar, me concentro en respirar con calma y me aseguro de no apresurarlo, aunque casi puedo sentir cómo corre el reloj.

Una vez que lo he acomodado en su sillón y le he colocado un cojín detrás de la espalda, lo ayudo a apoyarse en el reposapiés.

—¿Estás cómodo?

Se recuesta con un suspiro.

—Estoy bien. Vete, cariño. Sé que tienes que coger el autobús.

—Solo voy a terminar de limpiar; luego me voy.

En la cocina, saco una bolsa de plástico de debajo del fregadero y recojo con cuidado los fragmentos de cristal. Luego limpio el resto del zumo, me lavo las manos y compruebo que no me he ensuciado la blusa color crema. Se me escapa un suspiro de alivio al ver que no

hay manchas. Gracias a Dios. De verdad que no tengo tiempo para cambiarme.

Cojo el móvil y las llaves, y los meto en el bolso; luego lleno un vaso de agua y se lo llevo a mi padre.

—Gracias. —Lo coge con dedos rígidos y me dedica una sonrisa que parece más bien una mueca.

Se me encoge el corazón al ver cómo se lo lleva con cuidado a la boca para dar un sorbo antes de dejarlo temblorosamente sobre la mesa a su lado.

Me aseguro de que tiene a mano el libro que hemos sacado de la biblioteca y le acerco el mando de la tele.

—Me tengo que ir ya. Susan vendrá dentro de un rato a ver cómo estás. —Murmura algo probablemente poco halagador entre dientes, y yo oculto una sonrisa. Nuestra vecina, Susan, no es precisamente la mujer más simpática del mundo. Pero le pago para que se pase un par de veces al día a asegurarse de que mi padre está bien mientras estoy en el trabajo. No es la situación ideal, ya que los dos no son precisamente los mejores amigos del mundo, pero es todo lo que podemos permitirnos ahora mismo. Le aparto el pelo ralo de la frente, fijándome en cuántas canas han invadido los mechones que antes eran rubios, y luego me agacho y le doy un beso en la coronilla—. Te quiero.

Los aromas de jabón y champú, en lugar de los familiares de pintura y trementina, me provocan una repentina oleada de nostalgia. ¿Es posible sentir nostalgia por un olor?

La expresión ligeramente molesta que ha puesto tras mi mención a Susan se suaviza, dejando entrever afecto.

—Yo también te quiero, cariño. —Me aprieta la mano débilmente; sus dedos apenas tienen fuerza—. Vete ya. No quiero que llegues tarde.

Miro mi reloj y reprimo una mueca.

—Vale. Que tengas un buen día. —Después de coger mi bolso, le echo una última ojeada por encima del hombro y luego me apresuro hacia la puerta.

Como siempre, al salir, rozo con los dedos el marco del gran cuadro que cuelga en nuestro pasillo. Es una hermosa

representación de Manhattan al amanecer, cuando la niebla da paso a la suave luz de un nuevo día. De todas las obras de mi padre es mi favorita, por eso nunca la ha vendido.

Echo otro vistazo al reloj y salgo corriendo del apartamento. Tras bajar las escaleras lo más rápido que puedo, voy a toda prisa hacia la parada del autobús, rezando por llegar a tiempo. Creo que Geoff está buscando una excusa para despedirme, pero necesito ese trabajo. Y se me da bien, aunque no me encante.

Al doblar la esquina, veo que el autobús se está alejando de la acera. Corro hacia la parada, sacudiendo los brazos frenéticamente, pero el conductor ni siquiera me mira. Maldiciendo entre dientes, estrecho el bolso contra el vientre y me preparo para esperar.

Lo único que me falta ahora es que se abra el cielo. Con la cabeza echada hacia atrás, observo el amenazante gris de las nubes que hay sobre mi cabeza y cruzo mentalmente los dedos para que aguante, aunque solo sea un ratito.

Milagrosamente, estoy seca, aunque un poco agotada, cuando salgo disparada del ascensor de la oficina treinta minutos más tarde. Me dejo caer en mi silla, con la esperanza de que Geoff aún no haya llegado. Son las nueve y cuarto, todavía hay una posibilidad, ya que es más o menos la hora a la que suele aparecer. Le gusta que yo esté aquí antes que él. Probablemente porque le da una especie de euforia ejecutiva pasar pavoneándose por mi escritorio y soltar su pedido diario de café como si yo existiera únicamente para satisfacer sus necesidades de cafeína.

Por desgracia, acabo de iniciar sesión en mi ordenador y he empezado a revisar mi bandeja de entrada cuando se abre su puerta y él sale pavoneándose, con una sonrisa de satisfacción pegada a la cara.

—Me alegro de que por fin estés aquí.

Teniendo en cuenta que he llegado menos de veinte minutos tarde, y que casi siempre soy puntual, su comentario no viene a cuento. Pero aprieto los dientes y esbozo una sonrisa forzada.

—Lo siento, señor Clarkson. He tenido que…

Hace un gesto con la mano, como si no le importara.

—No quiero tus excusas. Quiero que hagas el trabajo por el que te pago.

Me muerdo la lengua para no recordarle que el trabajo por el que me paga no incluye que me acorrale en la sala de fotocopias para hacerme proposiciones indecentes, porque eso no iba a detenerlo.

Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina. Todavía puedo sentir la presión de su mano sudorosa en la parte baja de mi espalda y el calor húmedo de su aliento en mi cuello cuando me invitó a terminar mi trabajo en su apartamento tomando una botella de vino. Cuando me negué, no insistió, solo esbozó una sonrisa burlona y se marchó. Pero desde entonces ha dejado claro su descontento por mi rechazo de diversas formas sutiles. Y aunque me encantaría decirle que se metiera sus tonterías pasivo-agresivas —y su trabajo— por donde no brilla el sol, no puedo.

Necesito demasiado ese puesto, y con los problemas de salud de mi padre, también la estabilidad que me ofrece. Así que puedo aguantar a un jefe gilipollas para conseguirla.

El caso es que ya nada parece demasiado estable desde la adquisición.

Geoff se ajusta uno de los puños de la camisa y luego el otro, con movimientos deliberadamente exagerados.

—El equipo de Excelsior llegará a las diez. Hazlos pasar a mi despacho en cuanto lleguen.

—Sí, señor.

Con un gesto de asentimiento, da media vuelta. En la puerta de su oficina, se detiene y vuelve a mirarme.

—Y tráeme el café. Debería haber estado en mi escritorio hace quince minutos.

Cuando la puerta por fin se cierra con un clic tras él, suelto un suspiro y me dirijo a la cocina. Tiene una cafetera en su oficina, pero aun así insiste en que se lo prepare yo. No me importaría tanto si no me obligara a dejar la taza frente a él solo para poder mirarme los pechos.

Hoy, sin embargo, el nudo de nervios que tengo en el estómago me distrae de mi repugnante jefe. Excelsior Real Estate Holdings acaba de adquirir Talon Developments, lo que significa que el puesto

de todos los que trabajamos aquí está en juego. Excepto el de Geoff, claro. Como director ejecutivo, tiene garantizado un puesto de alto nivel tras la adquisición. Solo puedo esperar que sean igual de generosos con el resto de nosotros. Y que, a pesar de mi rechazo a su propuesta, Geoff me mantenga en mi puesto de asistente.

A las diez en punto, llegan cuatro hombres de Excelsior con cara adusta. Una vez que los he acompañado a la oficina de Geo, tal y como me han indicado, vuelvo a mi escritorio y respondo distraídamente a los correos mientras miro nerviosamente hacia su puerta.

Permanece cerrada, burlándose de mí.

Estar a merced de otra persona me pone nerviosa. Llevo trabajando en Talon desde que obtuve mi título de técnico superior en gestión de oficinas hace tres años. Primero para el padre de Geoff, un hombre perspicaz pero justo, con quien era fácil trabajar, y durante los seis últimos meses, para su hijo, mucho menos agradable. Solo me queda confiar en que la lealtad sea importante para él, tal y como estoy segura de que lo habría sido para su padre.

Resistiendo el impulso de morderme las uñas, dirijo mi atención a la pantalla del ordenador e intento concentrarme en el trabajo.

Media hora más tarde, la puerta se abre por fin y Geoff acompaña a sus visitantes a la salida. Les da la mano, con esa sonrisa zalamera que pone siempre, y luego los cuatro hombres de Excelsior se marchan sin siquiera mirarme.

Geoff, por su parte, se centra inmediatamente en mí.

—Tengo que hablar contigo en mi despacho, Chloe.

Con un nudo en el estómago, asiento y me levanto; cojo el bloc de notas y el bolígrafo con la esperanza de que tenga una tarea para mí y nada más. Luego lo sigo mientras regresa a su escritorio.

Después de sentarme frente a él, se estira la corbata con la mano.

—Voy a ir directo al grano. Excelsior está reestructurando la empresa. —Se me seca la garganta, pero me niego a perder la esperanza de conservar mi trabajo, pero las siguientes palabras de Geoff hacen que se abra el suelo bajo mis pies—. Tienen su propio equipo administrativo, así que, lamentablemente, tu puesto ha

quedado suprimido, con efecto inmediato. Esto no tiene nada que ver con tu rendimiento, por supuesto. Es una decisión puramente empresarial.

Mi mente se queda clavada en una sola frase.

—¿Con efecto inmediato? Yo… yo pensaba que me darían algo de tiempo para… para…

La sonrisa de Geoff está llena de falsa compasión.

—Habrá una indemnización, por supuesto, debido a la naturaleza abrupta de tu despido. Recibirás el salario de una semana por cada año que hayas estado con nosotros, más una compensación por los días de vacaciones no disfrutados.

Se me revuelve el estómago. ¿Solo tres semanas de indemnización? Encontrar otro trabajo, sobre todo uno que iguale mi sueldo actual, en menos de un mes, sería un milagro. Aunque me pican los ojos, contengo las lágrimas. Me niego a dejar que vea cómo pierdo la compostura.

Me duele en el orgullo preguntarlo, pero lo hago de todos modos.

—¿Hay alguna posibilidad de otro puesto dentro de la empresa? ¿Quizás en el equipo administrativo? Mi padre depende de mis ingresos, sobre todo para sus gastos médicos.

Se recuesta en la silla, cruzando las manos sobre su barriga.

—El equipo está completo. Sin embargo, si se lo pides, estoy seguro de que Recursos Humanos mantendrá tu currículum en la lista. Y, por supuesto, te darán buenas referencias. Asegúrate de pasar por aquí para rellenar los papeles de tu indemnización antes de irte.

Me levanto de un salto, aferrada al bloc de notas y el bolígrafo con manos sudorosas. La ira, mezclada con una repugnante sensación de vulnerabilidad, me recorre el cuerpo. Quiero gritarle, exigirle que sea mejor persona. Un hombre mejor. Pero sigo necesitando esas referencias.

Aun así, no soy capaz de mostrarme tan profesional y amable como lo he sido durante los seis últimos meses, así que, sin decir palabra, me doy media vuelta, me voy y cierro la puerta tras de mí.

Mis movimientos son rígidos mientras regreso a mi escritorio y recojo mis escasas pertenencias. Solo me lleva unos minutos borrar

cualquier rastro de que alguna vez he estado aquí. Nunca me había dado cuenta de lo pocos objetos propios que tengo aquí o de lo impersonal que parece mi escritorio.

Cuando he llenado una bolsa, echo un último vistazo a la zona y luego cojo el ascensor hasta el departamento de Recursos Humanos, donde Gwen, una encantadora mujer mayor con la que he compartido alguna taza de café de vez en cuando, me dedica una sonrisa triste.

—Lo siento mucho, Chloe —dice; está claro que sabe muy bien qué puestos han sido eliminados—. Es un gran error dejarte ir. Eres una de las personas más trabajadoras de este lugar.

Mi sonrisa vacila un poco.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

Me pasa el acuerdo de indemnización por el mostrador, seguido de un recibo de mi último sueldo.

Mientras yo me quedo mirando fijamente los formularios, ella me aprieta la mano.

—Estoy segura de que no tardarás en encontrar otro trabajo. Yo misma te escribiré la carta de referencias.

Le devuelvo el apretón y esbozo lo que espero que sea una sonrisa más convincente. Luego cojo el bolígrafo del mostrador y firmo los formularios que significan el fin de mi empleo. Ella los fotocopia y me entrega las copias, aún calientes. Después de guardarlas en mi bolso, me despido de ella por última vez y me voy.

En el trayecto en autobús a casa, mi mente va a mil por hora, calculando cuánto durará mi indemnización una vez que la sume a los modestos ahorros que tenemos mi padre y yo. Para mantener las manos ocupadas, saco el móvil y hago una lista de los pasos que tengo que dar, incluyendo actualizar mi currículum e informarme sobre cómo solicitar el subsidio de desempleo.

Para cuando el autobús llega a mi parada, necesito distraerme de darle vueltas a todo. Mientras empiezo el corto paseo hasta casa, llamo a mi amiga Lola.

Cuando contesta, me recibe el llanto desgarrador de su hijo.

—¿Es un mal momento? —Maldita sea, espero no haberlos despertado a ninguno de los dos de la siesta.

Ella suelta una risa cansada —Nunca es mal momento para saber de ti. Espera un segundo. —Le habla con dulzura y el llanto se detiene—. Vale. Está mamando, así que ya puedo hablar.

—¿Cómo te va siendo mamá, por cierto?

Christopher tiene dos meses y solo lo he visto un par de veces, ya que ya no viven lo bastante cerca como para hacer visitas rápidas. Lola parece haberse adaptado a su nuevo papel con naturalidad. Puede que solo tenga veinticuatro años, la misma edad que yo, pero ella y su novio del instituto, Jamie, se casaron jóvenes, y formar una familia era una de sus prioridades.

—Es agotador, pero me encanta. El bebé es una dulzura, y está empezando a dormir más por la noche. Así que eso es una ventaja. —Deja escapar un suspiro de satisfacción—. ¿Qué tal te va a ti? ¿Ya sabes algo de tu trabajo?

Mis hombros se tensan de nuevo por la preocupación.

—Desde hoy mismo estoy en paro.

Ella da un grito ahogado.

—Me estás tomando el pelo. ¡Geoff! ¿Ese asqueroso no ha peleado por conservar tu trabajo?

Me trago el asco y la rabia que me provoca oír su nombre.

—Soy una idiota por pensar que lo haría. Lo único que hice mal fue dejarle claro que no iba a acostarme con él.

—Para algunos hombres, eso es todo lo que hace falta.

—Tengo que encontrar otro trabajo rápidamente. —Me muerdo el labio inferior—. Mi indemnización por despido es un mal chiste.

Lola se queda callada tanto tiempo que me preocupa que se haya cortado la llamada. Estoy a punto de apartarme el teléfono de la oreja para comprobarlo cuando vuelve a hablar.

—¿Por qué no te tomas esto como una señal para volver a pintar? Ganaste ese concurso, y apuesto a que podrías cobrar bastante si lo intentaras. Hoy en día ni siquiera necesitas una galería: ¡solo tienes que vender tus cosas por internet!

Mi risa suena un poco histérica.

—Lola, ese concurso fue en el instituto. Y ya no tengo tiempo para pintar. Por no hablar de que no hay garantía de que pudiera

vender lo suficiente para cubrir nuestras facturas. A mi padre solo le queda un mes de medicación. Luego tendré que volver a comprarla.

Lola suspira.

—Lo sé, lo sé. No es realista. Pero es una pena desperdiciar tu talento y tu pasión. Quizá si volvieras a pintar como *hobby*… Así podrías montar una tienda *online* mientras tienes un trabajo fuera. Una vez que empieces a ganar dinero, podrás dejar el trabajo y dedicarte a pintar a tiempo completo.

—Quizá algún día.

Agradezco su fe en mí, por muy equivocada que sea. Me encantaba pintar de niña. Puede que incluso se me diera bien —al fin y al cabo, soy hija de mi padre—, pero sé lo difícil que es ganarse la vida de forma estable como artista.

Incluso mi padre tuvo dificultades. Y ahora, con él dependiendo de mí, no puedo arriesgarme. Porque no sé qué pasaría si todo lo que he construido se derrumbara a mi alrededor. Eso es mucho menos probable con un buen trabajo y un sueldo fijo. Salvo que se produzca otro incidente como el de hoy, claro está.

Lola tararea, un sonido que denota demasiado escepticismo.

—Entonces, quizá tenga otra solución. La cuñada de Jamie trabaja para una agencia de selección de personal. Tienen puestos administrativos en empresas de alto perfil. Si envías tu currículum, les hablaré bien de ti.

—¿En serio? —La esperanza se enciende en mi pecho. Una empresa de alto perfil podría significar un sueldo más alto, lo que haría que el tratamiento y la medicación fueran más asequibles.

—Por supuesto. En cuanto termine de darle de comer a Christopher te enviaré los detalles.

Hablamos un rato más y no nos despedimos hasta que llego a la puerta principal del edificio de apartamentos. Después de dos años, debería ser más fácil recordarlo. Hago una pausa antes de entrar, cierro los ojos y me recompongo. Las cosas ya son bastante difíciles para mi padre sin el estrés añadido de mis preocupaciones laborales. Inspiro hondo, esbozo una sonrisa radiante y giro el pomo.

2

ROMAN

El ritmo trepidante y las luces intermitentes me están dando un maldito dolor de cabeza. Tengo casi treinta y nueve años y soy demasiado mayor para esta mierda.

La preciosa morena sentada a mi lado recorre mi antebrazo con una brillante uña de color rojo motor.

—No me puedo creer que seas el dueño de este club. Es tan sexy…

—Soy copropietario —respondo distraídamente. Debería estar más concentrado en ella. En el contorno de sus pechos bajo su ceñido vestido negro y en las largas y suaves piernas que no deja de cruzar para llamar mi atención.

En cambio, mi mente está centrada en mi trabajo. Debería estar en mi despacho. Preferiría estar ahí, pero en lugar de eso, me encuentro aquí, saboreando un whisky en la inauguración de un nuevo club nocturno exclusivo que mis hermanos y yo poseemos.

Hablando de eso… Recorro el local con la mirada hasta que encuentro a Tate, quien, como era de esperar, está acurrucado en un rincón con su prometida, Violet, sentada en su regazo. Le está susurrando al oído y ella tiene la cara levantada y se está riendo.

Niego con la cabeza. Nunca pensé que vería el día en que mi hermano menor sentaría cabeza, y mucho menos que se comprometiera.

Pero nunca lo he visto más feliz. Lo cual, por extraño que parezca, me hace feliz a mí.

Mi otro hermano, Cole, no ha venido esta noche. Con su mujer a punto de dar a luz, pasar el rato en una discoteca es, comprensiblemente, una de sus últimas prioridades.

A mí tampoco me suele apetecer mucho. Pero es bueno para el negocio hacer acto de presencia cuando inauguramos un nuevo club

o restaurante. A los inversores del King Group les gusta vernos salir a celebrar nuestro éxito, aunque estas iniciativas no sean más que proyectos secundarios para nosotros. Aunque pueda reforzar la confianza en la dirección de la empresa —algo imprescindible cuando asumimos el control hace poco menos de tres años—, es lo último que me apetece hacer.

Y sobre todo esta noche.

La mujer que tengo al lado desvía su atención hacia la parte superior de mi muslo, rozando con los dedos los pantalones de mi traje, peligrosamente cerca de mi entrepierna.

Mi pene se despereza a modo de respuesta, pero yo lo ignoro. Tengo cosas más importantes en la cabeza que un polvo probablemente mediocre con una mujer cuyo nombre olvidaré en cuanto mi chófer la lleve a casa.

Como adquirir EcoTech Building Solutions —una empresa especializada en tecnología de construcción de vanguardia y respetuosa con el medio ambiente—, que consolidaría la posición del King Group como líder en el sector inmobiliario de lujo sostenible durante los próximos años. Algo por lo que he estado trabajando desde que tomé las riendas del negocio.

Pero varias empresas están cortejando a EcoTech, y su propietario, Ellis Anderson, está decidido a asociarse con una cuyos estándares éticos coincidan con los de él. Teniendo en cuenta que el antiguo director ejecutivo del King Group es un conocido mujeriego que está cumpliendo condena por uso de información privilegiada, demostrar que la nueva dirección de la empresa no es en absoluto igual a la anterior ha sido una ardua batalla. No ayuda que los nuevos líderes, mis dos hermanos y yo, seamos los hijos del anterior director ejecutivo.

Los tres hemos hecho todo lo posible durante los últimos años para demostrar que en la familia King no se cumple lo de «de tal palo tal astilla». Mientras no nos veamos envueltos en ningún escándalo, tenemos muchas posibilidades de conseguir esa adquisición. Ahora que Cole está casado y esperando su primer hijo, y que Tate —antes el blanco favorito de los *paparazzi*— lleva una

vida feliz y estable, la empresa debería salir por fin de la sombra de mi padre.

Aunque no puedo decir lo mismo de mí.

Un apretón en mi muslo devuelve mi atención a la morena —¿Brianna, tal vez?—. Está haciendo un puchero muy bonito. Probablemente porque la he ignorado casi por completo desde que se ha plantado a mi lado.

—¿Por qué estás tan serio, guapo? Deberías estar divirtiéndote. —Se echa hacia mí, rozándome el brazo con un pecho apenas contenido por su vestido—. Puedo ayudarte con eso. —Me roza la oreja con los labios—. No tengo reflejo nauseoso.

Mi pene se alza con un poco más de entusiasmo esta vez. Hace meses que no estoy con una mujer y, por un instante, considero aceptar su oferta. Como en todos nuestros clubes, los baños vip son lujosos. Podría llevarla a uno y ver lo rápido que se puede arrodillarse y hacer que me corra antes de que yo le devuelva el favor.

Inmediatamente descarto la idea. Por muy tentador que sea, tengo más autocontrol que todo eso. Más autocontrol que mi padre. Él se habría llevado a Brianna a uno de esos baños más rápido de lo que habría tardado en cerrar otro acuerdo inmobiliario.

Pero él está en la cárcel, donde debe estar, y ahora yo dirijo la empresa. Seguir sus pasos en cualquier sentido es lo último que quiero hacer.

Aparto la mano de Brianna de donde está: masajeándome sugerentemente el muslo.

—Esta noche no.

Ella se retira y enarca las cejas, sorprendida. Probablemente no esté acostumbrada a que la rechacen después de su revelación sobre el reflejo nauseoso.

La música cambia y el ritmo se vuelve aún más frenético. Miro el reloj. Son casi las once. Ya he estado aquí bastante tiempo. Cuando miro al camarero más cercano, se apresura a acudir a mi lado.

—¿Sí, señor King?

—Otra copa para la señorita. —Señalo con la cabeza hacia Brianna, cuya expresión se vuelve enfadada al darse cuenta de mi

intención. Ni pestañeo cuando pide una botella de Cristal. Tampoco es que no me lo pueda permitir, y si es lo que necesita para lidiar con el rechazo, por mí está bien. Con su aspecto, dudo que vaya a estar sola por mucho tiempo.

Me despido del camarero y de Brianna con un gesto, luego me levanto y me dirijo hacia Tate y Violet.

—Me voy —digo al acercarme.

Tate echa un vistazo a Brianna, que ahora está sentada sola.

—Espero que al menos te vayas a casa, y no a la oficina.

Cuando arqueo una ceja, él niega con la cabeza, fingiendo consternación.

—Es viernes por la noche, tío. Tienes que tomarte un descanso de vez en cuando.

—¿Qué crees que he hecho las dos últimas horas?

—¿Tratándose de ti? Trabajo.

Me conoce demasiado bien. Pero teniendo en cuenta lo poco que duermo, prefiero ser productivo en la oficina antes que perder el tiempo en casa.

—Nos vemos el lunes.

Pone los ojos en blanco y me despide con un gesto de la mano. De todos modos, solo son palabras. Es imposible que él y Violet aguanten más de otros diez minutos. Los dos no pueden mantener las manos apartadas el uno del otro más rato.

Hubo un tiempo en que a Tate le gustaban este tipo de eventos y las oportunidades que ofrecían, pero últimamente es tan reacio como yo a quedarse, y más cuando podría estar pasando el rato a solas con su prometida.

Hablando de su prometida: Violet me está observando, con el ceño fruncido y la preocupación brillando en sus ojos azules. Sin embargo, no dice nada, solo me dedica una suave sonrisa.

Les doy las buenas noches y luego le envío un mensaje a mi chófer mientras me abro paso entre la multitud que se agolpa en el club. Para cuando bajo las escaleras, la elegante limusina negra me está esperando y Phillip tiene la puerta abierta.

—¿Ha pasado una buena noche, señor King?

Me recoloco las gafas.

—Depende de lo que entiendas por buena.

Él se ríe entre dientes.

—Si no le gustan los clubes, ¿por qué sigue invirtiendo en ellos?

Le dedico una mirada significativa.

—Porque dan dinero.

—¿Y necesita más?

Resoplo. Phillip lleva cinco años conmigo, así que, a diferencia de la mayoría de la gente que trabaja para mí, se puede permitir un comentario así.

Una vez que me siento, cierra la puerta y se acomoda en el asiento del conductor.

Miro por la ventanilla el borrón de luces de los coches y edificios, y mis pensamientos vuelven a las malas noticias que he recibido esta mañana. Mi asistente ejecutiva de toda la vida, Lena, ha presentado su renuncia. Ella y su marido se mudan a California. Al parecer, a su hija le faltan solo unas semanas para tener su primer hijo, y su novio la ha abandonado.

Por más que lo intente, nadie diría que soy una persona blanda, pero incluso yo puedo entender el deseo de Lena de estar ahí para su hija. Aun así, perderla dista mucho de ser lo ideal. Durante siete años, ha mantenido mi oficina funcionando a la perfección, y no me imagino a nadie ocupando su puesto y haciendo ni la mitad de bien que ella el trabajo.

Me ha prometido encontrar un sustituto adecuado, y solo puedo esperar que la persona que ella considere digna esté disponible para empezar de inmediato. Lo ideal sería que asistiera a las entrevistas, pero ahora mismo no tengo ni un momento libre en mi agenda. Tendré que confiar en ella para asegurarme de que quienquiera que elija cumpla con mis estándares.

Con la marcha de Lena a la vuelta de la esquina y mil cosas más en la cabeza, no me molesto en esperar a llegar a la oficina para ponerme a trabajar. Me sirvo un vaso de whisky del decantador que hay en la consola central, le doy un sorbo, abro mi aplicación de correo y me pongo a redactar respuestas.

3

CHLOE

Protegiéndome los ojos con una mano, echo la cabeza hacia atrás para contemplar el coloso de acero y cristal que se eleva sobre mí. King Plaza. Sede del Grupo King y el sitio donde tendrá lugar mi entrevista de esta mañana. Es intimidante, por decirlo suavemente.

Cuando la agencia de selección de personal me llamó para hablarme de una vacante que había que cubrir rápidamente, no lo dudé ni un segundo. Lo necesitaba. Han pasado dos semanas desde que Geoff «me dejó marchar» y he estado revisando páginas de empleo y sitios web sin descanso.

Durante catorce mañanas seguidas, me he despertado con el pánico oprimiéndome el pecho. Es un recuerdo desagradable de los meses que siguieron a la repentina marcha de mi madre de nuestras vidas, cuando yo tenía catorce años. Mi padre seguía pintando por aquel entonces, pero cuando ella nos abandonó, tanto él como su musa artística se vieron muy afectados. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo rápido que puede cambiar la vida. De lo fácil que es que te quiten la alfombra de debajo de los pies.

Pero darle vueltas al pasado no me va a ayudar a cruzar esas puertas. Inspiro hondo una vez más, enderezo los hombros y ando con toda la confianza que puedo hacia la entrada.

Una vez dentro, me dirijo al mostrador de seguridad en el centro del vestíbulo, con mis tacones repiqueteando con fuerza sobre el suelo de mármol negro.

—Hola —le digo al hombre de aspecto severo que está detrás del mostrador—. Me llamo Chloe Callahan y vengo a una entrevista con Lena Harris.

—¿Chloe? —Al oír la voz femenina me giro y veo a una mujer mayor, con el pelo negro y rizado y unos ojos marrones inteligentes, que me tiende la mano—. Soy Lena.

Se la estrecho con una sonrisa.

—Encantada de conocerte.

—Ven por aquí. —Señala hacia una fila de ascensores relucientes.

La sigo y, una vez dentro de la cabina de acero inoxidable, Lena pulsa el botón del cuarto piso. Antes de que se cierren las puertas, tres hombres altos entran a zancadas detrás de nosotras. Tres hombres a los que reconozco de inmediato gracias a la investigación que he hecho sobre la empresa. El de pelo oscuro y ojos azules penetrantes es Cole King, el jefe de Operaciones del Grupo King. El rubio con ojos marrón dorado es Tate King, el jefe de Marketing, y el tercero es… Se me seca la garganta al fijarme bien en él. El tercero es Roman King, el director ejecutivo.

Mi posible nuevo jefe.

Las fotos no le hacen justicia a ninguno de ellos, pero sobre todo a Roman. Desde su altura —más o menos de uno noventa o uno noventa y tres— hasta la anchura de sus hombros ceñidos por ese traje gris carbón impecablemente entallado, y desde su cabello perfectamente arreglado, casi negro, hasta la línea imponente de su mandíbula, es, con diferencia, el hombre más atractivo que he visto en la vida real.

Cuando las puertas por fin se cierran, su mirada se posa en mí, aguda e indescifrable. Con un lento paseo, unos ojos gris lobo bordeados por densas pestañas oscuras recorren mi cuerpo, enviando una oleada de calor que cabalga por mis venas. Cuando esa mirada hipnótica vuelve a encontrarse con la mía, una sutil descarga crepita en el aire entre nosotros. Aunque debe de ser solo mi imaginación; aparte de un ligero entrecerrar de esos increíbles ojos, su expresión impasible no cambia en absoluto.

—Buenos días, Roman —dice Lena con alegría, y su atención se dirige hacia ella como si solo ahora se diera cuenta de su presencia —. Parece que, después de todo, vas a conocer a una de tus posibles asistentes.

Vuelve a fijarse en mí con una intensidad similar a la de un láser.

—Ah, ¿sí?

Su voz es grave y suave, y casi tan indescifrable como su expresión. Y la tensión que había en el ambiente cuando me ha

mirado por primera vez ha desaparecido por completo. Si es que alguna vez estuvo ahí…

A pesar de lo seca que tengo la garganta, me obligo a tragar saliva y le tiendo la mano, sonriendo con toda la calidez que puedo.

—Encantada de conocerle, señor King.

Duda un momento antes de que su gran mano envuelva la mía.

—Lo mismo digo. —A juzgar por su expresión gélida, había esperado que su piel estuviera fría al tacto, como si en realidad fuera algún tipo de vampiro pecaminosamente guapo, pero la palma de su mano es cálida y está seca. Aunque el contacto me provoca un pequeño escalofrío.

Antes de que tenga oportunidad de analizar esa reacción, me suelta.

Un momento después, el ascensor se detiene, las puertas se abren.

—Ya hemos llegado —anuncia Lena.

Le dedico otra sonrisa a Roman, pero él ya se ha vuelto hacia sus hermanos.

Un calor punzante me recorre el cuerpo ante su indiferencia. Puede que sea guapísimo, pero no es precisamente encantador. Aunque quizá eso sea bueno. Puedo lidiar con la falta de encanto. Trabajar para un hombre tan atractivo, que además es cálido y amable, podría ser peligroso; el riesgo de quedarme pillada de él es demasiado alto para mi tranquilidad.

Y todo el mundo sabe que pillarse del jefe es buscarse un lío.

Las puertas se cierran detrás de nosotras y carraspeo al llegar junto a Lena, carraspeo.

—¿El señor King siempre es tan…? —Me cuesta encontrar una palabra que transmita el impacto de su presencia.

Lena se ríe.

—¿Intenso? La respuesta corta es sí. Pero yo diría que un término más adecuado es «motivado». Es uno de los mejores empresarios que conozco, y está muy centrado. Lo que significa que espera que todos los que trabajan para él también lo estén.

—Eso no supone un problema —me apresuro a decir, aunque la preocupación constante por el cuidado de mi padre me sigue

rondando la cabeza.

Me conduce a una sala pequeña pero lujosamente amueblada y señala un par de sofás situados uno frente al otro, separados por una mesa de centro de cristal.

Una vez que nos sentamos las dos, echo un vistazo a la puerta.

—¿El señor King no se unirá a nosotras?

—No. Por desgracia, tiene la agenda completamente llena. Pero confía en mí para elegir a alguien adecuado.

Asiento, sin saber muy bien si el hecho de sentirme aliviada porque mi posible jefe no vaya a entrevistarme es una buena señal. Pero si estuviera aquí, mirándome como lo ha hecho en el ascensor, no sé si sería capaz de pensar con claridad, y mucho menos de hablar sin tartamudear.

—Bueno —dice Lena con una sonrisa—. Cuéntame un poco sobre ti.

Pasamos los veinte minutos siguientes hablando de mi formación académica y de mis trabajos anteriores. Respondo con todo el tacto posible cuando me pregunta por Geoff. No quiero que me vean como alguien que habla mal de su antiguo jefe.

—Así que estuviste en Talon durante tres años. ¿Cuál fue el motivo por el que te fuiste? —pregunta.

Vuelve la opresión en el pecho, la que me ha estado atormentando durante las dos últimas semanas.

—Hubo una adquisición y se eliminaron varios puestos durante la reestructuración, incluido el mío.

Ella murmura algo ininteligible, y el sonido parece más bien la confirmación de algo que ya sabía. Me imagino que probablemente sea un detalle que le pasó la agencia de selección de personal.

—Ahora bien, ¿has…?

El tono de llamada de mi móvil se oye desde el bolso que tengo a los pies, rompiendo el silencio de la sala. Mierda. Se me olvidó ponerlo en silencio al llegar porque no suelo hacerlo: normalmente lo mantengo encendido por si mi padre me necesita.

—Lo siento. —Rebusco en mi bolso, desesperada por que sea solo una llamada aleatoria que pueda rechazar. Pero cuando por fin lo encuentro y el nombre de mi padre aparece en la pantalla, se me

encoge el corazón—. Lo siento mucho —repito—. Tengo que contestar esto rápido. —Lena arquea una ceja, pero se limita a asentir.

Deslizo el pulgar por la pantalla para coger la llamada y me acerco el teléfono a la oreja.

—¿Va todo bien?

La voz ligeramente nasal de Susan suena a través del auricular.

—Tu padre ha tropezado. Le he dado unos analgésicos y parece que está bien, pero he pensado que debía avisarte, por si acaso tenías pensado tomarte tu tiempo para regresar a casa.

Aprieto el teléfono con fuerza. Ella sabe que no voy por ahí, de juerga por la ciudad, sin motivo. Mi vida social ha estado prácticamente en suspenso desde que el estado de mi padre empeoró hace un par de años. Pero necesito su ayuda, así que, en lugar de responderle bruscamente, mantengo un tono tranquilo.

—Vale, gracias por avisarme. ¿Te importaría quedarte con él hasta que llegue a casa? No tardaré mucho.

Ella accede a regañadientes y, con un nudo en el estómago, cuelgo. No es culpa de mi padre, pero el momento en que se ha caído no podría haber sido peor. Ahora ya no hay forma de que consiga este trabajo, y menos teniendo en cuenta el comentario de Lena de hace un rato sobre la concentración.

Me guardo el móvil en el bolso y le dedico una sonrisa de disculpa.

—¿Los niños? —pregunta, con un tono teñido de una pizca de compasión que no esperaba.

—Mi padre, en realidad. —Suspiro—. Tiene artritis reumatoide y se ha caído.

—¿Vives con él?

—Sí, me mudé hace un par de años para echarle una mano. —Niego con la cabeza—. Perdón de nuevo por la interrupción, y entiendo si te he hecho perder el ti…

Levanta una mano.

—No tan rápido. Tienes a alguien que depende de ti en casa. Es comprensible. Y sé lo que es. He pasado por eso.

—Te lo agradezco, pero supongo que la situación no es ideal.

Se encoge de hombros.

—Ninguna situación es ideal, y todos tenemos personas que dependen de nosotros: hijos, padres, incluso empleados. Para ser sincera, saber que has dado un paso al frente para ayudar a tu padre hace que me caigas aún mejor. —Los nudos en mi estómago se aflojan un poco—. Pero tengo que preguntártelo. ¿Este tipo de cosas ocurren con frecuencia? ¿Es probable que tengas que salir de la oficina a menudo en mitad de la jornada laboral?

—No. Normalmente es muy cuidadoso. Esta es solo la segunda vez que se ha caído desde que me mudé.

—De acuerdo. —Baja la vista hacia las notas que tiene delante— . Eres joven. Probablemente más joven de lo que normalmente consideraríamos para un puesto de asistente ejecutivo. Pero tu expediente académico es impresionante, el departamento de Recursos Humanos de tu último trabajo te dio unas referencias excelentes y estás cuidando de tu padre. Todo eso me dice que eres dedicada, trabajadora y, en mi opinión… —me dedica una sonrisa irónica— tienes claras tus prioridades. Lo cual es más de lo que puedo decir de algunas personas de este edificio. —La mueca de sus labios me hace preguntarme si se refiere a su jefe. Ladea la cabeza, escrutándome—. Me gustas para este puesto, Chloe. Creo que podrías ser un soplo de aire fresco muy necesario en la oficina. Pero si lo consigues, es posible que tengas que trabajar más horas de las que estás acostumbrada. Con las responsabilidades que tienes, ¿te sentirías cómoda haciéndolo?

Mi mente da vueltas, trabajando a toda máquina para sopesar las complejidades de la situación. Este trabajo puede que tenga un horario más largo, pero el sueldo es significativamente mejor que el que ganaba en Talon. Si consigo el puesto, podré pagar la medicación y tal vez incluso algunos de los tratamientos más avanzados, que podrían ayudar a mejorar su independencia. Eso tiene que compensar el pedirle a Susan que nos eche una mano un poco más a menudo, aunque a mi padre le resulte molesta. Y sé que ella estará encantada de ganar ese dinero extra.

—Por supuesto. Tengo un acuerdo con una cuidadora que debería permitirme empezar temprano o quedarme hasta tarde cuando sea

necesario.

Ella sonríe.

—De acuerdo. Tengo un par de entrevistas más esta tarde, así que te comunicaré mi decisión al final del día o mañana temprano.

—Por supuesto. Eso sería estupendo.

Me siento animada mientras bajo las escaleras hacia la salida de King Plaza unos minutos más tarde. Esta podría ser la oportunidad que necesitábamos. Pero al recordar la llamada de Susan acelero el paso. Con las articulaciones tan rígidas y doloridas como las tiene, una caída puede pasarle factura a mi padre.

Por suerte, cuando llego a casa, su mal humor y la irritación general de Susan me indican que todo va bien. Mientras la acompaño a la puerta, saco a colación el tema de la posibilidad de trabajar más horas.

Ella refunfuña un poco, pero al final accede cuando le aseguro que recibirá una compensación adecuada. De todos modos, está jubilada y se pasa en casa la mayor parte del día. Cuando no está echándole un ojo a mi padre, suele estar sentada junto a la ventana, disfrutando de su papel de vigilante vecinal no oficial. Al menos esto la mantiene ocupada y le ayuda a amenizar el día.

Una vez que se ha ido, me ocupo de mi padre y me aseguro de que esté cómodo. Cuando noto que tiene la rodilla hinchada y caliente al tacto, cojo una bolsa de hielo recién sacada del congelador y se la coloco con cuidado sobre la articulación inflamada. Preparo la comida y luego me siento en el extremo del sofá más cercano a su sillón y le cuento lo de la entrevista.

Cuando le menciono mi breve conversación con mi posible nuevo jefe, frunce el ceño.

—¿Estás segura de que te sentirías bien trabajando para alguien así?

—Por supuesto —lo tranquilizo—. Por muy ambicioso que sea y por muy centrado que esté, estoy segura de que no será poco razonable. Lena lleva varios años trabajando para él y parece encantadora.

No parece convencido, pero asiente de todos modos.

—Vale, cariño, crucemos los dedos para que consigas el trabajo, entonces.

Me paso el resto de la tarde intentando distraerme. Incluso me limito a mirar el móvil solo dos veces para asegurarme de que está completamente cargado y no en silencio, como debería haber estado durante la entrevista.

Cuando suena justo antes de la cena, me abalanzo sobre él.

—¿Hola? —Mi voz apenas se entrecorta.

—Hola, Chloe. Soy Lena. —Suena alegre, pero contengo la respiración de todos modos, sin querer hacerme ilusiones prematuras—. Me agrada mucho decirte que has conseguido el trabajo.

El alivio me invade, intenso y dulce.

—Muchísimas gracias.

—Como ahora mismo no estás trabajando, ¿podrías empezar el lunes a primera hora?

Se me acelera el pulso, pero no vacilo ni un segundo.

—Sí, por supuesto.

—Genial. Yo no estaré allí para enseñarte el lugar y ayudarte a adaptarte, pero Sophie, otra de las asistentes ejecutivas, te pondrá al corriente de todo.

—Claro, me parece bien.

Ella vacila.

—Mira, creo que serás una gran asistente para Roman. Pero, como ya has podido comprobar, puede ser un poco… brusco. No dejes que te intimide. Pronto descubrirá que puedes hacer el trabajo, pero hasta entonces, quizá tengas que demostrarle de qué pasta estás hecha.

Los nervios me invaden cuando la imagen de esos ojos gris acero aparece en mi mente, pero asiento con firmeza aunque ella no pueda verlo.

—Creo que puedo hacerlo.

Ella se ríe entre dientes.

—Te va a ir muy bien.

Mientras me explica lo que me espera el lunes, solo puedo esperar que tenga razón.

4

Chloe

Me invade una sensación de *déjà vu* cuando atravieso el vestíbulo del King Plaza.

El hombre que está detrás del mostrador de seguridad no es el mismo que conocí la mañana de mi entrevista.

—Hola. Me llamo Chloe Callahan. Hoy empiezo a trabajar en King Group.

Teclea en su ordenador, luego asiente y me dedica una sonrisa.

—Tienes que ir a la planta cincuenta y tres. Si esperas un momento, llamaré para asegurarme de que haya alguien allí para recibirte. Luego puedes subir.

Coge el teléfono, pulsa un botón y habla brevemente con alguien. Un momento después, me acompaña hasta los ascensores y espera conmigo hasta que las puertas se abren.

Me hace un gesto para que entre, pasa una tarjeta por el escáner y pulsa el botón del piso cincuenta y tres.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa radiante, haciendo todo lo posible por disimular mi nerviosismo.

Cuando me guiña un ojo antes de que la puerta se cierre entre nosotros, no estoy segura de haberlo hecho muy bien.

Mientras el ascensor asciende en silencio, inspiro hondo para tranquilizarme. Este edificio y mi nuevo jefe puede que sean mucho más lujosos que mi último lugar de trabajo, pero mis tareas serán más o menos las mismas: esforzarme para tenerlo todo a tiempo, llevar la organización, ser siempre profesional. Entonces, ¿por qué estoy tan nerviosa?

Tras lo que parece un abrir y cerrar de ojos, el timbre del ascensor suena suavemente y las puertas se deslizan para abrirse. Al salir, me recibe una mujer de cabello castaño rojizo con brillantes ojos color avellana y una gran sonrisa.

Me tiende la mano.

—Tú debes de ser Chloe. Soy Sophie Emerson, la asistente de Tate King. —Parece unos años mayor que yo, y la amabilidad de su expresión me tranquiliza de inmediato.

—Encantada de conocerte.

—Te enseñaré el lugar y te ayudaré a instalarte —dice—. Primero pasemos por tu escritorio, y luego recogeremos tu tarjeta de seguridad y nos aseguraremos de que todas tus cuentas funcionan. —Dicho esto, ya se aleja a paso ligero. Aferrándome con fuerza a mi bolso, me apresuro para seguir el ritmo de sus largas zancadas; ella es varios centímetros más alta que yo, con mi metro sesenta y cinco. Cuando consigo ponerme a su altura, sonríe y va un poco más despacio—. Lo siento, una se acostumbra a moverse rápido por aquí.

—¿Hay tanto ajetreo?

Hace una mueca, aunque su expresión es afable.

—Siempre. —Entonces se le escapa una risa—. Pero me encanta. Me encanta la variedad del trabajo y el ambiente de la oficina. Además, mi jefe, Tate, es bastante tranquilo.

—¿Y Roman?

Me mira de reojo con los labios fruncidos.

—Eh, bueno…

—No pasa nada —rio—. Cuando lo conocí, me dio la impresión de que no era precisamente del tipo tranquilo.

—Quizá no tan relajado como Tate. —Me dedica una sonrisa burlona. Su calidez natural es reconfortante, y mis nervios se desvanecen un poco más. Al doblar una esquina, señala un escritorio —. Este es el tuyo. —Luego señala con la cabeza hacia una gran puerta de caoba situada en una pared de cristal esmerilado frente a mi mesa—. Esa es la oficina de Roman. —Me quedo mirando la puerta, con el corazón acelerado. ¿Estará dentro? El recuerdo de nuestro encuentro en el ascensor —el momento en que me miró con tanta intensidad— vuelve a mi mente de golpe y siento un cosquilleo en el vientre. Con un suave «Ajá» sacudo la cabeza, para olvidarme de esa reacción. Es mi jefe, no una posible cita. Sophie va detrás del escritorio y abre un cajón de la parte inferior—. Puedes dejar aquí tus cosas. Después te acompañaré a buscar el pase.

Guardo mi bolso y la sigo de nuevo cuando ella sale corriendo.

Media hora más tarde, estamos de regreso. Llevo pase, aún caliente, sujeto a la cintura, una tableta nueva bajo el brazo y una hoja de papel con mis contraseñas impresas entre los dedos.

Una vez que he iniciado sesión en mi ordenador, Sophie se asoma por encima de mi hombro y me señala algunos de los programas que voy a utilizar. Estoy a punto de abrir la bandeja de entrada cuando un movimiento me llama la atención: un hombre que dobla la esquina y se acerca con zancadas enérgicas.

Hombros anchos, estatura imponente y un traje perfectamente entallado.

Roman.

Siento un extraño cosquilleo en el estómago cuando esos penetrantes ojos grises se clavan en los míos.

Se frena en seco y una arruga aparece entre sus cejas oscuras. Se vuelve hacia Sophie y me señala.

—¿Qué hace aquí?

Mi espalda se endereza de golpe. Puede que sea guapísimo, pero está claro que es grosero, teniendo en cuenta que estoy sentada justo delante de él.

Sophie lo mira, luego me mira a mí y vuelve a él.

—Eh, esta es Chloe Callahan. Es tu nueva asistente ejecutiva.

Tensa esa mandíbula cincelada.

—No, no lo es.

La sensación de vértigo que antes sentía en el estómago se convierte en una caída en picado.

—¿Qué quieres decir?

Se acerca con paso firme, con la mirada clavada en mí.

—Me temo que Lena ha cometido un error al contratarla, señorita Callahan. Por desgracia, no es la persona adecuada para este puesto. —Se vuelve hacia Sophie—. Llama a la agencia. Diles que ha habido un malentendido y que la señorita Callahan no tiene la culpa de nada. —Me mira de reojo—. Puede irse.

El corazón me late con fuerza en las sienes y ahoga sus siguientes palabras. ¿De qué está hablando? Necesito este trabajo.

Inspiro hondo, echo la silla hacia atrás y me levanto; alzo la barbilla y lo miro directamente a los ojos.

—¿Por qué exactamente no soy la persona adecuada para el puesto?

Enarca las cejas, probablemente porque no está acostumbrado a que sus empleados lo desafíen. Quizá sería más prudente mantener la boca cerrada, pero como al parecer voy a perder el trabajo si no digo algo, da igual si se molesta.

Tensa aún más la mandíbula y me echa un vistazo de arriba abajo, con una expresión gélida e indescifrable.

—No puede tener más de tres o cuatro años de experiencia. Necesito a un profesional cualificado, alguien que pueda ayudar con las operaciones comerciales, proporcionar apoyo estratégico y ser el primer punto de contacto para contratos por valor de miles de millones de dólares. Alguien que pueda manejar a clientes que tienen más ego y poder del necesario y que no saben qué hacer con él. —Apenas puedo contener una risita. Le dijo la sartén al cazo… Se lo señalaría, pero no creo que me beneficie en nada—. Como ya he dicho, Sophie llamará a la agencia y…

No voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que este trabajo se me escape de las manos porque otro imbécil arrogante con traje se crea mejor que yo.

—Sí, soy joven —lo interrumpo de nuevo, y juraría que rechina los dientes—. Pero eso no significa que sea incapaz de hacer todas esas cosas. Llevo tres años trabajando como asistente ejecutiva y, aunque esa empresa no era tan grande como esta, el ritmo era frenético y la presión, alta, y lo gestioné a la perfección. No tiene ninguna razón válida para creer que no soy capaz de hacer este trabajo. Lena, obviamente, cree que sí lo soy.

Sophie observa nuestro intercambio con la boca y los ojos muy abiertos.

Roman frunce el ceño.

—Mire, señorita Callahan. No estoy cuestionando sus habilidades. Solo le estoy diciendo que no es adecuada para este puesto en concreto. No es un insulto: es la realidad de la situación. Le pido

disculpas por hacerle perder el tiempo, pero cuanto antes pueda hablar Sophie con la agencia, antes podremos resolver esto.

Se vuelve hacia su despacho, pero antes de que pueda desaparecer, salgo corriendo de detrás del escritorio, con el corazón en un puño.

—Deme hasta el final del día y le demostraré que puedo hacerlo.

Se gira lentamente, con el rostro convertido en una máscara enigmática mientras me escruta. Le sostengo la mirada, conteniendo el aliento, segura de que va a reírse en mi cara y a mandarme a freír espárragos.

En cambio, se rasca la barbilla, dejando que el silencio se prolongue y la tensión aumente hasta que, por fin, asiente.

—De acuerdo, señorita Callahan. —El tono ronco de su voz al pronunciar mi nombre casi me hace estremecer—. Veamos si tiene lo que hay que tener para impresionarme.

Sin esperar a ver mi reacción, entra a zancadas en su despacho y cierra la puerta tras de sí.

5

ROMAN

Mientras me dirijo hacia mi escritorio, saco el teléfono del bolsillo y busco el contacto de Lena.

Ella responde, alegre.

—¿Cómo está mi exjefe favorito?

No dejo que su alegre saludo me desanime.

—¿Qué demonios has hecho?

—¿De qué estás hablando?

Ha usado ese tono de falsa inocencia muchas veces en los últimos años. Y no puede engañarme con él.

—Has contratado a la única persona a la que te dije expresamente que no contrataras.

Cuando hablé con Lena después de su entrevista con Chloe, le dije que buscara a otra persona. Alguien mayor, con experiencia, como ella, en vez de a una mujer que parece que acaba de salir de la universidad; una mujer con sedoso cabello rubio claro, labios carnosos y rosados y unos enormes ojos que no sé si son azules o verdes.

Y desde luego, mucho menos a una mujer que, en cuanto la vi, me hizo imaginar cómo serían esos labios envueltos alrededor de mi pene.

Sin embargo, su atractivo no es mi mayor problema con ella, porque, a diferencia de mi padre, yo tengo el control cuando se trata de mujeres, especialmente de las que trabajan para mí. Mi problema es que Lena sabía de sobra qué cualidades buscaba en una asistente, y aun así fue en contra de mis deseos y la contrató de todos modos.

Una nueva oleada de irritación me recorre el cuerpo al pensarlo.

—Es imposible que una mujer tan joven como ella sea una asistente eficaz —gruño—. Ya te lo dije.

Durante los siete últimos años, Lena ha dirigido mi oficina como una máquina bien engrasada. Si quiero mantener al King Group en la cima, donde debe estar, necesito una asistente que pueda moverse en situaciones de alta presión, que pueda lidiar con el tipo de ejecutivos testarudos con los que hacemos negocios todos los días, por no hablar de los que intentan meterse en las bragas de cualquier mujer atractiva que ven.

Y Chloe es, sin duda, atractiva.

Sin embargo, no puedo decir abiertamente que su aspecto es un problema por muchos hombres con los que haga negocios que, o bien no la respeten como mi representante debido a su aspecto, o bien se distraigan demasiado con él.

—Y yo ya te dije que eso era ridículo —dice Lena—. Cualificada es cualificada. Quizá tener a alguien con un carácter un poco más dulce cerca te suavice un poco.

Parpadeo y frunzo el ceño —¿Qué?

—¿Sabes?, creo que mi hija me está llamando. El bebé puede nacer en cualquier momento, así que mejor me voy, por si acaso. Dale una oportunidad a la chica, Roman. Te alegrarás de haberlo hecho. ¡Adiós!

Cuando se corta la línea, aparto el teléfono de la oreja y lo miro con el ceño fruncido. ¿Qué demonios acaba de pasar? Puede que Lena ya no trabaje para mí, pero pensaba que asumiría cierta responsabilidad por sus actos.

Me siento en mi escritorio y pulso el botón de encendido de mi ordenador con un poco más de fuerza de la necesaria. Cuando suena el teléfono, deslizo el dedo para contestar sin molestarme en mirar quién es, ya que estoy esperando la llamada.

—Buenos días —saluda Cole—. Ahora mismo voy de camino a las instalaciones del Génesis-1, así que no tengo mucho tiempo.

—Está bien. —Tamborileo con los dedos sobre el escritorio, todavía concentrado en la insubordinación de última hora de Lena y en mi aspirante a asistente que está ahí fuera—. En cuanto se conecte Tate, empezamos.

Como si el hecho de pronunciar su nombre lo hubiera invocado, Tate se conecta.

—Buenos días, hermanos míos. —Su tono excesivamente alegre me saca de quicio.

—¿Cuántos cafés te has tomado para estar tan alegre a estas horas?

—Si crees que mi buen humor se debe a la cafeína, es que obviamente has olvidado lo que se siente al tener suerte a diario.

—Me alegro por ti. —Por muy contento que esté de que él y Cole se hayan asentado con las mujeres que aman, podría prescindir de los constantes recordatorios y de las pullas sobre mi desinterés por encontrar a alguien para mí. Ya he pasado por eso; ya lo he hecho y no pienso volver a hacerlo.

—¿Quién te ha jodido el día tan de mañana? —pregunta Cole.

Me encuentro entrecerrando los ojos hacia la puerta, como si eso fuera a permitirme ver a través de la gruesa madera lo que Chloe está haciendo ahí fuera en su intento por demostrar su valía.

Aunque ella prácticamente me haya suplicado que le diera una oportunidad, debería haberme mantenido firme en mi decisión y haberle pedido a Sophie que la acompañara a la salida. Pero la forma en que me ha mirado —con la mandíbula levantada en señal de desafío, aunque un atisbo de vulnerabilidad brillara en sus ojos— me ha detenido.

Ese susurro de fragilidad envuelto en determinación se me ha clavado en el pecho de una forma desconocida, haciéndome decir que sí cuando debería haber dicho que no. Cuando debería haber puesto fin a todo eso ahí mismo en lugar de alargar las cosas durante todo un día.

Me obligo a volver a centrarme en la conversación.

—Lo siento. Lena la ha fastidiado con su sustituta, y ahora tengo que encontrar a otra persona.

—Eso no parece propio de Lena —dice Cole—. ¿Cómo la ha fastidiado?

—Ha contratado a la única candidata a la que le dije expresamente que no contratara.

—Déjame adivinar —dice Tate con tono burlón, rebosante de diversión—. Ha contratado a esa rubia bajita a la que trataste mal en el ascensor.

—No la traté mal. —Las palabras salen con más sarcasmo del que pretendía.

Tate se ríe.

—Sí que lo hiciste. Joder, Lena tiene sentido del humor.

—Su sentido del humor no es el problema —refunfuño—. Es su capacidad para seguir instrucciones lo que hay que mejorar.

—Entonces, ¿qué problema tienes con…? —Cole deja la frase en el aire, expectante.

—Chloe —digo su nombre a regañadientes.

—¿Y qué problema tienes con Chloe, entonces?

—Ya la has visto. Parece que acaba de salir de la universidad.

—¿Y? —pregunta.

Agacho la cabeza y me pellizco el puente de la nariz.

—¿Y qué?

—Si es competente, eso parece una razón espuria para no contratarla.

—Aún tiene que demostrarlo.

—Parece que no vas a dejar que lo demuestre.

Me tiembla el ojo y sacudo la cabeza.

—Nos hemos desviado del tema.

—¿Sabes? —dice Tate, todavía demasiado alegre—, creo que me gusta esta chica. Hacía tiempo que no te veía tan alterado.

Miro con ira la pantalla de mi teléfono, aunque no sea una videollamada.

—Yo no me altero.

—No, no te alteras. —Su tono se vuelve de repente pensativo, y no me gusta.

Inspiro hondo y bajo la voz.

—Sabes tan bien como yo cómo se va a ver esto.

Cuando solo me encuentro con silencio, la tensión de mis hombros se alivia. Por fin he conseguido hacerles entrar en razón.

Entonces Cole vuelve a hablar.

—Tú no eres papá.

Un peso familiar me oprime el esternón. Nuestro puñetero padre siempre se aseguraba de tener a mano a una mujer guapa y

complaciente. Desde nuestras niñeras hasta las empleadas domésticas, pasando por sus asistentes personales.

Interrumpo esa línea de pensamiento. He dejado sus acciones atrás de una vez por todas. Aunque no puedo decir lo mismo de nuestro círculo social, nuestros socios comerciales o los malditos medios de comunicación.

—Y he tenido mucho cuidado de comportarme de manera que nuestros inversores y accionistas confíen en ello.

—A ver si lo entiendo bien —responde Tate lentamente—. ¿Te preocupa contratar a esta mujer porque das por hecho que la gente pensará que eres como papá?

Me rasco la frente.

—Sabes que lo pensarán. Y no podemos permitirnos ese escrutinio.

Cole se ríe.

—Podemos permitirnos muchas cosas.

No lo entienden. Están embriagados de amor —o del cóctel químico que sea que les da vueltas en el cerebro, alterando sus prioridades—. No se lo envidio —demonios, es lo que yo creía que quería hace mucho tiempo—, pero eso significa que soy yo quien tiene que mantener la vista puesta en el futuro.

—Llevamos tres años dedicándonos a controlar los daños. Tenemos la oportunidad de consolidar la posición del Grupo King de cara al futuro. Lo último que necesitamos es que papá y su reputación nos frenen desde la cárcel.

—¿Qué fue lo que me dijiste sobre no vivir a la sombra de papá? —pregunta Tate.

Debería haber sabido que me iba a echar ese consejo en cara.

—No me preocupa mi vida personal. Tengo todo lo que quiero. Es en la empresa en lo que estoy pensando. Cuando la gente me ve, no puede evitar acordarse de él, y lo último que necesitamos es munición para alimentar rumores o suposiciones. Si no les hace pensar que tolero el mismo tipo de comportamiento, les dará más munición para querer vernos fracasar.

—Pues demuéstrales que se equivocan —dice Cole. —Las aventuras de papá eran de dominio público porque nunca se molestó

en ocultarlas. Joder, todo el mundo sabe que mantenía al menos a tres amantes cuando fue a la cárcel. No castigues a esta pobre chica por sus acciones. Su edad y su aspecto no deberían influir en su empleo. Si no da la talla, sustitúyela. Pero si puede ayudar, quédatela y mantén la misma relación profesional que has tenido con tus anteriores asistentes. Sean cuales sean los pensamientos iniciales de la gente, es cómo te comportes con ella lo que cambiará su percepción.

Me paso los dedos por el pelo. Como ninguno de mis hermanos parece dispuesto a darme la razón, lo intento desde otro ángulo.

—Será el blanco de todos los capullos salidos con los que hagamos negocios.

Cole resopla.

—Estoy seguro de que sabe cómo defenderse.

—¿Y quién mejor que tú para protegerla de las insinuaciones de esos capullos? —interviene Tate—. Si la dejas marchar, va a buscar otro trabajo. Y hay muchas posibilidades de que acabe trabajando para uno de ellos.

Un nudo de inquietud se me forma en la garganta ante la imagen que se dibuja en mi mente. Una imagen de ella. Con ese cabello rubio y sedoso, más luz de luna que de sol, esos labios carnosos y esos cautivadores ojos azul verdoso; a los hombres con los que trato se les haría la boca agua ante la idea de tenerla a su entera disposición.

Se me tensan los hombros de nuevo y tengo que moverme para relajarlos.

Puede que Tate tenga razón. Pero ¿estoy preparado para aceptarla? Si lo hago, tendré que ser aún más profesional de lo que fui con Lena, asegurarme de que no haya absolutamente ningún indicio de conducta inapropiada entre nosotros.

—Aún tendrá que demostrar su valía. —Mi voz suena renuente, incluso para mis propios oídos.

—Eso no hay ni que decirlo —apunta Cole, con un matiz de diversión que no me molesto en pedirle que explique.

—Ahora, si ya habéis terminado de cuestionar mis decisiones laborales, ¿podemos hablar de nuestros planes de futuro? —De

momento, quiero apartar de mi mente cualquier pensamiento sobre Chloe Callahan.

Rápidamente nos sumergimos en una conversación sobre el calendario de construcción de Genesis-1 —nuestro último proyecto de rascacielos de lujo— antes de pasar a nuestros planes en torno a EcoTech, como preparación para mi reunión de esta mañana con nuestro equipo ejecutivo sobre la propuesta de adquisición.

Pero a pesar de mi determinación de apartar a Chloe de mi mente, ella sigue colándose en momentos aleatorios. No sé decidir si espero que fracase estrepitosamente para poder despedirla o que demuestre su valía para poder mantenerla apartada de hombres como mi padre.

6

Chloe

Mi cuerpo se hunde cuando la puerta se cierra tras Roman, pero un instante después, me invade el pánico. ¿Por qué le he dicho que iba a demostrarle mi valía? No tengo ni idea de cómo voy a hacerlo en mi primer día, sobre todo cuando apenas he encendido el ordenador.

—Eh… —dice Sophie, con los ojos muy abiertos—. Lo siento muchísimo. No sé por qué él… —Niega con la cabeza—. ¿Qué quieres hacer ahora?

Me muerdo el labio y echo un vistazo al lugar, esperando que me venga la inspiración. Por desgracia, no se me ocurre nada. ¿Cómo demonios se supone que voy a impresionar a un hombre como Roman King? Porque tiene razón: nunca he trabajado a su nivel antes, y es poco probable que el *software* y las herramientas que usan aquí sean las mismas que yo usaba en Talon.

Me vuelvo hacia Sophie.

—¿Puedes ayudarme?

Ella asiente rápidamente.

—Por supuesto. ¿Qué necesitas?

—Empecemos por lo básico. ¿Puedes enseñarme cómo funciona la aplicación de planificación y dónde están los archivos del proyecto actual?

Las dos rodeamos mi escritorio y, una vez que me ha enseñado las aplicaciones que necesito, me explica lo que sabe del sistema de Lena. Mientras, tomo notas en un bloc que he encontrado en un cajón, y voy creando una guía de referencia rápida para mí misma.

Vale. Mi mente trabaja a toda máquina mientras echo un vistazo al calendario de Roman. Está repleto. Muy repleto. Al revisarlo, me llama la atención una reunión marcada en rojo que tiene esta mañana, más tarde. Parece que va a informar a su equipo directivo sobre una empresa llamada EcoTech.

—¿Dónde encuentro los archivos relacionados con esta empresa? —le pregunto a Sophie, señalando la entrada del calendario.

—Deberían estar aquí.

La sigo hasta un archivador junto a la pared, donde revisa varios expedientes antes de sacar uno y tendérmelo.

Le echo un vistazo mientras vuelvo a mi escritorio. Maldita sea. Los detalles no me dicen gran cosa y no tengo tiempo para asimilarlos todos.

Aun así, hay algunas cosas que me resultan familiares de mi época en Talon.

—¿Dónde están los últimos informes de mercado?

—Normalmente se guardan en la unidad compartida, en la carpeta de Análisis. Aquí. —Sophie señala la pantalla. Al retirar la mano, mira su reloj—. Siento dejarte sola, pero tengo que volver al trabajo. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte antes de irme?

Esbozo una sonrisa, aunque lo que de verdad me gustaría hacer es rogarle que se quedara.

—Gracias. Creo que lo tengo controlado. Haré todo lo que pueda y espero que sea suficiente.

—Yo también lo espero. Sería divertido tenerte por aquí. Si tienes más preguntas, este es mi número de extensión. —Anota un número en mi bloc de notas y me lo pasa—. Puedo responder a cualquier pregunta que tengas, o venir aquí y enseñarte lo que necesites. —Dicho esto, se da media vuelta y se dirige hacia el pasillo—. Ah. —Se detiene y se vuelve de nuevo hacia mí—. Si te queda algo de tiempo libre a la hora de comer, ven a buscarme. Te llevaré a la cafetería de los empleados.

A pesar de mi pánico persistente, me invade una sensación de calidez.

—Sería estupendo. Gracias.

Con una renovada determinación, vuelvo al trabajo y ojeo el archivo de EcoTech. Rebusco en el escritorio, encuentro un bloc de notas adhesivas y marco la información clave que creo que Roman podría necesitar para su reunión.

Cuando termino, exploro el *software* de CRM que realiza un seguimiento del estado de los proyectos y las interacciones con las

partes interesadas. Tomo más notas mientras comparo los detalles con los correos recientes para detectar actualizaciones que aún no se han añadido al expediente. Apartando las dudas que me carcomen, decido informarlo de ellas.

Cuando se acerca la hora de la reunión, inspiro hondo, cojo el bloc y mi nueva tableta, y voy hasta su despacho.

A mi llamada a la puerta le sigue un lacónico «Adelante».

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. Si he podido aguantar al salido de Geoff durante los seis últimos meses, puedo aguantar al gruñón de Roman. Si tengo suerte, claro. Primero, tengo que asegurarme de que no me despida.

Abro la puerta con cuidado y, con toda la confianza que puedo reunir, entro en lo que resulta ser un enorme despacho en esquina, todo de madera oscura y elegancia discreta, con ventanas de suelo a techo en dos lados que enmarcan un impresionante paisaje urbano digno de uno de los cuadros de mi padre.

Por un momento, me distraen las vistas, pero rápidamente vuelvo a centrar mi atención en Roman. Está recostado en su silla detrás de un amplio escritorio de madera, mirándome con esos intensos ojos grises, unos ojos que hacen que mi corazón lata un poco más rápido.

Son los nervios, obviamente. Porque, vaya, Roman King resulta intimidante cuando me clava la vista de ese modo. Si soy sincera, probablemente sea el hombre más intimidante que he conocido jamás. Mi padre es todo lo contrario: amable, cariñoso, un poco ausente a veces —y algo gruñón últimamente—, pero nunca intimidante. Respetaba al padre de Geoff; siempre fue justo con sus empleados. A su hijo no lo respetaba en absoluto. Pero ninguno de los dos era lo que yo habría considerado intimidante.

Roman, sin embargo, con su presencia naturalmente imponente y la forma desconcertante en que me mira —como si pudiera ver a través de mí mientras mantiene ocultos todos sus propios pensamientos—, me amedrenta muchísimo Pero de ninguna manera se lo voy a dejar entrever, y menos después de los comentarios que me ha hecho antes.

Carraspeo y esbozo una sonrisa fría y profesional.

—Señor King, he preparado el informe para la reunión de esta mañana. Incluye puntos clave sobre los posibles impactos en el mercado a partir de los últimos datos, así como actualizaciones que podrían resultarle relevantes.

No hace ningún gesto de coger el expediente, así que se lo tiendo. Por suerte, lo coge en lugar de dejarlo colgando en el aire. Tampoco me habría extrañado…

Mientras hojea las páginas, con una expresión indescifrable, hago todo lo posible por no mover los pies y no dejar entrever lo nerviosa que estoy. Echo un vistazo a los sillones de cuero frente a su escritorio y no puedo evitar pensar que ojalá se me hubiera ocurrido sentarme antes de lanzarme a soltar un discurso.

Al final, deja caer el expediente sobre su escritorio y me mira fijamente, pasándose el pulgar por el labio inferior, con un gesto lento.

—No está mal, señorita Callahan. —A pesar de su tono mesurado, hay un matiz de renuencia en su elogio tibio.

Frunzo el ceño, frustrada. ¿Qué le pasa conmigo? Puedo entender que le haya sorprendido mi edad, pero con tres años de experiencia y buenas referencias de mi último trabajo, eso no debería importar. En cualquier caso, no voy a rendirme sin luchar. Este trabajo —y el sueldo que conlleva y que tanto necesito— es demasiado bueno como para dejarlo pasar solo porque mi jefe tenga algo en contra de mí.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle antes de su reunión? —Mantengo un tono neutro.

Echa un vistazo al expediente que tiene delante y luego levanta la cabeza hacia mí.

—No. Repasaré esto con más detalle antes de la reunión.

—¿Necesita que me quede y tome notas?

Entrecierra los ojos y agacha la cabeza. Luego coge el bolígrafo y da unos suaves golpecitos con él en la madera oscura de su escritorio.

—Sí. Imprima una docena de copias del informe de mercado más reciente y asegúrese de que la sala de reuniones de esta planta esté lista.

—Sí, señor. —Ridículamente satisfecha de que no me haya despachado, dejo que una sonrisa más amplia y sincera se cuele entre la expresión profesionalmente serena que he estado manteniendo.

En respuesta, su mirada se aguza, así que refreno mi entusiasmo a toda prisa, decidida a no darle ningún pretexto para deshacerse de mí. Por lo que he visto hoy de él, ser una persona muy alegre no debe de figurar en su lista de cualidades ideales para una asistente.

Con los labios apretados, asiento, me doy media vuelta y me voy. En cuanto la pesada puerta se cierra detrás de mí, corro a mi escritorio e imprimo el informe que me ha pedido. Luego me dirijo a la sala de juntas ejecutiva que Sophie me ha señalado durante la visita a las instalaciones.

Al ver que han dejado una jarra de agua y una docena de vasos en el aparador, los coloco sobre la mesa y pongo un informe en cada sitio. Luego regreso corriendo a mi escritorio para repasar a toda prisa las notas que he tomado. No creo que me hagan ninguna pregunta, pero quiero estar preparada por si acaso.

Diez minutos más tarde, se abre la puerta de Roman y él sale a zancadas, sin el expediente. ¿Se habrá memorizado todo lo que necesitaba, o es que lo que le he proporcionado no le ha servido de nada?

Se me revuelve el estómago, pero rápidamente aparto ese pensamiento inútil y me levanto, estirándome la falda con las palmas de las manos. Sin detenerse, me mira por encima del hombro.

—No te olvides de la tableta.

Esta vez sí que pongo los ojos en blanco. Debe de pensar de verdad que soy una novata si me da instrucciones tan básicas. Con la tableta en la mano, lo sigo. Por desgracia, desde esta perspectiva, es imposible no fijarse en cómo le queda la chaqueta del traje en los hombros o en cómo su cabello oscuro se le riza un poco en la nuca.

¿Esos mechones entre mis dedos me parecerían suaves?

Sacudo la cabeza bruscamente para alejar mis pensamientos de donde se habían desviado, y me doy una colleja mental. Ese es el primer y último pensamiento inapropiado sobre mi jefe que dejaré que me distraiga.

La sala de reuniones está ahora llena de hombres y mujeres de aspecto serio, sentados alrededor de la mesa, la mayoría de ellos revisando el informe que he presentado. Roman ocupa la silla a la cabecera y luego me señala una vacía justo a su lado.

Me siento, correspondiendo cortésmente la sonrisa al hombre que tengo al lado, y luego coloco mi tableta sobre la mesa, lista para tomar notas.

Roman carraspea e, inmediatamente, todas las miradas se posan en él. Echa una ojeada a la sala antes de detenerse un breve instante en mí. Otro pequeño y extraño escalofrío me recorre la espalda antes de que siga adelante, con su expresión tan indescifrable como siempre.

—Muy bien —dice—. Empecemos.

7

ROMAN

Me echo hacia delante, tras asegurarme de que toda la atención está puesta en mí antes de hablar.

—El tema central de la reunión de hoy es la propuesta de adquisición de EcoTech Building Solutions. No se trata solo de ampliar nuestra cartera, sino también de consolidar nuestro liderazgo en el desarrollo comercial sostenible. Los avances de EcoTech en tecnología verde suponen un cambio revolucionario. Integrarlos en nuestras operaciones podría reducir significativamente nuestra huella de carbono y reforzar nuestra ventaja competitiva. — La mayoría del equipo hace gestos de asentimiento. Cuando planteé la adquisición por primera vez hace un mes, algunos se resistieron, pensando que no había nada malo en la forma en que habíamos estado haciendo negocios. Que no había necesidad de cambiar ni de crecer. Pero tras presentar datos que respaldaban mi argumento, la mayoría se ha sumado a la idea. Aun así, insisto en el tema—. Verán en el informe que tienen delante que el cambio global hacia la sostenibilidad no es una moda pasajera; es un punto de inflexión para nuestro sector. La presión reguladora y las exigencias de los consumidores están remodelando el mercado. Las empresas que lideren este ámbito no solo se beneficiarán de un crecimiento significativo del mercado, sino que también marcarán las pautas para los próximos años.

Margo, nuestra directora de Estrategia, se endereza y me pide en silencio permiso para interrumpir. Le hago un gesto de asentimiento.

—La integración de nuevas tecnologías es crucial, pero debe mejorar nuestras operaciones, no complicarlas.

Agacho la cabeza en señal de asentimiento.

—Por eso nuestra propuesta incluirá una integración por fases. EcoTech operará en un principio de forma independiente para

preservar su cultura de innovación. Mientras tanto, formaremos equipos multifuncionales para combinar sus tecnologías con las nuestras, garantizando una transición fluida que aproveche los puntos fuertes de las dos empresas. —No es la primera vez durante esta reunión que mi mirada se posa en Chloe, cuyos ojos están fijos en su tableta mientras toma notas. Tiene el ceño fruncido por la concentración y se muerde el labio inferior. Me invade una punzada de atracción, pero reprimo esa sensación y vuelvo a centrarme en la reunión—. No me refiero solo a adquirir activos. —Me echo hacia delante para captar toda la atención de la sala—. También se trata de adoptar la innovación dentro de nuestras filas. La adquisición de EcoTech no es solo una transacción; además es una declaración al mercado y a nuestros accionistas. Todos sabrán que el Grupo King está comprometido con liderar el camino hacia un futuro sostenible. —Hago una pausa para que cale la importancia de esa declaración —. Esta medida nos mantendrá a la vanguardia nos permitirá marcar el ritmo en lugar de ir a la zaga. Encaja perfectamente con nuestros objetivos estratégicos y refuerza significativamente nuestra ventaja competitiva.

Margo, que siempre va al grano, se dirige a mí.

—Entonces, ¿cuál es nuestro plan para conseguirlos?

—EcoTech busca algo más que seguridad financiera y operativa. Les interesa nuestro compromiso e integridad. —Recorro con la mirada los rostros alrededor de la mesa, deteniéndome en Chloe un instante de más antes de seguir adelante—. Tenemos que demostrarles que nuestros valores en materia de sostenibilidad y nuestras prácticas empresariales éticas coinciden con los suyos. Se mostrarán recelosos, dados los escándalos de liderazgo del Grupo King en el pasado, así que tenemos que convencerlos de que la empresa ha entrado en una nueva era. —La tensión me estrangula el cuello, como siempre que me veo obligado a hablar del desastre que montó mi padre. Todos los presentes en esta sala, excepto quizá Chloe, saben lo que hizo. Saben la clase de hombre que es y qué tipo de director ejecutivo fue. Probablemente muchos consideren que mi padre y yo somos intercambiables. De entre sus hijos, soy el que más se le parece, y ahora he asumido su papel. ¿Se

preguntarán si yo también comparto sus vicios? Siento un nudo en el estómago y carraspeo—. Tenemos que demostrar a EcoTech que nuestro compromiso con la integridad no es solo de boquilla. —Hago una pausa, asegurándome de que mi equipo comprenda la gravedad de la situación—. Cualquier atisbo de falta de sinceridad podría no solo hacer fracasar esta adquisición, sino también dañar la reputación del Grupo King.

Otra vez. Aunque no hace falta que lo diga.

David, el director de Comunicaciones Corporativas, que está sentado junto a Chloe, se echa hacia delante.

—Deberíamos aumentar nuestra visibilidad en las iniciativas ecológicas que ya hemos puesto en marcha. Buscar más apoyos públicos de grupos ecologistas para consolidar nuestra reputación.

Asiento.

—De acuerdo. Coordínate con mi asistente para programar una sesión de planificación. Quiero una estrategia detallada en mi escritorio antes de que termine la semana.

La mirada de Chloe se cruza con la mía, y las comisuras de sus labios se curvan hacia abajo. ¿Será porque no la he llamado por su nombre? Mi omisión al presentarla como mi nueva asistente ha sido deliberada, dadas las dudas que aún albergo. Por su expresión, se ha dado cuenta y ha interpretado mi omisión correctamente.

Su ceño fruncido no dura mucho. Entre una respiración y otra, levanta la barbilla y sus ojos, del color del Caribe, brillan.

—Me encargaré de organizarlo, señor King. —Me dedica una sonrisa tensa y profesional, pero hay un sutil desafío en su tono y en la forma en que no aparta la mirada. Una chispa ardiente y desconocida estalla detrás de mi esternón. Afortunadamente, se apaga cuando ella rompe el contacto visual y le dedica a David una sonrisa más suave y sincera—. Me pondré en contacto con usted para concertar una cita después de la reunión.

David arquea las cejas y luego esboza una sonrisa.

—Lo espero con ganas, eh… —Ladea la cabeza, con los ojos marrones fijos en ella, expectantes.

—Ah —dice ella—. Chlo…

—Es la señorita Callahan.

Su mirada vuelve rápidamente a mí, pero me mantengo impasible. David es un buen empleado, pero tiene una conocida reputación de mujeriego. Lo último que necesitamos es que distraiga a mi asistente en su primer día.

Aunque exista la posibilidad de que también sea su último día.

Chloe me dedica un breve y seco asentimiento, y yo me muerdo los labios para no sonreír. Cree que se le da bien mantener la cara de póquer, pero sus ojos y su boca son demasiado expresivos como para ocultar lo que le pasa por la cabeza.

Ahora mismo está molesta conmigo. Y, por alguna razón, me gusta.

Reprimiendo esa rara oleada de diversión, vuelvo a centrar mi mente en el asunto que nos ocupa; no tardo mucho, dada la importancia de lo que estamos discutiendo.

Doy unos golpecitos en la mesa con los nudillos para que la sala vuelva a prestarme atención.

—Es crucial —digo, concentrando en David, que sigue contemplando a Chloe, toda la intensidad de mi mirada hasta que él aparta la vista de ella— que todos los aquí presentes comprendan lo delicado que es este acuerdo. Los ojos de la industria, y del propietario y la junta directiva de EcoTech, están puestos en nosotros. No podemos permitirnos ningún desliz, y desde luego no queremos que nuestros competidores se hagan con la empresa antes que nosotros. —Se oye un murmullo de aprobación alrededor de la mesa, acompañado de gestos de asentimiento. Satisfecho de haber dejado claro mi punto, me recuesto en el asiento—. Ahora abriré la reunión al debate. Asegurémonos de que todos estamos en la misma onda para poder poner las cosas en marcha.

Durante los veinte minutos siguientes respondo a sus preguntas. En respuesta a una sobre el contexto actual del mercado, hago referencia a un punto que Chloe ha señalado en el documento, sin poder evitar que mi mirada se desvíe hacia ella mientras lo hago.

Se muerde el labio inferior de nuevo, como si intentara ocultar su pequeña sonrisa de satisfacción. Antes de que pueda evitarlo me fijo en la tentadora curva de su boca y en el perfecto arco de Cupido. Con un suspiro brusco, aparto la vista. El gesto ha sido tan fugaz

que casi puedo convencerme de que la sacudida que he sentido no ha sido lujuria. Vuelvo inmediatamente a responder a las preguntas, como si ese instante de pérdida de control nunca hubiera ocurrido.

Y, por lo que a mí respecta, no ha pasado.

Porque no soy el tipo de hombre que se deja distraer por una mujer guapa. Ya no. Y menos aún cuando esa mujer es mi empleada.

O posible empleada.

Joder, si necesito recordarme eso a mí mismo, aunque, inconscientemente, puede que ya me esté inclinando hacia una decisión.

Nunca he sido de los que rehúyen un reto, pero no estoy seguro de si el verdadero reto de quedarme con Chloe será demostrar al mundo que no soy como mi padre… o demostrármelo a mí mismo.

8

Chloe

Con el estómago rugiendo, miro fijamente la puerta de Roman y tamborileo con los dedos sobre mi escritorio. No he vuelto a verlo desde que ha desaparecido en su de lo he visto desde que ha desaparecido en su despacho tras la reunión. Después de que me haya clavado esa mirada fría y me haya dicho que revise su agenda para la semana que viene, que resalte cualquier conflicto o problema y que estuviera lista para informarlo a las tres de la tarde.

Aún no estoy segura de si me dejará regresar mañana ni de cuándo lo decidirá. He pasado la última hora revisando sus correos, marcando los mensajes prioritarios que requieren atención inmediata y haciendo una lista de las solicitudes de reunión para poder confirmar cuáles quiere que se añadan a su agenda y cuáles debo rechazar.

Ahora me muero de hambre.

Según la agenda de hoy, Roman tiene una comida de negocios a última hora con sus hermanos, pero no ha mencionado cuándo debería comer yo. ¿Debería ponerle un mensaje para anunciar que me ausento e ir a por algo? ¿O debo esperar a que me de permiso?

Me muerdo el labio inferior y miro hacia el pasillo, en dirección al escritorio de Sophie. ¿Sigue allí? Tate y Cole también tienen despachos en esquina, así que no puedo ver a sus asistentes desde aquí.

Sophie se ha pasado un par de veces para ver cómo estaba, y su sonrisa alentadora me ha levantado el ánimo. La última vez que se ha acercado me ha repetido su ofrecimiento de ir a comer conmigo, y estoy deseando aceptarlo.

De repente, molesta conmigo misma por dejar que la actitud intimidatoria de mi jefe me afecte tanto, echo la silla hacia atrás y me levanto. Después de secarme las palmas sudorosas en la falda,

me dirijo hacia su despacho. Justo cuando levanto el brazo para llamar, la puerta se abre y Roman sale a zancadas. Doy un rápido paso atrás para evitar chocar con él, pero mi tacón se engancha en la mullida alfombra y pierdo el equilibrio.

Antes de que pueda caer al suelo de una forma muy vergonzosa, unas manos grandes y firmes me agarran por los brazos y me enderezan de un tirón, y el cambio brusco en mi inercia me lleva contra su pecho. Su pecho muy duro.

Inspiro bruscamente a causa del impacto, y un aroma embriagador inunda mis sentidos. Una mezcla de jabón caro, colonia cítrica y un toque de algo que prácticamente grita «hombre atractivo y sexy». Casi vuelvo a inspirar para llenar mis pulmones con ese aroma, pero antes de que pueda hacerlo, me doy cuenta de que estoy pegada a mi jefe de una forma muy inapropiada.

Cuando levanto la cara mi siguiente inspiración es un poco temblorosa y mucho menos distraída. He logrado mantener fuera de mi mente lo guapo que es mientras ha estado oculto en su despacho, pero ahora su atractivo me golpea con toda su fuerza.

Sus ojos gris lobo, enmarcados por esas pestañas oscuras, están clavados en los míos. Desde tan cerca, se ven las motas plateadas que hay en ellos, junto con las finas arrugas que se extienden desde las comisuras y que solo lo hacen más atractivo. Mi atención se desvía hacia sus seductores labios, que de alguna manera parecen firmes y suaves al mismo tiempo.

¿Qué sentiría si él bajara la cabeza y los pusiera sobre los míos?

Unos dedos fuertes me rodean los brazos, ejerciendo una ligera presión, casi como si estuviera a punto de pegarme a él.

Pero me suelta justo cuando ese pensamiento se me pasa por la cabeza.

Me tambaleo un poco ante lo repentino del gesto, pero rápidamente recupero el equilibrio. Cuando levanto la vista, ya está a varios metros de distancia.

—¿Hay algo que quiera de mí, señorita Callahan? —Hay una ronquera en su voz que no le había oído antes. Parpadeo. Dios mío. ¿Sabe que me estaba preguntando qué se sentiría al tener sus labios

sobre los míos? Frunce el ceño—. Estaba a punto de llamar a mi puerta.

Ah. Agacho un poco la cabeza, esperando que mis mejillas sonrojadas no me delaten.

—Eh, sí. Iba a preguntarle si hay algo que necesite que haga ahora mismo, o si le parece bien que vaya a comer algo.

Con las cejas aún fruncidas, mira su reloj.

—Está bien.

Luego se marcha a zancadas.

Bueno, vale, de acuerdo… Supongo que cultivar las buenas maneras no es una de las prioridades de un hombre tan guapo como el pecado y tan intimidante como el infierno.

Sin permitirme pensar más en él, me apresuro por el pasillo hacia el escritorio de Sophie, fuera de la oficina de Tate.

Ella levanta la vista y sonríe cuando me acerco.

—¿Te han dejado salir?

—Eso parece —río.

—Genial, me muero de hambre. —Se levanta de un salto y me guía al ascensor; yo le cuento cómo me ha ido la mañana. Mientras bajamos a la planta cuarenta, ella escucha, frunciendo el ceño, y niega con la cabeza—. Roman siempre ha sido el más serio de los tres hermanos. Lo cual tiene sentido, ya que es el mayor y el director general. Pero nunca me ha dado la impresión de ser poco razonable. Obviamente, Lena no te habría contratado si no pensara que tienes suficiente experiencia.

—Supongo que le estoy agradecida por darme una oportunidad. Pero es frustrante pensar que podría perder este trabajo y sin siquiera estar segura de por qué. No puede ser solo por mi edad, ¿verdad?

Antes de que ella pueda responder, se abren las puertas del ascensor y entramos en la cafetería más lujosa que he visto nunca. Lo que parece un suelo de mármol brilla bajo nuestros pies, y hay varios puestos de comida dispuestos alrededor del perímetro, que ofrecen de todo, desde comida italiana hasta griega y japonesa, pasando por las clásicas hamburguesas y patatas fritas. Los grandes

ventanales dejan entrar mucha luz natural, y la alegre charla de los empleados me tranquiliza.

Al pasar por delante de una lista de precios, me sorprende lo razonables que son.

—Las comidas están subvencionadas —me informa Sophie. Otra razón más por la que tengo que conservar este trabajo. A pesar del trato frío de mi jefe, el buen sueldo y las ventajas que me permitirán ahorrar, como las comidas subvencionadas, harán que cuidar de mi padre sea más fácil. Elegimos sushi y, una vez que tenemos nuestros platos y las botellas de agua, encontramos sitio en una mesa para dos cerca de uno de los grandes ventanales. Contemplo por un momento las vistas de Manhattan, un tanto diferentes a las que tiene el despacho de Roman, pero igual de cautivadoras. Le doy un gran bocado al delicioso y fresco rollito California—. Vale —dice Sophie, limpiándose la boca con una servilleta—. Cuéntame tu historia.

Trago un bocado y cojo mi propia servilleta.

—Mi historia no es muy interesante.

Ella ladea la cabeza.

—No seas tonta. Todo el mundo tiene una historia interesante. Lo que ocurre es que no lo ves porque la has vivido y te parece normal.

Sus palabras me hacen sonreír.

—Supongo que sí. Bueno…, durante los últimos años trabajé para una pequeña empresa de promoción inmobiliaria, pero la compraron hace poco y luego la reestructuraron. A mi jefe no le pareció oportuno pelear para mantener mi puesto porque iba a tener acceso a un equipo de administrativos. Y estoy bastante segura de que fue porque rechacé sus insinuaciones unos meses antes de que se anunciara la reestructuración. Aunque no puedo demostrarlo, claro.

Sophie frunce el ceño.

—Cabrón.

Asiento y cojo otra pieza de sushi.

—Lo era —digo cuando puedo volver a hablar—. No me da la más mínima pena no seguir trabajando para él. Por suerte, una amiga me dio los datos de contacto de una agencia de selección de personal, y así fue como acabé aquí.

—¿Estás soltera? ¿Tienes pareja? ¿Hijos? —Mastica con los ojos brillantes de interés. Quizá no conozca a nuevos empleados muy a menudo, trabajando en la planta ejecutiva.

—Soy soltera y no tengo hijos… —Dudo si decir algo sobre mi padre. Pero Sophie parece encantadora, y es alguien con quien me veo haciendo amistad si me quedo, así que sigo hablando—. De hecho, vivo con mi padre. Tiene una enfermedad crónica y necesita ayuda.

Sus ojos brillan con compasión.

—Lo siento mucho. ¿Tu madre sigue con vosotros o…?

Le doy un sorbo de agua, apartando la punzada de pena.

—Mi madre se marchó cuando yo tenía catorce años. Supongo que ser la esposa de un artista y la madre de una adolescente no era lo que quería. Desde entonces, solo hemos estado mi padre y yo. —Se estira sobre la mesa y me aprieta la mano. El gesto me pilla por sorpresa, pero me tranquiliza. Le devuelvo el apretón y le sonrío —. No pasa nada. Fue hace mucho tiempo.

—Aun así, es triste. —Por suerte, cambia de tema—. Entonces, ¿tu padre es artista?

—Sí. Pinta unos cuadros increíbles de Nueva York. Solía alquilar un pequeño local y venderlos allí. También por Internet. Pero ahora le cuesta sujetar el pincel, así que…. —Inesperadamente, se me hace un nudo en la garganta y se me quiebra la voz.

—Así que ahora tú lo cuidas.

—Sí. Y un trabajo bien remunerado como este me ayudaría a cubrir sus facturas médicas.

—Lo entiendo. —Sus ojos color avellana se entrecierran pensativamente—. Solo tendremos que asegurarnos de que Roman entre en razón antes de que acabe el día. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, dímelo. Lo dejaremos boquiabierto con lo productiva que eres.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa agradecida—. Pero si quiero demostrar mi valía, tengo que convencerlo de que soy capaz de hacerlo todo por mí misma. De lo contrario, podría tener razón al pensar que no puedo con el trabajo.

Ella asiente, un poco a regañadientes.

—Me parece justo.

Una vez que termino mi último rollito California, me limpio los dedos con la servilleta y le hago la pregunta que me ha estado rondando por la cabeza toda la mañana.

—¿Qué me puedes contar sobre Roman? Investigué un poco antes de la entrevista, pero no hay tantos artículos sobre él que no estén relacionados con los negocios como los hay sobre sus hermanos.

—Mmm. —Coge un grano de arroz entre los dedos y se lo lleva a la boca—. Es la clase de tío alto, moreno y misterioso. Sin duda, es un adicto al trabajo. Lo ha sido durante años, incluso antes de que tomara el relevo de su padre.

—¿Conocías a su padre?

Sophie arruga la nariz.

—Por desgracia. Digamos que no era precisamente la persona más agradable del mundo.

—Claro, si nos basamos en el uso de información privilegiada. —Algunos de los artículos que encontré durante mi investigación se centraban en la detención del anterior director ejecutivo y su posterior condena de ocho años de cárcel.

—No era solo eso. —Echa un vistazo a las mesas de alrededor, luego se acerca más a mí y baja la voz—. Era un mujeriego empedernido.

Arqueo las cejas.

—¿En serio?

—Se rumorea —dice, acercándose aún más— que uno de los requisitos para trabajar con él era que tuvieras el aspecto de una modelo.

Pongo cara de asco.

—Qué bonito…

—Ajá. Era un auténtico asqueroso. Creo que todos nos alegramos cuando lo arrestaron.

Una duda terrible se enciende en mi mente.

—Sus hijos no son así, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Bueno… —Se muerde el labio inferior—. Cole y Tate salían con un montón de mujeres guapísimas antes de conocer a sus parejas. Pero nunca de una forma tan sórdida como su padre.

Aunque me siento un poco culpable por dejarme llevar por los cotilleos, su omisión despierta mi curiosidad. Después de trabajar para Geoff, me gustaría saber qué me espera.

—¿Y Roman?

Sophie entrecierra los ojos y se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo.

—No lo creo. Lena no es el tipo de mujer que habría aguantado que coquetearan con ella en el trabajo. Y nunca he oído rumores sobre él y muchas mujeres. Por muy distante que sea, da más la impresión de ser un monje que un *playboy*. Por otra parte, se casó con una empleada, así que supongo que eso significa que no tiene ningún problema con las relaciones entre compañeros de trabajo.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Está casado? —No recuerdo que se mencionara a ninguna esposa en mi investigación, y juraría que esta mañana no llevaba anillo de boda.

—Fue hace años, antes de que yo entrara a trabajar aquí. Al parecer, se divorciaron al cabo de unos seis meses. —Aprieta los labios—. La vi una vez, cuando se pasó por aquí hace unos años, no sé por qué razón, y la verdad es que no sé qué vio en ella. Es guapísima, claro, pero parecía una manipuladora de primera… — Se endereza y vuelve a mirar a nuestro alrededor—. Ya sabes a qué me refiero.

—Vaya. —¿Seis meses? ¿Qué hizo que se acabara tan rápido? ¿La engañó? ¿Se casó con ella solo porque era guapa y luego se aburrió? La idea de que pudiera ser la clase de hombre al que solo le importa el aspecto de una mujer me provoca una leve punzada de decepción. Obviamente, apenas lo conozco, pero no me da esa impresión. Y en realidad, tampoco es que importe. Mientras no resulte ser como Geoff, puedo soportarlo—. No era su asistente, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza y una punzada de alivio me recorre el cuerpo.

—Era la de su padre.

9

ROMAN

A las tres en punto de la tarde —justo cuando le he dicho a Chloe que quería repasar mi agenda para el resto de la semana—, llaman a mi puerta.

—Adelante.

A propósito o no, hoy no he tenido mucho contacto con ella. Aparte de ese encontronazo frente a mi despacho. Cuando la pegué a mi cuerpo.

No fue un gesto deliberado, pero la sensación de sus curvas se me ha quedado grabada en la mente, de todos modos. Junto con su aroma. Joder. No necesitaba saber que huele a una mezcla de vainilla y miel.

Por suerte, mi almuerzo tardío con Cole y Tate ha sido la distracción que necesitaba. Tras su curiosidad inoportuna de esta mañana, me había preparado para un interrogatorio en el restaurante, pero ninguno de los dos ha sacado el tema. Aunque estoy convencido de que, si me hubiera quedado más rato, le habrían dado vueltas al asunto. A los dos les gusta intentar sacarme de quicio un poco más de lo que deberían, pero, como de costumbre, no me he quedado con ellos una vez que he acabado de comer.

Cada vez disfruto más de la compañía de mis hermanos. Los tres estamos más unidos ahora de lo que lo hemos estado desde que éramos niños. A pesar del escándalo del arresto de nuestro padre por uso de información privilegiada, porque ha sido precisamente eso lo que nos ha vuelto a unir. Últimamente, sin embargo, los dos están menos enfocados en la empresa, y hablan tanto de sus mujeres y de la inminente llegada de la hija de Cole como de negocios. No son temas que me interesen mucho y no tengo nada

que aportar, así que, a pesar de sus protestas, los dejo a lo suyo cuando acabamos con los temas laborales.

En ese momento tengo toda mi atención centrada en Chloe, que acaba de entrar en mi despacho y se ha acercado a mi escritorio.

—Buenas tardes, señor King.

Es imposible ignorar lo atractiva que es. Mis dedos se crispan cuando, por una fracción de segundo, mi imaginación se desata y pienso en cómo sería enredarlos en su cabello y tirar lo justo para que sus labios se separen para soltar un jadeo.

Un calor me recorre la espalda cuando la imagen invade mi mente, enviando una embriagadora oleada de excitación por mis venas. Aprieto los puños y cierro de golpe esa puerta mental.

—Siéntese, señorita Callahan —ordeno, con un tono un poco demasiado duro.

Sin dudar, y sin parecer ni un poco nerviosa siquiera, se deja caer con elegancia en la silla al otro lado de mi escritorio y se pone la tableta sobre las rodillas. O bien está inusualmente serena o es mejor que la mayoría ocultando sus nervios.

Endereza los hombros, como si se preparara para afrontar cualquier desafío que yo pudiera lanzarle. Tiene confianza en sí misma, eso hay que reconocerlo, mucho más de la que habría esperado de alguien de su edad. Veinticuatro años. Casi quince años más joven que yo.

Tampoco es que la diferencia de edad entre nosotros tenga ninguna importancia.

—He echado un vistazo a su agenda para la semana que viene y tengo algunas sugerencias —comienza—. ¿Quiere que las repase con usted ahora, o hay algo más de lo que le gustaría hablar primero?

Hago un gesto con la cabeza.

—Puede empezar con la agenda.

Asiente y se pasa un mechón de pelo rubio claro por detrás de la oreja, dejando al descubierto la esbelta columna de su cuello.

—Mañana por la mañana tiene una reunión tras otra. Le sugiero que posponga la llamada con la oficina de Tokio hasta el miércoles, cuando tenga más flexibilidad horaria… o algo parecido, al menos. —

Sus ojos se cruzan con los míos brevemente antes de que vuelva rápidamente a mirar su pantalla. Es el primer signo de nerviosismo que le veo desde que ha llegado. No puedo evitar que se me levanten las comisuras de los labios—. Tiene una reunión de la junta directiva el jueves por la mañana, así que he apuntado una sesión de preparación para el miércoles por la tarde. También he hablado con Sophie sobre cambiar la presentación de *marketing* con Tate al viernes. Me ha confirmado que el cambio no afectará a su calendario, y eso significa que podrá asistir sin tener que salir corriendo para acudir a otros compromisos. —Me mira de nuevo, esta vez durante más tiempo, como si esperara una confirmación. Asiento y lo dejo ahí. Cuando se da cuenta de que eso es todo lo que va a obtener de mí, se humedece los labios y vuelve a bajar la vista, y un tenue tono rosado tiñe sus mejillas. Joder, no sé por qué, pero me gusta que no esté tan serena como intenta aparentar—. Eh… tal y como ha pedido, he organizado una reunión de planificación con David para mañana por la tarde. Su agenda es flexible si esa hora no le viene bien. —Esta vez gruño en respuesta, entrecerrando los ojos. ¿Ha coqueteado con ella? Conociéndolo, no me sorprendería. La idea me pone los nervios de punta, aunque no sabría decir por qué—. Y, por último —continúa—, he confirmado su asistencia para el evento benéfico del viernes por la noche. He reservado una hora esa tarde para que pueda prepararse o relajarse antes del evento. —Esos bonitos ojos color del mar se encuentran de nuevo con los míos—. Si está de acuerdo con los cambios que le he sugerido, puedo conformarlos y seguimos adelante.

Sin apartar la mirada de ella, me paso el pulgar por el labio inferior. Ha hecho un buen trabajo. Teniendo en cuenta que apenas le he dado información con la que trabajar, es impresionante. Sus sugerencias son similares a lo que habría esperado de Lena, salvo por una cosa.

—Está bien, señorita Callahan. Pero desbloquee la tarde del viernes. Tengo cosas mejores que hacer que perder el tiempo relajándome. Eso es trabajo, no una fiesta, piensen lo que piensen los demás.

Ella parpadea.

—De acuerdo. Es que he pensado que, como tiene una semana tan ajetreada, le vendría bien un poco de tiempo para…

—Si quiero un rato para relajarme, se lo diré.

Aprieta los labios, probablemente molesta por mis palabras bruscas. Ni me esfuerzo en disculparme. Si le irrita mi tono, este no es el trabajo adecuado para ella. Mejor que se dé cuenta ahora, cuando aún tiene tiempo de echarse atrás.

—Por supuesto, señor King. —Su sonrisa es forzada.

—¿Algo más?

Vuelve a mirar su pantalla y, por un instante, el hecho de que no me mire se hace demasiado… notorio. Como una sombra fugaz cuando el sol se esconde tras una nube.

—Tenía programada para el martes de la semana que viene una reunión para almorzar con el señor Sato, de Sakamoto Investments, pero tiene que coger un vuelo más tarde y ya no puede acudir a esa hora. En su lugar, ha solicitado una reunión para cenar.

Intento no fruncir el ceño. No me gustan las cenas de trabajo, aunque supongo que las comidas tampoco son mucho mejores. A mi padre le encantaban los aspectos sociales del negocio: el alcohol caro, las mujeres caras.

Las reuniones de ese tipo tienen menos que ver con acuerdos legítimos y más con el *quid pro quo*. Prefiero sentarme al otro lado de la mesa de la sala de juntas y cerrar un acuerdo sin tener que fingir que disfruto de la compañía de otros capullos ricos y egocéntricos.

Pero en este trabajo no hay otra opción.

—Está bien. Reserva mesa en Magnolia’s para las siete de la tarde. Asegúrate de que sea una mesa tranquila, alejada del comedor principal.

Ella pulsa en la tableta.

—Sí, señor. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle?

—Eso es todo por ahora. —Mientras se levanta, me obligo a mantener la mirada fija en su rostro en lugar de dejarla vagar por su cuerpo. Me cuesta más esfuerzo del que debería. Da un paso hacia la puerta, luego se detiene y se vuelve hacia mí.

—¿Señor King? —Me recuesto en la silla y enarco las cejas. Ella saca la lengua y se humedece los labios, pero sus ojos siguen clavados en los míos—. ¿Ha tenido tiempo de pensar si puedo desempeñar este trabajo a su entera satisfacción?

Me tomo mi tiempo para formular mi respuesta. No puedo negar que lo ha hecho bien. Si fuera cualquier otra persona, estaría más que satisfecho con la rapidez con la que ha captado mis prioridades y requisitos. Pero ese no es el problema. A pesar de lo competente que es, una parte de mí sigue queriendo decirle que no venga mañana. Si mi padre estuviera aquí sentado, no dudaría en contratarla. Y la idea de que yo pueda parecerme en algo a él me revuelve el estómago. Como si fuera una señal, las palabras de mis hermanos de esta mañana regresan para atormentarme. Si la dejo marchar, podría acabar trabajando para alguien igual que mi padre. Muchos hombres la mirarían una sola vez y se propondrían averiguar hasta qué punto estaba dispuesta a llegar su asistente personal. No puedo negar que me atrae. Pero tengo fuerza de voluntad más que suficiente para ignorarlo. Para tratarla como a cualquier otro empleado, independientemente de lo guapa que sea. O de lo bien que huela. A mi padre le faltaba autocontrol, pero yo he convertido esa cualidad en mi punto fuerte. A estas alturas, esa diferencia debería estar clara para todos. Ella sigue mirándome, moviéndose inquieta. Su expresión la delata de nuevo. La rebeldía florece en sus ojos y su delicada mandíbula se tensa. Apoya una mano en la cintura y se echa hacia delante.

—Me gustaría pensar que hoy he hecho un buen trabajo, señor King. No, sé que lo he hecho bien. Y con muy poca ayuda por su parte, debo añadir. No es justo que menosprecie mis capacidades por mi edad. Puede que sea más joven que sus otras asistentes, pero Lena me contrató por una razón. Si no es capaz de ver más allá de lo superficial y reconocer que puedo hacer bien este trabajo, entonces… —Se endereza con un suspiro—. Entonces, usted se lo pierde.

No debería gustarme cómo su carácter luchador traspasa la máscara de calma y profesionalidad que ha llevado puesta casi todo el día. La calma y la profesionalidad son dos de los atributos más

importantes que busco en una asistente. Y, sin embargo, ver cómo su verdadera personalidad rompe esa fachada me provoca una inesperada sacudida en el pecho, una sensación que no había experimentado en mucho tiempo.

No dejo que se note mi reacción, sin embargo. En su lugar, me enderezo y entrelazo los dedos sobre mi escritorio.

—Puede relajarse, señorita Callahan. Hoy ha hecho un buen trabajo y puede conservar el puesto.

Sus labios se entreabren.

—¿Puedo? —Asiento, observando cómo las emociones se reflejan en su rostro. Al cabo de un momento, se queda con una expresión de vergüenza, un rubor que se extiende por sus altos pómulos. Tras inspirar hondo, dice—: Le pido disculpas por mi arrebato. Estaba…

Levanto una mano para detenerla.

—No pasa nada. Pero espero que mantenga la profesionalidad en todo momento de aquí en adelante. Ahora representa al Grupo King. Me representa a mí. Por favor, recuérdelo.

Agacha la cabeza, frunce los labios por un momento y su expresión se suaviza hasta convertirse en esa ya familiar máscara profesional.

—Sí, por supuesto, señor King.

Me paso la lengua por los dientes delanteros en un intento por ocultar mi diversión.

—Eso es todo.

Se da media vuelta para marcharse y yo me contengo con todas mis fuerzas para no dejar que mi mirada se desvíe hacia su trasero mientras se aleja.

Cuando sus dedos tocan el pomo de la puerta, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Gracias —dice, con un tono teñido de una vulnerabilidad que insinúa algo más que simple gratitud.

Una chispa de curiosidad se enciende en mi interior. Durante todo el día solo ha mostrado determinación, pero, de repente, he vislumbrado otra vez ese lado frágil que se esconde debajo. ¿Qué está pasando detrás de esos bonitos ojos?

No importa. En mi interior, refuerzo mis barreras. La distancia profesional dicta que no se crucen las líneas personales. Cualquier curiosidad que tenga sobre mi nueva asistente tendrá que quedar insatisfecha.

Hago un breve gesto de asentimiento y ella sale por la puerta. Una vez que se ha ido, hago rodar mi pesado bolígrafo plateado entre los dedos, permitiéndome un momento más para cuestionar mi decisión. Luego alejo de mi mente cualquier duda que aún persista en mi cabeza.

Controlarme ante las mujeres guapas nunca me ha resultado difícil. ¿Por qué iba a cambiar eso ahora? No me sentiré tentado de acostarme con ella como lo haría mi padre y, a diferencia de mis hermanos, definitivamente no me enamoraré.

Satisfecho de haber tomado la decisión correcta, me concentro en mi ordenador y vuelvo al trabajo.

10

Chloe

Estoy transcribiendo las notas de la reunión cuando la puerta del despacho de Roman se abre de golpe. Se queda ahí plantado, con una mano apoyada en el marco, y me clava la mirada.

—¿Puede acompañarme, señorita Callahan?

En los tres días que llevo trabajando para Roman, he aprendido mucho sobre él. Ya me he familiarizado con sus gustos y aversiones, así como con sus hábitos. Le gusta el café muy caliente, con solo una pizca de leche. Quiere que todos los periódicos estén doblados y sobre su escritorio a primera hora de la mañana. No le gusta la gente que le hace perder el tiempo, y no tolera fácilmente a los necios. Y, por alguna razón, prefiere llamarme a su despacho en persona en lugar de usar el intercomunicador.

—Ya voy. —Me levanto y cojo mi cuaderno y mi bolígrafo antes de entrar en su territorio. No lleva puesta la chaqueta del traje, lo que me dificulta evitar admirar la forma en que sus anchos hombros se estrechan hasta una cintura esbelta mientras regresa a su escritorio. Debe de hacer ejercicio, aunque con la cantidad de horas que pasa aquí, no me imagino cuándo.

Anoche y la noche anterior, él seguía trabajando cuando insistió en que me fuera a casa. Me sorprendió, teniendo en cuenta lo que Lena dijo sobre tener que trabajar muchas horas. Sigo llegando a casa más tarde que cuando trabajaba para Geoff, pero mi antiguo jefe se marchaba a las cinco en punto todos los días, así que eso no es ninguna sorpresa. Sin embargo, hasta ahora las dos noches he llegado a casa a tiempo para preparar la cena para mi padre.

No sé cuánto tiempo se quedó Roman después de que me fuera. Se limitó a salir de su oficina, mirar el reloj y decirme que me fuera a casa. El primer día, estaba demasiado distraída por que iba a remangado y tenía los antebrazos al descubierto, y los músculos se

marcaron al mirar la hora, así que no pude hacerle ninguna pregunta. Aquella imagen inesperada me dejó extrañamente nerviosa, lo cual es ridículo, porque he visto muchos antebrazos en mi vida y ninguno de ellos me había hecho sentir un cosquilleo en el estómago.

De hecho, no recuerdo la última vez que un hombre me provocó esa sensación.

Lo que hace que la reacción sea aún más absurda es que no ha sido otra cosa aparte de que distante desde que empecé a trabajar aquí. Y sinceramente, no me importa. No necesito un jefe que sea cálido y cariñoso, aunque estaría bien recibir una sonrisa o una palabra de elogio de vez en cuando. Es difícil creer que estemos desarrollando una buena relación cuando esos ojos gélidos parecen atravesarme.

Aun así, de vez en cuando, algo indescifrable destella en ellos, tan fugaz que no sé si es aprobación o algo más. Me gustaría creer que valora mi trabajo, aunque no lo diga abiertamente.

Me siento en una de las sillas frente a su escritorio y cruzo las piernas. La mirada de Roman parece detenerse por un instante en el lugar donde mi falda se ha subido un poco, pero antes de que pueda registrarlo del todo, su atención vuelve a la pantalla del ordenador. Ha pasado tan rápido que me pregunto si me lo estoy imaginando.

Estoy aún menos segura de que lo que he visto cuando habla y su voz es tan suave y natural como siempre. Aunque se haya fijado en ese destello de piel, probablemente ni siquiera lo haya registrado en su escala de distracciones.

—Necesito que me acompañe a la reunión en Haverscombe Industries esta mañana.

—Por supuesto. —Mantengo el bolígrafo suspendido sobre mi cuaderno—. ¿Quiere que vaya solo para tomar notas, o hay algo más que necesite?

—Necesitaré notas detalladas, pero también quiero que compare su propuesta con lo que hemos acordado internamente. Roger Haverscombe es un cabrón astuto. No me sorprendería que intentara colarnos algo.

—Haverscombe. —Mordiendo la capucha del bolígrafo, repaso todo lo que he asimilado en los últimos días y las conversaciones que he tenido con Sophie sobre los proyectos en curso—. El plan es que trabajen con nosotros en la construcción del edificio de la sede de InnovaCore Energy en Hudson Yards, ¿verdad?

La boca de Roman se curva —apenas— en lo que podría ser lo más parecido a una sonrisa que he visto desde que empecé a trabajar para él.

—Así es.

Parpadeo, pillada momentáneamente con la guardia baja. Es absurdamente guapo casi todo el tiempo, pero al suavizar un poco su habitual expresión severa, está impresionante.

El corazón me da un pequeño vuelco y carraspeo para devolver mi atención a donde debe estar. Pillarme aunque solo sea un poco de mi jefe es una complicación que no necesito.

—¿A qué hora tendremos que salir para la reunión?

—A las once. Iremos en mi coche. Asegúrese de que no solo se familiariza con los detalles del proyecto, sino también con los posibles retos y preguntas que podríamos tener que abordar durante la reunión. —Sin pensarlo, suelto un pequeño resoplido de incredulidad y, al instante, me estremezco. Sus cejas oscuras se arquean—. ¿He dicho algo gracioso, señorita Callahan?

Trago saliva con dificultad.

—No, no ha dicho nada gracioso, no. Es solo que… en mi puesto anterior, no se me animaba precisamente a tener más que un conocimiento superficial de los detalles del proyecto antes de las reuniones. —Ni siquiera el padre de Geoff aprovechó al máximo mi disposición a ir más allá de lo básico. A menudo me utilizaban como poco más que una secretaria glorificada, a pesar de mis esfuerzos por aprender todo lo que pudiera.

Algo agudo brilla en sus ojos, aparece y desaparece en un instante. Pero no se explaya demasiado.

—Es una pena —dice.

Su tono no delata mucho, pero hay algo en la forma en que lo ha pronunciado, que casi parece como si estuviera irritado en mi nombre, y esa idea me recorre como un cosquilleo de calor. Antes de

que tenga oportunidad de convertirse en algo más, me levanto, agarrando mi libreta.

—¿Algo más, señor King?

Toda su atención se centra en mí mientras estoy frente a él y, por alguna ridícula razón, la intensidad de su mirada hace que se me pongan los pezones duros bajo la blusa.

El calor me sube por la cara. No puedo bajar la vista para comprobar si mi reacción se nota, y cruzar los brazos sobre el pecho solo llamaría más la atención sobre el detalle.

La mirada de Roman se desliza hacia abajo; entrecierra los ojos, y mis traicioneros pezones se tensan aún más, como para asegurarse de que no se le pasen por alto. La fuerte columna de su cuello se mueve al tragar, y luego niega con la cabeza bruscamente.

—Nada más. Solo téngalo todo listo para salir a las once.

Me doy la vuelta, invadida por una oleada de alivio. Pero al salir de la sala, juraría que sigo sintiendo el peso de su mirada en mi espalda.

Es suficiente para que un torrente de calor recorra mis venas. Tanto es así que, cuando cierro la puerta tras de mí, suelto un suspiro tembloroso y me abanico las mejillas con las manos. Tras respirar unas cuantas veces para tranquilizarme, hago todo lo posible por sacudirme esa reacción y centrarme en prepararme para la reunión que me espera.

Una hora más tarde, llevo mi bolso colgado del hombro con la tableta metida dentro y estoy junto a Roman en el ascensor. Durante todo el trayecto hasta el vestíbulo, lucho contra el impulso de inhalar su aroma a jabón y cítricos. Incluso con tacones, mi coronilla apenas le llega al hombro; su imponente corpulencia hace imposible ignorar lo imponente que es.

Y lo atractivo que es.

A medida que bajamos, más gente se apiña en el ascensor, obligándonos a retroceder hasta que quedamos apretujados contra la pared trasera y el lado izquierdo de mi cuerpo está pegado contra la línea dura del suyo.

Le echo un vistazo, captando el sutil espasmo de un músculo en su mandíbula marcadamente definida. No parece muy contento de

estar tan apretujado en esa diminuta caja de acero inoxidable. Tampoco es que pueda culparlo: yo misma empiezo a sentirme un poco claustrofóbica. Los ascensores no suelen molestarme, pero cuando empiezo a sentirme demasiado encerrada, me pongo… inquieta.

Por suerte, en cuestión de minutos, la gente empieza a salir y, para cuando llegamos al vestíbulo, solo quedan media docena de pasajeros. Al abrirse las puertas, la palma de Roman se posa brevemente en mi espalda, y su inesperado calor traspasa mi blusa y hace que mi pulso se acelere.

Retira la mano en cuanto salimos del espacio cerrado y se aleja a zancadas. Acelero el paso, haciendo todo lo posible por seguirle el ritmo. Afortunadamente, cuando se gira y ve que me quedo rezagada, reduce la marcha para que pueda seguirle.

—Gracias —le digo, sonriéndole.

Me mira de reojo y me dedica un breve asentimiento antes de volver la vista al frente. Resisto el impulso, cada vez más familiar, de poner los ojos en blanco. Está siendo tan encantador como de costumbre…

Fuera, un elegante sedán negro nos espera con el motor en marcha junto a la acera. Cuando el hombre que está junto al coche nos ve llegar, abre la puerta trasera.

—Buenos días, señor King. Señorita. —Me sonríe.

—Phillip, esta es mi nueva asistente. La señorita Callahan.

—Chloe —digo, tendiéndole la mano.

Él me la estrecha.

—Encantado de conocerla, Chloe.

Un gruñido sordo de Roman nos interrumpe.

—Vale, basta de charla.

Phillip me guiña un ojo y me dedica una sonrisa pícara cuando me deslizo en el asiento trasero. Roman se sienta a mi lado; su corpulenta figura domina el espacio, haciendo que el aire dentro del coche parezca un poco escaso de oxígeno.

Hago todo lo posible por concentrarme en el motivo por el que estoy aquí.

—¿Cuál es su objetivo principal para la reunión?

Levanta la vista del móvil.

—En esta fase, se trata de una reunión inicial para repasar las condiciones propuestas para contratar a Haverscombe Industries con el fin de que supervise el proyecto InnovaCore.

Recuerdo las preocupaciones que ya ha mencionado antes.

—¿Pero no está seguro? —pregunto.

Asiente lentamente.

—Mi padre trató bastante con Haverscombe. Quiero reunirme con él en persona antes de firmar nada. —Su mirada se detiene en mi rostro, el tiempo suficiente para provocarme un cosquilleo en el estómago.

Me humedezco los labios, y los ojos de Roman se desvían brevemente hacia ellos antes de que su expresión se vuelva impenetrable.

—Son quince minutos en coche. Lea nuestros contratos anteriores con Haverscombe antes de que lleguemos.

Asiento y cojo mi tableta, pero me paso todo el trayecto peleándome contra la distracción que supone ese hombre. Cada vez que se mueve en su asiento o su brazo roza el mío, diminutas chispas de electricidad bailan sobre mi piel. Inspiro hondo, con la esperanza de centrarme, pero suelto de golpe el aire por la nariz al oler el aroma masculino y fresco de su colonia. Cojo aire lentamente y obligo a mi atención a volver a la información de mi pantalla para olvidarme de lo apetecible que huele.

Para cuando llegamos al edificio de oficinas de Haverscombe Industries, ya he recuperado la concentración. Roman se mantiene cerca mientras avanzamos por los pasillos, con su cuerpo ligeramente echado hacia el mío de una forma que parece… protectora. Lo cual no tiene sentido. ¿Qué motivo tendría él para sentirse protector conmigo?

Por fin llegamos a una sala de reuniones con paredes de cristal, llena en su mayoría de hombres de mediana edad, y él me acompaña al interior. Hay dos asientos vacíos uno al lado del otro, así que me siento en uno y Roman ocupa el otro.

Mientras me acomodo y coloco mi tableta sobre la mesa, hago todo lo posible por ignorar la forma en que varios de los hombres

me miran, del mismo modo en que Geoff solía hacerlo, con una expresión astuta y cómplice que, por desgracia, es demasiado común entre hombres como estos.

Me muevo en mi asiento y me paso el pelo por detrás de las orejas.

A mi lado, Roman deja escapar un sonido gutural. Cuando levanto la vista, tiene la mandíbula tensa y su mirada penetrante se desplaza deliberadamente de un hombre a otro. Su expresión dice a gritos «es mejor que no me toquéis las narices». Puede que solo lleve unos días trabajando para él, pero nunca he sentido nada parecido a la desconfianza en su presencia. Sin embargo, la mirada que les está lanzando ahora sería suficiente para poner nervioso a cualquiera.

La forma en que desvían rápidamente su atención de mí hacia él alivia una tensión en mis hombros que ni siquiera sabía que tenía.

—¿Vas a presentarnos a la encantadora señorita, Roman? —pregunta el hombre sentado enfrente de mí. Si mi investigación es correcta, se trata de Roger Haverscombe, el propietario de la empresa.

—Esta es mi asistente, la señorita Callahan. —El tono seco de Roman no deja lugar a más preguntas.

—Encantado de conocerla… señorita Callahan. —La sonrisa untuosa de Haverscombe, que se echa hacia delante, me provoca un escalofrío de desagrado que me recorre la espalda.

Enderezo los hombros.

—Igualmente, señor Haverscombe. —A pesar del asco que me da, no aparto la mirada. Roman necesita una asistente que sepa mantenerse firme ante hombres como este, así que eso es justo lo que pienso hacer. Si pude mantener la profesionalidad durante los seis meses que tuve que lidiar con las miradas lascivas y las insinuaciones apenas veladas de Geoff, sin duda puedo soportar esto.

—Ahora que ya hemos terminado con las presentaciones —dice Roman, con voz cortante—, pasemos a los negocios, ¿de acuerdo?

Durante la siguiente hora los hombres debaten los términos y condiciones de la propuesta. Hago todo lo posible por seguir el ritmo de los rápidos cruces de frases, escribiendo a toda velocidad y

anotando los puntos en los que Roman podría querer investigar más a fondo antes de tomar una decisión. Esto es sin duda más intenso que las reuniones a las que asistía en mi puesto anterior, y las cifras que se barajan son, con mucho, muy superiores a cualquier cosa con la que haya tratado antes. Pero aparto de mi mente los pensamientos sobre las cantidades astronómicas y me baso en el sentido común, junto con lo que he leído en los expedientes, para discernir lo que es fundamental.

Finalmente, Roman carraspea, llamando la atención de todos los presentes en la mesa.

—Creo que ya tenemos material suficiente para tomar una decisión —afirma—. Lo discutiré con mi director de Operaciones y les daremos una respuesta a principios de la semana que viene.

Haverscombe frunce el ceño.

—Tu padre habría tomado una decisión en el acto.

—Mi padre y yo hacemos negocios de forma muy diferente. A estas alturas ya deberías saberlo. —Roman se pone de pie y se vuelve hacia mí—. ¿Está lista, señorita Callahan?

Sigo su ejemplo y guardo la tableta en mi bolso. Él extiende el brazo para indicarme que vaya primero. Al pasar junto a él, mi hombro roza su pecho, un contacto suficiente para recordarme los firmes músculos que se ocultan bajo ese traje, que le queda a la perfección.

Roger Haverscombe también se levanta, con el rostro tenso por la irritación.

—Pensaba que hoy llegaríamos a un acuerdo. No me parecías de los que se ponen nerviosos.

Es obvio que está intentando provocar a Roman, pero mi jefe apenas le dedica una segunda mirada.

—Esto ya no es el club de los viejos amigos. Solo aceptaremos la asociación si beneficia al King Group. Si tienes algún problema con eso, dímelo ahora y ahórranos a todos una enorme pérdida de tiempo.

La ira destella en los ojos de Roger, pero rápidamente esboza una sonrisa forzada.

—Por supuesto. —Da un paso adelante, le tiende la mano para estrechársela, y Roman la acepta. Estoy lo bastante cerca de ellos como para oír las siguientes palabras de Roger cuando se acerca más a él—. Parece que, después de todo, no eres tan diferente de tu padre. —Me echa un rápido vistazo y le hace un guiño a Roman—. Joven y dulce. Tendrás que decirme dónde puedo encontrar una asistente así.

Me quedo paralizada ante la insinuación y siento cómo me suben los colores a las mejillas. La postura de Roman sigue serena en apariencia, pero la oleada de tensión que emana de él es imposible de pasar por alto. Me quedo sin aliento. Roger, ajeno al peligro al que se está exponiendo, mantiene esa sonrisa repugnante pegada a la cara.

Roman se agacha un poco, cerniéndose sobre el hombre, que es más bajo que él, sin soltarle la mano. La sonrisa de Roger vacila, y un destello de incomodidad cruza su rostro ante lo que debe de ser un repentino aumento de la presión.

—No me parezco a mi padre en nada. —La voz de Roman es baja y cortante—. Si piensas lo contrario y sigues dispuesto a hacer negocios conmigo, eso solo me hace cuestionar esta asociación.

El corazón me late con más fuerza a medida que la tensión se intensifica; los dos hombres están enzarzados en un tenso enfrentamiento en silencio y la expresión de Roger se vuelve cada vez más tensa.

Maldita sea. ¿Qué debo hacer? Me invade un impulso irracional: poner mi mano en la espalda de Roman, deslizarla por la línea de su columna vertebral y aliviar la tensión que la recorre. Pero no solo le disgustaría, sino que también sería muy poco profesional, y eso solo conseguiría darle más peso a la insinuación de Roger.

Así que inspiro hondo para tranquilizarme y me fuerzo a mantener un tono sereno cuando vuelvo a hablar.

—Señor King, si no quiere llegar tarde a su próxima reunión, tenemos que irnos ya.

Mis palabras rompen el punto muerto. Roger aprovecha la excusa para apartar la vista, y Roman lo suelta y da un paso atrás. Me dedica un breve asentimiento antes de volverse hacia Roger.

—Estaremos en contacto.

La mandíbula tensa de Roger es el único signo visible de su enfado.

—Por supuesto. Esperamos tener noticias tuyas. Y… —sus fosas nasales se dilatan— pido disculpas si he ofendido a alguien. Haverscombe Industries está, como siempre, deseosa de trabajar con el Grupo King. —La última parte ha sonado un poco forzada.

Roman no se molesta en responder. Se da media vuelta y me hace un gesto para que lo preceda hacia la salida.

El camino de regreso al coche transcurre en silencio. Solo cuando estamos dentro y de vuelta a King Plaza, rompo el silencio.

—¿Debería concertar una reunión con Cole para que pueda comentar la reunión? Tendré mis notas mecanografiadas esta misma tarde.

Desvía la mirada de la ventanilla hacia mí.

—No hace falta. No vamos a seguir adelante con el acuerdo. Concierte una reunión con Wright Construction para la semana que viene. Creo que encajarán mejor en este proyecto.

Parpadeo.

—¿Ni siquiera va a hablarlo con su hermano?

—Soy el director general, señorita Callahan. He decidido que Haverscombe Industries no es la empresa adecuada con la que asociarnos. ¿Le parece mal? —A pesar de sus palabras, no hay dureza en su tono.

—Por supuesto que no, señor. —Pero la preocupación me corroe de todos modos. Espero que no vaya a echar por tierra este acuerdo solo por lo que ha dicho Roger. No es la primera vez que oigo esa clase de comentarios maliciosos, sobre todo desde que Geoff Jr. se hizo cargo de Talon. Es una realidad desafortunada, pero muchos de los hombres que llegan a lo más alto en este tipo de empresas por lo general son unos capullos misóginos. No dudo de que Roman tenga más integridad, pero aun así, jamás habría esperado que reaccionara como lo ha hecho ante la insinuación de Roger. Estoy dividida entre el alivio de que no sea la clase de persona que se toma a risa algo así y la preocupación de que mi presencia pueda haberle hecho perder al King Group una buena oportunidad.

—¿Qué pasa? —Su voz interrumpe mis pensamientos.

Ladea la cabeza y su mirada fría se desliza por mi rostro.

Hago un gesto de negación.

—Nada.

Arquea una ceja oscura.

—La forma en que se muerde el labio dice lo contrario.

Al darme cuenta de que tengo el labio inferior entre los dientes, lo suelto y paso la punta de la lengua por encima para aliviar el escozor.

Roman sigue el movimiento con la mirada, y sus ojos gris pálido se oscurecen hasta volverse de color acero.

—¿Qué le preocupa, señorita Callahan? —insiste.

El tono más grave de su voz hace que se me acelere el pulso.

Dios. ¿Por qué tiene que ser tan atractivo? No debería tener una reacción física ante la forma en que mi jefe pronuncia mi nombre.

No tiene sentido seguir negando mi preocupación, así que me enderezo y me obligo a sostenerle la mirada.

—Me preocupa que mi presencia en la reunión de hoy haya causado un problema.

Su expresión sigue siendo indescifrable.

—¿Por qué piensa eso?

Suelto un suspiro. Ojalá no me hiciera explicárselo en detalle.

—Lo que ha dicho el señor Haverscombe al final ha parecido molestarle. Y me preocupa que por eso haya decidido no trabajar con su empresa.

—Usted no es el problema. Roger Haverscombe es uno de los viejos compinches de mi padre. Esperaba que a estas alturas ya se hubiera dado cuenta de que la forma de operar del Grupo King ha cambiado en los últimos años, pero acaba de demostrar que su comportamiento no se ajusta a lo que esperamos de nuestros socios.

—Por supuesto —murmuro. Debería haberme dado cuenta de que tendría sus propias razones para echarse atrás, que no tienen nada que ver conmigo.

Sus labios esbozan esa especie de sonrisa suya.

—¿Cree que soy la clase de persona que echaría por tierra un buen trato solo para defender el honor de alguien?

Su tono, combinado con el brillo de sus ojos, hace que una corriente de irritación me recorra la piel.

—¿Cree que soy la clase de persona que necesita que defiendan su honor?

—Creo que es la clase de persona que se conforma con menos de lo que se merece.

Cuando esas palabras escapan de sus labios se le ensombrece el rostro como si se arrepintiera de haberlas dicho.

Debería dejarlo pasar, llevar la conversación hacia un terreno menos personal. Pero la presunción de su comentario, junto con la curiosidad por saber cómo ha podido formarse esa opinión, me tiene atrapada.

—¿Qué le hace decir eso?

Me estudia durante un largo instante, con su expresión indescifrable de siempre firmemente en su sitio.

—No se equivocaba al creer que podía con este trabajo. Entonces, ¿por qué no dejo ese negocio de tres al cuarto para el que trabajaba mucho antes de que la despidieran?

Parpadeo, sorprendida por la respuesta.

—P-porque era un trabajo decente. Y estable. Al menos…

—¿Y la estabilidad es importante para usted?

—¿No lo es para todo el mundo?

Él resopla.

—¿Cree que el Grupo King ha llegado a lo más alto yendo a lo seguro? Hay que arriesgarse para conseguir lo que uno quiere.

—No todo el mundo quiere ser multimillonario —respondo.

Enarca una ceja; le tiemblan los labios y creo que es por lo que para él pasa por diversión.

—Quizá no. Estoy seguro de que la mayoría de la gente se conformaría con ser millonaria.

Sus palabras me sacan de quicio. Quizá porque sigo tensa por la reunión con Haverscombe. O quizá sea la inquietante forma en que mi cuerpo reacciona ante su proximidad. Sea como sea, me cuesta resistirme a la tentación de discutir con él. Obviamente, entiendo la

importancia del dinero. Y, Dios, sí, ojalá tuviera suficiente para pagar el tratamiento que necesita mi padre. Pero la vida es mucho más que solo el dinero.

—Ser rico no lo es todo. No garantiza la felicidad.

Sorprendentemente, su expresión no cambia. Si le molesta que su asistente discuta con él, no lo demuestra.

—El dinero te da poder y libertad. ¿Qué más se necesita?

No debería seguir insistiendo en el tema, pero algo dentro de mí se resiste a dejarlo pasar.

—¿Y el amor, la familia, la buena salud?

Suelta una breve carcajada.

—Solo una de esas cosas es imprescindible para una vida exitosa.

Niego con la cabeza.

—Me refiero a una vida feliz, no a una vida exitosa.

—¿Y usted es feliz, señorita Callahan?

Aprieto los labios, deseando de repente no haber entrado en este tema con él.

—Tengo todas esas cosas —digo con rigidez. Al fin y al cabo, mi salud no es el problema.

Me mira con demasiada intensidad.

—Eso no es lo que le he preguntado.

Me salvo de tener que pensar en una respuesta cuando suena su teléfono. Lo atiende y, sin mirarme ni un segundo, se lanza a una conversación relacionada con el trabajo. Por lo que puedo deducir, está hablando con uno de sus hermanos.

Con un suspiro, me hundo en el lujoso cuero de mi asiento y miro por la ventanilla. ¿Qué demonios me ha pasado? Ni una sola vez en los tres años que trabajé en Talon mantuve una conversación con ninguno de los jefes en la que básicamente criticara sus decisiones vitales. Esto va mucho más allá de lo que exige mi trabajo. Hacerlo con Roman, un hombre que ya ha demostrado que está dispuesto a despedirme si no estoy a la altura de sus expectativas, es jugar con fuego.

Contemplo el paisaje a través de la ventanilla. A partir de ahora mantendré una actitud educada y profesional en todo momento. Y

definitivamente no dejaré que mi irritante y guapísimo jefe me vuelva a sacar de quicio.

11

Chloe

—Tengo los resultados de sus últimas pruebas, señor Callahan. — El doctor Clarke nos mira por encima de las gafas—. Se ha producido un ligero deterioro articular, pero, en general, la enfermedad no se está acelerando. ¿Cómo se encuentra?

Milagrosamente —sobre todo después de dejar que mi mal genio se colara tras mi fachada profesional—, superé mi primera semana como asistente de Roman sin meterme en más líos. No es propio de mí comportarme así. Pero cuando estoy con él, parece que no puedo evitarlo. La tensión latente, que he decidido que es irritación por su cinismo y distanciamiento, sigue sacando lo peor de mí.

Aunque tendré que celebrar más tarde que sigo conservando el trabajo. Ahora mismo, mi atención se centra en lo que tenga que decir el reumatólogo de mi padre. Acudimos a él cada dos meses mientras trabajan para mantener controlada su enfermedad.

—Me las arreglo —dice mi padre Nunca habla demasiado durante estas citas. Sé que es frustrante para él, pero restarle importancia a su dolor no ayuda. Él lo sabe, pero es terco, así que soy yo quien tiene que contarle al médico toda la verdad.

—Sigue teniendo mucho dolor e hinchazón —explico—. Y su fatiga puede ser bastante intensa a veces.

El doctor Clarke asiente.

—Por desgracia, la fatiga es uno de los síntomas característicos de la artritis reumatoide. ¿Ha tenido alguna recaída recientemente?

—Alguna.

—Ha tenido varios brotes en los últimos meses. —Miro de reojo a mi padre—. Son duros. Algunos días le cuesta incluso levantarse de la cama. He estado anotando los síntomas y cuándo se producen. — Deslizo un cuaderno por el escritorio.

Con un gesto de asentimiento, el doctor Clarke lo coge.

—Es habitual. La inflamación durante los períodos agudos de mayor actividad de la enfermedad afecta no solo a las articulaciones, sino al bienestar general. —Hojea las páginas de las notas que he tomado—. Esto es de gran ayuda, Chloe.

Se vuelve hacia su ordenador y teclea un momento.

—Dada la frecuencia de los brotes y la falta de respuesta a la medicación actual, creo que es hora de que consideremos tratamientos biológicos. Creo que el rituximab será la mejor opción. Actúa directamente sobre la inflamación y tiene bastante éxito a la hora de reducir el dolor, ralentizar la progresión de la enfermedad y limitar la posible deformidad articular.

—¿Tiene efectos secundarios? —pregunto.

—¿Cuánto cuesta? —interviene mi padre al mismo tiempo.

El doctor Clarke nos mira con el ceño fruncido y luego se centra en mí.

—Existe el riesgo de un aumento de las infecciones, entre otras cosas, pero los posibles beneficios son considerables. Por supuesto, supervisaríamos todo el proceso muy de cerca.

—¿Y el coste? —pregunta de nuevo, con tono brusco. Sin embargo, cuando lo miro, sus ojos brillan de preocupación, de enfado no. Es comprensible. Un nuevo tratamiento podría suponer un cambio radical, pero si podemos permitirnos su coste es otra cuestión.

El doctor Clarke da unos golpecitos con el bolígrafo sobre el escritorio.

—El rituximab se administra normalmente mediante infusión, lo que significa que es más caro al principio. Cada infusión puede costar entre cinco y diez mil dólares, y es probable que reciba la primera y la segunda dosis con dos semanas de diferencia. Si responde bien, recibirá una dosis de mantenimiento cada seis meses.

Mi padre niega con la cabeza.

—No. —Se vuelve hacia mí—. Es demasiado caro.

—Antes de que se decida —dice el médico con voz tranquilizadora —, podemos estudiar la posibilidad de solicitar los programas de ayuda al paciente que ofrece el fabricante para reducir el coste.

Si esta es la mejor oportunidad que tiene de mejorar, encontraré la manera de que conseguirlo.

—Mi nuevo trabajo está mejor pagado. Eso ayudará.

—No deberías tener que preocuparte por esto. —A mi padre se le curvan las comisuras de los labios hacia abajo—. O peor aún, gastarte todos tus ahorros. Deberías usar tu dinero para salir y divertirte, no para cuidar de mí.

Con delicadeza, le pongo la mano sobre los dedos hinchados.

—No hay nada mejor en lo que prefiera gastar mi dinero. Ya lo resolveremos. Y cuando estés lo bastante bien como para volver a pintar, te compraré todas las cosas frívolas que quieras. — Mantengo un tono alegre y le dedico una sonrisa radiante.

Él niega con la cabeza, aunque sus labios se curvan hacia arriba. Esa expresión me recuerda por qué estamos luchando. Mi padre sería mucho más feliz si pudiera coger un pincel y pintar como solía hacerlo. Ahora mismo, el dolor en sus dedos es demasiado agudo como para permitirle sostenerlo durante más de unos minutos seguidos.

—Puedo ayudarte a solicitar los programas de asistencia al paciente —dice el doctor Clarke—. Hay bastante papeleo, pero debería hacerlo un poco más asequible.

—Eso sería maravilloso —digo—. Estaré encantada de hacer lo que sea necesario.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

—¿Cuánto tiempo tardaremos en poder acudir a la primera infusión?

—Si podemos presentar la documentación con bastante rapidez, supongo que unas seis semanas. —Le sonrío a mi padre y, cuando él corresponde con una sonrisa torcida, se me inunda el pecho de alegría. Aunque todavía hay una sombra de preocupación en sus ojos, no puedo evitar sentir esperanza—. De acuerdo. —El doctor Clarke junta las manos sobre su escritorio—. Le diré a la recepcionista que te envíe por correo una lista de lo que necesitamos para el papeleo y luego ya veremos cómo seguimos a partir de ahí.

Al salir de la consulta, cojo a mi padre del brazo y lo ayudo a caminar despacio y con cuidado hasta el Uber que nos espera. Siento el corazón más ligero de lo que lo ha estado en meses.

—¿Quieres quedarte un rato fuera o prefieres irte directamente a casa?

Levanta la vista hacia el cielo azul.

—Quizá me venga bien pasar un rato al aire libre.

—¿Qué tal si vamos a Central Park y nos sentamos al sol?

Media hora más tarde, estamos sentados en un banco comiendo un helado. Los ojos de mi padre están clavados en un pequeño grupo de jóvenes que se han acomodado en el césped frente a nosotros y están utilizando acuarelas para plasmar la belleza del parque.

Por un momento, me fijo en su expresión nostálgica.

—¿Estás bien?

El suspiro que deja escapar es difícil de interpretar.

—Estoy bien. Me gusta estar aquí contigo. Parece que han pasado años desde la última vez que nos sentamos a tomar un helado juntos.

—Probablemente hayan pasado años. —Una punzada de culpa me atraviesa. He estado tan centrada en trabajar duro y asegurarme de que él esté bien que me he olvidado de asegurarme de que él también disfrute de la vida—. Saldremos más, ¿vale?

—Ya trabajas mucho —dice, sujetando con cuidado el cono de helado para mantenerlo estable.

Ese pequeño y deliberado movimiento me llega al corazón.

—Pasar tiempo contigo no es trabajar, papá.

—Lo sé. Pero tienes muchas cosas en la cabeza, cariño. Y me gustaría que pasaras más tiempo con tus amigos.

—Lola está un poco ocupada ahora mismo —río.

—¿Y no tienes otros amigos, entonces? ¿Quizás un chico? — Me vuelvo para mirarlo y veo su falsa expresión de inocencia.

—¿Me estás preguntando si tengo novio?

—Tienes veinticuatro años. Deberías salir a conocer chicos. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

Le doy un codazo.

—Para empezar, soy demasiado mayor para salir con chicos. Y quizá haya pasado un tiempo desde mi última cita, pero no es por tu culpa. El panorama de las citas en Nueva York es complicado. Es difícil conocer a chicos agradables. ¿Te acuerdas de aquel que me llevó a ese restaurante tan elegante, pero luego, convenientemente, se olvidó la cartera?

Papá gruñe y entrecierra los ojos.

—Me acuerdo. Le habría dado una paliza si hubiera hecho lo correcto y te hubiera acompañado a casa.

No me molesto en mencionar que no está precisamente en condiciones de darle una paliza a nadie en este momento. Sin duda lo habría intentado de todos modos.

—Créeme, me alegré de dejarlo en el restaurante y de irme a casa sola.

—Mmm —dice—. ¿Así que nadie te ha llamado la atención últimamente?

Por una fracción de segundo, un par de ojos gris pálido se asoman en mi mente, seguidos de unos labios que parecen suaves y duros al mismo tiempo, pero descarto esa idea a toda prisa y opto por el sarcasmo.

—¿Estás intentando casarme?

Aparta la mirada y vuelve a fijarse en los pintores.

—Quizá quiera que alguien te cuide por una vez.

El pinchazo en el pecho es tan agudo que se me corta la respiración.

—Papá…

Levanta una mano; la visión de sus nudillos rojos e hinchados solo hace que el dolor que siento detrás de mi esternón palpite aún más.

—No discutas. Has estado cuidando de mí desde que tu madre se fue. No deberías haber tenido que hacerlo en ese momento ni deberías tener que hacerlo ahora.

—No tenía por qué cuidar de ti. Eres mi padre: quería hacerlo.

Suspira, como encogiéndose ante mí.

—No eras más que una niña. Yo debería haber sido quien cuidara de ti. En cambio, me encerré en mi estudio con mis cuadros y fingí

que todo iba bien. Y ahora, cuando deberías estar ahí fuera viviendo tu vida, sigues cuidando de mí.

Apoyo la cabeza en su hombro y contemplo a la gente feliz que llena el parque.

—Cuidar de ti nunca será una carga.

Lentamente, me rodea con el brazo y yo me acurruco contra su costado. Por un momento, cierro los ojos y disfruto del calor y de la sensación de estar protegida. Antes de que mi madre se fuera, no le gustaba tenerme cerca, así que me pasaba horas acurrucada en una silla en un rincón del estudio de mi padre, viéndolo pintar. Me explicaba lo que estaba haciendo y me contaba historias sobre artistas famosos y cuadros célebres. Y cuando le pedía que me enseñara a pintar, nunca se quejaba de que lo estorbaba: colocaba un pequeño caballete y un lienzo junto al suyo para que pudiéramos pintar uno al lado del otro.

Hubo un momento en el que pensé que ese iba a ser mi futuro. Que sería una artista como él. Pero las cosas no siempre salen como esperamos. Hace mucho tiempo que ni siquiera tengo ganas de pintar. Quizás algún día lo retome como *hobby,* pero lo que tengo ahora es mejor que aquel viejo sueño, de todos modos: un buen trabajo con un sueldo estupendo.

Y este nuevo puesto es mucho más que un simple trabajo. Es lo que me permitirá pagar los tratamientos que él necesita para recuperarse. Lo que significa que tengo que hacer que funcione, pase lo que pase. Sin pasos en falso, sin errores.

Seré la asistente perfecta.

12

ROMAN

La conversación que mantengo con Cole y Tate sobre las previsiones trimestrales de EcoTech y cómo afectarán a nuestra oferta de adquisición se ve interrumpida por unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —digo, sabiendo ya quién es.

Chloe entra con una bolsa llena de envases de comida para llevar. En un lateral aparece impreso el nombre de uno de los restaurantes que nos suministra el almuerzo.

Al acercarse, me dedica esa sonrisa perfectamente educada y profesional que siempre me ofrece. Esa que ha empezado a irritarme, porque, por mucho que me moleste admitirlo, he empezado a preguntarme cómo sería si me regalara una sonrisa sincera y desarmada. Una que iluminara esos ojos suyos, demasiado bonitos. Y preguntarme cómo sería mi asistente si me sonriera como si fuera algo más que mi asistente me acerca peligrosamente a una pendiente resbaladiza por la que no tengo ningún deseo de deslizarme.

—Gracias, Chloe —dice Tate cuando ella le tiende uno de los recipientes. Cole se hace eco de ese sentimiento cuando le pasa el segundo. Cuando llega a mí, cojo la caja, y mis dedos rozan los suyos.

—Gracias, señorita Callahan.

—¿Necesita algo más? —pregunta ella.

—Eso es todo. No dude en irse a comer.

—Sophie también debería estar lista para salir a por su almuerzo si tienes pensado quedar con ella —dice Tate, ganándose una sonrisa bastante más radiante que la que me ha dedicado a mí.

Me obligo a relajar la mandíbula. No me importa que trate a mis dos hermanos con más calidez que a mí. Cuánto sonría y a quién no tiene absolutamente nada que ver con su papel como mi asistente.

Después de que ella se marche, nos ponemos a comer y la sala se queda en silencio.

Por desgracia, cuando Cole lo rompe por fin, desvía la conversación de EcoTech.

—¿Cómo van las cosas con Chloe? No te he oído quejarte, así que supongo que está haciendo un buen trabajo.

Chloe es lo último de lo que quiero hablar. Con los hombros tensos, clavo el tenedor en mi almuerzo.

—Lo está haciendo bien.

Tate se ríe entre dientes, y sus ojos de color marrón dorado se arrugan en las comisuras.

—No te pases con los elogios.

—¿A qué viene todo eso de «señorita Callahan»? —interviene Cole—. A Lena nunca la llamabas por su apellido.

Los miro con el ceño fruncido.

—¿Es relevante para esta conversación la forma en que me dirijo a mi asistente?

Cole arquea las cejas.

—Ya que estamos hablando de ella, sí, creo que lo es.

—No estamos hablando de ella, estamos hablando de EcoTech.

—Te equivocas. —Tate hace una bola con la servilleta y la deja caer en su caja de comida para llevar—. Estábamos hablando de EcoTech, ahora estamos hablando de Chloe.

Aparto mi propia comida y lo fulmino con la mirada.

—No estamos hablando de ella. Cole ha hecho una pregunta, yo la he respondido y ahora seguimos adelante.

Mis hermanos intercambian una mirada y yo inspiro hondo para evitar responderles bruscamente. No tienen la culpa de mi mal humor.

La culpa es de Roger Haverscombe.

Tras nuestra reunión de hace dos semanas, nos encontramos con Wright Construction y les ofrecimos el contrato para el proyecto de la sede de InnovaCore. A Haverscombe no le sentó nada bien la noticia. Normalmente me importaría un carajo lo que pensara, pero al día siguiente anunció que su empresa también presentaría una oferta para adquirir EcoTech.

—Haverscombe no tiene los recursos para igualar los nuestros —dice Tate, interpretando correctamente mi mal humor—. No hay forma de que superen nuestra oferta.

Cole frunce el ceño.

—Cierto. Pero son más que capaces de hacer subir el precio y obligarnos a pagar más de lo que vale la empresa en el mercado.

—Apuesto a que ese es exactamente su objetivo. —Le doy unos golpecitos al escritorio con el bolígrafo. Con hombres como Roger, todo es personal: el club de los viejos amigos en la peor extensión de la frase. Antes de nuestra reunión, estaba dispuesto a darle el beneficio de la duda, pero luego se las arregló para demostrar que es la misma clase de hombre que mi padre. Solo por eso no tengo ningún interés en hacer negocios con él.

La ira renovada hierve en mi estómago mientras su comentario al final de nuestra reunión se repite en mi mente. Ese imbécil insinuó descaradamente que me estaba acostando con Chloe, y ni siquiera tuvo la decencia de decirlo fuera del alcance de sus oídos. Como si no tuviera la más mínima duda sobre quién era yo y quién era ella.

Sorprendentemente, fue la ira en nombre de Chloe la que me ardió primero en las venas, incluso antes que mi preocupación por cómo un rumor como ese podría afectarnos a mí y al King Group.

No estoy acostumbrado a pensar en los sentimientos de los demás. Quizá debería haberlo tomado como una confirmación de mis preocupaciones y haberla mandado a freír espárragos.

Pero no lo hice.

Desde la serenidad con la que manejó la situación hasta la forma en que me plantó cara en el coche, sus contradicciones me intrigan demasiado. Y si me intrigan a mí, serán como un imán para otros hombres.

Está mejor conmigo.

—¿Roman? —La voz de Cole interrumpe mis pensamientos. Levanto la cabeza de golpe.

—¿Sí?

Mis hermanos me están mirando con el ceño fruncido.

Me estiro la corbata con una mano y carraspeo.

—¿Qué me he perdido?

—No es propio de ti perderte nada. —Cole me examina con una expresión de curiosidad suspicaz que no me gusta nada—. ¿Tienes algo rondándote la mente?

—¿O alguien? —La sonrisa burlona de Tate lo dice todo.

—A diferencia de vosotros dos, no dejo que la gente me distraiga —espeto—. Lo único que me preocupa es la adquisición de EcoTech.

Tate aprieta los labios.

—Todos comprendemos la importancia de este acuerdo y sus implicaciones para el futuro del Grupo King.

—¿Pero?

—Hay más cosas en la vida que los negocios.

Me invade una oleada de rabia. ¿Por qué últimamente todo el mundo está tan interesado en cuestionar mis prioridades? Me río secamente, ocultando mi irritación.

—Por supuesto. Está la buena comida, el buen whisky y quizá incluso la buena compañía.

—Tienes que descansar un poco, Roman. —Los ojos color avellana de Tate, normalmente tan llenos de humor, se muestran serios por una vez—. Este afán por convertirnos en los mejores, por ser los mejores, todo el tiempo, no te hace ningún bien.

Sus palabras rozan una herida que sigue abierta después de todos estos años. No me importa ser el mejor, solo me importa ser mejor que nuestro padre. Pero no me molesto en decírselo. Están demasiado absortos en sus mujeres como para entenderlo. Se han tragado el cuento y creen que el amor es la respuesta a todos los problemas de la vida.

Solo que el amor no borrará la mancha que nuestro padre ha dejado en nuestro nombre y en el de nuestra empresa.

Quiero a mis hermanos. Siempre los he querido, incluso cuando no me daba cuenta, cuando nuestro padre se cernía como una sombra entre nosotros y apenas nos hablábamos. Puede que ahora estemos unidos, pero nunca les he hablado de mi relación con nuestro padre. No saben nada de la manipulación, de cómo me marcó, ni de cómo me deja un sabor amargo en la boca incluso ahora. Y así seguirá siendo.

Apoyo los codos en las rodillas y me echo hacia delante, con un tono que no admite réplica.

—Tenemos que volver al trabajo.

Intercambian otra de esas miradas cómplices que se han vuelto más frecuentes últimamente, pero la ignoro, como siempre. Pueden pensar lo que quieran, siempre y cuando no interfiera con mis prioridades.

Una hora más tarde, hemos terminado. Cuando acompaño a Cole y a Tate fuera de mi despacho, Chloe está ocupada en su escritorio. Levanta la vista al vernos salir a los tres y nos ofrece esa misma sonrisa serena, que curva de forma recatada su bonita boca.

Me viene a la mente aquel momento tras la reunión con Haverscombe, cuando me desafió sobre el valor del dinero, la forma en que se le sonrojaron las mejillas y sus expresivos ojos se volvieron más verdes que azules. Debo de ser masoquista, porque prefiero esa reacción a la actitud tranquila y profesional que ella se empeña en mostrar. Aunque fuera eso lo que le dije que quería.

Cuando mis hermanos desaparecen por el pasillo, Chloe me observa; sigo demorándome junto a la puerta abierta de mi despacho, y ella me estudia con la cabeza ladeada y su cabello rubio pálido derramándose en cascada sobre uno de sus hombros.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle, señor King?

Mi cuerpo se tensa al oír esas palabras salir de sus suaves labios rosados, pero reprimo rápidamente la reacción.

—¿Ya ha mecanografiado las notas de la reunión con Wright?

—Sí. ¿Quiere que se las dé?

—Tráigamelas a mi despacho, por favor. Así podremos repasar mi agenda para el resto de la semana.

Coge su tableta y, para cuando entra, yo ya estoy de nuevo en mi silla. Antes de que pueda evitarlo, mis ojos recorren su cuerpo, fijándose en su blusa de seda blanca, que deja entrever el encaje que hay debajo, y en la falda azul marino que se ciñe a la curva de sus caderas y le llega justo por encima de las rodillas.

Puede que no lo parezca, pero está tremendamente sexy.

Cuando cruzo mi mirada con la suya, sus mejillas están sonrojadas, lo que deja claro que se ha dado cuenta de mi

escrutinio. En lugar de apartar la vista tras haber sido pillado, entrelazo los dedos sobre mi escritorio y mantengo el contacto visual.

No debería hacerlo, pero la satisfacción me invade cuando se colorean sus mejillas. Maldita sea. A pesar de saber que no debería, quiero verla sonrojarse de nuevo. Lo prefiero a la máscara implacablemente educada que parece decidida a mantener en mi presencia.

Cuando se muerde el labio inferior, me imagino liberándolo con mi pulgar y luego acercando mi boca a la suya para descubrir a qué sabe.

—Aquí tiene el expediente que quería. —Su voz suena un poco más ronca de lo habitual cuando se echa sobre mi escritorio para tenderme los documentos.

Su blusa se abre un poco y me encuentro con un destello de piel cremosa; esa imagen envía una descarga directamente a mi pene. Apretando los dientes, aparto la vista a toda prisa. Ya me arrepiento de haberme permitido mirarla de una forma inapropiada. Ha conseguido que me resulte más fácil volver a hacerlo.

Me centro en el expediente y lo ojeo, asintiendo satisfecho ante las notas que ha tomado.

—Me parece perfecto. Haga copias y envíelas al departamento Jurídico.

Con la cabeza gacha, teclea en su tableta.

—¿Quiere repasar su agenda?

Deslizo el expediente por el escritorio y me recuesto en la silla.

—Sí, adelante.

—Tiene una videoconferencia con la oficina de Londres a las… —Su voz se apaga y se le forma una pequeña arruga entre las cejas mientras mira fijamente la pantalla.

—¿Pasa algo? —pregunto.

Levanta la vista, con expresión preocupada.

—Acaba de llegar un correo urgente de InnovaCore sobre su sede en Hudson Yards. Nos han enviado una propuesta de alquiler revisada con cambios significativos en las condiciones del contrato.

La irritación me cosquillea en la nuca y me echo hacia delante.

—La reunión final de la negociación es mañana. ¿Qué es lo que piden a estas alturas del proceso?

Mira su tableta con los ojos entrecerrados por la concentración. —Quieren mejoras en el sistema de climatización para lograr una eficiencia energética aún mayor, instalaciones de placas solares en la azotea y que financiemos un centro de innovación conjunto en el propio recinto. Este centro exhibiría tecnologías urbanas sostenibles y serviría de modelo para futuros desarrollos. Dicen que generará una considerable atención por parte del público y los medios de comunicación.

Mi irritación se dispara y suelto el aire con brusquedad.

—¿Por qué ahora?

—Su junta directiva aprobó la semana pasada unos nuevos criterios de sostenibilidad —lee en el correo—. Exige mejoras sustanciales en su infraestructura operativa para alinearse con objetivos medioambientales más nuevos y estrictos.

Me paso la mano por la boca, conteniendo mi frustración. Me dan ganas de mandarlos al infierno. Saben perfectamente que esto causará graves problemas logísticos, y no se han molestado en avisarnos antes de aprobar la directiva.

Aun así, no es un reto imposible. Y menos ahora, que estamos consolidando nuestra colaboración con Wright Construction para la construcción.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Chloe.

A pesar de mi irritación, me gusta que haya hablado en plural.

—InnovaCore es uno de nuestros mayores inquilinos en Hudson Yards —digo, explicándole mi proceso mental—. Están aprovechando nuestro desarrollo de su edificio de sede central para reforzar sus credenciales ecológicas. Pero la alineación de su marca con nuestros objetivos de sostenibilidad es demasiado valiosa como para ignorarla, aunque su sentido de la oportunidad me cabree.

—¿Serviría de algo si recopilo las especificaciones actuales y los cambios propuestos en un solo documento? Debería facilitar mucho identificar qué peticiones podemos aceptar y en qué puntos tendremos que plantarles cara.

Asiento lentamente. Eso ayudará, pero tendremos que revisar nuestra propuesta antes de la reunión de mañana. Tamborileo con los dedos sobre mi escritorio.

—De acuerdo. Vamos a necesitar una contrapropuesta. Lo que significa que usted y yo vamos a tener que trasnochar hoy.

Se pasa la lengua por los labios. ¿Le pone nerviosa la idea de trabajar hasta tarde conmigo?

Si es así, lo disimula bien.

—¿Debería avisar al equipo jurídico de que tienen que estar disponibles para posibles consultas?

Maldita sea. Es rápida.

—Sí, hágalo. Y asegúrese de que tengamos a mano todos los documentos relacionados y la correspondencia previa con InnovaCore para consultarlos.

—Por supuesto. —Inspira hondo y se endereza—. ¿Hay algo más?

—Eso es todo. Venga a verme después de mi última reunión del día. Pediremos la cena y nos quedaremos hasta que la contrapropuesta esté lista.

—Sí, señor. —Se pone de pie, se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y se dirige hacia la puerta. Una vez más, mis ojos la siguen sin mi permiso, atraídos por el balanceo al andar de su trasero con forma de corazón.

Me hierve la sangre y mi erección se despereza antes de que me obligue a apartar la mirada. Mirarle el trasero ya es bastante malo; no quiero imaginarme cómo se sería esa curva bajo mi mano o lo suave que sería su piel al tacto. Joder.

Me paso la mano por la cara.

A estas alturas ya debería estar acostumbrado a tenerla cerca. Debería ser inmune a sus bonitos ojos y a sus exuberantes labios rosados, y al sutil aroma a miel y vainilla que siempre permanece en mi despacho un buen rato después de que se marche.

En cambio, mi conciencia de su presencia no deja de crecer.

Quizá necesite ir al gimnasio, desahogarme un poco. O echar un polvo. Ha pasado demasiado tiempo.

Tendré que remediarlo pronto. Pero esta noche, la señorita Callahan —Chloe— y yo tenemos trabajo que hacer.

13

Chloe

De nuevo en mi escritorio, cojo el teléfono y llamo a Susan.

—Déjame adivinar —dice al saludarme—. ¿Necesitas que me quede con tu padre?

Hago una mueca y apoyo el codo en el escritorio.

—Tengo que quedarme en el trabajo hasta tarde. Si pudieras ayudarlo con la cena y prepararlo para pasar la noche, te lo agradecería mucho. Por supuesto, te pagaré por tu tiempo.

Ella resopla.

—Por supuesto.

Suelto un suspiro silencioso. No es culpa de Susan. Al fin y al cabo, me estoy imponiendo, aunque le pague. Aun así, estaría bien que al menos se mostrara un poco más amable al respecto, ya que está encantada de quedarse con el dinero.

Después de colgar, llamo a mi padre y le explico la situación.

—No te preocupes por mí —dice—. Me las arreglaré perfectamente con la deslumbrante compañía de Susan.

Frunzo los labios y reprimo una risa.

—Probablemente ya estarás dormido cuando llegue a casa, pero te veré mañana por la mañana.

—Vale, cariño. Te quiero.

El hecho de que utilice el término cariñoso que usaba cuando era pequeña me derrite el corazón.

—Yo también te quiero. Adiós.

Al colgar, el sonido de alguien carraspeando me sobresalta. Cuando me doy la vuelta, Roman está en la puerta de su oficina, con la vista clavada en mí.

—¿Estaba avisando a su novio de que va a llegar tarde a casa? —Su pregunta tiene un tono extraño que no entiendo.

—A mi padre, en realidad.

Frunce sus cejas oscuras.

—¿Todavía vive con su padre?

Estoy a punto de decirle que mi padre está enfermo, pero el ligero fruncimiento de sus labios me detiene. En su lugar, levanto la barbilla y lo miro a los ojos.

—Sí. —Al fin y al cabo, mi vida privada no es asunto suyo. Si quiere juzgarme, es su problema.

Se queda ahí plantado, como si esperara que le diera más detalles. Si es así, va a tener que esperar mucho tiempo. Al final, niega con la cabeza.

—Antes de esta noche, por favor, elabore una lista de posibles desgravaciones fiscales que podrían compensar nuestros gastos iniciales en el proyecto InnovaCore si seguimos adelante con las actualizaciones.

—No hay problema, señor King. Ya que está aquí, ¿tiene alguna idea de lo que le apetece para cenar? Haré el pedido ahora para que nos lo traigan más tarde.

Se encoge de hombros.

—Pida lo que quiera. No soy exigente.

—Me cuesta creerlo. —Esas palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. Mierda. Hago todo lo posible por no encogerme. Y eso que me estaba yendo genial con lo de mantener la profesionalidad con él.

Con los ojos entrecerrados, Roman se cruza de brazos y apoya un hombro contra el marco de la puerta.

—¿Y por qué exactamente es difícil de creer? —pregunta arrastrando las palabras.

Lo más inteligente sería disculparme y cambiar de tema, pero el desafío en su tono y su postura hace que se me ponga la carne de gallina y se me acelere el pulso. No puedo resistirme a aceptar ese desafío.

Ladeo la cabeza y sonrío.

—Porque es un multimillonario que viste trajes de mil dólares, va en un coche con chófer, solo sale con mujeres que parecen supermodelos y probablemente tiene un chef a domicilio que le prepara comida digna de un restaurante con estrella Michelin.

Levanta una de sus enormes manos y se rasca la barbilla, con una comisura de los labios un poco más alta que la otra.

—No me parecía usted alguien que lea revistas del corazón, pero debe de hacerlo, si cree saber cómo son las mujeres con las que salgo.

Me invade una oleada de calor. Muy bien, Chloe. Mi necesidad de provocar a este hombre me vuelve irracional, y ahora acabo de decirle que últimamente he estado acechándolo un poco por Internet. No le han fotografiado a menudo del brazo de una mujer, pero cuando lo han hecho, todas ellas eran preciosas.

Tragándome la vergüenza que me sube por la garganta, levanto la barbilla, rezando para que no pueda ver mi rubor desde donde está.

—Es solo una suposición.

—Lo crea o no, señorita Callahan, a veces me gusta que me sorprendan. Con comida y… —su mirada se posa en mi boca de una forma que me deja sin aliento— con otras cosas. —Por un breve instante, juraría que su mirada fría se vuelve ardiente. La tensión crepita en el espacio que nos separa, pero desaparece un segundo después, cuando se endereza bruscamente para apartarse del marco de la puerta—. ¿Qué tal si primero nos ponemos a trabajar y luego vemos qué nos apetece?

—De acuerdo. —El tono entrecortado de mi voz no suena nada profesional.

Me mira un momento más, con el rostro impasible. Luego se da la vuelta.

—No se olvide de las desgravaciones fiscales. —Dicho esto, se retira a su despacho y cierra la puerta tras de sí.

Suelto un suspiro. Está claro que me equivocaba al pensar que había algo de pasión en su mirada. Por muy absurdo que sea, la decepción cae como una piedra en mi estómago. Después de lo de Geoff, debería alegrarme de tener un jefe que no está en absoluto interesado en que tengamos una relación más allá de lo profesional. Debería estar agradecida de que no se acerque demasiado ni me roce accidentalmente, incluso cuando hay sitio de sobra para pasar.

La triste verdad es que una parte de mí desearía que hiciera esas cosas. Roman King es guapísimo, inteligente, exitoso, maduro y, al parecer, no es la clases de hombre que utiliza esas cualidades para aprovecharse de las mujeres.

Por desgracia, mi atracción por él crece cada día. Ha llegado a tal punto que puede que me haya permitido una o dos fantasías sobre él en las últimas semanas en las que me he preguntado qué es exactamente lo que esconde bajo esos trajes caros.

Fantasías o no, la realidad es que no solo es poco probable que se interese por alguien como yo, cuando las mujeres guapas seguramente se pelean por aparecer a su lado, sino también que cualquier cosa más allá de una relación laboral entre nosotros sería inapropiada y pondría en peligro este trabajo que tanto necesito.

Así que se acabaron las fantasías. Se acabó buscar significados donde no los hay.

Tras una profunda inspiración, me siento frente al ordenador y abro el navegador.

Vamos con las desgravaciones fiscales.

—Anote que estamos dispuestos a compartir los costes de las instalaciones solares —dice Roman—. Pero no estamos dispuestos a adelantar toda la inversión para el centro. Sugeriremos una implementación por fases en ese caso.

Anoto esa idea y luego me muevo en la silla. Otra vez.

Fuera ha caído la noche y la ciudad ha cobrado vida; cientos de luces parpadean intensamente a nuestro alrededor en lugar de las estrellas apagadas.

Cuando levanto la vista de mi tableta, Roman me está mirando con una ceja enarcada.

—¿La estoy aburriendo?

Contengo un suspiro. Llevamos aquí sentados casi dos horas, ¿y él cuestiona mi ética de trabajo?

—Por supuesto que no, señor King —digo, con un poco más de dulzura empalagosa de la necesaria—. Aunque quizá debería invertir en unas sillas más cómodas.

Deja caer el bolígrafo sobre el escritorio y se recuesta en el asiento. Sigue llevando corbata, pero se la ha aflojado y se ha desabrochado el primer botón de la camisa, dejando al descubierto un tentador triángulo de piel bronceada en el cuello.

—¿Mis sillas de cuero de mil dólares no son lo bastante cómodas para usted? —Niega con la cabeza—. Y me acusa a mí de ser quisquilloso.

Enderezo la espalda y parpadeo.

—¿Quisquillosa? Llevamos tanto tiempo aquí sentados que se me está entumeciendo el trasero.

En cuanto esas palabras salen de mis labios, reprimo una mueca. ¿De verdad tenía que decírselo?

Se pasa la mano por la boca y juraría que está ocultando una sonrisa, una de verdad.

—Eso no puede ser. ¿Por qué no nos tomamos un descanso?

Gracias a Dios. Contengo un gemido, me levanto y dejo la tableta sobre la silla, luego pongo las manos en las caderas y arqueo la espalda, tratando de soltar las tensiones.

Un ruido sordo que hace Roman me llama la atención. Está concentrado en mí, con la mandíbula tensa. La expresión de su rostro hace que un escalofrío de excitación me recorra la piel.

—¿Tiene hambre? —Su voz suena grave y ronca, y demasiado sugerente.

Inspiro hondo e intento mantener la voz firme al responder.

—Sí, ¿qué le apetece pedir?

Esos ojos volubles recorren mi rostro.

—¿Qué pediría si pudiera tener todo lo que quisiera?

—¿Cualquier cosa? —Una chispa de picardía cobra vida dentro de mí. Echo la cabeza hacia atrás y miro al techo por un momento, fingiendo pensar intensamente—. Hay una pizzería increíble, un local diminuto, cerca de donde vivíamos mi padre y yo. En mi opinión, hacen la mejor pizza de Nueva York. Eso es lo que querría si pudiera pedir lo que quisiera.

Si pensaba que lo estaba provocando, que alguien de la talla de Roman no se dignaría a comer pizza de una pizzería de barrio, me equivocaba. Por primera vez desde que lo conozco, un humor

genuino ilumina su rostro y arruga las comisuras de sus ojos, y maldita sea si mi corazón no da un vuelco.

—Suena delicioso. —Su voz es grave y suave—. ¿Por qué no la pide y yo mando a Phillip a recogerla?

Parpadeo.

—Eh, ¿está seguro?

—Siempre estoy seguro de todo. A estas alturas ya debería saberlo. —Mete la mano en un cajón de su escritorio, saca una cartera y deja caer una tarjeta negra sobre la mesa que nos separa.

—¿Alguna preferencia? —le pregunto mientras cojo la American Express negra.

—La dama elige.

—¿Puedo? —señalo su teléfono de la oficina.

—Por supuesto.

Levanto el auricular y marco el número que aún me sé de memoria, y cuando la persona al otro lado descuelga, mis ojos se encuentran con los de Roman y se quedan clavados en ellos.

—Me gustaría pedir una pizza grande, por favor. De *pepperoni* con chile. —Arquea una ceja. Sin poder ocultar mi sonrisa, añado— Con extra de chile.

Su expresión se vuelve intensa, lo que hace que mi corazón se acelere. Es como si los dos estuviéramos participando en algún reto tácito. Y supongo que así es. El único momento en que rompemos el contacto visual es cuando tengo que bajar la vista para leer el número de su tarjeta para el pago.

Después de colgar, doy un paso adelante y le tiendo la American Express. Sus dedos rozan los míos al cogerla y una chispa me recorre el brazo.

De repente, se queda paralizado, como si él también hubiera sentido esa descarga eléctrica.

Aclarando la garganta, deja la tarjeta sobre su escritorio.

—Deme la dirección y le diré a Phillip que la recoja.

—¿Seguimos trabajando mientras esperamos? —le pregunto una vez que envía el mensaje y se guarda el teléfono en el bolsillo.

Cuando asiente, vuelvo a deslizarme hacia mi silla, pero antes de que pueda sentarme, me agarra de la muñeca para detenerme. Se

me acelera el pulso mientras contemplo sus largos dedos bronceados en mi piel. Me humedezco los labios.

—Ese no. —Una pequeña sonrisa juega en la comisura de su boca —. He oído que es incómodo. —Señala con la barbilla hacia los sofás al otro lado de su oficina—. Allí estará mejor.

Trago saliva.

—Vale. —Mi voz suena un poco más temblorosa de lo que pretendo.

Roman me estrecha la muñeca con más fuerza por un instante antes de aflojarla lo suficiente para que mi mano se deslice de la suya.

Intentando que mi pulso se calme, cojo mi tableta y me dirijo hacia los sofás. Roman me sigue, se sienta frente a mí y deja su tableta sobre la mesilla de café de madera y cristal.

Tras inspirar hondo, me obligo a volver al trabajo y toco la pantalla de mi tableta.

—¿Cuánto tiempo hace que no prueba la mejor pizza de Nueva York?

Sorprendida por la pregunta, levanto la vista.

—¿Perdón?

—Ha dicho que ese sitio está cerca de donde vivía. ¿Cuánto tiempo hace que no la prueba?

—Unos dos años.

Se recuesta, apoyando el brazo en el respaldo del sofá.

—¿Por qué se mudó?

Aprieto los labios y dudo, pensando en cuál es la mejor manera de responder.

—Teníamos que reducir el tamaño de la casa.

—¿Su padre y usted?

Suspiro y relajo los hombros. Me niego a avergonzarme de mi situación.

—Sí. Ya no podíamos pagar el alquiler. —Asiente lentamente, completamente concentrado en mí.

Irracionalmente nerviosa bajo su mirada escrutadora y sin saber qué está pasando por su cabeza, me paso el pelo por detrás de las orejas.

—Entonces, ¿es usted quien lo mantiene? —pregunta.

Sorprendida de que haya sacado esa conclusión tan rápido, enderezo los hombros.

—Solo hasta que se recupere y pueda volver a pintar.

Arquea las cejas.

—¿Es artista? —Asiento.

—¿Pero ahora mismo no está pintando?

Suelto un suspiro. ¿Por qué de repente se interesa tanto por mi vida fuera del trabajo?

—Tiene artritis reumatoide. —Intento que mi explicación sea lo más objetiva posible—. Es una enfermedad autoinmune que le dificulta pintar. Volví a vivir con él después de que sufriera una mala caída.

Su mirada se aguza.

—Debe de ser difícil.

—N-Nos va bien —tartamudeo, nerviosa—. ¿No deberíamos volver a…?

—¿Así que tiene a alguien que lo cuida mientras está en el trabajo?

Suelto un «¡Uf!», levanto las manos al aire y lo fulmino con la mirada.

—¿A qué viene ese interés repentino? Llevo más de tres semanas trabajando para usted y apenas me ha sonreído, por no hablar de mostrar interés alguno por mi vida personal.

Se echa hacia delante y apoya los codos en las rodillas, aparentemente imperturbable ante mi arrebato.

—Tiene razón, y lo siento. Ha hecho un buen trabajo estos días. Debería habérselo dejado más claro.

Decir que me ha dejado desconcertada su confesión es quedarse corta.

—Yo… eh, gracias, señor King.

Enarca una ceja y una sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios.

—Puedes dejar de llamarme señor King. Si vamos a comer pizza juntos, más vale que me llames Roman.

Siento un nudo en el estómago ante el tono juguetón de su voz.

—Vale, eh, Roman. —Me resulta extrañamente íntimo llamarle así a la cara. ¿Significa eso que él usará mi nombre de pila? Si es así, ¿cómo sonará cuando lo diga con esa voz grave y sexy que tiene? No. No puedo estar pensando en lo sexy que es mi jefe—. ¿Quieres seguir hasta que llegue la comida?

Asiente, coge el expediente que tiene delante y volvemos al trabajo.

Media hora más tarde, llaman a la puerta abierta y Phillip entra con aire despreocupado con una caja de pizza y una sonrisa.

—Esto es una novedad. —Mientras coloca la caja y una pila de servilletas sobre la mesa, me llega el delicioso aroma de la comida; se me hace la boca agua y mi estómago suelta un gruñido. Phillip se ríe—. Parece que he llegado justo a tiempo.

—¿Has traído algo para ti? —le pregunta Roman.

—Sí, señor. Y tengo que decir que la señorita tiene buen gusto. —Me sonríe y yo correspondo al gesto.

Roman nos mira a los dos, frunciendo el ceño.

—Supongo que ya lo veremos.

Después de que Phillip se marche, abro la caja para revelar una obra maestra llena de queso y salsa, cubierta con abundante *pepperoni* y trocitos de chile rojo. Perfecto.

Frente a mí, Roman está estudiando la pizza como si fuera un espécimen desconocido. A pesar de todo lo que ha dicho, tengo la sensación de que nunca ha comido pizza de una caja.

Me da pena.

—¿Tienes platos?

—No tengo ninguno en la oficina, no.

Una risa brota de mi pecho. Bueno, al menos lo he intentado. Demasiado hambrienta y tras haber pasado demasiado tiempo privada del sabor de mi pizza favorita como para esperar más, cojo un trozo y le doy un mordisco.

Cierro los ojos y me relamo, saboreando el gusto.

—Mmm, qué buena. —Es verdad, pero mis palabras también son una tentación. Quiero ver la reacción de Roman. Pero cuando vuelvo a mirarlo, él me está mirando a mí, no a la pizza. Más concretamente, se fija en mis labios. Sin pensarlo, me los vuelvo a

lamer, y la forma en que tensa la mandíbula y se le dilatan las pupilas me envía una descarga directamente al corazón—. ¿No vas a probarla? —pregunto, con la esperanza de distraerme de la tensión que espesa el aire entre nosotros. Por desgracia, mi voz vuelve a salir entrecortada.

Durante un largo rato, se limita a mirarme. Luego, por fin, vuelve la vista hacia la pizza y coge un trozo. Lo mira, luego me mira a mí, y yo arqueo las cejas, dedicándole una sonrisa radiante, un poco demasiado inocente, y espero a ver qué hace.

14

ROMAN

Joder, esa sonrisa. Me está haciendo cosas que no debería. Dudo, no porque me ponga nervioso comer esa pizza de aspecto grasiento que ella ha pedido, sino porque me gusta demasiado la forma en que me mira.

Hay un brillo en sus ojos que solo le he visto un par de veces desde que entró a trabajar para mí, y siempre ha sido cuando se le ha resbalado la máscara profesional. Este es un atisbo de la verdadera Chloe. La mujer cuya mirada chispea cuando está irritada, cuya barbilla se levanta cuando se la desafía, que sonríe sin reservas y me habla con tono burlón.

Siempre es hermosa, pero cuando está relajada y feliz, como ahora, es absolutamente impresionante.

Ojalá pudiera dejar de fijarme en ello.

Me obligo a concentrarme en otra cosa que no sea su bonito rostro y hago todo lo posible por ignorar el gemido que acaba de soltar y el modo en que se ha lamido los labios, y le doy un mordisco a la pizza. Es mucho más grasienta de lo que estoy acostumbrado, pero sin duda está deliciosa.

Chloe me mira fijamente, esperando mi respuesta.

Una vez que me trago el primer bocado, me limpio la boca con una servilleta.

—Muy buena. —Su expresión se ensombrece un poco y, como no me gusta haberla decepcionado, le doy lo que busca—. De hecho, está deliciosa.

Esa sonrisa radiante vuelve a aparecer. ¿Se da cuenta de lo libremente que las comparte conmigo? Supongo que no. De lo contrario, serían mucho más comedidas.

—Ya te lo he dicho. —Se ríe. Hay un marcado contraste entre esta versión alegre y despreocupada de Chloe y la mujer reservada que

se presenta aquí día tras día. Ahora que sé lo de su padre, tiene sentido. También explica por qué estaba tan agradecida de que la mantuviera en el puesto.

Cuando ha hablado de su padre, de por qué se mudó con él y de por qué han tenido que reducir el tamaño de la casa, se me ha hecho un nudo en la garganta de una forma que no creo haber sentido antes. Quizá porque una mujer tan joven como ella no debería tener esa responsabilidad sobre sus hombros. O quizá porque pone de relieve la enorme diferencia entre nuestras situaciones económicas.

Sea cual sea la razón, esa certeza se me ha clavado en lo más hondo.

Le doy otro mordisco a la pizza y un trozo de queso cubierto de salsa se desliza y cae sobre mi camisa. Maldigo entre dientes.

—Ay, no. Déjame ayudarte. —Chloe se levanta de un salto y agarra la pila de servilletas de la mesa, y luego corre a mi lado, se arrodilla y me limpia el desastre.

Tiene los labios entreabiertos y sus bonitos ojos clavados en mi pecho mientras limpia la salsa, lo que solo hace que se extienda más.

—Chloe. —No se detiene—. Chloe. —La agarro de la mano para detener sus movimientos frenéticos. Por fin, me mira y, joder, verla de rodillas con sus grandes y hermosos ojos alzados hacia los míos hace que cada músculo de mi cuerpo se tense. Sería demasiado fácil deslizar mis dedos entre su cabello, enredar los mechones alrededor de mi puño y echarle la cabeza hacia atrás para ver la sensualidad en esos ojos mientras me desabrocho la cremallera y… Joder, no. No soy esa clase de hombre. La suelto y me levanto, y eso resulta peor, porque ahora ha quedado arrodillada justo delante de mí. Le doy la espalda y empiezo a desabrocharme—. ¿Me puedes traer otra camisa del armario?

Se pone en pie a toda prisa; sus movimientos apresurados son el único sonido en el despacho. Luego, un poco más lejos, la puerta del armario junto a mi baño se abre y se cierra.

Durante las últimas semanas, me he esforzado muchísimo por resistir el impulso de fantasear con ella cuando me masturbo. Cada

vez que envuelvo mi pene con la mano y cierro los ojos, hago todo lo posible por imaginar a una mujer sin rostro desnuda delante de mí. Pero muy pronto, su pelo se vuelve rubio pálido, y los ojos que me miran con un anhelo desesperado se tiñen de azul y verde. Y cuando me suplica que follemos, es la voz de Chloe la que brota de entre sus labios.

Hasta este momento, había conseguido expulsar esa imagen de mi mente.

Ahora, después de que la imagen de ella de rodillas se haya grabado a fuego en mi cerebro, sé sin lugar a dudas que, si se marchara en este mismo instante, no habría forma de detener la compulsión de desabrocharme el cinturón y masturbarme mientras me imagino lo bien que se veía con la cara levantada y los labios entreabiertos…

Mi erección da una sacudida casi violenta.

Con un gruñido de frustración, me arranco la corbata. Luego me quito la camisa y me doy la vuelta para coger la limpia que ella sostiene. Es otro error. Al mirarla de frente, capto el momento en que sus ojos se posan en mi pecho desnudo y lo recorren con una concentración tan deliberada que es casi tangible, como si fueran sus dedos los que se deslizaran sobre mi piel en lugar de su vista.

Cierro los ojos e inspiro con fuerza; mis pulmones se expanden y lucho contra el deseo de sentir su tacto. Cuando vuelvo a fijarme en ella, tiene las mejillas sonrosadas y tiene la vista clavada en el suelo con obstinación. Rápidamente, le arranco la camisa de la mano y me la pongo.

—Lo siento, señor King.

—Roman —gruño mientras me abrocho los botones. La frustración que me invade va dirigida a mí mismo, pero se refleja en mi tono.

—Roman —se corrige en voz baja—. Llevaré tu camisa a la tintorería a primera hora de mañana.

—No, de eso nada. Mañana a primera hora estarás aquí ayudándome con estas negociaciones en lugar de perdiendo el tiempo en la tintorería. Tengo a otra persona que puede encargarse de eso. —Se muerde el labio inferior y se niega a mirarme

directamente. Maldita sea. Odio que se haya acabado ese momento de desenfado entre nosotros. Es culpa mía, por reaccionar como lo he hecho ante su proximidad. Podría haberlo pasado por alto, haberme reído y haberle dicho que no se preocupara. Ojalá fuera la clase de hombre que bromea y se ríe de cosas así. En cambio, al parecer soy la clase de hombre que ve a su asistente de rodillas y se imagina follándole la boca. Inspiro profundamente, luego espiro, y obligo a mi mandíbula a relajarse. Nada de esto es culpa suya, y ella tiene que saberlo—. No pasa nada, señorita Callahan. Terminemos de comer y volvamos al trabajo. Ya casi hemos acabado.

Por fin se vuelve hacia mí de nuevo y levanta la barbilla.

—Chloe.

Joder, la forma en que me corrige, devolviéndome la moneda, hace que la tensión de mis hombros se alivie y una sonrisa se dibuje en mis labios.

Agacho la cabeza.

—Terminemos, ¿te parece, Chloe? —Reúno el poco autocontrol que me queda, vuelvo a centrarme en el trabajo e incluso consigo comerme un par de trozos más de pizza sin que se repita la escena. Y una hora más tarde, estamos a punto de terminar—. Asegúrate de que la propuesta deje claros los beneficios de relaciones públicas. Si vamos a ampliar nuestro presupuesto, quiero que hasta el último comunicado de prensa destaque cómo este proyecto transformará la vida urbana.

—Ajá. —Toma nota—. Me pondré en contacto con el equipo de Relaciones Públicas y les pediré que empiecen a redactar planes de cobertura mediática.

—Bien. Quiero convertir las exigencias de InnovaCore en nuestra noticia principal. Si vamos a satisfacer sus exigencias, entonces vamos a aprovecharnos todo lo que podamos.

—¿Quieres…?

Suena mi móvil y aparece el nombre de Cole en la pantalla. Le echo un vistazo a Chloe y deslizo con rapidez el dedo sobre la pantalla para contestar.

—¿Qué pasa? Estoy en medio de…

—Estamos en el hospital.

Se me revuelve el estómago mientras imágenes de accidentes y agresiones se agolpan en mi mente.

—¿Quién está herido?

Suelta una risa ahogada.

—Nadie. La bebé está a punto de nacer. Voy a ser padre.

Mi corazón se detiene y luego vuelve a latir.

—Joder, me has dado un susto de muerte. ¿Cómo puedo ayudar? ¿Qué necesitáis Delilah y tú?

—Ven al hospital. Por favor. Quiero tener a mi familia aquí. —Nunca había oído la voz de Cole tan quebrada.

El corazón me late de una forma que nunca había experimentado. La familia.

Durante años intenté convencerme de que mi familia no era más que un activo, otro legado más de las enseñanzas de mi padre. Fingir que la única razón por la que necesitaba a mis hermanos era para utilizarlos como herramientas para beneficiar a la empresa me facilitaba separar mis emociones de mis actos. Todo eso se ha esfumado en los últimos años, y no lo lamento ni un poquito.

Aunque la extraña oleada de preocupación que me invade ahora puede que me obligue a replantearme esa postura. Esto es aterrador de cojones. Y el miedo no es solo por mi hermano, sino por Delilah y mi sobrina que está a punto de nacer.

—Voy enseguida. ¿Cómo está?

—Aún es pronto, pero me estoy volviendo loco aquí. Ella tiene dolores y la cosa solo va a ir a peor.

—¿Están allí Tate y Violet?

—Están de camino. Mamá también.

Me trago un grito ahogado.

—¿Mamá? —Me cuesta imaginarme a nuestra madre, tan fría y distante, pasando el rato en la sala de espera de un hospital, pero supongo que cosas más raras se han visto.

—Sí. Me he sorprendido tanto como tú cuando me ha dicho que iba a venir.

—Vale. —Con los labios apretados, examino la mesa cubierta de papeles que tengo delante—. Mantén la calma por el bien de Delilah y nos vemos pronto.

Murmura un *«Gracias»* y cuelga.

Chloe me está mirando, con las manos entrelazadas sobre el regazo y los ojos brillantes.

—¿Vas a ser tío?

Me paso la mano por la cabeza.

—Eso parece. —Les echo otro vistazo a los expedientes que hay sobre la mesa de centro y enderezo los hombros.

—Tendremos que apañarnos con lo que hemos hecho hasta ahora. Debería ser suficiente. Envía todo al departamento Jurídico y luego nos pondremos en marcha. —Miro el reloj—. ¿Cómo sueles volver a casa?

—Cojo el autobús. Debería pasar uno pronto.

Niego con la cabeza antes incluso de que haya terminado.

—Te llevaré yo. Phillip puede dejarme primero en el hospital y luego llevarte a casa. —Ella abre la boca, probablemente dispuesta a protestar, pero levanto una mano para frenarla—. No hay nada que discutir, Chloe. —Su nombre se desliza por mi lengua con demasiada facilidad, y me gusta cómo pestañea y entreabre los labios a modo de respuesta.

Pero ahora no es momento de distraerme con mi asistente, que es demasiado guapa. Tengo cosas que hacer.

15

Chloe

El motor ronronea suavemente mientras Phillip conduce la limusina entre el denso tráfico.

Roman va en silencio a mi lado. Tenso. Es un tipo de tensión diferente al que estoy acostumbrada a percibir en él. No hay ira latente ni una corriente de energía chispeando en el ambiente.

Debe de estar nervioso por el parto, y con razón. Por lo que he podido averiguar, este será el primer hijo para cualquiera de los tres hermanos. La verdad es que es conmovedor que se preocupe. ¿Quién habría pensado que Roman King iba a ser un futuro tío nervioso?

Mi jefe está lleno de sorpresas.

—Gracias por tu esfuerzo esta noche.

La profunda voz de barítono rompe el silencio, y reprimo un escalofrío al sentir cómo las palabras parecen vibrar contra mi piel.

—¿Crees que podrás asistir a la reunión con InnovaCore mañana, o debería cambiarla de fecha?

Se pasa la mano por la cara, con el cuerpo relajado por el cansancio. A él también le queda una larga noche por delante.

—Iré —dice.

No debería sorprenderme. Al fin y al cabo, este hombre es un adicto al trabajo.

Cuando nos detenemos frente al hospital, mira por la ventanilla antes de centrar su atención en mí.

—Phillip te llevará a casa y nos vemos mañana por la mañana a primera hora.

Le sonrío con ternura y, por instinto, le toco el dorso de la mano.

—Espero que todo salga bien.

Baja la vista, pero antes de que pueda arrepentirme de mi impulsiva decisión de tocarlo, le da la vuelta a su mano y envuelve

los dedos largos alrededor de los míos.

—Gracias, Chloe.

Su tono es tan grave que es como si un terciopelo oscuro se deslizara sobre mi piel. No puedo evitar el escalofrío de deseo que me recorre el cuerpo.

Me estrecha más los dedos, me suelta y sale del coche.

Cuando la pesada puerta se cierra de golpe tras él, Phillip me mira por el retrovisor.

—¿Adónde vamos?

Me sacudo la reacción que me ha provocado el contacto de Roman y estoy a punto de darle mi dirección a Phillip cuando diviso un objeto negro brillante en el asiento de cuero oscuro.

Lo cojo y lo levanto.

—Roman se ha dejado el móvil. Voy a ver si puedo alcanzarlo.

Sin esperar respuesta, abro el coche y corro hacia las puertas por las que Roman ha entrado hace unos segundos, maldiciendo mis tacones durante todo el trayecto.

Una vez dentro, recorro con la vista el gran espacio abierto y, al no verlo, me dirijo a la cabina de seguridad situada en el centro del atrio.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta la mujer que está detrás del mostrador.

—Mi jefe acaba de pasar por aquí. Roman King. —Le enseño el móvil—. Se lo ha dejado en el coche. ¿Puedo llevárselo, por favor?

La mujer arquea una ceja y me mira con recelo.

—¿Tiene alguna identificación? —Me desabrocho el pase de seguridad que aún llevo en la cintura de la falda y se lo muestro. Tiene mi foto y en él figura mi cargo como asistente de Roman. Coge el teléfono y, tras pulsar unos botones, habla por él. Una vez que cuelga, señala con la cabeza en dirección a una puerta en la pared del fondo. —Hay una sala de espera privada para familiares por ahí.

—Gracias. —Con una sonrisa de agradecimiento, me doy media vuelta y me dirijo hacia la entrada que me ha señalado. Al otro lado hay un pasillo corto y, al fondo, unas puertas dobles de cristal con un letrero encima que indica que es la sala de espera.

Por primera vez desde que he salido del coche, siento un nudo de nervios en el estómago. Roman está esperando al otro lado, pero también el resto de su familia. De repente, empiezo a dudar de mi idea de interrumpir en un momento como este. Sin embargo, mi vacilación se desvanece rápidamente al saber que Roman querrá su teléfono. Se volverá loco si tiene que estar sentado sin hacer nada durante horas, sin poder trabajar.

Empujo las puertas y entro en una gran sala. El suelo está cubierto de una lujosa moqueta, y los sofás y las sillas son mullidos y acogedores. Hermosos cuadros en relajantes tonos azules y verdes adornan las paredes, y en un extremo hay una cafetera y una mininevera. Esto no se parece a ninguna sala de espera de hospital en la que haya estado antes. Pero, claro, yo no soy multimillonaria.

—Chloe. —La voz grave de Roman llega desde un rincón de la sala.

Me doy la vuelta y lo veo junto a Tate y una mujer guapa de cabello castaño claro. En uno de los sofás cercanos está sentada una mujer rubia, mayor y elegante, con una expresión imposible de descifrar.

Como los nervios están trepándome por la garganta, inspiro hondo y me obligo a tranquilizarme. Luego, me acerco a ellos, esbozando la sonrisa más profesional que puedo.

La expresión de Roman es enigmática. ¿Le molesta que me entrometa en su vida y en la de su familia, o solo le sorprende verme?

—Se le ha olvidado el teléfono, señor King. —Le tiendo el dispositivo. Esta noche me ha dicho más de una vez que le llame por su nombre de pila, pero me parece inapropiado en este contexto. Como si estuviera reclamando una intimidad a la que no tengo derecho.

Me lo quita de las manos y sus dedos rozan los míos.

—Gracias, señorita Callahan. —Parece que piensa lo mismo que yo.

—Chloe, ¿verdad?

La mujer que está junto a Tate me dedica una cálida sonrisa. Debe de ser su prometida, Violet. Es preciosa, con su larga melena

castaña sobre los hombros y esos brillantes ojos azules.

—Así es. —Correspondo a su sonrisa y doy un paso atrás—. Siento la intromisión, me voy ya. Espero que todo salga bien y que no tengáis que esperar mucho.

La madre de Roman resopla, llamando mi atención. Sigue sentada en el sofá, con la vista clavada en una taza de café medio llena.

—Yo también lo espero. No sé cuánto más podré aguantar este horrible café. —Mira a Violet y arquea una ceja—. Deberías empezar a suministrar el tuyo a los hospitales. Un buen café haría que estas esperas tan largas fueran mucho más agradables.

Sophie me ha dicho que Violet es la dueña de True Brew, una cafetería artesanal y sostenible que últimamente se ha ganado un gran número de seguidores.

—Un par de esos deliciosos pasteles tuyos tampoco nos vendrían mal. —Tate rodea con el brazo la cintura de su prometida y la pega a él para darle un beso en la frente.

Juraría que se le ven los corazones en los ojos cuando le sonríe, y me invade una sensación de nostalgia.

Es difícil no preguntarse cómo sería tener una pareja así. Una pareja que me apoyara, con la que pudiera compartir mis altibajos. Un hombre al que supiera que podía acudir cuando las cosas se pusieran difíciles.

Quizá mi padre tenga razón. Quizá sea hora de que salga y empiece a tener citas. Vuelvo a echarle un vistazo a Roman. Quizá eso también me ayudara a deshacerme de mi molesta atracción por mi jefe.

Sacudiéndome el anhelo que amenaza con apoderarse de mí, controlo mi expresión.

—Nos vemos mañana por la mañana, señor King.

Se le levanta una comisura de los labios.

—Duerma un poco. Estaría bien que al menos uno de los dos estuviera despierto durante la reunión.

Hago todo lo posible por reprimir mi sonrisa. Los dos sabemos que, con falta de sueño o sin ella, él estará completamente despierto y muy atento a todo en la reunión.

Le hago un pequeño y tímido gesto de despedida a su familia, me doy media vuelta y voy a paso ligero hacia la salida y el coche que me espera.

Al subir al coche, Phillip se vuelve en su asiento.

—¿Todo arreglado?

—Sí. —Me paso la mano por los ojos; de pronto me he quedado sin fuerzas, pero al menos tengo una cama cómoda a la que volver, a diferencia de Roman y su familia. El coche se aparta de la acera y, justo cuando me dispongo a darle mi dirección a Phillip, diviso una tienda de dónuts abierta las veinticuatro horas, iluminada y llamándome a gritos—. Lo siento, Phillip, ¿podrías parar aquí? —Señalo la tienda.

Me mira por el retrovisor, con los ojos brillantes.

—¿Necesitas un subidón de azúcar?

—Yo no —digo—. Pero conozco a unas cuantas personas a las que probablemente les espera una larga noche.

Arquea las cejas, pero aparca delante de la tienda sin pronunciar palabra. Dentro hay varias personas haciendo cola, pero los dependientes que trabajan detrás del mostrador se mueven rápido y, en cuestión de minutos, estoy haciendo el pedido. Sé cómo le gusta el café a Roman. Pero no tengo ni idea de cómo lo toman los demás. Junto con el suyo, compro tres cafés largos más y pido un bote de nata para acompañarlos, además de varios edulcorantes. Pido una caja de dónuts y también unos cuantos pasteles. No estoy segura de que la madre de Roman sea de las que se lanzan a por un dónut, pero espero que encuentre algo que le guste. No es una comida *gourmet,* pero el café está recién hecho. Eso tiene que sumar puntos. Con un poco de suerte, la cafeína y el azúcar mantendrán a Roman y a su familia en pie hasta que nazca la bebé.

Al salir de la tienda con la bolsa y la bandeja de cafés, Phillip salta del coche y viene en mi ayuda.

—Primero pizza, luego dónuts —dice, riéndose—. No es lo que suele comer el jefe.

—Supongo que entonces no debería haberme dicho que le gustan las sorpresas. —Le dedico una sonrisa.

—¿Sabes?, creo que eso es nuevo.

—¿A qué te refieres? —pregunto mientras me abre la puerta.

Hace una mueca.

—Roman no suele hacer hueco en su agenda para las sorpresas.

Entro en el coche frunciendo el ceño.

—Eso iría en contra del propósito de una sorpresa, ¿no crees?

—Lo creería si él no pensara que el propósito es una pérdida de tiempo.

Bajo la mirada hacia lo que tengo en las manos.

—Por alguna razón, creo que tendrá tiempo más que de sobra para esta.

Dejo de ver su sonrisa cuando se cierra la puerta entre nosotros. Un momento después, se acomoda en el asiento del conductor.

—¿Vamos al hospital?

—Sí, por favor. Y después te prometo que dejaré que me lleves a casa para que puedas descansar.

—No te preocupes por mí —dice—. Tengo mucho tiempo libre. —Da media vuelta, aparca de nuevo cerca de la entrada del hospital y sale para abrirme la puerta.

—Gracias. —Le tiendo una bolsa de papel con un dónut dentro—. Este es para ti.

La coge, sonriendo.

—Me vendrá muy bien.

Phillip carraspea mientras saco la caja del coche.

—Es bonito lo que estás haciendo. Es bonito que cuides de él. —Se rasca la nuca—. Quizá no lo parezca, pero a Roman le vendría bien que alguien se preocupara por él.

Parpadeo y ladeo la cabeza.

—Es mi trabajo.

—Solo en parte.

Hay una gravedad en sus palabras que no acabo de entender, y me deja con una extraña sensación de vulnerabilidad, como si él supiera algo que yo desconozco.

Como no sé muy bien qué responder, me limito a sonreírle.

—Enseguida vuelvo. —Una vez dentro del hospital, me detengo en el mostrador de seguridad y le muestro la bolsa—. Solo vengo a dejar unos suministros.

Sin decir nada, la mujer señala con la cabeza hacia la misma puerta por la que he pasado antes.

Me abro paso con cuidado, procurando no derramar los cafés. Llamo a la puerta de cristal de la sala de espera en lugar de irrumpir sin más por segunda vez.

En el umbral aparece Tate, cuyos ojos se iluminan al ver lo que llevo, y abre la puerta de par en par.

—Eres un ángel. Sabía que mi hermano había tomado la decisión correcta al mantenerte en el equipo. Pasa.

Paso junto a él, ojeando la sala hasta que diviso a Roman, recostado en uno de los sofás, con las largas piernas estiradas. Como era de esperar, tiene el móvil en la mano, pero su mirada penetrante se clava en mi rostro, y su intensidad hace que se me acelere el pulso.

Inspiro hondo y me armo de valor. Dios, ojalá no me afectara de una forma tan física. A veces, cuando me mira como lo está haciendo ahora, me siento más como una colegiala nerviosa que como una mujer de veintitantos con un trabajo que hacer y responsabilidades en las que pensar.

Me acerco a la mesa de café que tiene delante y dejo la bolsa y la bandeja sobre ella.

—He pensado que les vendría bien algo de energía para que se mantengan en pie.

No aparta la vista de mí cuando le tiendo el vaso de café, que me quita de las manos.

—Un ángel, sin duda —dice, y su voz grave me hace sentir un cosquilleo de calor en la piel.

Un momento después, su familia se ha agolpado a su alrededor. Incluso la madre de Roman aparece a mi lado.

—Gracias, querida —dice, con una sonrisa un poco fría—. Qué detalle.

—¡Me has salvado la vida! —exclama Violet cuando se agacha para coger un café.

Se me enrojecen las mejillas.

—Seguro que no estará tan bueno como el tuyo.

—No se lo digas a nadie, pero puede que me pase por aquí de vez en cuando —me susurra, con sus ojos azules brillando.

—Tu secreto está a salvo conmigo —río.

Cuando corresponde a mi sonrisa me invade una sensación de camaradería. Como si, de habernos conocido en otras circunstancias, hubiéramos podido ser amigas.

Cuando vuelvo a mirar a Roman, sigue observándome con esa expresión enigmática. Espero no haberme pasado de la raya. Pero, aunque no sonríe, no percibo en su actitud ira ni enfado.

—Recuérdame que busque la forma de darle las gracias a tu magnífica asistente. Porque dudo que tú te acuerdes de hacerlo — le dice Tate a Roman, llevándose el café a la boca.

Roman frunce el ceño y sus cejas oscuras se juntan.

—Soy más que capaz de darle las gracias a Chloe yo mismo.

El sonido de mi nombre me produce una pequeña sacudida. ¿Alguna vez me acostumbraré a oírlo de sus labios? Carraspeo y trato de parecer indiferente.

—Ha sido un placer. El único agradecimiento que necesito es escuchar la buena noticia de que hay una nueva bebé feliz y sana en el mundo.

—Estoy seguro de que hasta Roman puede hacerlo. —Tate le dedica una sonrisa burlona a su hermano, quien lo estudia con expresión ceñuda.

Seré una sentimental, pero disfruto viendo a Roman interactuar con sus hermanos. Al ser hija única, nunca he experimentado esa clase de relación. La personalidad irreverente de Tate es el contraste perfecto con el comportamiento serio de su hermano mayor. Aunque creo que me han empezado a gustar los tipos oscuros y taciturnos.

Una parte de mí se muere por descubrir qué se esconde tras la impenetrable coraza de Roman. Pero ahora no es el momento. No quiero abusar de su hospitalidad. Me despido y me voy. No es hasta que salgo que el largo día me pasa factura y el cansancio me hunde los hombros.

Phillip me abre la puerta del coche una vez más; le doy mi dirección y me acomodo en el asiento mientras me lleva a casa.

Media hora más tarde, tras ver cómo está mi padre, estoy acurrucada en la cama e intento con todas mis fuerzas no pensar en Roman mientras me quedo dormida.

El pitido de mi teléfono me despierta temprano a la mañana siguiente. Aturdida, lo busco a tientas y abro el mensaje de un número desconocido.

Tengo que parpadear varias veces ante la pantalla antes de poder distinguir las palabras. El texto en sí solo dice *«Gracias»,* seguido de un emoji de guiño, lo que me indica que probablemente sea de Tate. No puedo evitar sonreír al leerlo. La foto que hay debajo, sin embargo, hace que el corazón me dé un vuelco.

Es una foto de Roman, con la cabeza morena agachada y la mirada fija en el diminuto bulto que acuna en sus brazos. Un dedo acaricia suavemente la mejilla rosada de la bebé, y una pequeña sonrisa, casi tierna, dibuja una curva en sus labios. Es un momento de total espontaneidad. Uno del que no puedo apartar la vista.

He tenido demasiadas cosas en mi vida, y muy pocas relaciones, como para haber dedicado tiempo a pensar en bebés. Pero no hay duda de que siento cómo el calor florece en lo más profundo de mi estómago mientras contemplo la foto e irradia por todo mi ser en oleadas.

Me dejo caer sobre el colchón y estrecho el teléfono contra el pecho, donde mi corazón late a toda velocidad. Tampoco es que pueda culparlo: sabe tan bien como yo que estoy metida en un lío.

16

ROMAN

—Pareces agotado. —Las oscuras ojeras cuentan una historia, pero su sonrisa habla de otra muy diferente—. Y la hostia de feliz.

Se echa a reír y se pasa la mano por la cara.

—No te haces una idea.

Tiene razón. No tengo ni la más remota idea de cómo estar toda la noche en vela cambiando pañales puede ponerle esa sonrisa en la cara.

Hace poco más de una semana que nació mi sobrina, y Cole lleva de baja desde entonces. Delilah y él han decidido no contratar a una niñera, y no puedo culparlos por ello. A mis hermanos y a mí nos criaron básicamente niñeras, y todos sabemos de primera mano que eso no favorece precisamente el desarrollo de una dinámica familiar sólida. Aunque, viendo lo agotado que parece ahora mismo, no puedo evitar preguntarme si hay una parte de él que se arrepiente de esa decisión.

—Está despierta. —Delilah aparece en la puerta del salón de su ático. Vestida con una bata verde oscuro, con su largo cabello oscuro recogido en un moño suelto, acuna a la bebé en sus brazos.

—Yo la cojo. —Cole se levanta de un salto de su asiento como si no llevara una semana entera sin dormir.

Con una sonrisa dulce y cansada, Delilah le tiende el diminuto bultito.

Mientras ella se dirige a la cocina, Cole se sienta de nuevo en el sofá, lo bastante cerca como para que yo pueda ver la carita de Lottie Grace. Incluso yo tengo que admitir que es monísima. Delilah y su madre se llevan muy bien, así que tiene sentido que le pusieran su segundo nombre, pero aun así me sorprende un poco que le pusieran también el segundo nombre de nuestra madre.

Mis hermanos y yo siempre hemos tenido una relación complicada con nuestros padres, por decirlo suavemente. Nuestro padre está en la cárcel, donde debe estar, y ninguno de nosotros lo lamenta. Pero según Cole y Tate, nuestra madre ha estado intentando compensar el haber mantenido las distancias con nosotros durante nuestra juventud. Aunque no me lo ha comentado, parece que se ha suavizado últimamente; su presencia en el hospital lo demuestra. Y Cole mencionó que ha estado visitándolos más a menudo que Tate o que yo. La mueca que intentó ocultar cuando me lo dijo sugiere que preferiría que sus visitas fueran un poco menos frecuentes. Aun así, al menos lo está intentando.

Cuando Delilah regresa de la cocina, lleva una bandeja con tres tazas de café.

Me invade la culpa al fijarme en las ojeras que tiene, iguales a las de Cole.

—Podría haberlo hecho yo.

—No pasa nada. —Con un suspiro de alivio, deja la bandeja sobre la mesa. Luego se acomoda junto a Cole, apoyando el hombro contra el suyo, y me dedica una cálida sonrisa—. Tú solo sabes hacer café de una manera, y ahora mismo prefiero el descafeinado con mucho azúcar.

Correspondo a su sonrisa con naturalidad. Aunque hace unos años me habría costado creerlo, le he cogido cariño a mi cuñada. Ahora puedo admitir que me equivoqué con respecto a ella y a Cole, y el arrepentimiento me invade cada vez que pienso en cómo comparé su relación con la de nuestros padres. O con la mía y la de Katherine. Si Cole me hubiera hecho caso entonces, no sería tan feliz como lo es ahora.

No sería feliz en absoluto y esa certeza es un gran peso sobre mis hombros.

Me llevo la taza a los labios y cierro los ojos para disfrutar del sabor intenso y oscuro del café que mi futura cuñada, Violet, vende en su cafetería. Es uno de los mejores que he probado nunca.

Esa idea hace que mi mente se remonte al momento en que Chloe apareció en el hospital con café y dónuts. A la forma en que esos bonitos ojos del color del mar suyos me encontraron nada más

entrar y en cómo se le sonrojaron las mejillas mientras se acercaba a mí.

El comentario de Tate al dejarla entrar aún suena en mi cabeza. Con su cabello rubio brillando bajo la luz como un halo, sí que parecía un ángel. Y allí estaba yo, en medio de mi familia, esperando escuchar la buena noticia de la llegada de mi sobrina, y lo único en lo que podía pensar era en cómo me sentiría al pasar mis manos por la curva de sus caderas, agarrarla del trasero y pegarla a mí.

—¿Quieres cogerla en brazos? —pregunta Cole.

—¿Qué? —Parpadeo para volver al momento presente, y me lleva demasiado tiempo darme cuenta de que se refiere a Lottie— . Claro. —Lo hago, para mi sorpresa. Hay algo extrañamente atractivo en sostener una vida recién llegada en mis brazos. Una sensación que habla de las infinitas posibilidades que le esperan. Aunque no pienso compartir esos pensamientos sentimentales con nadie.

Tomo con cuidado el diminuto bulto de manos de Cole, dejándole libre para que se tome un café que sin duda necesita. Luego vuelvo a sentarme con mi sobrina, acunándola contra mí.

La carita de Lottie se arruga y sus ojos de un difuso azul grisáceo me miran fijamente. ¿Seguirá los pasos de Cole y mantendrá ese tono, o se volverán verdes como los de su madre? ¿O predominará el gris, dejando sus iris del mismo tono que los míos?

—Hola, pequeña King —murmuro—. ¿Quién vas a ser?

Me dedica un bostezo con la boca abierta y agita un dedito en el aire.

—¿Cómo van las cosas con Chloe? —Delilah le da un sorbo a su café y luego me dedica una sonrisa demasiado inocente.

Se me revuelve el estómago. ¿Qué demonios le habrá estado contando Cole?

—Las cosas van bien. Es eficiente, profesional. ¿Qué más se puede pedir? —Finjo una naturalidad que no siento en absoluto.

—Tate nos ha dicho que llevó comida y bebida mientras esperabais en el hospital. Fue un detalle por su parte.

Suelto un gruñido, sin levantar la vista de la bebé que tengo en brazos.

—Para eso la pago.

—Sophie no le llevó nada a Tate —dice Cole.

Tenso la mandíbula y le lanzo una mirada molesta.

—Estoy seguro de que lo habría hecho si él se lo hubiera pedido.

—¿Se lo pediste a Chloe?

—No —respondo con tono seco—. Pero habíamos estado trabajando toda la tarde. Sabía que estaría cansado. Eso es lo que hace una buena asistente: anticiparse a las necesidades.

—Entonces, ¿admites que es buena?

—¿Qué sentido tiene esta conversación? —Tengo que terminarla antes de que se note demasiado que me está sacando de quicio, si es que no lo he hecho ya de todo—. Sí, es una buena asistente, ¿vale? ¿Estás satisfecho?

Cole me mira con evidente diversión.

—Lo estoy. No es habitual que admitas que te has equivocado.

—No creo haber admitido tal cosa. —Y no lo haré. Puede que Chloe sea buena, mejor que buena, en realidad, pero mis preocupaciones no han desaparecido. De hecho, se han intensificado. Resistir la tentación que ella representa día tras día no es tan fácil como pensaba. Sobre todo después de la otra noche, cuando trabajamos juntos hasta tarde. La noche en que se arrodilló delante de mí.

Todavía me cuesta sacarme esa imagen de la cabeza.

Pero es que tampoco es solo eso. Su forma de sonreír, el sonido de su risa, su aroma a miel y vainilla. Todas esas cosas son la hostia de embriagadoras.

Es exasperante que mis hermanos, y al parecer ahora también mi cuñada, no me dejen en paz con respecto a ella.

Por suerte, antes de que puedan continuar con esa conversación tan poco grata, suena el interfono.

—Será Beverly —dice Delilah, levantándose del sofá.

—No me habías dicho que iba a venir mamá. —Miro a Cole y valoro si irme ya sería demasiado obvio.

—¿No? —replica Cole con una sonrisa burlona.

Mi madre luce tan majestuosa como siempre al entrar en el apartamento. Lleva el pelo recogido en un elegante moño y sus fríos ojos azules recorren la sala. A su lado, Delilah esboza una leve

sonrisa. Entiendo por qué un segundo después, cuando veo en sus manos el peluche de conejo rosa de aspecto suave, con largas orejas peludas.

—Mira lo que tu madre le ha traído a Lottie —anuncia.

—No hace falta que le traigas un juguete cada vez que vienes —sonríe Cole—. Pronto su habitación estará tan llena que no podrá dormir en ella.

Niego con la cabeza cuando mi madre va directamente hacia su nieta. Me cuesta conciliar la imagen de esta mujer con la de aquella que se pasó nuestra juventud prácticamente ignorándonos mientras mantenía una serie de aventuras amorosas semidiscretas. Al menos ella se esforzaba por ser discreta. Mi padre ni siquiera se molestaba. Niñeras, criadas, asistentes… Nunca fue exigente. Y yo no fui el único de nosotros con la mala suerte de pillarlo *in fraganti.*

A pesar de que una parte de mí no puede evitar sentirse resentida con mi madre por su desinterés, otra parte entiende por qué pasaba más tiempo fuera de casa que en ella. El resto de mí se pregunta por qué ni de lejos la odio tanto como a mi padre por no estar ahí para nosotros.

—Aquí está nuestra pequeña. —Mi madre esboza la sonrisa más tierna que le he visto jamás y un dolor sordo se instala en mi pecho al contemplarla. ¿Cómo habría sido si nos hubiera dedicado esa misma sonrisa cuando éramos niños?

¿Habría marcado una diferencia en nuestras vidas? ¿Habría cambiado la clase de hombres en que nos hemos convertido?

¿Debería siquiera molestarme en preguntármelo? Al fin y al cabo, estoy contento con quién y con cómo soy.

—¿Puedo cogerla, Roman? —Me mira a los ojos, con los brazos ya extendidos.

Una vez que le he pasado a Lottie con cuidado, se sienta junto a mí. En cuestión de segundos, Lottie empieza a ponerse un poco inquieta, frunciendo el ceño como si fuera a llorar, y mi madre se pone tensa y busca a Delilah con la mirada.

Percibo la mueca de dolor, que esta vez es más agudo. Nunca la había visto tan insegura. Casi ha hecho de su vida una carrera de

actuación, como si cada faceta fuera perfecta. Incluso su familia, que es todo menos eso.

—No pasa nada —la tranquiliza Delilah—. Probablemente esté lista para otra siesta. Levántate y mécela un poco.

Cruzo la mirada con Cole, parpadeando sorprendido, y veo que niega con la cabeza y articula *«Más tarde»*.

Mi madre se levanta y acuna a Lottie con una sonrisa desconcertada en el rostro, y mi sobrina se calma rápidamente.

¿De dónde demonios ha salido este cambio repentino? Es inquietante. Echo un vistazo a mi reloj y decido que ya he estado aquí bastante tiempo. Todavía me queda mucho trabajo por hacer esta tarde.

Me vuelvo hacia Cole y señalo con la cabeza hacia la puerta principal. Cuando asiente, me levanto, y él también.

—Te acompaño a la puerta —anuncia.

Le doy un beso en la mejilla a Delilah y, cuando me despido de mi madre, su expresión tiene una calidez que supongo que es solo un vestigio de lo que siente al tener a Lottie en brazos. Pero su sonrisa no se desvanece cuando se dirige a mí.

—Me ha alegrado verte, Roman.

Asiento y voy hacia la puerta, con Cole siguiéndome los pasos.

Una vez que estamos fuera del alcance de los oídos de las mujeres, me vuelvo hacia él.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Él se ríe entre dientes.

—Ya había notado cambios sutiles después de que arrestaran a papá, pero desde que Delilah se quedó embarazada, se han vuelto más evidentes. Y después de que Tate le hablara de su padre, bueno…. —Niega con la cabeza—. Creo que por fin se ha dado cuenta de todo lo que se ha perdido.

Hubo un tiempo en el que Tate pensó que podría haber perdido a Violet. Por mucho que quisiera arreglar las cosas con ella, primero tenía que lidiar con su propio pasado. Como fruto no tan secreto de una de las aventuras de mamá, siempre ha luchado por hacerse un hueco en nuestra familia. Le llevó algún tiempo, pero lo superó. Sabe que es uno de nosotros y que siempre lo ha sido.

Parece que lo que sea que haya pasado entre él y mi madre les ha servido a los dos para aclararse.

Me despido de Cole, pero en el ascensor de camino a la planta baja esa sensación de inquietud me invade de nuevo. Las vidas de mis hermanos están cambiando, han cambiado ya. Incluso la de mi madre. El único de nosotros cuya vida sigue igual soy yo.

Y me siento en paz con esa idea.

Hace años intenté hacer algo distinto y fracasé estrepitosamente. Así que dejaré el amor y los bebés a Cole y Tate. Yo seré quien se asegure de que nuestra empresa se mantenga fuerte.

Por ellos y por las familias que están formando.

17

ROMAN

Estoy echándoles un vistazo a los titulares de noticias financieras en mi teléfono mientras Phillip conduce el coche por el tráfico matutino, cuando aparece una notificación de un mensaje.

Chloe.

Ver su nombre me sacude, de forma brusca e inesperada, pero hago caso omiso de esa sensación. Lleva poco más de un mes como mi asistente y es la primera vez que me envía un mensaje fuera del horario laboral.

Deslizo el dedo para abrirlo.

Chloe : Buenos días, Roman. Lo siento mucho, pero esta mañana llegaré tarde. Mi padre está teniendo una crisis y tengo que llevarlo al médico.

Una rápida oleada de preocupación me hace apretar el teléfono con más fuerza. Solo están ella y su padre. ¿Necesita ayuda?

Sin pensar demasiado en lo que estoy haciendo ni por qué, le respondo.

Yo: ¿Está bien?

Chloe : Tiene mucho dolor. Le he dado la medicación, pero su médico puede ponerle inyecciones de esteroides. Iré en cuanto se encuentre mejor.

Yo: ¿Cómo lo vas a llevar?

Chloe: Llamaré a un Uber.

Le echo un vistazo al tráfico que me rodea. Tengo una mañana ajetreada, como de costumbre. Llamadas y reuniones una tras otra hasta la hora de comer. Pero…

Yo: ¿Cuál es tu dirección? Phillip y yo te recogeremos.

Los tres puntos grises aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer. Probablemente esté pensando en cómo rechazarme. Es obvio que está acostumbrada a apañárselas sola.

Al igual que la noche en que me habló por primera vez de su padre, la idea de que tenga que asumir esa responsabilidad ella sola me despierta una mezcla de emociones que no me resulta familiar. Por fin, aparece su mensaje.

Chloe: Muchísimas gracias. Te lo agradezco de verdad.

A continuación viene su dirección.

Teniendo en cuenta lo mucho que ha tardado en responder, estoy seguro de que le ha costado aceptar mi oferta. Pero mejor que lo haya hecho. Creo que no le habría hecho gracia que consiguiera su dirección a través de Recursos Humanos para plantarme en su puerta.

Me echo hacia delante y le cuento a Phillip el cambio de planes; luego me recuesto en mi asiento y evito a toda costa pensar en por qué ir a ver a Chloe me parece más importante que cualquier otra cosa en mi apretada agenda.

Veinte minutos más tarde nos detenemos frente a un complejo de apartamentos antiguo pero bien cuidado.

Phillip se vuelve hacia mí.

—¿Quiere que entre a buscarlos?

—No. Ya voy yo.

Ignoro sus cejas arqueadas mientras salgo del coche. La entrada del edificio es sencilla, con unos pocos escalones que conducen a unas puertas dobles, una de las cuales está entreabierta.

La miro con el ceño fruncido. Menuda seguridad.

Una vez dentro, me acerco al ascensor solo para descubrir que está fuera de servicio. Por lo viejo que es el cartel, lleva así mucho tiempo. Eso hace que me pare a pensar en cómo se las arregla el padre de Chloe para subir y bajar las escaleras. ¿O se queda encerrado ahí día tras día? No sé nada sobre la artritis reumatoide ni sobre lo incapacitante que puede llegar a ser.

Quizá debería averiguarlo.

Ahora que Chloe trabaja para mí, tiene sentido que me informe más sobre algo con lo que le toca lidiar fuera del trabajo.

Subo las escaleras y, cuando llego al segundo piso, llamo a la puerta.

—Ya voy —se oye su voz desde dentro. Cuando abre, la sonrisa que empezaba a florecer en su rostro se congela y sus bonitos labios se entreabren. Luego cierra la boca de golpe—. Lo siento. Pensaba que eras Phillip.

Me la quedo mirando. Ya es bastante difícil resistirse a ella con sus blusas de seda, sus faldas ceñidas a las caderas y sus vestidos ajustados. Pero así, con una camiseta que se le pega a los pechos y unos pantalones negros de yoga que marcan cada curva… Verla hace que un torrente de calor se extienda por mi cuerpo. Sin embargo, a pesar de lo increíble que es su cuerpo tonificado, no es lo que me tiene hipnotizado.

Es su piel sin maquillaje. Es suave y luminosa, prácticamente perfecta, salvo por el tenue reguero de pecas sobre su nariz y los arcos de sus pómulos. Lucho contra el impulso de acercarme a ella, de trazar la delicada línea de su mandíbula y pasar mi pulgar por esas diminutas imperfecciones que son demasiado exquisitas para merecer ese nombre.

¿Cómo sería poner mis labios sobre esa piel suave como el satén? ¿Escuchar su respiración entrecortada? ¿Besarla, lamerla, mordisquearla hasta haber explorado cada centímetro de ella?

Aprieto los puños y expulso esa imagen de mi mente. Estoy aquí para ayudar a una empleada que lo necesita. Eso es todo. Puede que no sea conocido por ocuparme personalmente de esta clase de cosas, pero siempre hay una primera vez para todo.

—Ya casi estamos listos —dice Chloe, manteniéndome la puerta abierta—. ¿Quieres pasar?

—Gracias. —Entro en el pequeño vestíbulo y, al instante, me fijo en un gran cuadro que me distrae momentáneamente de la mujer demasiado deseable que tengo a mi lado.

Es una escena de una belleza inquietante de Manhattan justo antes del amanecer. Las calles que suelen rebosar de vida están vacías y la luz del amanecer proyecta largas sombras sobre el lienzo, tiñendo la mayor parte de la ciudad de tonos grises y azules pálidos: un mundo aún dormido.

Una ligera niebla se cierne sobre los pisos bajos de los edificios, suavizando las líneas y los ángulos a los que estoy acostumbrado a ver a la luz del día. En primer plano del cuadro, el puente de Brooklyn se extiende a lo largo de la escena, con sus cables y arcos marcándose nítidamente contra la ciudad que hay detrás. El escaso resplandor de los faros que atraviesa la penumbra brumosa realza la serenidad y la soledad que emana de la obra en lugar de atenuarlas.

Resulta inquietante, pero a la vez cautivador, ver la ciudad así, vacía, con el alma al descubierto. Fácilmente podría haber evocado una sensación de melancolía, salvo que el artista ha añadido hábilmente también una energía latente a la escena. El primer rayo de sol dora las cimas de los edificios, traza sus bordes superiores con toques de rosa y oro. Transmite una sutil sensación de anticipación, un último aliento tranquilo antes de que la ciudad despierte al potencial de un nuevo día.

La imagen toca una fibra demasiado tensa en mi pecho, y no consigo averiguar por qué. Aunque me educaron para saber valorar el arte, hay pocas obras que me hayan llegado como lo hace esta.

Cuando por fin consigo apartarme del lienzo, veo que Chloe me observa con curiosidad.

—¿Es de tu padre?

La suave sonrisa que se dibuja en sus labios me toca la misma fibra que el cuadro.

—Sí, es mi favorito. —No da más detalles sobre el motivo, y yo no pregunto. Ya he perdido bastante tiempo cuando debería estar

ayudándola a llevar a su padre al médico—. Voy a buscarlo y luego nos vamos.

En lugar de esperarla en la puerta, la sigo, impulsado por la necesidad de saber más sobre ella. Más de lo que se puede deducir de su expediente personal, al menos. El que saqué y leí después de decirle que podía quedarse con su trabajo.

El apartamento es pequeño, pero está limpio y ordenado. Hay una silla que parece cómoda colocada frente al televisor y, en el sofá de dos plazas que hay junto a él, un hombre está sentado con rigidez.

Con su cabello rubio canoso y sus ojos verde azulados, no es difícil ver de dónde ha sacado Chloe su color. Y a pesar del sudor en su frente y de la tensión alrededor de su boca, que delatan lo mucho que le duele, se las arregla para evaluarme con una larga mirada.

Chloe se apresura a acudir a su lado.

—Papá, este es mi jefe, Roman King. Roman, este es mi padre, Rick Callahan.

Al parecer, tras decidir que le doy la talla, Rick asiente.

—Encantado de conocerte. Te daría la mano y te agradezco que hayas venido, pero…. —Baja la mirada hacia sus propias manos, que descansan sobre sus muslos, con las muñecas y los nudillos visiblemente inflamados—. Es como tener barras de hierro en los extremos de los brazos. —Suelta una risa triste.

—No pasa nada. Me alegro de poder ayudar.

Chloe coge su bolso de la pequeña cocina y se lo cuelga del hombro; luego coge lo que parece una bolsa de hielo y se la coloca con cuidado alrededor de una de las muñecas de su padre.

—¿Estás listo? —le pregunta en voz baja.

Él asiente y levanta lentamente el brazo. Cuando ella se agacha y le rodea la espalda, me doy cuenta de que él necesita ayuda para ponerse de pie, y doy un paso adelante, dispuesto a echar una mano. Pero Chloe niega suavemente con la cabeza.

No me gusta quedarme al margen, sobre todo cuando los dos están haciendo un gran esfuerzo, pero respeto sus deseos de todos modos.

Una vez que ha conseguido levantarlo, ella me dedica una pequeña sonrisa.

—¿Podrías abrir la puerta?

Asiento y me dirijo a la entrada. Abro rápidamente, pero al volverme me doy cuenta de lo innecesaria que es mi prisa. Por lo lentos y torpes que son los movimientos de Rick, y por lo mucho que se apoya en su hija, deduzco que también debe de resultarle doloroso andar.

Cierro la puerta tras ellos y sigo su lento avance por las escaleras. La voz de Chloe es un murmullo suave y dulce para tranquilizar a su padre. Pero durante todo el trayecto, la tensión me oprime el cuello y los hombros. Soy un hombre de acción; quedarme al margen, incapaz de actuar, de hacer algo, de arreglar las cosas, no me resulta fácil.

Para cuando llegamos abajo, Rick tiene la boca tensa por el dolor, y al salir, Phillip se apresura a abrir la puerta del coche. Chloe ayuda a su padre a entrar y luego me mira por encima del hombro, con expresión interrogativa.

—Me sentaré delante —le digo. Frunce el ceño y abre la boca, con una protesta en la punta de la lengua. Antes de que pueda expresarla, señalo la puerta abierta—. Siéntate con tu padre, Chloe. Lo creas o no, no es la primera vez que voy delante en un coche. Y estoy seguro de que no será la última.

Me recompensa con una suave sonrisa que me cala muy hondo.

—Gracias.

Antes de que pueda abrir la puerta del copiloto, Phillip lo hace por mí.

Su sonrisa es un poco demasiado amplia para mi gusto.

—Soy capaz de abrir una puerta yo solo, ¿sabes? —En lugar de disuadirlo, mi tono seco solo hace que su sonrisa se amplíe aún más.

El trayecto hasta la consulta del médico de Rick es corto. Menos mal, porque cada vez que me doy la vuelta para ver cómo están Chloe y su padre en el asiento trasero, Rick tiene la cara pálida y los ojos cerrados. La expresión preocupada de Chloe hace que se me forme un nudo en la garganta.

Y eso es un problema. Mi objetivo al principio de su contratación era mantener una distancia profesional entre nosotros, pero aquí

estoy, obligado a ayudarla hoy y muy preocupado por su padre… y por ella. Está claro que ya he metido la pata hasta el fondo.

Me digo a mí mismo que los ayudaré a entrar y luego los dejaré solos. Pero después de llegar, y de haberles acompañado hasta la recepción, después de que Chloe me haya dado las gracias con un gesto y haya desaparecido con su padre por la puerta de la consulta del médico, yo sigo ahí.

Me siento en una de las sillas de plástico de la sala de espera, me echo hacia delante y apoyo los codos en las rodillas.

Mi mente se pone a darle vueltas a cómo Chloe trata a su padre, a la dulzura con la que le habla, a lo cariñosa que es con él. A cómo se las arregla para trabajar para mí y cuidar de él con auténtica calidez y elegancia.

Ese pensamiento me provoca una opresión en el pecho, junto con un inesperado impulso de protección, sobre todo sabiendo que casi la obligué a dejar el puesto de asistente. La idea de que trabaje para otra persona, alguien como Roger Haverscombe, y las cosas que él podría esperar de ella, hace que la tensión me recorra la espalda.

Veinte minutos más tarde, se abre la puerta y Chloe sale sola. Cuando me ve, la sorpresa se refleja en su rostro.

Se deja caer en la silla a mi lado con un largo suspiro.

—No pensé que seguirías aquí.

Me enderezo.

—Quería asegurarme de que tu padre estaba bien antes de irme.

Su sonrisa es pequeña, pero sincera.

—El doctor Clarke le ha puesto una inyección de esteroides. Está tumbado en una de las salas de consulta hasta que le haga efecto.

—¿Cuánto tiempo suele tardar?

—Una hora más o menos. —Se desploma contra el respaldo de la silla. Asiento. Tengo que ir a la oficina. He llamado a Tate para que me sustituyera en mis reuniones más importantes de esta mañana, pero Cole sigue de baja por paternidad y no puedo permitirme dejar a Tate solo haciendo malabarismos con todo durante mucho tiempo. Chloe debe de intuir lo que estoy pensando—. No pasa nada. Pronto estará mejor y podremos coger un Uber para ir a casa.

Niego con la cabeza.

—Enviaré a Phillip a recogerte.

Cuando me levanto, ella me imita de un salto y da un paso hacia mí.

—No tienes por qué hacerlo. Estaremos bien.

Desde tan cerca, su piel parece aún más suave y luminosa, y hago algo que sé que no debería. Algo de lo que probablemente me arrepentiré más tarde. Pero toda lógica se ve ahogada por un impulso al que no puedo resistirme: le tomo la barbilla entre el pulgar y el índice y se la levanto hasta que nuestras miradas se cruzan.

—Ya sé que estaréis bien. Has estado bien todo este tiempo. Pero enviaré a Phillip de todos modos. —Dicho esto, bajo la mano, pero no sin antes dejar que mis dedos rocen la piel satinada de su mandíbula. Abre los ojos y la boca de par en par, probablemente para protestar de nuevo, pero antes de que pueda hacerlo, doy un paso hacia ella—. No discuta conmigo, señorita Callahan.

Se hace un largo silencio, roto solo por el sonido nuestras respiraciones. Entonces me dedica una sonrisa torcida.

—Chloe —me recuerda en voz baja—. Y gracias, Roman. Te agradezco mucho tu ayuda.

Siento una punzada detrás de las costillas y meto las manos en los bolsillos del pantalón para evitar volver a tocarla.

—No tienes que darme las gracias. No soy un cabrón tan insensible, ¿verdad?

—No. —Ella me estudia el rostro durante un largo momento— . No. No lo eres. —Nos quedamos así demasiado tiempo, y es como si el aire a nuestro alrededor fuera demasiado escaso. Sin mi permiso, mis ojos se desvían hacia su boca, hacia el suave rosa de sus labios, pero rápidamente me obligo a apartar la vista.

Puedo tener este detalle con ella. No tiene por qué ser nada más que un gesto amable.

Puedo traspasar una línea sin tocar el resto. No voy a ir más lejos.

18

ROMAN

Sus ojos azul verdoso buscan los míos, muy abiertos y suplicantes. Sus suaves labios rosados se entreabren al inspirar cuando la agarro por la nuca, la pego a mí y acerco mi boca a la suya.

Su aroma, a miel y vainilla, es embriagador. Estoy fascinado por ella, mi cuerpo está tenso y deseoso. Necesito comprobar si sabe tan bien como huele.

Está tan cerca. El calor de su cuerpo se me mete dentro, calentándome. Bajo la cabeza y…

Me despierto bruscamente del sueño y mi subconsciente se apaga, gracias a Dios. Pero aunque la visión se desvanece de mi mente, el recuerdo del aroma de Chloe persiste. Por no hablar de mi maldita erección.

Joder.

Dejo caer las piernas por el borde del colchón, apoyo los codos en los muslos y me tapo la cara con las manos.

Esto tiene que acabarse ya.

Me levanto con un gruñido y me dirijo con paso firme al baño de mi habitación. Necesito una puta ducha fría.

No es la primera vez que sueño con Chloe. Y dudo que sea la última.

Cuando estoy bajo el cabezal con el agua tipo lluvia me paso las manos por la cara y me relajo en la ducha. Durante todo ese tiempo, rechino los dientes y hago acopio de todas mis fuerzas para resistirme a tocarme para aliviar la presión en mi pene. Estoy cayendo por una puta pendiente resbaladiza.

Necesito echar un polvo, joder.

Una vez vestido para ir al trabajo —para pasar otro día luchando contra la tentación de obsesionarme con visiones de cabello sedoso,

mejillas sonrosadas y esas sonrisas que quiero ver más a menudo—, cojo el móvil y escribo un mensaje.

La respuesta es inmediata. Ojalá me hiciera sentir aunque fuera un poquito mejor. Más tarde, me digo a mí mismo. Esta noche, me desahogaré un poco. Después, recuperaré la capacidad de concentrarme en el trabajo mientras esté cerca de mi asistente, demasiado atractiva y completamente prohibida.

Durante todo el día, evito llamarla a mi despacho más de lo estrictamente necesario. Lo último que quiero cuando me encuentre con Gemma esta noche es que los pensamientos sobre Chloe me nublen la mente. Gemma es modelo y alguien con quien he tenido un acuerdo informal en el pasado. Si alguien puede hacer que deje de pensar en la mujer que me persigue, es ella.

Dos horas después de despedirme de Chloe, estoy sentado a una mesa en un bar de Manhattan con Gemma a mi lado. Está tan guapa como siempre, con su larga melena rubia y sus fríos ojos azules. El ceñido vestido negro le queda como un guante, y los tirantes son tan finos que tendré suerte si no se rompen mientras le quito la prenda en cuanto la lleve a su casa.

Le doy otro sorbo de whisky e inspiro profundamente cuando dejo el vaso sobre la mesa.

—¿Qué has estado haciendo desde la última vez que…?

—¿Follamos? —Con una sonrisa seductora, recorre tímidamente con el dedo el borde de su copa de vino—. He tenido desfiles en París y Milán. No hace mucho que estoy de nuevo en Nueva York. Me alegro de que me hayas escrito. —Me pone la mano en el muslo y se echa hacia mí—. He echado de menos esto. —Me llevo el vaso de whisky a la boca, esta vez para darle mucho más que un sorbo, y me vuelvo para mirarla, esperando que la lujuria me sacuda las entrañas. Sin apartar los ojos de mí, da un sorbo lento de vino y luego se lame los labios carnosos—. Mmm, delicioso. —En lugar de provocarme una erección, lo único que consigue es recordarme a Chloe mordiendo un trozo de pizza en mi despacho, cómo me puso a mil sin siquiera intentarlo—. ¿Dónde vamos a cenar? —pregunta Gemma—. Hace siglos que no voy a Trio's. ¿O qué tal ese nuevo restaurante de fusión japonesa? Todos mis conocidos llevan tiempo

intentando conseguir mesa, pero seguro que para ti no es problema. Probablemente también habrá *paparazzi* en la puerta. —Dice esa última parte sin una pizca de vergüenza.

Le doy unos golpecitos con el pulgar al vaso de whisky, sintiendo cómo la irritación me tensa la nuca.

—Estaba pensando en comer unas pizzas.

Se queda boquiabierta.

—Estás bromeando, ¿verdad? Sabes que no puedo comer pizza. ¿Y por qué ibas a querer algo así eso cuando podríamos estar comiendo ostras en Trio's? —No me apetece la pizza en absoluto, así que no sé muy bien por qué lo he sugerido—. O… —dice ella, bajando la voz hasta convertirla en un ronroneo—, podríamos coger una *suite* y pedir algo al servicio de habitaciones. —Sabe que no la llevaré a mi ático, y nunca parece importarle, y menos cuando la llevo a uno de los hoteles del King Group. Al fin y al cabo, son famosos por sus lujosas *suites* y su excelente servicio de habitaciones. Debería aceptar esa oferta. No me interesa mucho charlar de trivialidades mientras comemos ostras cuando los dos sabemos de qué va esta cita. Sin embargo, en lugar de levantarme de la mesa y llevarla a mi coche, llamo a un camarero y pido otra ronda. Gemma se desploma en el asiento haciendo pucheros—. Sabes que no tienes por qué emborracharme, ¿verdad?

—Una copa más —digo. Estoy ganando tiempo, y por todas las razones equivocadas.

Gemma se desliza más cerca de mí, y su larga pierna queda pegada a la mía. Una mano esbelta se desliza por mi pecho y luego dibuja un caminito con los dedos hasta el nudo de mi corbata y me besa en el cuello.

La forma en que pasa la lengua por mi piel debería provocarme al menos una ligera reacción. También debería hacerlo el gemido entrecortado que deja escapar. Sobre todo porque llevo casi un año de abstinencia. Debería estar deseando hundirme en ella. Debería estar ansioso por llevármela a casa, quitarle ese vestido y hacer que se tire sobre la superficie plana más próxima.

Pero el aroma floral que flota a mi alrededor —que no es de miel ni vainilla— es cualquier cosa menos embriagador. Sus ojos

entrecerrados son de un azul glacial en lugar de ser del color de un mar tropical, y su cabello es demasiado dorado, demasiado brillante; no tiene el suave brillo de la luz de la luna.

Al ver que no reacciono, se echa hacia atrás, su expresión se endurece y tamborilea en la mesa de madera con sus largas uñas rojas.

—Vi a Katherine la semana pasada.

—¿De verdad? —Mantengo un tono neutro, esperando, por su bien, que capte la indirecta.

—Está muy bien. —No respondo. Al parecer, el coeficiente emocional de Gemma está por los suelos—. Se lo dije, pero no correspondió a mi cumplido. —Su risa carece de humor—. Cualquiera pensaría que iba a ser menos maliciosa. Lleváis divorciados más de una década, joder. —El siguiente trago de whisky me entra con dificultad. No he querido saber nada de Katherine desde nuestro divorcio, pero eso no le ha impedido intentar reavivar nuestra relación de vez en cuando, aunque eso no va a pasar jamás —. Al parecer, está saliendo con Roger Haverscombe. —Eso capta mi atención y me vuelvo hacia ella con la mandíbula tensa.

—Ah, ¿sí?

Encantada de haber conseguido por fin una reacción por mi parte, sonríe y se echa el pelo hacia atrás, dejando al descubierto su largo y elegante cuello.

—No paraba de decir que Haverscombe Industries va a ser la próxima gran sensación en el sector inmobiliario de lujo. — Resoplo. Katherine siempre quiso estar con un pez gordo. Supongo que aún no se ha dado cuenta de que Roger nunca va a ser ese hombre. Apuro lo que queda del whisky y dejo el vaso sobre la mesa con un golpe seco—. Mmm, ¿ya has terminado? —Me acaricia el pene por encima de los pantalones—. Estoy deseando estar a solas contigo. Voy a hacer que te sientas tan bien…

Quizá… Pero mi cuerpo no está ni un ápice interesado en lo que me ofrece. Ni siquiera cuando le enredo la mano en el pelo y hago que eche la cabeza hacia atrás con un jadeo. Sus labios se entreabren y sus pupilas se dilatan, y aun así, nada.

Porque lo único que veo es a Chloe. Los labios de Chloe entreabiertos, esperando los míos. Los ojos de Chloe suplicándome que la toque, el pelo de Chloe en mi puño.

Joder.

Suelto a Gemma e intento sacarme de la cabeza la idea de follar con mi asistente. Al menos por esta noche; al menos con Gemma.

—Lo siento, pero esta noche no va a poder ser. Tengo que regresar al despacho.

Ella se echa hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Primero me invitas y ahora te vas al despacho?

La fulmino con la mirada.

—Así es. Siento haberte molestado. No era mi intención. Llamaré al conserje del Manhattan King International y les diré que reserven una *suite* a tu nombre. El servicio de habitaciones corre por mi cuenta.

—¿Y si invito a alguien? —me desafía con picardía.

Me levanto y me estiro los pantalones.

—Dile que el filete con *provolone* está exquisito.

Me doy media vuelta, saco el móvil y le envío un mensaje a Phillip. Ha aparcado a solo una manzana de distancia, así que en cuestión de minutos me estoy deslizando en el asiento trasero.

—¿Adónde vamos, señor King?

Considero volver a la oficina, pero, por una vez, perderme en el trabajo no me atrae en absoluto.

—Llévame a casa, Phillip.

—Últimamente está lleno de sorpresas.

—¿Sorpresas?

Él se ríe entre dientes.

—Pizza, dónuts, dejar temprano a su cita. Por no hablar de irse a casa en lugar de al trabajo. ¿Qué será lo próximo?

Lo miro a los ojos a través del retrovisor.

—No habrá más sorpresas.

No voy a permitir que Chloe me saque de quicio nunca más.

Lo digo en serio. Muy en serio. Hasta que vuelvo a estar en la ducha, esta vez quitándome el aroma floral del perfume de Gemma.

No hay forma de detener la fantasía que me invade, aquella en la que es el aroma de Chloe el que está en mi piel.

Solo eso basta para que se tenga una erección enorme.

Solo esta vez.

Envuelvo mis dedos alrededor de mi miembro y lo aprieto con fuerza. Cuando cierro los ojos, la imagino de rodillas delante de mí.

El agua haría que su cabello rubio pálido se deslizara como una cinta de seda por la suave piel de su espalda. Sus largas pestañas estarían húmedas cuando me mirara, y esos ojos del color del mar, llenos de deseo.

Eso es todo lo que hace falta para ponerme más duro de lo que he estado en toda mi vida. Cuando me asalta una imagen del agua corriendo sobre sus pechos turgentes, con los pezones duros y suplicando mi tacto, mis testículos se tensan. La idea de usar mi pulgar para separarle los labios carnosos y abrirle la boca para mí, joder, me pone todo el cuerpo rígido.

Mi respiración es entrecortada, la sangre me late en los oídos. Con una mano apoyada en la pared de la ducha, me masturbo con más fuerza, más rápido; el calor me recorre la columna vertebral. En mi mente le pido que me dé su lengua, y en respuesta, sus pupilas se dilatan de deseo.

Eso es todo lo que necesito. Mis testículos se contraen, al igual que mis abdominales, y mi pene se sacude en mi mano mientras expulso semen en chorros cortos y desgarradores, salpicando el suelo de azulejos de mi ducha. Me tiemblan los muslos cuando todo ha terminado. Joder. Nunca me había corrido tan fuerte solo con la mano.

Con la cabeza gacha, dejo que el agua caliente me empape, que se lleve las pruebas de mi fechoría.

Aunque mi respiración se calma, aprieto los puños. Esta será la única vez que me permito imaginarme a Chloe cuando me corro.

Eso es lo que me digo a mí mismo, al menos, aunque, en el fondo, me preocupa haber perdido ya el equilibrio en esa pendiente resbaladiza.

19

Chloe

Sophie se echa hacia mí con una sonrisa y su hombro roza el mío. —Tienes un poco de… —Finge limpiarse la comisura de la boca.

Los tres hermanos King están aquí para la reunión mensual de la junta directiva, así como Samson, el asistente de Sophie y Cole.

Maldita sea. Supongo que he estado mirando a Roman con demasiada intensidad. Está recostado en su silla a la cabecera de la mesa, con sus ojos color mercurio entrecerrados y el pulgar moviéndose de un lado a otro bajo su carnoso labio inferior mientras el director financiero presenta los detalles de la estrategia financiera del Grupo King.

Es la forma en que irradia autoridad, incluso cuando no pronuncia palabra, lo que me tiene cautivada. Su presencia es como una fuerza que llena la sala y atrae la atención de todos los presentes. Luego están su espesa melena oscura, su mirada penetrante y cómo se ciñe la chaqueta del traje a sus hombros. Al parecer, no he sido muy sutil.

Con los labios apretados, considero la posibilidad de negar mi fijación, pero Sophie se me adelanta.

—Tampoco es que te culpe —susurra—. Ese hombre es guapo.

—Es muy guapo —murmuro, y lo dejo ahí. En los últimos meses, Sophie y yo nos hemos hecho amigas. Almorzamos juntas casi todos los días y me ha interrogado exhaustivamente sobre mi vida sentimental —o la falta de ella—, llegando incluso a ofrecerse a emparejarme con uno de sus hermanos. Una oferta que rechacé educadamente.

Ella suelta un bufido silencioso ante mi enorme eufemismo, pero, afortunadamente, deja el tema. Aunque no tengo mucho tiempo para relajarme. Cuando termina la reunión, salimos todos. Roman, Cole y Tate van en cabeza, y si la visión de esos tres hombres uno al

lado del otro no es suficiente para que a cualquier mujer de sangre caliente le fallen las piernas, no sé qué lo es.

Sophie, percibiendo claramente la dirección que han tomado mis pensamientos —otra vez—, agacha la cabeza hacia la mía mientras andamos.

—Venga ya. No me digas que no has tenido alguna que otra fantasía con él tirándote sobre su escritorio durante una reunión nocturna.

—¿Y tú con Tate antes de que se comprometiera? —le espeto.

Ella se limita a reír.

—Antes de Violet, Tate era demasiado mujeriego para mí. Prefiero al tipo tranquilo e intenso como Roman cualquier día de la semana. —Con una ceja arqueada, vuelve a mirarlos—. Es muy reservado, pero estoy convencida de que, cuando por fin se deja llevar, es un peligro. Como un animal salvaje; te devastará hasta dejarte sin sentido y te echará a perder para cualquier otro hombre. —Deja escapar un suspiro soñador.

Trago saliva para humedecer mi garganta reseca, porque yo he tenido exactamente el mismo pensamiento.

Cada faceta de Roman es controlada, reservada. Como una bestia salvaje que da vueltas dentro de una jaula. Parece contenido, pero en el momento en que alguien abra la puerta, se abalanzará sobre ellos como una fiera.

¿Cómo sería que él se desatara sobre mí? ¿Cómo sería que su gran cuerpo me aplastara contra el colchón? ¿Qué haría falta para abrir esa puerta?

Aunque hago todo lo posible por evitarlo, mi mente se desvía cada vez más hacia las imágenes de él quitándose la chaqueta y aflojándose la corbata mientras me mira con sus hambrientos ojos grises. Me lo imagino con la camisa por fuera y desabrochada, acechándome como un gran felino de la selva decidido a encontrar su próxima presa.

Y esa presa sería yo.

Siento un cosquilleo en el vientre. Dios mío, ¿por qué, por qué, por qué tiene que ser tan guapo? Las cosas han empeorado aún más desde que se quitó la camisa manchada en su despacho y dejo

al descubierto toda esa piel suave, esos músculos tensos y esos abdominales marcados. Por no hablar de esa uve de músculos tan tentadora que se marcaba bajo los pantalones. Solo con ver eso me moría de ganas de recorrer su contorno con los dedos para descubrir adónde conducía.

Y cuando fue a buscarnos a mi padre y a mí para llevarnos a la consulta del doctor Clarke, cuando me tocó y me dijo que sabía que estaríamos bien, pero que iba a enviar a Phillip a por nosotros de todos modos, me sentí cuidada. Me sentí segura.

Pero esté pillada o no en secreto por mi jefe, no puedo distraerme en el trabajo.

—Puedo sentir que estás preocupada desde aquí —dice Sophie—. No pasa nada. Tu mirada lasciva es discreta. Casi tan discreta como la de él. —Con un grito ahogado, vuelvo la cabeza hacia ella.

—¿Qué?

Delante de nosotras, Roman echa un vistazo por encima del hombro, y su mirada me recorre de una forma que me hace vibrar la piel, aunque solo dura unos segundos.

—Sí. —Ella suelta una risita—. ¿No te has dado cuenta?

Niego con la cabeza.

—Es solo su forma de mirar a la gente. Es…, ya sabes, intenso.

—A mí nunca me ha mirado así —dice ella, arqueando una ceja—. Si lo hiciera, probablemente se me caerían las bragas al suelo.

Pongo los ojos en blanco.

—Creo que mis bragas están a salvo.

—Bueno, es una verdadera lástima.

Las dos nos echamos a reír y esta vez nos ganamos una mirada de Roman y de Tate.

Pero no me importa. Es agradable reírse. Entre mi trabajo y el papel de Lola como madre primeriza, últimamente no hemos charlado mucho, y hay algunas cosas de las que no puedo hablar con mi padre. Lo sexy que es mi jefe encabeza esa lista.

—¿Has recibido el correo para reservar la fecha de la gala anual del King Group? —pregunta Sophie.

—Lo he visto en mi bandeja de entrada esta mañana, pero solo le he echado un vistazo rápido. Aunque aún faltan un par de meses,

¿no?

—Ajá. Recibiremos una invitación formal cuando se acerque la fecha. —Estrecha la tableta contra su pecho—. Estoy deseándolo. Me encanta arreglarme y que me inviten a cenar y a tomar vino. Sobre todo porque es por una buena causa.

—Entonces, ¿vas a ir?

—Por supuesto. Podemos ir juntas, ya que las dos estamos solteras.

Una sensación de calidez me invade de repente. Una noche de fiesta con Sophie sería un agradable descanso de mi rutina diaria.

—Hace tiempo que no me arreglo para salir.

—Habrá unos cuantos discursos y una subasta. Después, un montón de copas gratis, comida deliciosa y baile. Por no hablar de todos los hombres vestidos con esmoquin. —Me guiña el ojo. Inmediatamente, una imagen de Roman con un esmoquin negro entallado me pasa por la cabeza y se me enrojece la cara. Sophie se echa hacia mí—. Exacto. Alimentará tus fantasías para el resto del año. —Con un guiño, se dirige hacia su escritorio frente al despacho de Tate.

Yo sigo hacia el mío y, una vez sentada, abro el correo de la gala. Al parecer, tengo diez semanas para encontrar un vestido y conseguir que Susan se encargue de cuidar de mi padre esa noche.

Sonriendo al pensar en una noche de fiesta en la ciudad, abro el archivo en el que estoy trabajando y me pongo a actualizarlo.

Unas horas más tarde estoy concentrada, absorta en mi trabajo, cuando Roman aparece en la puerta de su despacho.

—Chloe, ¿puedes venir, por favor? —Da media vuelta sin esperar respuesta y desaparece.

Cuando me doy cuenta de que me estoy pasando los dedos por el pelo, vuelvo a poner los ojos en blanco, esta vez hacia mí misma. A pesar de lo que dice Sophie, a Roman no le importa mi aspecto. Desde aquel momento en la consulta del médico, ha vuelto a ser estrictamente profesional.

Aun así, cuando me siento frente a su escritorio, consciente de cómo su atención se centra en mí, me preocupo demasiado por la

forma en que me acomodo, por cómo me queda la ropa, por cómo mi respiración se acelera un poco más de lo normal.

—Dentro de dos semanas se celebra una importante feria internacional de tecnología verde en Niza, Francia —dice—. Me han invitado a dar un discurso sobre la integración de tecnologías verdes por parte del Grupo King. Y EcoTech presentará algunas de sus últimas innovaciones. Me gustaría concertar una reunión con el director ejecutivo mientras estemos allí. Será una excelente oportunidad para reforzar nuestra oferta de adquisición.

—De acuerdo —apruebo, tomando notas en mi tableta—. Si me das los detalles, haré la reserva.

Él asiente.

—El plan será llegar temprano la primera mañana, quedarnos una noche e irnos después de mi discurso, el segundo día. Asegúrate de reservar nuestras habitaciones en la misma planta. —Alzo la vista para encontrar su rostro. ¿*«Nuestras»*? ¿Van a asistir sus hermanos con él? ¿O se refiere a… él y a mí? Sigo mirándolo, desconcertada cuando una pizca de humor le curva los labios—. Habrá mucho que hacer mientras estemos allí. Necesitaré que te encargues de las reuniones y los cambios de itinerario, además de tomar notas y asistir a algunas de las charlas y exhibiciones a las que yo no pueda ir. —¿Quiere que vaya a Francia con él? La idea de volar al extranjero y pasar la noche en un hotel con él hace que la sangre se me acelere en las venas. Me calienta la piel, pero, con un poco de suerte, no me pondré roja. Lo último que quiero es que él sepa que la idea me emociona—. Tienes pasaporte, ¿verdad?

—Sí. Pasé una semana en Canadá con una amiga, hace unos años. —Menos mal que Lola insistió en que nos fuéramos de viaje de chicas antes de casarse.

Arquea una ceja oscura.

—¿Y esa es la única vez que has salido del país?

Frunzo los labios.

—¿Aparte de ese viaje a Europa con todos los gastos pagados al que fui en mi enorme cantidad de tiempo libre el año pasado, te refieres?

Esa boca seductora esboza una mueca.

—Lo siento, no ha sonado bien. No era una crítica. —Su expresión se vuelve seria—. Entiendo la situación en la que te has encontrado y me doy cuenta de que probablemente no has tenido ni el tiempo ni los medios para viajar. —Me evalúa, moviendo la mandíbula—. Que cuides de tu padre como lo haces es… admirable. Me equivoqué al creer que eras demasiado joven para desempeñar este trabajo. Te subestimé, a ti y a tu dedicación. No volveré a hacerlo.

Se me acelera el pulso al asimilar su confesión.

—G-gracias.

Carraspea y tamborilea con los dedos sobre el escritorio.

—¿Cómo está tu padre, por cierto?

Una sonrisa sincera se dibuja en mi rostro.

—Está bien. He podido sacarlo de casa más a menudo porque por fin han arreglado el ascensor. Llevaba meses fuera de servicio, así que subir y bajar las escaleras le resultaba muy duro. Y pronto empezará un nuevo tratamiento. Con un poco de suerte, le ayudará.

Sus dedos se detienen a mitad del tamborileo, su expresión vacila por un momento, algo indescifrable se refleja en ella. Desaparece demasiado rápido para que pueda captarlo, sustituida por su habitual compostura.

—Me alegro de oírlo —dice con tono tranquilo—. ¿Puedo preguntarte quién cuida de tu padre cuando haces horas extras?

—Le pago a una vecina para que le eche un vistazo. —Se me ocurre algo de repente y me apresuro a añadir—: Si te preocupa que no pueda viajar contigo, puedo asegurarme de que…

—No. No me preocupa. Y no quiero que a ti te preocupe tampoco. Dado que me acompañarás por motivos de trabajo y es posible que tengas que hacer muchas horas extras en el futuro, King Group te proporcionará una enfermera a domicilio para que te ayude con tu padre.

El aire sale de mis pulmones de golpe y lo miro boquiabierta.

—Pero eso es… ¿Te refieres al seguro médico de la empresa? No cubre a los padres. Lo comprobé cuando empecé a trabajar aquí.

Frunce el ceño.

—Tendremos que cambiar eso… Pero no, lo que quiero decir es que, dado que necesito que estés disponible en todo momento, no

quiero que tengas que depender de la disponibilidad de tu vecina, así que haré que modifiquen tu contrato de trabajo para incluir la prestación de cuidados.

El corazón me late tan fuerte que de repente me siento mareada. ¿De verdad me está ofreciendo que la empresa pague a alguien para que cuide de mi padre? ¿Y además un profesional cualificado? ¿Una enfermera o un enfermero que seguramente será mucho más comprensivo y lo tratará con cariño? Debería protestar, decirle que no necesito su caridad. Pero me niego a dejar que mi orgullo se interponga ante cualquier cosa que ayude a mi padre.

—No… —Se me hace un nudo en la garganta y, para mi vergüenza, se me llenan los ojos de lágrimas. Hago todo lo posible por contenerlas—. Gracias, Roman.

—Ya te lo he dicho, no hace falta que me des las gracias. —Su voz es más grave, más áspera, y su atención se centra en mi rostro— . El King Group tiene recursos de sobra, y necesito que estés concentrada cuando estés trabajando.

—Sí, claro. Es solo que… —Trago saliva con dificultad, con la garganta aún oprimida. Mi reacción es una tontería. Probablemente le recuerde que soy joven. Pero no puedo evitarlo. Quiero a mi padre más que a nada en el mundo. Nunca me ha pesado cuidar de él. Pero la idea de contar con ayuda, de que un profesional alivie parte de la carga, me quita un gran peso de encima—. Te lo agradezco. —Me humedezco los labios—. Me refiero a lo que estás haciendo por mí y por mi padre. Gracias.

Sus ojos brillan, pero su expresión sigue siendo estoica.

—De nada. —Se pasa la mano por la boca—. Tenemos mucho que hacer antes del viaje, además de los informes que debemos completar para la estrategia de adquisición, así que nos esperan unos días largos. Volvamos al trabajo, ¿te parece?

A pesar de que mis pestañas aún están húmedas, no puedo evitar sonreír. Está claro que no está acostumbrado a esta clase de sentimentalismos.

Y me voy a Francia.

Me muerdo el labio, haciendo todo lo posible por contener mis emociones. Daría cualquier cosa por rodear este gran escritorio y

abrazarlo. En lugar de eso, me pongo de pie y entrelazo las manos para mantenerlas firmes.

—Empezaré a preparar tu itinerario para el viaje. ¿Son dos días y una noche?

Él asiente.

—Es un viaje de trabajo. Siento que esta vez no haya tiempo para hacer turismo.

—Ah, no, no pasa nada. Me basta con tener la oportunidad de ir contigo. —Apenas han salido las palabras de mi boca cuando siento un nudo en el estómago—. Q-quiero decir, tengo muchas ganas de vivir la experiencia —balbuceo.

El humor ilumina sus ojos.

—Bien. —Coge el bolígrafo y vuelve a centrar la vista en la pantalla del ordenador, así que lo interpreto como una señal para marcharme.

Regreso a mi escritorio y me hundo en la silla con un suspiro. Hace unas pocas semanas pensaba que era una catástrofe que me despidieran de Talon. Ahora aquí estoy, y lo único en lo que puedo pensar es en dar gracias a Dios por la mezquindad de Geoff.

20

ROMAN

Me yergo en mi asiento y les echo un vistazo a los cuatro hombres que están sentados frente a mí en la sala de reuniones del nuevo edificio de la sede central de Wright Construction.

—¿Hemos terminado aquí, señores?

Todos asienten. Al igual que yo, probablemente estén deseando que el día termine después de esta reunión. Es la última hora de la tarde, pero con las nubes oscuras que por fin traen la lluvia que prometían esta mañana, parece que sea mucho más tarde. Se oye un trueno a lo lejos y, de vez en cuando, el destello de un relámpago ilumina la penumbra del exterior.

Esta es nuestra última reunión antes de que Wright Construction se haga cargo de la gestión del proyecto InnovaCore. Los contratos están todos firmados y los abogados acaban de marcharse. Ahora lo único que quiero es salir de aquí e irme al King Plaza antes de que la lluvia, cada vez más intensa, paralice el tráfico.

A mi lado, Chloe está sentada con recato, con sus delgados dedos suspendidos sobre el teclado de su tableta mientras espera a ver si alguno de nosotros aporta algo a la conversación antes de darla por terminada. Aunque me he asegurado, como siempre, de no sentarme demasiado cerca, percibo su presencia de todos modos. Incluso con el espacio que me he cuidado de dejar entre nosotros, me preocupa que mi atracción por ella sea obvia.

Aunque Ethan Dane —el vicepresidente de operaciones de Wright — no lo ha notado. Durante la mayor parte de la reunión, ha estado concentrado en ella. Con cada minuto que pasa, la tensión en mi cuello y hombros aumenta. Una vez incluso le he dedicado una mirada que le decía que dejara de pensar en mi asistente y volviera a centrarse en lo que debía: en nuestro negocio.

Y, en general, lo ha hecho. Menos mal.

Ahora tengo que armarme de valor para el viaje hacia el otro lado de la ciudad, donde haré todo lo posible por no fijarme en cómo el ceñido vestido gris oscuro que lleva hoy se le sube por los muslos cuando cruza las piernas en el asiento de al lado.

Solo de pensarlo se me hace un nudo en el pecho. ¿Cómo demonios voy a ignorar el efecto que tiene sobre mí mientras estemos en Francia? ¿Cuando estemos en el reducido espacio de mi jet privado, o cuando ella esté al otro lado de la pared en el hotel?

Aparto mentalmente la duda. Me las arreglaré. Igual que lo he hecho durante los últimos meses. Aunque cada día sea más difícil. Quizá sería más fácil si la atracción no fuera mutua. Pero la he visto mirándome a mí también, cuando cree que no le presto atención. Cómo se demora su mirada y se muerde el labio inferior. La forma en que le late el pulso en la base del cuello cuando está cerca de mí. Lo que ella no se da cuenta es de que, cuando está en misma estancia, siempre le presto atención.

Con un profundo suspiro, le hago un gesto con la cabeza para indicarle que hemos terminado, luego me levanto y me dirijo a los hombres sentados a la mesa.

—Gracias por hacer negocios con King Group.

Sean Prescott, el director general, también se levanta, y el resto de su equipo lo imita.

—Estamos deseando trabajar contigo, Roman.

Como en piloto automático, pongo la mano en la espalda de Chloe para guiarla fuera de la sala. Cuando el calor de su cuerpo, que atraviesa el fino tejido de su vestido, me calienta la palma, la aparto y, a regañadientes, la dejo caer.

Ella se dirige hacia la puerta, pero antes de que pueda seguirla, Sean rodea la mesa y se acerca a mí con la mano extendida.

—Me alegro de que nos hayas tenido en cuenta —dice con una sonrisa—. Estaba seguro de que te decantarías por Haverscombe, ya que solía ser el socio preferido del Grupo King para este tipo de colaboraciones.

—Estamos dejando atrás nuestra forma habitual de hacer las cosas. Estoy deseando que comience esta nueva asociación y tengo

la esperanza de que sea aún más exitosa. —Por el rabillo del ojo, veo a Ethan acercarse a Chloe, que me está esperando en el pasillo. Se me tensa la espalda y una sensación de ardor desconocida cobra vida en mi interior. Con un breve gesto de asentimiento a Sean, que está a medio responder, salgo al pasillo. Cuando me acerco a ellos, Ethan, que está demasiado cerca de Chloe, sonríe y le da una tarjeta de visita.

Me detengo en seco, demasiado cerca de ella. El gesto es territorial —la forma en que Ethan se endereza y echa los hombros hacia atrás me lo delata—, pero es instintivo. Es todo lo que puedo hacer para contenerme y no rodearle la cintura con un brazo y pegarla a mí.

El impulso de reclamar como mía a una mujer que no es mía —que nunca será mía— es absurdo.

Chloe me lanza una mirada por encima del hombro, frunciendo el ceño al ver lo cerca que estoy de ella.

—Nos vamos, señorita Callahan.

Ethan hace una mueca ante mi tono, pero controla rápidamente su expresión y vuelve a centrarse en Chloe.

—En esa tarjeta está mi número de móvil personal. Llámame si quieres quedar para tomar algo algún día.

El tío tiene agallas, eso hay que reconocerlo.

Me empieza a latir la nuca al pensar en ella yendo a una cita con él. En él tocándola cuando yo no puedo hacerlo.

—Gracias, lo haré —dice ella, examinando la tarjeta que tiene en la mano. Hay vacilación en su voz, como si tal vez no estuviera segura de cómo gestionar que la inviten a salir mientras está en el trabajo, o al menos con su jefe justo detrás de ella.

También me gustaría pensar que es porque no le interesa Ethan. Puede que sea relativamente atractivo, con ese estilo pijo, pero no me imagino que pueda ser su tipo.

Ella necesita a alguien más fuerte que Ethan. Un hombre que cuide de ella mientras está demasiado ocupada encargándose de su padre como para hacerlo ella misma. Mejor aún, un hombre que pueda cuidar de los dos. Uno que pueda mostrarle el mundo, que pueda darle todo lo que alguna vez necesite o desee, porque ella

sacrificará esas cosas para asegurarse de que los demás tengan lo suyo.

Un hombre como yo.

Rechino los dientes. Está claro que mi creciente obsesión por mi asistente me está volviendo loco. No tengo por qué pensar mierdas como esa. Soy el último hombre que ella necesita.

Un trueno más fuerte sacude las ventanas y me arranca del absurdo curso de mis pensamientos. Es hora de volver a la oficina. Dependiendo del tráfico, quizá mande a Chloe directamente a casa con Phillip desde allí. No quiero que coja el autobús ni que vaya andando con este tiempo.

Me agacho para acercar la cabeza a la suya.

—Vamos.

Sin decirle nada a Ethan, sigo a Chloe hacia los ascensores.

Una vez dentro, pulso el botón de bajada y, mientras descendemos, doy un paso atrás hasta quedarme a su lado.

—Parece que ha ido bien. —Ella me sonríe.

—Así es. Si todo sale según lo previsto, podríamos plantearnos asociarnos con ellos en otros…

Las luces del ascensor parpadean, atrayendo mi atención hacia ellas.

Chloe suelta una risa nerviosa.

—Espero que no vaya a…

La cabina de acero inoxidable se detiene con una sacudida y, un instante después, las luces se apagan y quedamos sumidos en la oscuridad.

A mi lado, Chloe suelta un pequeño grito.

Inmediatamente, la busco con la mano y encuentro su hombro tembloroso.

—El sistema de emergencia debería activarse en cualquier momento.

—Vale —dice ella, con voz quebrada.

Esperamos en silencio, pero tras varios segundos, cuando sigue habiendo una oscuridad total y el ascensor no se ha movido, busco a tientas el botón de llamada de emergencia. Al pulsarlo, no ocurre nada. Todo el sistema debe de estar averiado.

—¿Por qué no se activa el sistema de respaldo? —pregunta Chloe.

—Si tuviera que aventurar una hipótesis —digo con un suspiro de frustración—, diría que es mala suerte. Este es un edificio nuevo; probablemente el sistema de alimentación ininterrumpida aún no se haya calibrado correctamente.

La oscuridad que inunda el pequeño espacio lo envuelve todo. Ahora está tan callada que, si no supiera que no es así, pensaría que estoy solo. Lo único que oigo es el sonido de mi propia respiración en mis oídos.

—¿Chloe?

—Sí. —Su voz vuelve a temblar, esta vez con más intensidad.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Su tono contradice lo que ha dicho.

Frunciendo el ceño, me giro hacia ella, con movimientos cautelosos para no rozarla.

—¿Tienes miedo?

La ligera vacilación antes de que hable lo dice todo.

—No.

Por supuesto que no.

Ese atisbo de pánico en su voz me revuelve el estómago.

—Chloe.

No responde. Mierda. ¿Qué mantiene cerrada esa boca suya que me distrae tanto?

—Dime qué te pasa, cariño. —El término cariñoso sale de mis labios sin que yo lo quiera.

Ella se estremece, y el sonido se escucha demasiado fuerte en el silencio.

—Cuando era pequeña, me quedé atrapada en un armario viejo y mi padre tardó un rato en encontrarme. Sé que es una tontería tener miedo, y normalmente los espacios cerrados no me asustan tanto, pero es que cuando además está oscuro…

Extiendo la mano hacia el lugar de donde me llega su voz y encuentro su brazo.

—Ven aquí —le digo con voz ronca, tirando de ella para que se acerque a mí. Ella no opone resistencia y, tras solo un momento de vacilación, la pego a mí y la abrazo con fuerza, sosteniendo su

cuerpo tembloroso—. No pasa nada. Nos sacarán de aquí enseguida. —Probablemente no sea prudente abrazarla así, pero ahora mismo me da igual. Sobre todo cuando ella desliza tímidamente sus propios brazos bajo mi chaqueta y los pasa alrededor de mi cintura, para luego apoyar la cabeza contra mi pecho—. Concéntrate en los latidos de mi corazón. Escúchalos contando hacia atrás hasta que se vuelvan a encender las luces y empecemos a movernos de nuevo, ¿vale? —Le acaricio la curva de su espalda e inhalo el dulce aroma de su champú, preguntándome qué se ha apoderado de mi cuerpo. No soy de los que dan consuelo. Me cuesta más fuerza de voluntad de la que me gustaría concentrarme en su respiración cada vez más lenta, en cómo se relaja contra mí, en lugar de en cómo se siente su cuerpo contra el mío—. ¿Cómo te las arreglaste para quedarte atrapada dentro de un armario? —Mantengo un tono ligero con la esperanza de que hacerla hablar ayude.

Ella suspira y su aliento me calienta la piel a través de la camisa.

—Mi padre estaba en su estudio pintando y yo estaba aburrida. Así que le pregunté a mi madre si quería jugar al escondite conmigo. Ella no quería, pero la insistí hasta que accedió. Pensé que esconderme en el armario era una idea genial, pero cuando ella no fue a buscarme, me di cuenta de que la puerta se había cerrado del todo detrás de mí y no podía abrirla desde dentro. Me entró el pánico.

—¿Por qué no te encontró tu madre?

Su risita carece de alegría.

—Ni siquiera me estaba buscando. Salió para poder llamar a una amiga sin que yo la molestara. Supongo que pensó que al final me cansaría de esconderme y saldría por mi cuenta. Cuando mi padre dejó su estudio por fin me oyó gritar y me encontró enseguida.

La ira crece dentro de mí y la abrazo con más fuerza.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho. Mi padre se enfadó mucho con mi madre, pero ella se lo tomó a broma. Me dijo que la próxima vez buscara un escondite mejor. Aunque no hubo una próxima vez. Creo que nunca volví a jugar al escondite.

—Lo siento —le digo, sin dejar de acariciarle la espalda. Al parecer, ninguna de nuestras madres fue especialmente cariñosa.

—No pasa nada. —Ella deja escapar otro suave suspiro, y pega más sus manos a mí, como si inconscientemente intentara acercarme más a ella.

Y, joder, cómo me apetece acercarme.

Aquí, envueltos en la oscuridad, solo estamos nosotros, escondidos del mundo, y es demasiado fácil olvidar por qué yo no debería estar abrazándola, por qué nunca puede haber nada más que esto.

Es demasiado fácil olvidar en qué clase de hombre me convierte el querer más.

Al fin y al cabo, ¿qué es una línea borrosa más en la larga lista que me prometí a mí mismo que nunca cruzaría?

A pesar de mi buen juicio, deslizo la mano por debajo de su cabello y le rodeo la nuca, disfrutando de la suavidad de su cálida piel bajo mi palma.

Un escalofrío la recorre, pero no se tensa ni intenta apartarse; si acaso, se acerca más.

Inhalo su aroma a miel y vainilla, y pierdo un poco la cabeza.

Cuando la estrecho más contra mi cuerpo, ella deja escapar un gemido casi inaudible.

—Roman —susurra. No es una pregunta. No es una protesta. Esas dos sílabas son pura necesidad.

Esto está mal. Estoy traspasando demasiados límites. Aun así, el impulso de llevar a cabo lo que he querido hacer desde el momento en que la vi es demasiado fuerte. Así que enredo la espesa melena de su cabello alrededor de mi puño y hago que eche la cabeza hacia atrás. No puedo verla, pero puedo sentirla, puedo oírla. Su cuerpo se amolda al mío, su respiración es entrecortada. Es fácil imaginar sus suaves labios entreabiertos, esperándome. Ya lo he hecho demasiadas veces.

La oscuridad nos protege de la realidad de lo que está pasando entre nosotros.

No soy imprudente. Nunca pierdo el control. Pero ahora mismo estoy al límite. Mi pene está duro y palpitante, pegado a su

estómago. Es imposible que no lo sienta, pero no se aparta.

La sangre me late con fuerza en las venas y todos mis sentidos se centran en Chloe. Quiero saborearla. Quiero sentir su piel desnuda contra la mía. Quiero oír cómo gime mi nombre.

Y, por una vez, no pienso en nada más.

Ella se aferra a mi camisa y yo extiendo mi mano libre sobre su espalda para pegar su cuerpo contra el mío.

Al bajar la cabeza, su respiración, cada vez más entrecortada, baña mis labios. La anticipación es una chispa ardiente que me recorre la columna vertebral.

Entre un latido y el siguiente, se produce una sacudida y las luces parpadean. Nos quedamos inmóviles, aún abrazados por un instante. Pero cuando la luz se estabiliza y nuestro entorno vuelve a estar completamente iluminado, nos separamos rápidamente.

Cuando el ascensor da una sacudida y comienza a descender una vez más, no puedo evitar devorarla con la mirada. Tiene las mejillas sonrosadas y el pelo revuelto. Sus ojos muy abiertos buscan los míos con rápidas y aturdidas ojeadas.

Entonces su expresión se ensombrece y se pasa las palmas de las manos por la falda.

—Ha sido un error.

Todo mi ser me exige que le diga que se equivoca.

Todo menos mi cabeza. Y es mi cabeza la que ha vuelto a tomar el control.

Antes de que tenga oportunidad de responder, el ascensor se detiene y las puertas se abren. Ella pasa rápidamente a mi lado y sale al vestíbulo, donde un grupo de hombres con expresiones preocupadas está merodeando por ahí.

La sigo y me dirijo a ellos.

—¿Qué demonios ha pasado? —espeto.

Uno se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—Señor King, lo siento mucho. Un rayo ha provocado un cortocircuito en una subestación.

—¿Y el generador de emergencia?

—Estamos recalibrando el sistema ahora mismo.

Con un gruñido, sigo a mi asistente.

—Chloe.

Se detiene en la salida, contemplando durante un segundo la lluvia, que sigue cayendo torrencialmente, antes de volverse hacia mí.

—El tiempo…

—No me preocupa el tiempo. —Saco el móvil y le envío un mensaje a Phillip para pedirle que nos recoja en la entrada; luego la acompaño hasta la puerta y la guío a un lugar seco bajo un toldo, donde no nos pueden ver desde dentro. Me acerco más, estudiando su expresión—. ¿Qué te pasa por la cabeza ahora mismo?

Se humedece los labios y aparta la vista.

—Intentabas consolarme y las cosas han ido demasiado lejos. Le prometo que no volverá a pasar, señor King.

Puede que haya recuperado el control, pero mantenerlo es más difícil de lo que debería.

—Roman. Y es culpa mía —gruño—. Lo que ha ocurrido no es culpa tuya. Pero tienes razón, no volverá a pasar. No voy a permitirme perder el control de nuevo, te lo prometo. —Inspiro hondo y me obligo a continuar—. Si he hecho que te sintieras incómoda…

Ella niega rápidamente con la cabeza.

—No, no. Entiendo la situación. Yo…. —Echa la cabeza hacia atrás, mira al cielo por un momento, luego vuelve a centrarse en mí —. Yo he respondido.

Aprieto los puños en un esfuerzo por no volver a abrazarla, por no intentar descubrir hasta qué punto respondería a todo lo que podría hacerle.

Sin embargo, ella ha calificado la situación correctamente: ha sido un error. Uno que me acerca un paso más a convertirme en una persona que no quiero ser.

Esa certeza hace que se me hiele la sangre, pero ni siquiera eso logra apagar el fuego que sigue saltando y chispeando en lo más profundo de mis entrañas. Ese fuego me dice que, si volviera a estar en esa misma situación, haría exactamente lo mismo otra vez. Si esas luces no se hubieran encendido, habría hecho algo más.

Me paso una mano por el pelo y clavo la mirada en su rostro. Cuando hablo, mi voz es ronca.

—Quiero que sepas que no te contraté por eso. No era mi intención que pasara algo así.

La comprensión florece en sus ojos y ella extiende la mano para acariciarme suavemente el brazo.

—Lo sé. —Entonces, como para aliviar la tensión, me dedica una leve sonrisa—. No querías contratarme en absoluto.

Esa expresión seductora me calienta el pecho y, al mismo tiempo, hace que la inquietud se apodere de mí. Porque la calidez que me inunda parece algo más que lujuria. Es un calor que resulta… peligrosamente adictivo.

Antes de que pueda asimilar ese pensamiento, Phillip se detiene y rompe el hechizo. Le hago un gesto para que se quede en el coche, ya que la lluvia sigue cayendo con fuerza, y luego me quito la chaqueta.

—Sostén esto sobre tu cabeza —le digo a Chloe.

—Pero te vas a empapar.

—Sobreviviré. —La miro fijamente hasta que coge la chaqueta y se la pone sobre la cabeza.

—Sabes que podrías taparte tú también…

Podría. Pero para que mi chaqueta nos cubriera a los dos, tendría que acercarme. Tendría que deslizar mi brazo alrededor de su cintura. Y eso es demasiado peligroso.

—Vete ya. Antes de que el tiempo empeore aún más.

Sin dudarlo un instante más, ella se pone en marcha. Yo la sigo, y se me empapa la camisa al instante. Como Chloe lleva tacones, la adelanto y le abro la puerta del coche.

Ella se desliza dentro y yo me subo justo detrás de ella.

21

Chloe

Dios mío.

La sensación de su dureza contra mí todavía perdura, y el delicioso dolor que floreció entre mis muslos en el momento en que me rodeó la cabeza con la mano en aquel ascensor aún palpita en mi interior. Como si mi cuerpo hubiera estado esperando todo este tiempo a que él hiciera precisamente eso.

Y ahora su camisa azul claro está empapada y deja entrever cada detalle de los músculos tonificados que hay debajo. El cabello oscuro se le pega a la cara, con un rizo negro azabache sobre la frente.

Me muero de ganas de alargar la mano y apartárselo, pero ese gesto sería imprudente. Arriesgado.

Él mismo lo ha dicho: ha sido un momento de descontrol pasajero. Estábamos en un espacio oscuro y cerrado. Me estaba consolando y las cosas se nos han ido de las manos. Eso es todo. No puedo darle más importancia.

Y no debería querer hacerlo.

Pero una parte de mí, una parte demasiado grande, se pregunta qué habría pasado si las luces no se hubieran vuelto a encender en ese momento. ¿Me habría besado? ¿Me habría tocado?

¿Habría deslizado esos dedos largos y hábiles por mis muslos y bajo mi vestido?

Un escalofrío me recorre el cuerpo, mis pezones rozan con fuerza el tejido de mi sujetador y mi vestido, que de repente me parece demasiado fino.

Cuando me permito mirarlo, sus ojos están clavados en mí, en mi pecho; sus iris gris pálido se han oscurecido hasta alcanzar el color de las nubes de tormenta del exterior. Y su expresión me provoca una lenta oleada de calor que se extiende por todo mi cuerpo.

—¿Tienes frío? —Su voz suena áspera.

Me aferro a la excusa en lugar de dejar entrever lo profundamente que me está afectando el recuerdo de su tacto.

—Un poco. —Aunque no me he mojado ni de lejos tanto como él, la lluvia me ha empapado el vestido y lo llevo pegado a los muslos.

Coge su chaqueta del asiento de al lado y me la pone sobre los hombros; desliza las manos por ellos y baja por mis brazos antes de apartarse. La lluvia no ha atravesado el forro de alta calidad, así que la pesada prenda se transforma rápidamente en un cálido capullo a mi alrededor. Huele a él. Oscuro y embriagador. Quiero acercármela más, hundir la nariz en el cuello e inhalar su aroma.

En lugar de eso, me cruzo de brazos y me vuelvo hacia la ventanilla, resistiendo el impulso de seguir mirándolo.

Cuando volvemos a la oficina, Phillip mete el coche en el garaje subterráneo. Roman sale primero y luego me tiende la mano. Sus dedos están cálidos cuando los envuelve alrededor de los míos, pero los retira en cuanto me levanto y salgo del coche. Mientras esperamos el ascensor, me quito su chaqueta de los hombros y se la tiendo.

—Gracias. Me ha mantenido caliente.

—Me alegro. —La coge y se la pone sobre la camisa aún húmeda; en ese momento se abre el ascensor. Debería estar nerviosa teniendo en cuenta lo que ha ocurrido antes, pero mi mente está demasiado ocupada pensando en él—. Cuando lleguemos arriba —dice, mirando al frente cuando el ascensor empieza a subir—, coge tu bolso. Phillip te llevará a casa.

Miro el reloj.

—Pero si ni siquiera son las cinco. —Siento un nudo en el estómago. ¿Está enfadado conmigo?

¿Me he pasado de la raya?

Como si pudiera sentir mi pánico, se vuelve hacia mí y la tensión de su mandíbula se suaviza.

—El tiempo está empeorando —dice con suavidad—. No quiero que andes por ahí fuera.

El nudo en mi estómago estalla en un caleidoscopio de mariposas.

—¿Tú te vas a casa?

Esboza una sonrisa burlona, con un ligero temblor en los labios que me resulta cada vez más familiar.

—Creo que me conoce mejor que eso, señorita Callahan.

Debería intentar que las cosas vuelvan a la normalidad después de que casi nos hayamos besado, así que le dedico una sonrisa.

—Me llamo Chloe. Y tienes razón, te conozco. —¿En qué estaba pensando?

Él escudriña mi expresión, deteniéndose un poco demasiado en mi boca. Mi cuerpo tiembla de excitación y casi me echo hacia delante. Antes de que pueda hacerlo, gracias a Dios, el ascensor se detiene y, con un ding, las puertas se abren de par en par.

Él extiende un brazo para indicarme que salga primero.

Una vez que estamos en su despacho, en lugar de recoger mis cosas, saco la tableta del bolso y me siento en mi escritorio. Pero Roman apoya las manos sobre él y se echa hacia delante.

—No bromeaba, Chloe. Quiero que te vayas a casa. Phillip te está esperando.

Siento un nudo en el estómago.

—No me parece bien irme antes de tiempo.

Frunce el ceño y baja la voz.

—No quiero tener que preocuparme por ti.

La intensidad con la que me mira me hace preguntarme si se refiere a esta noche, con el tiempo que hace, o si quiere decir que no quiere tener que preocuparse por mí en absoluto. O tal vez… Tal vez no quiera preocuparse por mí después de lo que ha pasado en el ascensor.

Por mucho que aquel momento fuera poco profesional e inapropiado, la idea de que él piense que podría causar un problema entre nosotros me estrangula la garganta. Así que, en lugar de seguir protestando, asiento, saco mi bolso del cajón inferior cerrado con llave de mi escritorio y pronuncio con esfuerzo unas palabras que espero que suenen profesionales.

—Trabajaré desde casa en los preparativos para el viaje a Francia.

Me levanto, y el movimiento hace que él retroceda y me deje sitio para rodear el escritorio. Mientras unas lágrimas indeseadas me pican en los ojos; mantengo la mirada apartada de él para ocultar mi

reacción y me apresuro por el pasillo hacia los ascensores. No debería sentirme tan mal. Roman tiene razón; tenemos que dejar atrás nuestro momento de locura. Pero no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo.

Cuando se abren las puertas del ascensor en la planta del garaje, me dirijo hacia el coche que me está esperando. A mitad de camino, recuerdo que se suponía que tenía que sacar el informe de diligencia debida de EcoTech para que Roman lo revisara esta noche.

Me desvío hacia la ventanilla del conductor y, cuando Phillip la baja, entrelazo las manos delante de mí.

—Lo siento, ¿te importaría esperar unos minutos más? Se me ha olvidado hacer algo arriba.

Él sonríe.

—No hay problema. No tengo ningún otro sitio al que ir.

Cuando llego a mi escritorio, cojo el informe y voy hasta el despacho de Roman para llamar suavemente a la puerta. No hay respuesta y, al probar el pomo, veo que sigue cerrada con llave. Probablemente haya ido a ver a uno de sus hermanos. Tecleo el código y entro, decidida a dejar el informe en su escritorio. Al acercarme, me distrae la luz que brilla desde la puerta entreabierta al fondo de la estancia, la que da a su lujoso baño privado.

Como si hubiera perdido por completo el control de mí misma, en lugar de llamar y asegurarme de que no está ahí dentro, doy un paso adelante, lo justo para poder echar un vistazo al interior.

Al ver lo que hay al otro lado de la puerta, una oleada de calor eléctrico me atraviesa. Roman está de cara al lavabo, sin camisa. Tiene la cabeza echada hacia atrás, el cinturón desabrochado y los pantalones bajados hasta las caderas.

Su antebrazo derecho se mueve lenta y rítmicamente.

El deseo se enrosca en mi vientre, cálido e intenso. No soy precisamente inexperta en cuestiones sexuales, pero nunca había visto a un hombre haciendo esto en la vida real. Nunca pensé que lo encontraría tan fascinante, tan excitante… Sus músculos se mueven con suavidad bajo su piel, y mi cuerpo se enciende en respuesta. ¿Cómo se sentirían esos músculos moviéndose así bajo mis dedos?

¿Y si pusiera mis manos sobre su espalda? ¿Si las deslizara a su alrededor y bajara por sus abdominales? ¿Si llegara aún más abajo?

Una necesidad más potente de lo que jamás he experimentado se acumula en lo más profundo de mi ser, intensificándose hasta convertirse en un latido profundo e insistente. Tengo que alejarme. Tengo que salir a hurtadillas de aquí antes de que me pille. Antes de que se dé cuenta de que lo he visto en este momento de vulnerabilidad. Pero me tiemblan demasiado las piernas como para obligar a mis pies paralizados a moverse.

Incapaz de resistirme, me concentro en su reflejo en el espejo, deleitándome con la vista de su pecho musculoso y sus abdominales esculpidos. Lo poco que puedo ver me provoca una repentina oleada de humedad entre los muslos. La erección de Roman es larga y gruesa, y se tensa hacia su ombligo. Las venas de su gran mano se hinchan mientras la mueve sin prisas, como si se tomara su tiempo, prolongando su placer.

Me asalta la imagen de que él me llene, junto con una sensación fantasma tan visceral que me provoca un estremecimiento por todo el cuerpo. Dios, solo puedo imaginar cómo sería. Cómo me abriría, cómo saborearía cada centímetro de él mientras se adentrara en mí.

Un gemido amenaza con escaparse de mis labios ante ese pensamiento. Antes de que pueda hacerlo, cierro la boca de golpe, y vuelvo en mí con un torrente de vergüenza.

¿Cómo es que sigo aquí plantada?

Tengo que irme. Ahora mismo.

Sigue con la cabeza echada hacia atrás y parece que tiene los ojos cerrados. Si consigo salir de aquí lo en silencio, nunca tendrá por qué saber que lo estaba espiando.

Doy un único paso atrás, en silencio; los latidos de mi corazón retumban tan fuerte en mis oídos que ahogan todo lo demás. Pero entonces, casi como si percibiera mi presencia, la mirada ardiente de Roman se clava en la mía a través del reflejo del espejo. Me quedo paralizada de nuevo, con el corazón palpitándome con fuerza contra las costillas.

Espero que grite, que se suba los pantalones y salga furioso para echarme por mi voyeurismo. Pero se limita a ralentizar sus

movimientos, con el cuerpo aún en tensión, y sigue moviendo el brazo con gestos firmes y deliberados, tan precisos y controlados como antes.

Baja los párpados y su mirada ardiente, inquebrantable, se clava en la mía. El ritmo pausado de sus movimientos alarga cada segundo; con cada uno que pasa mis nervios se excitan más y más, hasta que el gruñido grave y oscuro de su voz rompe el silencio cargado de tensión.

—Quédate o vete, Chloe. Tú decides. —La vergüenza y la excitación luchan por imponerse en mi mente. Mi respiración se entrecorta y tengo las palmas de las manos húmedas, clavadas en la tableta que estrecho contra mi pecho. Pero mis pies se niegan a moverse. No podría alejarme, aunque quisiera. Y no quiero. Una parte indómita de mí, una que lleva demasiado tiempo sin liberarse, quiere ver cómo es él cuando se le priva del control. Cuando no es mi jefe ni un director ejecutivo multimillonario. Cuando es solo un hombre que cede a su necesidad. Roman entrecierra los ojos y, a juzgar por cómo tensa la mandíbula y por el rubor que le tiñe las mejillas, está a punto de llegar al límite. Aun así, ninguno de los dos aparta la vista—. Joder, Chloe. —Su voz es ronca, y mueve las caderas al alcanzar el clímax. Echa la cabeza hacia atrás, con los tendones del cuello tensos, pero un segundo después la vuelve a bajar para poder mirarme de nuevo en el espejo, con los ojos hambrientos y entrecerrados.

Mi interior se contrae impotente en respuesta, mis paredes internas se aferran a la nada. Un gemido se me escapa de los labios antes de que pueda detenerlo.

Pero cuando sus movimientos se ralentizan hasta detenerse, la realidad me golpea de lleno. Pensaba que era malo haber estado a puto de besarlo, pero ¿esto? ¿Estar en su oficina, viendo cómo se corre? Esto es mucho peor.

Y mientras yo lo miraba, él me miraba a mí. Mi nombre estaba en sus labios.

El calor me inunda las mejillas. Esto está muy muy mal, aunque lo que Roman acaba de hacer sea sin duda una de las cosas más excitantes que he visto nunca.

Me doy media vuelta y corro hacia la puerta. A mitad de camino, me detiene el sonido de su voz. Sigue un poco ronca, pero ha recuperado el control.

—Chloe. —Me freno en seco y me vuelvo a regañadientes; clavo la vista en su boca en lugar de mirarlo a los ojos. Espero que la tenga apretada en una fina línea de ira, que por fin pierda los estribos, que grite, que me eche. Pero su mandíbula está relajada, y su expresión es casi suave, si es que se puede llamar suave a algo en Roman—. Deja el expediente en mi escritorio.

Asiento con un movimiento brusco, sin levantar la vista. Luego voy a toda prisa hacia su escritorio, prácticamente tiro el expediente sobre él y me dirijo hacia la puerta.

Tras cerrarla detrás de mí, me dejo caer contra la madera por un segundo antes de correr hacia el ascensor. Me arden los ojos durante todo el trayecto. Contengo las lágrimas, decidida a no permitir que Phillip vea lo cerca que estoy de perder el control.

Durante el trayecto a casa, y durante el resto de la noche, lo que he presenciado se repite una y otra vez en mi cabeza. Y cuando por fin me meto en la cama, no puedo evitarlo: estoy desesperada por aliviar la tensión que se ha acumulado dentro de mí durante las últimas horas.

¿Estaba pensando en mí mientras se tocaba? ¿Se imaginaba lo que podría haber pasado en el ascensor si las luces se hubieran quedado apagadas? Ha dicho mi nombre al correrse, pero ¿ha sido solo porque yo estaba allí?

Cierro los ojos, deslizo los dedos entre mis pliegues resbaladizos y encuentro mi clítoris, ya hinchado y sensible. Me lo imagino a él sin camisa, con el brazo en alto. Solo que esta vez, cuando me pilla mirándolo, no me dice que me quede ni que me vaya. En mi fantasía, me llama con esa voz grave y oscura que tiene. Me dice que, ya que disfruto tanto contemplándolo, puedo tener una vista de cerca y muy personal.

Y me acerco sin dudarlo.

Su sonrisa es lenta y sensual, y cuando llego a su lado, me pregunta: *«¿Es esto lo que quieres?»,* y yo suspiro: *«Sí».*

Con un gruñido, me pasa la mano por el pelo, igual que ha hecho en el ascensor, para pegarme a él.

«De rodillas. —Hago lo que me dice, con el corazón acelerado y el cuerpo en llamas—. *Buena chica*. —Sus ojos, normalmente de un gris pálido, se oscurecen mientras me mira desde arriba—. *Vas a estar muy guapa con mi pene en tu boca».*

Con el vientre tenso y la espalda arqueada, me corro.

Cuando me desplomo contra el colchón, con las extremidades aún temblando por la intensidad del orgasmo, la realidad vuelve a abalanzarse sobre mí. Suelto un gemido y me tapo los ojos con un brazo. ¿Cómo demonios voy a mirarlo mañana a la cara?

Me tumbo de lado, echo un vistazo a los números luminosos del reloj de mi mesita de noche antes y me acurruco en posición fetal.

Parece que voy a tener mucho tiempo para averiguar exactamente cómo fingir que no ha pasado nada.

22

ROMAN

Miro fijamente el expediente que hay sobre mi escritorio. El que había olvidado que había pedido.

He perdido el control. Dos veces en un mismo día. La he mandado a casa y luego he entrado en mi oficina, decidido a sumergirme en el trabajo y sacármela de la cabeza. Pero su aroma permanecía en mi chaqueta, transportándome de vuelta a ese momento en la oscuridad —a la sensación de su cuerpo contra el mío, a la necesidad en su voz cuando ha susurrado mi nombre— y mi pene se ha endurecido y se ha despertado dentro de mis pantalones. Ella ya se había ido a casa y no había forma de que pudiera concentrarme con ese recuerdo en mi cabeza.

Después de la última vez, me juré a mí mismo que no volvería a masturbarme pensando en ella, y de alguna manera lo había conseguido. Pero con esa erección y su aroma inundándome la cabeza, me convencí de que hacerlo solo una vez más no tendría nada de malo. Solo una vez más para purgar esta adicción. Sabía que era una excusa, incluso mientras lo pensaba. Pero no había forma de resistir la tentación.

Así que he cerrado mi oficina con llave, me he quitado la chaqueta y la camisa, y me he metido en el baño sin detenerme a cerrar la puerta tras de mí. Me he desabrochado el cinturón, me he bajado los pantalones de un tirón y, con una mano apoyada en el lavabo, me he masturbado, imaginando todas las cosas lascivas que haría con Chloe si no fuera mi asistente. Si solo fuera una mujer que hubiera conocido en un bar una noche.

Estaba a punto, muy cerca, cuando una extraña sensación, tal vez solo una puñetera vibración en el aire, me ha hecho levantar la vista. Cuando la he visto contemplándome, la parte racional de mí sabía que debía parar, pero la parte que quiere lo que no debería tener, la

parte que se hace más fuerte cada día, ha reconocido las emociones en su rostro: deseo, anhelo.

Así que le he dado a elegir entre irse o quedarse. Y joder, mi preciosa asistente se ha quedado. Justo hasta que he llegado al clímax y he alcanzado el orgasmo sin apartar los ojos de los suyos.

Me paso las manos por la cara.

Joder.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo he perdido tanto el control? Por una mujer a la que me dije a mí mismo que podía resistirme sin problema. Una mujer a la que, de alguna manera, me he convencido a mí mismo de que estaba protegiendo.

Hablaré con ella mañana. Me aseguraré de que sepa que lo que ha pasado hoy, mi horrible pérdida de control, no volverá a ocurrir nunca.

Pero unas horas más tarde, estoy en casa, junto a la ventana, saboreando un vaso de whisky y contemplando la ciudad a mis pies, con sus miles de luces brillando a través de la lluvia que sigue cayendo. Y a pesar de mis esfuerzos, Chloe sigue en mi mente.

Quizá necesite un recordatorio de por qué esto es la hostia de importante. Una dosis de realidad que me libre de esta creciente obsesión. Al menos, vale la pena intentarlo.

Saco el móvil y envío un correo; luego apuro el resto del whisky, dejo el vaso en la cocina y me dirijo a mi dormitorio para cambiarme. Diez minutos más tarde, estoy descargando mi exceso de energía en la cinta de correr, que está colocada de tal manera que tengo vistas a Central Park. Mientras las gotas de lluvia golpean rítmicamente contra el cristal, me concentro en los latidos de mi corazón, en el jadeo de mi respiración y en las gotas de sudor que me recorren el cuerpo, haciendo todo lo posible por no pensar en cómo se sonrojaron las mejillas de Chloe y cómo entreabrió la boca mientras veía cómo me corría con su nombre en los labios.

Yo: Cancela la reunión de esta mañana con Cole y Tate, por favor.

Le envío ese mensaje a Chloe a las seis de la mañana y luego me visto. Después de lo de anoche, no estoy seguro de cómo va a responder. Quizá debería preocuparme menos. Al fin y al cabo, ella tomó la decisión de quedarse y mirar.

En cualquier caso, la tensión crece en mi interior mientras espero su respuesta. Muevo el cuello para aliviar un poco la tensión. Menos mal que solo tarda unos minutos en responder.

Chloe: ¿Quieres que la reprograme o la cambie?

Una oleada de alivio me recorre el cuerpo.

Yo: Ya los llamaré cuando llegue a la oficina, sobre las once de la mañana.

Las burbujas grises aparecen al instante.

Yo : ¿Les digo que te has quedado dormido?

Miro el teléfono con una sonrisa renuente en los labios. Después de todo lo que pasó ayer, está bromeando conmigo.

Yo: Te creerían igual de bien si les dijeras que me he pasado la mañana en el zoo. Diles sin más que tengo un asunto desagradable que atender.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y mi sonrisa se desvanece cuando me dirijo al ascensor. Como solo da servicio a mi ático, lo cojo sin paradas hasta el garaje. Hoy conduciré yo mismo. Siempre lo hago cuando visito a mi padre.

En cuestión de minutos, estoy incorporando mi Aston Martin DB11 gris titanio al tráfico matutino de Manhattan. Hay unos ciento veinte kilómetros hasta la prisión federal, lo que supone un viaje de ida y

vuelta de unas tres horas. No me importa. A pesar de tener a Phillip a mi disposición las veinticuatro horas del día, disfruto conduciendo, sobre todo por carretera. Me da la oportunidad de despejar la mente.

Y hoy necesito de verdad aclararme la cabeza. Perder de vista mis prioridades como hice ayer es inaceptable.

Tras un viaje de hora y media a través de los exuberantes y verdes paisajes del norte del estado de Nueva York, entro en el aparcamiento de la prisión. Las instalaciones están rodeadas por una valla coronada con alambre de púas enrollado, un claro recordatorio de dónde me encuentro. El edificio principal es una extensa estructura de hormigón gris, con pequeñas ventanas enrejadas que rompen la monotonía de las paredes. Debido a la naturaleza del delito de mi padre, ha tenido suerte y reside en el campamento satélite de mínima seguridad adyacente, que es significativamente menos opresivo.

Dentro del edificio de ladrillo de baja altura, me recibe la mirada severa del agente de seguridad sentado tras un cristal antibalas.

—Identificación y motivo de la visita, por favor.

Le tiendo mi carné de conducir.

—Vengo a ver a Maxwell King.

Examina mi identificación y luego teclea en su ordenador. Al cabo de un momento, me devuelve el carné y me da un pase de visitante.

—Deje el teléfono, las llaves y todo el contenido de sus bolsillos en la taquilla. A continuación, pase por el detector de metales. —Como he pasado por este proceso media docena de veces en los tres últimos años, guardo rápidamente mi teléfono y las llaves en la pequeña taquilla metálica que tengo detrás y luego paso por el detector de metales sin incidentes—. Todo en orden, señor King. Siga la línea azul en el suelo. Le llevará a la sala de visitas.

Asiento, me prendo el pase en la camisa y echo a andar por las instalaciones, ralentizando el paso solo para que me dejen atravesar las pocas puertas de seguridad que hay por el camino.

La sala de visitas es sencilla y funcional. Las paredes están pintadas de un *beige* suave, como si la elección del color pudiera suavizar la realidad del lugar en el que nos encontramos. Hay zonas

separadas por mamparas para dar al menos una ilusión de intimidad, con sillas acolchadas y mesas.

Elijo una mesa y espero a que los guardias acompañen a mi padre al interior. Lleva un uniforme verde oscuro, y las arrugas de su rostro parecen más profundas que la última vez que lo vi, hace seis meses. Las canas en las sienes también se han extendido rápidamente. Parece más viejo. Como si cada mes aquí equivaliera a un año en el exterior.

Me evalúa mientras se acerca, con la misma expresión condescendiente que solía ponernos a mis hermanos y a mí cuando éramos pequeños. Pero ya no soy ese adolescente que pasó demasiados años creyendo que tenía que ganarse su aprobación. Hoy en día, eso es lo último que quiero o necesito.

No me levanto cuando llega a la mesa ni me acerco a darle la mano.

Él tampoco se molesta en hacerlo.

—¿A qué debo el placer de esta visita? —pregunta con una mueca de desprecio apenas disimulada; saca la silla que hay frente a mí y se deja caer en ella con pesadez.

Me recuesto en el asiento y me cruzo de brazos.

—He pensado que ya era hora de cumplir con mi deber familiar.

—¿Qué sabes tú de deberes? —resopla.

La tensión que me ha estado atormentando toda la mañana vuelve con toda su fuerza, los músculos de mi cuello y hombros se tensan, pero no reacciono físicamente a sus palabras.

—El deber hacia mi apellido. El deber hacia la empresa. Esas son las únicas lecciones de valor que me enseñaste.

—¿Es así como le llamas a robarme la empresa? ¿Deber?

—Perdiste el control de la empresa por tu maldita codicia. Pero no estoy aquí para a sacar a relucir una vez más esa vieja historia.

Imita mi postura y entrecierra los ojos, del mismo gris pálido que los míos.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —Buena pregunta. ¿Por qué sigo volviendo? Tate nunca viene. Cole dejó de hacerlo tras solo un par de visitas, cuando se dio cuenta de que era masoquista obligarse a pasar tiempo con el hombre que tengo delante. Entonces, ¿por

qué me encuentro aquí sentado otra vez? Al ver que no respondo, se echa hacia delante—. Estás aquí porque… ¿qué? ¿Crees que tienes algo de lo que regodearte? Sigo leyendo las noticias. Vas a llevar al King Group a la ruina, y cuando todo se vaya al garete y las acciones se desplomen, solo podrás culparte a ti mismo.

No muerdo el anzuelo.

—Las acciones están en su nivel más alto en más de una década.

La risa que se le escapa es áspera y termina en una tos. Tarda un momento en recuperar el aliento, pero cuando lo hace, sus palabras son igual de cortantes.

—¿Y cuánto durará eso? ¿Acaso crees que no vas a cometer ningún error?

Lo miro a los ojos.

—¿Así llamas a lo que hiciste tú?

Apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Veo esa mirada en tu rostro. Crees que eres mejor que yo. Pero eres exactamente igual. Yo te hice así. —Da un puñetazo en la mesa y su rostro se pone alarmantemente rojo antes de palidecer de nuevo—. Toda esta mierda ecologista y absurda de los árboles está convirtiendo a mi empresa en el hazmerreír de todos. El King Group construye inmuebles de lujo. No nos dirigimos a los *hippies*. —Su pecho se agita como si la ira le estuviera robando el aire de los pulmones.

Con una profunda inspiración, hago todo lo posible por controlar mi propio temperamento.

—Estás desfasado si crees que los inmuebles de lujo no necesitan incorporar tecnología sostenible. Puede que el King Group estuviera en la cima cuando te metieron aquí —extiendo los brazos—, pero el valor de las acciones ya estaba empezando a caer. Cole, Tate y yo reforzamos la empresa. Reparamos el daño que ocasionaste. Nosotros somos los que mantenemos al King Group donde debe estar. —Me fulmina con la mirada y yo se la sostengo.

—Sois débiles. Todos vosotros —dice al fin—. Dos malditos hijos y un bastardo, y ninguno de vosotros tiene las pelotas para ser los hombres que os enseñé a ser. No creáis que no me he enterado de lo de vuestros hermanos y sus mujeres —escupe—. El matrimonio

debería ser una jugada estratégica. ¿Por qué atarse a una sola mujer si no hay ninguna ventaja empresarial en ello? Si tus hermanos quisieran follar con quien les diera la gana a escondidas, podrían haberlo hecho. ¿Qué coño de beneficio hay en casarse con una arquitecta o con la dueña de una cafetería?

Aprieto los dientes, enfadado conmigo misma por haber creído alguna vez esa misma mierda. Por dejar que su veneno me influyera —y a mi relación con mis hermanos— incluso después de descubrir qué clase de hombre era.

—La empresa puede prosperar sin que Cole y Tate tengan que venderse a sí mismos ni su felicidad.

Él se ríe con desprecio.

—¿Crees que el amor da la felicidad? Tú sabes mejor que nadie que no es así. Tu pequeña rebelión matrimonial lo demostró, ¿no? —Se echa hacia delante, aferrado al borde de la mesa—. ¿O acaso has olvidado lo fácil que fue para Katherine manipularte?

—No lo he olvidado. Ni lo he perdonado.

No me refiero solo a Katherine, y él lo sabe.

Su risa es aguda y desagradable.

—Deberías darme las gracias. Necesitabas esa maldita lección. —Se balancea hacia atrás en la silla, con esa sonrisa astuta y presumida que recuerdo tan bien dibujada en su rostro—. Y funcionó, ¿no? Vi el anuncio del compromiso de Cole con la hija de Kenneth Berrington. Tú tuviste algo que ver en eso, ¿verdad? —No espera una respuesta, asiente para sí mismo antes de continuar—. Me lo imaginaba. Es exactamente lo que yo habría hecho. Eres mi hijo, te guste o no. Llevas en la sangre practicar el juego como se debe hacer: de forma dura y despiadada.

Mantener la expresión impasible me exige más fuerza de la que me gustaría admitir.

—Sabes que no siguió adelante con ello.

Su silla golpea el suelo al caer, y su rostro vuelve a enrojecerse.

—Porque, a la hora de la verdad, no tuviste las pelotas para forzar la situación. Dejaste que siguiera a su polla en lugar de a su cabeza. Te importaba más lo que él quería que lo que era mejor para la

empresa. Y eso —me señala con el dedo— es por lo que nunca serás el director ejecutivo que el King Group necesita.

—¿Y tú qué eres? Un hombre que casi echa a perder la reputación de la empresa porque era demasiado narcisista y codicioso como para anteponerla a todo lo demás. Un hombre que se acuesta con cualquiera que lleve falda.

—Estás dejando que se te note el rencor, hijo. Todas las mujeres con las que me acosté querían lo que yo les daba. Todas y cada una de ellas. —Aprieto los puños. El odio me recorre las venas. ¿Cuánto de este hombre sigue viviendo dentro de mí? ¿Heredé de él esa parte de mí que perdió el control con Chloe? ¿Su debilidad es la misma que la mía? Abro los puños a la fuerza. Ya tengo lo que buscaba al venir aquí. No hay necesidad de seguir sometiéndome a esto. Empujo la silla hacia atrás y me levanto—. ¿Te vas tan pronto? — Sabe que sus palabras me han afectado, y eso le hace feliz al muy cabrón. Lo que no se da cuenta es que he venido aquí precisamente por eso.

—Ha sido un placer, como siempre.

Él también se pone de pie y apoya las manos en la mesa para mantener el equilibrio.

—Saldré de aquí en unos años, y no me costará mucho convencer a la junta para que vuelva a ver las cosas a mi manera. Así que no te acomodes demasiado en esa silla de director ejecutivo, hijo. En el momento en el que bajes la guardia, en el momento en el que el mundo se dé cuenta de quién eres en realidad, verás lo rápido que se volverán contra ti.

Me tomo mi tiempo para abrocharme la chaqueta antes de mirarlo a los ojos.

—Eso no va a pasar. Al fin y al cabo, fuiste tú quien me enseñó a no bajar nunca la guardia. Es lo único que te agradezco.

Ahora tengo la mente despejada. Estoy concentrado. Les hago un gesto a los guardias para indicarles que hemos terminado y salgo, dejándolo atrás.

23

Chloe

Unas voces suenan en el pasillo, acercándose poco a poco, y mi corazón se dispara. Reconocería la profunda voz de barítono de Roman en cualquier parte.

Aparte de un fugaz vistazo que le he echado en la oficina de Cole al pasar por allí antes de comer, no le he visto esta mañana. Y no tengo ni idea de qué esperar después de lo de ayer. Tengo el estómago revuelto, los nervios de punta y las palmas de las manos húmedas de sudor.

Cuando los tres hermanos King doblan la esquina, la mirada de Roman se clava en la mía, y de inmediato me transporto a ese momento de anoche, a él sin camisa, con el brazo flexionado, sus ojos clavados en los míos.

Siento un calor que me invade por dentro, pero lo ignoro, aparto el recuerdo y me obligo a volver a centrar mi atención en la pantalla.

Roman y sus hermanos hablan unos minutos frente a la puerta de su despacho, y luego Cole —que ha vuelto esta semana de su baja por paternidad— y Tate se marchan, saludándome con un gesto al pasar.

—¿Puedo verte en mi despacho? —pregunta Roman. Como suele ocurrir, su expresión es indescifrable.

La aprensión que se arremolina en mi interior se intensifica un poco más. Trago saliva y asiento.

—Sí, señor.

Juraría que oigo chasquear sus dientes un instante antes de que se dé la vuelta y empuje la puerta para entrar en su despacho.

Tras una profunda inspiración, me levanto y lo sigo. Una vez dentro, cierro la puerta suavemente tras de mí y luego me giro y apoyo la espalda contra ella.

Él está de pie junto a su escritorio, con la chaqueta del traje desabrochada y las manos en los bolsillos. Cuando no me muevo, una emoción —algo casi parecido a la angustia— brilla en sus ojos.

—¿Me tienes miedo, Chloe? —¿Miedo de él? No. Aunque quizá tenga miedo de mí misma. Niego con la cabeza y doy un paso. Luego doy otro, observando su rostro mientras me acerco. Me detengo a unos metros de él.

—No te tengo miedo. Pero quería pedirte perdón. Nunca debí… Lo que hice fue…

Él también da un paso adelante, un movimiento que lo acerca tanto que tengo que levantar la vista para mirarlo.

—No hiciste nada. Yo no debí ponerte en esa situación.

Se toma su tiempo para estudiar mi rostro de una forma que hace que mi pulso se acelere y mi respiración se acorte. Y, aun así, no estoy tan nerviosa como lo habría estado si Geoff hubiera intentado acercarse tanto. Porque Roman tiene demasiado control. A pesar de ayer, a pesar de anoche. Quizá incluso gracias a lo de anoche, cuando me quedé aquí mirándolo y él no me presionó para ir más allá. No hizo nada más que darme a elegir entre irme o quedarme.

Incluso ahora, todos sus movimientos son suaves y comedidos. Su autocontrol me resulta increíblemente atractivo, aunque no sé muy bien por qué.

Me humedezco los labios y, en respuesta, un músculo se le contrae en la mandíbula. Se gira bruscamente y se aleja de mí.

—No volverá a pasar. No tienes que preocuparte por eso.

Conteniendo la respiración, doy un paso hacia él, tentada de deslizar mis dedos por su fuerte espalda para aliviar su repentina tensión. Pero no soy tan estúpida como para hacer otra cosa que no sea mantener las manos quietas.

—Lo sé. Fue… —Recorro la habitación con la mirada, buscando inspiración, alguna forma de superar esto—. Fue un momento de locura para los dos. Eso es todo. Deberíamos olvidarlo.

Me examina, con los labios apretados.

—¿Te parece bien? Si quieres que te busque otro puesto…

Me da un vuelco e corazón.

—N-no, no quiero eso. —Quiero conservar este trabajo. No solo porque necesito el dinero, sino también porque me gusta trabajar aquí. Me gusta trabajar para él. Independientemente de la atracción que siento por él, Roman me hace sentir segura.

Sus ojos recorren mi rostro. Luego, con un breve asentimiento, toma asiento detrás de su escritorio.

—¿Has contratado a una enfermera a domicilio para tu padre?

Una sonrisa se dibuja en mi rostro sin que pueda evitarlo.

—Sí. De hecho, vendrá esta noche a conocernos. —Carol fue encantadora por teléfono. Con un poco de suerte, mi padre se llevará mejor con ella que con Susan—. Nos acompañará a la primera infusión este fin de semana.

Se le levanta una comisura de los labios.

—Me alegro de oírlo.

Dios, es demasiado guapo. Me distrae.

—¿Necesitas algo más?

—No. Solo avísame cuando hayas confirmado nuestro itinerario definitivo para Niza.

El recuerdo de nuestro próximo viaje juntos me hace sentir un escalofrío, y es más que simple emoción por ir al extranjero por primera vez. Reprimo esa sensación.

No es una reacción especialmente apropiada, teniendo en cuenta lo que acabamos de decirnos.

—Ya casi he terminado. Solo estoy esperando la confirmación de una cena de trabajo con el director general de EcoTech el sábado por la noche.

Frunce el ceño.

—¿Una cena de trabajo?

—Era el único momento en el que estaba disponible. ¿Hay algún problema?

Coge un bolígrafo y da unos golpecitos con él en el escritorio.

—No, está bien.

—¿Prefieres salir a disfrutar de la noche en la ciudad? —La pregunta sale de mi boca antes incluso de que pueda procesar el pensamiento.

Clava sus ojos color mercurio en mí y se recuesta en la silla.

—Prefiero dedicar mi tiempo a trabajar. O a disfrutar de un buen whisky.

—¿A solas? —¿Qué me ha pasado? Tampoco es que esté coqueteando. Dios, ni siquiera sabría cómo coquetear con un hombre como Roman. Solo intento saber más sobre él. Por el trabajo, claro.

Hay un destello en sus ojos y se pasa una mano por la barbilla.

—Es difícil encontrar buena compañía.

—Eso tengo entendido. —Es hora de salir de aquí antes de meter la pata de verdad—. Te avisaré en cuanto se confirme la cena. —Dicho esto, me doy media vuelta y me retiro a toda prisa.

Me paso el resto del día atendiendo llamadas y ultimando los puntos de la charla de Roman para el almuerzo del segundo día de la exposición. Cuando llegan las cinco de la tarde, llamo a su puerta y espero a que responda antes de entrar.

Cuando cruzo el umbral, levanta la vista de su escritorio. Una vez más, lleva la chaqueta quitada y la camisa remangada. ¿Sabe lo sexy que está así?

—¿Te parece bien si me voy? Me gustaría llegar a casa a tiempo para la visita de la enfermera a domicilio.

—Por supuesto. Espero que todo vaya bien.

Me detengo en la puerta, sintiendo que la gratitud me inunda de nuevo.

—Gracias por organizar esto. Significa mucho para mí.

Su expresión severa se suaviza un poco, y la tensión de su mandíbula se relaja.

—Es una decisión empresarial inteligente.

Si cree que me engaña con esa frase, se equivoca. Ladeo la cabeza y sonrío.

—Entonces, gracias… por tomar una decisión empresarial tan inteligente. —Él suelta una risa casi a regañadientes ante eso—. Que pases un buen fin de semana, Roman —le digo en voz baja— . No trabajes demasiado.

Durante unos segundos, no puedo apartar la vista. Él también está concentrado en mí, y la intensidad vuelve a reflejarse en sus

rasgos. Finalmente, rompo el hechizo y me obligo a darme media vuelta y salir.

Cuando llego a casa, le preparo la cena temprano a mi padre y dedico unos minutos a ordenar antes de que suene el timbre.

—¿Es ella? —pregunta él desde su sillón.

—Sí. —Corro hacia la puerta y la abro de par en par.

La mujer de cabello oscuro que está fuera es un poco mayor de la mediana edad y luce una sonrisa radiante.

—Hola, soy Carol. Tú debes de ser Chloe.

—Hola, sí, pasa, por favor.

Al pasar a mi lado, ve el cuadro que cuelga en la entrada.

—Ah, me encanta. ¿Es de tu padre?

Le he contado un poco sobre él, incluyendo que es artista.

—Lo es.

Con los labios apretados en señal de concentración, lo examina.

—Se reconoce perfectamente que es Manhattan. Pero es como verlo a través de una lente diferente. Una más nítida.

—A mi padre le gustaba pintar las muchas facetas diferentes de la ciudad.

Aparta la mirada del cuadro y me dedica otra cálida sonrisa.

—Ojalá pueda pintar muchos más en el futuro.

La esperanza me invade.

—Me encantaría. Y a él también.

—Vale, vamos a conocer al artista —dice con un guiño.

—Papá —le digo al llegar al salón, —ella es Carol. Carol, este es mi padre, Rick.

—Hola, Rick. —Carol se acerca con paso seguro y se sienta en la silla frente a él—. Estaba admirando tu cuadro en el pasillo. Tienes mucho talento.

A él se le iluminan los ojos. A este hombre siempre le encanta hablar de su arte.

—Os dejo solos para que os conozcáis —digo—. ¿Quieres algo de beber, Carol? ¿Un té o un café?

—Un vaso de agua estaría genial, gracias.

Después de llevarle un vaso de agua a ella y otro a mi padre, me aparto para dejarlos solos. Apenas se fijan en mí: están demasiado

ocupados charlando. Ya me está dando buenas vibraciones Carol. Esta presentación parece casi una visita de cortesía. Aunque no se me escapa la forma en que Carol evalúa sus movimientos cuando él coge con cuidado el vaso.

Más tranquila, me dirijo a mi dormitorio para llamar a Lola. Hace demasiado tiempo que no tenemos ocasión de hablar. Y ella es la única persona en quien puedo confiar para contarle lo de Roman.

Una vez acomodada contra el cabecero, marco su número.

—Bueno, ponme al día —dice, ansiosa por tener tiempo para charlar, ya que Christopher está dormido y Jamie ha salido a buscar la cena—. ¿Cómo es la vida de la asistente de un multimillonario? Sigo teniendo mucha envidia de que te vayas a Francia. Necesito vivir la vida a través de ti. —Se ríe.

Juego con la colcha que tengo debajo, pensando por dónde empezar.

—Están pasando muchas cosas. Estoy ayudando a Roman a ultimar los detalles del viaje. Mientras estemos allí, nos reuniremos con los ejecutivos de una empresa que quiere adquirir, así que estamos muy centrados en eso. Pero… hay algo más.

Obviamente, como me conoce lo suficiente como para intuir que necesito su consejo, me empuja a seguir.

—Vale, suéltalo, pajarito. ¿Qué pasa?

Suelto un suspiro.

—¿Alguna vez te has sentido atraída por alguien de quien sabes que no deberías sentirte atraída en absoluto?

—¿Te refieres a que no es una buena persona, o a que es inapropiado sentirte atraída por él?

—Inapropiado.

—¿Inapropiado como que sea tu jefe?

Se me escapa una risita.

—¿Tan obvio es?

Ella resopló.

—He visto las fotos, Chloe. Roman King es guapísimo. Tendrías que estar ciega para no encontrarlo atractivo.

—Pero hay una diferencia entre encontrar a alguien atractivo y sentirse atraída por él.

—Sí, supongo que la hay. Entonces, ¿me estás diciendo que te sientes atraída por él?

Suspiro y apoyo la cabeza en el cabecero.

—Sí, y no debería estarlo. Es mi jefe, y es totalmente inapropiado.

—Puede que te sientas atraída por él, pero eso no significa que tengas que actuar en consecuencia. Puedes limitarte a admirarlo desde la distancia, ¿no?

—La cuestión es que… Ayer nos quedamos atrapados en un ascensor. Y ya sabes cómo me siento en espacios pequeños y oscuros. Él me estaba consolando, y… —Trago saliva, luchando por sacar las palabras.

—¿Y? ¡Venga, no me dejes con la intriga!

—Creo que casi me besó.

Lola se queda en silencio tanto tiempo que me preocupa que se haya cortado la llamada. Justo cuando estoy a punto de apartarme el teléfono de la oreja para comprobarlo, inspira hondo de forma audible.

—¿Crees que casi te besó?

—Bueno, estaba oscuro, pero sí, fue un… un momento decisivo.

—Y si lo hubiera hecho, ¿habrías correspondido al beso?

—No lo sé. —Cierro los ojos y suspiro—. No, eso no es justo. Hace que parezca un depredador. Sí, yo estaba allí con él. Si me hubiera besado, habría sido de mutuo acuerdo.

—Chica, no sé si aplaudir o decirte que salgas de ahí mientras puedas.

Aunque me duele la garganta, no puedo evitar reírme.

—Normalmente es tan comedido que verlo perder el control así fue un poco embriagador. Pero entonces el ascensor volvió a funcionar y los dos nos apartamos inmediatamente.

—¿Y te alegraste por eso o te decepcionó?

Me muerdo el labio, sopesando bien mi respuesta antes de pronunciarla.

—Me decepcionó. Aunque no habría llevado a nada bueno. —Hasta ahora, no tenía claro si contarle a Lola lo que pasó después, pero ya que me he sincerado con ella, me parece imprescindible

desahogarme y pedirle consejo—. Pero más tarde esa noche, lo pillé… ya sabes…

Ella suelta un sonido ininteligible.

—Vas a tener que explicármelo con más detalle, Chloe. ¿Qué estaba haciendo?

Bajo la voz hasta convertirla en un susurro, aunque estoy sola.

—Se estaba masturbando.

El silencio de sorpresa entre nosotras es ensordecedor, aunque el grito que ella suelta a continuación es mucho peor.

—¿Qué? —Rápidamente baja la voz, probablemente al recordar que hay un bebé durmiendo en su casa—. ¿Lo sorprendiste masturbándose? ¿En su despacho?

Siento que se me enrojecen las mejillas.

—Estaba en el baño, pero la puerta estaba entreabierta y…

—¿Lo hizo a propósito? ¿Sabía que ibas a entrar?

—No, no. Me había dicho que me fuera a casa, pero se me olvidó dejarle en la mesa un archivo que me había pedido. La puerta estaba cerrada, así que supuse que no estaba allí y entré. Fue culpa mía. Pero es que no esperaba que estuviera haciendo… eso.

—A ver, ¿cómo ibas a esperarlo? Bueno, ¿y qué hiciste?

Con el rostro crispado, me obligo a admitir la verdad.

—Me quedé mirando.

Se produce otro largo silencio.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —Su tono empieza siendo serio, pero luego se echa a reír—. Dios mío, Chloe. ¿Te quedaste mirando cómo se masturbaba tu jefe? ¿Y él te vio? ¿Qué pasó?

—Lo haces sonar tan sórdido… —Aunque no puedo evitar reírme también, porque tiene razón. ¿Quién demonios soy yo? Antes de ayer, nunca me habría imaginado haciendo algo ni remotamente parecido a eso—. Pero sí, me vio. A través del espejo.

—¿Qué dijo? ¿Se sintió avergonzado?

Una imagen de Roman, con la mirada fija en mi reflejo, aparece en mi mente, y el efecto que tiene en mí me hace apretar los muslos. No había ni una pizca de vergüenza en su expresión. Solo

puro deseo, y después… Tiemblo al recordar la expresión de su rostro mientras se corría con los ojos clavados en mí.

Carraspeo.

—Me dijo que me quedara o me fuera. Y después me dijo que dejara el expediente en su escritorio.

—Me he quedado sin palabras —dice ella, sin quedarse sin palabras en absoluto—. Chloe Callahan, ¿me estás diciendo que casi besaste a tu atractivo jefe multimillonario en un ascensor y luego lo viste masturbarse hasta el final? —Enfatiza la última palabra—. ¿Mientras él sabía que estabas allí? ¿Y luego solo te dijo que dejaras el expediente en su escritorio?

Dejo caer la cabeza sobre mi mano libre, con el corazón latiéndome con fuerza contra el pecho.

—Sí.

—¿Y lo hiciste?

—¿Qué? —pregunto, con la palabra amortiguada por mi mano.

—¿Dejaste el expediente en el escritorio? Porque a estas alturas, no me sorprendería que me dijeras que te le echaste encima allí mismo, en su baño.

Suelto una risa ahogada.

—Dejé el expediente y salí corriendo. Me daba tanta vergüenza…

—¿Por haberlo visto, o porque te pilló mirándolo?

—Por que me pillara. Porque, y no puedo creer que esté admitiendo esto, verlo hacer… eso fue una de las cosas más excitantes que he vivido nunca. —Arrugo la nariz—. Voy a ir al infierno, ¿verdad?

—No creo que ver a tu jefe masturbarse sea uno de los siete pecados capitales. Estás a salvo. Pero ¿qué ha pasado desde entonces? ¿Ha dicho algo al respecto?

—Hoy se ha disculpado y me ha dicho que no volverá a pasar. Dijo que entendería si quisiera buscar otro trabajo.

—Pero tú no quieres.

—No. ¿Es una tontería?

—Por supuesto que no. Me has contado lo genial que es tu trabajo. Y supongo que, mientras no te sientas amenazada por él y puedas seguir trabajando a su lado, está bien. Pero ¿de verdad crees

que eso es todo lo que va a pasar? Te atrae, y parece que él también se siente atraído por ti. ¿Y si él quiere más? ¿Y si tú también?

—Parecía bastante seguro cuando dijo que nunca volvería a pasar.

—¿Y puedes vivir con eso?

—Por supuesto. Obviamente, no puede haber nada entre nosotros. Y tienes razón: este trabajo es perfecto para mí. Puedo pagar el nuevo tratamiento de mi padre, y su enfermera a domicilio está con él ahora mismo. No voy a arriesgar todo eso con la esperanza de que el flechazo que siento por mi jefe pueda convertirse en algo más. —Niego con la cabeza, desbordada por la frustración conmigo misma—. Ni siquiera sé decir qué es lo que me atrae tanto de él. Es guapísimo, sí. Pero es muy distante y controlado. Debería resultar repulsivo.

—Ay, Chloe —dice ella, con un atisbo de tristeza en la voz—. Para serte sincera, no me sorprende en absoluto.

—¿Qué quieres decir?

—Eras solo una niña cuando tu madre se marchó, y desde entonces has tenido que cuidar de ti misma y de tu padre. Renunciaste a tu sueño de ser artista para poder conseguir un trabajo estable y ayudar a mantener la casa. Y cuando tu padre enfermó, volviste a centrarte por completo en cuidarlo. —Se me revuelve el estómago. Claro que lo hice. Cualquiera en mi lugar lo habría hecho—. Tiene sentido. Te han dado más de un golpe bajo, y eso solo ha hecho que te dé más miedo arriesgarte. Llevas años manteniéndote firme con todas tus fuerzas, intentando mantenerlo todo a flote. No es de extrañar que te atraiga un hombre que tenga el control. Alguien que pueda cuidar de ti. Mayor, pero no lo suficiente como para ser una figura paterna. Al fin y al cabo, lo último que quieres es a un chico inmaduro que espere que tú también cuides de él.

—Eso me hace parecer horrible —protesto—. Como si estuviera buscando un *sugar daddy.*

—No es eso lo que quiero decir. No necesitas a alguien que te mime, te pague el alquiler y te trate como un juguete. Necesitas a un hombre que te abrace, que te haga sentir segura, alguien que te

ayude a aflojar un poco el control sobre tu vida. Por supuesto que un hombre como Roman King, que irradia control, que puede afrontar cualquier reto sin pestañear, que puede sujetarte si tropiezas, te resultara atractivo.

¿Será cierto? No he tenido muchas relaciones, pero los hombres con los que he salido eran de mi edad, normalmente creativos, a menudo tipos luchadores. Y está claro que nunca funcionó con ninguno de ellos. Tampoco es que me importara mucho. Siempre me pareció que daban más trabajo del que valía la pena afrontar.

Quizá Lola tenga razón después de todo.

Dios, es demasiado en lo que pensar ahora mismo.

—¿Qué crees que pasará cuando estés en Francia? —pregunta.

Inspiro hondo.

—Nada. Dijo que no volvería a pasar, y le creo. Roman no es la clase de hombre que dice cosas que no siente.

—Bueno —dice, alargando la palabra—, pase lo que pase, o no pase, ten cuidado, Chloe. Entiendo lo magnético que debe de ser un hombre así. Pero tú eres la que más tiene que perder en esta situación.

Se me revuelve el estómago.

—Lo sé. Y créeme, no soy tan estúpida como para arriesgarlo todo por unos pocos momentos robados con un hombre que nunca querrá nada más que eso.

Ella inspira como si se estuviera preparando para responder, pero la interrumpe una voz más grave.

—Lo siento, tengo que irme. Jamie ha vuelto, así que voy a comer antes de que Christopher se despierte. Me sorprende que me haya dejado tanto tiempo para charlar. Llámame después de tu viaje y cuéntame todos los detalles. Por favor, dime que vas a viajar en primera clase.

Sonrío. Pase lo que pase, Lola siempre consigue que lo haga.

—En realidad, vamos a ir en su jet privado.

—¡Ahora solo intentas darme envidia!

Nos despedimos entre risas y luego regreso al salón para ver cómo les va a mi padre y a Carol.

Están sentados a la mesa y él está hojeando lentamente uno de nuestros viejos álbumes y contándole la historia que hay detrás de cada foto. Lo observo durante unos minutos. Parece mucho más alegre que cuando Susan está aquí. Mi corazón se llena de felicidad por él y de gratitud hacia Roman. Pero en el momento en que ese segundo sentimiento surge, lo reprimo.

Le estoy agradecida a Roman como mi jefe, pero en esa relación no hay lugar para mis sentimientos.

Espero haber captado el mensaje por fin.

24

ROMAN

Con un rugido de sus motores, mi jet se precipita por la pista y levanta el morro para elevarse hacia el cielo.

Chloe está sentada frente a mí, con el rostro iluminado mientras mira por la ventanilla. Su larga melena rubia, del color de la luz de la luna, está peinada en suaves ondas, y lleva una sudadera fina que casi se desliza por uno de sus delicados hombros. Cuando ha subido las escaleras del avión delante de mí, su trasero en forma de corazón, enfundado en esos vaqueros ceñidos, me ha hecho cerrar los puños con fuerza para evitar alargar la mano y tocarlo.

Aparto la mirada de ella y me vuelvo hacia mi portátil para repasar los puntos clave que ella ha recopilado para mi discurso de apertura. Menos de cinco minutos después, me encuentro distraído. Cuando mi embriagadora asistente está sentada frente a mí, robándome la atención, es la hostia de difícil concentrarse en los áridos detalles sobre la expansión del King Group hacia desarrollos sostenibles y el aumento del precio de las acciones que hemos obtenido al cumplir con nuestra responsabilidad corporativa global.

Ahora está examinando la cabina, pasando los dedos por el suave cuero de los reposabrazos de su asiento y no puedo resistirme a hacerle una pregunta.

—No es tu primera vez en un avión, ¿verdad?

Entrecierra un poco los ojos.

—He volado antes. Pero nunca en uno como este. Y nunca al extranjero.

—¿Te apetece una copa? Quizá te ayude a relajarte.

Ladea la cabeza.

—¿Tú te vas a tomar una?

Mañana nos espera un día muy largo. Si eso la ayuda a relajarse y a dormir toda la noche, me tomaré una copa con ella.

—Me apunto. —Pulso el botón de llamada y Carrie, nuestra azafata, entra con paso elegante en la cabina.

—¿Le puedo traer algo, señor King?

Su sonrisa es profesional, como debe ser. Cuando asumí el cargo de director ejecutivo, solicité rápidamente nuevo personal para el jet. Como era de esperar, el personal anterior de mi padre había sido contratado por algo más que sus habilidades de atención al cliente.

—Tomaré un whisky, y la señorita Callahan… —La miro con complicidad.

Ella se lleva la punta de la lengua al labio superior, lo que me provoca una inquietante oleada de deseo.

—Quizá yo también debería tomarme uno. Se supone que el whisky es bueno para dormir, ¿no?

Reprimo una sonrisa.

—Puede serlo. ¿Has bebido mucho whisky antes? —Puedo lidiar con una Chloe somnolienta. Una Chloe achispada sería tentar al destino.

—No. —Me observa durante un minuto y esos bonitos ojos bajan hacia mi boca, luego hacia mi pecho, antes de que se vuelva hacia Carrie y sonría—. ¿Me puede traer una manzanilla, por favor? —Con un gesto de asentimiento y una sonrisa, Carrie se dirige a la cocina.

—Entonces, ¿nada de whisky?

Chloe parpadea, con las mejillas sonrojadas.

—Creo que quizá el alcohol no sea una buena idea después de todo.

Supongo que no era el único preocupado por que el whisky pudiera difuminar los límites que habíamos redefinido. Pero, independientemente de lo que hayamos dicho, de las promesas que nos hayamos hecho de olvidar, el recuerdo de la noche en que ella me vio masturbándome sigue latente en el aire entre nosotros.

Debería volver al trabajo, pero su proximidad me distrae demasiado, así que cierro el portátil.

—¿Tu padre pinta principalmente paisajes urbanos?

Me mira parpadeando, y es evidente que no esperaba esa pregunta.

—Sí. Le apasionan los edificios. Construirlos no, claro —me dedica una de sus bonitas y sinceras sonrisas—, sino capturar su belleza. Su personalidad. Le encanta mostrar cómo cambia la ciudad día a día, hora a hora. —Su voz se suaviza, teñida de orgullo—. Los turistas solían comprar sus obras como recuerdo. Los lugareños las compraban porque les encantaba ver la ciudad a la que llaman hogar retratada de formas nuevas y hermosas.

Sus ojos brillan, su expresión es animada. Quiero que siga hablando. Que siga mirándome así.

—Me gustaría ver más obras suyas algún día.

Ella asiente, pero su alegría se apaga un poco.

—Cuando ya no pudo seguir pintando, tuvo que vender la mayoría, así que solo le quedan unas pocas.

—Debe de ser duro no poder hacer lo que le gusta.

—Lo es —dice, juntando las manos sobre el regazo—. Pero tengo la esperanza de que, con este nuevo tratamiento, pueda volver a pintar de nuevo, aunque sea solo un poco.

—¿Has dicho que le pusieron la primera infusión el fin de semana?

Sus hombros se hunden ligeramente.

—Sí. Fue un poco duro. La primera se la administran lentamente para asegurarse de que no haya reacciones adversas, así que estuvimos en la clínica unas horas. Y tuvo algunos síntomas similares a los de la gripe después. Al parecer, eso es normal. —Hace una mueca—. Me alegro de que Carol estuviera allí. Ya ha cuidado antes a alguien con artritis reumatoide, así que estaba familiarizada con el proceso y nos tranquilizó mucho.

Carrie regresa, lo que nos hace interrumpir nuestra conversación. Me tiende mi whisky, luego se vuelve hacia Chloe y le pasa una taza de la que sale vapor. Nos mira a los dos.

—¿Hay algo más que pueda servirles?

Chloe niega con la cabeza.

—Eso es todo. Gracias, Carrie —digo.

Cuando ella regresa a la parte delantera del avión, Chloe se lleva la taza a la boca, soplando delicadamente sobre el líquido antes de darle un pequeño sorbo.

Muy a mi pesar, me cautivan sus labios: su suavidad, la delicada curva al apoyarse contra el borde de la taza. Le doy un largo trago a mi propia bebida y una sensación de ardor se desliza por mi garganta mientras cierro los ojos y lo uso como distracción.

—¿El nuevo tratamiento revertirá su enfermedad?

—No se puede revertir —dice ella—. Pero puede entrar en remisión. En teoría, si logramos minimizar los brotes y controlar sus síntomas, eso evitará daños permanentes en sus articulaciones. Una vez que se reduzca la inflamación, tal vez incluso pueda sostener un pincel sin sentir dolor.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en saber si está funcionando?

—Su médico dijo que podríamos esperar mejoras iniciales unas semanas después de la primera infusión y, con suerte, mejoras significativas entre dos y tres meses después. Pero, para ser sincera —su expresión se ilumina aún más— he notado una diferencia en él incluso en estos últimos días. Se lleva bien con Carol, y creo que tener a alguien que le haga compañía y lo cuide durante el día, en lugar de limitarse a visitarlo de mala gana, lo ha animado mucho.

—Me alegro de oírlo.

Una sonrisa suave y dulce se dibuja en sus labios.

—Sé que ya te las he dado antes, pero gracias.

Es peligroso el modo en que me mira. Me hace querer más. Más de sus sonrisas. Más de su franqueza. Más de su aroma, de su tacto. Todas las cosas que no puedo tener. Las cosas que no debería querer tomar.

Pero, joder, las quiero.

—De nada —digo, con un tono más brusco de lo que pretendo—. Pero, como ya te he dicho, tiene sentido desde el punto de vista empresarial.

Sus cejas se arquean.

—Lo entiendo. —Le da un sorbo a su infusión y vuelve a girar la cara hacia la ventanilla. Decidido a mantenerme ocupado con el trabajo, tomo un poco de whisky y me muevo en mi asiento. Sin embargo, antes de que pueda abrir mi portátil, ella vuelve a hablar—. Supongo que ya has estado en Francia antes.

—Muchas veces.

—¿Solo por negocios, o también de vacaciones?

—Últimamente solo por negocios. Cuando era niño, mi familia solía visitar París, o íbamos al sur de Francia en verano.

—Debió de ser bonito. —Su comentario es inocente, y es una suposición que haría la mayoría de la gente.

En realidad, los recuerdos que guardo de nuestra estancia en Francia no son precisamente agradables.

—Mis hermanos y yo nos las arreglábamos para divertirnos, sobre todo cuando nuestra niñera estaba distraída.

Frunce el ceño.

—¿Tus padres no estaban con vosotros?

Suelto una risa amarga.

—Sí, pero apenas los veíamos. Mi padre estaba ocupado acostándose con cualquier jovencita guapa a la que pudiera seducir, y mi madre se pasaba la mayor parte del tiempo en el *spa* o en el bar.

Los ojos de Chloe se llenan de compasión, lo que inmediatamente me hace arrepentirme de mis palabras.

—Lo siento muchísimo.

Maldita sea. ¿Por qué he abierto la boca y se lo he dicho? Nunca comparto esos detalles con nadie que trabaje para mí. Con nadie en absoluto, salvo con mis hermanos de vez en cuando, ya que ellos estaban allí conmigo.

—Éramos unos niños ricos de vacaciones en Francia. No hay mucha gente que piense que necesitábamos compasión.

Ella ladea la cabeza.

—Hay cosas que el dinero no puede comprar. —Luego esboza una sonrisa—. Creo que ya hemos tenido esta conversación antes.

Ah, sí. El viaje en coche después de la reunión con Haverscombe. Su tono es la hostia de ligero como si estuviera utilizando ese recuerdo para desviar la conversación de mi familia.

—Sí, ya la hemos tenido. —Arqueo una ceja—. Y creo que acordamos estar en desacuerdo.

Ella se ríe, y el sonido me llega directo a las entrañas.

—Algo así. —Bosteza, levanta los brazos por encima de la cabeza y se estira. El movimiento hace que sus pechos se recorten contra la

tela de su sudadera, y el dobladillo se levanta lo justo para revelar un trozo de piel cremosa. Una piel que mis dedos están deseando acariciar. Rechino los dientes, demasiado consciente del dormitorio en la parte trasera del avión—. Creo que a lo mejor voy a poder dormir un poco —dice, dando un golpecito al reposabrazos del asiento en el que está sentada—. Estos se reclinan, ¿no?

—Sí, pero es mejor que te tumbes en una cama de verdad. Hay una ahí atrás —digo, señalando con la barbilla en dirección al dormitorio.

Pone los ojos como platos.

—¿De verdad?

—Una grande y cómoda —respondo, conteniendo una sonrisa ante la expresión de asombro de su rostro—. Ve a acostarte y descansa un poco. Vamos a empezar fuerte la jornada y no podrás sucumbir al *jet lag.*

Ella niega con la cabeza.

—Entonces, deberías ser tú quien use la cama. Yo me las apaño durmiendo aquí.

—Eso no va a pasar. —De todos modos, dudo que duerma más de unas pocas horas. Puedo hacer ejercicio aquí y echar una siesta rápida antes de aterrizar.

—Roman, soy tu asistente. No puedo dormir en tu cama. —No lo ha dicho con esa intención, pero sus palabras hacen que mi mente imagine todas las cosas que podría hacer en mi cama que no tienen nada que ver con dormir. Por cómo se le sonrojan las mejillas, es obvio que su mente se ha ido por el mismo camino—. Quiero decir, tú eres el director general. Es tu avión. Tú deberías quedarte con la cama.

Sigo atrapado en las imágenes prohibidas que sus palabras han evocado. Si no pongo algo de distancia entre nosotros ahora mismo, existe la posibilidad de que haga algo de lo que los dos vamos a arrepentirnos. Me echo hacia delante y compongo un expresión seria.

—Chloe. Si no te metes en mi cama por tu propia voluntad, te echaré sobre mi hombro y te meteré allí yo mismo.

Sus labios se entreabren y luego traga saliva con dificultad. Joder. Eso solo ha conseguido que las imágenes sean aún más vívidas.

—¿Y si intento escapar? —Su voz es suave y ronca.

Estamos rozando una línea que ya es demasiado difusa. No sé si es bueno o malo que no sea el único que está esforzándose por recordar que esto es una idea terrible.

No puedo evitar echar un vistazo a su boca antes de obligarme a mirarla a los ojos.

—Puede que tenga que atarte. —La imagen mental es suficiente para que una oleada de excitación me recorra el cuerpo.

Con un suspiro entrecortado, ella cierra los ojos, y sus pestañas oscuras le acarician las mejillas sonrojadas. Cuando se levanta, sus pezones se han endurecido hasta convertirse en pequeños puntos, claramente visibles a través de su sudadera, y lo único en lo que puedo pensar es en saborearlos.

—Te agradezco que me dejes quedarme con la cama —dice, con la voz ligeramente entrecortada—. Creo que me vendría bien descansar.

Asiento, con los músculos tensos por el esfuerzo que me cuesta no estirar el brazo y pegarla a mí. Es mejor para los dos que ella esté fuera de mi vista durante las próximas horas. Pero cuando pasa junto a mí de camino a la parte trasera del avión, no puedo evitar agarrarle la muñeca. Se le corta la respiración y mira hacia abajo, hacia el lugar donde la estoy tocando.

Sin permitirme pensar demasiado en lo que estoy haciendo, le acaricio la delicada piel con el pulgar, saboreando el latido de su pulso.

—Que duermas bien.

Antes de que tenga oportunidad de responder, la suelto y vuelvo a concentrarme en mi portátil. Ella vacila un momento, paralizada a mi lado, pero luego, con un sobresalto, se da media vuelta y se aleja.

La tensión no abandona mi cuerpo hasta que la puerta se cierra con un clic tras ella.

25

Chloe

Cinco horas más tarde, estoy aturdida y un poco desorientada. La cama de matrimonio era increíblemente cómoda y la ropa de cama, fresca y suave, pero he dado vueltas en la cama durante un buen rato antes de quedarme dormida. No solo porque no estoy acostumbrada a acostarme tan temprano, sino también porque era muy consciente de que Roman estaba al otro lado de la puerta. Estar tumbada en una cama de lujo, sabiendo que él estaba tan cerca, ha hecho que todas esas fantasías que he estado intentando reprimir a toda costa se arremolinaran en mi cabeza.

No era precisamente lo más propicio para conciliar el sueño.

Cuando salgo del dormitorio, lo encuentro tecleando en su ordenador.

—¿Has dormido algo? —La culpa me corroe. Debería haber insistido en que ocupara la cama.

—He dormido un par de horas. —No hay ni un atisbo de cansancio en sus ojos. ¿De verdad está este hombre tan acostumbrado a trabajar toda la noche? Sophie me advirtió que es un adicto al trabajo, y sin duda he sido testigo de su empuje, pero ¿alguna vez se toma un descanso? ¿Cómo se relaja un hombre como Roman?

Ojalá lo supiera. No puede ser saludable para él trabajar tan duro y durante tanto tiempo. Si lo supiera, podría ayudarlo a evitar el agotamiento. Podría asegurarme de que tuviera más tiempo para aquello que lo anime a desconectar.

Seguramente eso forma parte de mi trabajo, ¿no?

Carrie sale y nos ofrece el desayuno. Es extraño, ya que en Nueva York es plena noche. Pero aquí, volando hacia el este sobre el vasto océano Atlántico en dirección a Francia, la oscuridad de la noche está dando paso poco a poco a los primeros indicios del amanecer, y

el cielo pasa de tonos azul oscuro y púrpura a los primeros rayos de rosas y naranjas intensos.

El deseo de capturar la belleza de este momento se remueve en mi pecho. Una necesidad de inmortalizarlo en un lienzo. La sensación es familiar y desconocida al mismo tiempo. Hacía años que no sentía unas ganas tan intensas de pintar.

Contemplo el amanecer por la ventanilla hasta que Carrie regresa con nuestro desayuno unos minutos más tarde. Roman y yo tomamos huevos escalfados sobre tostadas, acompañados por un poco de beicon. Normalmente no desayuno mucho, pero hoy va a ser un día ajetreado y necesito fuerzas.

La conversación mientras comemos gira en torno a cómo se presenta el día y medio que nos queda. Milagrosamente, me encuentro centrada principalmente en eso, en lugar de en cómo su cabello oscuro está un poco revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él. O en cómo la barba de incipiente en su mandíbula me da ganas de deslizar mis dedos por ella para sentir el cosquilleo contra mi piel.

Una hora más tarde, aterrizamos en Niza. Hay un coche esperándonos y, después de que el conductor haya cargado nuestras maletas en el maletero, nos acomodamos para el trayecto hasta el hotel.

El paisaje es espectacular mientras circulamos por lo que Roman me dice que es la Promenade des Anglais, que discurre a lo largo de la costa. El mar azul y resplandeciente se extiende hasta el horizonte a mi derecha, mientras que el lado izquierdo de la carretera está bordeada de palmeras, hoteles de lujo, restaurantes y zonas residenciales.

Aunque aún es muy temprano cuando nos acercamos al Azure Marquis Hotel; los miembros del personal están listos y esperándonos bajo un pórtico. Al salir del coche, el suave murmullo de las olas, el ligero aroma a sal en el aire y la cálida brisa relajan inmediatamente mis músculos tensos.

No tengo mucho tiempo para disfrutar del impresionante vestíbulo del hotel. El registro es rápido y, antes de que me dé cuenta, nos llevan rápidamente a nuestras *suites*.

—Tenemos media hora para refrescarnos —dice Roman cuando nos acercamos a nuestras habitaciones—. Nos encontraremos abajo cuando termines.

Tengo tiempo suficiente para darme una ducha, menos mal. Aunque después no vaya a quedarme mucho para maquillarme y ponerme presentable.

Le echo un vistazo a la habitación y, cuando la puerta se cierra detrás de mí, me freno en seco.

—Vaya —susurro, aunque estoy sola.

Las cortinas largas y transparentes se hinchan con la cálida brisa con aroma a mar que entra por la ventana abierta. Fuera, el agua es de un azul vibrante que me hace desear irme a nadar en lugar de asistir a la conferencia.

Ojalá… Me sacudo rápidamente esa fantasía. Tengo que poner mi mejor cara para esto. No quiero decepcionar a Roman y, aunque he dormido un poco en el avión, mi cuerpo sigue creyendo que es plena noche.

Dentro del enorme cuarto de baño con azulejos de mármol, abro el grifo de la ducha y me quito la ropa mientras espero a que el agua se caliente. El chorro de agua caliente es increíble. Daría casi cualquier cosa por quedarme bajo él hasta que se enfriara, pero el tiempo apremia.

Una vez que me he lavado rápidamente, me seco y me visto. Probablemente he traído demasiado equipaje, pero como nunca he viajado al extranjero por trabajo, no estoy del todo segura de qué debo ponerme para cada actividad, así que he metido varias opciones en la maleta. Esta mañana elijo una blusa ligera de color azul pastel, unos pantalones negros ceñidos y unos zapatos negros. Normalmente llevo tacones para ir a trabajar, pero no sé cuánto tiempo voy a estar de pie o andando, y no quiero que mis pies me odien al final del día.

Me maquillo rápidamente y luego me recojo el pelo en una coleta. Tras echar un último vistazo al espejo, cojo mi tableta y bajo al vestíbulo.

Roman ya está allí, con un aspecto impecable, como si acabara de entrar en su oficina tras una noche de sueño reparador en su ático.

Si no fuera tan guapo, sería exasperante.

Levanta la vista de su teléfono cuando me acerco, y su mirada recorre mi cuerpo de una forma que me deja sin aliento. No es mi imaginación: desde aquel día del que no se debe hablar, no se ha esforzado demasiado por ocultar la forma en que me mira. No es con lascivia, como la de Geoff, ni me hace sentir sucia. En cambio, me provoca un cosquilleo eléctrico en la piel y una oleada de calor por las venas.

Teniendo en cuenta lo a menudo que me sorprendo mirándolo, ni se me ocurriría quejarme de esa atención.

—Te he traído un café —dice, cogiendo un vaso de papel de la mesa que tiene al lado.

Le sonrío, y tengo que estirar el cuello aún más de lo habitual, ya que no llevo tacones.

—¿No se supone que ese es mi trabajo?

Esa boca tan seductora suya se curva hacia arriba.

—He pensado en trabajar yo por una vez.

Me doy cuenta de nuevo de cómo se le suavizan los ojos cuando sonríe. Puede que no deje que se le escape esa expresión a menudo, pero cuando lo hace, el corazón me da un vuelco en el pecho.

De repente, desesperada por beber algo, le cojo el café y me lo llevo a la boca. Sin embargo, la forma en que se queda contemplándome mientras lo hago es abrumadora, y le doy un sorbo demasiado grande, lo que hace que se me derrame un poco.

Trago apresuradamente y luego me lamo los labios antes de que pueda caer sobre la blusa. Debo de haber dejado escapar una gota, porque Roman extiende la mano y pasa el pulgar por debajo de mi boca.

—¿Está bueno? —Su voz es grave.

—S-sí —tartamudeo, sintiendo cómo se me enrojecen las mejillas.

Ahí está esa sonrisa otra vez, y ahí está mi corazón dando un salto que no debería dar.

—¿Estás lista? —pregunta.

Tras inspirar hondo para recomponerme, asiento una vez.

—Tan lista como podría estarlo.

—Vale, vamos. —Me pone la mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia la entrada.

El coche que nos espera en la puerta nos lleva a una gran sala de exposiciones. Por el camino, repasamos el plan otra vez. Quiere asistir a varias charlas y exhibiciones a lo largo del día, algunas de las cuales se celebran simultáneamente. Cuando haya conflictos de horario como ese, nos separaremos y yo iré a una en su nombre para tomar notas o hacer preguntas.

Esta noche va a cenar con Ellis Anderson, el director general de EcoTech. No hace falta que yo vaya, así que tengo pensado dar una vuelta por la zona y luego buscar un buen restaurante local para cenar yo sola.

Mañana por la mañana hay unas cuantas conferencias más antes del almuerzo, donde Roman pronunciará su discurso. Después de eso, iremos al hotel y cogeremos el vuelo de regreso a casa. Llamar a esto una visita relámpago es quedarse corto, pero sigo emocionada de estar aquí.

Durante las primeras horas, asistimos juntos a los debates y charlas. Una vez que llega la hora de separarnos, me quedo con la lista de temas que le interesan y las preguntas que necesita que le respondan para no olvidarme de nada.

Varias horas más tarde, mis fuerzas están flaqueando. He tomado tantas notas como he podido, además de fotos y vídeos cuando me lo han permitido. A estas alturas, me he hecho una buena idea de las prioridades de Roman y he hecho todo lo posible por captar sus principales puntos de interés.

Me reúno con él de nuevo para la sesión de la tarde, en la que me cuesta más de lo que debería mantener los ojos abiertos. Se echa hacia mí, y siento su aliento cálido en mi oreja.

—Ya has hecho suficiente por hoy. ¿Por qué no te vas al hotel después de esto y te echas una siesta? Te lo has ganado.

—¿Y tú? —le susurro, peligrosamente consciente de lo cerca que están nuestras caras. Si levantara la mía un ápice, mi boca rozaría su mejilla.

—¿Y yo qué?

—Tú también debes de estar agotado. Apenas has dormido en el avión.

—No tienes que preocuparte por mí, Chloe —murmura—. Tengo mucho aguante.

Me quedó sin aliento ante la insinuación, y una oleada de calor me recorre el cuerpo. Pero a mi lado, Roman se endereza y devuelve su atención hacia el orador como si sus palabras no estuvieran cargadas de doble sentido.

Con un profundo suspiro, me desplomo en mi silla. Estoy haciendo todo lo posible por olvidar aquella noche en su oficina, pero ¿cómo se supone que voy a hacerlo cuando dice cosas así? ¿Cuando me llena la cabeza de imágenes? ¿Imágenes de su gran cuerpo moviéndose sobre el mío, haciéndome sentir bien una y otra vez?

Antes de echar una siesta, quizá tenga que ocuparme de mí misma. El mero hecho de sentarme a su lado es suficiente para ponerme a mil. Su olor, el roce de su brazo contra el mío, todo ello pone mis terminaciones nerviosas en estado de máxima alerta.

Al final de la charla, me acompaña hasta la salida; su altura y su imponente presencia detrás de mí bastan para despejar el camino en la abarrotada sala.

Acabamos de cruzar la puerta cuando el sonido de alguien llamando a Roman nos detiene. Al mirar a mi alrededor, veo a Ellis Anderson, director ejecutivo de EcoTech. Es un hombre mayor, y lo reconozco al instante por el trabajo que he estado haciendo en la adquisición.

—Ellis. —Roman le tiende la mano—. Me alegro de verte.

—Igualmente. —Ellis le agarra la mano y se la estrecha—. ¿Estás disfrutando del congreso?

—De momento ha sido muy interesante. Tengo muchas ganas de ver el resto. Y de que llegue nuestra cena de esta noche.

Aprieto los labios para no sonreír, sabiendo lo poco que le gustan las cenas de trabajo.

—Yo también. —La respuesta de Ellis está llena de lo que parece un entusiasmo genuino—. Tenemos mucho de qué hablar. Pero también tengo muchas ganas de conocerte en el ámbito personal. La

filosofía de EcoTech es importante para mí. Quiero asegurarme de que vaya a parar a la empresa adecuada.

Roman asiente.

—Mi intención es demostrarte que King Group es la opción adecuada para ello.

Ellis se vuelve hacia mí.

—¿Y quién es esta encantadora joven?

A diferencia de otros hombres que me han mirado con lascivia al hacerme la misma pregunta, su expresión es abierta y amistosa.

—Soy Chloe Callahan —digo, estrechándole la mano cuando él me la tiende—. La asistente de Roman.

Arqueando una ceja, Ellis mira a Roman.

—¿Te llevas a tu asistente a todas partes? ¿No se considera eso un castigo cruel e inusual? —Se ríe entre dientes.

—Ay, no, en absoluto —digo antes de que Roman tenga oportunidad de responder—. Ha sido muy interesante.

—¿Sabes? —dice Ellis, con expresión pensativa—, iba a preguntarte si te importaría que mi mujer se uniera a nosotros en la cena de esta noche. Está acostumbrada a las conversaciones de negocios, así que no le molesta. Pero quizá a Chloe también le gustaría acompañarnos. Hacerle compañía. Estoy seguro de que lo agradecería.

Con un nudo en el estómago, miro a Roman, tratando de calibrar su reacción. Tiene el ceño fruncido y, como de costumbre, su expresión es difícil de descifrar. Pero sabiendo lo mucho que desea adquirir EcoTech, sigo mi instinto.

—Muchas gracias. Me encantaría.

Ellis sonríe.

—Maravilloso. Tengo que irme. Pero espero veros a los dos esta noche.

Después de despedirnos, me vuelvo hacia Roman.

—¿Ha estado bien? No estaba segura de qué querías que hiciera.

Un músculo le palpita en la mandíbula y me preparo para su irritación, pero no llega.

—¿Tienes algo que ponerte?

—Me he traído un montón de ropa. Creo que tengo un vestido que servirá.

—Estoy seguro de que estarás preciosa con cualquier cosa que elijas. —Me sorprende apartándome un mechón de pelo que se me ha soltado de la coleta, rozándome la mejilla con el pulgar. Ese roce tan ligero me deja sin aliento y hace que mi corazón vuelva a latir con fuerza—. Tienes ojeras —dice en voz baja—. Ve al hotel, relájate…, duerme si puedes. No podemos permitir que te desmayes en la mesa esta noche. —Trago saliva para aliviar mi garganta, que de repente se ha secado. Con tanta gente alrededor, ¿cómo es posible que un momento resulte tan íntimo? Como si se acabara de dar cuenta de lo mismo, Roman aparta los dedos y baja la mano. Da un paso atrás, aunque mantiene la mirada clavada en mi rostro—. Vete. Puedo encargarme del resto de la tarde yo solo. —Estoy en conflicto conmigo misma. Por un lado, me siento como una muñeca de trapo y no sé de qué serviré si apenas estoy despierta. Por otro, no quiero decepcionar a Roman. Me necesita aquí y ahora me está diciendo que me vaya a dormir toda la tarde. Me parece mal—. Deja de darle vueltas. Como eres mi cita de esta noche, prefiero que estés bien descansada. Quiero que te pongas al día con Ellis.

Eso es todo lo que hace falta para convencerme. Si quiero ser de alguna ayuda esta noche, necesito una siesta.

—Vale, me voy.

Se mete las manos en los bolsillos y asiente.

—Bien. Yo terminaré aquí, luego iré al hotel a cambiarme y llamaré a tu puerta a las siete y media.

Un nudo de nervios me oprime el estómago. A pesar de cómo lo ha expresado, esta noche no es una cita. Y, sin embargo, es difícil calificar de otra cosa el hecho de arreglarme y cenar con Roman en un elegante restaurante francés.

Inspiro profundamente y retengo el aire en los pulmones, recordándome a mí misma que esto es solo trabajo.

Aunque sienta un cosquilleo en el vientre.

26

ROMAN

Que Chloe viniera a cenar esta noche con nosotros no formaba parte del plan. No creo que haya llevado nunca a una asistente a una cena de trabajo, pero como ha sido sugerencia de Ellis, he aceptado, aunque, en el mejor de los casos, su presencia me distraiga; y eso que necesito estar concentrado como esta noche.

A las siete y media, llamo a su puerta.

Cuando se abre, me quedo sin aliento.

Parece el pecado encarnado con el envoltorio más inocente.

Su cabello se desliza en suaves ondas sobre sus hombros, que están desnudos salvo por los finos tirantes de un vestido color crema. El corpiño es recatado, pero es imposible no fijarse en el contorno de sus pechos bajo la fina tela. El vestido se ciñe a su cintura y luego se ensancha en las caderas hasta llegar justo por encima de las rodillas.

Su maquillaje es un poco más intenso de lo habitual, lo que resalta el color de sus ojos. Y el sutil brillo rosado de sus labios me hace imaginar lo rápido que podría quitárselo a besos.

Sentarme a su lado así va a ser una tortura. ¿Cómo se supone que voy a concentrarme en las negociaciones de EcoTech, cuando estaré peleándome con mis instintos para no tocarla?

—Estás preciosa. —Es quedarse corto, pero hacerle ese sencillo cumplido es más seguro que decirle que está para comérsela. Y no lo digo en sentido figurado. Lo digo en el sentido de que quiero arrodillarme, bajarle las bragas y satisfacer por fin esta hambre que no deja de crecer dentro de mí.

Me dedica una sonrisa, con las mejillas sonrosadas.

—Gracias. Tú estás muy… eh…. —Me echa un vistazo de arriba abajo, deteniéndose un momento en el botón superior de la camisa, que llevo desabrochado—. Muy guapo.

Un escalofrío de calor recorre mi cuerpo. Incapaz de ignorarlo, agacho la cabeza.

—Gracias. —Una vez más, la tensión crepita en el aire entre nosotros; es una sensación que me recorre la piel y me oprime la base del pene. En lugar de ceder al impulso de deslizar mi mano entre su cabello y pegarla a mí, señalo los ascensores—. ¿Vamos?

El restaurante es uno de los mejor valorados de la zona y, como está situado en el propio hotel, no tengo que sufrir el trayecto en coche con Chloe, en el que tendríamos que sentarnos uno al lado del otro y me vería obligado a inhalar su aroma mientras le ruego a Dios que ponga a mi lado a cualquier otra persona que no sea mi puñetera asistente.

Una vez dentro del restaurante, le doy mi nombre al *maître* y él nos guía hasta la mesa donde Ellis y una elegante mujer pelirroja de su misma edad están sentados ya.

Se levanta cuando llegamos y me da la mano, con un apretón firme. Luego nos presenta a su esposa.

—Jasmine, estos son Roman y su asistente, Chloe.

Chloe sonríe cálidamente y Jasmine corresponde a su gesto.

—Es un placer conocerte. Convencí a Ellis para que me dejara acompañarlos porque me moría de ganas de probar este restaurante, pero hablar de negocios hace que la velada resulte muy aburrida.

La risa ligera y melodiosa de Chloe me ilumina por dentro. Me sorprendo a mí mismo observando su perfil cuando debería estar concentrado en los asuntos de esta noche, y por la forma en que se ha aguzado la expresión de Ellis, se ha dado cuenta.

Mantengo el gesto impasible, aunque me asalta una idea: ¿tiene algún motivo oculto para invitar a Chloe a cenar esta noche? La ética es una prioridad para él. No me extrañaría que estuviera tratando de discernir cuál es la naturaleza exacta de mi relación con ella.

Cuando nos acomodamos en nuestros asientos, aparece un camarero con las cartas de comida y de vinos. Dejo que Ellis elija una botella y, tras unos minutos revisando las opciones, pedimos.

La comida está exquisita, como era de esperar. Y mientras Ellis y Jasmine mantienen una conversación ligera al principio, yo estoy

impaciente por llevar el tema hacia asuntos de negocios. Discretamente, Chloe me evalúa. Y juraría que esa maldita mujer puede leerme la mente, porque con un imperceptible movimiento de la barbilla, se vuelve hacia Jasmine y entabla una conversación con ella sobre los lugares de Francia que ha visitado, lo que me permite abordar por fin el tema que me ha llevado a esta cena.

Ellis debe de tener la misma idea porque le da un sorbo al vino y centra su atención en mí.

—Es un placer hablar contigo en un ambiente más informal. Estoy seguro de que convendrás en que puede resultar difícil calibrar a un hombre desde el otro extremo de una mesa de reuniones.

Asiento. Ellis es inteligente. No me cabe duda de que, a pesar de su actitud afable, está observando atentamente cualquier indicio de que el King Group no sea la elección adecuada para esta adquisición.

—Estoy de acuerdo. Y me alegro de que tengamos la oportunidad de hablar de lo que, con suerte, podría ser una nueva era para los dos.

Ellis da unos golpecitos con el pulgar en la mesa.

—Entrar en nuevas eras no siempre es fácil, ¿verdad? Especialmente cuando llevamos el legado de otros sobre nuestros hombros.

No soy de los que escapan de los temas desagradables, y está claro que se refiere a mi padre, así que le doy una respuesta relativamente directa.

—Las decisiones de mi padre han sido… difíciles de afrontar.

Me observa, con expresión pensativa.

—Escapar de su sombra no debe de haber sido fácil.

—No —admito. —Pero creo que mis hermanos y yo lo hemos conseguido. Nos centramos en construir nuestro propio futuro, en lugar de pensar solo en expandir el imperio que nuestro padre dejó atrás.

Asiente y le da otro sorbo al vino.

—Como puedes imaginar, mi prioridad es garantizar que EcoTech siga operando bajo los más altos estándares éticos. Para nosotros, la sostenibilidad no se limita a la tecnología, sino que también tiene que ver con la responsabilidad corporativa.

—Y esa es exactamente la postura de mis hermanos y la mía. La transparencia y la integridad son la base de todo lo que hacemos.

Sus labios esbozan una pequeña sonrisa.

—Esos son los valores que encajan con nuestra visión del futuro de EcoTech. Creo que existe un gran potencial para una colaboración significativa entre EcoTech y el Grupo King.

—Espero que podamos hacerla realidad.

El camarero se acerca para retirar los platos vacíos y, una vez que termina, Jasmine se vuelve hacia Chloe.

—Creo que voy al baño a retocarme un poco antes del postre. ¿Te apetece acompañarme?

Chloe me mira y luego se vuelve de nuevo hacia Jasmine.

—Por supuesto.

Cuando las dos se disculpan y se van, me cuesta más de lo que debería no mirar a Chloe. Lo consigo, pero cuando vuelvo a fijar la vista en Ellis, queda claro que el ambiente ha cambiado.

Vuelve a beber vino y me observa. Luego deja la copa sobre la mesa y carraspea.

—Si no te importa, Roman, me gustaría hablar con franqueza un momento. —La tensión se enrosca en mi nuca y se intensifica— . Chloe parece una joven encantadora, y estoy seguro de que es una asistente muy capaz y dedicada. Pero, dada la historia de tu padre, sus prácticas empresariales no son lo que más me preocupa. Sus… dinámicas interpersonales eran bien conocidas por muchos de nosotros. Para ser sincero, es una de las razones por las que nos hemos mantenido al margen del King Group en el pasado.

Siento un peso de plomo en el estómago, pero asiento.

—Mi relación con Chloe es estrictamente profesional.

—Lo respeto, pero este tipo de relaciones entre un director ejecutivo y una asistente cercana a veces pueden malinterpretarse.

Contengo mi frustración y elijo mis palabras con cuidado.

—He aprendido de los errores de mi padre. No solo de sus fracasos empresariales, sino también de los personales. No tengo intención de seguir sus pasos.

La expresión de Ellis se suaviza un poco.

—Siento haber tenido que sacar a colación un tema tan incómodo. Pero estoy seguro de que entiendes que los actos de un líder dentro de su propia empresa a menudo reflejan sus valores fuera de ella. Tengo que tomar decisiones para el futuro de mi propia empresa basándome en lo que creo que es mejor para ella.

—Por supuesto. Los dos tenemos en mente el interés de nuestras empresas.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

Antes de que tenga oportunidad de responder, Chloe y Jasmine regresan. Una vez sentadas, Jasmine se vuelve hacia su marido.

—Chloe me estaba contando que su padre es pintor. ¿No es maravilloso?

Él le sonríe a mi asistente.

—Desde luego que sí. ¿Qué pinta?

—La mayor parte de su obra se centra en Nueva York. Le gusta capturar la belleza oculta de la ciudad.

Los ojos de Jasmine se iluminan.

—Qué forma tan bonita de expresarlo. ¿Y se expone su obra en alguna galería?

Chloe se mueve en su asiento. A pesar de lo delicado del tema, no pierde su agradable sonrisa. Soy yo quien se esfuerza por controlar sus emociones. Me invade un impulso ridículo de acariciarle la nuca, de pasar mi pulgar por su piel cálida, de tranquilizarla de alguna manera.

—No, solía tener un pequeño estudio y vendía allí sus obras. Luego pasó a vender principalmente por Internet. Pero se está tomando un descanso por un tiempo.

Reclinándose en su asiento, Ellis pasa el brazo por encima del respaldo de la silla de su mujer.

—¿Alguna vez te tentó seguir sus pasos?

Chloe le da un pequeño sorbo a su vino.

—Cuando era más joven, quería hacerlo. Pero…, bueno —me mira de soslayo, tan rápido que casi no me doy cuenta—, tuvimos algunos problemas y decidí que prefería tener un trabajo estable.

Se me encoge el corazón en el pecho al oír esa confesión. No lo sabía y ni siquiera se me había ocurrido preguntárselo. Que Chloe no

haya podido cumplir los sueños de su infancia por culpa de la enfermedad de su padre no debería molestarme, pero la opresión en el pecho me dice que sí me molesta. Y mucho.

—¿Pintas por diversión, al menos? —pregunta Jasmine—. Siempre he deseado ser más creativa, pero, por desgracia, no he sido bendecida con esa clase de talento. He tenido que conformarme con ser mecenas de las artes. —Termina con una sonrisa dirigida a su marido.

El hombre mayor se ríe entre dientes.

—Tantos cuadros, tan pocas paredes.

Es poco probable que ninguno de los dos se dé cuenta de cómo se ensombrece la expresión de Chloe porque mantiene un tono desenfadado.

—Ya sabes cómo es. La vida es muy ajetreada. La verdad es que no tengo tiempo para aficiones.

—Es una pena —dice Jasmine—. Pero lo entiendo. Una joven como tú probablemente tenga una vida social muy ajetreada. Cuando tu jefe no te está dando caña, claro. —Me guiña un ojo.

Esa es otra cosa que no sé de mi asistente. ¿Tiene alguna oportunidad de pasar tiempo con amigos, de salir, de tener citas? Se me tensa la mandíbula al imaginarla sentada en un restaurante como este con otro hombre, obsequiándole esa bonita sonrisa. O quizá ligando con alguien en una discoteca. ¿Suele ir a discotecas? Está claro que su padre es su máxima prioridad, así que no me la imagino pasando mucho tiempo de juerga por la ciudad.

No saber qué hace fuera del trabajo me irrita mucho más de lo que debería. Siento que debería saberlo. Como si debiera habérselo preguntado. Como si debiera haberme asegurado de que tenga tiempo para relajarse. Incluso en este viaje, el primero que hace a Europa, no ha podido disfrutar de las vistas ni de la cultura.

—Bueno, ya que estamos en Francia, tengo que preguntártelo. ¿Has estado alguna vez en el Louvre? —pregunta Ellis.

—Ah, sí —interviene Jasmine—. Es uno de mis lugares favoritos para visitar cuando estamos en París.

—En realidad, esta es mi primera visita —dice Chloe—. Pero me encantaría verlo algún día.

—Sí, tienes que ir sin falta —insiste Jasmine.

El camarero regresa con el postre. Yo solo he pedido una copa de moscatel, pero Chloe va a tomar la *tarte tropézienne,* un *brioche* dulce relleno de una mezcla de crema pastelera y crema de mantequilla, con azúcar glas espolvoreado por encima.

Estar a su lado mientras se la come pone a prueba mi autocontrol. Los ruidos de satisfacción que hace, la forma en que se lame el azúcar de los labios hacen que mi pene se hinche contra la tela de mis pantalones.

En lugar de obsesionarme con lo dulce que sabría si la besara ahora mismo, me obligo a centrarme en el motivo por el que estoy aquí y le pido a Ellis detalles sobre las previsiones financieras de EcoTech para los cinco próximos años.

Una vez que hemos terminado el vino y el postre, Ellis y yo discutimos educadamente sobre quién va a pagar la cuenta. Gano yo, por supuesto. Y después de que el camarero me devuelva la tarjeta, echamos hacia atrás las sillas y nos levantamos de la mesa.

Resisto el impulso, ahora casi instintivo, de poner mi mano en la parte baja de la espalda de Chloe mientras acompañamos a Ellis y a Jasmine al vestíbulo.

Ellis me da la mano y se acerca a mí.

—Gracias por la cena… —murmura—, y por la conversación tan esclarecedora. Me gustaría que nos viéramos en un contexto más formal la próxima vez que vaya a Nueva York.

Una sensación de triunfo me recorre las venas.

—A mí también me gustaría. Ponte en contacto conmigo cuando tengas confirmados tus planes de viaje y concertaremos una reunión.

Asiente y se vuelve hacia Chloe.

—Ha sido un placer conocerte. Espero verte pronto.

Ella le dedica una cálida sonrisa.

—Yo también lo espero. —Una vez que Ellis y Jasmine han atravesado la puerta de cristal del hotel y se han dirigido al coche que los espera, Chloe se vuelve hacia mí—. He oído lo que ha dicho. Parece muy receptivo.

—Sí. Creo que podemos cerrar el trato en nuestra próxima reunión en Nueva York.

—Eso es maravilloso. —Su expresión se vuelve entonces un poco pícara—. Supongo que a veces las cenas de trabajo no están tan mal.

—Algunas son más llevaderas que otras. —Sobre todo cuando ella está sentada a mi lado. En respuesta, Chloe disimula un bostezo y yo me río entre dientes—. ¿Estás cansada?

Ella suelta una risita.

—Lo estoy, incluso después de la siesta de esta tarde. Sinceramente, no sé cómo sigues en pie.

—Nunca duermo mucho. De todas formas, así consigo sacar adelante más trabajo.

Me mira fijamente, con un pequeño pliegue entre las cejas.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que trabajas demasiado? —Hace una mueca y niega con la cabeza—. Lo siento, debe de ser el vino.

Al final, cedo al impulso y le pongo la mano en la espalda para guiarla hacia los ascensores.

—No le eches la culpa al vino. Ya has dicho cosas peores antes. —Le sonrío—. Y sí, puede que una o dos personas me lo hayan mencionado.

Las puertas del ascensor se abren cuando nos acercamos y sale una pareja de la mano. No hay nadie más esperando, así que estamos solos cuando las puertas se cierran y subimos.

Su dulce aroma me tienta, y vuelvo a recordar el pensamiento que tuve mientras ella comía el postre. Me concentro en sus labios, y mi pene palpita al imaginar lo bonitos que se verían envueltos alrededor de él.

La imagen mental de ella en mi oficina, mirándome, vuelve a surgir en mi mente, y me provoca una intensa tensión en lo más profundo de mi ser.

Si no fuera mi empleada, no la dejaría en la puerta de su *suite*. Me la llevaría a la mía. Saborearía esa boca exquisita. Saborearía cada parte de su cuerpo. Vería cómo cambian de color sus ojos del

color del mar y disfrutaría de cómo su cuerpo se estremece contra el mío. Y me aseguraría de que gritara mi nombre cuando se corriera.

Joder.

Tengo que dejar de pensar en esto. Necesito recuperar el control que una vez creí tener. Después de esta noche, estaré un paso más cerca de mi objetivo, y no puedo dejar que este latido de deseo en mi pecho lo descarrile.

Se tapa la boca para disimular un nuevo bostezo y me dedica una sonrisa somnolienta. Esa mirada suaviza mis pensamientos llenos de lujuria.

—Lo siento —dice—. Aunque ha sido una cena maravillosa y ahora puedo decir que he comido en un auténtico restaurante francés.

Eso me cae en el estómago como una puñetera piedra. Aquí estoy yo, imaginándome todas las cosas obscenas que quiero hacer con ella, y ella está pensando en la experiencia única que acaba de vivir. Como debe ser.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado. Si las cosas fueran diferentes, habría mucho más que podría enseñarte. —Sus ojos se abren de par en par y mis palabras flotan en el aire entre nosotros, con la ambigüedad de su significado a la vista—. Si fuéramos a estar más tiempo aquí, quiero decir.

Ella asiente justo cuando el pitido del ascensor indica que hemos llegado a nuestra planta.

Vamos en silencio uno al lado del otro y nos detenemos ante la puerta de su *suite*. Rebusca en su bolso hasta encontrar la tarjeta de acceso y, una vez que la tiene, me mira, con los ojos llenos de una emoción indefinida. Entreabre los labios y me escudriña el rostro y, por un momento, me pregunto si va a invitarme a pasar.

En lugar de eso, suelta un suspiro y luego sonríe.

—Gracias. Supongo que nos veremos mañana por la mañana.

—Hay un bufé de desayuno completo abajo, o puedes al pedir servicio de habitaciones. Nos vemos en el vestíbulo a las ocho de la mañana. —Las palabras salen apresuradas. Tengo que alejarme de ella antes de hacer alguna tontería, como empotrarla contra la puerta y besarla. Deslizar esos tirantes estrechos que me han estado

provocando toda la noche por sus hombros para poder palpar sus pechos, chupar sus pezones erectos…

Trago saliva con dificultad y aprieto los puños para impedirme hacer nada de eso.

Ella me mira fijamente, con el labio inferior carnoso entre los dientes, y luego sonríe suavemente.

—Buenas noches, Roman.

—Buenas noches, Chloe —digo con voz grave y ronca, y doy un paso atrás, aferrándome a duras penas a mi control, que se desmorona.

La cerradura emite un pitido cuando pasa su tarjeta y luego la puerta se cierra con un clic detrás de ella. Me quedo allí un segundo más, con las manos aún cerradas, antes de dirigirme a mi habitación y cerrar mi propia puerta un poco más fuerte de lo que debería.

Necesito una puta ducha.

Mientras estoy bajo el agua, con la cabeza gacha, me agarro el miembro con fuerza. La promesa que hice hace unas semanas de no permitirme masturbarme pensando en Chloe es ahora un recuerdo lejano. A estas alturas, eso es algo que ocurre a diario. Es demasiado fácil imaginarla en la habitación de al lado, quizá también en la ducha. Su piel cálida y húmeda, sus pezones duros como piedrecitas mientras piensa en mí. ¿Deslizaría sus dedos entre sus muslos? ¿Acariciaría su clítoris hinchado? ¿Gemiría mi nombre mientras sus piernas temblaban con la fuerza de su orgasmo?

Solo pensarlo es suficiente para llevarme al límite.

Más tarde, mientras estoy tumbado en la cama, mirando al techo y preguntándome cómo voy a superar mi obsesión, recuerdo mis palabras de antes: *«Si fuéramos a estar más tiempo aquí»*.

Quizá no pueda quitarle lo que quiero, pero tal vez pueda darle algo.

Cojo el teléfono.

27

CHLOE

A la mañana siguiente, Roman parece tan despierto y controlado como siempre. Desde luego, no parece que haya estado despierto media noche, dando vueltas en la cama, como yo.

Anoche estuve a punto de tirar la precaución por la borda e invitarlo a mi *suite* a tomar una copa. Es absurdo, pero sentarme a su lado durante la cena, estar junto a él en el ascensor de camino a nuestras habitaciones, me hizo querer lanzarme sobre él y decirle que hiciera lo que quisiera conmigo, de la forma que quisiera.

Si me hubiera tomado una copa de vino más, es muy probable que lo hubiera hecho. Pero no estaba lo bastante achispada como para arriesgarme a que me rechazara o para olvidar cuáles podrían ser las repercusiones de un rollo de una noche con mi jefe.

Así que entré en mi *suite* y me metí en la ducha para calmar mi excitación reprimida, aunque eso no me ayudó a dormir. Con suerte, no parezco tan agotada como me siento.

Roman levanta la vista de su teléfono cuando me acerco y me echa un rápido vistazo.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

¿Es una pregunta con trampa?

—Sí. —Espero parecer, al menos, un poco despierta.

—¿Y tú?

Una de sus comisuras se curva en esa sonrisa suya tan sexy.

—Sí. Al final.

Intento no darles demasiada importancia a sus palabras. Es imposible que se quedara despierto pensando en mí, como me pasó a mí. Probablemente se refiera a las horas que sin duda trabajó antes de acostarse.

—Nos espera otra mañana ajetreada. Pero solo es medio día. —Me pone la mano en la espalda y me acompaña fuera del hotel,

hasta nuestro coche. ¿Se da cuenta siquiera de que hace ese gesto? ¿O es algo natural en un hombre como él? Tampoco es que vaya a quejarme, me gusta demasiado sentir su mano ahí como para decir nada.

—Estoy deseando escuchar tu discurso —comento ya dentro del coche. Él me sigue y se recuesta contra el cuero, con un aire completamente relajado.

—Me dará la oportunidad de reforzar la nueva dirección del King Group —responde—Tenemos que demostrarles a los del sector que no nos dormimos en los laureles. La forma en que la empresa solía hacer negocios ya no es eficaz.

Me muevo en mi asiento y lo observo, aunque hago todo lo posible por no fijarme en lo bueno que está.

—Creo que lo que estás haciendo con el King Group es admirable. Deberías estar orgulloso de ti mismo por dejar atrás el pasado y abrazar el futuro.

No menciono directamente a su padre, porque estoy convencida de que no le apetece nada hablarme de él. Sin embargo, quiero que sepa lo mucho que lo admiro. No debe de ser fácil lo que ha hecho al rechazar la forma de actuar de su padre y forjar su propio camino. Espero que se dé cuenta de ello.

Sus gélidos ojos grises me traspasan, robándome el aliento como ningún otro hombre lo ha hecho jamás.

—Dejar atrás el pasado puede ser un desafío. A veces es mucho más difícil de lo que parece.

Sus palabras se clavan en mi pecho, y un sinfín de preguntas se agolpan en mi mente.

¿Cuánto le han afectado las acciones de su padre?

¿Qué decisiones ha tomado para llegar a donde está hoy?

¿Está viviendo como quiere vivir?

Por mucho que anhele respuestas, por mucho que quiera ver más allá de su fría apariencia y llegar hasta su corazón, eso no está destinado a ocurrir. Él es mi jefe y yo soy su asistente. A pesar de lo mucho que me muero por saber más, siempre habrá límites en lo que él comparte conmigo.

—Creo que lo más difícil de dejar atrás el pasado es confiar en que el futuro nos depara algo mejor —le digo.

—¿Has dejado atrás tu pasado?

Trago saliva para aliviar la sequedad de mi garganta, sin saber muy bien cómo responder.

—No hay nada en mi pasado que me frene.

—Todos tenemos algo. Aunque a veces es más fácil no admitirlo.

Perpleja, aprieto los labios, evaluándolo.

Sin esperar respuesta, se vuelve hacia su teléfono, que, como de costumbre, vibra con correos y mensajes entrantes. No me extraña que nunca descanse.

Quizá necesite a alguien que le obligue a hacerlo.

Ese pensamiento me pasa por la cabeza y me aferro a él. ¿Alguna vez ha tenido eso? ¿Una persona a la que no le importe recordarle que está bien tomarse un descanso? ¿Una mujer que pueda demostrarle que hay algo más en la vida que el King Group?

¿Su exmujer hacía esas cosas por él? Una pequeña chispa de celos indeseados y totalmente irracionales se enciende en mi interior al pensar en ella. Al saber que hay una mujer ahí fuera que ha visto más allá de su coraza. Que ha sido la destinataria de sus tiernas sonrisas y sus caricias apasionadas.

Independientemente de cómo acabara su matrimonio, en algún momento debió de haber amor o algo parecido.

Y, como una tonta, siento celos de la mujer que despertó eso en él.

Dios, soy un desastre. Estar celosa de la exmujer de mi jefe es absurdo. Ni siquiera conozco a esa mujer, aunque la he estado buscando en el congreso. Según Sophie, sale con Roger Haverscombe, y como tuve la mala suerte de verlo al otro lado de la sala en una de las conferencias del día anterior, sé que está aquí. Por suerte, no creo que me haya visto.

¿La habrá traído con él?

¿Se llevan bien Roman y ella, o mal?

Con una bofetada mental, me reprendo a mí misma por caer en la trampa de la exmujer. Debería concentrarme en mi trabajo en lugar de en la relación pasada de Roman. Decidida a hacer precisamente

eso, reviso mi bandeja de entrada, seleccionando los correos que debo reenviarle.

Una vez que llegamos al recinto de la convención, nuestra primera parada es una exposición sobre cómo la tecnología inteligente está redefiniendo los espacios urbanos verdes. Desde allí, asistimos a una mesa redonda sobre la construcción de ciudades verdes, en la que participan líderes del sector de diversos ámbitos, como el transporte sostenible, las energías renovables y la arquitectura ecológica. El debate aborda cómo los promotores urbanos pueden colaborar con las empresas tecnológicas para transformar las ciudades actuales en entornos más respetuosos con el medio ambiente.

Durante la mesa redonda, diviso a Roger, que está sentado entre el público con una preciosa morena a su lado. Me quedo paralizada y miro de reojo a Roman para ver si los ha visto, pero lo encuentro absorto en el debate que tiene lugar en el escenario.

Estudio a la mujer discretamente. El perfil de Katherine es tan impresionante como sugieren las fotos de Internet, con ese largo y brillante cabello castaño que se extiende por su espalda en una espesa cascada.

Lleva una falda corta que resalta unas piernas que parecen no tener fin. Estúpidamente, se me encoge un poco el corazón. Podría ser una modelo de Victoria's Secret.

Sigo intentando observarla a escondidas cuando se da la vuelta y su mirada se posa inmediatamente en mí. A pesar de las ganas de girar la cabeza en la otra dirección, me obligo a quedarme quieta, sin querer dejar claro que la he estado mirando y le dedico una sonrisa despreocupada, como si simplemente hubiéramos cruzado la vista por casualidad. Ella no corresponde a mi gesto y mira a Roman y luego de nuevo a mí, y juraría que entrecierra los ojos un poco.

Se pasa el pelo por encima del hombro, se vuelve hacia Roger y le pone la mano en la pierna.

Reprimo una mueca de disgusto y me concentro en lo que ocurre en el escenario. Al parecer, la ex de Roman no es una persona cálida y afectuosa.

Me niego a que me pille espiándola de nuevo, así que me dedico a tomar notas mientras el panel debate temas y responde

preguntas.

Una vez terminada la charla, cojo mi bolso y mi tableta y me abro paso entre la fila de sillas hacia el pasillo. Tropiezo un poco y, al instante, la mano de Roman se posa en mi cadera para sujetarme. El calor de su piel, incluso a través de la tela de mi falda, me deja sin aliento. ¿Cómo me sentiría si me agarrara así con las dos manos? Si su gran cuerpo estuviera detrás de mí, manteniéndome quieta, preparándose para pegarme a él…

Corto de raíz esa línea de pensamiento. No debería estar imaginándome ese tipo de cosas en medio de un salón abarrotado. En realidad, no debería imaginármelas en absoluto. Pero a estas alturas ya casi he dejado de intentar controlar mi reacción ante él.

Una vez que me estabilizo, me suelta y, sin mirar atrás, sigo andando, agradecida por los pocos segundos que se me conceden para recomponerme antes de volver a enfrentarme a él.

Al salir de la sala, echo un vistazo discreto a la multitud que nos rodea en busca de Roger y Katherine. Al no encontrarlos, me relajo, y solo entonces me doy cuenta de lo tensa que me ha puesto la idea de toparme con ellos.

Roman se agacha, con el rostro vuelto hacia mí.

—Vamos a almorzar —me susurra al oído.

Asiento, haciendo todo lo posible por no estremecerme ante el cálido roce de su aliento sobre mi piel.

Me lleva a un gran salón de banquetes salpicado de mesas redondas que poco a poco se van ocupando y se dirige al frente. Diviso la tarjeta con mi nombre, pero antes de que pueda sentarme, me retira la silla.

—Qué caballeroso —digo con una sonrisa burlona. Se acerca a mí.

—No siempre. —Me quedo paralizada y parpadeo. No es posible que le haya oído bien. En respuesta a mi mirada, baja la cabeza, con los labios curvados en una sonrisa, animándome a sentarme. Cuando se acomoda a mi lado, me vuelvo hacia él y lo recorro con la vista de arriba abajo—. ¿Hay algún problema, señorita Callahan? — Hay un toque de diversión en su voz.

—No. No hay ningún problema.

A mi lado aparece un hombre vestido de negro, con una bandeja en la mano.

—¿Vino, señora?

Miro de reojo a Roman en busca de orientación. Me parece mal tomar vino cuando, técnicamente, estoy trabajando.

Arquea las cejas, lo que interpreto como un permiso.

Vuelvo a dirigirme al camarero y le dedico una sonrisa cortés.

—Tomaré una copa de blanco, por favor.

—¿Y usted, señor? —le pregunta a Roman cuando me ha servido.

—Lo mismo que la señora. —Me dedica una sonrisa perezosa. Bajo la cabeza y entrecierro los ojos. Hoy está diferente. Casi relajado, incluso juguetón. No sabría decir qué ha provocado el cambio, pero no voy a quejarme. Cuando el camarero se aleja, cojo mi copa y le doy un sorbo. El sabor ligero y afrutado explota en mi lengua. Para no perder ni una sola gota, me lamo los labios. Las pupilas de Roman se dilatan—. ¿Está bueno? —pregunta con voz grave.

—Delicioso. —Mi propia voz suena más suave de lo que pretendo, pero la forma en que me mira me hace sentir un cosquilleo por todo el cuerpo. Levanta su propia copa y da un sorbo también, con los ojos clavados en los míos. Una potente sensación de atracción crece en el espacio que nos separa, acercándonos, haciéndome imposible apartar la vista de la fuerte columna de su garganta mientras traga —. ¿Está bueno? —repito su pregunta, con la voz aún más entrecortada de lo que debería.

—Perfecto.

Al recuperar por fin un mínimo de control, aparto la mirada, deseando con todas mis fuerzas que no pueda ver el deseo reflejado en mi expresión. Al hacerlo, descubro que la mesa ha empezado a llenarse con otros asistentes. La mayoría parece conocer a Roman, y cuando lo saludan, él me presenta como su asistente.

Gracias a sus presentaciones, descubro que el hombre sentado a mi lado, Mikael, es el asistente del asesor de desarrollo sostenible de la ONU, el hombre que ayer habló sobre cómo las innovaciones tecnológicas han impulsado con éxito los objetivos de desarrollo sostenible.

Los dos charlamos mientras sirven el primer plato, y cuando le echo un vistazo a Roman, me está contemplando con el ceño fruncido y un músculo palpitando en la mandíbula.

Un pequeño escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Es posible que esté celoso? No debería gustarme la idea, pero me gusta. Un momento después, sin embargo, se da la vuelta y entabla conversación con la mujer que está sentada a su lado.

Hago todo lo posible por centrarme en Mikael y en nuestra conversación, pero todos mis sentidos están puestos en el hombre que tengo a mi otro lado, en el grave murmullo de su voz, en el aroma de su colonia, en el roce de su pierna contra la mía. Cada detalle es pequeño, pero se acumulan de tal manera que me hacen ser hiperconsciente de su presencia.

A lo largo de los tres platos, varios ponentes suben al escenario para hablar de diversos temas. Una vez retirados los platos de postre, le toca a Roman dar su discurso.

—Buena suerte —digo cuando echa la silla hacia atrás y se ajusta la chaqueta azul marino del traje.

Él agacha la cabeza en señal de agradecimiento, sus ojos se clavan en los míos un instante de más y luego se marcha, acortando la distancia hasta el escenario con grandes zancadas.

Cuando sube al estrado y todos los asistentes se callan. Me muerdo el labio al ver con qué facilidad se impone en la sala, y mi mente vuelve brevemente a las palabras de Lola sobre que me atraen los hombres que tienen el control.

Quizá tenga razón, después de todo.

Cuando empieza a hablar, me enderezo en la silla, cautivada de inmediato por él. Su discurso se centra en el futuro del desarrollo urbano sostenible y en cómo King Group planea integrar tecnologías ecológicas —como las de EcoTech— en futuros proyectos.

Reafirma el compromiso de su empresa de remodelar los paisajes urbanos con prácticas sostenibles y tecnologías innovadoras, así como la importancia de la responsabilidad corporativa a la hora de establecer los estándares del sector.

En un momento dado, su mirada se dirige hacia mí, así que le dedico una sonrisa de ánimo. Es un gesto que no necesita, a juzgar

por la forma en que sus colegas siguen cada una de sus palabras. ¿Cómo no iban a hacerlo? Con su mera presencia y su voz suave y grave, podría estar ahí arriba leyendo la guía telefónica y tener a toda la sala embelesada.

Cuando termina el discurso y los aplausos se apagan, el maestro de ceremonias invita a los asistentes a hacer preguntas. Estoy tan absorta en el debate que, cuando alguien acerca la silla vacía de Roman a mi lado, me sobresalto.

Tardo un momento en reconocer a la mujer, y cuando lo hago, se me revuelve el estómago.

Katherine.

—Hola. ¿Puedo ayudarte en algo? —Como estoy nerviosa, mis palabras son más secas de lo que pretendía.

Creo que la curva de su boca pretende dibujar una sonrisa, pero el brillo en sus ojos marrones almendrados desmiente ese sentimiento.

—Roger me ha dicho que eres la asistente de Roman. — Mantiene la voz baja para no distraer a la gente que nos rodea y que está atendiendo a la ronda de preguntas y respuestas.

Me reclino en mi asiento y repaso una lista de posibles motivos para la visita de Katherine. No conozco a esta mujer y esto no me parece bien, aunque no puede haber ningún problema en decirle la verdad.

Le dedico una sonrisa cortés.

—Así es. Llevo trabajando para él unos tres meses.

Ella asiente y desvía por un momento la vista hacia el hombre que está en el escenario. Se humedece los labios antes de volver a fijarse en mí. Ese gesto me provoca otra punzada involuntaria de celos. Esta es la mujer con la que él compartió su vida, sus esperanzas y sus sueños, su verdadero yo.

Todas las cosas que cada día deseo más para mí.

Todas las cosas que nunca podré tener.

Así que, cuando Katherine se vuelve hacia mí de nuevo, me aseguro de que mi expresión no delate nada. Si ella supiera lo que estoy pensando en realidad, no quiero ni pensar en lo vulnerable que es me haría.

O a Roman. Y eso es lo último que quiero.

—Quería presentarme —dice—. Soy Katherine King. —Me mira con demasiada atención, como si esperara mi reacción.

No le doy el gusto. Mi expresión permanece impasible, a pesar del nudo que se forma en mi estómago al oír ese apellido. King.

—Encantada de conocerte. —Con las defensas en alto, no le ofrezco mi nombre.

Con la misma naturalidad con la que actuaría si aún fuera su esposa, Katherine coge la copa de vino de Roman, que todavía está medio llena, y le da un sorbo. Luego me obsequia con una sonrisa que deja claro que, por mucho que luche por reprimir el impulso de arrebatársela, ella lo nota de todos modos.

Deja la copa sobre la mesa y se echa hacia mí como si estuviera a punto de revelarme un secreto. A pesar de mí misma, me acerco también. Una reacción instintiva.

—Solo una advertencia, cariño. No te involucres demasiado en este… trabajo. —Sus ojos se clavan en Roman, y luego vuelven a mí —. Aunque los hombres King puedan distraerse con una cara bonita, su única y exclusiva prioridad es el King Group. A la hora de la verdad, no permitirán que nada ni nadie se interponga entre ellos y sus objetivos. Créeme, lo sé.

Con una mueca en los labios, vuelve a coger el vaso de Roman y se lo acaba de un trago.

—Roman y yo tenemos una relación profesional, y eso es todo.

Suelta un delicado resoplido.

—Yo también le decía eso a la gente al principio.

Alzo la vista hacia el escenario y veo que Roman nos mira fijamente. Para que no se distraiga de la sesión de preguntas y respuestas, le dedico una sonrisa tranquilizadora.

Tensa la mandíbula, pero sin perder el ritmo, se lanza a dar una explicación exhaustiva en respuesta a una pregunta que alguien del público ha hecho.

Cuando vuelvo a mirar a Katherine, capto el atisbo de irritación en su rostro. Solo dura un instante antes de que su expresión se suavice.

—Gracias por compartir tu experiencia —le digo, con la mayor serenidad posible—. Pero no tienes por qué preocuparte. Como ya he dicho, nada de eso se aplica a mí.

—Bueno. —Me dedica una sonrisa tan falsa que apenas le mueve los labios—. Espero por tu bien que siga siendo así. Roman y su padre no son tan diferentes como a él le gustaría que todo el mundo creyera.

Una oleada de ira me recorre la espalda, y esta vez no oculto mi reacción. Nunca he conocido al padre de Roman, pero he oído lo suficiente como para saber que no es una buena persona. Roman puede que oculte su verdadera personalidad, pero teniendo en cuenta lo que ha hecho por mí, me cuesta creer que él y su padre compartan muchos rasgos en común.

—Como he dicho —respondo con una voz que suena tensa— , agradezco tu preocupación, pero está fuera de lugar. Roman vendrá pronto y estoy segura de que el señor Haverscombe se estará preguntando dónde estás, así que probablemente deberías volver a tu asiento.

Me examina durante un segundo más, luego echa la silla hacia atrás y se pone de pie. Cuando se yergue a mi lado, es difícil no sentirse intimidado por su belleza escultural.

Y es imposible no preguntarse qué tenía ella que atrajo a Roman con tanta fuerza como para que se casara con ella. Teniendo en cuenta las mujeres hermosas de las que debe estar rodeado habitualmente, ¿qué fue lo que le llamó la atención y le robó el corazón?

Con un movimiento de su larga melena, Katherine da media vuelta y se aleja, contoneándose.

Cuando me vuelvo hacia Roman veo que también la está estudiando y más espinitas de celos se me clavan el pecho.

Esa emoción está tan fuera de lugar que resulta absurda.

Uf. ¿Cómo he acabado en esta situación?

Con un suspiro, cojo mi copa de vino y la apuro de un trago.

28

ROMAN

La tensión me oprime los músculos del cuello al ver alejándose la espalda de Katherine. No tengo ni idea de lo que le ha dicho a Chloe, pero dudo que fuera algo bueno.

Contengo mi ira y respondo a un par de preguntas más del público; luego le hago un gesto al presentador para que dé por concluido el acto.

Unos instantes después, bajo a zancadas los escalones del escenario entre una ronda de aplausos que apenas registro. Estoy demasiado concentrado en Chloe, que está jugando con el tallo de su copa de vino mientras me acerco. Su sonrisa cuando levanta la vista hacia mí es forzada pero sincera.

—Vámonos. —Me niego a hablar de Katherine en medio de toda esta gente, y ya he hecho lo que he venido a hacer.

Tras despedirse del hombre que está a su lado, se levanta y me sigue fuera de la sala.

Una vez que salimos del salón de baile, la llevo a rastras al rincón más cercano.

—¿Qué quería Katherine? —Mi tono es más brusco de lo que pretendo, pero no me molesto en suavizarlo.

Pone los ojos como platos.

—Solo quería presentarse.

—¡Vaya! —exclamo—. Conozco a mi exmujer. No es muy amigable que digamos.

Frunce el ceño, pero se arma de valor.

—Quería decirme que eres un adicto al trabajo y que antepones tu empresa a todo lo demás. Le he dicho que eso ya lo sabía.

La estudio, seguro de que no me está contando toda la verdad.

Por la forma en que mantiene la mirada clavada en la mía mientras levanta la barbilla, está claro que no va a revelarme nada

más. No parece molesta, así que me prefiero pensar que Katherine no ha sido tan maliciosa como esperaba.

—De acuerdo. —En cuanto esas palabras salen de mi boca, sus hombros se relajan un poco—. ¿Estás lista para irnos?

—Sí. —Mira el reloj—. Si salimos ahora, llegaremos al aeropuerto con tiempo de sobra.

—En realidad —digo, alargando la palabra—, he concertado una cita de última hora para reunirme con un conocido del mundo de los negocios, así que nos quedaremos una noche más.

Ella abre la boca.

—¿De verdad?

—Sí, y ya he hablado con tu padre para asegurarme de que le parecía bien. Me ha pedido que te dijera que Carol lo está cuidando muy bien.

Chloe parpadea rápidamente, desconcertada.

—¿Has llamado a mi padre?

—Aparece en tu formulario como la persona de contacto. —Sacudiendo la cabeza, suelta una risita y eso me hace torcer la boca —. ¿Qué ocurre?

—Es solo que… no paras de sorprenderme.

—Solo intento igualar el marcador.

—Ajá. —Con los ojos brillantes, ladea la cabeza—. ¿Y si no me apetece quedarme otra noche en la increíblemente hermosa ciudad de Niza?

Me paso la mano por la boca para ocultar mi diversión.

—En realidad, mi conocido está en París, así que pasaremos la última noche allí. Pero para compensarte por las molestias de alargar nuestra estancia, he conseguido entradas para que visites el Louvre esta tarde.

Ella contiene el aliento bruscamente.

—¿Qué?

—No necesitaré tus servicios durante mi reunión, así que —me encojo de hombros, fingiendo indiferencia—, ¿por qué no? Sería una pena visitar París y no verlo.

Traga saliva y un brillo húmedo hace que sus ojos resplandezcan.

—Gracias, Roman.

La emoción que hay en su voz me produce un nudo inesperado en el pecho.

—No hace falta que me des las gracias. Al fin y al cabo, te estoy obligando a quedarte otra noche. —Ella niega con la cabeza de nuevo, sin saber qué decir. Y sigue sin decir nada mientras la acompaño hacia la salida—. ¿Nos vamos, entonces?

Hemos hecho las maletas esta mañana y las hemos dejado en el coche, así que, una vez abrochados los cinturones, nos dirigimos directamente al aeropuerto.

—¿Seguro que no me necesitas en esa reunión? —pregunta Chloe cuando subimos a mi jet.

—No. Es informal. —Y una decisión de última hora. El hombre con el que he quedado es un conocido de la universidad con el que voy a ponerme al día tomando unas copas—. Hay como una hora y media hasta París. Deberías echarte otra siesta. No quiero que te quedes dormida delante de la Mona Lisa.

Me dedica una sonrisa seductora.

—Mi padre no me lo perdonaría jamás.

Tras el despegue, ella se retira al dormitorio situado en la parte trasera del avión y yo me sumerjo en el trabajo. El vuelo a París es tranquilo y transcurre sin incidentes; el zumbido de los motores del jet es el ruido de fondo perfecto para fomentar la productividad.

Chloe se levanta poco antes de aterrizar y le insisto en que tome algo ligero. Si no come ahora, no tendrá tiempo para almorzar antes de mi reunión y su visita al Louvre. Aunque podremos cenar más tarde.

En París, el coche que nos espera nos lleva a un hotel de primera categoría situado en el corazón de la ciudad.

La *suite* de Chloe vuelve a estar al lado de la mía. Está claro que soy un masoquista que disfruta torturándose a sí mismo al tener a mi preciosa asistente a solo una pared de distancia. Que su cama está a solo unos metros de la mía. Pero estas *suites* tienen las mejores vistas de la Torre Eiffel, así que puedo convencerme de que mis motivos son totalmente desinteresados.

—Ponte algo más cómodo —le digo cuando llegamos a su puerta —. Te dejaré en el Louvre de camino a mi reunión.

Menos de una hora después, estamos de nuevo en el coche, sorteando el tráfico de la tarde en París. El Louvre se alza en la distancia, el antiguo palacio real, con su imponente fachada y su emblemática pirámide de cristal.

A medida que nos acercamos, Chloe lo admira con una sonrisa en el rostro.

—Ojalá mi padre estuviera aquí para verlo.

La nostalgia en su voz hace que el corazón se me encoja en el pecho.

—Quizá puedas venir con él algún día.

—Me gustaría. Siempre es bonito compartir estas experiencias con alguien. —Se vuelve hacia mí—. Supongo que tú ya has estado aquí antes.

—Unas cuantas veces. —Aprieto los labios y recorro con la mirada las calles que nos rodean—. ¿Estarás bien sola?

La sonrisa que me dedica es sincera.

—Claro que estaré bien.

Cojo el teléfono y compruebo que le he reenviado la confirmación de la entrada. Como la familia King es cliente habitual, conseguir una entrada con tan poca antelación fue bastante fácil. La contemplo cuando sale del coche: parece demasiado pequeña y sola entre los turistas que abarrotan la zona alrededor de la pirámide de cristal.

El coche se aleja antes de que ella desaparezca de mi vista. A mitad de camino hacia mi destino, sigo repitiendo sus palabras en mi cabeza. *«Siempre es agradable compartir estas experiencias con alguien»*.

Mi plan de tomar unas copas con Jameson no es más que una excusa. No tengo ningún interés en esta reunión. Y, francamente, no me cae demasiado bien ese hombre. Pasar la tarde viendo a Chloe sonreír mientras contempla las obras de arte me resulta mucho más atractivo que tomar una copa cara sentado frente a alguien que no tiene nada particularmente interesante que decir.

Le envío un mensaje a Jameson para decirle que me ha surgido algo y que al final no podré encontrarme con él, y luego le indico a mi chófer que dé la vuelta.

Poco después, cruzo con paso firme la entrada del Louvre, impresionado una vez más por la magnitud del museo. He estado aquí varias veces, pero me sigue pareciendo un laberinto de cultura e historia, tal y como lo fue la primera vez que lo visité. Por la tarde hay menos gente, pero aun así, encontrar a Chloe puede llevarme un rato.

No debería sorprenderme cuando diviso un destello de cabello rubio pálido en la famosa Salle des États, la sala que alberga las obras maestras venecianas del Louvre. Está frente a *Las bodas de Caná,* de Paolo Veronese, con la cabeza ladeada y el cuerpo prácticamente echándose hacia el cuadro, como si algo la llevara hacia él.

Esta es una faceta de Chloe que nunca habría conocido si Jasmine no me la hubiera señalado. Verla es embriagador, y me mata darme cuenta de que una mujer que solo la ha visto de pasada ha descubierto más sobre ella en una hora que yo en los tres meses que lleva trabajando para mí, porque no se me ocurrió preguntar. Porque no quería saberlo.

No quería permitir que me importara.

Pero, no sé cómo, me importa de todos modos. Quiero saber qué piensa y cómo se siente. Qué la hace reír y qué la hace llorar. Quiero entender su pasión, sus batallas… Hasta el último detalle de ella.

Pero no puedo permitírmelo. Y una vez que regresemos a Nueva York, tampoco tendré lo que tengo es este momento.

En silencio, me acerco a su lado. Está tan absorta en el cuadro que no se da cuenta de mi presencia.

—He oído que estas cosas se disfrutan más en compañía de otra persona.

Se pone la mano sobre el pecho y se vuelve bruscamente hacia mí.

—¡Roman! —Niega con la cabeza—. ¿Qué haces aquí? ¿Se ha cancelado tu reunión?

—Algo así. —Antes de que pueda indagar más, señalo con la cabeza el cuadro que tenemos delante—. ¿Qué te parece?

Frunce el ceño y me mira fijamente, pero al cabo de un momento vuelve a fijarse en el cuadro, como si hubiera aceptado que no le

daré más explicaciones.

—Es increíble. Ni siquiera alcanzo a imaginar cómo debe de ser tener la habilidad para pintar algo tan grande y detallado.

Contemplo la obra. Es la más grande de la colección del Louvre y representa la historia bíblica de las bodas de Caná, donde Jesús convirtió el agua en vino. Es una escena elaborada, con un intrincado juego de luces y colores que da vida al suntuoso banquete.

—Los colores son tan vivos… —Haciéndose eco de mis pensamientos, Chloe señala el azul oscuro de la pared de la sala— . Leí que eligieron el azul medianoche para la pared porque contrasta con la paleta específica que solían usar los maestros venecianos. —Señala partes de la escena—. Rojos, amarillos, naranjas, verdes. La propia sala contribuye a la obra de arte. Es increíble.

Su sonrisa es como un rayo de sol; su calor me invade y me arde detrás de las costillas. Tengo que apretar los puños con fuerza para evitar tocarla. Para ver hasta dónde y a qué velocidad se extendería ese calor si tuviera su piel satinada bajo mis manos.

—No sabía que querías ser artista —digo para distraerme.

Se vuelve hacia mí, frunciendo el ceño.

—¿Por qué ibas a saberlo?

Tiene razón, soy su jefe, no su amigo. Aun así, me parece mal no haberlo sabido. Quiero saber —necesito saber— más sobre ella.

—¿Qué pasó?

Ladea la cabeza como si mi pregunta fuera extraña.

—La vida pasó.

¿Cuándo renunció a ese sueño? ¿Fue cuando su padre enfermó? ¿O fue antes de eso? Dar rienda suelta a mi curiosidad no ayuda, no cuando cada detalle que descubro solo hace que quiera saber más, pero se está convirtiendo en una obsesión.

Le pongo una mano en la espalda y la aparto del cuadro y para guiarla hacia las otras obras maestras que alberga la enorme sala; nos detenemos frente a ellas para contemplarlas; ella lee las placas y comparte conmigo datos curiosos e interesantes. Ya conozco muchos de ellos, pero la escucho con atención de todos modos. Es difícil no hacerlo cuando su entusiasmo es tan contagioso.

A medida que avanzamos por la exposición, intercalo comentarios sobre lo que estamos viendo con preguntas sobre ella. Descubro que nunca asistió a una escuela de arte ni tomó clases de Arte en la universidad. Que la mayor parte de lo que sabe sobre la teoría del arte lo aprendió de los libros que leía de niña y de su padre.

La tristeza que ensombrece su expresión cuando habla de él me parte el corazón. Su voz se mantiene firme mientras cuenta lo duro que le ha resultado ser testigo del avance de la enfermedad de su padre, ver cómo su arte se desvanecía lenta pero inexorablemente; eso era para él casi tan doloroso como la inflamación de sus articulaciones.

Cuando vuelve a mencionar su esperanza de que pronto pinte tan bien como antes, una sonrisa ilumina su rostro.

Y mi corazón también se ilumina, lo cual es un puto problema, porque, aunque me he esforzado mucho por negarlo, lo que siento es más que simple atracción física. Si fuera solo eso, no tendría ningún problema en mantener el control cuando estoy con ella.

Mi atracción es mucho más profunda. ¿Cómo no iba a serlo? Puede que parezca delicada, pero es una de las personas más fuertes que he conocido jamás. Y dedica toda esa fuerza a cuidar de las personas que ama sin dudar ni quejarse.

Saber que es mucho más joven que yo debería marcar la diferencia, debería ser suficiente para mantenerme a raya, pero no lo es; ya no. Esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad, la calidez, esa clase de madurez que va mucho más allá de su edad… Es imposible verla como otra cosa que no sea una mujer en todos los sentidos de la palabra. Y por mucho que luche contra ello, no puedo dejar de desearla.

Pero aun así todavía hay líneas que me niego a cruzar. Porque por mucho que la admire o por mucho que me atraiga, sigue siendo mi hermosa y joven empleada. Y eso significa que está fuera de mi alcance.

Aunque no pueda apartar los ojos de ella mientras la sigo por la sala.

Antes de darme cuenta, estamos frente a la vitrina que alberga la obra de arte más famosa del mundo.

Durante un largo rato, Chloe estudia la *Mona Lisa*. Al final, niega con la cabeza.

—Es curioso cómo algo tan pequeño puede dejar una huella tan grande en el mundo.

—Los misterios y los «y si…» siempre intrigarán a la gente. Es nuestra curiosidad lo que nos atrapa.

—Todos queremos saber qué hay detrás de su sonrisa. —Puede que ella quiera saberlo, pero a mí me cuesta mucho más apartar la mirada de la suave y melancólica sonrisa del rostro de Chloe que de la enigmática sonrisa pintada en el cuadro—. Nunca pensé que iba a verla en persona —murmura—. Es casi como retroceder en el tiempo y sentir una conexión con alguien que vivió hace siglos. La historia cobra vida.

Parpadea y sus ojos se humedecen con una emoción que me provoca un nudo en la garganta. ¿Cuándo fue la última vez que me conmoví de verdad de esa manera? ¿Cuándo fue la última vez que disfruté de una oportunidad como esta en lugar de descartarla como una mera interrupción de mis objetivos?

Recuerdo la conversación que tuvimos durante su primera semana en King Group, cuando me dijo que ser rico no lo es todo, que no garantiza la felicidad. He oído esas frases tantas veces que me resbalan y no me causan ningún impacto. Normalmente porque se dicen con voces quebradas por la envidia.

Por primera vez, la realidad de esas palabras me golpea con tanta fuerza que me traspasa.

Su felicidad en este momento no tiene nada que ver con el jet privado en el que hemos volado ni con la *suite* de lujo que estoy pagando. Puede que mi dinero la haya traído hasta aquí, pero es este momento de conexión humana lo que le ha proporcionado verdadera alegría.

Y se refleja en la sonrisa que se dibuja en sus labios.

Siento una punzada detrás de las costillas y una oleada de desorientación que me hace cerrar los ojos con fuerza.

—¿Roman? —Un suave roce en mi brazo me devuelve a la realidad y afloja el nudo en mi pecho.

Levanta la cara hacia mí, con esos ojos tan absurdamente bonitos que me miran con preocupación.

Sin pensarlo, levanto la mano y le acaricio la mandíbula con los nudillos.

—Estoy bien, cariño.

Sus pupilas se dilatan y su exuberante boca se entreabre en respuesta, y una vez más me siento mareado, esta vez por la fuerza con la que la sangre se precipita hacia mi pene.

Rechino los dientes y me meto las manos en los bolsillos, decidido a mantenerlas alejadas de ella.

—Queda mucho por ver. Deberíamos seguir.

Ella parpadea y, tras tragar saliva visiblemente, se da media vuelta y pasa al siguiente cuadro.

Cuando se aparta, me paso la mano por la cara para obligarme a no tocarla. Ahora más que nunca, necesito recordar quién y qué soy, y qué es esto.

Una vez que he controlado mis impulsos, la alcanzo. Al principio, el ambiente entre nosotros es tenso y ella parece reacia a cruzar la vista conmigo, pero al final se relaja y vuelve a leer en voz alta las placas y a señalar los detalles que le encantan de cada obra.

E incluso si me acerco un poco más de lo necesario, consigo mantener las manos alejadas de ella.

Pasamos las siguientes horas deambulando por el museo, contemplando los cuadros y las esculturas, los artefactos antiguos de la sección de antigüedades. Hacía años que no pasaba tanto tiempo sin pensar en el trabajo. Debería estar nervioso, debería estar mirando el móvil en busca de mensajes y correos, pero estoy demasiado embelesado observando a Chloe como para que me importe. Estoy demasiado hipnotizado por la forma en que ella se abre en el ambiente del museo como una flor demasiado hermosa a la luz del sol.

—¿Tienes hambre? —le pregunto justo antes de la hora de cierre.

Ella se ríe.

—Me acabo de dar cuenta de que me muero de hambre.

—He reservado mesa para cenar.

Frunce el ceño.

—Debes de estar cansado. Puedo pedir al servicio de habitaciones si quieres acostarte temprano.

—Creo que me quedan fuerzas suficientes como para comer.

—Se me había olvidado —dice ella con una sonrisa pícara—. Tienes aguante.

No puedo evitar que una lenta sonrisa se extienda por mi rostro. Sé que está mal, y llevo horas controlándome, pero no puedo resistirme a agachar la cabeza para acercarla a la suya.

—No tienes ni idea de cuánto puedo aguantar.

Ella inspira bruscamente. Pero antes de que pueda arrepentirme de mis palabras, se mueve de modo que sus labios casi rozan mi mejilla.

—Creo que he sido testigo de primera mano de cuánto puedes aguantar.

Una oleada de deseo me inunda las venas y reprimo un gemido. Me cuesta un gran esfuerzo no decirle que aún no ha visto nada. Que podría pasar fácilmente toda la noche haciéndola llegar al clímax una y otra vez antes de dejarme llevar por mi propia satisfacción.

Se muerde el labio en un intento por contener la sonrisa, aunque sus ojos la delatan.

Me cala en lo más profundo. Mi asistente, demasiado joven y demasiado guapa, con cuya sonrisa me he obsesionado y cuyo tacto he estado anhelando, está jugando conmigo.

Y odio lo mucho que me jode que me encante.

—Sabes lo que pasa cuando juegas conmigo, ¿verdad? —digo, con voz grave y ronca.

Si pensaba que mis palabras la harían echarse atrás, me equivocaba.

A pesar de que sus mejillas se le sonrojan, ladea la cabeza.

—Me imagino que me pondré muy muy caliente.

Estamos demasiado cerca y el ambiente entre nosotros crepita con suficiente deseo como para ahogarnos a los dos; con demasiada intimidad como para fingir que en este momento solo somos un jefe y una empleada.

Por pura fuerza de voluntad, doy un paso atrás. Me molesta ver cómo se le demuda el rostro, pero estoy haciendo lo correcto para los dos. No hay forma de que ceder a esta atracción pueda llevar a nada bueno.

—Vamos. —Las palabras me salen entre dientes—. No puedo permitir que mi asistente se desmaye porque no le he dado de comer. —En respuesta, su estómago gruñe ruidosamente. Se lleva la mano al vientre y suelta una risa avergonzada—. Vamos a cenar. —Hago todo lo posible por suavizar mi tono y ella suspira.

—De acuerdo, estupendo.

Me doy cuenta del momento exacto en que vuelve a asumir su papel porque la distancia que se abre entre nosotros es más que física.

Es lo que necesito —lo que los dos necesitamos— para mantener nuestra relación en el plano profesional.

Aunque no hay nada de profesional en la forma en que mi mano busca automáticamente la parte baja de su espalda mientras nos dirigimos al coche, pero ignoro lo que eso implica. Se ha convertido en un hábito, y aún no estoy preparado para romperlo.

Trabajaré en ello una vez que estemos en Nueva York, y también en restablecer los límites entre nosotros.

Eso es lo que me digo a mí mismo. Pero veinte minutos más tarde, cuando llegamos al restaurante donde vamos a cenar, el que elegí solo para ella, la expresión de su rostro mientras mira por la ventanilla me ilumina por dentro.

Con los ojos muy abiertos, se vuelve hacia mí.

—¿Es este?

29

Chloe

Las comisuras de los labios de Roman se curvan.

—¿Por qué? ¿Te ha sorprendido?

Sabe muy bien que no me lo esperaba. Pero no le voy a reprochar su descaro, y menos cuando estoy absolutamente encantada.

—La verdad es que sí. No es aquí donde me imaginaba que querrías comer.

El conductor me abre la puerta y, tras echarle una última mirada a Roman, salgo del coche. En la estrecha acera, alzo la vista hacia la pintoresca fachada de madera del bistró que tengo delante. El acogedor espacio al otro lado de los grandes ventanales está iluminado por apliques de pared y repleto de comensales que charlan sentados en mesas cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos.

Roman se acerca a mi lado, con la cabeza gacha como si intentara ocultar su sonrisa.

—Eso es porque das por hecho que solo me alimento de comida digna de una estrella Michelin.

Lo miro boquiabierta, con el pulso disparado y la mente retrocediendo a la noche en que trabajamos hasta tarde y pedimos en mi pizzería favorita.

—Porque eres un multimillonario que viste trajes de mil dólares, va en un coche con chófer, solo sale con mujeres que parecen supermodelos y probablemente tiene un chef a domicilio que le prepara comida digna de un restaurante con estrella Michelin. — ¿Se acordaba de ese comentario? Quizá no debería sorprenderme. Es la persona más detallista que conozco—. ¿Así que me has traído a un pequeño bistró parisino?

Se encoge de hombros.

—He pensado que, después de un largo día, te sentirías más cómoda comiendo aquí que en un restaurante de lujo. Y la comida es increíble.

—¿Has estado aquí antes? —Aunque nunca lo admitiría, la idea de que pudiera haber traído aquí a alguna guapa modelo francesa, o tal vez incluso a Katherine, se me clava como un puñal en el pecho.

Sus ojos me traspasan, como si pudiera intuir el rumbo de mis pensamientos.

—No. Pero Cole y Delilah no paraban de hablar maravillas de él después de su última visita.

Un alivio irracional hace que la sangre me suba a las mejillas. Me vuelvo hacia el restaurante para que no pueda ver mi reacción.

—Estoy deseando verlo por mí misma.

Justo en ese momento, una pareja sale del bistró, y el delicioso aroma que sale por la puerta abierta hace que mi estómago gruña a un volumen vergonzoso.

Roman da un paso adelante para atrapar la puerta antes de que se cierre y me la mantiene abierta.

Una vez dentro, se acerca un camarero y nos habla en francés. Roman, por supuesto, le responde en el mismo idioma. Porque, claro, domina el francés. Como si necesitara otro detalle para resultar aún más atractivo.

Radiante, el camarero nos acompaña a una mesa para dos en un rincón con luz tenue.

Cuando llegamos, Roman me retira la silla y, una vez sentada, toma el asiento frente a mí. Hace rato que se quitó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa, pero ahora se remanga la camisa Oxford y deja al descubierto sus tonificados antebrazos.

Tengo que luchar contra el impulso de relamerme los labios ante esa imagen. Cada centímetro cuadrado de su cuerpo, desde la cara hasta el pecho, pasando por los brazos y sus grandes manos, me evoca pensamientos que no debería tener.

Pensamientos lascivos, muy lascivos.

Como los que tengo por la noche, cuando estoy sola en la oscuridad, que me hacen deslizar los dedos entre mis muslos mientras me imagino esas grandes manos sobre mí, tocándome,

echándome sobre el escritorio de su oficina, deslizándose dentro de mí y haciéndome sentir bien.

Mi vientre se contrae.

He hecho todo lo posible por mantener la compostura cuando estoy con él. Pero cada momento que pasamos juntos lo hace más difícil. Y después de estos últimos días —de las cosas que ha hecho por mí, de los momentos de intimidad— mi atracción está ardiendo sin control.

Me estoy comportando delante de mi jefe de una forma que nunca habría creído posible; cada vez que se acerca, mi mente y mi cuerpo se vuelven locos.

Como ese momento en el Louvre, en el que he bajado la guardia y he coqueteado con él. Era imposible resistirse a la tentación cuando me miraba con una intensidad que me dejaba sin aliento. Cuando estaba tan cerca, el calor que emanaba de su gran cuerpo se impregnaba en el mío, y su aroma fresco y cítrico invadía mis sentidos.

El deseo ha encendido una tensión ardiente y desesperada en mi interior. Una necesidad de tocar y ser tocada, de explorar la química que cobra vida cada vez que estamos cerca el uno del otro.

Pero él ha hecho lo correcto, lo inteligente, y lo ha detenido. Ha hecho que los dos nos mantuviéramos a un lado de la línea que marcamos hace tiempo.

Pero ahora estamos aquí, en este pintoresco bistró, escondido en un rincón de París, rodeados de unos aromas que me hacen salivar casi tanto como la mera existencia de Roman.

Ha recordado lo que le conté hace meses, y en lugar de llevarme a un sitio elegante, el que probablemente habría elegido si fuera solo, hemos venido aquí.

Saber eso hace que mi corazón lata al compás del cosquilleo en mi vientre.

Cuando el camarero regresa, Roman pide vino —de nuevo en francés—, y la forma en que las palabras se deslizan por su lengua no hace más que avivar las llamas del deseo que arden en mi interior.

Para distraerme, me escondo tras la carta. Me preocupaba no poder leer las opciones, pero, por suerte, han incluido la descripción en inglés entre paréntesis para gente como yo.

Las opciones gastronómicas aquí son mucho más rústicas que en el restaurante del hotel de Niza de anoche. Todo tiene una pinta increíble, pero al final pido cangrejo y nabo en salsa *remoulade* como entrante, y de plato principal, el «clásico de bistró»: un auténtico *croque monsieur* y una ensalada verde.

Roman pide lo mismo, y cuando abro la boca de par en par, él arquea una ceja.

—¿Qué?

—Es solo que… No sé, pensé que pedirías el *boeuf bourguignon* o las vieiras a la plancha, algo así.

Se recuesta en la silla, apoyando una mano en la mesa. Una sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios.

—Cole no para de alabar el *croque monsieur*. Jura que está casi tan bueno como el primer sándwich de queso fundido que Delilah le hizo, signifique eso lo que signifique.

Nunca lo había visto así… Tampoco diría que está relajado, sino tan solo concentrado en algo que no sea el trabajo. Y ahora mismo, lo que capta su atención resulto ser yo. Es un lado de él que nunca había visto, y así, es demasiado fácil imaginar que esto es en realidad una cita. Que el Roman que está sentado frente a mí no es mi jefe multimillonario, sino el hombre que me tiene pillada, y que incluso podría colmarme de orgasmos más tarde.

—¿Cómo están Cole y Delilah, por cierto? —pregunto, desesperada por encontrar un tema de conversación que no me incite a saltar sobre la mesa y sentarme en su regazo—. ¿Cómo está tu sobrina?

—Se están adaptando. —Sonríe con aire burlón, pero la expresión se suaviza rápidamente—. Lottie es… adorable. Ya tiene a Cole comiendo de su mano.

—¿Y qué hay de su tío?

Baja la cabeza y se le escapa una risa grave.

—Es muy probable que también sea así con él.

Mi corazón se derrite en un charco de gelatina caliente. Menudo tema seguro. La idea de que su diminuta sobrina pueda tener a su imponente tío comiendo de su mano lo hace aún más atractivo y solo consigue aumentar mis ganas de sentarme en su regazo y besarlo en los labios.

El camarero aparece con el vino, afortunadamente, y me aparta de esos pensamientos. Es un blanco suave y ligero, y me refresca lo suficiente como para refrenar mi libido; cuando él vuelve a centrar nuestra conversación en algunas de las obras de arte que acabamos de ver, me resulta un poco más fácil controlarme.

Para cuando llegan los platos principales, el vino, el ambiente y nuestra conversación me han relajado.

A pesar de lo delicioso que estaba el entrante de cangrejo, se me hace la boca agua cuando el camarero nos pone los platos delante. Si pensaba que lo que he pedido iba a ser una simple versión francesa de un sándwich de queso fundido, me equivocaba.

Unas lonchas de jamón tierno cubiertas de una cremosa salsa bechamel se encuentran entre dos gruesas rebanadas de pan tostadas a la perfección, y por encima de todo ello hay una capa pegajosa y burbujeante de queso *gruyère* fundido. El aroma cálido y mantecoso que emana de él hace que yo también me derrita.

Veo los cubiertos que hay junto al plato.

—Supongo que se supone que debemos comer esto con cuchillo y tenedor, ¿no?

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Si no, la cosa podría ponerse… un poco pringosa.

—Y no queremos eso… —murmuro, más que nada para mí misma.

—No lo sé —dice él—. Hay cosas que están mejor cuando pringan. —No acaba de decir eso. Levanto la vista para mirarlo a los ojos, pero él se limita a enarcar una ceja a modo de respuesta— . Come, Chloe. —Cojo el cuchillo y el tenedor, corto el sándwich con un crujido satisfactorio y me llevo el tenedor a la boca. Cuando la mezcla de sabores me invade —el sabor fuerte del queso, el sutil toque ahumado del jamón y la cremosa decadencia de la auténtica salsa bechamel—, se me escapa un suave gemido y creo que he

puesto los ojos en blanco. Tardo un momento en recomponerme y, cuando lo hago, me encuentro con que Roman me mira fijamente, con una expresión ardiente y hambrienta que hace que un calor líquido recorra mis venas en una oleada vertiginosa—. Tendré que darle las gracias a Cole por la recomendación —dice, con una voz ronca y tremendamente sexy.

—Ni siquiera lo has probado todavía.

Sus ojos son como brasas ardientes y ha cerrado las manos sobre la mesa.

—No hace falta.

La intensidad con la que me mira hace que mi pulso se dispare. ¿Por qué, por mucho que demos un paso atrás de la línea que los dos sabemos que no debemos cruzar, siempre acabamos aquí, al borde del abismo?

—Quiero saber qué estás pensando. —Mi propia voz suena ronca. Me estudia durante otro largo momento y, luego, rompiendo el hechizo, se pasa la lengua por los dientes y coge los cubiertos. Mientras corta un trozo y se lleva el tenedor a la boca, me muerdo el labio inferior para contener una sonrisa. No aparta la vista de mí mientras se lo lleva a la boca. Nunca en mi vida habría creído que me pudiera excitar tanto ver a un hombre comer. Y, sin embargo, aquí estoy. Todo lo que hace Roman es sexy, incluso mantener el contacto visual mientras come. Incluso la forma en que se le mueve el cuello cuando traga hace que el calor se acumule en lo más profundo de mi vientre. Carraspeo con las mejillas enrojecidas—. ¿Está bueno?

—Le diré a Cole que entiendo el atractivo —dice en voz baja, lo que me acelera el pulso una vez más.

Cojo la copa de vino, casi vacía, y me la pongo contra la mejilla en llamas, tratando de refrescarme.

Por suerte, aparece el camarero, lo que alivia un poco la tensión. Tras rellenarnos las copas, se marcha, y nosotros dejamos de lado los temas íntimos o sugerentes. Hablamos un poco de mis años universitarios y él me pregunta qué hago fuera del trabajo. Eso me lleva a contarle sobre Lola, y que hemos sido grandes amigas desde el primer día de instituto, cuando tropecé y caí en medio de la

cafetería, y ella fue a ayudarme mientras el resto de los alumnos se reía de mí.

Ahora puedo sonreír al recordarlo, pero Roman frunce el ceño. Siendo como es, no me imagino que haya tenido mucha experiencia con que se rían de él.

Aunque no lo sé, porque, aunque me pregunta mucho sobre mí, cada vez que intento averiguar más sobre él o su familia, elude el tema sin esfuerzo.

Aun así, para cuando terminamos de comer y nos tomamos otra copa de vino, siento un agradable cosquilleo de calor, lo que significa que, al sentir el aire más fresco cuando salimos a esperar el coche, tiemblo un poco.

—Ven aquí —dice Roman.

Como una polilla demasiado dispuesta a quemarse, me acerco. No llevo chaqueta, así que me acaricia suavemente los brazos desnudos con las manos para que entre en calor.

Suspiro y levanto la vista hacia él.

—Siento que tu reunión no haya salido bien, pero este día ha sido increíble, así que gracias… Otra vez. —Suelto una risita cohibida.

Sus ojos son oscuros y están serios cuando me mira fijamente.

—Ya te lo he dicho antes, no tienes que darme las gracias.

—Sí, tengo que hacerlo. —El calor de su piel sobre la mía me está mareando un poco. Es lo única que explica por qué ladeo la cabeza y añado—: ¿Te ha dicho alguien alguna vez que tu lenguaje del amor son los actos de servicio? —En respuesta, arquea las cejas. Con el corazón en un puño, balbuceo—: Eso ha sonado mal. No pretendía decir que me quieres, solo que te gusta hacer cosas por las personas que te importan. Que tampoco es que te importe yo, claro. Solo soy tu asistente, así que, por supuesto… —Por la forma en que frunce el ceño, veo que no estoy mejorando las cosas, así que cierro la boca de golpe y me concentro en la calle que tenemos delante. El coche se detiene entonces, gracias a Dios. Roman niega con la cabeza al conductor, indicándole que no debe bajarse, luego me abre la puerta y espera a que entre. Una vez que se sienta a mi lado y nos dirigimos al hotel, me obligo a mirarlo—. Lo siento, eso ha sido…

Él niega con la cabeza.

—No te disculpes. Sé lo que has querido decir, aunque no esté de acuerdo contigo.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo es posible que no estés de acuerdo? Mira todo lo que has hecho por mí. Y yo solo soy tu empleada. No puedo ni imaginar lo que habrás hecho por tu familia.

Tensa la mandíbula y aparta la vista de mí.

—Dudo que mis hermanos estén de acuerdo contigo. —Siento un nudo en el estómago ante la repentina tensión que emana de él. Se queda mirando por la ventanilla, en silencio, durante el resto del trayecto. Mientras tanto, me muerdo el labio, reprochándome el haber metido la pata. Siento un nudo en el pecho que me dificulta respirar. Quiero volver a pedirle perdón, pero, sinceramente, no sé por qué. Y tampoco quiero empeorar las cosas. Pero cuando por fin llegamos al hotel y salimos del coche, en lugar de dirigirse al ascensor, se vuelve hacia mí. Su mandíbula sigue tensa, aunque no creo que sea por enfado. La forma en que inspecciona lentamente mis rasgos, con la expresión suavizándose, me calienta hasta lo más profundo—. Voy a tomarme un whisky en el bar, a intentar relajarme antes de irme a la cama. ¿Te apetece acompañarme?

Debería decir que no. Debería darle las gracias de nuevo y retirarme con elegancia a mi habitación. Pero a pesar del cambio de humor que ha tenido en el coche, o quizá precisamente por eso, aún no estoy preparada para apartarme de él. Mañana este interludio habrá terminado, y antes quiero pasar un poco más de tiempo con esta versión desconocida de Roman.

Hablar con él, estar con él, es mucho más agradable de lo que debería.

Levanto la cara hacia la suya.

—Me gustaría.

La intensidad de su mirada me deja sin aliento y enciende la expectación en mi vientre. Demasiado pronto, su expresión se vuelve indescifrable, pero el recuerdo de cómo me ha mirado, de cómo se ha permitido mirarme durante ese breve instante, me hace temblar.

Señala con la cabeza en dirección al bar del hotel.

—Después de ti.

30

Chloe

El bar está abarrotado. Pero, como de costumbre, la altura y la presencia de Roman bastan para despejarnos rápidamente un sitio y para llamar la atención de la camarera. Probablemente porque la camarera es una mujer guapísima cuyos ojos se iluminan al verlo.

—*Bonsoir, Monsieur.* ¿Qué desea beber?

Roman le responde en francés.

—*Je voudrais un Michel Couvreur, s'il vous plaît.* —Luego se vuelve hacia mí—. ¿Y tú? ¿Te apetece probar ese whisky ahora?

Arrugo la nariz.

—No estoy segura —murmuro—. ¿De verdad me dará sueño, o es solo la excusa que usa la gente para beber whisky antes de acostarse?

Él se ríe entre dientes.

—A mí no me funciona, pero estoy seguro de que a algunos sí. —Con una sonrisa demasiado sexy que me provoca un pequeño escalofrío, se rasca la barbilla—. ¿Por qué no pruebas un poco del mío y luego decides si quieres uno para ti?

—Me parece bien.

Roman asiente en dirección a la camarera, que se da la vuelta y coge una botella del estante superior, vierte unos centímetros de líquido ámbar en un vaso y se lo pasa.

Él le da las gracias y me tiende el vaso. Nuestros dedos se rozan cuando lo cojo, y ese contacto me provoca otro escalofrío. Ignorando la sensación, acerco el licor a la nariz para olerlo y me pican un poco los ojos por el potente aroma del alcohol.

Insegura, lo miro.

El brillo diabólico de sus ojos es un desafío. Así que, aunque probablemente vaya a arrepentirme, le doy un sorbo.

Al tragar, juraría que se me cierra la garganta. Hago una mueca, se me llenan los ojos de lágrimas mientras toso y me río al mismo tiempo. Rápidamente le devuelvo el vaso. En lugar de darle un sorbo, deja la bebida en la barra, me rodea la cara con las manos y utiliza los pulgares para secarme suavemente las lágrimas de las mejillas.

Mi risa se apaga ante el calor de su tacto y, una vez más, nuestras miradas se cruzan. Sus ojos grises se clavan en los míos y luego se deslizan hacia mi boca.

Se me acelera el pulso y un instinto que no puedo controlar me hace humedecerme los labios bajo la intensidad de su expresión.

Un músculo se le contrae en la mejilla, baja las manos y, tras carraspear, se vuelve y apura el whisky de un trago.

A pesar de que mi corazón late con fuerza en mis oídos, trago saliva e intento romper la repentina tensión.

—Haces que parezca tan fácil…

Él suelta una risa, y el aire denso que nos rodea se disipa un poco.

—Años de práctica.

—Dime, ¿de verdad te gusta eso, o solo lo bebes para parecer varonil?

Apoya el codo en la barra.

—¿Crees que necesito un accesorio para parecer un hombre? —Haciendo todo lo posible por ocultar mi sonrisa, niego con la cabeza. Él sabe que no lo necesita—. ¿Por qué no te tomas un brandy? —ofrece—. Creo que te gustará más.

—Me parece una buena idea.

Vuelve a hacer una señal a la camarera y, cuando se acerca, pide otro whisky para él y un brandy para mí.

Cuando el primer sorbo de ese líquido suave y cálido me llega a la boca, dejo escapar un pequeño suspiro de alivio.

—¿Mejor? —pregunta.

Sonrío, relajada.

—Mejor.

Me empujan por detrás, y el movimiento me obliga a acercarme a Roman. Cuando mi muslo roza el suyo, me envuelve el delicioso

aroma de su colonia.

Con naturalidad, apoya el brazo en la barra detrás de mí y roza con el pulgar la parte posterior de mi brazo. El gesto es casi protector y me incita a echarme hacia él. A apoyarme en él. A sentir más su cuerpo contra el mío.

O más allá de él.

Quizá lo del brandy no haya sido una buena idea. Me está metiendo todo tipo de pensamientos peligrosos en la cabeza. Pensamientos sobre tirar la precaución por la borda y tocarlo, deslizar mis manos por su pecho, besarlo en los labios y, por fin, descubrir cómo sería hacerlo.

Cada vez que me mira con esos ojos grises lobunos que tiene, me quedo sin aliento. Cuando me toca, el corazón me da un vuelco. Sí, es mi jefe, pero nada de lo que ha pasado esta noche entre nosotros se ha parecido a lo que suele pasar entre un jefe y su empleada. ¿Cómo iba a serlo? Pasear por el Louvre, cenar en ese pequeño y acogedor bistró, estar aquí con él ahora mismo. Nada de eso era obligatorio para ninguno de los dos.

Aquí, lejos de Nueva York, lejos del King Group, todo es diferente. Menos reservado, más… auténtico. Dios, qué no daría yo por conocer al verdadero Roman aunque solo fuera por una noche. Por verlo perder el control.

Por que toda su intensidad se centrara en mí.

—Dime a qué te referías cuando me has dicho «La vida pasó». —Su voz grave interrumpe mis pensamientos.

Parpadeo y me esfuerzo por regresar a la vida real. Cuando me doy cuenta de que se refiere a por qué ya no pinto, niego con la cabeza.

—No importa. Fue hace mucho tiempo. —No dice nada, pero tampoco aparta la vista, como si estuviera decidido a averiguarlo, así que le doy otro sorbo al licor para armarme de valor—. Mi madre nos abandonó cuando yo tenía catorce años. Encontró a un tipo que le prometió una vida más emocionante que la que llevaba como madre de una adolescente y esposa de un artista. Mi padre no pasó por su mejor momento después de que ella se fuera. Nunca había sido especialmente organizado porque siempre estaba demasiado

ocupado perdiéndose en su pintura, y de la noche a la mañana se convirtió en padre soltero y estaba en estado de *shock;* los dos lo estábamos. Hizo todo lo que pudo, pero… —Me encojo de hombros —. Le costó mucho arreglárselas con todo.

—¿Así que tú te hiciste cargo? —pregunta frunciendo el ceño.

Se me encoge el corazón al pensar que pueda tener una mala opinión de mi padre.

—Estábamos solos los dos, y él tenía que pintar para que siguiera entrando dinero —aclaro—. Pero que ella se fuera así, de repente, lo dejó destrozado. Perdió su chispa creativa durante un tiempo y las ventas empezaron a caer en picado. No teníamos una red de seguridad, así que conseguí un trabajo después del colegio para echar una mano y me hice cargo de las cosas que a él no se le daban tan bien, como gestionar las facturas y organizar las cosas del día a día.

—¿Y fue entonces cuando renunciaste a tu sueño?

Con un nudo en el pecho, niego con la cabeza.

—Yo no lo veo así. Era una adolescente, con los sueños de una adolescente. Descubrí cuáles eran mis prioridades antes que la mayoría, eso es todo.

—¿Y cuáles son? —Su tono tiene un tono áspero que no entiendo.

Levanto la barbilla, sin saber si me está juzgando.

—Tener un trabajo estable con unos ingresos fijos y asegurarme de poder cuidar de las personas a las que quiero. ¿Qué sentido tiene perseguir tus sueños si eso significa dejar que los demás tengan que recoger los pedazos?

Aprieta los labios.

—Eso explica muchas cosas.

Escudriño su expresión.

—¿Qué explica?

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja, y sus dedos rozan la sensible piel de mi cuello.

—Por qué eres tan madura para tu edad.

El calor de su tacto despierta en mí una repentina oleada de audacia. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, tras la conversación que acabamos de tener, me siento a partes iguales

vulnerable y temeraria. Si a eso le sumamos el brandy, su aroma, su mera presencia, me siento mareada por una mezcla embriagadora de emociones.

Ladeo la cabeza y mi cabello se desliza sobre la piel desnuda de mi brazo.

—Así que no eres tan joven después de todo.

Sus ojos me recorren de arriba abajo, oscureciéndose a medida que lo hacen.

—Pero tú sí eres demasiado joven.

Mi pulso se dispara. No se refiere al trabajo.

—Acabas de decir que soy madura para mi edad.

Me agarra la barbilla y hace que levante la cara hacia la suya. Enrojezco bajo el calor de su mirada escrutadora; el impulso de acercarme a él es un latido salvaje detrás de mis costillas. Quiero saber lo que pasaría si me pusiera de puntillas y pusiera mi boca contra la suya.

El bar que nos rodea se desvanece y un escalofrío me recorre el cuerpo al imaginarlo agarrándome del pelo, como hizo en el ascensor.

En respuesta, ese músculo tan familiar se tensa en su mandíbula.

—No hagas eso —gruñe.

Me humedezco deliberadamente los labios, con el corazón a punto de estallar en mis oídos.

—¿Que no haga qué?

—No me mires así.

—¿Cómo? —Mi voz sale entrecortada.

—Como si quisieras que te saboreara tanto como yo quiero hacerlo, joder.

Una sensación de hormigueo me recorre el cuerpo, y mis pezones se endurecen hasta convertirse en dos puntitos duros. ¿Qué demonios me ha pasado? Sea lo que sea, estoy demasiado absorta en el momento como para que me importe.

—¿Y si quiero?

Con los ojos entrecerrados, se echa hacia mí.

—¿Quieres que te saboree, Chloe? —Oh, Dios. Se me contrae el estómago ante la forma oscura en que pronuncia esas palabras, y

creo que se me escapa un pequeño gemido—. ¿Sabes siquiera lo que estás pidiendo? —Desliza su mano libre por mi brazo hasta mi cintura, y luego más abajo para rodearme la cadera. Me pasa el pulgar por los labios de una forma que, si aún tuviera algo de pintalabios, lo habría borrado—. ¿Es aquí donde quieres que te saboree, cariño? —Antes de que pueda siquiera empezar a formular una respuesta, me levanta el dobladillo del vestido hasta tocar mi piel desnuda, con la palma de su mano caliente contra mi muslo, los dedos tan cerca de mis bragas que probablemente pueda notar lo mojada que estoy ahora mismo—. ¿O es aquí?

—Roman. —No sé qué estoy suplicando, pero todo mi cuerpo está en llamas. Nunca he estado tan desesperada por que me toquen.

Por un segundo, sus ojos brillan, su expresión se vuelve salvaje y sus dos manos se aferran a mí. Entonces, de repente, me suelta y da un paso atrás.

La pérdida es tan repentina que me tambaleo.

Se vuelve hacia la barra, coge su whisky y se bebe la mitad de un trago.

—Es tarde. Probablemente deberías irte a la cama. Mañana nos vamos temprano.

Se me hace un nudo en la garganta. ¿Cómo puede cambiar así de repente? Mi cuerpo sigue temblando, el roce de mi vestido es demasiado intenso contra mi piel sensibilizada. Me lleva un momento, pero al final la realidad cala en mí como una ola de agua helada. ¿En qué estaba pensando al insinuarme a mi jefe en medio de un bar? Mi jefe, que ya ha dejado claro que quiere que nuestra relación sea solo profesional, a pesar de nuestra evidente atracción.

Yo debería querer lo mismo.

Mis mejillas arden de humillación. Necesito alejarme. Ya que me ha dado una salida, la aprovecho.

—Tienes razón —digo, con voz forzada—. Estoy cansada. Nos vemos por la mañana, señor King.

Aprieta los dedos alrededor del vaso que sostiene y baja la cabeza; el pelo oscuro le tapa la frente y no me mira.

—Buenas noches, Chloe.

Parpadeando para contener las lágrimas, me retiro apresuradamente; me abro paso entre la multitud del bar y casi voy corriendo hacia los ascensores. Una vez encerrada en mi *suite,* salgo al balcón con la esperanza de que el aire fresco de la noche refresque mis mejillas ardientes.

Me apoyo contra la balaustrada de piedra, inspiro hondo y miro sin ver la torre Eiffel brillando en la distancia.

Pensaba que haberlo pillado masturbándose era vergonzoso, pero ¿esta noche? ¿Decirle descaradamente que quería su boca sobre mí? Es mucho peor.

Ha sido un rechazo en toda regla, y no tengo ni idea de cómo voy a mirarlo a la cara mañana.

31

ROMAN

Le doy otro trago a mi whisky, agarrando el vaso con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos.

El deseo que arde en mi interior es una fuerza física que me quema desde dentro. La chispa que se encendió en mis entrañas en el momento en que vi a Chloe por primera vez en el ascensor, antes incluso de saber quién era, se ha convertido en un infierno que destruye todos mis límites, reduciendo a cenizas cualquier control que esperara albergar.

Justo anoche le aseguré a Ellis que no me estaba acostando con mi asistente —que no estoy siguiendo los pasos de mi padre—, pero hace solo unos instantes, he estado a un latido de meter los dedos en sus bragas para descubrir lo mojada que estaba, aquí mismo, en medio de un bar.

¿Qué demonios me pasa?

Los espectros de mi padre se alzan en mi mente. El día que lo vi con una de las criadas echada sobre la mesa; aquella vez que mi madre organizó una fiesta en nuestra finca y lo pillé abrochándose la bragueta al salir de la biblioteca, seguido por una mujer del personal del *catering,* que se estaba abotonando la blusa.

La fría sonrisa que me dedicó cuando me confesó la verdad sobre Katherine.

Y, sin embargo, ninguno de esos pensamientos basta para borrar el recuerdo de la suave piel de Chloe bajo mis dedos. Nada de eso puede hacer desaparecer la forma ansiosa en que susurró mi nombre mientras deslizaba mi mano por su muslo.

Aún perdido en mis pensamientos, me giro automáticamente cuando una mujer se cuela en el asiento vacío a mi lado. Por un segundo, mi mente evoca la imagen de Chloe volviendo para tentarme un poco más. Pero no es ella. Es una hermosa morena de

ojos marrones ahumados y una sonrisa seductora que dirige claramente hacia mí.

—¿Eres estadounidense? —pregunta con un marcado acento francés.

—Sí.

Ladea la cabeza, sin inmutarse por mi breve respuesta.

—¿Te gustaría invitarme a una copa? —Le hago una señal a la camarera, que arquea una ceja al fijarse en mi nueva acompañante. Señalo con la cabeza a la morena—. Un martini con vermut seco, por favor —pide ella. Cuando se vuelve hacia mí, luce una sonrisa seductora—. *Merci.*

Levanto mi vaso casi vacío entre nosotros.

—Je vous en prie.

En cuanto tiene la copa en la mano, le da un sorbo.

—¿Has venido por negocios o por placer?

Joder, qué buena pregunta. Después de esta noche, no tengo ni idea, pero le doy la respuesta fácil de todos modos.

—Por negocios.

Frunce los labios carnosos y me examina.

—Quizá eso sea algo que se pueda cambiar.

Por un instante, considero descargar toda mi frustración, todo mi deseo reprimido, sobre esta desconocida. Pero antes incluso de que la idea cobre forma, la rechazo.

No es el pelo castaño lo que quiero entre mis manos. No son los ojos marrones que quiero que me miren, nublados por el placer. No es una mujer cualquiera la que quiero que gima mi nombre. La única mujer que quiero es aquella a la que acabo de echar. Follar con otra con la vana esperanza de que me ayude a olvidar lo que Chloe me ha ofrecido con esa seducción tan inocente sería una locura.

Si voy a hacer algo loco esta noche, no será eso.

Me invade una convicción tan fuerte que todos mis músculos se tensan con la necesidad de moverme. Olvidar las reglas y los límites, olvidar el futuro del King Group y olvidar el maldito legado de mi padre por una sola noche.

Saborear algo dulce y efímero en esta ciudad donde nadie me conoce. Donde nadie nos conoce.

Una puñetera noche para librarme de esta obsesión.

A la mierda.

Apuro mi copa y la dejo caer con fuerza sobre la barra. Aferrándome a un hilo de civismo, me vuelvo hacia la mujer.

—Excusez-moi.

Ignorando su expresión decepcionada, me alejo a zancadas. En el ascensor, de camino a mi piso, la necesidad es como un ser vivo que se retuerce y se revuelve dentro de mí.

Al acercarme a la puerta de Chloe, no hay dudas ni reconsideraciones. Con más fuerza de la necesaria, llamo a la puerta y luego me aferro a los dos lados del marco mientras espero a que abra.

En cuanto lo hace y abre mucho los ojos al verme, doy un paso adelante, deslizo una mano entre su cabello y le echo la cabeza hacia atrás.

—Una noche —gruño—. Una noche en la que yo no sea tu jefe y tú no seas mi asistente. ¿Puedes hacerlo? —Su aliento se escapa entre sus labios entreabiertos. Ella lo desea, de eso estoy seguro, pero necesita algo más con la misma intensidad. Hago todo lo posible por suavizar mi tono—. Di que no y me iré. Di que no y nada cambiará. Decidas lo que decidas, estás a salvo conmigo, cariño. Tu trabajo está a salvo.

Cierra los ojos con fuerza y, cuando los vuelve a abrir, sus pupilas son oscuros pozos de deseo.

—Una noche.

Le meto la otra mano en el pelo y estrello mi boca contra la suya, empujándola hacia el interior de la habitación. Ella se abre para mí, y su sabor explota en mi lengua. Dulce de cojones, tan dulce como imaginé que sería anoche con azúcar en los labios. En este momento, sin embargo, no pienso en el azúcar, sino en follar con ella.

Mientras ella se aferra a mi camisa, le echo la cabeza hacia atrás para tener mejor acceso a su boca. La empotro contra la puerta, ahora cerrada, la inmovilizó contra ella y le sujeto las muñecas por encima de la cabeza con una mano.

En respuesta, ella gime, arqueándose hacia mí.

Con el pene palpitante, me pego a ella, como una promesa de lo que está por venir.

—Llevo demasiado tiempo imaginando este momento. — Deslizo los dedos de mi mano libre por su cuello y le acaricio el pecho, saboreando la rigidez de su pezón, que se marca contra la tela de su vestido.

—Yo también —susurra.

—Deja las manos quietas ahí arriba. —Sin esperar a que responda, sabiendo que obedecerá, la agarro de las caderas. Como si me leyera el pensamiento, levanta una rodilla y yo le levanto el muslo y pongo su pierna a mi alrededor para poder restregarme contra ella.

—Oh, Dios. —Ella se contonea contra mí, con movimientos espasmódicos de deseo.

Dejo un reguero de besos ardientes por su cuello y le suelto la pierna para desatarle los lazos que sujetan los tirantes de su vestido. La tela cae, se queda enganchada en su cintura y deja al descubierto sus pechos perfectos y sus pezones rosa frambuesa, duros como diamantes y suplicando por mi boca. Los acaricio con la palma de la mano, escudriñándole el rostro para captar su reacción, y me deleito en la forma en que cierra los ojos. Incapaz de resistirme más, bajo la cabeza y chupo uno entre mis labios.

—Roman. —Se retuerce, y apoya la cabeza contra la puerta.

Con mi lengua deslizándose alrededor de un pezón tenso, pellizco el otro. Luego cambio, y la sensación le arranca un gemido desesperado.

Al instante siguiente, me pongo de rodillas y le bajo el vestido por las caderas, dejándola en nada más que unas braguitas tan mojadas que son prácticamente translúcidas.

La visión del tejido transparente pegado a su sexo hace que un gemido grave resuene en lo más profundo de mi ser.

—Estás preciosa, joder. Sabía que lo estarías. —Pongo el pulgar sobre su pubis y lo deslizo lentamente hasta que roza su clítoris, y ella responde con un nuevo contoneo—. Apártate las bragas.

—¿Qué? —balbucea, mirándome con los ojos vidriosos.

Con la cabeza echada hacia atrás, tenso la mandíbula.

—Quiero que me muestres lo guapa que eres. —Los delicados arcos de su caja torácica se tensan en una brusca inspiración. Luego, mientras el aire se le escapa lentamente, baja las manos de encima de la cabeza y aparta la tela húmeda. Mi pene está desesperado por liberarse. Decidido a saborearla, lo agarro por la base y lo aprieto para aliviar la presión. Pero necesito más de ella. Más de su cuerpo. Más de su confianza. Especialmente de su confianza—. Enséñamelo todo, Chloe.

A pocos centímetros de mi cara, sus dedos tiemblan y su vientre se contrae.

No la presiono. Quiero que ella elija hacerlo porque se siente segura, porque sabe que la cuidaré, que haré que se sienta bien.

Así que cuando se abre delicadamente para mí, una oleada de satisfacción recorre cada centímetro de mi cuerpo.

Es suave y rosada y está muy húmeda; su pequeña y apretada abertura está reluciente, y su clítoris, ya hinchándose bajo mi mirada.

—Mírate. La hostia de perfecta. —Mi voz es oscura y áspera, y cuando más excitación brota de ella, goteando por sus muslos en respuesta, el latido de mi miembro es casi doloroso—. Mira qué bonito desastre estás montando para mí.

Necesito saborearla. Pero también quiero saborear la visión de ella así. De modo que, en lugar de sacarla de su agonía, clavo mis dedos en sus caderas y recorro con la lengua la suave piel de la parte interior de su muslo.

En el momento en que percibo el sabor de su excitación, gimo. Joder. Es tan increíble como esperaba. Mejor. Hago lo mismo con su otro muslo.

—Dios mío. —Sigue abriéndose para mí, con el clítoris hinchado y suplicando mi tacto.

—Estás siendo muy buena conmigo, cariño. Voy a hacer que te corras, ¿vale? —Cuando gime en respuesta, meto los dedos en sus bragas y se las bajo por los muslos tersos, apartándole las manos de un empujón. En cuanto se las quito, le levanto la pierna y se la pongo sobre mi hombro—. Ábrete para mí.

—Roman, por favor —me suplica, aunque obedece.

Con una sonrisa maliciosa, me echo hacia delante y deslizo la lengua desde su entrada hasta su clítoris.

Ella jadea y arquea la espalda alejándola de la puerta. Y cuando chupo ese bulto hinchado de nervios y deslizo un dedo en su canal cálido y húmedo, ella deja escapar un gemido bajo.

Retrocedo y observo cómo la penetro una y otra vez.

—Me estás empapando la mano, cariño. Y a mí también me estás dejando hecho un desastre. Lo necesitas, ¿verdad?

—S-sí.

—¿Necesitas correrte?

—Dios, sí.

Añado otro dedo y ella se contrae a mi alrededor, ya muy cerca del clímax.

Pongo mi lengua contra su clítoris y la lamo fuerte y rápido, al ritmo de las embestidas de mis dedos.

—Me voy a correr.

Joder, sí que lo va a hacer. Me está apretando tan fuerte que ya estoy fantaseando con dilatarla para poder penetrarla.

—¿Puedes con tres dedos, cariño? —Tiene que poder si quiero tener alguna esperanza de caber en su interior.

Se le escapa suspiro.

—Creo que sí.

Suavemente, introduzco un dedo más en su interior, abriéndola, haciéndola estremecerse y balancear las caderas.

Cuando vuelvo a chuparle el clítoris, ella alcanza el orgasmo con un gemido entrecortado, restregando su sexo contra mi cara mientras su húmedo canal se contrae y se relaja alrededor de mis dedos. Con cada pulso, otro chorro de excitación brota de ella y resbala por mi palma.

Retiro la mano y la sustituyo por mi lengua, recogiendo toda la humedad que puedo antes de hundirla en su interior para sentir los últimos estertores de su orgasmo.

Mi pene palpita tan dolorosamente que tengo acariciarme con fuerza por encima de los pantalones.

Solo cuando sus muslos dejan de temblar me levanto y la beso, tragándome su gemido mientras lamo su boca.

—¿Te gusta cómo sabes, cariño? —le espeto—. Porque a mí me encanta, joder.

La sujeto por las caderas y la levanto para que pueda rodearme con las piernas. Al instante, el calor húmedo de su sexo se filtra a través de mi ropa, lo que me vuelve loco.

Atravieso la *suite* hasta el dormitorio y la tumbo en la cama. Estar de pie sobre ella, mientras yace completamente desnuda sobre el colchón y yo sigo completamente vestido, me excita más de lo que ninguna otra cosa en mi vida.

Las luces de la habitación están apagadas, pero con las cortinas abiertas el resplandor de la ciudad al exterior baña su cuerpo. Mientras la contemplo, me asaltan una imagen tras otra, todas centradas en ella y cada una más explícita que la anterior. Me imagino tomándola contra la ventana con vistas a la Torre Eiffel, o en el balcón mientras ella se apoya con las manos en la barandilla e intenta no gritar mi nombre para que la ciudad lo oiga. Me veo follando con ella en la ducha y en cada superficie de esta *suite,* y sé que no tendré tiempo de hacerlo todo antes de que este momento entre nosotros deba acabarse.

Por ahora, necesito tenerla aquí, en esta cama.

Me mira con los ojos entrecerrados y las ondas de su cabello rubio a su alrededor, con la boca entreabierta e hinchada por mi beso. Verla así hace que toda mi sangre se acumule en mi entrepierna dolorida.

Voy a tomarla aquí mismo. Quiero verla desmoronarse para mí. Si este momento es todo lo que podemos tener, me aseguraré de que ninguno de los dos lo olvide.

Un último pensamiento sensato se abre paso entre la lujuria. Ella necesita saber que aún tiene el control.

—Dime que esto es lo que quieres.

32

Chloe

Roman se yergue sobre mí, todavía completamente vestido, con el pelo revuelto y los ojos grises tan oscuros de deseo que parecen casi negros.

Nadie me había hecho sentir nunca tan deseable, tan necesitada, tan… poderosa.

Mi cuerpo aún tiembla por el orgasmo, pero estoy desesperada por tener cuerpo contra el mío, sus manos sobre mí.

Así que respondo a su pregunta de la única forma que puedo.

—Lo quiero todo. Todo.

Las palabras apenas han salido de mis labios cuando él empieza a desabrocharse la camisa. Se mueve demasiado lento para mi gusto, así que me incorporo y le saco la parte inferior de los pantalones, luego empiezo por el botón de abajo y voy subiendo hasta que nos encontramos en el medio. Cuando los dos lados se separan por completo, deslizo mis manos por su torso, saboreando lo suave y cálida que es su piel. Me deja explorar los huecos y valles, los músculos duros y el rastro de vello que desciende desde su ombligo.

Al final, me aparta las manos agarrándome las muñecas, se quita la camisa de un tirón y la deja caer al suelo.

Mis muslos se tensan involuntariamente ante esa visión. Está para comérselo así, frente a mí, con sus ojos grises penetrantes, el amplio pecho al descubierto, los abdominales marcados y esa uve en sus caderas.

Se lleva las manos a la hebilla del cinturón y lo contemplo mientras se quita los pantalones y los calzoncillos.

Cuando veo su pene por entero por primera vez, se me corta la respiración. Aquella noche en su despacho ya era obvio que era grande. Pero así puedo ver cada detalle. Es larga, gruesa y curvada, y tan dura que la punta casi roza sus abdominales.

Cuando la agarra con una mano y la estira para apartarla de su vientre, me muerdo el labio para contener el gemido que me sube por la garganta.

No tengo ni idea de cómo va a caber dentro de mí, pero confío en que Roman se asegurará de que mi cuerpo lo acepte. Hará que esta noche sea buena para mí, no tengo ninguna duda.

Solo de pensarlo me estoy volviendo loca. No solo por follar, sino por que me posea de una forma que nunca antes había deseado. Sé que esto es solo cosa de una noche, pero la intensidad me hace sentir que es mucho más.

Coge los pantalones del suelo y saca un condón. Con los dientes, rasga el envoltorio y luego se lo pone con un movimiento fluido.

—Túmbate. —El murmullo grave y oscuro de su voz me hace estremecer.

Obediente, me recuesto. Él me separa los muslos y se acomoda sobre la cama entre ellos. Hay algo en sus ojos mientras se cierne sobre mí: es más que lujuria, pero no sé cómo llamarlo, y cuando desliza su gruesa corona por mi sexo empapado, me olvido por completo de ello.

Mira hacia donde estoy abierta para él, y el calor que emana de su cuerpo hace que mi corazón se acelere.

—Estás tan mojada para mí, tan preparada…

Tengo que aferrarme con fuerza a las sábanas para mantenerme firme cuando la expectación se convierte en un nudo ardiente en mi vientre.

Apoya una mano en el colchón a mi lado, clava su mirada en la mía y se pone contra mi entrada.

Impaciente y necesitada, me retuerzo y luego me pego a él, obligando a mi cuerpo a abrirse a su alrededor; su gruesa y roma cabeza se mete unos centímetros dentro de mí.

Me agarra las caderas con tanta fuerza para impedir que me contonee que me deja un moratón. Sus rasgos están tensos.

—Me vas a aceptar hasta el último centímetro, pero va a ser a mi manera.

Un escalofrío me recorre el cuerpo ante sus palabras, y mi cuerpo se tensa involuntariamente alrededor de su glande.

Él gruñe una maldición, así que vuelvo a apretar, esta vez a propósito.

—Por favor.

La risita que se le escapa es oscura.

—Ya estás lista para correr otra vez.

—Sí —siseo, arqueando la espalda.

Con los ojos brillantes, baja la cabeza unos centímetros.

—Pues quédate quieta y te daré lo que necesitas. —Cedo y separo las rodillas para darle mejor acceso. Se lame los labios; los tenues toques de rojo en cada pómulo delatan el esfuerzo que le cuesta ir despacio—. Eso es. Déjame entrar, cariño. Déjame llenarte.

Su voz ronca y cargada de lujuria hace que todo mi cuerpo estalle en llamas.

Con un gemido sordo, se empuja dentro de mí. Un centímetro grueso tras otro. Dilatándome. Llenándome. Siento un ligero pinchazo de dolor, pero se ve ahogado por el placer que siento mientras se hunde lentamente en mí.

Es evidente que está luchando por mantener el control; aprieta los dientes. Se le forman gotas de sudor en la línea del cabello y todos sus músculos se tensan. Pero yo no quiero su control. Ahora no. Esta noche no.

Aprieto de nuevo y él cierra los ojos con fuerza. Cuando los abre, solo hay un fino anillo plateado rodeando la oscuridad de sus pupilas.

He conseguido lo que quería.

Me penetra con fuerza, obligando a mi cuerpo a ceder ante los últimos centímetros de su miembro. Grito de placer cuando se hunde hasta la base y me esfuerzo por adaptarme a su tamaño. Nunca me he sentido tan llena. Nunca había sabido lo que es estar tan profundamente unida al cuerpo de un hombre.

Su pecho se pega al mío, me acuna la cabeza y me besa. Su lengua invade mi boca, robándome el aliento. Es dominante y embriagador, y en mi interior saltan chispas.

Pero cuando por fin se mueve, retirándose de forma larga y lenta antes de volver a penetrarme, un calor eléctrico arde a lo largo de mis terminaciones nerviosas. Y cuando encuentra un ritmo firme y

constante, solo puedo agarrarme a sus hombros y arquearme hacia él, ofreciéndole más, queriendo más. Queriéndolo todo.

Roman gruñe, con los ojos ardientes clavados en los míos.

—Justo así… Me estás recibiendo de maravilla.

Con cada embestida roza mi clítoris, haciendo que un cable caliente y tenso en lo más profundo de mi vientre se retuerza hasta que la tensión es casi insoportable. Me retuerzo debajo de él, esforzándome por acercarme aún más.

Como si intuyera lo que necesito, desliza sus brazos bajo mis piernas y se las pone sobre los hombros. Luego me agarra el trasero, me levanta las caderas y se desliza hasta lo más profundo.

Mis paredes internas se contraen y me pierdo en todo menos en él.

Follamos como si no hubiera pensado en otra cosa en meses. Follamos como si supiera exactamente lo que quiero. Le agarro los bíceps, desesperada por mantenerme en mi sitio. El movimiento de sus músculos bajo mis manos me ancla; también lo hace su mirada: cálida e intensa, me inmoviliza.

—Es como si estuvieras hecha para tenerme dentro.

Tiene razón, eso es exactamente lo que siento. Pero intento no pensar en lo que significa. En que nada podrá compararse jamás con esto.

Sus embestidas se vuelven más fuertes, la fricción contra mis paredes internas me lleva aún más alto, hasta que el placer y el calor se arremolinan en lo más profundo de mi ser. Aunque estoy casi completamente perdida en el éxtasis, hago todo lo posible por mover mis caderas para encontrarme con las suyas, tomándolo. Tomándolo todo.

—Oh, Dios —jadeo, desesperada por encontrar alivio.

—Juega con ese bonito clítoris para mí. Córrete conmigo dentro.

Hago lo que me dice; estoy tan hinchada y sensibilizada que todo mi cuerpo se estremece con el contacto.

Roman se endereza, dejando escapar un gemido salvaje mientras contempla cómo mis dedos se deslizan sobre mi húmeda entrepierna.

Es demasiado. El calor que se retuerce como un cable con corriente en lo más profundo de mi interior va a estallar en cualquier momento.

—Estoy a punto —jadeo—. Estoy tan cerca…

Su mirada ardiente y hambrienta me cala hondo.

—Me muero por ver lo hermosa que estás cuando te corres conmigo.

Sus palabras envían una lanza de placer directamente a mi centro. Con unas cuantas embestidas más y unos cuantos movimientos más de mis dedos, la tensión dentro de mí se desata. Mis músculos se tensan y mi columna se arquea mientras el éxtasis puro recorre mis venas.

Con una maldición ahogada, se pone de rodillas y me levanta las caderas, penetrándome con embestidas duras y profundas, golpeando ese punto perfecto dentro de mí una y otra vez.

Grito su nombre entre sollozos cuando un segundo orgasmo, aún más potente, se abate sobre mí.

—Joder, Chloe. —Sus movimientos son bruscos y entrecortados—. Me estás haciendo… —Con una última embestida, suelta un gemido largo y profundo. Siento cada fuerte latido de su miembro cuando se vacía dentro del condón.

Dios, ojalá se estuviera vaciando dentro de mí. Llenándome por completo. Dejándome con ese recuerdo cuando termine esta noche.

Nunca ha sido algo que haya anhelado ni que haya experimentado antes. Y es un pensamiento estúpido. Uno que alejo con firmeza de mi mente.

Porque cuando se retira de mí, dejando mi cuerpo saciado pero dolorosamente vacío, sé que este es el momento en que nuestra noche juntos va a terminar.

33

ROMAN

El corazón me late con fuerza contra la caja torácica; las réplicas del orgasmo aún vibran en mi interior cuando me separo de Chloe. Después de quitarme el condón, le hago un nudo y lo dejo sobre mi ropa tirada para ocuparme de él más tarde.

Chloe está tumbada a mi lado, cerca pero sin tocarme. Ha apartado la vista hacia la ventana.

Esta debería ser mi señal para levantarme e irme. Para empezar el proceso de dar un paso atrás. Hemos saciado nuestra sed el uno del otro y ahora es el momento de dejarlo atrás.

En cambio, la pego a mí. No he sido precisamente delicado con ella. Lo menos que puedo hacer es dejar que recupere el aliento antes de dejarla sola en esta enorme cama.

Eso es lo que me digo a mí mismo, al menos, mientras recorro con los dedos su piel aún húmeda, rozando su columna vertebral.

Durante unos minutos, nuestras respiraciones, que se van ralentizando poco a poco, son los únicos sonidos de la habitación. El silencio casi total resulta extrañamente reconfortante y anima a mis músculos a relajarse. Mis pulmones se expanden como si fuera la primera inspiración profunda que tomo en mucho tiempo.

Los delgados dedos de Chloe trazan pequeños círculos sobre mi pecho.

—Es una vista increíble. —Su voz es suave y un poco soñadora mientras contempla la Torre Eiffel más allá de la ventana, aún iluminada contra el cielo negro.

—La primera vez que vinimos a París —digo, sorprendiéndome a mí mismo—, tenía nueve años. Así que Cole tenía cuatro, creo, y Tate, alrededor de uno. —Sus movimientos se detienen, pero solo por un momento, antes de que continúe acariciándome en silencio —. Nuestros padres habían salido a algún evento y, después de que

la niñera nos acostara en la *suite* del hotel, Cole y yo nos escapamos y nos sentamos en un balcón un poco como el de ahí fuera. Me preguntó si la Torre Eiffel era un cohete espacial.

Ella sonríe contra mi pecho, y eso me hace sonreír también. No me permito pensar demasiado en mi infancia. Prefiero centrarme en el presente y en el futuro. En las cosas que puedo cambiar.

Pero aquí, en la oscuridad, con esta mujer en mis brazos, los recuerdos me inundan de calidez.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que sí. Y que, si pudiéramos subir hasta lo más alto, nos llevaría volando a otro planeta.

El suave soplo de su risa me roza la piel.

—Me preguntó si podía ayudarlo a subir a la cima al día siguiente. Cuando le dije que lo pensaría, me respondió que solo podríamos hacerlo si llevábamos a Tate y a nuestra niñera con nosotros.

—¿A la niñera?

Hay una pregunta más profunda ahí: ¿por qué nuestra niñera y no nuestros padres?

—Era una de las buenas. Una que no aceptó el trabajo con el objetivo de tirarse a nuestro padre. —Se tensa contra mi cuerpo. Tenso la mandíbula y la abrazo con más fuerza—. No debería haber dicho eso. —Mi voz suena seca—. No tengo ni idea de cómo mi padre las manipulaba para conseguir lo que quería. Si les amenazaba con quitarles el trabajo, por ejemplo.

—Roman —susurra, incorporándose. Mientras me observa, la luz que se cuela desde fuera brilla en su cabello del color de la luna, dorando el perfil de su rostro e iluminando la compasión de sus ojos. Una compasión que no me he ganado en absoluto—. ¿Tu madre lo sabía?

—Él solo hacía un esfuerzo simbólico por ocultarlo. Ella se las arregló mejor para ocultar sus aventuras. —Me concentro en mis dedos, que acarician su delicada clavícula—. Aparte de Tate, claro.

—¿Tate?

Nunca he hablado de esto con nadie más que con mis hermanos, pero no puedo negar que confío en ella, porque este momento entre

nosotros no estaría ocurriendo en absoluto si no fuera así, si no confiáramos el uno en el otro.

—Él fue fruto de una de las aventuras de mi madre. En público, se mantuvo la mentira de que mi padre era el de Tate, porque era más conveniente que la alternativa. Un divorcio complicado no le habría ido bien. En casa, sin embargo, la historia era diferente. Tate creció sabiendo que era distinto. No fue fácil para él.

—Pero te tenía a ti y a Cole. —Lo dice con una certeza que me oprime el pecho.

—Pero tampoco tanto como debería habernos tenido. —Me obligo a admitirlo. Hace una hora, no habría imaginado confesar que no estuve ahí para Tate ni para ninguno de mis hermanos, como debería. Pero a pesar del nudo que tengo en el estómago, sigo hablando—. Mi padre se aseguró de poner distancia entre nosotros tres a medida que crecíamos. Creo que le preocupaba que, si funcionábamos como una unidad, perdería poder sobre nosotros. Usó nuestras debilidades en nuestra contra. La mía era que era el primogénito. Y que era el que más se le parecía físicamente. El que él creía que podía moldear a su imagen y semejanza.

—Pero no lo hizo. —No respondo. Porque la verdad es que sí lo hizo hasta que se pasó de la raya. Que lo quería casi tanto como lo odiaba hasta que hizo imposible seguir queriéndolo, o incluso admirándolo. Y he pasado más de una década intentando desanclar mi verdadero yo del hombre en el que intentó convertirme. Incluso ahora, no estoy seguro de haberlo conseguido—. Roman… —Su tono es vacilante—. Yo… ¿Puedo preguntarte…? ¿Tu padre se acostaba alguna vez con sus asistentes?

Todos mis músculos se tensan. Ella cree que soy igual que él.

—Sí —espeto.

Antes de que pueda moverme, antes de que pueda poner distancia entre nosotros, ella me pone la mano en la mejilla.

—No te pareces en nada a él. No me has manipulado. No has amenazado mi trabajo. Estoy aquí porque quiero estar aquí. Porque yo… —Traga saliva—. Porque me hiciste sentir lo bastante segura como para decir que sí. Y lo entiendo. Sé que es solo algo de una vez, y no se lo diré a nadie, lo prometo.

Se me encoge el corazón. Joder. Esta mujer. Quizá, si las cosas fueran diferentes, si yo fuera capaz de más… Pero no lo son. Y no lo soy.

Me dijo lo que necesitaba: un buen trabajo, un sueldo fijo, estabilidad, seguridad. Esas son las únicas cosas de valor que puedo ofrecerle.

Y esta noche.

Puedo ofrecerle esta noche.

La pego a mí mi cuerpo y reclamo sus labios. No quiero pensar en mi padre, y menos aquí, cuando estoy con ella. Quiero memorizar su sabor, grabar la sensación de su piel contra la mía, estampar este momento en mis sinapsis, para que, cuando termine esta noche, pueda recordar cómo se sentía tenerla en mis brazos.

El deseo es un pulso insistente en mis venas. Quiero más.

Con un movimiento rápido, hago que se dé la vuelta y ella suelta un jadeo cuando me pongo sobre su cuerpo.

—Necesito que abras esas preciosas piernas y me dejes saborearte de nuevo. —Ella hace lo que le pido sin dudar.

Beso y lamo todo el camino hacia abajo, entre sus pechos y sobre la suave piel de su vientre. Cuando mi boca encuentra su centro aún húmedo, un suspiro tembloroso se escapa de sus labios, un gemido de satisfacción, de los míos.

Ella se retuerce, lo que me obliga a agarrarle los muslos y mantenerla abierta para mí; paso la lengua por su clítoris y luego bajo hasta ponerla en su pequeña y estrecha entrada.

—Dios mío. —Con la espalda arqueada, enreda sus manos en mi pelo, provocándome una oleada de lujuria.

La excito de nuevo con la boca y los dedos. La forma en que jadea y gime me hace restregarme contra el colchón para aliviar mi erección. Por muy desesperado que esté por penetrarla hasta el fondo, no voy a parar hasta que vuelva a saborear su orgasmo.

Está jadeando, muy cerca de darme lo que quiero. Una sensación ardiente y salvaje me quema detrás de las costillas. Un deseo repentino de marcarla, de darle un recuerdo imborrable de esta noche.

—Me voy a correr. —Su voz suena tensa, desesperada.

Cedo al impulso y le acaricio el clítoris con el pulgar, y cuando el placer se apodera de ella, en el momento en que su canal empieza a palpitar contra mi lengua, vuelvo la cabeza y mis labios rozan la parte interna de su muslo, un lugar donde solo ella verá la prueba de lo que hemos hecho.

Y mientras le pellizco el clítoris para llevarla al límite, chupo con fuerza su tierna piel. Marcándola, reclamándola. Aunque solo sea por una noche.

Ella grita mi nombre cuando se corre, contoneando las caderas. Vuelvo a su centro y mi lengua sustituye al pulgar para que pueda hundir mis dedos en su interior, alargando su clímax, saboreando la forma en que su sexo hambriento palpita con fuerza a mi alrededor.

Para cuando su orgasmo remite, es un desastre tembloroso y sin aliento sobre la cama.

Contemplo la marca que le he dejado, y una sensación que casi parece posesividad clava sus garras profundamente en mí.

Cierro los ojos con fuerza, incapaz de detener el pensamiento que se cuela en mi mente.

Cruzar esta línea podría ser el mayor error que he cometido jamás.

34

CHLOE

Con los ojos aún cerrados a la luz de la mañana, extiendo un brazo y no encuentro más que sábanas frescas.

Me doy la vuelta y echo un vistazo a la habitación para asegurarme, pero el silencio confirma lo que ya sé: él no está aquí.

Me tapo los ojos con el brazo y los recuerdos de anoche me invaden la mente. Su cuerpo moviéndose sobre el mío, sus palabras, su tacto, la forma en que me hacía sentir cuando estaba dentro de mí…

El calor me recorre la piel y mis pezones se endurecen, sensibles contra las sábanas sedosas.

Lo de anoche superó todas mis expectativas. Aunque no he tenido muchas parejas sexuales, sí las suficientes para distinguir el buen sexo del malo. Y el sexo con Roman no fue solo bueno: fue alucinante.

Me echo de nuevo de lado y me acurruco en posición fetal. ¿Cómo voy a sentarme en el mismo despacho con él día tras día y no imaginar todas las cosas que hicimos y cómo me sentí?

No tengo ni la más remota idea, pero tengo que hacerlo. Ese fue el acuerdo. Y por mucho que me haya complicado las cosas, no puedo arrepentirme de lo de anoche.

Quizá debería. Quizá debería castigarme por ser tan imprudente, sobre todo cuando mis decisiones nos afectan tanto a mi padre como a mí. Pero confío en Roman cuando dice que no dejará que lo que ha pasado entre nosotros afecte a mi trabajo.

Solo tengo que asegurarme de hacer lo mismo.

Suspiro, me levanto y me estiro, disfrutando del dolor casi placentero de mis músculos. No tenemos que salir hasta dentro de dos horas, así que me tomo mi tiempo para disfrutar bajo el chorro caliente de la ducha. Mientras me enjabono, mis dedos rozan un

punto sensible en la parte interna del muslo. Miro hacia abajo y mi mente vuelve de golpe al momento en que Roman me dejó esa marca.

Siento un escalofrío y vuelvo a pasar los dedos por encima. ¿Qué le pasaba por la cabeza al hacerme algo así?

No puedo darle vueltas a esa pregunta. Tengo que volver a ponerme mi máscara profesional y demostrar que puedo superar lo de anoche y no hacer que las cosas se pongan raras. Aunque de repente estoy dudando de mi capacidad para lograrlo.

Después de secarme, pido el desayuno al servicio de habitaciones y me siento en el balcón al sol para comer unos deliciosos pasteles y saborear una taza de café.

Me sigue pareciendo increíble estar aquí, en París, rodeada de tanta historia y belleza. Parece un sueño.

Uno del que tendré que despertar demasiado pronto.

Cuando Roman por fin llama a la puerta, tengo las maletas hechas y estoy lista para irme, aunque no esté preparada para enfrentarme a él. El corazón me late a mil por hora mientras llevo mi pequeña maleta hacia la puerta.

Da un latido extra, solo por diversión, cuando tiro del pomo de la puerta y lo veo ahí. Lleva traje, por supuesto. No estoy segura de que se ponga otra cosa. Pero, Dios, qué bien le queda.

Tiene el pelo ligeramente húmedo, como si acabara de salir de la ducha. ¿Se durmió después de nuestra larga noche? ¿O volvió directamente al trabajo cuando salió de mi habitación?

Siento una opresión el pecho al recordar la confesión que me hizo entre orgasmos. ¿La razón por la que se exige tanto es su padre?

—Buenos días. —Su voz suena un poco más ronca de lo normal, y me mira de una forma que, desde luego, no parece nada profesional —. ¿Has dormido?

Siento que se me enrojecen las mejillas, pero ignoro la sensación.

—Un par de horas. ¿Y tú?

Una de las comisuras de su boca se curva hacia arriba.

—Una o dos.

De repente se me seca la garganta, me humedezco los labios y su mirada se posa al instante en mi boca, aguda y fija.

Mi pulso se acelera. Quizá a él tampoco le resulte fácil volver a como estaban las cosas antes.

Se acerca a coger mi maleta y se lo permito aunque soy más que capaz de llevarla yo misma. La maneja con la misma facilidad que la suya mientras vamos por el pasillo y bajamos en el ascensor.

El ambiente está cargado de palabras no dichas, y mi cuerpo está tenso por la necesidad de estar más cerca de él; de pasar mi mano por su pecho y ponerla sobre su corazón para poder sentir su latido firme. Pero resisto. Tuve una noche para explorarlo; para fingir que no había obstáculos que nos separaran, y ahora eso se ha acabado.

En el coche, de camino al aeropuerto, miro por la ventanilla y, a mi lado, Roman se sumerge en el trabajo con su teléfono. Sinceramente, agradezco tener un poco más de tiempo antes de tener que actuar como si solo fuera mi jefe.

Contemplo los edificios por los que pasamos, embebiéndome de todo lo que veo. Espero poder traer a mi padre aquí algún día. Le enseñaré lo que he tenido la suerte de ver en este viaje y descubriré todo lo demás.

Es un consuelo imaginarlo en lugar de obsesionarme con la idea de que nunca volveré a vivir con Roman algo como lo de anoche.

Una vez que subimos al jet, nos acomodamos en los asientos, uno frente al otro. Evito deliberadamente mirarlo, y en su lugar examino hasta el último rincón de la cabina, escondiéndome tras una frágil apariencia de normalidad.

La idea de que probablemente se dé cuenta de que estoy nerviosa me hace sentir más vulnerable de lo que me gustaría.

Y rápidamente me doy cuenta de que no estoy consiguiendo ocultar nada. Cuando el avión se estabiliza a la altitud de crucero, ya no puedo soportar más su mirada escrutadora.

Cuando nuestras miradas se cruzan, se me revuelve el estómago. La rigidez de su expresión es como un golpe físico. Es algo que nunca había visto antes.

—Es tan extraño —balbuceo—. La hora a la que aterricemos en Nueva York será justo después de la hora a la que salimos de Francia. Será como si las siete próximas horas no hubieran existido.

Por un momento, frunce el ceño, pero luego su expresión se suaviza.

—Ven aquí.

El corazón me da un vuelco ante la orden.

—¿Qué? ¿Por qué? —suelto una risa nerviosa.

Dios, eso no se parece en nada a mi risa. Se supone que debo ser madura. Se supone que debo ser el tipo de mujer que puede pasar la noche más increíble de su vida con su jefe y luego actuar como si nunca hubiera ocurrido.

Roman baja la voz.

—He dicho que te acerques.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y doy un pequeño paso, que es todo lo que hace falta para estar prácticamente de pie entre sus piernas. Lo miro desde arriba, con el corazón latiéndome con fuerza y las rodillas temblando. No se trata de miedo, sino del recuerdo de todas las veces que me corrí anoche.

Sus ojos brillan, como si él también lo recordara, y sus manos se cierran sobre sus muslos.

—Nos prometimos una noche.

Demasiado avergonzada para seguir escuchando, levanto la mano.

—Para. Sé lo que acordamos y estoy totalmente de acuerdo. No voy a complicar las cosas. Seré la asistente profesional que tú…

—Chloe.

Ese gruñido grave me detiene y me acelera el pulso.

—¿Sí? —susurro, temblorosa.

Baja la mirada, abre los puños y estira los dedos. Luego vuelve a fijarse en mí.

—Las siete próximas horas serán como si nunca hubieran ocurrido.

Parpadeo, sintiendo cómo se me calienta la piel.

—Sé cómo funcionan los husos horarios. Solo decía que es una sensación extraña.

Su risa es grave, y me recorre de la forma más íntima, como cuando gemía contra mi piel.

En respuesta a ese recuerdo, un escalofrío me recorre el cuerpo y mis pezones se endurecen hasta convertirse en puntas contra mi camiseta.

Su mirada se posa en ellos y se le dilatan las fosas nasales.

—Siete horas que solo nos pertenecerán a nosotros. —Siento un cosquilleo en el vientre ante la aspereza de su voz, ante lo que implican sus palabras. ¿Está sugiriendo una prórroga de nuestro acuerdo?—. No te tocaré si no quieres que lo haga. Podemos dejar las cosas como dijimos que haríamos. O podemos pasar las próximas horas haciendo las cosas que no tuvimos oportunidad de hacer anoche.

Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica y un dolor se instala en lo más profundo de mi vientre. Lo responsable sería volver a sentarme y decirle que tenemos dejar las cosas como están. Pero el simple hecho de estar cerca de Roman acaba con mi faceta sensata. ¿Y cómo no iba a querer disfrutar del momento en lugar de preocuparme por el futuro?

Disfrutar de unos cuantos orgasmos más no empeorará las cosas, ¿no?

Él me mira, con la cabeza echada hacia atrás, las piernas abiertas y las manos apoyadas de nuevo en sus muslos. Tiene los nudillos blancos, como si se estuviera conteniendo para no tocarme.

Los tentáculos del deseo se tensan formando un nudo dentro de mí. Unas horas más para tocar, para saborear… para fingir…

Una vez más, tiro la precaución por la borda y le doy mi respuesta cayendo de rodillas entre las suyas.

—Joder, Chloe —gime.

—La azafata no va a venir, ¿verdad?

Pulsa un botón en el reposabrazos de su sillón.

—Estamos trabajando aquí, así que nada de interrupciones. Te llamaré si te necesito.

Más tranquila al saber que no me verán arrodillada delante de mi jefe, agarro la hebilla de su cinturón.

Él envuelve mis manos con las suyas, escrutando mi rostro.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

Sus mirada se clava en mí y me acaricia la mandíbula, deslizando los pulgares por mis pómulos con una ternura que hace que me piquen los ojos.

—¿Quieres saber a qué sé cuando me corro, cariño?

El escozor da paso a una oleada de deseo que recorre todo mi cuerpo. Aprieto los muslos y mi voz sale entrecortada cuando respondo.

—Es lo justo.

Se le tensa un músculo de la mandíbula y se desabrocha el cinturón.

—Sácala. —Alargo la mano hacia la cremallera, casi con demasiada impaciencia, y se la desabrocho. Él levanta las caderas para que pueda bajarle de los pantalones y los calzoncillos. Ya está durísimo. Y cuando se agarra y se acaricia, se forma una gota nacarada de líquido preseminal en la punta, que luego resbala hasta la parte inferior de su miembro. Es increíblemente erótico ver a este hombre que suele ser tan reservado, tan controlado, sentado aquí completamente vestido con su traje a medida y con su hermoso miembro en la mano—. Desabróchate la blusa. —Su tono ronco me hace sentir un escalofrío que me recorre la espalda. Obediente, me desabrocho los botones con dedos temblorosos; luego dejo que se deslice por mis hombros y caiga al suelo detrás de mí; me quedo en falda y sujetador de satén blanco. Cada inspiración que tomo hace que mis pezones duros y sensibles rocen la tela, provocándome un pequeño estremecimiento. Sus iris se vuelven tormentosos mientras me devora con la mirada—. Joder, qué guapa. —Con su mano libre, me baja las copas del sujetador para dejar al descubierto mis pechos. Me acaricia un pezón, luego el otro, provocándolos hasta que se ponen duros y doloridos. Luego desliza la yema de su pulgar entre mis dientes y me abre la boca. Se detiene con su pene junto a mis labios—. ¿Es lo que quieres? — Alzo la cabeza y asiento. El movimiento es pequeño, teniendo en cuenta que me mantiene la boca abierta. Su expresión, con los ojos entrecerrados y la excitación patente en su mirada brillante, queda grabada en mi memoria, donde permanecerá para siempre. El deseo arde en lo más profundo de mi vientre cuando mete su gruesa corona entre mis labios, y

cuando me suelta, murmuro alrededor de su miembro y trago tanto como puedo. Roman mueve las caderas, sisea entre dientes y hunde las manos en mi pelo, sujetándome mientras respira con dificultad por la nariz—. Qué bonita estás con los labios a mi alrededor.

Tras un momento, afloja su presa en mi cabeza, sin dejar de sujetarla, pero con menos fuerza, para no restringir mis movimientos.

Lo interpreto como la señal para tomar el control y, con los ojos cerrados, me echo hacia atrás, haciendo girar mi lengua a su alrededor, disfrutando de su sabor salado y masculino antes de meter aún más de él en mi boca.

Él suelta un gemido bajo y profundo; el sonido por sí solo basta para que la excitación empape mis bragas. Cuando me fijo en su rostro, veo que me está mirando con la boca ligeramente entreabierta, los ojos hambrientos y clavados en el lugar donde mis labios se estiran a su alrededor.

No hay forma de que pueda metérmelo todo, pero hago lo que puedo, rodeando con los dedos la parte a la que mi boca no llega y apretando. Con la otra mano, le masajeo suavemente los testículos, y disfruto cuando echa la cabeza hacia atrás y la apoya contra el sillón.

Retrocedo de nuevo, dejo que mis labios rocen la piel suave como el satén de su glande y luego deslizo lentamente la boca hacia abajo, hasta que me roza la garganta.

Otro gemido grave se le escapa, y su miembro palpita contra mi lengua. Animada por su reacción, acelero el ritmo, metiéndomelo tan profundo como puedo y chupando, para luego retirarme casi por completo.

Su cuerpo se tensa bajo mi mano y un ligero temblor me recorre los dedos mientras lo llevo al límite. La idea de que ya está a punto de correrse me acelera el pulso y sigo trabajando con mi boca y mis manos.

Acaricio su dura longitud con la lengua, lamiendo la sensible hendidura de su glande.

—Cariño. —Su tono es entrecortado, atormentado. Repito el movimiento, lamiendo el líquido preseminal que brota de él hasta

que me tira del pelo y me echa la cabeza hacia atrás—. Abre —gruñe. Obedezco con el pecho subiendo y bajando sin control y el cuerpo vivo y palpitante. Se tensa de la cabeza a los pies cuando entra en mi boca de nuevo, y cuando lo vuelvo a tomar, tan profundamente que mi garganta se contrae a su alrededor, cierra los ojos con fuerza—. Joder, qué sensación… —Me sujeta con fuerza, y balancea las caderas hacia arriba como si no pudiera controlarse. Está al límite. Ver cómo pierde el control hace que todo mi cuerpo se derrita. Mientras la lujuria se enrosca en mi interior, chispeando en mi clítoris, me retuerzo, moviendo las caderas, desesperada por la fricción. Hace que eche la cabeza hacia atrás, hasta que lo miro descaradamente a los ojos, con la boca aún llena de él—. Súbete la falda y tócate. —Inmediatamente lo suelto para poder subirme el dobladillo de la falda. En el momento en que deslizo la mano dentro de las bragas, encuentro mi clítoris, ya hinchado y sensible, y lo acaricio; las oleadas de calor laten por todo mi cuerpo. Su mirada va de mi boca a mis ojos y de ahí a donde se mueven mis dedos. Su cuerpo se tensa, los músculos se le contraen, y palpita contra mi lengua. Clavo la vista en su rostro, desesperada por darle lo que sea que necesite. Me suelta el pelo, me sujeta la nuca con una mano y me guía arriba y abajo—. Más —jadea; ha perdido todo el control y me encanta. Aunque parezca imposible, se hincha aún más entre mis labios. La reacción me marea y estoy desesperada al saber lo que le estoy haciendo—. Mírame. — Tiemblo ante el tono grave de su voz y hago lo que me pide sin ralentizar el movimiento de mis dedos sobre mi clítoris. Lo hundo más entre mis labios y la punta de su miembro me roza la garganta; él enreda de nuevo los dedos en mi pelo—. Eres la hostia de dulce, ahí, de rodillas para mí. —Chupo con más fuerza y su cuerpo se tensa y me aprieta con más fuerza—. Eso es —gruñe—. ¿Quieres saborearme? —Asiento—. Déjame ver cómo te corres y te daré lo que quieres. —Sus palabras, combinadas con la forma en que empuja más adentro, manteniéndose profundamente en mi boca, me hacen caer en picado al abismo. Cuando llega el orgasmo, todas mis terminaciones nerviosas se activan a la vez, y me estremezco, cerrando los ojos con fuerza y gimiendo alrededor de él—. Qué sexy. —Me echa la cabeza hacia

atrás, obligándome a soltarlo, y luego desenreda una mano de mi pelo y la envuelve alrededor de su miembro—. Abre esa bonita boca. —Obedezco, desesperada por verlo desmoronarse. Se acaricia con fuerza tres veces y suelta un gemido áspero al correrse; los chorros calientes me salpican los labios y aterrizan en mi lengua. Sin dejar de correrse, desliza la punta en mi boca de nuevo para que las últimas pulsaciones me lleguen a la garganta. Los músculos de sus muslos se contraen bajo mi mano. Cuando las pulsaciones por fin cesan, respira rápido, con las pupilas dilatadas. Me rodea el cuello con su enorme mano, ejerciendo una ligera presión—. Demuéstrame lo buena que eres y traga. —Lo hago, moviendo el cuello bajo la palma de su mano— . Todo.

Su exigencia es un gruñido grave y oscuro, y una réplica me recorre el cuerpo. Me lamo los labios, ansiosa por saborear hasta la última gota.

Maldiciendo entre dientes, desliza el pulgar bajo mi labio inferior y luego lo mete en mi boca.

Cuando saco la mano de mis bragas, me agarra la muñeca y se lleva mis dedos a los labios y los recorre uno a uno con la lengua, rozando las yemas con los dientes, con sus ojos clavados en los míos, y mi excitación se dispara.

Dios mío.

Acabo de correrme, pero juro que podría volver a hacerlo sin mucha provocación.

Aún erecto, se pone de pie y me ayuda a levantarme para besarme con avidez, sin que, al parecer, le moleste su propio sabor.

Cuando nos separamos, me tambaleo.

—No hemos terminado —dice, con la voz aún ronca—. A menos que me digas que no, voy a llevarte al dormitorio y devorarte hasta que te corras en mi cara. Luego vamos a follar tan fuerte que ninguno de los dos recordará quiénes somos. Durante las próximas horas, me vas a dar todo este cuerpo dulce y ardiente y todos los orgasmos que pueda arrancarle. —Me mira con tal intensidad que apenas puedo respirar—. Y cuando creas que no te queda nada más que dar, te demostraré lo equivocada que estás.

La parte sensata de mí, la que ha tenido el control durante tanto tiempo, me grita que esto solo empeorará las cosas. Pero la silencio sin pensarlo dos veces. Voy a disfrutar de Roman y de todo lo que me está ofreciendo ahora mismo, y ya me ocuparé de las consecuencias más tarde.

Me pongo de puntillas, y lo beso.

—Sí —susurro.

35

Chloe

Llamo a la puerta y, un instante después, se abre de par en par y me envuelve el cálido abrazo de mi mejor amiga.

—¡Me alegro tanto de verte!

Lola me acompaña al salón, donde Christopher está tumbado sobre una alfombra de juegos amarilla con un anillo de dentición con forma de jirafa entre sus manitas regordetas.

—Ha crecido un montón. —Incapaz de resistirme, lo cojo en brazos para darle un abrazo.

Suspirando, Lola se sienta en un sillón.

—Crece como la mala hierba. Y ya ha empezado con la comida sólida, así que su caca es… —frunce la nariz— apestosa. Me siento en el sofá para hacer saltar al bebé en mis rodillas, riendo—. Me muero de ganas de que me cuentes todo sobre Francia—. ero primero, ¿cómo está tu padre? ¿Le está haciendo efecto la nueva medicación? —Contenta de posponer mi confesión sobre mi noche —¡y mi aventura!— con Roman, le doy más detalles de los que probablemente esperaba sobre la segunda infusión de mi padre y le cuento mis tímidas esperanzas y que ya estoy viendo pequeños signos de mejora. Menciono lo útil que ha sido Carol, pero cuando empiezo a hablar de la próxima revisión con el reumatólogo, Lola me interrumpe, claramente ansiosa por pasar a otro tema—. Me alegro mucho de que las cosas vayan mejorando para tu padre. Y para ti. Pero ya he sido lo demasiado paciente. Así que suéltalo. Quiero que me cuentes tu viaje. Sigo teniendo mucha envidia.

Se me hace un nudo en la garganta y me concentro en la sonrisa encantada de Christopher, obligándome a ignorar el picor en los ojos. Me negué a darle los detalles por teléfono, pero ahora que estamos cara a cara, me estoy replanteando esa decisión.

Cuando me dije a mí misma que afrontaría las consecuencias de mi tiempo con Roman, obviamente todavía estaba embriagada por el sexo. Porque aquí estoy, una semana después, y no lo he afrontado. O al menos no lo he hecho demasiado bien.

Fingir que una experiencia sexual tan increíble nunca ocurrió ha sido la peor de las torturas.

Roman, por su parte, no parece tener ningún problema con ello.

En cuanto aterrizó el avión, todo cambió. Toda la pasión, toda la ternura… Lo guardó todo bajo llave como si su control nunca se hubiera puesto a prueba.

Sí, yo accedí a eso, pero resulta que vivirlo es horrible.

Me abrió los ojos a cómo debería ser el sexo. Conociéndolo, sin embargo, probablemente para él no fue nada especial. Solo puedo imaginar que todas sus relaciones sexuales son así de intensas.

Llevo días luchando por asimilar nuestros encuentros, y es probable que él ya los haya archivado en su banco de recuerdos con la etiqueta *«fue divertido pero olvidable»* y que haya pasado página.

—¿Chloe? —pregunta Lola—. ¿Estás bien?

Trago saliva para deshacer el nudo en la garganta y asiento.

—Las cosas con Roman se han complicado un poco…

—¡Lo sabía! —grita, sobresaltando a Christopher, que enseguida rompe a llorar. Me pongo de pie y lo levanto en volandas, fingiendo que es un avión, hasta que vuelve a retorcerse y a reírse. Aunque detesto ver al pequeño triste, agradezco la excusa para retrasar el inevitable comentario de Lola. Pero cuando me siento y me armo de valor para mirarla, veo que tiene las cejas muy arqueadas—. ¿Y qué pasó? ¿Os pusisteis a ello?

Suelto una risa ahogada.

—¿Ponernos a ello?

—Sí, ya sabes. A bailar el tango horizontal, a hacer la bestia de dos espaldas, a poneros con el delicioso, a darle al tema, a hacer flexiones en la cama…

Levanto una mano.

—Lo siento, ¿qué está pasando ahora mismo?

—Jamie y yo hemos estado intentando decidir cuál va a ser nuestro código para referirnos al sexo una vez que Christopher

pueda hablar y entienda de verdad lo que decimos.

—Probablemente podríais decirlo con todas las letras durante los primeros años.

Ella sacude la mano en el aire.

—Volvamos a la pregunta. ¿Tú y tu jefe, que está para comérselo, practicasteis S-E-XO mientras estabais en Francia?

Aprieto los labios y agacho la cabeza.

—Sí. Y también en el avión de regreso a casa.

Se lleva una mano al pecho.

—No me puedo creer que no me lo dijeras en cuanto pasó.

—Tiene que ser un secreto. En realidad no debería contártelo, pero necesito a alguien con quien hablar de ello.

Frunce el ceño.

—¿Lo estás manteniendo en secreto? Eso no suena bien. ¿Significa eso que ahora estáis actuando a escondidas? ¿O fue algo de una sola vez?

Se me encoge el corazón.

—Fue algo puntual.

Entrecierra los ojos y se recuesta en el asiento.

—¿Y tú aceptaste eso?

No puedo evitar soltar un largo suspiro.

—En ese momento me pareció una buena idea. Él tiene buenas razones para no querer que sigamos. Y para mantenerlo en secreto. Es solo que… pensé que me parecería bien. Pero resulta que quizá no sea así.

Su expresión se suaviza con simpatía.

—¿Quieres más?

Me muerdo el labio para que no me tiemble.

—Es una tontería. Acepté. Pero es que no esperaba que mis sentimientos se involucraran tan rápido.

—Ay, Chloe. —Se sienta a mi lado y me envuelve en un abrazo—. Creo que tus sentimientos ya estaban involucrados, si no, no te habrías acostado con él.

Niego con la cabeza, reprimiendo la emoción que sigue pidiendo a gritos ser liberada.

—Solo era un *crush*…

—Cariño, no te he visto enamorarte de nadie desde que tenías trece años y te gustaba Bobby, de la clase de arte. Siempre has estado muy centrada, y los pocos chicos con los que has salido no eran precisamente del tipo serio. Daba la sensación de que solo seguías la corriente.

—Eso no es cierto. Quiero decir… —Suspiro, mirando los brillantes ojos azules de Christopher—. No lo sé. Quizás sí lo sea. En cualquier caso, ya pasó y volvemos a ser jefe y asistente.

Ella arquea una ceja.

—¿Y qué tal le va con eso?

—No parece que le suponga ningún problema.

Ella suelta una risita poco femenina.

—A los hombres nunca les pasa. Por otra parte, ¿te acuerdas de cuando Jamie y yo rompimos durante unas semanas en nuestro último año de instituto? Parecía que no le afectaba en absoluto. Pero luego volvimos a estar juntos y me dijo que había estado destrozado por dentro todo ese tiempo, pero no quería que nadie lo supiera.

Se me encoge el corazón.

—¿Estás diciendo que eso es lo que está haciendo Roman?

Ella frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No lo conozco, así que no podría decirlo con certeza. Podría tener sus razones, o podría ser un capullo sin más.

—No creo que sea un capullo. Ha hecho muchas cosas increíblemente detallistas por mí.

—Puede que sea atento en un aspecto de su vida, pero eso no significa que no pueda ser un gilipollas enorme e ignorante en otros. —Me agarra la mano—. Lo único que me importa es que tú estés bien. Si te está haciendo daño, entonces me voy a enfadar con él.

Suelto una risa triste, a punto de ponerme a llorar.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Nunca lo sabremos, ¿verdad?

Christopher se retuerce y lo dejo en su alfombra de juegos; luego me siento de nuevo junto a Lola.

—¿Qué crees que debería hacer?

—Sigue haciendo tu trabajo. Cuídate a ti misma y a tu salud mental. Y haz todo lo posible por seguir adelante emocionalmente.

Sean cuales sean sus razones, enredarte en un lío por un hombre que no está loco por ti como te mereces es una pérdida de tiempo. Y si ese es el caso, te prometo que hay alguien más ahí fuera que es mucho mejor partido.

Asiento, sintiéndome un poco más aliviada.

—Tienes razón.

—Vale. —Su boca esboza una sonrisa pícara—. Ahora cuéntame todos los detalles picantes.

—¿Qué? Acabas de decir que debería olvidarme de él.

—Deberías. Inmediatamente después de contármelo todo. ¿Cómo es ese semental en la cama? Lo pregunto para una amiga. Que soy yo, por supuesto. —Me guiña un ojo. No puedo evitar reírme, y el sonido es más ligero de lo que esperaba. Mi relación profesional con Roman puede estar en un punto extraño, pero siempre puedo contar con Lola para animarme. Así que le cuento lo de Niza y París. Cuando menciono a Katherine, su expresión se vuelve más seria—. ¿Su exmujer?

—Sí, era impresionante.

—¿Y te advirtió sobre él?

Frunzo el ceño.

—De forma indirecta. Fue raro.

—Vaya. ¿Crees que todavía lo quiere?

Una punzada de celos injustificada me atraviesa las costillas.

—No la culparía si fuera así. Pero está saliendo con otra persona.

—Eso no significa nada —murmura—. O quizá intuye la conexión que hay entre vosotros dos y no le gusta. Hay gente que no puede pasar página, aunque hayan transcurrido años.

—Quizá. —Una semilla de esperanza intenta florecer dentro de mí, pero la aplasto antes de que pueda echar raíces—. Ya basta de mi drama autoimpuesto. Cuéntame cómo te van las cosas.

Una hora más tarde, me dirijo a casa y, esa noche, mientras estoy tumbada en la cama, mirando al techo, le doy vueltas a las palabras de Lola en mi mente. Dios, espero no convertirme nunca en la clase de persona que se aferra tanto a un sueño que pierde de vista la realidad.

Soñar puede ser peligroso. Te hace creer en posibilidades que quizá nunca existan. Y cuando esos sueños no se hacen realidad, o peor aún, cuando se desmoronan, es mucho más difícil recuperarse. Si no mantengo los pies firmemente plantados en el mundo real, si dejo que mis sueños me impidan ver lo que es auténtico, hay muchas posibilidades de que me salga el tiro por la culata.

36

ROMAN

El tintineo de las copas y las risas demasiado estridentes me sacan de quicio. No tengo el temperamento para las sutilezas sociales, así que nunca me ha gustado asistir a galas. Hace unos años, habría hecho que Cole fuera en mi lugar. Habría sido más seguro confiar en él para representar al King Group que en Tate, que probablemente se habría acostado con alguna mujer al azar en un rincón oscuro antes de marcharse.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Ahora mi hermano menor está sentado al otro lado de la mesa, susurrándole al oído a Violet. No puedo darle todo el mérito a ella, ya que él inició ese cambio antes de que se juntaran, pero ella lo ha estabilizado. Le ha dado el amor inquebrantable que se merece, y ella es el centro de su mundo. Últimamente creo que asiste a eventos como este porque le gusta lucirse ante ella.

Cole y Delilah también están aquí, y no ha sido porque le dijera a Cole que tenía que estar, como quizá habría hecho en el pasado, sino porque él y Delilah han pensado que sería una buena oportunidad para tomarse un breve descanso del cuidado de la bebé y han dejado a Lottie en manos de una niñera muy bien recomendada. Los dos están disfrutando de una buena comida y un buen vino mientras charlan con Tate y Violet; la conversación entre los cuatro fluye con naturalidad.

Yo estoy aquí porque soy el director general y, en estos momentos, estoy impulsando con ganas nuestra agenda. Así que aquí estoy, con mi traje hecho a medida y la corbata negra perfectamente anudada, bebiendo whisky y contando los minutos que faltan para poder marcharme.

—Esta noche estás aún menos animado de lo habitual —interrumpe Tate mi introspección desde el otro lado de la mesa.

Tiene el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Violet y le acaricia distraídamente el hombro desnudo con la punta de los dedos.

Ese simple movimiento despierta un recuerdo de mis propios dedos sobre la piel de Chloe, de la sensación de esa suavidad aterciopelada. Eso, junto con todas las demás imágenes, sonidos y sabores de aquella noche —y del viaje a casa después—, se ha grabado de forma permanente en mi cerebro.

Carraspeo y aparto mi mente de ese recuerdo.

—Ser el alma de la fiesta es tu papel —le digo—. Yo soy el gruñón, ¿recuerdas?

Arquea una ceja.

—¿Y dónde dejas a Cole? —Me encuentro con la mirada divertida de nuestro hermano y sonrío con aire burlón.

—Obviamente —dice antes de que pueda comentar nada—, yo soy el encantador.

Tate echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Estoy seguro de que nadie te describiría así. Delilah, ¿vas a dar tu opinión sobre esto?

La esposa de Cole lo mira, con sus bonitos ojos verdes brillando.

—No creo que pueda dar mi opinión en una compañía tan educada.

Resoplo.

—¿Es así como llamas a la gente sentada en esta mesa?

Ella me dedica una sonrisa sincera.

—Me refería a Violet.

Tate levanta su copa y la señala con ella.

—Si crees que Violet es educada, deberías haber oído lo que me dijo anoche mientras yo estaba…

Su prometida le da un golpe en el pecho con el dorso de la mano.

—No tienen por qué saber eso.

Niego con la cabeza, aunque en el fondo me alegro de verlos a todos tan felices.

Aunque no sea gracias a mí.

Chloe dijo que mi lenguaje del amor son los actos de servicio, pero si eso fuera cierto, habría antepuesto la felicidad de mis

hermanos a demostrar que era mejor hombre de negocios que mi padre.

Le doy un sorbo a mi copa y reprimo la necesidad de volver a mirar el reloj.

—¿Esa es Beverly? —dice Delilah. La sorpresa en su voz me hace volverme en mi silla.

Mi madre está junto a la barra, tan elegante como siempre, con un vestido azul hielo que resalta sus ojos y el pelo recogido. Pero… Parpadeo. Está sonriendo mientras habla con un hombre que nos da la espalda. Es de la misma estatura que ella con tacones y tiene el pelo oscuro que se le está aclarando ligeramente en la coronilla. Mientras él habla, mi madre se toca el cuello y se ríe.

Desconcertado por lo que estoy viendo, me vuelvo hacia mis hermanos. Cole tiene las cejas arqueadas, mientras que Tate esboza una sonrisa divertida.

—¿Tu madre está coqueteando? —susurra Violet.

—No sabría decirlo —responde Tate—. Nunca lo había visto antes.

—Me parece genial —dice Delilah, enderezándose y sonriendo de oreja a oreja—. Se merece un nuevo comienzo.

Mientras mi madre habla con el desconocido, una gran cantidad de emociones contradictorias se agitan en mi interior. A pesar del esfuerzo que ha estado haciendo últimamente, es difícil olvidar los años en los que no estuvo ahí para nosotros.

—Cualquiera sería mejor que nuestro padre —murmura Cole.

Gruño. En eso todos estamos de acuerdo.

Cuando la conversación deja de girar en torno a ella, le doy otro sorbo a mi whisky. El dulce ardor que me recorre la garganta me recuerda al instante cosas con las que no debería obsesionarme. Después del viaje a Francia, esperaba sentirme revitalizado. Esperaba trabajar hasta tarde todas las noches para perfeccionar la oferta por EcoTech. Aunque Ellis parecía optimista sobre la adquisición durante la cena, el asunto está lejos de estar cerrado. Y más ahora, que Roger está presionando con fuerza para demostrar que Haverscombe Industries es un competidor viable.

Pero he estado distraído, de una forma poco habitual. En lugar de encontrar alivio a mi obsesión por Chloe, estoy tan enredado en ella

como semanas antes. Quizá incluso más. Porque ahora sé a qué sabe, cómo es tenerla debajo de mí y qué aspecto tiene cuando se corre. Y en lugar de sacármela de la cabeza y seguir adelante para poder centrarme en lo que tengo que centrarme, lo único en lo que puedo pensar es en volver a experimentar todas esas cosas.

Una y otra vez.

Siempre que entra en mi despacho, me pican los dedos por tocarla. Cuando se queda de pie cerca de mi escritorio, no puedo dejar de fantasear con echarla sobre él y cogerla del pelo, ver su pintalabios en mi pene o esa expresión de embriaguez de placer en su rostro que sigo recreando cada vez que cierro los ojos.

Pero no voy a hacer nada. He cruzado casi todas las líneas que juré que no iba a traspasar. No puedo cruzar esa última. No vamos a follar en mi despacho. Ni de coña voy a darle falsas esperanzas solo para poder tenerla cuando quiera.

Al menos puedo aferrarme a eso.

—Viene hacia aquí —sisea Tate.

Sorprendido por el veneno en su tono, levanto la vista, con el vaso a medio camino de mi boca. A seis metros de distancia, Katherine se acerca sigilosamente hacia mí con un vestido negro ceñido. Me echo hacia un lado, buscando a Roger detrás de ella, pero no lo veo.

—Roman. —Me lanza la misma sonrisa de cervatilla que solía dedicarme cuando trabajaba para mi padre. Esa que es una mentira descarada.

Me tomo mi tiempo para darle un sorbo a mi copa.

—¿A qué debemos este… placer? —El tono de Tate deja claro que es todo menos eso.

No es habitual que tenga que contener una sonrisa, pero en este momento es todo un reto. Aunque mis hermanos no saben por qué me divorcié de ella, es obvio que me respaldan.

Su apoyo es firme y reconfortante. No me lo merezco, pero lo agradezco de todos modos.

La sonrisa de Katherine se desvanece brevemente, pero cuando vuelve a centrar su atención en mí, se muestra radiante una vez más.

—Esperaba tener la oportunidad de hablar contigo en Niza.

—¿En serio? No te esforzaste mucho. A menos que confundieras a mi asistente conmigo, claro.

Sus hombros se tensan y su expresión se vuelve frágil.

—Ah, sí, tu encantadora asistente. Me recuerda a mí misma a su edad. Tan joven e inocente…

Sus ojos marrones me traspasan, pero no delato nada. Katherine nunca fue inocente, y Chloe no se le parece en nada.

—¿Qué pretendes, Kat? —El viejo apodo se me escapa sin querer. Reprimo una mueca. Es la impaciencia, no el cariño, lo que me ha hecho soltarlo.

Ella sonríe al oírlo, lo que me pone los pelos de punta, y recorre la mesa con la mirada.

—Esperaba que pudiéramos hablar en privado.

—¿Por qué iba a querer hacer tal cosa? —Apenas nos hemos dirigido la palabra en años.

Baja la voz.

—Porque tengo información que podría interesarte.

Muy a mi pesar, eso despierta mi curiosidad. Su novio actual está interesado en EcoTech, y no me extrañaría que apuñalara por la espalda a Roger si pensara que ella tiene algo que ganar. Aunque no alcanzo a imaginar qué podría ser. Y lo último que quiero es estar a solas con mi exmujer. No haría falta más que eso para avivar rumores que no me interesa que vuelvan.

Como si me leyera el pensamiento, Cole se endereza y se vuelve hacia Tate y hacia mí.

—Quizá deberíamos tomarnos una copa en el bar.

Asiento en señal de agradecimiento cuando mis hermanos y sus mujeres nos dejan solos a los dos.

Katherine se acomoda en la silla vacía a mi lado, de tal modo que su rodilla roza la mía.

Me aparto.

—¿Qué información crees que me puede interesar? —Me quita el vaso de la mano, le da un sorbo y deja una marca de su pintalabios. La tensión me oprime la nuca—. Espero que no me estés haciendo perder el tiempo.

Ella suspira y pone las manos sobre sus piernas cruzadas.

—Pensé que te gustaría saber que Roger planea adelantarse a tu adquisición. Tiene información privilegiada en EcoTech, y cree que, si va a por todas, puede ganarte la mano.

Me enderezo y extiendo una mano sobre la mesa.

—¿Quién es su contacto? —No creo que sea Ellis, pero si un miembro del consejo está manipulando las cosas entre bastidores, me gustaría saberlo.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—No estoy segura. Un viejo amigo de la universidad, creo. — La irritación me invade. Esa información es prácticamente inútil. Los viejos amigos de la universidad son algo habitual en este sector. Todos los tenemos, pero dudo que Ellis dejara que una relación tan débil influyera en su decisión. Mi exmujer me escudriña el rostro, haciendo un pequeño puchero—. ¿No crees que ya ha pasado suficiente tiempo?

Rechino los dientes, molesto con sus juegos.

—¿Suficiente tiempo para qué?

—Sé que te hice daño —dice en voz baja. La dulzura de su tono solo consigue irritarme aún más—. Pero han pasado años. Ya me has castigado bastante. ¿No crees que quedaría bien ante tus inversores, ante posibles accionistas, si te sentaras con alguien, como Cole y Tate? Si quieres enviar un mensaje claro sobre la fuerza y la unidad del Grupo King, ¿qué podría hacerlo mejor que nuestra reconciliación?

Me recuesto en la silla, conteniendo a duras penas mi disgusto.

—Cualquier otra cosa. Literalmente. —El dolor se refleja en sus ojos. He visto esa expresión antes, y dudo que ahora sea más real. No me molesto en darle importancia—. Entonces, ¿tienes de verdad información sobre la oferta de Roger, o solo era una excusa para intentar colarte de nuevo en mi vida ahora que soy el director ejecutivo?

La expresión herida desaparece.

—Ya te he dicho lo que sé. Si quieres presentar tu oferta primero, deberías acelerar tus planes.

Asiento con brusquedad.

—Gracias por la información. Te lo agradezco. No estoy seguro de que tu novio lo haga.

Ella abre la boca, pero antes de que pueda responder, mi madre se acerca con elegancia a la mesa.

—Vaya, Katherine, qué alegría verte. —Su voz es fría; sus palabras, descaradamente falsas.

Los labios de Katherine esbozan una sonrisa igualmente falsa mientras se endereza.

—Beverly. Cuánto tiempo sin verte.

—¿De verdad? No lo parece. —Sin hacer una pausa, se centra en mí—. Roman, cariño, ¿puedes acompañarme al coche?

Mi madre nunca me ha pedido que la acompañe al coche, pero lo haré encantado si eso me permite alejarme de mi exmujer.

Me levanto y me abrocho la chaqueta.

—Por supuesto.

Katherine también se pone de pie con lentitud y, agarrándome del antebrazo, se echa hacia delante.

—No creo que te dé buena imagen empezar una relación con tu asistente.

Doy un paso atrás para obligarla a soltarme el brazo.

—No tengo ninguna intención de tener una relación con ella —digo, con un tono tan frío como el de mi madre—. Créeme, mi padre se aseguró de que aprendiera esa lección.

Sin esperar respuesta, me doy la vuelta y acompaño a mi madre hacia la entrada.

—Nunca me gustó esa mujer —dice.

La miro de reojo sin reducir el paso.

—Me sorprende que le hayas prestado tanta atención como para que te caiga mal.

—Estuve en tu boda. No sonreíste.

Eso me hace tropezar por un instante.

—¿Tú sonreíste en la tuya?

—No. —Aprieta los labios, pero mantiene la vista al frente—. Pero así supe que ella no era la mujer adecuada para ti.

—No hay ninguna mujer para mí. —Nos detenemos en los escalones de la entrada—. Un matrimonio fallido es más que

suficiente.

Me pone una mano en el brazo y me mira con una expresión más cargada de emoción de la que la creía capaz. A pesar de su altura y de sus tacones, sigo siendo unos centímetros más alto que ella. Es extraño mirar desde arriba a alguien que antes parecía tan distante e inaccesible. Es aún más extraño ver a esa persona mostrarse vulnerable.

—Hay una mujer para ti, Roman —dice—. Estar aislado no es el escudo que crees que es, confía en mí. Construirás muros tan gruesos que, al final, nadie podrá acercarse a ti, ni siquiera las personas que más desean estar ahí. Les estás haciendo un flaco favor a ellos y a ti mismo al no dejarlos entrar. —La miro fijamente, a ese brillo de sus ojos. Es la emoción más genuina que jamás le he visto, y me provoca un dolor profundo en el pecho. Parpadeando, me aprieta el brazo—. Yo dejé que la forma en que me criaron y las cosas que mis padres me enseñaron controlaran mi vida durante demasiado tiempo. Y me costó caro. Me costó la relación contigo y con tus hermanos, y me llevó a aceptar mi papel en un matrimonio que era todo menos feliz. Tu padre se aprovechó de esas cosas. Esa es su mayor habilidad: identificar la debilidad de una persona y utilizarla en su contra, usarla para manipularla. Por eso era tan bueno en los negocios.

—Hasta que se volvió codicioso.

Ella asiente.

—Al final, su propia codicia lo hundió.

—¿Y ahora eres más feliz? —Le estudio el rostro. Esta es la conversación más personal que he tenido con ella en más tiempo del que puedo recordar. Si ella es capaz de hacer el esfuerzo, lo menos que puedo hacer es encontrarme con ella a mitad de camino.

—Lo soy. Creo que esto debe de ser lo que se siente al ser libre. —Se toca la mejilla y suelta una risita cohibida—. En fin, ahí está mi coche. Gracias por acompañarme. Y, por el amor de Dios, no vuelvas con esa mujer. Te mereces algo mejor.

Una sonrisa renuente se dibuja en mis labios.

—No lo haré.

Ella se endereza y echa los hombros hacia atrás, recuperando su habitual compostura.

—Bien. —Dicho esto, se dirige con elegancia hacia el coche, donde su chófer le sostiene la puerta abierta.

Sacudiendo la cabeza, me doy la vuelta para regresar al edificio. Sin embargo, antes de entrar, me detengo. No quiero estar aquí. Cole y Tate ya están dentro, representando al King Group, así que no hay ninguna razón para que yo no pueda irme.

Saco el móvil y le mando un mensaje a Phillip. Luego, sonriendo, le envío un mensaje a Tate, anticipando cómo responderá.

Yo: Me voy. Disfruta de la fiesta.

Mi móvil suena cuando su respuesta llega en un tiempo récord.

Tate: ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Me río, aunque mi buen humor se desvanece al pensar en su pregunta. Algo en mí ha cambiado, y aún está por ver si será para bien o para mal. Mis objetivos y prioridades son los mismos; tienen que serlo. Aunque irme temprano de un evento social, cuando muchos de nuestros competidores y clientes todavía están haciendo contactos, puede ser excusable, no puedo seguir distraído como lo he estado. Tengo que esforzarme más por recuperar la concentración. Tengo que borrar de mi mente para siempre cualquier pensamiento de repetir lo que pasó con Chloe.

Cueste lo que cueste.

37

Chloe

—¿Tienes el archivo para la reunión de esta mañana?

La imponente figura de Roman ocupa toda la entrada de su despacho; la intensidad de su mirada hace que mi corazón se acelere de una forma que desearía poder controlar.

Esbozando una sonrisa profesional, busco el archivo en mi escritorio y lo levanto frente a él.

—Iba a llevártelo ahora mismo.

Se acerca a mí a zancadas y me lo arranca de la mano. Tras hojearlo, asiente.

—Buen trabajo. —Sin mirarme ni decir una sola palabra más, se da media vuelta y se retira.

Me siento como si me hubiera clavado un cuchillo. Lola tenía razón. Tengo que cuidar mi salud mental y centrarme en hacer este trabajo lo mejor que pueda. Y tengo que dejar de darle vueltas al asunto de Roman. Aunque la distancia entre nosotros dos parezca mayor ahora que cuando empecé a trabajar para él.

Pero esa es la realidad, y no necesito que me recuerden por qué quería este puesto en primer lugar. El estado de mi padre ya ha empezado a mejorar, y Carol ha estado increíble. Me tranquiliza saber que no está solo en casa todo el día.

No tendría eso si no fuera por este puesto, así que pienso centrarme en eso en lugar de en cómo la camisa blanca de Roman se tensa sobre sus anchos hombros y los firmes contornos de su pecho. Un pecho sobre el que he deslizado mis dedos, al que he pegado mis labios, que he saboreado.

Los recuerdos despiertan un confuso cosquilleo en mi vientre.

Suelto un suspiro de frustración en respuesta a eso, lo que hace que Roman se detenga en la puerta. Se vuelve y me mira de una

forma que todavía tiene el poder de acelerarme el pulso. En lugar de preguntarme, mira el reloj.

—¿A qué hora llega Wright Construction?

—Llegarán a la una y media.

—De acuerdo. —Me mira fijamente durante un largo rato, con la mandíbula tensa, y luego entra en su oficina y cierra la puerta tras de sí.

Se me hunden los hombros, pero reprimo mi decepción y me concentro en la pantalla, decidida a superar mis dolorosas y contradictorias emociones.

Cuando llega la una y media, sigo a Roman a la sala de reuniones, donde el equipo de Wright ya está reunido, y me siento a su lado, a la cabecera de la mesa.

La mujer despampanante que tengo justo enfrente —con el pelo castaño rojizo oscuro, ojos verdes y gafas de montura negra que la hacen parecer una bibliotecaria sexy— se presenta como miembro del equipo jurídico de Wright. Inteligente y guapa.

Cuando Roman se agacha para hablar con ella, los celos se retuercen en un nudo punzante en mi estómago. Hago todo lo posible por ignorarlos, aunque la risita entrecortada que ella suelta consigue que el nudo se tense aún más.

Ni siquiera puedo culparla. ¿Quién no se quedaría sin aliento estando tan cerca de él?

Estos celos son inmaduros y estúpidos. Ojalá hubiera sido lo bastante inteligente —o fuerte— como para resistir el deseo de tocarlo, de saborearlo, de saber qué se siente al estar con él; de evitar verlo, aunque fuera por un momento, como algo más que mi jefe.

El hombre del asiento de al lado carraspea y me arranca del curso de mis pensamientos cada vez más deprimentes.

—Me alegro de volver a verte, Chloe. —Más que feliz con la distracción, me vuelvo y, ahora que lo miro con atención, lo reconozco—. Ethan —me recuerda.

Asiento y sonrío.

—Me acuerdo.

—No te voy a mentir, esperaba saber de ti —dice—. No dejaba de decirme a mí mismo que debías de haber perdido mi tarjeta. — La risa que se le escapa es afable.

Me invade un sentimiento de culpa. Con su cabello castaño claro y sus cálidos ojos azules, es guapo, y cuando me dio su tarjeta en nuestro último encuentro, me impresionó lo genuinamente amable que parecía. Puede que incluso hubiera aceptado su invitación a tomar una copa, si no hubiera sido por el incidente en el ascensor que ocurrió después.

Quedarme atrapada allí con Roman cambió las cosas.

—Todavía la tengo —digo. —Lo siento, es que la vida…

—¿Te ha atrapado? —Sonríe, y esa expresión hace que le salga un hoyuelo en la mejilla.

Se me encoge el corazón.

—Algo así.

Nuestra conversación se ve interrumpida cuando Roman echa la silla hacia atrás y se pone de pie.

Cuando me giro hacia él, no me está mirando, pero tiene el ceño fruncido y una emoción que se parece mucho al enfado se desprende de él en oleadas mientras recorre la mesa con la vista.

—Vamos a empezar.

Como de costumbre, todos se concentran en él mientras se lanza a hablar sobre el progreso del edificio de oficinas en el que colaboran King Group y Wright Construction.

Ladeo la cabeza mientras lo evalúo. Algo no va bien. Su tono es más cortante de lo habitual, sus movimientos, normalmente fluidos y eficientes, son entrecortados. Es sutil, pero a estas alturas estoy tan en sintonía con cada uno de sus gestos que me resulta difícil ignorarlo.

En un momento dado, se fija en mí y hace una pausa lo bastante larga como para que se me acelere el pulso, y luego sigue adelante.

Finalmente, abre el turno de preguntas, y en cuanto se sienta, la mujer que tiene al lado se echa hacia él con impaciencia para susurrarle al oído otra vez.

En serio, ¿necesita estar tan cerca para que la oigan?

Sus ojos se encuentran con los míos y brillan peligrosamente. ¿Se me notan los pensamientos en la cara?

Aparto la vista. No quiero ser una persona necesitada y celosa. Cuando termina la reunión, me levanto rápidamente y recojo mis cosas para poder irme antes de que lo hagan Roman y la guapísima abogada. Ethan me sonríe mientras hace lo mismo. Me sigue hasta la salida, pero antes de que pueda despedirme me aparta de la gente que merodea fuera de la sala.

Al instante, intuyo lo que va a pasar. No sé muy bien qué sentir al respecto y estoy hecha un lío por dentro, con las emociones a flor de piel.

Se mete las manos en los bolsillos y agacha la cabeza para mirarme desde arriba; es muy guapo, con encanto juvenil.

—Bueno, si te has quedado con mi tarjeta, ¿puedo esperar que eso signifique que no has ignorado por completo mi invitación?

Siento un nudo en el estómago y me pego la tableta al pecho.

—No la he ignorado por completo. —Roman aparece en el pasillo. La abogada sigue hablando con él, así que cuando él mira hacia nosotros me obligo rápidamente a centrarme de nuevo en Ethan. No hay futuro entre Roman y yo. Y cuantas más vueltas le dé y más desee que lo hubiera, cuanto más finja que podría reescribir lo que hemos compartido, peor será. Ethan parece simpático; ¿qué más da si no me provoca un cosquilleo en las entrañas como hace Roman? Quizá ocurra una vez que lo conozca mejor. Ahora que mi padre se encuentra mejor y Carol está por aquí, tal vez pueda activar un poco mi vida social. Le sonrío al hombre que me mira, esperanzado—. He estado muy ocupada con el trabajo, pero ahora debería tener más tiempo libre.

Se pasa la mano por el pelo.

—En ese caso, ¿te gustaría salir a cenar conmigo el miércoles por la noche?

Hace mucho tiempo que no tengo una cita de verdad. Carol ya me ha dicho que no le importa quedarse más tiempo con mi padre si alguna vez quiero salir. Está divorciada y, ahora que sus hijas son mayores y se han ido de casa, asegura que tiene demasiado tiempo

libre. Así que no tengo excusa para no hacerlo. Y no hay nada que me lo impida, salvo un enamoramiento muy tonto por mi jefe.

Salvo que es mucho más que un enamoramiento tonto.

Aparto ese pensamiento de mi mente. La etiqueta que le ponga no cambia nada.

Inspiro hondo y me obligo a no mirar a Roman.

—Me encantaría.

Ethan sonríe y me pasa su teléfono.

—Genial. Dame tu número y te llamaré para organizarlo.

Un escalofrío recorre mi piel mientras tecleo mi número en el dispositivo. Una sensación ardiente y punzante que me hace sentir como si lo estuviera haciendo algo malo.

Y no es así. Es justo lo que debo hacer: no dejar que lo que pasó entre Roman y yo cambie nada.

Ethan recupera su teléfono y me dedica una sonrisa de despedida antes de irse a coger el ascensor.

Me doy la vuelta sin mirar a Roman y voy a paso ligero hacia mi escritorio, frente a su despacho. Durante todo el trayecto, lo siento detrás de mí. Su presencia es un calor en mi espalda, una presión que me pone la carne de gallina, inquietante de la mejor manera posible. Como si fuera a agarrarme en cualquier momento, empujarme contra una pared, besarme, tocarme.

Pero cuando llego a mi escritorio, pasa junto a mí con paso firme y cierra con un portazo.

Parpadeo, con el corazón a punto de salirse del pecho. Nunca le había visto perder los estribos así en el trabajo. La reunión ha ido bien, así que no creo que sea eso lo que lo ha puesto de ese humor. Quizá haya pasado algo antes. Eso explicaría su extraña inquietud de antes.

Tras un momento de vacilación, me acerco a su puerta y llamo.

—¿Sí? —ladra.

Cuando entro, está de espaldas a la ventana, con los brazos en jarras.

—¿Qué ocurre, señorita Callahan?

Casi me echo atrás. ¿Ya estamos otra vez con eso? A pesar de la distancia que ha habido entre nosotros durante la última semana, no

esperaba que volviéramos a llamarnos por los apellidos. Observo su mandíbula tensa. ¿Es posible que le moleste que haya hablado con Ethan?

—Pareces enfadado. Pensé que debía comprobar si había surgido algún problema durante la reunión que necesitaras que yo resolviera.

—La reunión fue bien —espeta.

Su tono me hace enderezar los hombros y enfrentar su cautelosa mirada gris.

—Entonces, ¿hay algo más en lo que pueda ayudarte?

Con la mandíbula tensa y las fosas nasales dilatadas, sus ojos atrapan los míos con una fuerza que no puedo ignorar. Entonces, con un suspiro seco, se pasa las manos por el pelo.

—No, Chloe. No puedes ayudarme con nada.

Me da la espalda, con los músculos de los hombros tensos.

El deseo de ayudarlo es intenso, pero es obvio que no quiere nada de lo que yo pueda ofrecerle.

Suelto un suspiro.

—De acuerdo, entonces. Te dejo volver a… eh, al trabajo. —Teniendo en cuenta que está mirando por la ventana, no sé qué trabajo está haciendo, pero estoy segura de que no le llevará mucho tiempo superar lo que sea que le esté preocupando—. Avísame si necesitas algo.

Me vuelvo para salir, pero su voz grave me detiene antes de que pueda girar el pomo de la puerta.

—Gracias, Chloe.

Miro por encima del hombro, sorprendida por el tono casi hueco de sus palabras. La intensidad de su expresión me deja sin aliento.

—¿Por qué?

Su risa es seca.

—Por ser tú. Por preocuparte, incluso cuando no deberías.

Siento una punzada de dolor en las costillas. No tengo ni idea de lo que está tratando de decir, pero asiento de todos modos.

—De nada, Roman.

Luego me voy y cierro su puerta suavemente tras de mí.

38

ROMAN

El sonido de mis pasos retumba con fuerza en la pequeña sala y las gotas de sudor me pican en los ojos. Llevo treinta minutos corriendo en la cinta y, sin embargo, el ardor en el pecho sigue siendo más intenso que el de los músculos.

Le doy un puñetazo al botón de parada y reduzco el ritmo, contemplando Manhattan iluminada ante mí.

En algún lugar ahí fuera, entre millones de personas anónimas, Chloe está cenando con otro hombre.

Debería alegrarme. Ha hecho todo lo que yo quería. Desde el momento en que bajamos de ese avión y volvimos a pisar suelo estadounidense, hemos actuado como si nunca nos hubiéramos besado, nunca nos hubiéramos tocado. Como si nunca hubiéramos follado.

Pero así ha sido. Y por mucho que lo intente, no consigo quitármelo de la cabeza —no consigo quitármela de la cabeza—. Se me ha clavado en las neuronas de una forma que creía imposible para cualquier mujer. Ni siquiera cuando estaba con Katherine estaba tan obsesionado con ella como lo estoy con Chloe.

Es posible que no estuviera obsesionado con ella en absoluto.

Aunque es una auténtica tortura ver a Chloe en mi oficina cada día y revivir esos recuerdos, ella ha vuelto a ser la asistente eficiente y profesional en la que he llegado a confiar durante los últimos meses. Por supuesto que lo ha hecho. Ha demostrado más que de sobra lo en serio que se toma su trabajo. No va a permitir que lo que compartimos comprometa eso.

Pero no me gusta.

De hecho, lo odio, joder.

Durante un breve período de tiempo —demasiado breve— se dejó llevar conmigo. Me pidió lo que quería y confió en que yo iba a

dárselo. Se desnudó ante mí y fue impresionante.

Pero ella se merece a un hombre que esté ahí cuando lo necesite. Que pueda darle lo que quiere, lo que le hace falta, cuando está demasiado ocupada como para conseguirlo por sí misma, y yo no puedo ser ese hombre. No puedo hacer de una mujer mi prioridad cuando el King Group siempre será lo primero. Y menos cuando esa mujer es mi empleada y los ojos del mundo empresarial están puestos en mí, esperando a que cometa un error.

A pesar de todo eso, la voz de la razón en mi cabeza se ve ahogada por la ira posesiva que se remueve en mi pecho al pensar que otro hombre experimente lo mismo que yo.

Al bajar de la cinta de correr, cojo la toalla que cuelga de la parte trasera de la máquina de *press* de piernas y me la paso por la cara y el pelo.

Me dirijo con paso firme a la ducha y la abro a toda potencia. Mientras espero a que el agua se caliente, me quito la ropa de entrenamiento empapada y me meto bajo el chorro, rezando a Dios para que el agua hirviendo se lleve estos sentimientos de los que no consigo deshacerme.

Pero cuando cierro los ojos, lo único que veo es a Chloe sonriéndole a ese imbécil, riéndose con él. ¿Intentará llevársela a casa esta noche? ¿Ella accederá?

Apoyo las manos contra la pared de la ducha y agacho la cabeza, con el corazón latiéndome con fuerza y los celos cabalgando por mis venas.

Ethan es un buen hombre. Lo sé porque lo investigué después de oír que aceptaba su invitación para salir a cenar, pensando que, si me aseguraba de que ella salía con alguien decente, estos sentimientos desaparecerían.

Pero no han desaparecido.

Puede que sea un tipo la hostia de agradable, pero no es el hombre adecuado para ella.

Porque lo soy yo.

El aire entra y sale de mis pulmones de un modo que me hace daño y mi control pende de un hilo. Mi cerebro, claramente en mi contra, evoca una imagen que me lleva directamente al límite: Ethan

con Chloe en su casa, desnudándola, tocando su suave piel, acariciando la cara interna de sus muslos. Ahí donde estaba la marca que le dejé.

¿Sigue ahí? ¿O se ha desvanecido por completo en la semana y media que ha pasado desde que se la hice mientras se corría?

Una cruda posesividad se aferra a mis entrañas y esta vez cedo y dejo que se apodere de mí.

Chloe es mía.

Mía para protegerla. Mía para cuidarla. Sus necesidades son mías para satisfacerlas. No sé cómo voy a hacer que esto funcione si ella sigue siendo mi asistente. Y ni de coña la voy a despedir ni le voy a pedir que deje su trabajo. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados ni a permitir que otro hombre se la quede porque yo no estaba dispuesto a esforzarme.

Una determinación gélida sustituye al fuego que corre por mis venas cuando cierro el grifo de la ducha. Apenas me he secado cuando le envío un mensaje a Phillip para que me espere abajo. Una vez vestido, me miro en el espejo. No hay incertidumbre en mi expresión. No hay dudas en mi mente.

Salgo a zancadas de mi dormitorio hacia el ascensor, seguro de mí mismo.

Phillip me mira con curiosidad cuando me abre la puerta.

—¿Una cita de última hora?

—Algo así.

Una vez que se pone al volante, se vuelve hacia mí.

—¿Adónde vamos, jefe?

Paso el dedo por el teléfono para buscar un contacto. Suena tres veces antes de que ella conteste.

—¿Roman? ¿Va todo bien?

El tintineo de los cubiertos y el murmullo de la conversación acompañan sus palabras. Está en un restaurante, no en casa de Ethan, menos mal.

—¿Dónde estás?

Ella inspira y ese sonido es agudo.

—Estoy cenando. ¿Ha pasado algo?

—Sí. Dime dónde estás y voy a recogerte.

—Estoy en Trio's. Pero… ¿estás seguro de que no puede esperar? Estoy, eh, estoy en una cita.

La sangre me hierve en las venas al oír esa palabra. ¿Cree que no lo sé?

—No, no puede esperar. Pídele disculpas a tu cita. Estaré allí en quince minutos.

Antes de que pueda discutir, cuelgo y le digo a Phillip que se dirija a Trio's. Ignoro la sonrisa de satisfacción que se dibuja en su rostro cuando lo hago.

Quince minutos después de colgar, nos detenemos frente al restaurante. Si pensaba que Chloe iba a estar esperándome, me equivocaba.

Salgo del coche antes de que Phillip tenga tiempo de abrirme la puerta.

—¡¿Le espero?! —me grita.

—Solo tardaré unos minutos. —Entro en el restaurante con paso firme, una sensación placentera me invade al pensar en lo que estoy a punto de hacer.

El *maître* se apresura a acercarse, con pánico en el rostro.

—Señor King. No le esperábamos.

—Solo he venido a recoger a alguien —lo tranquilizo sin detenerme.

Diviso a Chloe al otro lado de la sala y, al mismo tiempo, ella me mira con los ojos muy abiertos. Ethan se vuelve para ver qué pasa y su rostro se ensombrece por la decepción. No tengo nada en contra de ese hombre, salvo que está sentado frente a Chloe.

Al acercarme, ella se levanta apresuradamente, y sus ojos se encuentran con los de él.

—Lo siento mucho, Ethan.

—No pasa nada. —Él también se levanta—. Quizá puedas compensármelo en otra ocasión —dice cuando llego hasta ellos.

Ella abre la boca, pero antes de que pueda responder, me entrometo.

—Chloe estará muy ocupada durante las próximas semanas. No creo que vaya a tener ni un minuto libre. —Cierra la boca de golpe y frunce el ceño, y yo enarco una ceja, con una sonrisa esbozándose

en las comisuras de mis labios. Ahora que sé que se irá conmigo y no con el buenazo de Ethan, la presión en mi pecho se ha aliviado—. Te lo explicaré todo cuando lleguemos a la oficina.

Me examina el rostro, confusa y con una pizca de aprensión.

¿Ha notado el cambio?

Coge su bolso y se lo cuelga al hombro.

—Gracias, Ethan. Me lo he pasado muy bien el tiempo que ha durado. —Sus ojos se deslizan hacia mí y luego vuelven a él. Su sonrisa es demasiado cálida para mi gusto. —extiendo un brazo para que vaya delante, le hago un breve gesto de despedida a Ethan y la sigo fuera. Cuando llegamos a la acera, se vuelve hacia mí—. ¿Cuál es la emergencia? ¿Se trata de EcoTech?

—Ya te lo he dicho, te lo explicaré en la oficina. —Le pongo la mano en la espalda para guiarla hacia Phillip, que ha salido del coche y nos está esperando.

Ella se planta.

—Estás actuando de forma extraña.

Agacho la barbilla para ocultar mi diversión. A ella no le va a gustar. Pero no quiero entrar en detalles aquí, donde todo el mundo puede vernos.

Me acerco a ella con cuidado de no tocarla. Una vez que lo haga, no habrá vuelta atrás.

—Está bien, cariño. Te lo explicaré en el coche.

Sus ojos y sus suaves labios rosados se abren de par en par. En lugar de discutir como pensaba que iba a hacer, se da media vuelta y va a paso ligero hacia el coche.

Phillip la saluda con una cálida sonrisa.

—Me alegro de verte de nuevo, Chloe.

Ella le aprieta el brazo.

—Yo también me alegro de verte.

Cuando Phillip me sonríe por encima de la cabeza de ella, reprimo mi recién surgido sentido de la posesividad y me limito a dedicarle una mirada indiferente.

Vuelve a ganarse mi buena opinión sobre él cuando se desliza en el asiento del conductor y, sin esperar a que se lo pida, pulsa el botón para levantar la barrera que nos separa.

En cuanto se levanta, Chloe me fulmina con la mirada.

—¿Cariño?

—¿Te molesta el apelativo cariñoso? No parecía importarte la semana pasada, cuando estabas…

Levanta la mano.

—¿No habíamos acordado fingir que eso nunca había pasado?

—Eso no me vale.

Frunce el ceño, ladea la cabeza y me examina.

—¿Por qué no? Creía que eso era lo que querías.

Sin poder evitarlo, enredo un mechón de su cabello rubio alrededor de mi dedo y luego lo deslizo por su cuello.

—Yo también. Pero resulta que no es así.

Sus ojos del color del mar buscan los míos.

—Espera. ¿Me has apartado de mi cita por una emergencia de trabajo o porque no querías que saliera con otro hombre?

—No es el adecuado para ti.

Se cruza de brazos, con la barbilla levantada en señal de desafío.

—¿Quién lo dice?

Esbozo una pequeña sonrisa.

—Yo.

—¡¿Tú?! —exclama—. Vale, pues dime: ¿quién es el hombre adecuado para mí?

Si cree que voy a dar marcha atrás, es que no sabe con quién está tratando.

Me echo hacia ella, deleitándome con la forma en que se le dilatan las pupilas y se le acelera el pulso en la base del cuello.

—Soy yo.

—¿Tú? —suspira.

—Lo dices como si no supieras ya que es verdad.

Parpadea y luego frunce el ceño, con un pequeño y gracioso mohín en los labios.

—¿Por qué debería saberlo? Acordamos que todo iba a terminar a nuestro regreso. Y ahora que hay alguien más interesado, ¿cambias de opinión? No soy tu juguete, Roman. Me respeto demasiado a mí misma.

Niego enérgicamente con la cabeza.

—Lo último que creo es que eres un juguete, créeme. Y no he cambiado de opinión porque haya alguien más interesado. Lo que sentí al saber que ibas a salir con Ethan solo me dejó más claro lo que quiero. Y quizá aceleró el proceso de descubrir que lo que necesito es a ti en mi vida. Y no me refiero a que seas mi asistente.

Traga saliva de forma audible.

—¿Y qué pasa con que seas mi jefe?

Tenso la mandíbula. No necesito que me lo recuerde.

—No es una situación perfecta, pero encontraré la manera de que funcione.

Su mirada se vuelve penetrante.

—¿De verdad lo harás?

Las comisuras de mi boca se curvan hacia arriba. Ella quiere ser copropietaria de lo que sea que sea esto, y me encanta, joder.

—Espero que sí.

Se muerde el labio inferior y sus ojos brillan de una forma que hace que mi corazón lata más fuerte.

—¿Y me vas a preguntar si eso es lo que yo quiero?

Levanto la barbilla.

—Por supuesto. —Entonces la agarro y hago que se siente en mi regazo.

—¡Roman! —jadea.

Hundo las manos en su pelo, tal y como me moría de ganas de hacer desde que regresamos de Francia, y rozo sus mejillas con mis labios.

—Dímelo, cariño. ¿Me deseas?

Su respiración se acelera.

—No debería.

—Lo sé. —Pongo mi boca sobre la tierna piel del ángulo de su mandíbula—. Yo tampoco debería desearte. Pero aquí estamos. —Saco la lengua y la saboreo—. Te he echado de menos, joder. ¿Tú me has echado de menos?

—Me has visto casi todos los días. —Su voz es entrecortada, pero sus dedos se enredan en el pelo de mi nuca.

—Así es. Y ha sido una puta tortura no poder tocarte. Así que dime, Chloe, ¿tú también me has echado de menos?

—Sí. Todos los días.

La recompenso por su sinceridad levantando su rostro hacia el mío para besarla. Cuando gime contra mis labios, la agarro por las caderas y la mezo contra mí.

Pero antes de que las cosas se descontrolen, Phillip detiene el coche frente al King Plaza.

Chloe tiene la mirada vidriosa cuando se vuelve hacia la ventanilla.

—Espera. ¿De verdad vamos a ir a la oficina?

—Sí. Vamos.

Sin protestar, se desliza de mi regazo y se endereza rápidamente. Cuando termina, abro la puerta y salgo, y luego espero a que ella me siga. Por mucho que me gustaría tocarla ahora mismo, no puedo hacerlo a la vista de los guardias de seguridad y las cámaras. Así que me meto las manos en los bolsillos para contenerme y la guío hacia el vestíbulo.

—Señor King. Señorita. Callahan —nos saluda el guardia—. ¿Otro día de trasnochar?

—El trabajo del diablo nunca termina —respondo.

Él se ríe entre dientes.

—Ánimo. Espero que no tengan que quedarse mucho tiempo.

Incluso en el ascensor, mientras subimos a la última planta, mantengo las manos firmemente en los bolsillos, muy consciente de las cámaras de seguridad.

—¿Qué hacemos aquí? —Se vuelve hacia mí, con los brazos cruzados—. ¿Hay trabajo de verdad que hacer?

La recorro con la mirada, moviéndome lentamente, absorbiendo cada centímetro de ella.

—¿Quieres trabajar de verdad? —No responde. La tensión aumenta entre nosotros mientras el ascensor recorre los últimos pisos. Cuando se abren las puertas, me echa un último vistazo, sale y se dirige hacia mi despacho. La sigo, con los ojos clavados en el balanceo de sus caderas, hasta que se detiene frente a la puerta y me mira por encima del hombro—. Ábrela. —Mi voz suena ronca. Teclea el código y empuja la puerta de madera maciza para abrirla. En cuanto la cierro detrás de mí, todo vale: en mi despacho no hay cámaras. La agarro por las caderas y la empujo hacia mi escritorio

hasta que su trasero queda pegado a él—. ¿Sabes cuántas veces me he imaginado follando contigo aquí mismo?

Sus iris son finos anillos de color turquesa que rodean dos pozos negros.

—No.

—Demasiado a menudo para mi tranquilidad.

Se muerde el labio inferior, aunque las comisuras de su boca se curvan hacia arriba.

—Puede que yo también me lo haya imaginado una o dos veces.

—El día que te quedaste aquí mirando cómo me corría, ¿deseaste que me acercara a ti y que folláramos?

Un delicado escalofrío recorre su piel, provocándome una sacudida de deseo puro.

—Sí.

—Dímelo, Chloe. ¿Pensabas en mí cuando te tocabas? ¿Imaginabas cómo sería si estuviera dentro de ti?

Suelta un suspiro tembloroso, y el aire cálido me roza el cuello.

—No pude evitarlo.

La imagen mental de ella deslizando los dedos entre sus piernas hace que se despierte mi erección. La conexión entre nosotros es innegable y me obliga a romper todos mis límites. Ya no puedo negarlo y, lo que es más, no quiero hacerlo. El control que una vez creí tener pende de un hilo.

Y ahora me estoy dejando llevar.

Le acaricio la mandíbula y le levanto la cara hacia la mía.

—Vas a tumbarte sobre mi escritorio y voy a hacer que te corras hasta que tus orgasmos sean lo único en lo que piense cada vez que me siente aquí. El recuerdo me ayudará a pasar las horas en las que no pueda tocarte, no pueda besarte, no pueda…, joder. No pueda tenerte.

Para mi sorpresa, se pone de puntillas, desliza una mano por mi nuca y me besa en los labios.

Solo me lleva un latido tomar el mando. Ahora que he dejado de luchar contra la atracción que siento por ella, no voy a contenerme.

Mi boca se posa con fuerza sobre la suya, reclamándola, reclamándola a ella.

Ella gime y clava las manos en mi pecho, y ese sonido hace que el deseo me recorra el cuerpo.

Cuando rompo el beso, me deleito con la visión de su rostro sonrojado: labios rosados e hinchados, ojos entrecerrados con el mismo deseo en el que yo me estoy ahogando.

Ella se lleva las manos a la espalda y empieza a bajarse la cremallera del vestido, pero la detengo. Necesito hacerlo yo mismo. Respirando con dificultad por la nariz, tomo el control y le bajo la cremallera hasta el final de su espalda. Luego deslizo los dedos hasta uno de sus hombros, lo paso bajo el fino tirante y lo deslizo hacia abajo antes de hacer lo mismo con el otro lado.

Se le baja el vestido hasta la cintura y, mientras absorbo la imagen que tengo ante mí, los celos me queman las venas. Su sujetador rojo de encaje es puro pecado.

—Te lo has puesto para Ethan. —Mi voz suena ronca, casi irreconocible.

Ella levanta la barbilla, firme.

—Me lo he puesto para mí. Quería sentirme deseable. Eso no significa que él fuera a verlo. No esperaba que nadie lo viera esta noche. Y tú menos que nadie.

Su desafío solo me excita más. Soy muy consciente de que solo ha salido con otro hombre porque le dije que lo nuestro no podía continuar. Y ese es un error que pienso rectificar.

Agacho la cabeza y le muerdo suavemente un pezón tenso que sobresale contra el encaje antes de chuparlo con fuerza, lo que la hace jadear y arquear la espalda. Repito el gesto con su otro pezón, luego alterno entre los dos, chupando y mordisqueando hasta que se retuerce contra mí.

Cuando está jadeando sin control, la levanto y la siento en mi escritorio, y luego me arrodillo entre sus piernas. Tiene el vestido arrugado alrededor de sus caderas, y todavía lleva puestas las bragas y los tacones.

Le separo los muslos y enseguida encuentro la tenue marca violácea que le dejé. Verla sobre su piel cremosa me llena de satisfacción. Al igual que la mancha húmeda en el centro de la tira de satén entre sus piernas.

—Estás tan lista… Mírate, empapando tus bragas para mí.

Sus ojos son casi completamente negros.

—Q-quizá es que me g-gusta mucho verte de rodillas.

Mi pecho se calienta y una risa retumba en mi interior.

—No te preocupes, cariño, después serás tú la que esté de rodillas. —Paso el pulgar sobre la prueba de su excitación, luego lo deslizo hasta su clítoris y lo masajeo suavemente.

Echa la cabeza hacia atrás y gime.

—Roman, por favor.

No he terminado de jugar con ella: pongo mi cara sobre su sexo y lo chupo a través del tejido húmedo. Su sabor explota en mi boca y, con un gemido, chupo con más fuerza. Cuando le meto la lengua por encima de la fina capa de satén que nos separa, jadea y contonea las caderas.

Se me acaba la paciencia mucho más rápido de lo que había planeado, y, de repente, estoy desesperado por eliminar todas las barreras entre nosotros.

Con un giro de la muñeca, rompo la fina tira de encaje de un lado y luego del otro. A continuación, le arranco las bragas destrozadas y las dejo caer al suelo.

—Era un conjunto. —Su protesta es poco convincente.

Me río entre dientes.

—Te compraré un conjunto de cada color. —Me gusta mucho pensar que tendrá que tirar el que llevaba puesto en una cita con otro hombre. Antes de que pueda protestar por mis palabras, le doy instrucciones—. Pon los pies en el borde. —Ella duda, probablemente consciente de lo expuesta que la dejará. Pero solo dura un par de latidos. Cuando apoya las manos detrás de ella y coloca los pies donde le he ordenado, el calor me recorre la columna vertebral con fuerza y rapidez. Está sonrosada y húmeda, y es toda mía, joder. Paso mi dedo sobre ella, un roce casi imperceptible desde su clítoris hasta su entrada reluciente. Luego deslizo la punta dentro —. Me muero por estar dentro de ti otra vez —murmuro.

Ella gime, inquieta e impaciente.

Agacho la cabeza, le lamo el tenso manojo de nervios y empujo mi dedo más profundamente dentro de ella, arrancándole un

gemido.

La penetro, alternando entre rodear su clítoris con la lengua, chuparlo y lamerlo con un ritmo errático que hace que sus caderas persigan cada movimiento.

En cuestión de minutos, le tiemblan las piernas y su excitación se desliza por la hendidura entre sus nalgas. Gime cuando le meto un segundo dedo para darle más de lo que necesita.

Cuando pongo otro dedo contra el estrecho anillo de músculo entre sus nalgas, ella inspira aire y se tensa.

—¿Alguna vez te ha tocado alguien aquí?

Ella niega con la cabeza.

—Nunca…

La satisfacción me embarga. Me siento como un puto hombre de las cavernas que necesita reclamarla por entero.

—Déjame entrar, cariño. Te va a gustar, te lo prometo.

Un estremecimiento la sacude, pero se relaja y me permite deslizar la punta de mi dedo dentro, algo que facilita la humedad que ya se acumula allí.

Vuelvo a mover la lengua y la mano, y ella gime, agarrándome del pelo como para anclarse. Pero por la forma en que sus músculos internos se tensan a mi alrededor, no hay forma de contener lo que está a punto de ocurrir.

—Roman… Dios, estoy muy cerca.

En el último momento, aparto la mano y la boca, y ella grita en señal de protesta, abriendo los ojos de par en par. La necesidad que arde allí me deja sin aliento.

—La primera vez que te corras en mi oficina —gruño—, será conmigo dentro de ti. —Con un movimiento rápido, me desabrocho los pantalones y me los bajo junto con los calzoncillos hasta las caderas, liberando mi erección. Mientras envuelvo con los dedos mi miembro dolorido, sus caderas se contonean por la anticipación. Una firme caricia hacia arriba hace que el líquido preseminal que se me escapa se derrame sobre el dorso de mi mano y gotee hasta el suelo —. Túmbate.

Cuando obedece, me echo hacia delante, apoyo una mano en el escritorio y pongo la cabeza hinchada de mi miembro contra su

clítoris. Desesperada por que la llene, levanta la pelvis para intentar llevarme donde me necesita.

Ese movimiento hace que me deslice hacia su entrada y me arranca un siseo entre los dientes. No la penetro, por mucho que me muera de ganas. Solo la beso, larga y apasionadamente, mientras mi glande palpita contra su suave carne.

Cuando rompo el beso, ella me suplica.

—Por favor, Roman. Por favor.

No hay ni una parte de mí que no quiera follar con ella a pelo, pero aún no hemos tenido esa conversación. Y ahora no es el momento.

—Tengo que ir a por un condón. —Las palabras son tan duras que casi parecen un gruñido.

—Date prisa.

Joder, su necesidad no hace más que avivar el escalofrío que me recorre la espalda. Me encanta ver este lado de ella, en el que persigue lo que quiere. Y si quiere mi pene, estaré más que encantado de dárselo.

Saco la cartera del bolsillo del pantalón y cojo el condón. Una vez que me lo he puesto y estoy en su entrada, ella levanta las caderas, y su cuerpo cede alrededor de la punta de mi miembro. Sus paredes internas se cierran sobre los primeros centímetros gruesos.

—¿Quieres que te llene, cariño? —Todo mi cuerpo vibra con el esfuerzo que me cuesta resistirme a empujar hasta el fondo. Quiero tomarme mi tiempo. Si voy a traspasar todos los límites, me aseguraré de disfrutar de cada segundo.

Y ver cómo su sexo perfecto se esfuerza tanto por recibirme por completo es uno de los detalles que no quiero perderme.

Así que, en lugar de embestirla, muevo las caderas, obligándola a aceptarme poco a poco.

—Sí. —Echa la cabeza hacia atrás, y la palabra sale de su boca como un jadeo ahogado.

Las puntas de sus tacones resbalan sobre la madera y dejan arañazos en la superficie pulida, unas marcas que me provocan un oscuro escalofrío.

Me aseguraré de que se queden ahí, donde podamos verlas todos los días.

—Eres la hostia de estrecha. —Rechino los dientes, luchando contra la sensación de hormigueo que se acumula en mi columna vertebral—. Pero vas a acoger hasta el último centímetro.

Hundo los dedos en sus caderas y la muevo para poder deslizarme más fácilmente.

Mantengo la mirada fija en el punto donde nos unimos, sudando en un esfuerzo por no limitarme a empujar. Luego me retiro para poder penetrarla un poco más profundo.

—Dios, Roman —jadea ella—. Eso es… Yo… Yo estoy…

Se tensa y grita, arqueando la espalda mientras sus músculos internos se contraen y se relajan a mi alrededor.

Ni siquiera he llegado a la mitad y ya se ha corrido.

—Eso es, cariño. Lo necesitabas, ¿verdad? Necesitabas mi pene para correrte. —Le clavo los dedos, conteniendo a duras penas mi propia eyaculación.

Cuando se relaja, me lanzo hacia delante, hundiéndome hasta el fondo. Con la mandíbula tensa, me mantengo profundamente dentro de ella y aguanto hasta que su orgasmo se apaga. Pero en cuanto ella se deja caer contra la superficie lacada que tiene debajo, me muevo. Una larga retirada y luego una fuerte embestida.

Ella mueve las caderas contra las mías, intentando que la penetre más profundamente. Y cuando me agacho sobre ella y me meto uno de sus pezones en la boca, ella me envuelve con las piernas y los brazos, clavándome las uñas para animarme a seguir.

Sin dejar de penetrarla con fuerza, deslizo una mano entre nosotros y pongo mi pulgar sobre su clítoris, lo que la lleva a un nuevo orgasmo.

—Esa es mi chica —le gruño al oído mientras se retuerce debajo de mí—. Eres increíble. Pero aún no he terminado contigo. —Con un gemido, me retiro de ella—. Date la vuelta, cariño.

Me mira aturdida por un momento, luego baja los pies al suelo, se quita el vestido y se tumba boca abajo, estirándose sobre mi escritorio.

Espero con todas mis fuerzas no olvidar nunca cómo se ve ahora mismo: las piernas largas, aún con los tacones puestos, un culo perfecto y las curvas de su cuerpo contra la madera oscura.

Aprieto los dientes y agarro con fuerza la base de mi pene. Luego vuelvo a penetrarla, acariciándole las nalgas con las palmas de las manos, amasándolas, abriéndola para poder ver cómo se estira a mi alrededor.

Resistiendo el impulso de inmovilizarla contra el escritorio y tomarla con fuerza y rapidez, me obligo a enderezarme y diviso nuestro reflejo en la ventana. Aunque nuestras imágenes son borrosas y están distorsionadas por las luces de la ciudad que brillan desde fuera, puedo distinguir lo grande que parezco en comparación con ella y lo perfecta que se ve así: en mi oficina, sobre mi escritorio.

Sigo penetrándola con la vista clavada en nuestro reflejo. La presión crece dentro de mí, volviéndome casi loco. Pero necesito más. La necesito más cerca.

La levanto para que su espalda quede pegada a mi pecho.

—Míranos.

Con una mano la agarro de las caderas y deslizo la otra por su cuerpo para rodearle el cuello y mantenerla en su sitio.

Traga saliva contra mi palma.

—Yo… Roman, n-necesito correrme otra vez.

Está a punto de llegar, a juzgar por cómo me aprieta, pero mantengo deliberadamente un ritmo lento, provocador.

Dejo caer mi mano hasta su muslo, le levanto la pierna para que su rodilla descanse sobre mi escritorio y se abra de par en par para mí.

—Tócate. Quiero ver cómo te corres.

No lo duda, desliza los dedos en su sexo y se acaricia el clítoris.

Verla —vernos— así me lleva al límite. Me está costando toda mi fuerza de voluntad contenerme.

Cuando baja la mano hasta donde estamos unidos y me acaricia, pierdo la cabeza.

—Joder. —Incapaz de contenerme, empujo mis caderas contra ella con fuerza y rapidez. Ella grita y yo empujo más fuerte—. Sigue tocándote. —En el momento en que vuelve a concentrarse en su clítoris, su cuerpo se tensa a mi alrededor. Arquea la espalda, saca pecho y grita mi nombre. Llevo la mano hasta uno de sus pezones,

firmemente erguido, y le doy un pellizco brusco. Ella se estremece, sacudiéndose contra mí, y sus músculos internos se tensan y me llevan más profundamente dentro de ella. Mi visión se oscurece por los bordes—. Joder. Me vas a dejar seco.

Con las manos clavadas en sus caderas, la penetro con fuerza, persiguiendo mi propio clímax mientras las réplicas del suyo nos sacuden a los dos.

Ahora estoy gimiendo, con un gemido grave, profundo y urgente, hasta que mi cuerpo se tensa casi hasta el punto del dolor. Entonces me corro. El calor y el placer me hierven por la columna vertebral y me hundo en ella tan profundamente como puedo y exploto.

Ella se echa hacia delante, mete la mano entre nosotros y me acaricia los testículos palpitantes mientras mi eyaculación llena el condón con espasmos desgarradores, uno tras otro. La sensación de sus dedos contra mí intensifica cada latido hasta convertirlo en una descarga eléctrica de placer tan fuerte que me tiemblan las piernas. Tengo que apoyar una mano en el escritorio para mantener el equilibrio mientras lo supero.

Cuando el orgasmo por fin remite y puedo volver a respirar, la pego a mí y le agarro la barbilla para que levante la cara hacia la mía.

—Vamos a hacer que esto funcione. ¿De acuerdo?

Suspira con los ojos muy abiertos y aturdida.

—De acuerdo. —Aplasto mis labios contra los suyos, ahogando su gemido.

He traspasado todos los límites que me juré respetar. Pero esto no se parece en nada a las sórdidas aventuras que mi padre tenía. Me preocupo por Chloe. No busco unos cuantos orgasmos baratos. Aquí, en la oscuridad, en secreto, no importa que trabaje para mí.

Solo necesito encontrar la manera de que lo mismo sea cierto a la luz del día.

39

Chloe

—¿Cómo te encuentras?

Mi padre parece más animado esta mañana de lo que ha estado en mucho tiempo.

—Me siento bien —dice mientras coge su tostada—. Creo que las infusiones están surtiendo efecto.

La felicidad me recorre las entrañas. Después de lo que pasó con Roman el miércoles por la noche, esa noticia es como la guinda del pastel.

La puerta principal se abre y se cierra, y aparece Carol.

—¡Buenos días!

Mi padre carraspea.

—Buenos días, Carol.

Al percibir un atisbo de timidez en su tono, me vuelvo hacia él y lo encuentro aparentemente muy interesado en el contenido de su plato.

Carol no parece darse cuenta de su incomodidad cuando se acerca apresuradamente y deja un par de bolsas de la compra sobre la encimera de la cocina.

—He pensado que hoy podríamos preparar algo de comer. Tengo ingredientes para hacer pudines de chía con bayas para el desayuno y cuencos de cereales con verduras picadas y aderezo de cúrcuma para el almuerzo. —Saca una caja de plástico con bayas y se gira hacia la nevera—. Y creo que también podríamos hacer batidos de fresa, mango y plátano.

—Suena genial —masculla mi padre.

Carol se limita a sonreír, imperturbable ante su tono poco entusiasta.

Yo reprimo mi propia sonrisa. Carol ha estado increíble. He hecho todo lo posible por cocinar sano, pero es fácil caer en la rutina de

preparar las mismas comidas una y otra vez. Aunque mi padre necesite tiempo para acostumbrarse a todos los nuevos alimentos antiinflamatorios que ella le está mostrando, al menos los está comiendo.

Él se esfuerza por levantarse. Sus movimientos siguen siendo lentos y mesurados, pero parece hacerlo con menos rigidez que antes. No quiero hacerme demasiadas ilusiones, pero es difícil no buscar mejoras cada día.

Coge su plato y se dirige hacia la cocina.

Carol sale a su encuentro y se lo quita de las manos.

—¿Por qué no te sientas a leer un rato? Iré a buscarte en cuanto tenga todo listo.

Con un ligero asentimiento, se dirige al sofá. Espero que me pida ayuda. En cambio, se sienta por sí mismo con tan solo un poco de dificultad. Carol me mira a los ojos y me dedica una sonrisa tranquilizadora.

Una vez que termino mi café, me uno a ella en la cocina y lavo la taza para que ella no tenga que hacerlo.

Carol saca varios artículos más de una bolsa de la compra y luego va a la nevera.

—Bueno, ¿cuándo piensas volver a verlo?

Parpadeo.

—¿A quién?

—A tu cita del miércoles por la noche. Por ese brillo en tus ojos, supongo que fue bien.

Se me suben los colores a las mejillas. No puedo confesarle que el hombre que hace brillar mis ojos no es el hombre con el que tuve la cita. Ni que ya lo he vuelto a ver.

El trabajo de ayer fue interesante, por decirlo suavemente. Me sorprende que todo el edificio no pudiera sentir la tensión latente cada vez que estábamos en la misma sala. Mi mente está muy de acuerdo con todo eso de mantener la profesionalidad en la oficina, sea lo que sea esto, pero mi cuerpo no acaba de seguirle el juego. Y si la forma en que Roman me miró ayer es indicativa de algo, él está luchando contra el mismo problema.

—La cita no salió tal como esperaba, pero la noche terminó bien. Solo tenemos que coordinar nuestros horarios para ver cuándo podemos volver a pasar tiempo juntos. —Me siento mal por tergiversar la verdad, pero por ahora es mi mejor opción.

Carol cierra la puerta de la nevera.

—Si quieres salir otra vez, estaré encantada de quedarme con tu padre. Incluso puedo pasar la noche aquí. Dijiste que el sofá se convierte en cama, ¿no?

Sí, se lo dije. Compré el sofá cama para mi padre. En ocasiones, el dolor era tan intenso que le resultaba demasiado difícil llegar a su dormitorio.

La culpa me invade.

—No puedo pedirte que hagas eso.

Ella hace un gesto con la mano como para restarle importancia.

—Claro que puedes. Yo también fui joven y recuerdo lo emocionante que es el comienzo de una nueva relación. Ahora que mis hijas están en la universidad, no tengo a nadie esperándome en casa. Eres joven y guapa. Deberías salir a divertirte y a disfrutar de la vida. —Me muerdo el labio inferior. Es cierto que a Roman y a mí nos resultará difícil vernos si mantenemos esto en secreto por ahora. Y Carol parece disfrutar de verdad pasando tiempo con mi padre… Se acerca y baja la voz—. Lo eres todo para tu padre. Él quiere que salgas y te diviertas. Y a mí también me gustaría eso para ti. Me recuerdas un poco a mis hijas, y como tu madre no está, quizá mientras yo esté aquí pueda ayudarte con algunas de las cosas que ella habría hecho. —Unas lágrimas inesperadas me pican en los ojos. Me esfuerzo mucho por no imaginarme cómo sería la vida si ella no nos hubiera dejado. Si se hubiera quedado en lugar de abandonarnos cuando tener una familia se volvió demasiado difícil. Y ahora, aquí está Carol, ofreciéndome su tiempo y su cariño cuando no tiene por qué hacerlo—. Ay, cariño. —Me rodea con sus brazos y me estrecha contra ella. Instintivamente, correspondo al abrazo e inhalo su suave perfume floral. Esboza una suave sonrisa, se aparta y me agarra por los hombros—. Deja que otra persona te cuide un rato. Hará feliz a tu padre, y a mí también. ¿De acuerdo?

Trago saliva.

—Vale —susurro.

Ella asiente y me acaricia los brazos.

—Excelente. Así que haz tus planes y avísame. —Con un gesto de satisfacción, se vuelve hacia los alimentos que hay sobre la encimera —. Deja que ese hombre tuyo te enamore.

Se me escapa una risa temblorosa.

—Lo haré. —Ya lo ha hecho.

Una vez en mi dormitorio, me recojo el pelo en un moño, con algunos mechones alrededor de mi cara, y estudio mi reflejo un poco más. Tras un momento, sacudo la cabeza. Roman, obviamente, me encuentra lo bastante atractiva. No necesito dedicar más tiempo a arreglarme ahora solo porque estamos…

¿Qué somos? ¿Salimos juntos? ¿Tenemos una relación? Dijo que haríamos que esto funcionara, pero no definió qué era esto en realidad. Y yo no pregunté.

Debería averiguarlo. Los dos estamos corriendo un riesgo, aunque no puedo evitar pensar que yo me juego más. Al fin y al cabo, pase lo que pase, Roman seguirá siendo multimillonario. ¿Y yo? Podría quedarme sin trabajo y no poder permitirme los medicamentos que por fin parecen estar funcionando. Y, desde luego, no podría permitirme una cuidadora como Carol.

Y por muy comprometido que parezca Roman ahora mismo, eso podría cambiar en cualquier momento. Es imposible predecir lo que sucederá entre dos personas que se sienten atraídas la una por la otra, y más al principio de una relación.

Y él se divorció de su mujer al cabo de seis meses.

Inspiro hondo y espiro lentamente. Estoy segura de que tenía una buena razón. Al fin y al cabo, ella no parecía ser la persona más cálida del mundo.

Entonces, ¿por qué se casó con ella en primer lugar?

Niego con la cabeza, sacudiéndome las inseguridades que se me están colando en la mente. Roman me dijo que estaría a salvo con él. Me dijo que mi trabajo estaría a salvo pasara lo que pasara. Y confío en él. Tiene demasiadas cosas entre manos en este momento y acosarlo con la pregunta «¿hacia dónde va esto?» sería patético y molesto.

Así que voy a darle un poco de tiempo, a ver cómo se desarrollan las cosas y luego a preguntarle.

Asiento a la mujer del espejo y me doy la vuelta. Por ahora no puedo hacer nada más que ver adónde me lleva este camino, aunque exista la posibilidad de que me esté preparando para un desengaño.

Roman me dijo que está obsesionado conmigo, pero la obsesión es diferente del amor.

Y no puedo evitar preguntarme si un hombre que creció como él lo hizo sabe siquiera lo que se siente al amar o ser amado.

40

ROMAN

—El equipo jurídico redactará la oferta formal para EcoTech esta semana —dice Cole.

—Bien. —Echo un vistazo a los hombres y mujeres sentados a la mesa—. ¿Algún otro tema que debamos tratar?

Se oye un murmullo y se ven cabezas negando, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en cómo David se echa hacia Chloe y le susurra al oído.

Tenso la mandíbula, y solo me relajo cuando ella asiente y luego se mueve para poner distancia entre ellos y se vuelve para hablar con Sophie, que está sentada a su otro lado.

—Parece que todo el mundo está contento. —Tate interviene con naturalidad en mi lugar cuando no continúo—. El departamento de Marketing está trabajando en la redacción de los comunicados para cuando se acepte la oferta.

«Comunicados». «Acepte». Esas palabras me devuelven al tema.

—Excelente. Eso es todo por ahora. Nos volveremos a reunir dentro de una semana.

Alrededor de la mesa, nuestros empleados recogen sus cosas y se levantan. Mientras salen de la sala, Cole, Tate y yo cerramos la marcha. No puedo evitar seguir con la mirada a Chloe, que va con Sophie y, para mi disgusto, con David.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunta Cole.

Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Has estado más distraído que nunca desde que llegaste de Francia.

—Y te quedaste una noche más —apunta Tate—. ¿Hay algo que quieras contarnos?

—No hay nada que contar. —Clavo la vista al frente para evitar sus miradas escrutadoras—. Prolongué mi estancia para poder reunirme con Jameson en París. Lo único que me preocupa ahora mismo es esta adquisición. Sabéis lo importante que es.

—Lo sabemos —dice Cole—. Pero no lo es todo. Sé que quieres demostrar algo sobre el cambio del King Group bajo tu liderazgo. Pero no hay nada en concreto que vaya a lograr eso por sí solo. Todo el trabajo que hemos hecho en los últimos años es lo que le mostrará al mundo que estamos haciendo las cosas de manera diferente.

Gruño. Pensamientos como ese son los que suelen ocupar mi mente, pero hoy estoy distraído por una razón muy distinta. Y esa razón va delante de nosotros, contoneando las caderas y con una falda ceñida que acentúa un trasero que estoy deseando volver a tocar. Han pasado dos días desde que follamos en mi despacho, y desde entonces no hemos tenido ningún momento a solas.

Durante el día, el riesgo de que nos interrumpan es demasiado grande. Y cerrar la puerta con llave despertaría sospechas. Chloe se pasa las tardes con su padre, así que me resisto a pedirle que trabaje hasta tarde para poder verla. Me reservaré esa petición para cuando de verdad necesitemos trabajar hasta tarde.

Pero, joder, qué difícil fue no tocarla ayer. Tengo que encontrar una solución antes de que mi distracción acabe costándonos un acuerdo.

—Sí, la adquisición es solo una parte del plan —digo—. Pero nos adelantará años a nuestra competencia más cercana. Y no quiero que Haverscombe lo estropee todo en el último momento.

—Dudo que Haverscombe sea la clase de hombre con el que Ellis quiera hacer negocios —dice Tate—. Al menos, si de verdad le importa la integridad.

La idea me tensa la espalda y el cuello. Si supiera la verdad sobre Chloe, tampoco querría trabajar conmigo. Independientemente de si lo que estoy haciendo con Chloe se parece en algo a la mierda que montó mi padre, no estoy seguro de que Ellis, o cualquier otra persona, vea la diferencia.

—¿La razón por la que te cae tan mal Roger es porque sale con Katherine? —pregunta Tate. ¿De dónde demonios ha salido eso? Lo miro con los ojos entrecerrados y él levanta las manos y se ríe— . Lo siento, tenía que preguntarlo.

La irritación me invade por dentro.

—¿De verdad?

—Sí. Nunca has hablado abiertamente de por qué os divorciasteis. Solo me preguntaba si aún queda algo de rencor ahí y si es eso lo que te tiene tan alterado.

Si antes estaba tenso, ahora mis músculos parecen a punto de romperse.

—Te puedo garantizar que no hay brasas donde hubo fuego ni nada por el estilo.

Cuando nos detenemos frente a la puerta de mi despacho, Sophie saluda a Chloe con la mano y sigue hacia la oficina de Tate, mientras que David se queda rezagado junto a su escritorio.

Aparto la vista a la fuerza antes de hacer alguna tontería como agarrarlo por el cuello y decirle que se largue de una vez.

—Vale, vale. —Tate cruza la mirada con Cole y yo me vuelvo hacia ellos, rabioso.

—Si tienes algo que decirme, suéltalo ya.

El suave sonido de la risa de Chloe, a unos metros de distancia, me distrae. David está apoyado en la esquina de su escritorio, sonriendo ante el comentario sin duda sarcástico que la ha hecho reír.

—David —le espeto—. ¿Hay alguna razón por la que estés distrayendo a mi asistente de su trabajo?

Todas las miradas se dirigen hacia mí, incluida la de Chloe, que tiene los ojos muy abiertos.

David se endereza de golpe.

—Lo siento, Roman. Quería concertar una cita contigo para que pudiéramos repasar nuestros planes revisados.

Cole y Tate muestran expresiones especulativas similares mientras nos estudian a Chloe y a mí. Maldita sea. Tengo que controlar mejor estos sentimientos desconocidos que se están apoderando de mí. Nunca había experimentado nada parecido. Ni siquiera con

Katherine. No me molestaba que otros hombres coquetearan con ella. Era una mujer hermosa, ¿por qué no iban a hacerlo? Pero el agudo latigazo de posesividad que siento con Chloe es tan potente como inesperado. Quizá sea porque, para todos los demás, ella parece estar disponible. Quizá ese instinto se desvanecería si el mundo supiera que es mía.

O quizá no. Quizá esto es lo que se siente al aferrarse a algo valioso y frágil. Algo que podría desaparecer con un solo paso en falso.

—De acuerdo. —Asiento y reprimo mi irritación. Luego me dirijo a mis hermanos—. ¿Vosotros queréis algo más?

—No —dice Tate.

Cole responde al mismo tiempo.

—Nada.

—Bien. Nos vemos en la reunión con el equipo legal. —Entro en mi despacho y cierro la puerta tras de mí para evitar que me acribillen con preguntas de última hora.

Muevo el cuello en círculos, intentando relajar la tensión que se ha acumulado en la base, y me dejo caer en la silla. Al instante, mi atención se centra en los arañazos del borde del escritorio. Sonrío al recordarlo y, por fin, la tensión de mis músculos se disipa.

El departamento de Mantenimiento se puso en contacto conmigo a primera hora de ayer por la mañana. Al parecer, uno de nuestros limpiadores les había informado de los daños en mi escritorio y querían saber si quería que lo sustituyeran.

Les dije que no me interesaba.

Maldita sea. Ya me he distraído otra vez. Con un largo suspiro, me enderezo y vuelvo al trabajo.

Diez minutos más tarde, me interrumpe un golpecito en la puerta.

—Soy yo —dice Chloe desde fuera.

—Pasa. —Entra en silencio y cierra la puerta. Quizá sea por su interacción con David, o quizá porque he perdido el control, pero me levanto y doy un paso para alejarme de mi escritorio—. Cierra con llave.

Sus labios se entreabren, pero obedece sin protestar. En cuanto suena el clic de la cerradura, atravieso la oficina a zancadas y la

empujo contra la puerta.

—¿No querías mantener una relación profesional en el trabajo? —dice, con los ojos muy abiertos.

Apoyo mi frente contra la suya.

—Ya he roto muchas reglas en lo que a ti se refiere. —Suspira y me pasa los dedos por el pelo—. No me gusta que David coquetee contigo.

Hace una pausa de un segundo, pero luego sus dedos continúan acariciándome.

—Yo no estaba correspondiéndole.

—Lo sé. Aun así, no me gusta —admito a regañadientes. Ella se ríe suavemente, y ese sonido afloja el nudo desconocido de posesividad que tengo en el pecho. Por un momento, me permito disfrutar de la suavidad de su tacto, pero al final, doy un paso atrás —. Necesito verte fuera del trabajo.

Aún pegada a la puerta, baja las manos a los costados.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En mi piso. —Echo la cabeza hacia atrás y miro al techo, buscando la manera de organizarlo—. ¿Carol puede quedarse con tu padre esta noche?

Se muerde el labio, lo que atrae mi atención sobre su carnosa boca.

—Se ofreció a quedarse si lo necesitaba, pero probablemente sea demasiado tarde para organizarlo para esta noche, sobre todo porque se quedó hasta la noche del miércoles. —La amargura me sube por la garganta y me inunda la boca. Joder, no quiero pensar en su cita con Ethan. Según Chloe, él la llamó a la mañana siguiente para disculparse por el final abrupto de su cita, aunque no fue él quien lo provocó. Supongo que eso es lo que hacen los chicos buenos como él. Y, sin embargo, no soy capaz de arrepentirme de haberla sacado de ahí. Lo volvería a hacer sin pensarlo dos veces. La traería de vuelta aquí otra vez para follar con ella si tuviera que hacerlo—. Siento complicar las cosas —dice, mirándome a los ojos.

La incertidumbre que hay en su expresión hace que se me revuelva el estómago. Doy varios pasos atrás, y solo me detengo cuando me apoyo contra mi escritorio.

—Ven aquí. —Ella obedece y se acerca lentamente, casi con recelo. Ojalá supiera qué le pasa por la cabeza. Ojalá supiera cómo tranquilizarla. Cuando está cerca, le rodeo la cintura con el brazo y la pego a mi cuerpo—. No me pidas perdón nunca por cuidar de tu padre. Te dije que haríamos que esto funcionara, y lo haremos. —Recorro con el dedo el contorno de su mejilla, luego le sujeto la barbilla entre el pulgar y el índice y hago que levante la cara—. No te traje aquí la otra noche porque quisiera un rollo fácil —le digo— . Nada de lo que hacemos juntos es fácil. Pero lo quiero de todos modos. Te quiero a ti.

La beso en los labios y deslizo mi lengua en su boca. Ella responde de inmediato enredando sus dedos en mi pelo. A pesar del deseo que me invade, que me evoca la fantasía de echarla sobre mi escritorio de nuevo, de tomarla en el sofá o de empotrarla contra la ventana, consigo contenerme.

Por mucho que la desee, no puedo arriesgar nuestra reputación follando con ella aquí mientras hay gente al otro lado de la puerta. Se merece algo más que rumores de conducta inapropiada y empleados cuchicheando en los pasillos si alguien descubre que estamos aquí juntos con la puerta cerrada con llave.

Cuando la dejo marchar, tiene los labios hinchados y la mirada vidriosa. Estoy tan excitado que probablemente tendré que aliviarme en el baño después de que se vaya. Pero el dolor de testículos merece la pena por esa expresión curiosa que muestra.

Se lleva los dedos a la boca, sonriendo.

—No estoy acostumbrada a esto.

—¿A besar a tu jefe?

Ella se ríe; es un pequeño sonido ronco que va directo a mi pene.

—Eso también. Pero no. Me refería a hacer algo que me parece al mismo tiempo tan malo y tan bueno. Normalmente soy muy cuidadosa y trato de hacer lo inteligente, lo sensato. Y esto es lo más alejado de eso que se me ocurre.

La miro con atención, buscando atisbos de duda. ¿Se está arrepintiendo de seguir adelante con esto? La idea me provoca una herida más profunda de lo que debería, teniendo en cuenta la

realidad de nuestra situación. Si ella levantara una señal de stop, sin duda sería la forma más rápida y fácil de resolver las cosas.

Quizá sería mejor para los dos que esto terminara aquí, pero no puedo luchar contra esa parte de mí que la ansía. Es demasiado fuerte. A pesar de que la negación ya ha clavado sus garras en mi estómago, sigo obligándome a darle una salida.

—Ya te lo dije: estás a salvo conmigo. Si quieres terminar esto ahora, no habrá repercusiones.

Frunce el ceño, pero al final niega con la cabeza.

—Había olvidado lo que se siente al querer arriesgarme, a dejar que mi vida se complique un poco. Creo… Creo que eso es lo que más deseo, y lo que más miedo me da.

—No quiero que me tengas miedo. —Las palabras me salen con cierta aspereza.

Ella pone su mano sobre mi pecho y el calor de su palma traspasa la tela que nos separa.

—No te tengo miedo a ti. Supongo que le tengo miedo a lo desconocido. Y este tipo de cosas, las emociones que me invaden cuando estoy contigo, son completamente nuevas para mí.

Me quedo paralizado.

—Los dos estamos navegando por aguas desconocidas.

Su cuello se mueve al tragar saliva.

—Pero… tú ya has estado casado antes. Debiste de sentir lo mismo por Katherine. A pesar de cómo acabaron las cosas, seguro que al principio fue así.

Algo parecido al dolor le recorre el rostro, pero desaparece tan rápido como ha llegado. Joder. No me gusta que esté comparando la conexión que compartimos con lo que tuve con Katherine.

Deslizo la mano por su cabello y hago que levante la cabeza para que se vea obligada a mirarme a los ojos.

—Lo que sentía por Katherine no se parecía en nada a esto —digo con voz entrecortada; necesito que ella escuche la sinceridad en mis palabras, que la vea en mis ojos—. Nunca habría roto mis reglas por ella como lo he hecho por ti.

Abre la boca y se le escapa un pequeño suspiro.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué no sentía eso por ella, o por qué he roto mis reglas por ti?

Se muerde el labio inferior.

—Las dos cosas, supongo.

Mi exmujer es la última persona de la que quiero hablar. Pero le debo a Chloe al menos parte de la verdad.

—Me engañé a mí mismo pensando que Katherine era lo que necesitaba en aquel momento, pero no lo era, y nunca podría serlo. —Ignorando la pregunta que hay en sus ojos, la suelto y me meto las manos en los bolsillos—. En cuanto a por qué he roto mis reglas por ti… —Yo mismo sigo sin entenderlo del todo. Quizá sea porque es la primera mujer que me ha hecho cuestionarme mis prioridades. Con ella, recuerdo lo que es vivir el momento en lugar de tratar la vida como una partida de ajedrez, calculando las implicaciones de cada movimiento que hago. Me hace sentir como un hombre mejor, y soy lo bastante egoísta como para no querer renunciar a eso. Y, joder, es la única mujer, la única persona, que ha conseguido acallar esa voz constante en mi cabeza que me empuja a hacer más, a hacerlo mejor, a ser mejor. A ser mejor que él. Esa contradicción se me atraganta como una piedra en la garganta. Porque, a pesar de que me digo a mí mismo que lo nuestro es diferente, si el mundo se entera de que me acuesto con mi joven y guapa asistente, será una prueba irrefutable de que estoy hecho de la misma pasta. Todo eso es demasiado complicado de expresar con palabras ahora mismo, así que elijo la salida fácil—. Porque eres la única mujer que me ha hecho querer romper mis reglas. — Todavía hay un leve atisbo de duda en su expresión. En lugar de intentar disiparla más, la pego a mí, le acaricio la cara y la beso hasta que las llamas se encienden en nuestros cuerpos con la facilidad de siempre. Pero alguien vendrá a buscarnos pronto, o al menos empezará a sospechar, así que rozo sus labios con los míos una vez más y luego me separo—. Pregúntale a Carol si puede hacer horas extras este fin de semana. Entonces planearemos el resto, ¿de acuerdo?

Asiente y se dirige hacia la puerta. Antes de salir, me mira por encima del hombro una última vez.

Regreso a mi asiento, pero en lugar de ponerme a trabajar, giro la silla y contemplo Manhattan.

Con la ciudad extendiéndose ante mí de esta manera, es demasiado fácil sentir que soy intocable. Que tengo el control de mí mismo y de mi vida. Pero estoy empezando a darme cuenta de que eso es una ilusión. Y tal vez, solo tal vez, dejar de lado esas creencias podría darme una paz que nunca supe que deseaba.

41

CHLOE

—Buenas tardes, Chloe. —Phillip me saluda con una sonrisa.

—Buenas tardes. —Se me enrojecen las mejillas cuando me acerco a él y al coche negro de Roman.

Dios, ¿qué pensará de esta reunión clandestina un sábado por la tarde? Me recoge a la vuelta de la esquina de mi apartamento en lugar de delante de él, como precaución contra las miradas indiscretas. Pero debe de ser obvio para él que la «reunión» que estoy a punto de tener con Roman en su ático no tiene nada que ver con el trabajo.

Sin embargo, no hay ningún atisbo de juicio en su expresión, así que quizá, aunque lo sepa, en realidad no le importe. Quizá estoy proyectando mis propios sentimientos en él.

Nunca pensé que sería el tipo de mujer que se acuesta con su jefe. Por otra parte, dudo que muchas mujeres me culparan. Roman es una fuerza de la naturaleza. Guapo, poderoso e imposible de resistir, pero con un lado tierno oculto que dudo que le deje ver a mucha gente.

Estar con él me recuerda que la vida no es un cuadro para colorear por números. A veces, elegir romper las reglas y salirse de las líneas da como resultado algo único y hermoso.

Así que, cuando Phillip me abre la puerta del coche, lucho contra el impulso de apartar la vista, avergonzada y, en su lugar le sonrío en señal de agradecimiento y me deslizo dentro.

Cuando veo a Roman sentado en el asiento trasero, la sorpresa hace que me dé un vuelco el estómago. No esperaba que viniera con Phillip, y desde luego no esperaba verlo vestido de forma tan informal.

Lleva una camiseta gris carbón que se tensa sobre sus anchos hombros y su amplio pecho, y unos vaqueros oscuros que se ciñen a

sus musculosos muslos. Es la primera vez que lo veo con algo que no sea un traje.

Se me seca la garganta al contemplarlo. Es el hombre más sexy que he visto nunca.

—No te esperaba. —Las palabras salen débiles, entrecortadas.

Su sonrisa es lenta y sensual.

—Si solo tenemos unas pocas horas, no quiero desperdiciar ni un solo minuto. —Cuando Phillip aparta el coche de la acera, Roman me tiende una mano—. Ven aquí.

Echo un vistazo a la mampara, que por suerte ya está subida, antes de sentarme en su regazo. Él me rodea con sus brazos.

—¿Cómo está tu padre?

Mi corazón da un vuelco ante la pregunta. No deja de recordarme de formas como esta que, a pesar del aire de distanciamiento que tan a menudo proyecta, se preocupa sinceramente por las personas que lo rodean. Sonrío.

—Él y Carol están haciendo un rompecabezas juntos. Está feliz.

Acerca la cara al hueco de mi cuello e inspira hondo.

—Me alegro de oírlo.

—Es gracias a este trabajo. Gracias a ti.

Se aparta y me mira con seriedad.

—Es gracias a ti. Porque te preocupas por él. Porque te has esforzado por darle lo que necesita.

Se me hace un nudo en la garganta, pero me encojo de hombros ante el elogio.

—Eso es lo que hace la familia.

—¿De verdad?

Su tono es tan neutro que me hace estudiar su expresión. ¿Qué está pasando por su cabeza? Su infancia fue difícil. ¿Significa eso que no cree que sus hermanos estarían ahí para él si los necesitara? ¿O cree que los ha decepcionado de alguna manera? Sea como sea, no puedo contener mi respuesta.

Le pongo las manos en el pecho, tratando de ignorar el calor de sus músculos duros a través del fino tejido de su camiseta. Ya los exploraré más tarde. Ahora mismo, quiero que intente ver las cosas como yo las veo.

—Tus hermanos se preocupan por ti. Es obvio. Y es igual de obvio que tú te preocupas por ellos. No descartes lo valioso que es eso solo porque tus padres no sintieran lo mismo. Y tal vez… — Me humedezco los labios y considero dejarlo ahí. Al final, sin embargo, decido armarme de valor—. Tal vez tú tampoco te sentías así durante un tiempo. Mi madre nunca lo hizo. Por eso nos abandonó tan fácilmente. Ella y yo podemos compartir la misma sangre, pero eso solo significa que somos parientes; no nos convierte en una familia. El amor es lo que hace a una familia. Y el amor significa que siempre harás lo que hay que hacer, aunque sea difícil. Aunque eso signifique renunciar a lo que creías que era importante para ti. Un músculo le palpita en la mandíbula. Esa es la única respuesta que obtengo. Se me revuelve el estómago. ¿Me he pasado al hablar de su familia?—. Lo siento si he dicho algo que no debía.

Traga saliva y niega con la cabeza.

—Una de las razones por las que no he podido alejarme de ti es porque no finges ser alguien que no eres. Cuando compartes tus pensamientos conmigo, salen directamente de tu corazón. Es algo poco común en mi mundo.

Suspiro.

—Supongo que es lo que espero recibir a cambio.

Me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Es algo muy valioso.

Se me encoge el corazón. ¿Cómo puedo resistirme a enamorarme de este hombre? ¿Acaso tengo que hacerlo? En sus brazos, así, me siento segura. Como si pudiera dejarme llevar y él estuviera ahí para atraparme.

Reprimo esas ideas. Es demasiado pronto para pensar en cosas así.

Cuando su boca se posa sobre la mía, dejo que mi mente vuele libremente, y cuando sus manos recorren mi espalda, acojo con agrado la oleada de sensaciones que su tacto siempre me provoca.

Roman se pasa el resto del viaje volviéndome loca poco a poco con su boca y sus manos. Si quería llevarme al límite antes de llegar a su casa, lo ha conseguido. Tengo las bragas húmedas y el deseo

recorre mi cuerpo. Lo único que quiero es quitarme la ropa y dejar que haga lo que quiera conmigo.

Pero primero tenemos que subir a su ático.

Cuando el coche reduce la velocidad, echo un vistazo por la ventanilla y enseguida tengo que estirar el cuello para ver la parte superior de la torre. Por cómo refleja el cielo y las nubes, parece que está hecha completamente de cristal.

Eso es todo lo que consigo ver antes de que Phillip lleve el coche al aparcamiento subterráneo del edificio.

En el ascensor privado, de camino arriba, Roman continúa su lento y decidido asalto a mi cuerpo. Me inmoviliza contra la fría pared de acero inoxidable, desliza la mano bajo mi falda y mete los dedos en mis bragas.

Encuentra mi clítoris, lo acaricia con los dedos y yo respondo balanceándome contra su mano. La presión es suficiente para que busque el clímax, pero no es bastante como para llevarme al límite.

—Estoy a punto. Por favor, déjame correrme —le suplico.

Él se ríe entre dientes contra mi cuello, y el sonido me hace vibrar.

—Pero entonces no podría disfrutar de cómo intentas alcanzarlo con mis dedos. No te preocupes. Haré que tu primer orgasmo merezca la pena la espera.

Antes de que pueda suplicar de nuevo, un suave tintineo anuncia que hemos llegado y las puertas se abren silenciosamente. Me saca del ascensor sin ralentizar el movimiento de su mano. Echo un vistazo al espacio que nos rodea: techos altos, suelos de parqué, muebles grandes y blancos, y la luz entrando a raudales por los ventanales. Pero la mayor parte es una imagen borrosa mientras él sigue acariciándome el clítoris.

Hace que me dé la vuelta hasta que su cuerpo grande y duro queda contra mi espalda, y yo contemplo Central Park y Manhattan desde una altura vertiginosa.

No tengo tiempo de asimilar la magnificencia de las vistas antes de que él empiece a provocarme el cuello con sus labios y su lengua, y mis ojos se cierren. Me desnuda rápidamente y empuja mi cuerpo sobrecalentado y mis sensibles pechos contra el cristal frío.

—¿Me puede ver alguien? —pregunto con voz entrecortada por una mezcla de nerviosismo y excitación.

—Si tienen prismáticos. —Su boca vuelve a posarse en mi cuello, caliente y húmeda, y de repente me da igual si alguien ahí fuera con unos prismáticos nos está observando. Al ver que no protesto, los labios de Roman se curvan contra mi piel—. Pon las manos a los lados de la cabeza. —Obedezco, y entonces sus dedos se deslizan dentro de mí de nuevo—. Estás empapada —gime.

Abro las piernas para darle más acceso y me estremezco cuando me mete un dedo y luego dos, acariciándome justo como necesito. Su palma me roza el clítoris y con la otra mano me pellizca los pezones.

La combinación de sensaciones casi hace que me fallen las piernas.

—No pares, por favor, no pares.

Restriega la barra de acero de su erección contra mí y me mantiene en mi sitio, y sus dedos se curvan hasta que da con un punto que me hace temblar.

—¿Te vas a correr en mi mano, cariño?

—S-sí —susurro.

La mano que acariciaba mi pecho desaparece, y escucho el sonido de una cremallera por encima del ensordecedor latido de mi corazón. Al instante siguiente, saca los dedos de dentro de mí, dejándome dolorosamente vacía.

Antes de que pueda protestar por su ausencia, el sonido húmedo de él lubricándose con mi excitación llega a mis oídos. Gimo, y entonces sus manos vuelven y su grueso miembro se desliza entre mis nalgas.

—Mira lo que me has hecho hacer —gruñe contra mi cuello, y el calor de su aliento me recorre un escalofrío—. No pensaba correrme todavía. ¡Quería cenar primero!, demostrarte que esto no es solo sexo, pero me vuelves loco. Joder, no puedo evitarlo.

La forma en que gime las últimas palabras hace que una nueva oleada de excitación se desborde en mi interior.

El roce de su cuerpo detrás de mí, el frescor del cristal, las vistas vertiginosas y sus manos sobre mí —dentro de mí— son una

sobredosis de estimulación. Ya estoy tan al límite que no hacen falta más de tres caricias de sus dedos para que explote; el orgasmo me recorre como una onda expansiva de placer.

Atrapada entre su cuerpo duro y la ventana, me retuerzo, jadeo y me corro.

Roman gruñe, ciñéndome más a él con los dedos aún hundidos en mi interior. Con un juramento, cabalga su propio orgasmo, y chorros ardientes de semen salpican mi espalda y resbalan húmedos por mi trasero.

Pego la mejilla ardiente contra el cristal y suspiro.

Mi corazón galopante se ralentiza al ritmo de sus movimientos.

—No te muevas —dice. Obedezco, centrándome en cómo mi aliento empaña la ventana. Detrás de mí, se oye un suave susurro de tela; luego, me limpia su semen con la camiseta. Cuando termina, me agarra por los hombros y me da la vuelta. Sus ojos gris pálido brillan con una especie de diversión salvaje—. Me conviertes en un maldito adolescente.

Con una risa temblorosa, deslizo las manos por sus bíceps.

—No creo que un adolescente me hubiera hecho correrme nunca así de fuerte.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Déjame enseñarte la casa. Podemos empezar por mi ducha.

Me agacho para coger mi ropa, pero él me agarra del brazo, me detiene y hace que me enderece de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Me estoy vistiendo.

Arquea las cejas.

—Vas a tener que volver a desnudarte cuando lleguemos al baño.

Por extraño que parezca, teniendo en cuenta lo que acabamos de hacer, la idea me pone la carne de gallina.

—Me da vergüenza andar desnuda por tu piso.

Enreda una mano en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás. El calor de su mirada, normalmente fría, hace que mi corazón dé un vuelco.

—¿No quieres andar desnuda por mi piso? —Sintiéndome ridículamente tímida, niego con la cabeza. Sin previo aviso, me

levanta y me echa sobre su hombro.

—¡Roman! —chillo mientras atraviesa a zancadas la amplia sala.

—¿Qué? Has dicho que no querías andar desnuda.

—No es eso lo que quería decir, y lo sabes.

Él se ríe, y a pesar de mi vergüenza, ese sonido genuino y espontáneo que sale de él, un sonido que nunca habría imaginado oír cuando empecé a trabajar para él, hace que mi corazón no se acelere sin más: se precipita en caída libre.

Pase lo que pase entre nosotros, nunca me arrepentiré de haber oído a Roman King reírse así.

42

ROMAN

Me muevo en la silla, inquieto. El cielo es azul, el sol brilla y las abejas zumban de flor en flor en el borde del jardín sur. Los jardines de nuestra finca familiar en Westchester están impecables gracias a un equipo de jardineros. Nuestras comidas familiares mensuales, esas que tanto temíamos pero que manteníamos por guardar las apariencias, son mucho más agradables desde que mi padre ya no forma parte de ellas y Delilah y Violet están aquí en su lugar.

La comida sin duda estará deliciosa y el vino de nuestras copas va a ser seco y refrescante, pero se me ocurren varias cosas que preferiría estar haciendo antes que almorzar con mi familia, y todas ellas tienen que ver con Chloe.

Lottie, después de haber dado la vuelta a la mesa y haber recibido todo el amor y la atención del mundo, ahora está acurrucada en brazos de Cole, profundamente dormida, mientras él charla con Delilah y con Tate. Mi madre está conversando con Violet sobre sus planes para expandir True Brew y parece genuinamente interesada en las ideas de su futura nuera.

Mi mente evoca la imagen de Chloe aquí, sentada a mi lado, hablando con Delilah y Violet, riéndose de los chistes de Tate, sosteniendo a Lottie.

Imaginar a Chloe con un bebé en brazos me provoca una extraña sensación en lo más profundo de mi ser, porque no pienso en cualquier bebé, sino en mi bebé.

Nunca había considerado la idea, al menos en serio. Tenía veintiséis años cuando me casé con Katherine. Y aunque tal vez hubiera una intención teórica de tener hijos en algún momento, para perpetuar el apellido, nunca me imaginé ni una sola vez a ella embarazada o acunando a nuestro bebé.

La idea nunca me provocó un dolor ardiente y posesivo en el pecho.

Tras mi divorcio, no pensé en tener hijos. Tenía cosas más importantes en la cabeza, y no dudaba de que Cole y Tate cumplirían con su deber… tarde o temprano, pero eso tal vez ha cambiado ahora y, como tantas otras cosas relacionadas con Chloe, la idea es espinosa. Ella me hace desear cosas sin las que creía poder vivir. Pero desear esas cosas, conseguirlas, es complicado.

Quizá debería decírselo a mi familia ya. Anunciar de pasada que mi asistente y yo estamos juntos.

No. En el momento en que se me ocurre la idea, me imagino a todas las personas de esta mesa volviéndose hacia mí, con expresiones suspicaces, como si se preguntaran, aunque solo sea por un instante, si soy como él. Si Chloe es como las mujeres con las que mi padre se acostó porque podía. Porque eran accesibles y le resultaba fácil.

No quiero que la miren así. No quiero que nadie la mire así.

Esto entre Chloe y yo es demasiado nuevo. Todavía estamos encontrando nuestro camino. No quiero sumarle esa enorme presión. Quizá una vez que se haya cerrado la adquisición de EcoTech pueda contárselo a mi familia. Mientras tanto, tengo que averiguar cuál es la mejor manera de hacerlo en mis propios términos.

—Roman, tienes que dejarle las cosas claras a Cole —la voz de Tate interrumpe mis pensamientos—. No se cree que mis visitas de realidad virtual a Genesis-1 sean la razón por la que el lugar se ha vendido por completo antes de la inauguración.

—Fueron un buen gancho —dice Cole—. Pero yo diría que tiene más que ver con la tecnología de vanguardia, el lujo sin igual y la huella de carbono neutra. —Enarca las cejas, con una sonrisa burlona curvándole los labios.

Le doy un sorbo lento y deliberado al vino, fijándome en las sonrisas de mis hermanos mientras me tomo un momento para volver a centrarme en la conversación.

—Obviamente, Cole se equivoca. Y no te pongas tan presumido, Tate, porque tú también te equivocas.

—Debería haber sabido que dirías algo así —gruñe Tate.

Reprimo una sonrisa.

—La razón por la que Genesis-1 está completamente vendido es porque Violet va a abrir una cafetería True Brew en el vestíbulo.

La risa de Violet es suave.

—Gracias, Roman. Pensaba que mi prometido sería el único que reconocería el verdadero poder de una buena taza de café.

Tate le rodea el cuello con la mano y la besa.

—No hay nadie que valore más que yo el poder de una buena taza de café. Si no fuera por tu dedicación a True Brew, nunca habrías aceptado salir conmigo. ¿Y dónde habría quedado yo?

Ella pone los ojos en blanco.

—Serías un soltero multimillonario triste y solitario, acosado constantemente por las mujeres más bellas del mundo.

La sonrisa que le dedica es endiabladamente encantadora.

—Exacto, sería un desastre.

Incluso mi madre esboza una leve sonrisa mientras saborea su vino y contempla a su hijo menor y a su prometida.

Por desgracia, entonces se vuelve hacia mí.

—Supongo que no habrás cambiado de opinión sobre lo de llevar a alguien a la gala del King Group a finales de mes, ¿verdad?

Enarco una ceja. ¿De dónde ha salido eso? Nunca se había interesado demasiado por nuestras vidas amorosas. Su recién adquirida preocupación maternal es… agradable, supongo. Solo espero que no signifique que se va a convertir en mi casamentera.

—Iré solo, como de costumbre.

—No solo —dice Delilah, acariciando la espalda de Lottie, con un brillo en sus cálidos ojos verdes—. Iras con tu familia.

Se me alivia la presión en el pecho al recordarlo. Al pensar en que, a pesar de toda la mierda por la que nos hizo pasar mi padre, todavía tengo a mis hermanos. Tengo a Delilah y a Violet, y sí, al parecer, incluso tengo a mi madre, por extraño que pueda parecer.

Le dedico una sonrisa, aceptando su corrección. Pero mi mente vuelve a Chloe. Hace un par de semanas le pregunté si pensaba asistir. Me dijo que iba a ir con Sophie.

La verdad es que no me apetece mucho; ya es bastante malo no poder tocarla en el trabajo. En un salón de baile lleno de hombres que probablemente la mirarán una vez e intentarán ligar con ella va a ser una auténtica tortura. Al menos regresará conmigo a mi apartamento después, así que tendré eso para mantener la cordura. Como si Chloe supiera que estoy pensando en ella, suena mi teléfono y su nombre aparece en la pantalla. Mi cuerpo se calienta de una forma que se está volviendo demasiado familiar cuando se trata de ella. Me disculpo, aparto la silla y me alejo unos metros de la mesa antes de contestar.

—No esperaba saber de ti, pero me alegro de que hayas llamado, cariño.

—Me gusta cuando me llamas así —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz.

Río entre dientes y miro por encima del hombro para asegurarme de que nadie me está prestando atención. Y no parece que lo estén haciendo, gracias a Dios. De lo contrario, podrían preguntarse a qué se debe la expresión de mi rostro.

—Todavía estoy almorzando —le digo.

—Lo sé. Solo te llamo porque he revisado tu correo del trabajo para adelantarme un poco a la semana. *Forbes* se ha puesto en contacto para preguntarte si estarías dispuesto a concederles una entrevista sobre cómo está cambiando la dirección estratégica de King Group bajo tu liderazgo. Saldrías en portada.

Me invade una gran satisfacción. Ya me han entrevistado antes para *Forbes,* pero nunca para hablar de cómo han cambiado las cosas desde que asumí el cargo de director ejecutivo.

—¿Puedes responderles y decirles que lo haré?

—Por supuesto, les responderé y concertaré una fecha.

—Gracias. Y Chloe. —Suavizo la voz—. Es fin de semana. Deberías estar descansando en lugar de revisar mis correos del trabajo.

—Es que no quería perderme nada importante. Solo era un vistazo rápido. De hecho, me he pasado la mañana con mi padre en la biblioteca.

—Me alegro de que salga más de casa.

—Lo difícil es asegurarnos de que no se exceda demasiado pronto. Te lo juro, cree que dentro de unas semanas va a estar dando vueltas en bicicleta por Central Park. —Se ríe, y ese sonido ligero libera algo en mi propio pecho.

Bajo la voz.

—¿Sigues en pie lo de esta noche?

—Sí. Carol va a venir a cenar y luego se quedará a ver una película con mi padre.

El sonido de la puerta del patio al abrirse y cerrarse me distrae. Me giro y veo a Peters, el mayordomo de la finca, acompañando a un hombre al que no reconozco a través del césped.

—Phillip te recogerá —le digo a Chloe, con la vista clavada en el hombre que ahora está junto a mi madre.

—Dile que nos vemos en el sitio de siempre.

—Lo haré. Nos vemos pronto.

Me guardo el móvil en el bolsillo y regreso a la mesa a zancadas.

—Roman, nunca adivinarás quién es este —dice Cole, con sus ojos azules, normalmente penetrantes, brillando de diversión.

El hombre de cabello oscuro parece tener unos cincuenta y tantos años y lleva en las manos un ramo de flores silvestres.

Antes de que pueda empezar a entender la escena, sonríe y me tiende la mano para que se la estreche.

—Roman, Beverly me ha hablado mucho de ti. Me alegro de conocerte por fin. Soy Miles. Miles Hanson.

—Miles es el nuevo amigo de mamá —dice Cole, haciendo mucho hincapié en la palabra «amigo»—. Se va a quedar a comer con nosotros.

Dirijo mi atención hacia ella, que tiene las mejillas sonrojadas.

—Menuda sorpresa.

—No te lo había dicho porque no estaba segura de que Miles pudiera venir hoy.

—Soy cirujano pediátrico —interviene él—. Estoy de guardia, pero de momento todo va bien.

Mi madre lo mira con una expresión de alegría que solo le he visto una vez antes. Entonces caigo en la cuenta. Miles es el hombre con el que ella estaba hablando en la gala hace unas semanas.

Él le tiende las flores y ella se sonroja aún más al cogerlas. Luego se acomoda en una silla junto a ella, y mis hermanos y yo pasamos la siguiente hora conociéndolo. Resulta que mi madre y él se conocieron hace un par de meses en una gala benéfica para recaudar fondos para la unidad de Pediatría de su hospital. Se vieron unas cuantas veces más después de eso en diversas galas benéficas y entablaron amistad.

O al menos mi madre lo llama así…

Miles es un cómico nato y nos narra un montón de historias sobre algunas de las travesuras entre bastidores del hospital. Es increíble lo a menudo que hace reír a mi madre; escucharlo ahora solo pone de relieve lo poco que lo hacía cuando éramos pequeños.

Dudo que tuviera mucho de qué reírse cuando estaba casada con mi padre.

Para cuando terminamos de comer, estoy relajado e incluso he empezado a disfrutar. Lo único que empaña el momento es la ausencia de Chloe. Y se nota aún más porque el nuevo amigo de mi madre está aquí.

Incluso cuando estaba con Katherine, nunca disfrutaba de estas reuniones. La charla trivial era forzada y, en las raras ocasiones en que mi padre se molestaba en aparecer, se pasaba el rato criticándonos. Y por aquel entonces, mis hermanos y yo apenas nos tomábamos el tiempo de compartir lo que estaba pasando en nuestras vidas. Todos solo queríamos acabar de una vez y seguir cada uno por su lado. La presencia de Katherine debería haber hecho las cosas más llevaderas. Debería haberla sentido como una aliada.

Pero no fue así.

La retrospectiva es cruel. Si hubiera visto cómo interactúan Cole, Delilah, Tate y Violet, nunca habría creído que lo que sentía por Katherine fuera real. Me gustaría pensar que también habría reconocido la verdad que se escondía tras sus sentimientos.

Nunca habría dejado que mi deseo de demostrar que mi padre se equivocaba me dejara ciego ante sus engaños.

Cuando la vi tal y como era en realidad, fue suficiente para que dejara de creer en las relaciones durante años.

Hasta ahora. Hasta Chloe.

Con nuestra oferta para adquirir EcoTech pintando bien y una entrevista en *Forbes* en marcha, voy por buen camino para conseguir por fin lo que quiero. Aunque nunca soñé con llevarme a la chica, ahora me pregunto si quizá también sea posible.

43

CHLOE

Me estiro en la cama gigante de Roman y mi pulso se ralentiza mientras él recorre suavemente mi columna vertebral con los dedos. Se me pone la piel de gallina con su tacto.

—Me encanta cómo responde tu cuerpo a mis caricias. —El tono ronco de su voz me hace apretar los muslos. Ya me he corrido varias veces esta noche y debería estar durmiendo, pero no quiero desperdiciar ni un minuto de este momento. Esos pequeños ratos en los que no nos preocupamos por el trabajo ni por que nos interrumpan, en los que no hay necesidad de fingir que no queremos tocarnos porque solo estamos él y yo.

Me doy la vuelta para poder deleitarme mirándolo un poco más.

Sus ojos se oscurecen al fijarse en mis pechos, y me recorre un pezón con la yema del dedo.

—Precioso.

Deslizo la mano por su espeso cabello.

—Precioso.

Me mira de soslayo.

—No creo que me pegue lo de «precioso».

—No estoy de acuerdo. —Deslizo los dedos por su sien y a lo largo de su mandíbula, áspera por la barba de tres días—. Cuéntame algo sobre ti que no sepa.

Frunce el ceño y aparta la vista, pensativo.

—Hay muchas cosas que no sabes. ¿Hay algo en particular que te interese? —Me muerdo el labio. ¿Es demasiado pronto para preguntarlo? Me pone el pulgar sobre el labio—. Pregunta, Chloe.

Inspiro hondo.

—¿Qué pasó entre Katherine y tú? —No hay ni un atisbo de sorpresa en su expresión, aunque tampoco parece demasiado

contento. Se aparta de mí y se pone boca arriba, y a mí se me encoge el corazón—. Si prefieres no hablar de ello…

—Ven aquí. —Desliza un brazo por debajo de mi cuerpo y me pega a él—. Era la asistente de mi padre. Me pareció preciosa la primera vez que la vi. —Apoyo la barbilla en su pecho y lo miro, intentando que los celos no se apoderen demasiado de mí. Como si lo intuyera de todos modos, me sostiene la mirada y se enrolla un mechón de mi pelo en el dedo—. Ya no pienso eso.

—Es muy guapa. La vi, ¿te acuerdas?

Frunce el ceño.

—Es una ilusión. Te muestra lo que quiere que veas. Pero una vez que ves más allá de la fachada, resulta mucho menos atractiva.

—¿Y cómo es en realidad?

Levanta la vista hacia el techo.

—Vacía. Busca a alguien o algo que la llene.

—¿Alguien como tú?

—Como yo solo no.

La sospecha me carcome. ¿Cómo no iba a hacerlo con lo que ya sé?

—¿Tu padre? —pregunto con cautela.

Sus ojos se clavan en los míos, pero no se pone tenso como esperaba.

—Sí.

Una oleada de dolor brota en mi interior ante su sencilla respuesta. Dios. Su padre y su esposa. No alcanzo a imaginar lo duro que debe de ser eso.

—¿Qué pasó?

—Era joven y estúpido.

Recorro con los labios su pecho.

—No lo creo.

Una de las comisuras de su boca se curva hacia arriba.

—Mi relación con mi padre era… complicada. Cuando era niño, quería ser como él. Él exigía poder y respeto, y me educó para que yo también quisiera esas cosas. Pero cuanto más crecía, más me molestaba su comportamiento. —Escucho con atención, esperando que perciba mi apoyo silencioso—. No me gustaba cómo nos trataba

a mí y a mis hermanos, ni cómo nos enfrentaba unos contra otros. No me gustaba cómo trataba a mi madre, aunque ella nunca hubiera sido demasiado maternal. Aun así, me parecía… una falta de respeto. Y por mucho que intentara animarme a seguir su ejemplo, tampoco me gustaba cómo trataba a otras mujeres, a las que se tiraba y luego descartaba. Estaba dividido entre esforzarme por ser como él y cuestionar quién era él y quién esperaba que yo fuera.

—Debió de ser muy confuso.

Sus labios se tensan.

—No debería haberlo sido.

Me apoyo en un codo para poder mirarlo a los ojos.

—Era tu padre. Por supuesto que era confuso. Te educó desde pequeño para que lo admiraras. Independientemente de lo que aprendieras más tarde, no es fácil escapar de eso.

Me acaricia la mandíbula con el pulgar, y sonríe apenas.

—Tú siempre hablas con el corazón.

El órgano en cuestión se encoge con tanta fuerza que me quedo sin aliento. ¿Cómo puede haber tanta ternura escondida tras una máscara tan reservada?

Sigue acariciándome la espalda y continúa.

—Cuando Katherine empezó a trabajar para él, parecía diferente de sus anteriores asistentes. Era guapa, claro. Mi padre siempre se rodeaba de mujeres guapas. Pero ella parecía más dulce, más tímida, incluso cuando coqueteaba conmigo. —Se ríe, pero no hay humor en ese sonido—. Sabía que, si trabajaba para él, lo más probable era que se estuviera acostando con ella, o al menos lo estuviera intentando. Así que se lo pregunté directamente. Se río y dijo que no era su tipo: demasiado inocente, demasiado difícil de llevar a la cama. Me dijo que si quería conquistarla, él no me iba a poner trabas.

Me quedo boquiabierta.

—Qué amable por su parte…

—Amable no es una palabra que nadie usaría para describir a mi padre. —¿Acaso piensa que es una palabra que yo usaría para describirlo? Me pregunto qué ve cuando se mira al espejo. ¿Se ve a sí mismo, o ve lo que su padre quería que viera? ¿Cómo ha influido

en su vida la manipulación emocional de su padre?—. Cuando empecé a salir con Katherine me parecía la novia perfecta. Sabía que se esperaba de mí que me casara en algún momento, que siguiera los pasos de mi padre como futuro director general de la empresa. Mi padre nos lo había inculcado a todos: que el matrimonio debía ser por razones prácticas, para tener herederos, por ventajas empresariales, por las apariencias. Cualquier otra cosa era una debilidad. —Se pasa la mano por el pelo, y la piel alrededor de los ojos se le tensa—. Incluso entonces, quería demostrarle que se equivocaba. Una pequeña y obstinada parte de mí esperaba que el matrimonio pudiera ser algo más de lo que había visto en la relación de mis padres y en otras de nuestro círculo social. Dejé que esa esperanza me cegara ante la verdad. Al cabo de solo unos meses, le pedí matrimonio. Me dije a mí mismo que me casaba con Katherine porque quería, porque la amaba. Porque ella me amaba. Esperaba que él se enfadara mucho cuando se lo contara; quizá incluso quería que lo hiciera. Al fin y al cabo, estaba desafiando todo lo que él me había enseñado. Pero, en cambio, se echó a reír. Me dijo que pensaba que tendría aspiraciones más altas, pero que, si estaba enamorado de verdad, ¿quién era él para interponerse? — Una sensación de malestar se retuerce en mi estómago, junto con un odio ardiente hacia su padre—. Las cosas se torcieron bastante rápido después de la boda. Katherine cambió. Se iba de compras con sus amigas todo el tiempo, se gastaba un dineral en salidas nocturnas por la ciudad. El dinero no era un problema. Pero sí me molestaba la forma en que pasó de fingir que nada de eso le importaba a abrazar hasta el último aspecto de ello. Me molestaba que su personalidad y sus prioridades cambiaran casi de la noche a la mañana. Como si, una vez que se puso mi anillo en el dedo, hubiera conseguido lo que quería y se sintiera libre para dejar salir su verdadero yo. —Le doy otro suave beso en el pecho y él me acaricia el pelo—. Eso provocó tensión entre nosotros. —Un músculo le palpita en la mandíbula—. Si yo sacaba el tema, ella se quejaba de sentirse sola. Decía que trabajaba demasiado y que no le prestaba suficiente atención, aunque mis hábitos de trabajo no habían cambiado tras la boda. Cuando me esforzaba por llegar

pronto a casa, me decía que iba a salir de todos modos. Discutíamos, y con cada semana que pasaba, las peleas empeoraban. Una noche llegó a casa borracha, discutimos y me espetó a gritos que era igual que mi padre. —Mis dedos se tensan contra su piel, como todo mi cuerpo. Sospechaba lo que iba a decir, pero eso no lo ha hecho más fácil de escuchar. Él rostro de Roman es impasible. Dios, debe de ser angustioso contar esto. Casi me arrepiento de haber preguntado, pero quizá le haga bien sacárselo de dentro—. Se dio cuenta enseguida de lo que había hecho e intentó echarse atrás, pero ya era demasiado tarde. Al día siguiente entré en el despacho de mi padre y le pedí que me dijera la verdad. Se rio una vez más. Dijo que por supuesto que se había acostado con ella. Que había empezado a acostarse con ella unos días después de que ella empezara a trabajar para él y que lo había seguido haciendo todo el tiempo que estuvimos saliendo. Solo paró cuando le pedí matrimonio. Probablemente porque no quería arriesgarse a que la pillaran una vez que tuviera un anillo en el dedo.

Niego con la cabeza.

—No entiendo qué pretendía conseguir.

—Al parecer, poco antes de que yo la viera por primera vez, ella le había pedido que dejara a mi madre y se casara con ella. Él se lo tomó a broma: no tenía ningún interés en divorciarse. ¿Por qué iba a hacerlo? Su matrimonio ya le daba todo lo que quería. Katherine se convenció a sí misma de que iba a ocurrir y, cuando quedó claro que eso no iba a suceder, se fijó en mí. Supongo que pensó que, al seguir acostándose con él, se estaba asegurando hasta que nuestro compromiso fuera oficial.

El odio que hierve en mi interior se enciende.

—¿Por qué tu padre no te lo contó?

Mueve la mandíbula.

—Dijo que me dejó seguir adelante con esa farsa de matrimonio porque necesitaba aprender una lección. Tenía que comprender que el sentimentalismo me hacía débil. Que él me había enseñado a ser alguien mejor. Y si casarme con Katherine era lo que hacía falta para que aprendiera bien la lección, entonces él estaba totalmente a

favor. Dijo que al final se lo agradecería. Que me convertiría en un hombre de negocios mejor. En un hombre mejor.

Se me encoge el corazón y le paso la mano por los músculos tensos.

—Siento mucho que te hiciera eso, Roman. No te lo merecías.

Él pone su enorme mano sobre la mía y la pega a su pecho.

—Salí de la oficina y solicité el divorcio al día siguiente. Puede que me enseñara una lección sobre las relaciones, pero también me enseñó a odiarlo. Me juré a mí mismo que trabajaría hasta la extenuación y que, con el tiempo, me haría cargo del King Group. Cuando lo lograra, demostraría que era mejor hombre que él. Que llevaría a la empresa a cotas más altas de las que él jamás fue capaz de alcanzar.

—¿Cómo reaccionó Katherine?

Él resopla.

—Mal. Nos acusó a los dos de aprovecharnos de ella. Se hizo la víctima y juró que le contaría al mundo cómo era yo en realidad, que éramos del mismo palo. Pero impuse como condición para el acuerdo que se mantuviera en secreto todo lo relacionado con nuestro divorcio.

Le escudriño el rostro, tratando de descifrarlo.

—¿Crees lo que dijo tu padre?

Baja la barbilla, frunciendo el ceño.

—¿Sobre qué?

—Que los sentimientos te hacen débil.

Traga saliva y desvía la mirada.

—Creo que pueden hacerlo. Si dejas que se interpongan en tus metas y prioridades. Pero —dice, volviéndose hacia mí—. He visto a mis hermanos sucumbir a ello. Los ha cambiado, pero no los ha debilitado. —Desliza los dedos por el contorno de mi cara—. Os he visto a ti y a tu padre. A vosotros no os debilita.

Sonrío con una cálida sensación floreciendo en mi pecho; me incorporo y me siento a horcajadas sobre él. Su pene se endurece inmediatamente debajo de mí.

—El sentimentalismo, la compasión, el amor… esos rasgos nos hacen más fuertes, Roman. Luchar por las personas y por las cosas

que amas requiere verdadera fuerza. De lo contrario, solo peleas por ti mismo. Eso te convierte en un ejército de un solo hombre. Y a veces, la vida es una batalla demasiado dura como para librarla en solitario.

Clava los dedos en la carne de mis caderas.

—¿Lucharías conmigo, Chloe? —La naturalidad con la que pronuncia esas palabras no concuerda con la tensión de su cuerpo ni con la intensidad de su mirada.

Siento un nudo en la garganta. Quiero pedirle que defina lo que estamos haciendo. Hablar de hacia dónde va esto. ¿Lo nuestro podrá salir alguna vez a la luz? Pero no es el momento, y menos cuando acaba de revelarme una parte tan personal y dolorosa de su vida. Así que respondo con sencillez, esperando que perciba la sinceridad en mis palabras.

—Si tú quieres, sí.

Apenas tengo tiempo de respirar antes de que me pegue a él y me dé un beso ardiente. No se parece a ningún beso que hayamos compartido antes. No está lleno de lujuria, ni siquiera de ternura. Es un choque desesperado de su boca contra la mía. Áspera y exigente, su lengua recorre mis labios antes de perderse entre ellos.

Es como una reivindicación, y me rindo a ello —a él— por completo, ladeando la cabeza para darle un mejor ángulo, para dejar que me posea.

Sus grandes manos moldean mi cuerpo contra el suyo, el calor emana de él, calentándome hasta los huesos. El mundo a nuestro alrededor se desvanece hasta que lo único que oigo es el latido de mi propio corazón y lo único que siento es a él, fuerte y seguro contra mí.

Por fin nos separamos y él me rodea con sus brazos. Me aferro a él, deleitándome con la sensación.

No estoy segura de si esta intensidad emocional, sobre todo tan pronto, es normal. Ninguna de mis relaciones anteriores me ha hecho sentir así. ¿Es el secretismo lo que hace que cada caricia, cada beso, parezca más intenso? ¿O es él? Las contradicciones que muestra, lo severo y distante que es por fuera, cuando por dentro es cariñoso, apasionado y naturalmente protector.

—Me estoy volviendo adicta a lo segura que me siento contigo. —En cuanto las palabras salen de mi boca, me quedo paralizada. No era mi intención decirlas en voz alta. Es demasiado pronto para admitir emociones tan intensas.

Intento apartarme, sin saber cómo se lo tomará, pero él me abraza con más fuerza.

—Quiero que te sientas segura. Lo bastante segura como para correr cualquier riesgo que quieras.

Me humedezco los labios.

—¿Un riesgo como tú?

Una sombra se cruza por su rostro.

—Sí, como yo. Pero Chloe, no quiero ser un riesgo que te arrepientas de haber corrido. Si estar conmigo deja de hacerte sentir segura, prométeme que te pondrás a ti misma en primer lugar. Quiero saber que harás lo que sea mejor para ti.

En lugar de responder, vuelvo a besarlo. Puede que él sea un riesgo para mí, pero yo también lo soy para él. Y con cada día que pasa me convenzo más de que no arriesgarme con lo que sea que esto sea podría ser el mayor riesgo de todos.

44

Chloe

—Estamos observando una remisión de la inflamación, así que diría que el nuevo tratamiento está funcionando —dice el doctor Clarke, mirándonos por encima de las gafas.

Con una amplia sonrisa, mi padre levanta las manos y abre los dedos. El movimiento le resulta más fácil que en mucho tiempo y tiene los nudillos menos hinchados.

—Pronto podré volver a coger un pincel.

El médico asiente.

—Empieza poco a poco. Si te esfuerzas demasiado, la inflamación volverá a aparecer.

Me duele la cara de tanto sonreír desde que hemos llegado.

—Me aseguraré de que lo haga poco a poco.

El doctor Clarke asiente.

—Eres una buena hija, Chloe. —Vuelve a bajar la vista hacia sus notas—. Te pediremos que vuelvas dentro de unos seis meses para otra infusión, pero hasta entonces continuaremos con nuestras revisiones periódicas para supervisar tu evolución. Si las mejoras continúan, mantendremos las infusiones de mantenimiento dos veces al año. —Nos mira a los dos—. ¿Os parece bien?

Tras darle el visto bueno al plan, ayudo a mi padre a levantarse de la silla, lo que ahora me cuesta menos esfuerzo, ya que él puede moverse un poco mejor por sí mismo. Nos encontramos con Carol fuera. Ha insistido en llevarnos en coche, a pesar de que es sábado. Todos nos hemos acostumbrado a una rutina, y la mayoría de las veces, Carol se queda hasta tarde al menos una vez a la semana y pasa la noche los sábados con él.

Me siento culpable por abusar tanto de su ayuda, pero ella me asegura constantemente que está encantada de hacerlo. Los domingos, cuando regreso de casa de Roman, ella y yo solemos

tomar un café y charlar. Tengo la sensación de que se siente sola sin sus hijas, y a mí me gusta hablar con ella. Estamos desarrollando el tipo de relación que imagino que habría tenido con mi madre si se hubiera quedado.

De vuelta a casa, el entusiasmo de mi padre ante la posibilidad de volver a pintar pronto es contagioso.

—Entonces, ¿vamos a la tienda de arte la semana que viene? —pregunta Carol.

—Quizá no deberías pasarte comprando pintura y lienzos todavía —sugiero—. ¿Por qué no empiezas con unos bocetos rápidos, papá?

Él asiente, pensativo.

—Esos carboncillos gruesos probablemente sean un poco más fáciles de sujetar.

—Entonces, ¿por qué no compramos unos cuantos materiales el lunes? —pregunta Carol—. Y después podríamos ir a ver esa nueva película de la que hablabas, si no tienes demasiado dolor.

—Me parece bien —responde con voz ronca—. Yo compraré las palomitas.

Frunzo los labios al verlo. Se le han sonrojado las mejillas. Cualquiera diría que le acaban de pedir una cita.

Pero esta noche soy yo la que va a salir, aunque no sea una cita. Esta noche voy a la gala benéfica anual del King Group, y estoy nerviosa y emocionada a la vez. Nunca he asistido a un evento como este, y no puedo evitar preocuparme por si no voy a ser capaz de ocultar mis sentimientos por Roman. Me cuesta apartar la vista de él en el mejor de los casos, y mucho más cuando va a llevar esmoquin y va a estar más que guapísimo.

Sophie y yo vamos juntas en coche, lo que me tranquiliza un poco. Ojalá pudiera contarle la verdad sobre Roman y yo. Pero, por muy unidas que estemos, no puedo traicionar su confianza revelándole nuestro secreto a alguien que trabaja para el King Group.

Cuando llegamos a casa, empiezo a prepararme para esta noche. Quizá sea un poco pronto, pero quiero tomarme mi tiempo, y eso empieza con una ducha larga, una depilación a fondo, un lavado de pelo y un secado.

Después me maquillo, optando por una sombra de ojos ahumada y un pintalabios en tonos rosados suaves.

Solo entonces voy a mi armario y saco la caja que Roman me regaló el fin de semana después de que le dijera que había confirmado mi asistencia a la gala. No quiso decirme de dónde la había sacado ni cómo supo mi talla exacta. Solo me dedicó una sonrisa lenta y sexy y me dijo que no tenía por qué ponérmelo si no quería, pero que ya se imaginaba quitándomelo.

Naturalmente, le aseguré que tenía muchas ganas de ponérmelo.

Al igual que la primera vez que abrí la caja, me quedo sin aliento cuando levanto la tapa y sostengo el vestido frente a mí.

El tejido sedoso se desliza hasta el suelo en ondas de un esmeralda intenso. La larga abertura que recorre el lateral de la falda acampanada llega hasta la mitad de mi muslo.

Me lo pongo con cuidado y deslizo los brazos por los delicados tirantes que se cruzan en la parte baja de la espalda, que queda casi al descubierto. Por eso no llevo sujetador y, por suerte, la parte delantera tiene suficiente estructura como para permitirlo.

Me calzo los zapatos de tacón plateados de tiras que estaban metidos la caja, y luego me pongo frente al espejo para mirarme.

Nunca me he puesto nada tan bonito.

No puedo evitar preguntarme qué pensará Roman cuando me vea. Si de verdad se pasará toda la noche imaginando cómo me lo quita.

La expectación me acelera el pulso y el calor me recorre las venas.

Inspiro hondo para tranquilizarme y miro el reloj. Tras echarme un último vistazo, cojo el bolso de mano y salgo a esperar a Sophie.

Cuando llego al salón, Carol me adula y a mi padre se le humedecen un poco los ojos. Como voy a esperar a Sophie fuera, me agacho para darle un beso en la mejilla y luego le doy un rápido abrazo a Carol.

—Diviértete esta noche —me susurra, guiñándome un ojo—. Nos vemos mañana por la mañana.

No puedo evitar sonreír. Saben que me voy a quedar en casa de mi novio después de la gala de esta noche. Lo que no saben es que

mi novio es quien la organiza. A lo largo de las últimas semanas, he dejado algo de ropa de repuesto y unos cuantos artículos de aseo en el piso de Roman, así que no hace falta que lleve una maleta.

Llevo solo un minuto esperando en la puerta cuando se detiene un coche oscuro y se baja la ventanilla trasera, dejando ver a Sophie, que me saluda con entusiasmo.

—Estás espectacular —dice cuando me siento a su lado—. Cuando dijiste que no necesitabas comprar un vestido, no pensé que era porque ya tenías algo así. ¿Quién es tu *sugar daddy* secreto? ¿Tiene un hermano?

Se ríe de su propio chiste y yo hago todo lo posible por seguirle el juego, aunque la culpa me revuelve el estómago. ¿Qué pensará cuando se entere? ¿Qué pensarán los hermanos de Roman? ¿Los demás empleados del King Group? ¿Que soy una cazafortunas? ¿Que soy como Katherine, que solo busca un anillo de cualquier hombre rico que se lo ofrezca?

Se me encoge el corazón. No había pensado en ese tema hasta ahora. He estado demasiado ocupada preocupándome por el riesgo para mi trabajo y lo que podría significar para mi padre y para mí como para centrarme en las implicaciones personales.

Suelto un lento suspiro. No quiero darle vueltas a eso esta noche, cuando estoy a punto de pasar una velada divertida con mi amiga.

—Tu vestido también es precioso —le digo a Sophie—. El rojo te queda increíble.

—Ah, este trapo viejo… —Sonríe y se pasa las manos por el vestido de seda—. Lo encontré en rebajas hace un tiempo y he estado esperando una oportunidad para ponérmelo.

El conductor se dirige sorteando el tráfico con facilidad hacia el King International Hotel, donde se celebra la gala. Para distraerme de los nervios, le pido a Sophie que me cuente más sobre lo que nos espera esta noche.

Me cuenta sus experiencias en galas anteriores y, antes de que me dé cuenta, nos hemos detenido frente al hotel, donde han extendido una alfombra roja y la gente se arremolina con cámaras en la mano. Frunzo el ceño, desconcertada, mientras los observo. Por lo que puedo ver, no están fotografiando a la gente que entra.

—Los verdaderos vip no llegarán hasta más tarde —explica Sophie, como si pudiera leerme la mente—. Los fotógrafos solo están buscando un buen sitio, pero en realidad no tienen ningún interés en nosotras.

—Tiene sentido.

Eso significa que Roman aún no esta aquí. Saberlo me tranquiliza. Puedo echar un vistazo al lugar, ponerme cómoda y quizá tomarme una copa de champán antes de que él llegue con toda su familia.

No tardamos mucho en entrar. Desde lo alto de las escaleras, tengo una vista perfecta del gran salón de baile del hotel, que resplandece con las luces de las lámparas de araña al reflejarse cálidamente en el cristal y el mármol.

Sostengo mi vestido con cuidado mientras bajamos; no quiero estropear mi gran entrada cayéndome por las escaleras.

Una vez que llegamos sanas y salvas al salón de baile, Sophie me lleva directamente al bar y las dos pedimos champán. Luego nos apartamos un poco y echo una ojeada a nuestro alrededor.

La gala de este año tiene como objetivo recaudar fondos para proyectos de renovación urbana centrados en revitalizar barrios subdesarrollados y en apoyar programas locales de arte y educación dentro de la ciudad.

Un extremo de la enorme sala está repleto de mesas, todas con centros de mesa de metal delicadamente esculpidos que parecen edificios urbanos, con plantas y flores desbordándose de los tejados; son un guiño a los tejados verdes que el Grupo King incorpora ahora en muchos de sus proyectos.

En el otro extremo se ha montado una pared para exhibir instalaciones de arte digital, muchas de las cuales muestran imágenes de paisajes urbanos y algunos de los proyectos del King Group, que están transformándose de planos a edificios terminados.

Sophie y yo nos acercamos primero a la mesa de la subasta y echamos un vistazo a los artículos por los que los invitados pujarán más tarde. Muchos, muchísimos de ellos son increíblemente caros: una escapada a una isla privada en las Maldivas, una expedición con todo incluido a la Antártida a bordo de un barco de lujo, una cena privada preparada por un chef famoso y una experiencia de vuelo en

gravedad cero. Incluso hay un día en un circuito de carreras, con la oportunidad de ponerse al volante de los supercoches más rápidos del mundo. Ni siquiera puedo imaginar cuánto van a pagar por esta clase de experiencias.

Luego están los recuerdos. Artículos firmados por famosos, entre ellos una guitarra eléctrica firmada por Tex McLain, el famoso guitarrista principal de la banda Fractured, y un guion firmado por el actor de primera línea Declan Monroe.

Mis artículos favoritos son las obras de arte originales: pinturas y esculturas de artistas locales, tanto consagrados como emergentes. Es imposible no imaginar uno de los cuadros de mi padre colgado aquí, encajando a la perfección con los demás.

Quizá algún día.

Mientras curioseábamos, la sala se ha ido llenando poco a poco. El público es una mezcla de ejecutivos de King Group, famosos, políticos y filántropos conocidos. Entre ellos se encuentran varios empleados más de King Group. Samson, el asistente de Cole, está aquí con su novia y nos paramos a charlar con ellos un rato. Se nos unen algunas personas más a las que reconozco de verlas por ahí, y pronto se ha formado un pequeño grupo cerca de donde están sacando las bandejas de canapés.

A pesar de la animada conversación a mi alrededor, estoy en alerta máxima, esperando ver a Roman por primera vez.

Lo percibo antes de verlo. Quizá la noticia de su llegada se haya transmitido a través de la multitud —al fin y al cabo, es el director general de la organización anfitriona de esta noche— o quizá mi cuerpo se haya sintonizado de alguna manera con el suyo. Sea como sea, cuando miro por encima del hombro, sus ojos gris lobo están clavados en mí.

Incluso desde el otro extremo de la sala, la intensidad de su mirada me atrapa, como si, por un breve instante, las personas que nos rodean dejaran de existir.

Entonces se le unen sus hermanos y los invitados se acercan, con las manos extendidas para estrechar las de ellos. Cuando se rompe nuestra conexión, me doy la vuelta, esperando que nadie me haya pillado mirando a mi jefe como una adolescente enamorada.

No tengo tanta suerte. Sophie me da un codazo y me guiña un ojo.

—Se te van a caer las bragas —dice tan bajo que es como si solo articulara las palabras.

Se me escapa una risa sin poder evitarlo. Es cierto: la imagen de Roman con esmoquin se me ha grabado a fuego en el cerebro. La chaqueta negra se estira sobre sus anchos hombros, haciéndolo parecer aún más alto y corpulento de lo habitual. La camisa blanca impecable se amolda a su pecho cincelado. La pajarita negra queda perfectamente ajustada alrededor de la base de su cuello.

Cuesta casi creer que esta noche me vaya a ir a casa con él. Hasta entonces, tengo que concentrarme en no quedarme mirándolo boquiabierta, pero es más difícil de lo que debería.

Los dos pasamos los cuarenta y cinco minutos siguientes dando vueltas el uno alrededor del otro. Cada poco, nuestras miradas se cruzan. Da igual con quién estemos hablando, nuestras miradas se atraen como imanes.

Cada vez que ocurre, tenemos que apartar la vista como si no hubiera nada entre nosotros y eso me molesta más de lo que esperaba.

—¿Chloe?

Dejo de contemplar la exposición de arte digital y me encuentro a la prometida de Tate, Violet, cerca de mí, junto a una hermosa mujer de cabello oscuro a la que no conozco.

—¡Ah, hola! —la saludo—. Me alegro mucho de volver a verte.

—Lo mismo digo. —Esboza una cálida sonrisa y pasa el brazo por el de la otra mujer—. Esta es Delilah. Es una arquitecta que ha hecho un trabajo increíble para el King Group. Ah, y también es la esposa de Cole.

Lo dice como si la relación de Delilah con el director de operaciones del King Group fuera algo secundario.

Delilah se ríe con buen humor en respuesta, como si no fuera la primera vez que Violet la presenta así.

De pronto, me siento más tranquila: puede que estas mujeres sean las parejas de dos de los hombres más poderosos de la ciudad, pero son tan sencillas que enseguida me siento a gusto.

—Enhorabuena por tu bebé. Es adorable.

Sus labios se curvan hacia arriba y sus ojos verdes brillan.

—Gracias. Es un encanto, pero le gusta dejar claras sus opiniones, incluso a su corta edad.

—Parece un rasgo que le vendrá muy bien cuando sea mayor.

Asiente.

—Por supuesto. Solo desearía que sus opiniones actuales no incluyeran que cambiarle los pañales requiere retorcerse y gritar al máximo, o que las siestas son opcionales.

Sophie se levanta de un salto en ese momento para llegar junto a nosotras. Me pasa otra copa de champán y luego abraza a Violet y a Delilah.

—Las dos estáis guapísimas. Aunque no esperaba menos.

—¿Estás pasando una buena noche? —me pregunta Delilah. Quizá sea mi imaginación, pero me da la sensación de que me está observando con demasiada intensidad.

—Hasta ahora ha sido maravilloso. Estoy deseando ver qué más sorpresas nos depara la velada.

—Tu vestido es precioso —comenta.

—Gracias. —Me paso las manos por la falda con timidez, como si ella pudiera adivinar con solo mirarla que me la compró su cuñado.

En ese momento, un escalofrío me recorre la espalda y me hace inspirar bruscamente.

Roman.

45

ROMAN

—Delilah, Violet, Sophie. —Saludo a las otras tres mujeres—. Chloe. —Mi voz se vuelve más grave al pronunciar su nombre, una reacción involuntaria. Me ha matado estar alejado de ella tanto tiempo.

Cuando he visto que Delilah y Violet hablaban con ella, he pensado que era la excusa perfecta para acercarme y saludarla.

Se vuelve y me dedica una sonrisa profesional, aunque puedo ver que el pulso le late demasiado rápido en la base del cuello.

—Buenas noches, Roman.

Lleva el vestido que le compré. No puedo evitar devorarla con la mirada, admirando cómo el color esmeralda contrasta con su piel cremosa y su cabello rubio, y resalta el verde de sus ojos del color del mar.

Durante un instante demasiado largo, me detengo en la abertura que deja entrever un atisbo de su muslo. Ya soy consciente de que deja ver mucho más que un atisbo cuando anda porque me ha robado la atención en más de una ocasión esta noche. Verla moverse por la sala me ha estado volviendo loco.

Y me ha vuelto aún más loco ver cómo los hombres que la rodean también se la comen con los ojos.

Me obligo a apartar la vista antes de que alguien sospeche. Sobre todo mis cuñadas, que son demasiado observadoras para mi tranquilidad.

—Le estaba diciendo a Chloe lo bonito que es su vestido —dice Delilah.

Mantengo una expresión impasible.

—Es precioso. De hecho, las cuatro estáis guapísimas esta noche.

—¿Has estado tomando clases de encanto con Tate? —pregunta Violet, entrecerrando los ojos con suspicacia—. Porque eso ha sido muy amable.

Mis labios esbozan una sonrisa.

—Lo creas o no, soy capaz de ser encantador en alguna que otra ocasión.

A mi lado, Chloe emite un sonido casi inaudible que interpreto como una señal de asentimiento. Me dan ganas de sonreír. Me dan ganas de hacer que se acerque a mí para besarla.

Me dan ganas de muchas cosas, demasiadas para manejarlas ahora mismo, y no puedo hacerlas todavía.

—¡Roman!

Al oír mi nombre, me aparto de la tentación que representa Chloe y veo a Sean Prescott, que se dirige hacia mí con paso firme y una sonrisa en los labios. Le estrecho la mano y luego lo presento al grupo de mujeres.

—Por supuesto, recuerdo a tu encantadora asistente —dice cuando sus ojos se posan en Chloe.

Sus palabras son educadas, pero, aun así, me irritan.

—Señor Prescott, me alegro de volver a verle. —Ella sonríe con naturalidad.

Es la misma sonrisa que me ha dedicado a mí, que no es la que he llegado a anhelar, sino la bonita pero cortés. Me molesta que aquí, en público, me relega al mismo estatus que este hombre.

—¿Acabas de llegar? —le pregunto—. Vamos a por una copa. Si nos disculpan, señoritas.

Capto la mirada de Chloe mientras alejo a Sean de ellas. La vulnerabilidad que se refleja en ella me atraviesa las costillas con garras afiladas. Esta farsa no es fácil para ninguno de los dos, aunque sea necesaria. La culpa es un gran peso sobre mis hombros. Ella está en esta situación por cómo es mi vida: por mi familia, la empresa y la presión y las expectativas infinitas que todo ello conlleva.

Después de que Sean y yo tomemos un whisky y hablemos de nuestro proyecto actual, junto con otros que podrían estar en marcha, sigo haciendo la ronda, sin dejar de vigilar a la mujer que ocupa demasiado espacio en mi mente. La cena se servirá pronto y, por desgracia, no se me ocurre una buena razón para sentar a mi asistente en la mesa familiar.

Suelto un suspiro seco. Solo tengo que aguantar unas horas más antes de que sea toda mía. La tensión que me oprime la nuca apenas ha empezado a aliviarse cuando diviso a David. Se acerca a ella y a Sophie con una sonrisa demasiado amplia en la cara. Joder.

Chloe corresponde al gesto con otra de su propia cosecha y muy sincera, en lugar de la profesional que me ha dirigido a mí.

La posesividad me invade.

No es racional. Ella no está coqueteando con él, aunque él, obviamente, sí lo está haciendo con ella. No es culpa de David, ya que no sabe que ella es mía.

Sin embargo, todo pensamiento racional se esfuma cuando se trata de Chloe.

Me alejo de la multitud y me saco el móvil del bolsillo.

Yo : Tengo que hablar contigo inmediatamente. Ve por el pasillo hacia los baños, pero gira a la izquierda antes de llegar. Espérame a la vuelta de la esquina.

Un momento después de pulsar la tecla para enviarlo, ella mete la mano en su bolso, sin dejar de hablar con David, y coge el móvil. Echa un vistazo al dispositivo y, un momento después, levanta la cabeza de golpe y sus ojos se clavan en los míos.

Cuando bajo la barbilla, se muerde el labio y vuelve a guardarse el móvil en el bolso. Sonríe dulcemente a Sophie y David, charla solo un segundo más y luego se adentra en la multitud.

Le doy tres minutos y luego la sigo.

Cuando doblo la esquina y la veo esperándome, no lo dudo. El hueco donde están los ascensores queda fuera de la vista de cualquier zona pública, así que, sin dudarlo, la acorralo contra la pared y la beso.

Sus labios se separan en un jadeo y aprovecho la oportunidad para deslizar mi lengua en su boca. Exijo su rendición y ella me la concede de buen grado, correspondiendo al beso como si fuera lo único en lo que ha pensado toda la noche.

Duro y dolorido, me restriego contra su suave vientre. Joder. Necesito mucho más de ella que esto.

Rompo el beso y pulso el botón de subida del ascensor. En cuanto se abre, la empujo dentro.

—¿Adónde vamos? —pregunta ella, con la boca hinchada y la voz entrecortada.

—A algún sitio donde podamos estar solos.

Dos pisos más arriba, la guio hasta la puerta que estoy buscando, la abro de un golpe y la conduzco al interior.

La estancia está a oscuras, pero contra la pared del fondo hay una ventana alargada que da al salón de baile de abajo. Es una de las salas de reuniones más pequeñas que se utilizan durante las conferencias para ofrecer un espacio privado para reuniones paralelas.

Con la mano aún entrelazada con la suya, la conduzco hacia la ventana. No es un cristal unidireccional, pero está ahumado, lo que dificulta que la gente de abajo vea quién está aquí dentro… o qué pueden estar haciendo.

No podemos estar fuera mucho tiempo, así que, sin dudarlo, deslizo la mano por la abertura de su vestido y mis dedos encuentran al instante el trozo de encaje que la cubre.

Con ella pegada a la ventana, le muerdo el lóbulo de la oreja.

—No puedo evitar tocarte esta noche, y menos cuando otros hombres pueden sonreírte, tocarte y decirte lo guapa que estás.

—Roman. —Mi nombre es un susurro entrecortado.

—No hagas ruido —le digo, y deslizo dos dedos profundamente dentro de ella.

Los muevo una y otra vez, saboreando cómo su humedad empapa mi piel mientras ella se ciñe a mi alrededor.

—Te deseo —suplica—. Te necesito dentro de mí.

Con los ojos bien cerrados, aprieto los dientes.

—No tengo condón.

—Tomo la píldora y siempre he usado condones antes —dice ella.

Lo que eso implica casi me vuelve loco.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Quiero que te corras dentro de mí.

Me quedo quieto y luego me aparto, consumido por un deseo salvaje que nunca había experimentado.

—Serás la primera. —Mi voz se escapa ronca y grave.

—¿Nunca has…? ¿Ni siquiera con…?

—Nunca. —La interrumpo. Joder, lo último que quiero es oír el nombre de Katherine en sus labios. Nuestras respiraciones trabajosas atruenan en la oscuridad y, debajo de nosotros cientos de personas se mezclan, ajenas a nuestra presencia. Con el pulgar, recorro con ternura la suave piel de su pómulo, un gesto delicado que contrasta con el ansia que me embarga—. Vamos a follar, pero no me voy a correr dentro de ti aquí. La primera vez que te llene con mi semen no será un polvo rápido en una sala a oscuras.

—Entonces, ¿qué…?

—Date la vuelta. No apartes la vista de la fiesta. ¿Ves a la gente de ahí abajo? No tienen ni idea de que estamos aquí arriba. No saben que tu jefe va a hacer que te corras. —Esas palabras suenan la hostia de mal y de bien al mismo tiempo. Como todo lo que tiene que ver con Chloe.

Se da la vuelta, temblorosa, y apoya las manos en el alféizar de la ventana.

Alargo la mano y vuelvo a encontrar la abertura de su vestido. Esta vez, cuando deslizo los dedos por debajo, cojo la tela y la aparto, dejando al descubierto las redondeadas nalgas, con una tira de encaje negro entre ellas.

Con la otra mano, me desabrocho los pantalones, los bajo y me la saco. Deslizo los dedos por sus caderas y los meto de nuevo bajo la cintura de sus bragas, para recoger su humedad y usarla para lubricarme.

Aparto la tira de tela que hay entre sus piernas, me acerco más y pongo la punta de mi pene contra su sexo cálido y húmedo.

Ella gime como respuesta. Ese sonido y la intensidad de la sensación hacen que mi corazón lata con tanta fuerza que parece que vaya a salirse de mi pecho.

—Quédate quieta —le ordeno, y cuando lo hace, me hundo en ella con una embestida brusca. Joder. Está tan caliente, húmeda y

sedosa… Nunca he sentido nada tan increíble como la carne desnuda de Chloe alrededor de la mía.

Cualquier control al que hubiera podido aferrarme se evapora. La penetro una y otra vez, más fuerte, más rápido, con una mano extendida sobre su abdomen para estabilizar mis movimientos y la otra acariciándole el clítoris.

Su excitación resbala por mi mano y mi miembro.

—Siempre estás tan empapada para mí. ¿Llevabas tiempo necesitando esto?

—Sí —gime, echando la cabeza hacia atrás.

Me muevo aún más rápido, embistiéndola, con mis dedos aún deslizándose sobre su capullo hinchado. Se está tensando, ya está a punto.

Cuando gime y me ciñe en su interior, su sexo perfecto palpita con fuerza a mi alrededor; aprieto los dientes, aguantando con todas mis fuerzas.

Mis testículos se contraen y el placer me recorre la columna, pero aguanto. En cuanto se desploma contra la ventana, saco mi pene empapado de su interior y lo deslizo entre sus bragas y su sexo.

Su nombre en mis labios suena como un susurro gutural, y me dejo llevar. Fuertes chorros de semen brotan de mí mientras empujo contra su carne resbaladiza, con mi erección rozando su clítoris, cubriéndola, cubriendo sus bragas.

—Oh, Dios mío. —Su cuerpo se tensa, sus manos se extienden planas sobre el cristal—. Me voy a correr otra vez.

—Eso es, cariño —gruño, y un líquido cálido inunda mi miembro —. Empápanos a los dos. —Por fin, mi pene deja de palpitar y sus temblores se calman. Puedo volver a respirar, joder. Me aparto de ella, pero le pongo la mano contra la parte baja de la espalda para mantenerla quieta. Necesito un minuto para admirar mi obra—. Precioso —murmuro. Su bonito sexo rosado está hinchado y cubierto de una mezcla de nosotros dos, y tiene húmeda la cara interna de los muslos. El encaje negro de sus bragas está manchado de líneas blancas, lo que me provoca una satisfacción primitiva: la he marcado. Otra vez. La he marcado con mi semen. Y está increíble. Con suavidad, le vuelvo a colocar el tanga en su sitio y acaricio el

encaje empapado que ahora tapa su pubis. Hago que se dé la vuelta, con la respiración tan agitada como la suya—. Vas a pasar el resto de la noche cubierta de mí, de nosotros. Cada vez que le sonrías a un hombre que no sea yo, cada vez que algún gilipollas de ahí abajo —señalo con el dedo a la abarrotada sala que hay debajo de nosotros— coquetee contigo, quiero que recuerdes de quién es el semen que te gotea por las piernas. —Me echo hacia ella, saboreando su mirada ebria—. Y cuando te lleve a casa, voy a llenarte. —Le acaricio suavemente la mejilla con el pulgar una vez más—. ¿De acuerdo?

—No va a ser muy agradable. —Se muerde el labio y me mira de reojo.

No puedo evitar la sonrisa maliciosa que se dibuja en mi boca. Ni siquiera consigo sentirme mal. Puede que sea un poco incómodo, pero con cada movimiento, pensará en mí.

Le doy un breve beso.

—Te prometo que te compensaré cuando lleguemos a casa.

Se humedece los labios.

—Vale.

Señalo la puerta con la cabeza.

—Sal tú primero.

Tras mirarme por última vez con detenimiento, se da media vuelta y sale. Apoyo las manos en el alféizar de la ventana y observo a la multitud de abajo, esperando el momento en que la vea entrar en el salón de baile.

Solo hemos estado fuera veinte minutos, pero han sido veinte minutos más de lo necesario. Veinte minutos en los que la gente podría haberse preguntado por mi desaparición. Y por la de ella también.

Bajo la cabeza y suelto un suspiro agudo.

A estas alturas, ya no hay más límites que pueda traspasar.

46

Chloe

—Creo que me voy a ir —le digo a Sophie.

He hecho todo lo posible por mantenerme apartada de Roman durante las dos últimas horas, por miedo a que el deseo que crepitaba en el ambiente a nuestro alrededor fuera imposible de ignorar. Todavía siento un cosquilleo en la piel, y la humedad de mis bragas hace imposible olvidar lo que ha hecho y lo que ha prometido hacer más tarde.

Durante toda la noche se ha mezclado entre la gente, haciendo contactos como el profesional que es, a pesar de lo poco que le gustan esa clase de cosas. La gente se arremolina a su alrededor, compitiendo por su atención, deseando que les dedique un momento de su tiempo.

Yo también, pero de una manera completamente diferente.

Cada vez que interactúa con su familia, siento una opresión en el pecho. Verlo junto a sus hermanos y sus parejas solo resalta lo solo que está. Creo que incluso su madre ha venido con alguien; un hombre de pelo oscuro con una sonrisa que le ilumina el rostro no se ha separado de su lado en toda la noche.

Ojalá pudiera estar a su lado, empaparme de su calor, estirarme y darle un beso en los labios. Pero no puedo. Y aunque entiendo perfectamente las razones, solo ahora empiezo a darme cuenta de las dificultades a las que nos enfrentaremos mientras sigamos ocultando esto.

Al menos yo.

La cena ha terminado hace una hora. Después, los artículos de la subasta benéfica se han vendido por cantidades asombrosas. Me escandalizaría un poco si el dinero recaudado no fuera a parar a una buena causa.

Desde entonces, Sophie y yo hemos estado bailando. Casi había olvidado lo divertido que es dejarse llevar y disfrutar. Saber que mi padre está bien atendido en casa significa que puedo centrarme en el aquí y el ahora.

Sin embargo, a medida que ha ido avanzando la noche, mi mente se ha fijado obsesivamente en… otras cosas.

Sophie se abanica la cara sonrojada.

—¿Estás segura? Queda al menos otra hora de baile y alcohol gratis para disfrutar.

—Es tentador —río—, pero no creo que mis pies puedan aguantar mucho más. Y si me tomo otra copa de champán, pasaré oficialmente de estar achispada a estar borracha. No creo que emborracharme en un evento de trabajo sea una buena idea.

Con una sonrisa pícara, me agarra de la muñeca y se acerca a mí. Sus ojos brillan, aunque están un poco vidriosos, como si ella también estuviera a una copa de champán de pasar el punto de no retorno.

—¿Me vas a decir con quién te vas a encontrar cuando te vayas?

Siento un pinchazo en el estómago.

—¿Qué te hace pensar que voy a quedar con alguien?

Me da un tirón del brazo y me aparta del camino de los demás bailarines para llevarme a un rincón tranquilo cerca de la barra.

—Has dejado claro que no ibas a volver conmigo, y la única razón por la que te has mostrado tan firme al respecto es que no vas a irte a tu casa. —Mueve las cejas—. ¿Tengo razón? ¿Estás saliendo con alguien? Y si es así, ¿por qué no me has contado todos los detalles?

Me muevo, inquieta.

—Es muy reciente y… no estoy segura de que vaya a llegar a nada todavía. No quiero gafarlo. —Es lo mismo que les he estado diciendo a mi padre y a Carol cada vez que me preguntan por mi nuevo novio.

Arquea una ceja y me evalúa como si estuviera analizando cada una de mis palabras. ¿Estoy siendo demasiado obvia? ¿Se da cuenta de lo que estoy ocultando? Los nervios hacen que mi pulso se dispare y siento náuseas en el estómago. Odio mentirle. Aunque lo que le he dicho es técnicamente cierto.

Sus labios se curvan en un puchero, pero cede.

—Lo entiendo. Pero quiero que me cuentes todo sobre este hombre misterioso en cuanto estés lista para hablar de él.

Asiento.

—¿Podrás llegar bien a casa tú sola?

Levanta el bolso de mano, donde guarda el móvil.

—Ya tengo reservado un Uber. —Me da un abrazo, me pone las manos en los hombros y hace que me vuelva hacia la salida—. Ahora ve a enseñarle a tu chico lo guapísima que estás.

Me da un apretón en los brazos, se da media vuelta y se dirige con paso tranquilo hacia la pista de baile.

Sonrío mientras atravieso el salón de baile, agradecida de tener una nueva amiga tan increíble en mi vida.

Al acercarme a las puertas que dan al exterior del hotel, saco el móvil del bolso y, tal y como habíamos acordado, le envío un mensaje a Roman.

Yo : Me voy ya. Nos vemos en tu casa.

Roman: No tardaré mucho. Cuando llegue, te quiero en mi cama con nada más que las bragas puestas.

Un escalofrío casi violento me recorre el cuerpo y siento ese familiar nudo en lo más profundo de mi vientre. Recorro la sala con la mirada en su búsqueda y lo veo junto a dos mujeres guapísimas.

Una de ellas le pone la mano en el brazo, lo que hace que mis pasos vacilen por un momento. Roman le sonríe cortésmente, luego hace un gesto para que retire la mano. Mi corazón vuelve a latir con fuerza cuando mi teléfono emite un pitido.

Roman: Vete a casa, cariño. Me muero por llenarte.

Yo: Te estaré esperando.

Sus ojos y los míos se encuentran en y el gris ceniza en su intensa mirada es suficiente: acelero el paso, desesperada por llegar a casa y desnudarme para él.

Pido un Uber y, en cuestión de minutos, estoy en un coche de camino a su ático. Recostada en el asiento, cierro los ojos y obligo a mi corazón acelerado a calmarse. Tengo la piel caliente y tensa, y el cuerpo me duele de puro deseo. El anhelo por lo que está por llegar arde en lo más profundo de mi vientre.

Para cuando entro en el apartamento de Roman, tengo que luchar contra el impulso de correr a su habitación quitándome los zapatos y la ropa por el camino.

Aunque me cuesta, consigo atravesar el apartamento con calma mesurada, quitarme el precioso vestido y colgarlo cuidadosamente del respaldo de una silla. Me acerco a su enorme cama y me acuesto, con el corazón latiendo con fuerza y la expectación enroscándose en las entrañas.

Quince minutos más tarde, suena el ascensor y luego me llega el ritmo deliberado de unos zapatos sobre el suelo de madera.

Solo ese sonido, que indica que se acerca, hace que se me pongan los pezones duros y que mi respiración se acelere. Muevo la cabeza, ansiosa por verlo por primera vez, pero no estoy preparada cuando aparece en la puerta, tan alto, moreno e intimidante.

Ya se ha quitado la chaqueta, y sus labios se curvan en una sonrisa lobuna al contemplarme. Mi interior se contrae en respuesta.

Mientras se acerca a mí con paso firme, tira de la pajarita hasta que le queda suelta alrededor del cuello. Cuando llega al pie de la cama, se detiene y me mira fijamente.

—Mírate… —murmura. Se me pone la piel de gallina. Se quita la pajarita y la deja caer al suelo—. Abre las piernas. —Obedezco con el corazón a mil, levanto las rodillas y las separo. Aunque sus movimientos son pausados mientras se desabrocha los botones de la camisa, su mirada y el tic en su mandíbula no lo son en absoluto—. No podía quitarte los ojos de encima. —Se quita la camisa—. Toda la noche he estado contando los minutos que faltaban para poder tenerte aquí, en mi cama.

—Me lo he pasado bien. —Mi voz tiembla de deseo.

Me lanza una sonrisa pícara.

—Lo sé. Te he visto divertirte toda la noche. Ahora me toca a mí. Mete la mano en las bragas y muéstrame lo mojada que estás. —Acaricio el borde de mis bragas con los dedos, y cuando sus ojos se iluminan, siento cómo el calor se acumula en mi vientre—. Sigue. —Lentamente, deslizo la mano bajo el delicado tejido y me adentro en mi calor húmedo. Al rozar mi clítoris, mis ojos se cierran por voluntad propia. Por mucho que quiera quedarme ahí, sigo adelante y levanto los dedos para que él pueda ver cómo brillan. Él gime, y el sonido vibra sobre mi piel—. Qué bonito. —Sin molestarse en quitarse los pantalones, se arrodilla en el colchón entre mis piernas y me agarra la muñeca—. No quiero que esto se desperdicie. —En lugar de deslizar mis dedos húmedos en su boca, como esperaba, los dirige hacia mi pecho y los pasa sobre mi pezón, provocándolo hasta que se pone duro mientras lo pinta con mi excitación. Entonces sus labios están ahí, envolviendo la punta tensa y chupando. La sensación envía una descarga eléctrica directamente a mi clítoris, me arranca un jadeo y hace que mi espalda se arquee sobre la cama—. Joder, qué bien sabes, cariño.

—Roman —gimo, aferrándome a su pelo.

Entonces se desplaza sobre mí, besándome, compartiendo mi sabor y el suyo. Su lengua se adentra profundamente en mi interior, robándome el aliento y la capacidad de pensar.

Con las manos temblorosas, busco a tientas la hebilla de su cinturón, desesperada por tocarlo.

Se aparta antes de que pueda soltarla y se pone de pie. Con mucha más habilidad que yo, lo abre y se lo quita. Luego viene la cremallera. A continuación, sus pantalones se deslizan por sus caderas. Cuando ya solo lleva unos ajustados calzoncillos bóxer negros, vuelve a subirse a la cama y mete la mano en mis bragas, deslizando un dedo dentro de mí.

—Sigues empapada. ¿Has estado pensando en esto toda la noche?

Todo mi cuerpo estalla en llamas.

—Sabes que sí.

Desliza un segundo dedo dentro de mí, baja la cabeza y vuelve a acariciarme los pezones con los labios, chupándolos y lamiéndolos hasta que se vuelven duros como diamantes.

Me penetra con los dedos, con su pulgar contra mi clítoris. Antes de darme cuenta, estoy contoneando las caderas y me invaden oleadas de placer.

Aún estoy volviendo a la realidad cuando agarra mi tanga y le da un tirón a la tela.

—Ahora muéstrame hasta dónde puedes abrirte para mí. —Separo las piernas de nuevo, deleitándome con su gruñido de respuesta. Con la atención fija en mi centro, se agacha y usa sus hombros para forzarme a abrirlas más. La primera pasada de su lengua me arranca un gemido. Estoy demasiado sensible, y las embestidas de su lengua dentro de mí, seguidas de largos lametones desde mi entrada hasta mi clítoris, me empujan peligrosamente cerca de otro orgasmo. Con la cabeza aún hundida entre mis muslos, encuentra un pezón, lo pellizca y tira de él—. Córrete para mí una vez más, cariño. Entonces te llenaré con mi semen.

Hundo las manos en su pelo y tiro de él.

—Lo deseo. Quiero sentirte. Sentir todo tu ser.

Desliza dos dedos de nuevo dentro de mí y los curva de tal modo que al instante me contraigo a su alrededor.

Levanta la cabeza y me atraviesa con su mirada.

—Eso es. Cabalga mi mano. Córrete. —Me muevo contra del y el placer crece rápidamente. Cuando me chupa el clítoris y pasa la lengua por él, me dejo llevar de nuevo por el orgasmo. Todavía tengo espasmos cuando pone la ancha cabeza de su pene contra mí y se abre paso a través de las pulsaciones. Grito, la sensación es demasiado cruda y poderosa—. Qué bien me acoges, Chloe. Pero tengo más para ti. Ahora relájate y ábrete para mí.

—Lo estoy intentando —jadeo.

Me agarra de los tobillos y me levanta las piernas abiertas y las caderas; se retira y vuelve a penetrarme con fuerza dos veces más.

Cuando por fin llega hasta el fondo, gemimos. La presión dentro de mí y contra mi centro es abrumadora. Ninguno de los dos se

mueve por un momento y siento el absurdo impulso de llorar. Parpadeo para espantar las lágrimas porque no quiero echar a perder este momento, pero ya debería saber que no puedo ocultarle nada. La piel alrededor de sus ojos se tensa.

—¿Te he hecho daño?

Niego con la cabeza un poco frenéticamente, con miedo de que se retire y me deje vacía.

—Es que es demasiado bueno. Es genial tenerte dentro de mí.

Su expresión se relaja y se balancea dentro de mí, con embestidas lánguidas.

—Estás tan mojada y tan caliente… No quiero que esto termine.

En este ángulo, con él aún sujetándome los tobillos, me penetra más profundamente que nunca. Cada embestida envía chispas a lo largo de mis terminaciones nerviosas.

Pero necesito más. Me encanta cuando pierde el control, y eso es lo que quiero ahora.

—Por favor —le suplico—. No puedo más. Quiero correrme, Roman. Llénname.

Se retira casi por completo, con los ojos oscuros y tormentosos, y luego vuelve a penetrarme. Una y otra vez, con fuerza. Lo único que puedo hacer es agarrarme a él y disfrutar de las sensaciones que me invaden.

Cada embestida, cada vez que obliga a mi cuerpo a rendirse al suyo, cada gruñido áspero me lleva más alto. El sudor empapa su piel y la mía, y tiemblo bajo su asalto.

—Eres la hostia de estrecha. —Todos los músculos de su cuello y hombros están tensos—. Me estás apretando, intentando chuparme el semen. Arqueo la espalda, levantando las caderas todo lo que puedo para recibirlo—. ¿Quieres correrte?

—S-sí. —Esa única palabra es casi un sollozo.

Me abre más las piernas, centrándose en el punto donde me estiro a su alrededor.

—Tu clítoris está tan hinchado, tan necesitado… Tócatelo y córrete. —Como si tuviera vida propia, mi mano se desliza entre mis muslos, pero evito ese sensible manojo de nervios y voy directamente a donde estamos unidos. Rodeando su grosor con mis

dedos y aprieto, deleitándome con su expresión casi dolorida—. Estás jugando con fuego, cariño —dice entre dientes.

La amenaza solo aviva más el fuego. Dirijo mi atención a mi clítoris, acariciándolo con movimientos circulares, e instantáneamente se encienden chispas de placer que se expanden en espiral desde mi centro. Solo me hace falta dibujar unos cuantos círculos pequeños y el orgasmo me atraviesa; grito, con la columna vertebral como un arco tenso y todos los músculos contraídos.

Roman echa la cabeza hacia atrás, me suelta los tobillos y me agarra por las caderas; me clava los dedos en la carne y llega hasta el fondo. Su eyaculación palpita en lo más profundo de mí, y recibo hasta el último chorro, caliente y espeso. Con una maldición, se retira solo para volver a penetrarme con fuerza.

Cuando me recorre la última sacudida del orgasmo, afloja un poco, pero no me suelta y no se retira: se restriega contra mí, contra mi clítoris ultrasensible, y me retuerzo debajo de él.

—Sigo estando duro. —Da una embestida superficial para demostrarlo—. Esto es lo que me haces. —Vuelve a empujar. Los temblores irradian desde lo más profundo de mi vientre y se extienden por mis extremidades—. Estás hecha para follar conmigo. —Su voz es grave, profunda y lasciva. Pero hay un matiz más que se entreteje en ella. Un significado más profundo que me oprime el pecho y me hace querer abrazarlo con fuerza y no soltarlo nunca.

Me pega a él y su boca encuentra la mía mientras sigue moviéndose dentro de mí. Es sexy, duro, desesperado y al mismo tiempo está lleno de deseo.

—Roman… —susurro contra sus labios.

Me acuna la cabeza; sus ojos grises me tienen cautiva.

Es demasiado intenso: cómo me mira, la expresión de su rostro… Como si fuera algo precioso, su cuerpo se mueve sobre mí tal y como lo imaginé durante meses; su semen brota de mi interior mientras sigue embistiéndome.

Su siguiente embestida es más potente.

—¿Sabes todas las cosas que quiero hacer contigo? —Niego con la cabeza. El movimiento me marea. El placer que se enrosca en lo más profundo de mí me desorienta—. Quiero atarte a mi cama y

lamerte hasta que me supliques que pare. Quiero follarte la boca hasta que te corran lágrimas por la cara. Quiero sentir cómo te corres conmigo enterrado hasta el fondo de tu trasero. Estoy desesperado. E imaginar todas las cosas que puedo hacer contigo me pone la hostia de duro. —Vuelve a acelerar el ritmo, cada vez más fuerte, hasta que estoy casi delirando y sollozando en busca de alivio—. Acabo de correrme dentro de ti y voy a volver a hacerlo. Eso es lo que me haces. —La tensión en mi interior se intensifica. Yo también estoy a punto. Sus palabras, su cuerpo, él mismo… todo me empuja al límite. Se detiene bruscamente y yo grito en señal de protesta. Sus ojos brillan peligrosamente—. He comprado algo. —Sin salir de mí, se estira sobre la cama y abre de un tirón el cajón de su mesilla de noche. Me echo a temblar al verlo: es uno de esos vibradores con ventosa. Dios, no sé cómo voy a sobrevivir a lo que está planeando—. Pon las manos por encima de la cabeza —me ordena. Obedezco de inmediato, desesperada por sentirlo todo—. Buena chica. —Extiende con el pulgar una mezcla de su semen y mi excitación sobre mi clítoris.

Me estremezco, y él se ríe con malicia; enciende el juguete y me lo pone suavemente sobre el ya sobreestimulado manojo de nervios.

—Dios mío. —Clavo las manos en las sábanas por encima de la cabeza para evitar agarrarlo los antebrazos y hundirle las uñas en la piel.

Se le nubla la mirada y su cuello se mueve al tragar con dificultad.

—Fantaseo con follar contigo todo el maldito tiempo. Quiero que estés llena de mi semen todo el día. Pero sé que no puedo hacerlo, así que, siempre que pueda llenarte, me aseguraré de que los dos lo sintamos durante días. —Dicho esto, sube la intensidad del juguete y, con un movimiento de caderas, vuelve a penetrarme—. ¿Sabes lo hermosa que estás así? ¿Con tu cuerpo bajo el mío, tu sexo hinchado y chorreando? —Recorre con las yemas de los dedos las curvas de mis caderas—. Ya te he llenado, pero necesitas más, ¿verdad?

—Sí, Dios, sí. —El juguete es innecesario. Sus palabras bastan para lanzarme hacia otro orgasmo.

—Pues vamos, joder. —Se clava hasta el fondo, con tanta fuerza contra el fondo de mi canal, que me inundan tanto el dolor como el placer. Al mismo tiempo, sube el juguete un nivel más, y me derrumbo.

El orgasmo es como una descarga eléctrica en mi cuerpo. No puedo respirar, y las chispas bailan detrás de mis ojos mientras mi cuerpo se sacude sin control. Mis músculos internos lo estrechan con tanta fuerza que me preocuparía hacerle daño de no ser porque el gemido salvaje que deja escapar es de puro placer.

Se hincha dentro de mí y vuelve a correrse. Siento cada latido en mi carne sensible y me elevo más alto en un largo clímax. Nuestros cuerpos funcionan al unísono y ordeño su miembro, reclamando hasta la última gota.

Nunca he experimentado nada parecido. Y por la forma en que estrella su boca contra la mía en una violenta toma de posesión, por la forma en que mi nombre es un susurro desesperado contra mis labios, no creo que él tampoco lo haya hecho.

No puedo dejar de temblar, y cuando lanza el juguete al colchón y hunde sus dedos en mi pelo, sujetándome la cabeza, está temblando también.

—Eres preciosa —murmura entre besos ardientes—. Toda, Chloe. Todo de ti. Y estás aún más preciosa con mi semen escapándose de ti.

El corazón me late con fuerza contra mis costillas. No sé si reír o llorar. ¿Cómo puede ser tan obsceno y tan tierno al mismo tiempo?

Lo que tenemos es increíble. Todo menos su naturaleza secreta. Por muy bien que estemos juntos, para el resto del mundo, no existimos.

Una punzada de incertidumbre atraviesa la neblina de calor que me envuelve, pero la ignoro.

Aquí, ahora, Roman me pertenece.

Me acurruco contra él, y cuando se aparta, me escabullo y me siento encima de él.

Me mira con los ojos entrecerrados y la boca curvada en una sonrisa que solo le he visto dedicarme a mí.

Deslizo la yema del dedo por su esternón.

—Me toca a mí.

—Creo que estoy deshidratada. —Me abanico, tumbada boca arriba en la cama. Mi corazón apenas ha vuelto a la normalidad tras el último orgasmo.

—Hay botellas de agua en la nevera —dice, a mi lado—. Voy a traer un par. —Se incorpora un poco, pero le pongo una mano en el abdomen para detenerlo.

—Ya las cojo yo.

Me levanto de la cama y, aún sintiéndome un poco cohibida por ir por su apartamento completamente desnuda, busco algo con qué taparme.

—Toma. —Se estira sobre el borde de la cama y me lanza su camisa, que está ahí tirada—. Ponte eso. —Con una sonrisa de agradecimiento, meto los brazos por las mangas y me abrocho un par de botones del medio—. Te queda bien mi ropa. —Su voz es ronca. —Me giro hacia él y veo que se ha dado la vuelta. Ahora está tumbado boca abajo, con la barbilla apoyada en el bíceps y la sábana apenas cubriéndole el trasero, de modo que queda al descubierto la línea larga y esbelta de su espalda. La forma en que me mira, con esos ojos oscuros y posesivos, hace que mi corazón se acelere. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios—. ¿Qué?

No es hasta habla que me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente. Parece tan relajado, tan satisfecho con el simple hecho de estar aquí conmigo… De repente, quiero capturar este recuerdo, guardarlo en mi corazón para cuando me asalten las dudas sobre lo que estamos haciendo. Para esos momentos en los que me preocupa que todo esto se desvanezca y me quede sin nada más que la nostalgia.

Eso me ha pasado más de una vez desde que me ha contado su historia con Katherine. Después de haber sido traicionado tan profundamente por su esposa, ¿cómo va a pensar Roman siquiera en una relación estable?

Y por muy doloroso que sea ese pensamiento, no creo que quiera olvidar haberlo visto así.

—¿Tienes lápices? ¿Papel?

Empieza a incorporarse, pero extiendo una mano para detenerlo.

—Por favor, no te muevas.

Arquea las cejas, pero sin discutir, vuelve a acomodarse.

—En mi despacho.

Se me acelera el pulso y siento un cosquilleo de emoción en el estómago.

—No te muevas. Vengo ahora mismo.

Salgo disparada de la habitación y busco un bloc de notas en blanco y un lápiz en su despacho. Al volver paso por la cocina y cojo un par de botellas de agua de su enorme nevera. Cuando regreso, lo encuentro justo como lo he dejado.

Dejo las botellas en la mesilla de noche y me dejo caer de nuevo sobre la cama.

Él me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo?

Me muerdo el labio y lo miro de reojo.

—Atrapar este momento.

—Atrapar el momento… —repite en voz baja.

—Mmm. —Cruzo las piernas y, como solo llevo puesta su camisa parcialmente abrochada y no llevo bragas, su mirada se dirige directamente al punto entre mis piernas. Se me escapa una risita—. No te distraigas. —Teniendo en cuenta las veces que nos hemos corrido los dos esta noche, cualquiera diría que a estas alturas ya estaría saciado.

—¿Cómo se supone que voy a evitarlo? —gruñe—. Me estás dando hambre.

Ignoro mi propia chispa renovada de deseo.

—Puedes comer más tarde.

El instinto toma el control y mi mano se desliza sobre el papel. Estoy oxidada. Hace mucho tiempo que no hago algo así, y este no es un lápiz de dibujo adecuado. Aun así, me siento bien. A medida que sigo, delineando la forma de sus ojos y el ángulo de su mandíbula, la memoria muscular se activa y me relajo.

Me está observando. Cada vez que levanto la vista del papel, sus ojos gris lobo recorren mi rostro.

He cogido velocidad, captando la línea recta de su nariz y la curva de sus labios con facilidad. Luego paso a la forma en que un mechón oscuro de pelo se desliza sobre su frente y a la pendiente musculosa de su hombro.

Quince minutos más tarde, dejo el lápiz sobre la cama a mi lado y sostengo el bloc de notas con las dos manos, estudiando lo que he dibujado. Es un boceto, pero teniendo en cuenta que es el primer retrato que intento hacer en años, estoy contenta con él.

Más que contenta. Mirarlo me hace sentir… ligera. Le sonrío.

—Ya puedes moverte.

Se da la vuelta y se apoya contra el cabecero.

—¿Puedo verlo?

Se me corta la respiración. Si se lo enseño, ¿revelaré más de lo que me gustaría sobre lo que siento por él?

Aunque los nervios me recorren el cuerpo, inspiro hondo y le muestro el bloc de notas.

Él lo mira fijamente, frunciendo el ceño.

Siento una presión en el pecho.

—No es perfecto…

Niega con la cabeza para interrumpirme.

—Ven aquí. —Dejo el bloc de notas y me acerco. Cuando estoy al alcance de su mano, me rodea la cintura con los brazos y hace que me ponga a horcajadas sobre él—. Es increíble. Parezco feliz. No estaba seguro de cómo se veía esa expresión en mi rostro.

Mi corazón se hincha.

—Es mi expresión favorita. —Le doy un beso en los labios y le paso los brazos alrededor del cuello, sintiendo que mi propio deseo regresa.

Desliza las manos por mis muslos y bajo su camisa. Luego me hace echarme de espaldas con facilidad y se abre paso entre mis piernas.

—Me has prometido que podía comer cuando acabaras. Así que dame lo que quiero y córrete en mi boca.

47

ROMAN

El sol de la mañana proyecta líneas nítidas sobre la mesa de reuniones. Cole, que está sentado junto a Tate, me hace un gesto con la cabeza. Esta no es una reunión ejecutiva cualquiera.

Chloe, Sophie y Samson han preparado la sala, asegurándose de que todo esté listo para el análisis en profundidad de la oferta de EcoTech.

—Empecemos. —Le hago un gesto a Chloe para indicarle que distribuya los últimos informes financieros y el análisis de la competencia—. Tenemos que cerrar hoy nuestra oferta para EcoTech, y no quiero que quede ningún cabo suelto. —David le dedica a Chloe una sonrisa demasiado radiante cuando ella le pasa el informe. La irritación me recorre el cuerpo, pero la ignoro con un profundo suspiro. Hoy tengo que concentrarme—. Tenemos una sola oportunidad de hacer que esta oferta sea imbatible. Haverscombe Industries está presionando mucho para superarnos y, si no lo consiguen, buscarán otras estrategias.

—Si subimos mucho más nuestra oferta, mermaremos nuestros activos —dice Carl, nuestro director financiero—. Tenemos que pensar no solo en ganar esta licitación, sino también en mantener la empresa después.

—Ya hemos destacado nuestro compromiso con las prácticas éticas y la implicación con la comunidad —interviene Margo—. No podríamos ser más diferentes de Haverscombe en esos aspectos. Eso debería influir en su decisión.

Asiento.

—Asegúrate de que el borrador incluya nuestro marco ético como prioridad.

Cole expone lo básico.

—La última jugada de Haverscombe ha sido asociarse con Z-Corp, lo que refuerza el atractivo de su oferta en el sector tecnológico.

—Podemos contrarrestar eso —digo—. Nuestra investigación y desarrollo en tecnología verde no es comparable: va muy por delante. Potenciaremos ese aspecto en nuestra oferta: destacaremos nuestro compromiso con la innovación y la sostenibilidad. No solo se trata de dinero.

—Podríamos lanzar una campaña de relaciones públicas preventiva que socave la estabilidad de Haverscombe —propone David—. Hay rumores de inconsistencias financieras en su informe del último trimestre…

Niego con la cabeza.

—Quiero jugar limpio. Ganaremos esto por nuestros propios méritos. Ellis valora la integridad, y eso es lo que le demostraremos. Potenciemos lo que tenemos con una presentación detallada de nuestros proyectos y su impacto. Quizá podamos incluir algunos testimonios de nuestros socios.

—No necesitamos recurrir al juego sucio. —Cole se recuesta en su asiento, con expresión pensativa—. Pero sabemos qué clase de hombre de negocios es Roger Haverscombe. No está de más que EcoTech sepa con quién se asociaría si aceptara su oferta.

Asiento, aunque se me hace un nudo en el estómago. Instintivamente, me vuelvo hacia Chloe, que me dedica una leve sonrisa.

Cuando me reuní con Ellis en Francia, le juré que no me parecía en nada a mi padre, que no difuminaba las líneas profesionales. Que no utilizaba mi poder para explotar a nadie. Él me dejó muy claro lo importante que es para él el liderazgo ético, y yo le aseguré que los pecados del padre no serían repetidos por el hijo.

Sin embargo, ¿qué hice la noche siguiente y tantas otras veces desde entonces?

Lo que Chloe y yo tenemos no se parece en nada al tipo de relaciones que mi padre mantenía con sus empleadas, pero aun así, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que estoy a un paso de caer en la misma trampa.

Tengo que mantener al King Group en lo más alto para cerrar el acuerdo con EcoTech sin que haya ni un atisbo de escándalo. Al mismo tiempo, quiero proteger lo que, de forma tan inesperada, ha cobrado vida entre Chloe y yo. Sin embargo, equilibrar las dos cosas está resultando mucho más difícil de lo que había previsto.

Una vez que hemos discutido la logística y las previsiones, despido al grupo.

—Gracias a todos. Redactaremos las revisiones y prepararemos la oferta final. Aseguraos de mantenerlo en secreto. No queremos que Haverscombe se entere de nuestra estrategia antes de que movamos ficha.

Me quedo un rato mientras la sala se va vaciando, con la mirada fija en Chloe mientras ordena sus notas y recoge la sala, todo ello mientras charla y se ríe con Sophie.

—Chloe, quiero hablar contigo en mi despacho cuando hayas terminado.

—Por supuesto.

Las dejo con lo suyo y recorro el pasillo a zancadas, con la tensión aumentando a cada paso. Las posibilidades de fracaso — en el acuerdo con EcoTech, en mi relación con Chloe— dan vueltas en mi cabeza sin cesar. Un paso en falso y podría echarlo todo por la borda.

Me siento ante mi escritorio, pero mi mente no deja de repasarlo todo. El silencio en mi oficina es casi opresivo, y trae consigo una familiar sensación de soledad. Es una sensación a la que estoy acostumbrado y de la que estoy harto, resultado de años dedicados a protegerme de enredos emocionales no deseados y a centrarme únicamente en una necesidad profundamente arraigada de demostrar que no me parezco en nada a mi padre.

Un momento después, se oye un suave golpecito en la puerta. Entonces ella entra y cierra con cuidado tras de sí. Su sonrisa es cálida al acercarse a mí.

El simple hecho de verla desata la tensión que me anuda los músculos. Por un instante fugaz, me permito saborear su presencia sin hacer nada más.

Se detiene frente a mi escritorio, con la cabeza un poco ladeada.

—¿Va todo bien?

Quiero tocarla. Quiero pegarla a mí y besarla. Justo aquí. Pero consigo contenerme por los pelos.

Todo ha cambiado desde que la conocí, y sigo intentando encontrar el equilibrio en un terreno inestable. Por primera vez en mucho tiempo, me veo deseando apoyarme en alguien, compartir los pensamientos y sentimientos que he mantenido ocultos. Pero los dos estamos ocultándoles secretos a las personas más cercanas a nosotros. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que todo se derrumbe?

Carraspeo.

—Quiero que vengas a mi entrevista con *Forbes* esta tarde.

Arquea las cejas, pero al mismo tiempo se le curvan las comisuras de los labios. Nadie nos verá si vamos uno al lado del otro en la parte trasera del coche. Eso nos brinda un poco de ese tiempo a solas, tan preciado y escaso, que tanto ansío.

—Por supuesto. ¿Hay algo más?

Aprieto los puños. Me rondan por la cabeza muchos más pensamientos, pero no tengo ni idea de cómo expresarlos, así que me levanto y rodeo mi escritorio, acercándome tanto que ella tiene que levantar la barbilla para sostenerme la mirada.

Le acaricio la mandíbula y le paso el pulgar por los labios. Sus ojos del color del mar están llenos de ternura y confianza.

Se me hace un nudo en la garganta. Quiero mantenerla a salvo. Darle todo lo que necesita. Pero no sé cómo conseguir lo que quiero mientras cumplo con lo que tengo que hacer.

Bajo la mano.

—No hay nada más. Solo quería tocarte.

—Si tú puedes tocarme, yo puedo hacer esto. —Se pone de puntillas y me besa en los labios. Si cree que puedo dejarlo así, está subestimando el efecto que tiene sobre mí. La pego a mi cuerpo y profundizo en el beso, dejando que su dulzura me inunde y llene todos los huecos dentro de mí que ni siquiera me había dado cuenta de que estaban vacíos. ¿Es esto? ¿Es así como se sintieron Cole y Tate cuando conocieron a Delilah y a Violet? ¿Experimentaron esta certeza que llega hasta la médula de los huesos? ¿Esta necesidad ardiente de tener a su mujer cerca, de protegerla, de darle el

mundo? ¿Es esto lo que debería haber sentido con Katherine y que nunca sentí? Demasiado pronto, unas voces en el exterior nos obligan a separarnos. Incluso con el riesgo de que nos descubran, me cuesta soltarla—. Tendremos que irnos pronto a la entrevista —dice sin aliento, y yo doy un paso atrás.

Sonríe y va hacia la puerta.

—Chloe. —Se detiene y se vuelve. Las palabras que quiero decirle me queman la punta de la lengua y me oprimen las costillas. Pero no sé cómo liberarlas. Me meto las manos en los bolsillos, con los hombros tensos por lo que estoy dejando sin decir—. Nada. Iré a buscarte cuando sea hora de irnos.

Sus ojos recorren mis rasgos y, acto seguido, se marcha.

48

CHLOE

Cuando entro en la cocina, me encuentro a Carol y a mi padre sentados a la mesa, cada uno con una taza de té.

Él sonríe y Carol parlotea, pero cuando me ven, un ligero rubor tiñe las mejillas de Carol.

Me quedo clavada en el sitio, con el corazón a mil. ¿Hay algo entre ellos?

Y si es así, ¿eso me parece bien o mal? Me gusta Carol y quiero que mi padre sea feliz, pero ¿cómo va a funcionar cuando a ella le pagan por cuidar de él?

En cuanto ese pensamiento me viene a la mente, me reprendo a mí misma por ser tan hipócrita. A Roman y a mí nos va bien. No hay razón para que a ellos no les vaya bien también. Si es que está pasando algo…

Carol se pone de pie, un poco desconcertada.

—Será mejor que termine de preparar la cena. A tu padre hoy le apetecían espaguetis a la boloñesa. ¿Te parece bien?

Le dedico una pequeña sonrisa.

—Suena genial. Gracias.

—De nada.

—¿Qué tal el trabajo, cariño? —pregunta mi padre mientras Carol se afana en nuestra pequeña cocina.

Me siento en la silla que acaba de quedar libre y suspiro.

—Bien. Ajetreado.

Me he pasado la tarde viendo a Roman responder a las preguntas de la entrevista con *Forbes* con total aplomo. Sus contestaciones al entrevistador han sido mesuradas y elocuentes. Ha hablado de su visión estratégica para el King Group, incluida la integración propuesta de EcoTech, destacando el compromiso de la empresa con la sostenibilidad y el liderazgo ético.

Cuando le han preguntado por su padre ha reconocido brevemente los retos que supone superar ese legado sin entrar en demasiados detalles. Luego ha dejado claro lo decidido que está a apartar a la compañía de las controversias del pasado y dirigirla hacia el futuro.

Mientras hablaba de sus planes para impulsar el sector hacia prácticas más ecológicas, me ha invadido una repentina oleada de orgullo. Roman no es solo un director ejecutivo, es un visionario. Está abriendo un nuevo camino en un campo lleno de escollos. No podía apartar la vista de él.

Sin embargo, mientras hablaba, podía sentir el peso que lleva sobre sus hombros, podía percibir la sombra amenazante de su padre. Mi comprensión de lo que está en juego para él se ha hecho más clara, y también mi preocupación.

Es brillante y ambicioso, pero sus responsabilidades y objetivos están siempre en su mente. Al observarlo, me he dado cuenta por primera vez de lo complicado que es su mundo y de cuánto de sí mismo está dedicando a llevar al King Group por un nuevo camino.

—¿Ese tirano de tu jefe tiene pensado llevarte a otro país de nuevo? —Mi padre interrumpe el curso de mis pensamientos.

Sonrío y niego con la cabeza, aunque el pecho me arde por la verdad que estoy ocultando.

—Ya te lo he dicho; mi primera impresión fue errónea.

Riendo, se lleva la taza de té a la boca con solo un ligero temblor.

—Supongo que cualquier hombre que se toma un tiempo de su apretada agenda para acompañar al padre de su asistente al médico y se la lleva al Louvre no puede ser tan malo. —Le brillan los ojos y, de repente, no puedo evitar preguntarme si lo sabe. Sin embargo, antes de que pueda formular una respuesta, continúa—: Espero que ese misterioso nuevo novio tuyo no se sienta eclipsado.

Trago saliva para deshacer el nudo que siempre tengo en la garganta.

—No se siente así. Y no es misterioso, es solo que yo…

—No quieres gafarlo. Lo sé, cariño. —Me da una palmadita en la mano—. Lo único que necesito saber ahora mismo es que te trata bien. Ya me contarás más cuando estés lista.

Se me seca la boca. Odio ocultarle tantas cosas.

—Lo haré, te lo prometo. Y sí, me trata muy bien.

Él sonríe, y se le arrugan las comisuras de los ojos.

—Bien. Deja que alguien te mime por una vez.

La felicidad que ha ido creciendo dentro de mí durante las últimas semanas vuelve a inundarme y brota con más fuerza aún.

—¿Te importa si te robo uno de los lienzos que compraste? ¿Y algunas de tus pinturas?

Sus ojos se iluminan y endereza la espalda.

—¿Vas a pintar?

Me encojo de hombros, intentando parecer despreocupada.

—Pensaba hacerlo, sí. Tal vez.

—Por supuesto —dice—. Están ahí sin hacer nada, esperando a que me llegue la inspiración. Usa lo que quieras.

Desde la cocina, Carol nos observa con una suave sonrisa en el rostro.

—Qué familia tan talentosa.

—Aún no has visto mis pinturas —río—. No dejes que el talento de mi padre te engañe y te haga creer que yo soy tan buena, porque ni de lejos.

Él resopla.

—Tienes mucho talento, cariño. Estoy deseando ver lo que pintas. ¿Qué te ha inspirado por fin?

Me muerdo el labio inferior, y mi estado de ánimo vuelve a hundirse. No puedo decirle que es Roman. Y no puedo dejar que vea el retrato que ha tomado forma en mi mente. Tendré que pintar otro. Uno que de verdad pueda enseñarle.

—Pensaba pintar un retrato de Christopher para Lola.

Y, la verdad, debería hacerlo. A Lola le encantaría. Debería haberlo hecho hace meses. Al instante, la idea cobra vida en mi cabeza. Necesitaré que me envíe una foto de su pequeño, ya que los bebés que no paran quietos son más difíciles de dibujar que un hombre tumbado en la cama.

Carol se ofrece a prepararme una taza de té, pero estoy demasiado emocionada y nerviosa por volver a pintar y quiero ponerme manos a la obra. Así que me llevo a mi habitación dos lienzos, pintura y el caballete que han comprado mi padre y Carol.

Antes de empezar, le envío un mensaje a Lola para pedirle una foto y luego cojo un lápiz. Desdoblo el boceto que hice de Roman y lo dejo a mi lado; después, me pongo a trabajar para reproducirlo en el lienzo, añadiendo más detalles de memoria.

Mi mano se detiene cuando perfilo sus labios. Estudio la curva ascendente, la sonrisa que reserva solo para mí, y el corazón se me encoge de tal modo que apenas puedo respirar.

¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo me he enamorado de mi jefe sin darme cuenta?

Recorro con el dedo la línea del lienzo mientras reflexiono sobre la pregunta. Fue una media sonrisa, un gesto atento tras otro… hasta que, de repente, me miró así. Y yo correspondí a esa mirada. Lo quiero todo con él. La emoción de su tacto y el placer de los orgasmos, sí, pero también quiero todas las cosas que aún no hemos vivido. Quiero despertarme a su lado cada mañana. Quiero cogerlo de la mano en público y bailar juntos donde todo el mundo pueda vernos. Quiero que me envuelva en sus brazos y me bese sin preocuparse de que seamos objeto de especulaciones.

Todo ha sido mejor desde que lo conozco, y es aterrador y estimulante al mismo tiempo.

Inspiro hondo para calmar las emociones que se arremolinan en mi interior y vuelvo a llevar el lápiz al lienzo. Cada trazo me tranquiliza hasta que empiezo a tararear para mis adentros y la imagen cobra forma.

Me lleva más tiempo de lo que esperaba, y acabo decidiendo que no voy a usar el color esta noche cuando suena mi teléfono y el nombre de Lola aparece en la pantalla.

Me dejo caer en la cama y contesto.

—¿Estás pintando otra vez? No tienes ni idea de lo feliz que me hace eso.

Me río.

—Todavía no. De hecho, aún no he cogido el pincel, pero si me envías una foto de Christopher, puedo ponerme manos a la obra.

—Me siento honrada de que mi bebé vaya a ser tu primera obra de arte en años.

Hago una mueca.

—Bueno… No es exactamente la primera…

Ella se queda boquiabierta, fingiendo indignación.

—¿Qué? ¿Quién ha sido el primero?

Frunzo el ceño.

—Puede que haya esbozado un retrato de Roman.

—¿Estás diciendo que tu guapísimo jefe te inspira más que mi gordito?

Una sonrisa se dibuja en mi rostro demasiado rápido como para detenerla.

—Digamos que la otra noche fue una gran fuente de inspiración.

—¿Así es como lo llaman ahora?

No puedo evitar reírme.

—No es eso. Se le veía muy relajado y feliz, y sentí unas ganas irrefrenables de dibujarlo.

—Si te ha hecho querer volver a pintar —dice, con voz seria— , estoy totalmente a favor. Pero ¿por qué necesitas una foto de Christopher?

—Tenía que ofrecerle una excusa a mi padre —confieso, haciendo una mueca—. Y cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que quería pintar un retrato de tu hijo.

—¿Así que estás utilizando a mi bebé para ocultar tu aventura con tu jefe?

Se me escapa un grito ahogado.

—Al principio, supongo que sí, técnicamente. Ahora, sin embargo, me muero de ganas de pintarlo.

Se queda callada un momento, luego mi teléfono pita en mi oído.

—Vale, te he enviado una de mis fotos favoritas —dice Lola— . Hablando de tu padre, ¿cómo está?

Me recuesto contra el cabecero y suspiro.

—Mejora cada día. Y está feliz. De hecho —paso los dedos por la colcha—, creo que hay algo entre Carol y él.

—¿En serio? —suena encantada—. ¿Y a ti qué te parece?

Frunzo el ceño.

—Si de verdad hay algo entre ellos, me alegro por él. Pero… supongo que estoy acostumbrada a que seamos solo nosotros dos.

¿Qué pasará si empiezan a salir? ¿O si ella se muda con él? ¿Seguirá cobrando su sueldo?

—Quizá te estés adelantando a los acontecimientos, Chlo.

Me encojo de hombros y suspiro.

—Lo sé. Me estoy adelantando. Es que no se me dan muy bien los cambios.

—Las cosas siempre cambian. —Su voz es suave—. Eso es algo bueno.

—Supongo… —Quito una pelusa pegada a mi edredón—. Es que ahora todo va tan bien… Es difícil no preocuparse de que todo pueda salir mal.

Ya me he enamorado perdidamente de Roman, así que no sé qué le pasará a mi corazón si todo se viene abajo.

—Siempre habrá sorpresas. Pero pase lo que pase, tendrás la fuerza necesaria para afrontarlo. Créeme. Y disfruta de los buenos momentos. Intenta no preocuparte por la posibilidad de que lleguen los malos.

Tiene razón. Gran parte de mi nerviosismo proviene de la incertidumbre sobre mi relación con Roman. Es hora de aprender a dejarme llevar y vivir el presente en lugar de intentar anticipar todos los «Y si…».

Una vez que cuelgo la llamada con Lola, ayudo a Carol a terminar de preparar la cena. Después de una agradable charla, ella se va y mi padre y yo nos acomodamos en el sofá.

Mientras cambio de canal, él carraspea.

—He estado pensando, cariño. Todavía no estoy listo para volver a pintar. Pero me he puesto en contacto con una de las pequeñas galerías donde solía exponer mi obra de vez en cuando y les he preguntado si estarían interesados en las pocas que no he vendido. He pensado que podría generar un poco de interés y quizá un poco de dinero mientras espero a recuperar la fuerza en la mano.

Sonriendo, me incorporo de un salto.

—Es una idea estupenda.

—Sé que ese —señala con la cabeza hacia el pasillo— es tu favorito, pero creo que sería la pieza central perfecta. Aunque, si no

te sientes cómoda con la idea de que se venda, puedo dejarlo fuera. ¿Qué te parece?

Siento un nudo en el pecho.

—Sinceramente, me entristecería no poder verlo todos los días, pero creo que deberías hacerlo. Algún afortunado por ahí se merece tener tu cuadro en la pared.

Él extiende un brazo.

—Yo soy el afortunado.

Me deslizo por el sofá y dejo que me abrace, deleitándome con la sensación de que tiene más fuerza. Cuando me suelta, apoyo la cabeza en su hombro.

Al final, nos decidimos por una reposición de *Firefly*. Vimos la serie juntos cuando era niña, así que volver a verla ahora me llena de nostalgia y esperanza. Por mi padre. Por mí.

Las cosas están cambiando, y da miedo. Pero es como mirar un lienzo en blanco y estar demasiado nerviosa para dar ese primer trazo de color, preocupada por si el cuadro queda imperfecto. Si dejo que el miedo a eso me frene, nunca tendré la oportunidad de crear algo verdaderamente hermoso.

Y quizá un cuadro imperfecto sea mejor que no tener ningún cuadro.

49

Chloe

Dejo escapar un suspiro, con los pies apoyados en el regazo de Roman. Hay puesta una película en su enorme televisor y él alterna entre responder correos en su teléfono y darme un masaje en los pies. La vida no puede ser mucho mejor que esto.

Hace una semana que me di cuenta: estoy enamorada de él. Y desde entonces, cada día le doy vueltas en la cabeza a qué hacer al respecto. ¿Debería decírselo? Aparte de tener que mantener nuestra relación en secreto, estar con él es maravilloso. Pero ¿admitir lo que siento cambiará las cosas? Nunca le he dicho esas palabras a un hombre antes, y todo este secretismo lo complica todo.

Sobre todo, no tengo ni idea de si él siente lo mismo. Sí, se pone posesivo. No le gusta cuando David se acerca a mi mesa y se insinúa. Dice que está obsesionado conmigo y siempre quiere tocarme. Pero ¿qué significa todo eso para el futuro? ¿Qué piensa él sobre un compromiso a largo plazo? ¿Sobre el matrimonio? ¿Sobre los hijos?

Me da demasiado miedo preguntárselo.

Lo que sí sé es que su prioridad es guiar a la empresa a través de los cambios que se avecinan, y la adquisición de EcoTech es una parte importante de eso. Nadie puede saber nada de lo nuestro hasta que el asunto esté cerrado. Así que no he sacado el tema de hacer pública nuestra relación. Solo desearía que estar juntos no me pareciera como si estuviera poniendo todo su arduo trabajo en riesgo.

Más que nada, ojalá su padre no hubiera sido tan capullo. Ojalá no hubiera tomado la hermosa alma de Roman y la hubiera retorcido hasta obligarlo a levantar un muro a su alrededor.

El hombre en cuestión se da cuenta de que lo estoy mirando, y una sonrisa pícara se dibuja en sus seductores labios.

—¿Te aburre la película?

Parpadeo con una sonrisa traviesa de mi propia cosecha.

—Es que no puedo dejar de mirar a mi guapo jefe.

Sus ojos se oscurecen y deja el teléfono.

—Ven aquí, cariño.

Sin dudarlo, me siento a horcajadas sobre su regazo, mirándole a los ojos. Esos ojos grises que antes me parecían tan fríos y que ahora están llenos de deseo.

Me besa, y es ardiente y tierno a la vez. Igual que él.

Muevo las caderas, saboreando su profundo gemido y la forma en que se hincha, duro y listo, debajo de mí. Con las manos hundidas en mi pelo, me mueve la cabeza, para tener mejor acceso. Gimo contra sus labios y la anticipación cobra vida dentro de mí.

El estridente timbre de su teléfono me sobresalta y me aparto.

—Ignóralo.

Esas simples palabras me provocan un escalofrío. Saber que ignorará una llamada de trabajo por mí me hace más feliz de lo que debería. Pero cuando suena por segunda vez, suspiro y me relajo sobre sus muslos. Si es urgente, tiene que contestar.

—¿Qué quieres, Cole? —Me agarra por las caderas, impaciente por volver a lo que estábamos haciendo.

Como tengo ganas de jugar, le lleno la mandíbula de besos. Me da una palmada en el trasero, pero eso solo me hace sonreír y seguir adelante.

Entonces su cuerpo se tensa de la cabeza a los pies. Me detengo de inmediato y me aparto para estudiar su rostro.

La repentina tensión en su expresión me provoca una oleada de inquietud.

—¿Cómo ha pasado? —pregunta en voz baja. Busco en su rostro alguna pista de lo que ha salido mal. ¿Es EcoTech? O peor aún, ¿le ha pasado algo a alguno de sus hermanos o a su madre? Su expresión no delata nada; solo baja ligeramente la barbilla mientras escucha. Luego gruñe como en señal de asentimiento—. Estaré ahí tan pronto como pueda.

En cuanto cuelga, le paso las manos por los músculos de los hombros, tratando de calmarlo.

—¿Qué pasa?

En lugar de responder, hace que me baje de su regazo y me siente en el sofá; se levanta y se pone a dar vueltas.

La inquietud que sentía antes se convierte en un nudo en mi pecho a medida que se aleja de mí. Es egoísta, pero si está molesto, quiero que necesite tenerme cerca, no apartarme.

Por fin, se da la vuelta, entrelazando los dedos detrás de la nuca.

—Mi padre ha tenido un infarto en la cárcel.

Me enderezo, con un nudo en el estómago.

—¿Está bien?

Aprieta los labios y niega con la cabeza.

—Lo han declarado muerto al llegar al hospital.

—Ay, Roman. —Me acerco corriendo y lo abrazo con fuerza.

Su relación nunca había sido buena y, sí, ese hombre era un criminal y un capullo, pero seguía siendo su padre. Su cuerpo permanece tenso y, aunque corresponde a mi abrazo, no se relaja contra mí. Le acaricio la espalda y estiro el cuello para mirarlo—. ¿Estás bien?

Su expresión es distante.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Le toco la mejilla con suavidad para obligarlo a centrarse en mí.

—Porque tu padre ha muerto. Independientemente de lo que sientas por él, es un *shock*. Está bien estar triste.

Me mira fijamente durante un largo rato, y la tensión alrededor de sus ojos se suaviza un poco. Cuando por fin me acerco más a él y apoya la barbilla en mi cabeza, suelto un silencioso suspiro de alivio.

—No sé cómo coño sentirme. No debería sentir nada, pero… —Sus brazos me estrechan con más fuerza—. Sea lo que sea esto, no es eso.

Apoyo la cabeza contra su pecho, escuchando los rápidos latidos de su corazón.

—No tienes que averiguarlo ahora. Solo ten claro que estoy aquí, para lo que necesites.

Me levanta la barbilla, roza mis labios con los suyos, y vocaliza un *«Gracias»* silencioso.

—Tengo que ir a casa de Cole. La familia se va a encontrar allí para hablar de lo que hay que hacer a continuación. Le diré a Phillip que te lleve a casa.

Me cuesta, pero lucho contra el impulso instintivo de reaccionar. Por supuesto que no puedo ir con él. Nadie sabe nada de lo nuestro, ni siquiera su familia. Así que no puedo estar a su lado, no puedo cogerlo de la mano ni rodearlo con mis brazos como Violet y Delilah pueden hacer con Tate y Cole.

Es otro doloroso recordatorio de lo difícil que es esta situación. De cómo la línea que intentábamos no cruzar no ha desaparecido, solo se ha desplazado. Mientras que antes nos separaba, ahora se interpone entre nosotros y todos los demás.

Trago saliva para deshacer el nudo en la garganta, esbozo una sonrisa tranquilizadora y doy un paso atrás. Lo último que Roman necesita ahora mismo es que yo convierta esto en una discusión sobre mis sentimientos.

—Voy a por mi bolso.

Al darme la vuelta, me pican los ojos. El miedo al cambio con el que luchaba hace una semana de repente me parece mucho menos aterrador que la posibilidad de que quizá nunca haya ningún cambio.

50

ROMAN

Han pasado tres días desde que murió mi padre. La noche que nos enteramos, mis hermanos y yo nos encontramos en casa de Cole para hablar de qué hacer. Organizamos el comunicado público, concertamos una rueda de prensa para el día siguiente y decidimos celebrar un funeral lo más íntimo posible.

Sigo sin saber cómo me siento. El hombre que proyectaba su sombra sobre todos nosotros se ha ido. Parece el remate de un chiste malo.

Llaman a la puerta y Chloe entra con su habitual elegancia silenciosa.

Quiero ir hacia ella, rodearla con mis brazos, besarla hasta que sea lo único que ocupe mi mente. Pero me contengo. Desde que mi padre murió, entre nosotros hay una distancia tácita. Una que no sé cómo salvar.

Solo tenemos que superar el funeral. Con suerte, una vez que la cobertura mediática de su muerte se calme, las cosas volverán a ser como antes.

Se acerca con elegancia hacia mí y me entrega una pila de periódicos.

—Aquí tienes todos los diarios que me has pedido.

Le acaricio la mano con el pulgar cuando los cojo.

—Gracias.

—¿Necesitas algo más?

Sí. Cierra la maldita puerta y déjame saborearte. Desnúdate y déjame adorar tu cuerpo; haré que grites mi nombre.

Pero eso no es lo que digo, porque el titular de la portada del periódico me ha llamado la atención.

—«El exdirector ejecutivo caído en desgracia muere en prisión, lo que ensombrece al Grupo King». —Rechino los dientes. Incluso

muerto, encuentra la manera de fastidiarnos—. Eso es todo —murmuro, pasando a la siguiente página.

Apenas me doy cuenta del clic de la puerta mientras ojeo el segundo titular.

«La familia King se enfrenta de nuevo al escrutinio público tras el fallecimiento de Maxwell King».

Me paso la mano por la cara.

Suena una notificación y aparto la vista de los titulares. Chloe me ha etiquetado en un correo: un mensaje de *Forbes* solicitando una entrevista de seguimiento para hablar de cómo está afectando a la empresa la muerte de mi padre.

Joder, genial.

Suena el interfono y la voz de Chloe se oye por el altavoz.

—Katherine King ha venido a verle, señor King. —Su voz es tan neutra que me hace daño.

¿Qué demonios hace ella aquí? Muevo la cabeza para aliviar la tensión que se ha instalado de forma permanente en mi cuello y mis hombros.

—Déjela pasar. —Escucharé lo que tiene que decir y luego la despediré.

Cierro los ojos e imagino a Chloe, utilizando esa imagen para centrarme. La deseo: su dulzura, su calma. Quiero despedir a mi exmujer y llamar a Chloe. Al diablo con mi norma de mantener la profesionalidad en la oficina.

Pero con los titulares de los periódicos dando vueltas en mi cabeza, reprimo ese impulso. Tengo que controlarme, recuperar algo del control del que solía enorgullecerme.

El escrutinio de los medios de comunicación, tanto sobre la empresa como sobre mí, será implacable en un futuro inmediato. Debería centrarme en minimizar el riesgo, no en complacer mi necesidad cada vez mayor de Chloe.

La puerta se abre de golpe y me arranca del curso de mis pensamientos. Mi exmujer entra con aire despreocupado, con un vestido demasiado corto y ceñido como para no ser deliberadamente provocativo.

Ni me molesto en levantarme.

—¿Qué quieres, Katherine?

Se hunde en la silla que está frente a mí, cruzando las piernas de una forma que busca llamar la atención.

—Me gustaría asistir al funeral.

Junto las yemas de los dedos y suelto el aire lentamente.

—¿Por qué? Hace años que no hablas con mi padre.

Ella resopla, aunque no hay verdadera pena en su expresión.

—Porque era mi suegro… y mi antiguo jefe.

—Por no mencionar que también era tu antiguo amante.

Se muerde el labio, con esa mirada de cervatillo que solía usar tan a menudo cuando nos conocimos, antes de que yo descubriera lo que se escondía tras esa máscara de inocencia.

—Ya te dije que fue un error. Uno del que llevo arrepintiéndome desde entonces.

—En ese caso, ¿quieres asistir al funeral de mi padre, donde te encontrarás cara a cara con su exmujer, la mujer a la que engañó contigo?

La irritación se refleja en sus ojos.

—Ella tampoco era precisamente una santa.

Niego con la cabeza, sin molestarme en ocultar mi desdén.

—¿Por qué quieres estar allí de verdad?

Endereza los hombros y me mira directamente a los ojos.

—Para mostrarte mi apoyo, por supuesto. Si no voy, llamará la atención sobre nuestra separación, que no fue precisamente amistosa. Eso es lo último que quieres ahora mismo, ¿no? He visto los periódicos. Estoy segura de que preferirías no darles a los medios más trapos sucios que desenterrar.

No me apetece discutir con ella. El funeral es solo una formalidad, de todos modos. Me da igual si Katherine aparece o no. Solo quiero que todo este circo termine de una vez.

—Está bien —digo—. Ven o no vengas. Me da exactamente igual. —No se marcha enseguida, como esperaba. Se queda ahí sentada, con las piernas cruzadas, estudiándome con sus grandes ojos marrones. Me rasco el puente de la nariz, con la irritación en aumento—. Estoy perdiendo la paciencia. ¿Qué quieres?

—Pasamos buenos momentos, ¿verdad?

La contemplo con severidad. No me interesa recordar el pasado. Ahora que tengo a Chloe, no puedo entender cómo me enamoré de la falsedad de Katherine. Chloe es auténtica. Todo lo que hace sale directamente de su corazón y eso es lo que más me gusta de ella. Al mismo tiempo, odio que eso la haga vulnerable.

Toda la agitación de mi vida tiene el potencial de hacerle daño y eso es lo último que quiero. El renovado interés de mi exmujer por mí no hace más que acentuar mis preocupaciones.

Me levanto y rodeo mi escritorio. Katherine se anima, como si pensara que estoy a punto de abrazarla, pero yo me limito a pasar de largo.

—Hemos terminado aquí. —Abro la puerta y me aparto.

Con un suspiro, se levanta y se acerca. Se detiene frente a mí y me pone una mano en el brazo.

—Nos vemos en el funeral, cariño.

Me quedo paralizado ante su contacto, pero antes de que pueda apartarme, ya se ha ido; pasa rápidamente junto al escritorio de Chloe.

Chloe busca mi mirada, pero solo por un instante, antes de bajar la cabeza y concentrarse en la pantalla de su ordenador. La brecha que se ha ido abriendo entre nosotros en los últimos días es más evidente por su silencio. Me hace daño saber lo que le debe de haber parecido la visita de Katherine. Y me molesta aún más saber que existe la posibilidad de que eso haya hecho que Chloe se sienta insegura.

—¿Podemos hablar en mi despacho?

Sus ojos vuelven a los míos y me dedica una sonrisa tensa.

—Por supuesto. —Con un aire de perfecta profesionalidad, se levanta, coge su bloc de notas y viene hacia mí.

No me aparto cuando pasa, así que su hombro me roza el brazo.

Reprimo una sonrisa ante la ligera elevación de su barbilla. No quiero que sufra, pero tampoco puedo negar que me gusta la idea de que esté celosa… siempre y cuando tenga la oportunidad de tranquilizarla.

Cierro la puerta tras ella y echo la llave Al oír el clic, se da la vuelta de un salto, con la boca entreabierta por la sorpresa.

—¿Qué estás haciendo?

Me acerco a ella con paso firme. Estrecha el bloc de notas contra su estómago, con las manos aferradas a él.

Pongo dos dedos bajo su barbilla y hago que levante la cara hacia la mía.

—Dime lo que sientes.

Traga saliva de forma audible.

—No siento nada.

Le acaricio la mandíbula con el pulgar.

—No creo que eso sea cierto. Acabas de ver a mi exmujer salir de mi oficina, tocarme, llamarme «cariño». Sé cómo me sentiría yo si los papeles se invirtieran.

Ella inspira hondo y echa los hombros hacia atrás.

—Odio no poder ir contigo al funeral, pero a tu exmujer sí le está permitido estar allí. Ella puede apoyarte públicamente. Se le permite tocarte y llamarte «cariño» donde cualquiera pueda verlo. —Aunque su voz se mantiene firme, el ligero temblor de su labio inferior la delata.

Joder. Cierro los ojos un instante, sintiendo el peso de lo que le he hecho pasar.

Tiene razón. Katherine puede hacer todas esas cosas y ella no. Me mata estar poniéndola en esta situación.

—Es una cuestión de percepción. Eso es todo. Y no será para siempre, cariño. Te lo prometo.

—Lo sé. —Deja escapar un suspiro tembloroso—. Eso no lo hace más fácil. Quiero estar ahí para ti. Me lastima no poder hacerlo. —Aplacada, se concentra en el espacio que nos separa—. Lo siento. No debería ponértelo más difícil.

—Eso es lo último que estás haciendo. —La agarro de la nuca y la pego a mí hasta que vuelve a mirarme a los ojos—. No has empeorado ni una sola cosa desde el día en que entraste en este edificio. Yo también te quiero ahí conmigo. Encontraré la manera de que eso suceda, ¿vale?

El destello de duda que veo en sus ojos hace que una dura piedra de culpa se me revuelva en las entrañas. Esa duda es culpa mía.

La beso, con fuerza. Su libreta cae al suelo entre nosotros, olvidada, mientras ella me rodea con sus brazos y corresponde al beso.

A pesar de mi anterior convicción de no ceder a mi necesidad de ella, no puedo evitar levantarla y sentarla en mi silla.

Jadeando, se agarra a los reposabrazos de cuero.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito saborearte de nuevo. —Me arrodillo—. Cállate y deja que te haga sentir bien.

Le subo la falda hasta las caderas y luego le separo los muslos, disfrutando de su brusca inspiración. Lleva las bonitas bragas que le compré para reemplazar las que rompí la noche que follamos aquí.

Tiro de la tela hacia un lado, dejando al descubierto su apetecible sexo.

—Roman —sisea—. Creía que no querías…

Deslizo la lengua por su suave piel y sus palabras se truncan. Le lamo el clítoris una y otra vez. No puedo tomarme mi tiempo con ella como me gustaría, pero no tengo ninguna duda de que puedo hacer que se corra en menos de cinco minutos.

Hundo la cabeza entre sus piernas y su sabor inunda mi paladar mientras le chupo el clítoris. Contonea las caderas, deja escapar un grito ahogado, y ese sonido me anima a seguir.

Redoblo mis esfuerzos, gimiendo, chupando, saboreándola, provocándola. Con las manos aferradas a sus muslos, la pego con más fuerza a mi cara. No puedo acercarme lo suficiente.

Consciente de que el tiempo se acaba, me obligo a concentrarme en su clítoris, alternando entre lamerlo y succionarlo entre mis labios. Luego deslizo mis dedos dentro de ella, y sin dejar de acariciarla, los doblo en su interior.

—Dios mío, Roman.

Incluso ahora se acuerda de mantener la voz baja. Una parte de mí desearía que no lo hiciera. Una parte de mí quiere reclamarla como mía aquí y ahora, y hacer que el mundo lo sepa al hacerla gritar mi nombre.

—Eres tan estrecha… —Deslizo mis dedos dentro y fuera—. Tan perfecta, joder… —Su sexo se contrae a mi alrededor y ella se

retuerce en mi silla, con la excitación goteando sobre el cuero entre sus piernas—. Eso es, cariño. Empapa mi cara, empapa mi silla. Te quiero por todas partes, por todo mi puto despacho. —Le meto otro dedo y le acaricio el clítoris con fuerza y rapidez.

Sus caderas se sacuden y se corre entre jadeos entrecortados. Gimo; el sonido vibra en lo más profundo de mi pecho, pero no dejo de estimularla durante el orgasmo hasta que se queda flácida.

Lamo sus labios y mis dedos hasta dejarlos limpios, luego le rodeo la nuca con la mano y hago que se acerque a mí para besarla; deslizo mi lengua en su boca para que pueda saborear lo deliciosa que es.

Cuando ella se aferra a mi camisa, me permito olvidar, solo por un momento, que me importa algo en esta vida aparte de ella.

51

Chloe

Me quedo unos pasos por detrás de Roman y resisto el impulso de cogerlo de la mano mientras el grupo atraviesa el césped. A lo lejos, las cámaras disparan sus flashes. Cada clic me da náuseas. Es repugnante la forma en que los *paparazzi* se han entrometido en el funeral.

Cole y Tate van detrás de nosotros, con Delilah y Violet. Incluso la madre de Roman tiene a un hombre a su lado, el hombre con el que estaba en la gala. Quizás sea su novio.

Le echo un vistazo a Roman. No ha mencionado nada de que su madre esté saliendo con alguien. Se me encoge el corazón al ver cómo la distancia entre nosotros se hace cada vez mayor. Cuando estamos juntos en su apartamento, e incluso en su oficina, estamos en una pequeña burbuja. Igual que cuando estábamos en Francia.

Lejos de las miradas del mundo, él me pertenece, pero fuera, a la luz del día, la historia es muy distinta.

Me invade la tristeza, pero me la quito de encima con rapidez. Estoy aquí por una única razón: apoyar a Roman. Aunque tenga que hacerlo desde un segundo plano.

Sophie y Samson se acercan, vestidos de negro, igual que yo, con expresiones sombrías. Roman dijo que encontraría la manera de que yo estuviera aquí, y lo hizo. Como Samson y Sophie estaban allí cuando el padre de Roman era director general, tiene sentido que hayan venido para apoyar a Cole y Tate, tanto en el aspecto personal como en el profesional. Y aunque nunca conocí a ese hombre, mi presencia en el funeral no parece tan extraña porque ellos también han acudido.

Mientras estamos alrededor de la tumba, escuchando al capellán, no puedo evitar echar miradas furtivas a Katherine, que está frente a

nosotros, con un aspecto muy glamuroso aunque vaya toda vestida de negro.

Aunque lleva gafas de sol oscuras, juraría que tiene los ojos fijos en Roman todo el tiempo. Me consume la necesidad de ponerle las manos encima. De reclamarlo. Pero no puedo.

En su lugar, me mantengo erguida, con la esperanza de que pueda sentir mi apoyo, aunque no estemos tocándonos.

Mientras el cura habla de los éxitos de Maxwell King, evitando cuidadosamente cualquier mención a los muchos errores que cometió el hombre, Roman tiene los hombros tensos. No se ha abierto sobre sus sentimientos tras la muerte de su padre. Dios, ojalá lo hiciera. No sé cómo ayudarlo cuando no me lo permite.

Por mucho que niegue que está sufriendo, su confusión es evidente. Al menos para mí lo es.

Una vez finalizado el servicio, sus hermanos y su madre hablan con la gente mientras Sophie y Samson se retiran para coordinarse con los de seguridad, y yo me encuentro junto a Delilah y Violet.

No puedo resistirme a preguntarle a Delilah si puedo coger a Lottie, y ella me tiende a la bebé alegremente.

Se me llena el corazón al ver su carita. Es agridulce saber que es la sobrina de Roman. Él es parte de ella, como el resto de su familia.

Eso solo hace que me sienta aún más como una extraña.

—¿Sabes? —dice Delilah, con los ojos brillantes de simpatía— . Nunca pensé que acabaría aquí. La primera vez que conocí a Cole, no podía imaginar que él cambiaría mi vida. A veces me parecía imposible que hubiera un final feliz para nosotros.

Me da un vuelco el estómago, pero hago todo lo posible por contener mi reacción. ¿Lo sabe? Desvío la mirada de ella hacia Roman, y luego hacia Violet, que parece igual de comprensiva. ¿Se lo habrá contado él?

—No es difícil de ver si sabes en qué fijarte —interviene Violet—. Y más cuando tú misma lo has vivido.

—Yo… yo… —Siento un nudo en el pecho que me dificulta respirar. ¿Qué se supone que debo decir?

—No te preocupes. —Delilah me da una suave palmada en el brazo—. No creo que nadie más lo sepa. Tu secreto está a salvo con

nosotras. Con suerte, Roman entrará en razón y pronto se dará cuenta de cuáles son sus prioridades.

Una oleada de actitud defensiva me invade.

—No espero que cambie sus prioridades. Sé lo que es importante para él.

Las dos se miran.

—Atención —dice Violet.

Por instinto, me vuelvo y veo a Roman andando a zancadas hacia nosotras. Sus ojos están más tormentosos de lo que han estado en todo el día y, por un momento, me pregunto si le molesta que tenga en brazos a Lottie.

Pero cuando llega hasta nosotras y clava la vista en mí, su expresión se suaviza.

Se agacha hacia ella, se acerca y la coge.

—Te queda bien tener a un bebé en brazos —murmura.

Se me para el corazón y se me sonrojan las mejillas. Doy un paso atrás, preocupada por si hago alguna tontería como besarlo aquí mismo, delante de todo el mundo.

Un movimiento en mi campo de visión me llama la atención, y veo que Katherine nos está mirando, con los labios apretados en una línea fina.

Retrocedo otro paso, con el pulso acelerado. Mi razón para estar aquí ya es bastante endeble. No quiero darle a nadie munición para hacerle daño a Roman o a su familia y menos cuando he sido yo quien ha insistido en acompañarlo.

Los ojos de Roman se clavan en los míos mientras sostiene a Lottie contra su pecho; el tamaño de la pequeña contrasta con su enrome complexión. Violet y Delilah estudian la escena con miradas demasiado cómplices.

—Yo… eh, voy a ayudar a Sophie y a Samson. —Me doy media vuelta y enseguida me tropiezo con alguien.

La madre de Roman me pone las manos en los hombros y sus fríos ojos azules me evalúan.

Se me acelera el corazón, me arden las mejillas y las lágrimas que llevan tiempo amenazando con brotar están a punto de desbordarse.

Cada reacción es más ridícula que la anterior. ¿Qué ha sido de mi profesionalidad?

Hago todo lo posible por adoptar una expresión profesional al dirigirme a la elegante y distante madre de Roman.

—Lo siento mucho, señora King.

Una leve arruga aparece entre sus cejas.

—Es usted una asistente muy dedicada por estar aquí para mi hijo.

Trago saliva con dificultad. Después de todo lo que hizo su difunto marido, ¿qué debe de pensar de mí?

La vergüenza me revuelve las entrañas.

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Por supuesto. —Me suelta y me dispongo a salir corriendo; de la forma más profesional posible, claro está—. Me alegro de que tenga a alguien que cuide de él. Se merece esa clase de dedicación. Todos mis hijos se lo merecen.

La miro fijamente, sin saber muy bien si debo tomarme sus palabras al pie de la letra. Por lo que me ha contado Roman, nunca ha sido precisamente una madre cariñosa. ¿De verdad le preocupa tanto la dedicación de los asistentes de sus hijos?

—Eh, gracias. Probablemente debería… —Señalo en dirección a las puertas del cementerio y ella asiente.

Me doy cuenta de que Roman me está mirando con el ceño fruncido. Tate y Cole están ahora a su lado; Cole se ha hecho cargo de su hija.

Katherine no se ha movido y creo que sigue atenta a lo que hago. Le dedico una sonrisa forzada antes de alejarme de todos ellos.

Aunque más bien parece que estoy huyendo.

52

Roman

—¿Vas a darme una explicación? —dice Tate, poniéndome el tabloide delante de la cara.

Se lo arranco de las manos y me tomo un segundo para asimilar lo que estoy viendo.

El titular, en primera plana, anuncia: «¿De tal palo, tal astilla? La relación secreta del director general de King Group levanta sospechas».

Debajo hay una foto borrosa de Chloe y de mí justo después de salir de mi coche, probablemente de camino a una reunión. Tengo la mano en su espalda —un hábito que he intentado romper sin éxito— y la foto está tomada de tal manera que la situación parece mucho más íntima de lo que era.

Ella está tan guapa como siempre, con su cabello rubio recogido en una coleta y su vestido negro entallado, perfectamente profesional. Pero no importa. Los medios de comunicación le darán la vuelta a esto como quieran. Para ellos, ella es joven, atractiva y mi asistente. Y yo soy su jefe, y estoy demasiado cerca y soy demasiado protector, y tengo las manos sobre ella.

Le devuelvo la revista a mi hermano pequeño.

—No hay nada que explicar.

Tate se deja caer en la silla frente a mí, arqueando una ceja.

—Tienes razón. No hace falta que lo expliques, porque es bastante obvio. Te estás tirando a tu asistente. —Se ríe, pero cuando me limito a mirarlo con ira, se pone serio y levanta las manos—. Oye, soy la última persona que te juzgaría. Es que resulta gracioso teniendo en cuenta lo firme que te mostraste en que no ibas a contratarla. —Ladea la cabeza, entrecerrando los ojos—. ¿O es por eso? ¿Ya entonces sentías algo por ella?

Rechino los dientes.

—¿De verdad crees que esto tiene gracia? Desde la muerte de papá aún estamos más bajo el escrutinio público. Con un poco de suerte, la adquisición de EcoTech se cerrará en cuestión de semanas. Lo último que quieren es mala publicidad. —Me pellizco el puente de la nariz y me obligo a inspirar y luego a espirar con calma—. Y está Haverscombe. Ha adelantado el momento de su oferta para ganarnos la partida. De hecho, no me extrañaría que hubiera orquestado toda esta situación. En cualquier caso, que los medios de comunicación saquen a relucir comparaciones entre papá y yo es lo último que necesitamos ahora mismo. Por no hablar del golpe a la reputación de Chloe.

—¿Crees que le importa más su reputación que tú?

La ira se enciende, ardiente y dolorosa, en mi pecho. ¿Cómo es que no lo entiende?

—A mí me importa.

Me mira con atención.

—Entonces, ¿no es solo un rollo?

—No es un rollo. —Acordamos no contárselo a nadie, ni siquiera a mis hermanos, pero no voy a menospreciar lo que Chloe y yo tenemos.

Tate levanta las manos y se ríe.

—Pues, en ese caso, no hay ningún problema. Ignora a los malditos medios y hazlo público. Nosotros nos encargaremos de las consecuencias.

—¿Cuando las consecuencias podrían ser perder EcoTech, que bajen las acciones, la reputación de Chloe?

Se endereza en su asiento y su tono se vuelve serio.

—Si a Ellis le preocupa trabajar con un hombre que se ha enamorado —oírle decir esas palabras me impacta más de lo que esperaba—, de quienquiera que sea de quien se haya enamorado, no estoy seguro de que queramos trabajar con él. Y aunque el precio de nuestras acciones baje temporalmente, no tengo ninguna duda de que volverá a subir. En cuanto a la reputación de Chloe, sí, eso es un problema. No debería serlo, pero lo es. Pero si vas en serio con ella, pronto todo el mundo sabrá que no es una

cazafortunas… . —Sus ojos se clavan en los míos con lo que parece simpatía.

—Como Katherine —gruño.

Asiente lentamente.

—Como Katherine. Pero, tío, ¿por qué no nos lo contaste? ¿Acaso crees que Cole y yo no íbamos a respaldarte? Y más cuando se trata de una mujer que te importa.

La culpa me oprime el estómago.

—Quizá no merezca que me apoyen.

Tate se echa hacia delante, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Qué coño quieres decir con eso?

—¿Dónde estaba yo cuando estabas creciendo? ¿Dónde estaba yo cuando Cole quería estar con Delilah? Ah, claro, le estaba fastidiando la vida. ¿Te apoyé cuando te dije que fingieras salir con Violet, o estaba apoyando a la empresa?

Todos los errores que he cometido se retuercen dentro de mí hasta que me falta el aliento. Tenso la mandíbula, resistiéndome al impulso de pasarme la mano por el esternón.

Él suelta un suspiro.

—En primer lugar, salir de forma fingida con Violet fue lo mejor que me ha pasado nunca, así que no lo incluyas en tu lista de fracasos. Y sí, quizá con lo de Cole y Delilah no estuviste en tu mejor momento, pero cuando te diste cuenta de lo en serio que iba con ella, lo ayudaste a superarlo en lugar de darle la espalda. En cuanto a dónde estabas cuando éramos niños, estabas en modo supervivencia; todos lo estábamos. Los tres lo pasamos mal. Pero ahora estamos aquí, juntos. Así que deja de castigarte. Te mereces ser feliz, igual que el resto de nosotros. —Levanta las manos al aire —. Joder, incluso mamá sonríe más últimamente. Si has encontrado a alguien que te hace sentir así, por el amor de Dios, haz que funcione.

Me obligo a asimilar sus palabras. Pero mi atención sigue fijándose en esa maldita foto de la revista del corazón en la que salimos Chloe y yo. Ni siquiera es remotamente escandalosa, tal y como interactuamos allí, pero el titular se cierne sobre mi mente. No

importa lo que diga mi hermanito, lo único en lo que puedo pensar es en que todo por lo que he estado luchando se desmorona a mi alrededor.

Y Chloe. Le prometí que la mantendría a salvo, pero en cambio, he llevado a los lobos directamente a su puerta. Ella no se merece algo así.

Mi mente trabaja a toda máquina, barajando soluciones. Tiene que haber una forma de solucionar esto, de mantener la adquisición en marcha y proteger a Chloe al mismo tiempo.

Tate me observa, con mala cara.

—Te lo estás pensando demasiado. Habla con ella y ya está.

Asiento.

—Gracias por el consejo.

—¿Vas a seguirlo?

—Voy a resolverlo. —Asiento con firmeza y pulso el intercomunicador—. Chloe, ¿puedes ponerme al teléfono a Sean Prescott, de Wright Construction?

Tate se echa más hacia delante, entrecerrando los ojos.

—¿Para qué leches lo llamas?

Antes de que pueda responder, Chloe me pasa la llamada.

—Hola, Sean. Tengo que pedirte un favor. Necesito que contrates a una de mis empleadas, solo temporalmente. Está familiarizada con nuestro proyecto, así que puede actuar como enlace.

Con Chloe trabajando fuera de King Plaza, la atención de los medios se alejará de ella —de nosotros— el tiempo suficiente para que las cosas se calmen. Al menos, eso es lo que espero.

Mi hermano maldice entre dientes y niega con la cabeza, pero yo lo ignoro.

Sean acepta en cuestión de minutos y cuelgo.

—¿Cómo va a solucionar nada sacar a Chloe de King Plaza? —pregunta Tate, con una mueca de enfado que rara vez se le ve en la cara.

—Es temporal —espeto—. Una vez que se complete la adquisición de EcoTech y los tabloides dejen de dar caña, podremos hacerlo público de forma controlada. De una manera que no haga que nos tachen a ninguno de los dos de algo que no somos.

Se pasa las manos por la cara y echa la silla hacia atrás.

—Esto no va a salir bien. Si algo he aprendido, es que no se puede controlar el amor. Pero supongo que vas a descubrirlo por ti mismo.

Dicho esto, se levanta y sale del despacho a zancadas.

Me quedo allí sentado, con las palabras de Tate retumbando en mis oídos. *«No se puede controlar el amor»*.

Me rindo y me paso la mano por el esternón, para intentar aliviar la opresión que siento ahí. Quiero mucho a Chloe. Hago esto tanto por ella como por la empresa.

Ella lo entenderá.

Tiene que hacerlo.

53

Chloe

Sophie se asoma por encima de mi hombro y las dos miramos fijamente la pantalla del ordenador.

—Chica, ¿por qué no me lo habías contado? —pregunta.

—Solo tiene la mano en mi espalda. —La debilidad de mi voz me delata, incluso a mis propios oídos.

Ella resopla.

—Hay una mano que se pone en la espalda por cortesía, y luego está eso. —Señala con el dedo la pantalla, enarcando las cejas—. Eso grita: «Es mía. Si te acercas a menos de un metro de ella, te rompo el brazo».

Echo atrás la cabeza y la miro con los ojos muy abiertos. A ella no le afecta ni lo más mínimo. Al contrario, se echa a reír, en absoluto molesta por que le haya ocultado este secreto.

—Venga ya. Sé que solo somos amigas del trabajo, pero creo que me he perdido un montón de cotilleos jugosos.

—No somos solo amigas del trabajo —digo, esbozando una pequeña sonrisa a pesar de mis nervios a flor de piel—. Dudo que hubiera sobrevivido a mi primer día aquí sin ti. Pero hay algunas cosas que no se pueden compartir, por mucho que uno quiera. Especialmente en el trabajo.

Ahora que parece que nuestro secreto podría haber salido a la luz, me invade una extraña mezcla de alivio y preocupación. Mentir me ha pasado factura —a los dos—, pero no es así como quería que acabara. ¿Qué hará Roman cuando vea esto? ¿Cómo se sentirá?

Sophie tararea, pensativa, y luego asiente.

—Lo entiendo. Entonces, ¿va en serio?

Me muerdo el labio inferior, con la mirada fija de nuevo en la foto.

—Creo que sí.

—¿Cuándo lo haréis público?

Suelto un largo suspiro y la ansiedad arraiga en mi estómago.

—Supongo que ya ha sucedido. Pero… todavía hay complicaciones.

Dios, espero que esto no afecte a la adquisición. Si perdemos, sobre todo frente a Roger Haverscombe, Roman se quedará destrozado.

Sophie deja escapar un resoplido comprensivo.

—Los hombres así siempre traen complicaciones. Dile lo que quieres, Chloe. Tus sentimientos son tan importantes como los suyos. No dejes de lado tus necesidades. Si se preocupa por ti, tiene que dar un paso al frente y demostrárselo al mundo.

Antes de que pueda responder, suena el intercomunicador y Roman me pide que le pase con Sean Prescott.

Sophie arquea una ceja al oír el nombre, pero no dice nada. Estaba segura de que Tate había venido a hablar con Roman sobre la prensa sensacionalista, sobre todo después del guiño que me hizo antes de entrar en su despacho, pero quizá solo se trataba de negocios.

Sophie ha sido quien ha encontrado las fotos y me las ha enseñado, pero quizá Roman aún no las haya visto.

Eso solo me pone más nerviosa.

Sophie me hace entrar en unos cuantos sitios más, y todos comparten la misma puñetera foto. Tras varios clics, encontramos una diferente: una tomada cuando salíamos de esa misma reunión. Trago saliva. Una vez más, no hay nada descaradamente inapropiado en cómo nos tocamos, pero ¿la forma en que le sonrío? Mi expresión delata todo lo que siento.

Ninguna mujer mira así a su jefe. A menos que haya algo más.

—Chica, lo tienes mal. —La voz de Sophie es más suave ahora.

La puerta del despacho de Roman se abre de par en par y Tate sale con el ceño fruncido. Su expresión cambia cuando me ve, aunque su sonrisa no se parece en nada a la habitual, que suele ser despreocupada.

La inquietud recorre mis venas.

Le hace un gesto a Sophie, que me da una palmadita en el hombro.

—Hablamos luego —susurra antes de salir corriendo tras él.

Mi corazón late con demasiada fuerza contra las costillas, una sensación que me recuerda de forma aterradora a la que sentí cuando Geoff me llamó para comunicarme mi despido hace unos meses.

Cinco minutos más tarde, Roman me llama de nuevo y me pide que vaya a su despacho. La ansiedad se desliza por mi torrente sanguíneo, densa y fría, e inspiro hondo para tranquilizarme antes de empujar la puerta y entrar.

Está sentado ante su escritorio, con la cabeza gacha y los hombros tensos. Para cuando me detengo frente a él, mis piernas ya están temblando.

Por fin, me mira, con sus ojos grises, normalmente claros, ensombrecidos.

—¿Estás bien? —logro preguntar con solo un ligero temblor en la voz—. He visto las fotos. Lo siento. Sé que esto es lo último que querías.

Se levanta y rodea el escritorio.

—No te disculpes. No has hecho nada malo. —Cuando me pega a él, todos mis músculos se relajan y me hundo en su abrazo. Pero por mucho que quiera quedarme así, no me demoro, demasiado consciente de la puerta abierta a mis espaldas. Me acaricia los brazos de arriba abajo y siento el calor de sus grandes manos a través de la blusa—. Obviamente, esto no es lo ideal. Habría preferido hacerlo público en nuestros propios términos para poder controlar el discurso mediático, pero, por suerte, no hay nada definitivo en esas fotos. Así que, hasta que se calme el revuelo por la muerte de mi padre y los tabloides pierdan interés, te he conseguido un puesto en Wright Construction. Te mantendrá alejada de los focos hasta que pueda gestionar la situación.

La ansiedad que recorre mis venas se convierte en hielo. ¿Qué?

—¿Me vas a trasladar?

Me mira fijamente a la cara, con las comisuras de los labios hacia abajo.

—Recibirás el mismo sueldo, y King Group seguirá cubriendo la asistencia domiciliaria de tu padre.

El suelo se mueve bajo mis pies. Me cuesta mucho no tropezar cuando doy un paso atrás para alejarme de él.

—Esa no es la cuestión. Dijiste que mi trabajo estaba a salvo.

Se pasa la mano por el pelo oscuro, con la frustración brillando en sus ojos.

—Lo está. Esto es temporal, solo hasta que se cierre la adquisición de EcoTech y las cosas se calmen. Los medios buscan un escándalo y no quiero que te veas envuelta en medio de todo esto.

Niego con la cabeza, tratando de entender su razonamiento. Pero las palabras de Katherine en la convención resuenan en mi mente, cortándome como fragmentos de cristal. La empresa siempre será la prioridad de Roman.

Siento unas náuseas que me dejan un ardor ácido en la garganta.

La sensación me resulta demasiado familiar. Es como aquel día, hace años, en que me di cuenta de que mi madre se había ido y no iba a volver. Como el momento en que descubrí que la enfermedad de mi padre significaba que ya no podría pintar nunca más. O el día en que se cayó, cuando supe que ya no podría vivir solo.

Una vez más, el suelo está abriéndose bajo mis pies.

Para Roman, esto puede parecer una solución sencilla: nada más que chasquear los dedos, una medida temporal. Pero para mí, es la prueba de lo mucho que me he arriesgado. Dios, ¿cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo he podido permitir que mi sueño de un futuro con él me cegara ante la realidad?

Esto podría ser el fin de nuestra relación. Así, sin más. Una decisión tomada, una simple llamada telefónica, y se acabó. No hemos asumido ningún compromiso. A pesar de sus garantías, nada le impide enviarme lejos para siempre. Dice que mi sueldo seguirá siendo el mismo, pero ¿por cuánto tiempo? Si ya no trabajo para él, y si ya no estamos juntos, ¿no sería muy fácil recortarme el sueldo? Podría cambiar de opinión sobre mí en cualquier momento, y toda la seguridad y la estabilidad por las que me he esforzado tanto —por mi padre y por mí— se esfumarían, echadas a perder por el capricho de otra persona. Otra vez.

—Creo que… —El aire se me escapa entrecortado—. Creo que quizá deberíamos dar un paso atrás.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

Me humedezco los labios; de repente, se me ha secado la garganta.

—Las cosas se han complicado. Si necesitas que acepte ese trabajo, lo haré. Pero quizá deberíamos hacer una pausa, darnos tiempo para averiguar qué es lo que queremos en realidad. Lo que necesitamos.

Da un paso adelante y traga saliva; la tensión irradia de cada línea de su cuerpo.

—Te quiero.

—Quizá sea así —susurro, con el corazón encogido—. Pero ¿me necesitas? Porque hay cosas que yo sí necesito, Roman, y no sé si estás preparado para dármelas. Si alguna vez lo estarás. —Se lleva las manos a la nuca, apretándolas con fuerza, y tensa los labios hasta formar una línea fina. No responde—. Es temporal —repito las palabras que él ha usado hace unos minutos, pero suenan tan débiles como las suyas—. Como este cambio. Quizá… quizá un descanso nos vendría bien. Nos daría tiempo para averiguar qué es lo más importante.

—Un descanso —murmura, con la voz tensa y un músculo palpitando en su mandíbula—. Muy bien. Si eso es lo que quieres…

No lo es. En absoluto. Pero tampoco quiero la incertidumbre, la vulnerabilidad, la sensación de estar a su merced. No puedo arriesgar todo por lo que he luchado sin una auténtica promesa sobre cuándo cambiarán las cosas —o incluso sobre si alguna vez lo harán—. Sabía que este era el riesgo, y lo asumí, porque lo quería. Ahora me aterra haber tomado la decisión equivocada.

A pesar del agudo dolor en el pecho, enderezo los hombros.

—Me hiciste prometer que si alguna vez dejaba de sentirme segura contigo, me pondría a mí misma en primer lugar.

Una oleada de angustia recorre su rostro.

—¿No te sientes segura?

Dios mío. ¿Es así como se supone que se siente ponerme a mí misma en primer lugar? ¿Como si me hubieran partido las costillas y me estuvieran vaciando por dentro?

Me planteo retractarme. No soporto hacerle daño. Pero antes de que pueda decidirme, se mete las manos en los bolsillos y da un paso atrás.

—Lo decía en serio —murmura—. Lo último que quiero es que te sientas así.

Aprieto los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza que me escuecen.

—¿A quién vas a buscar para sustituirme?

Niega enérgicamente con la cabeza.

—No he pensado tan a largo plazo. Sophie y Samson pueden encargarse de todo por ahora.

La opresión en mi garganta se vuelve casi insoportable, y el escozor en el fondo de mis ojos se intensifica. Está decidido. No va a cambiar de opinión. Darme cuenta de ello me sienta como un puñetazo.

—¿Cuándo empiezo en Wright Construction?

—Mañana. —Sus ojos se clavan en los míos, llenos de cosas que no dice.

Asiento y suelto el aire, temblorosa.

—Entonces, acabaré la jornada. A menos que quieras que me vaya ya.

Me agarra por los brazos y me da un abrazo que casi me aplasta.

—No quiero que te vayas en absoluto.

Lo peor es que le creo. Pero por mucho que me desee, hará lo mejor para la empresa, tal y como Katherine dijo que haría. Ni siquiera puedo enfadarme con él por ello. Conozco sus prioridades desde el principio. Aun así, de alguna manera, me convencí a mí misma de que tal vez podría cambiar por mí. Pero incluso sin su padre, Roman sigue impulsado por la necesidad de demostrar que no se parece en nada a él. No quiero interponerme en ese camino, por mucho daño que me haga.

—Lo sé. Y no quiero arriesgar todo por lo que has trabajado. —Le acaricio el pecho y pego a él la mejilla, pero los frenéticos latidos de su corazón no logran que el mío deje de dolerme tanto que apenas puedo respirar.

Durante unos pocos meses, aflojé el control sobre mis responsabilidades. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados esperando que alguien más cuide de mi padre y de mí. Ese es mi trabajo. Siempre lo ha sido. Sin embargo, tampoco soy capaz de dejar ir por completo a Roman. La idea de que se aleje para siempre —de que esto termine de una vez por todas— me hace sentir como si me estuvieran desgarrando por dentro.

Hace diez años, dejé a un lado el pincel y renuncié a ese sueño.

Ojalá supiera si hay alguna posibilidad de que pueda aferrarme a este.

54

ROMAN

—No quiero oír excusas. Hazlo y punto. —El hombre al otro lado del teléfono tartamudea en su intento de asegurarme que va a resolver el asunto.

Todo está llegando a un punto crítico. La gran inauguración de Genesis-1 está a la vuelta de la esquina, Ellis estará en la ciudad la semana que viene y nos quedan pocos días para presentar formalmente nuestra oferta de adquisición. Además de eso, mi nueva entrevista con *Forbes,* en la que van a indagar en la pesadilla que ha supuesto la muerte de mi padre, es la semana que viene.

Todo por lo que hemos estado trabajando —todo por lo que yo he estado trabajando— está dando sus frutos, pero en lugar de sentir satisfacción, no siento nada. Estoy entumecido.

Muevo el cuello y me obligo a no pensar en Chloe. Me mata saber que no está sentada en su escritorio, tras mi puerta. Que no va a entrar en mi despacho, a inundarlo con su presencia, su aroma embriagador, su calidez o su humor.

Que no estará en mi apartamento esta noche, en mi cama.

Hice lo correcto al trasladarla tras esos reportajes de la prensa sensacionalista. A las pocas horas de mi decisión, nuestros abogados amenazaron con emprender acciones legales contra los tabloides. Eso ayudó a calmar mis temores, pero no tanto como saber que no van a pillarnos con otro teleobjetivo. Aunque ni siquiera ese alivio puede calmar el puñetero dolor incesante que siento en el pecho.

Porque, a pesar de su garantía de que la ruptura era temporal, no lo parece en absoluto. Parece un final.

Mi intercomunicador suena, y aunque sé que será Sophie en lugar de Chloe, mi corazón da un vuelco en una puta respuesta pavloviana. Pulso para contestar.

—¿Sí?

—Tus hermanos van de camino a la reunión. ¿Quieres que os traiga algo de comer?

—Gracias —digo—. ¿Podrías pedir un par de pizzas?

—¿Pizzas? —Su tono es de pura sorpresa.

Me reiría si mis malditas tendencias masoquistas no amenazaran con acabar conmigo.

—Phillip sabe a dónde ir y qué pedir.

—Vale, claro.

En cuestión de segundos, llegan mis hermanos. Me levanto y los acompaño hasta los sofás porque necesito apartarme de mi escritorio y de los recuerdos que me provoca.

Me siento en un sofá y ellos se acomodan en el otro.

—Son tiempos emocionantes —dice Tate.

Gruño en señal de asentimiento. Eso es todo lo emocionado que puedo mostrarme.

—Las cotizaciones bursátiles se están disparando —añade Cole.

—Bien.

—Nuestro padre ha vuelto de entre los muertos y va a llevar a cabo una adquisición —suelta Tate con naturalidad. —Entrecierro los ojos y resoplo. La risa que se le escapa suena demasiado fuerte en el silencio del lugar—. Solo quería asegurarme de que estás aquí, con nosotros.

—Estoy aquí. —Me paso los dedos por el pelo otra vez.

—¿De verdad? Porque parece que tu alma abandonó tu cuerpo el día que tomaste la decisión espectacularmente estúpida de enviar a Chloe lejos. —La voz de Cole es demasiado indiferente para mi gusto.

—¿Y qué debería haber hecho? —mascullo—. Con toda la atención puesta en nosotros, no tenía sentido darle a nadie munición extra.

—Entiendo que ver esas fotos fuera un *shock,* pero ¿crees que mandarla a otro sitio era la solución?

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan.

—Lo último que necesitamos es otro escándalo.

—¿Crees que el que Roman King se haya enamorado por fin se consideraría un escándalo? ¿O crees que va a revelar que el director

general del King Group es un ser humano y no un robot adicto al trabajo?

Suelto el aire con brusquedad.

—Las noticias dirían que el nuevo director general no es mejor que el anterior. Los medios me tacharían de depredador, como a papá. Todo el sector creería que en el King Group no ha cambiado nada, salvo el nombre que figura en el libro de cuentas de la empresa.

Tate suelta una carcajada.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

Lo miro fijamente, con la ira ardiendo en mis entrañas.

—No puedo ser tan despreocupado como tú con estas cosas — le espeto—. A nadie le importaba cuando tú ibas de fiesta en fiesta porque nadie te comparaba nunca con papá. —Al instante, su expresión se ensombrece. Joder. Me desplomo en la silla y suelto un largo suspiro—. Lo siento, Tate. No quería decir eso.

Se encoge de hombros y esboza una sonrisa.

—Nunca he dicho que no fueras un capullo. Pero eres nuestro capullo, así que…

Increíblemente, me encuentro correspondiendo a su sonrisa. Ese es mi hermano, rápido para perdonar, incluso a un capullo como yo. Excepto, por supuesto, a cualquiera que amenace a Violet. En ese caso el perdón no es una opción.

—Mira. —Me echo hacia delante y entrelazo las manos, con los antebrazos sobre las rodillas—. No es solo por la empresa. Ninguno de los dos dejaría que nadie hiciera daño a vuestras mujeres. No quiero que le hagan daño a Chloe. ¿Qué creéis que dirá la gente de ella?

Tate arquea una ceja.

—Supongo que eso depende de ti, ¿no?

Me paso las manos por la cara. Daría cualquier cosa por tener la mente tan clara y centrada como solía estar. Sin estar dividido entre prioridades contrapuestas.

Cole entrelaza las manos sobre el vientre y se reclina en su asiento.

—¿Qué te dijo ella cuando le anunciaste que la ibas a trasladar?

Mi cuerpo se tensa, como ocurre siempre que recuerdo la angustia en expresión.

—Que deberíamos tomarnos un descanso.

—¿Y eso no es lo que tú querías?

—No. Yo quería hacer control de daños. Ella sugirió un descanso para que pudiéramos «aclarar nuestras prioridades».

—¿Y cómo te sientes ante eso?

Joder. ¿Cuándo se ha convertido mi hermano en un puto psiquiatra?

—Me siento hecho una mierda. ¿Era eso lo que querías oír? — Me paso las manos por el pelo y lo meso, regodeándome en el daño que me hago—. Pero tengo que sacar adelante a la empresa en medio de todos estos grandes cambios. Tenemos que capear estos próximos meses, y entonces Chloe y yo podremos sacar nuestra relación a la luz en nuestros propios términos.

—¿Y seguirá esperándote cuando todo eso suceda? —pregunta Tate. Siento un nudo en el estómago. La posibilidad de que no lo haga no es algo que quiera contemplar. Apoya un tobillo sobre una rodilla y deja caer un brazo por el respaldo del sofá—. Porque me parece que ya sabes cuál es tu prioridad. Y no parece que sea Chloe.

55

Chloe

Doy unas pinceladas de color oscuro sobre el lienzo; en él, un mechón de pelo se desliza sobre unos ojos de color gris pálido, enmarcados por arrugas de expresión. Al echarme hacia atrás para inspeccionar mi obra, el corazón me late con fuerza en el pecho, angustiado.

Ha pasado una semana desde que me fui de King Plaza. Desde que me alejé de Roman. Me envió un mensaje esa primera noche, pero yo estaba demasiado confundida y sentía demasiadas emociones contradictorias como para hablar. Le volví a decir que deberíamos tomarnos un tiempo separados y parece que se ha tomado mis palabras en serio. Y lo odio.

Odio no hablar con él, odio no verlo todos los días y odio la distancia que nos separa. Pero más que todo eso, odio ser un secreto que él tiene que proteger. No quiero ser un riesgo para sus objetivos, y ya no puedo seguir esperando, confiando en que sus prioridades cambien.

Sí, puedo encontrar otro trabajo. Si lo hago, entonces, quizá, tras un tiempo para que el mundo olvide que alguna vez fui su asistente, él estaría de acuerdo en sacar a la luz nuestra relación. Pero no sé si alguna vez me sentiría completamente segura de su solidez, sabiendo que él siempre pondrá al King Group en primer lugar.

Trabajar en Wright Construction ha sido… diferente. Desempeño un puesto similar, pero a las órdenes de uno de sus vicepresidentes. Cuando Ethan se pasó por allí el primer día, nuestra conversación fue un poco incómoda, teniendo en cuenta cómo terminó nuestra única cita. Pero, al parecer, tiene una nueva relación y es feliz, así que lo superamos bastante rápido.

También echo de menos ver a Sophie. La última vez que hablamos me dijo que la versión oficial es que me trasladaron para

que una persona del King Group que estuviera familiarizada con el proyecto conjunto pudiera estar disponible para servir de apoyo. No estoy segura de cuánta gente se lo cree en realidad.

Limpio el pincel en un trapo viejo, lo dejo a un lado y salgo de mi habitación.

Cuando entro en la cocina, me encuentro a mi padre y a Carol enlazados en un abrazo y me freno en seco.

No se dan cuenta de mi presencia al principio, pero cuando carraspeo, se separan de un salto. Casi me echo a reír al ver la expresión de mi padre. Parece un adolescente al que su madre ha pillado *in fraganti.*

Y me cruzo de brazos para interpretar ese papel.

—¿Os importaría darme una explicación?

—No es lo que parece —dice él.

Eso me saca de quicio y se me escapa una risita.

Carol se tapa la cara con las manos y estalla en una carcajada.

—¡Por favor, no nos castigues!

Su risa es tan contagiosa que me hace reír a mí también. A pesar del dolor que siento en el pecho, verlos a los dos juntos me hace feliz.

Él nos mira a las dos con el ceño fruncido.

—¿No estás enfadada?

Recupero el aliento.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque hemos estado solos los dos durante mucho tiempo. —Inspira hondo y suelta el aire—. Esperaba que no fuera un *shock* tan grande porque parecías ir muy en serio con tu misterioso novio.

Se me encoge el corazón.

—La verdad es que… —titubeo—. No sé cómo va a terminar todo eso. —Las caras de mi padre y de Carol se ensombrecen.

—¿Qué ha pasado, cariño? —pregunta él.

No puedo entrar en detalles ahora mismo, al menos, si pretendo no derrumbarme.

—Ya sabes… Tenemos prioridades diferentes.

—¿Tiene esto algo que ver con tu nuevo trabajo?

No puedo disimular mi cara de susto.

Ellos se miran y Carol me dedica una sonrisa comprensiva.

—Voy a poner la tetera.

Cuando se va a la cocina, mi padre se acerca y me abraza.

—Vi cómo os mirabais. No era difícil adivinar quién te hacía brillar.

Me pican los ojos.

—¿Estás enfadado?

Enarca las cejas.

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque me he liado con mi jefe. Porque he puesto en riesgo mi trabajo. He puesto en riesgo mi capacidad para pagar tu tratamiento.

—Ay, cariño… —Suspira, me coge de la mano y me lleva hasta la mesa—. Ya era hora de que empezaras a arriesgarte. Es culpa mía que hasta ahora te hayas mostrado reacia a hacerlo. —Niego con la cabeza, pero él levanta la mano para detenerme—. Lo es. Confié en ti cuando eras demasiado joven para esa responsabilidad. Y lo he seguido haciendo desde entonces. Es hora de que te arriesgues, de que abras tus alas y vueles alto. Quiero que sigas tus sueños, sean cuales sean, o con quienquiera que sea.

Un nudo de emoción me estrangula la garganta.

—¿Cómo sabes si vale la pena correr un riesgo?

Su mirada se desenfoca por un momento antes de posarse en Carol, que se mueve por la cocina.

—Yo diría que, si hay siquiera una pequeña posibilidad de alcanzar la verdadera felicidad, debes ir a por ella. La vida es demasiado corta para dejar escapar algo tan valioso. —Cuando vuelve a mirarme, no puedo evitar dedicarle una sonrisa temblorosa. A pesar de lo angustiosos que son mis días, me reconforta verlo tan satisfecho—. ¿Te hace feliz?

—Sí —suspiro—. Pero no estoy segura de si a él le ocurre lo mismo conmigo. O, al menos, si es bastante.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Por un momento, me quedo en silencio, ordenando mis pensamientos y observando cómo Carol coloca una bandeja con tres

tazas de té sobre la mesa y pone una delante de mí, para luego sentarse junto a mi padre.

—Gracias. —Le doy un sorbo para tranquilizarme, aún sin saber cómo expresar todas las emociones que se remueven en mi interior.

—¿Por qué crees que no le haces lo bastante feliz, cariño? —pregunta Carol.

La imagen de su expresión cuando lo dibujé se me graba en la mente, y me duele el corazón.

—Porque nuestras prioridades no son las mismas. El amor no es lo que más quiere en la vida.

Mi padre tensa la mandíbula.

—Si no está dispuesto a convertirte en su prioridad, no te merece.

Me pican los ojos. No debería sorprenderme su apoyo, pero me emociono de todos modos.

—Tiene sus razones, y son buenas. Es solo que no sé si son compatibles con las mías.

Me aprieta la mano.

—Siempre me tendrás a mí. Pase lo que pase. Igual que yo siempre te he tenido a ti. Y algún día conocerás a un hombre que se dará cuenta de que su mundo no gira alrededor del sol, sino al tuyo.

Le aprieto la mano a mi vez.

—Te quiero, papá. —Reclinándome en la silla, esbozo una débil sonrisa—. Entonces, ¿tengo que empezar a buscar un piso para mí sola?

Carol abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

—Esta es tu casa, no la mía.

—Este siempre será tu hogar —dice mi padre—. Pero ya has sacrificado demasiado por mí, cariño. Es hora de que te pongas a ti misma en primer lugar. Si deseas quedarte, quiero que estés aquí sin lugar a dudas. Si quieres volver a disfrutar de ser joven y libre, te apoyaré al cien por cien. Hagas lo que hagas, espero que sigas pintando. Porque en las últimas semanas te he visto más feliz de lo que te había visto en mucho tiempo.

Asiento, aunque la verdad me oprime, pesada e ineludible. He vuelto a amar la pintura, pero mi felicidad tenía tanto que ver con

Roman como con el arte. Y no sé muy bien cómo separar las dos cosas.

Le doy un sorbo a mi café y dejo escapar un suspiro de satisfacción.

Lola sonríe.

—Parece que era justo lo que necesitabas.

—De verdad que lo era.

—Me alegro mucho de que me hayas llamado. —Sophie se sienta frente a mí ante la pequeña mesa de madera, degustando su propio café.

La sonrisa que le dedico es diminuta pero sincera.

—Yo también.

Ya era hora de que mis dos mejores amigas se conocieran.

Cuando Lola me llamó y me dijo que Jamie se había ofrecido a cuidar de Christopher por la mañana para que pudiéramos ponernos al día en un *brunch* de chicas, le pregunté si podía invitar también a Sophie, sabiendo que se llevarían bien.

Sophie da otro sorbo y examina los pasteles de la mesa antes de elegir uno.

—Echo de menos ponernos al día durante el almuerzo. El otro día estaba tan desesperada por tener compañía que le pedí a Samson que me acompañara. Nunca más. Ese chico se pasó todo el rato hablando de lo increíble que es Cole y de que quiere ser como él algún día. Está locamente enamorado de él.

Lola y yo nos reímos, pero la expresión de Sophie se vuelve seria.

—¿Y tú cómo estás con todo esto? ¿Habéis hablado Roman y tú?

Aunque aún me hace daño hablar de él, poder abrirme a mis amigas es un alivio.

—Estoy bien. Y no, no hemos hablado. Necesitaba tiempo para ver las cosas en perspectiva.

—Tiene sentido —dice Lola.

—Pero no es fácil. —Trago saliva, deseando que el dolor que siento por dentro se calme—. Darte cuenta de que quizá no significabas tanto como creías para alguien es muy doloroso.

—¿De verdad crees que es así? —pregunta Sophie; apoya los codos en la mesa y se acerca más—. Sinceramente, al principio me sorprendió que Roman se lanzara a por ti. Para él, eso es toda una

declaración de intenciones. No me puedo creer que no seas importante para él.

Recorro con el dedo la superficie lisa de mi taza, sin levantar la vista.

—Es solo que… No sé. Dejó claro que el King Group tiene que ser lo primero. Entiendo su postura y por qué es tan importante para él, pero arriesgar mi corazón y mi sustento, esperando que eso cambie, que alguna vez anteponga el amor al trabajo… —Niego con la cabeza—. En cualquier caso, él necesita centrarse en superar todo esto y no quiero complicarle más las cosas.

Sophie aprieta los labios y me mira fijamente antes de hablar con suavidad.

—No sé si se está concentrando muy bien, para ser sincera. Sí, se está volcando en la adquisición de EcoTech, pero parece… ausente. Como si estuviera allí, pero del todo no. Es obvio que no está bien. Incluso Tate parece preocupado.

Siento una punzada en el corazón.

—Lo echo de menos. Pero necesito protegerme. No quiero ser un secreto que él le oculte al mundo. Y menos aún uno que ponga en peligro todo por lo que ha estado trabajando toda su vida. Quiero más. Necesito más.

—Y también te mereces más. —Lola arquea una ceja y hunde los dientes en un *croissant*.

Sophie coge su bollo danés y le da un mordisco a una esquina.

—No es justo cómo han salido las cosas.

—No es justo. —Lola deja el pastelito sobre la mesa y se limpia las manos con la servilleta—. Pero quizá esta sea una oportunidad para volver a encontrarte a ti misma. Ahora que tu padre se encuentra mejor y que Carol forma parte de su vida, es el momento perfecto para averiguar qué quieres hacer con tu tiempo. Lo que de verdad quieres hacer en vez de lo que crees que deberías hacer. Y has vuelto a pintar. Ese es el lado positivo. Me encanta el retrato de Christopher que estás haciendo.

Mi corazón se aligera un poco. Le envié una foto del progreso hace un par de días. Estoy un poco oxidada, así que sin duda ha habido algo de prueba y error, pero de momento estoy contenta con

el resultado. Cuando pinto, me olvido de todos mis problemas. Bueno, excepto cuando trabajo en mi retrato de Roman.

—Tienes razón —digo, haciendo todo lo posible por ignorar la punzada en el pecho—. Debo centrarme en lo que me hace feliz.

—Quizá esto sea el empujón que necesitas —dice ella—. ¿Has pensado en buscarte un piso propio?

—Podría ser un nuevo comienzo —interviene Sophie—. Quizá te ayude a que la tristeza por lo de Roman se alivie un poco. Si tiene que ser, saldrá bien. Pero, por ahora, puedes concentrarte en ti.

Le doy un golpecito al plato con un trozo de pastel que tengo delante.

—Ya lo he pensado, pero es demasiado pronto para mudarme. Lo de mi padre con Carol es muy reciente y él aún tiene que mejorar más con la medicación. Pero sí, si las cosas siguen yendo bien por ese lado, quizá me plantee buscar un piso propio. Un sitio con mucha luz para poder montar un pequeño rincón de pintura.

Lola levanta su taza de café.

—Por los nuevos comienzos y por redescubrir viejos sueños.

Sophie también levanta la suya, sumándose al brindis.

—Por las mujeres fuertes que toman las riendas de su propio destino.

Yo hago lo mismo y hago chocar el borde de mi taza con las suyas, pero una caótica mezcla de emociones se arremolina en mi interior.

—Por la felicidad, sea cual sea la forma en que la encuentres.

56

ROMAN

Mientras contemplo cómo la lluvia resbala por la ventanilla del coche, no puedo evitar pensar que el tiempo encaja con mi puto estado de ánimo. Han pasado tres semanas desde que Chloe se marchó. No, han pasado tres semanas desde que la eché.

Joder. Me paso las manos por la cara.

—Ya hemos llegado —dice Phillip, mirándome por el retrovisor—. Aparcaré bajo el toldo para que no se moje.

—Gracias. —Al igual que lleva ocurriendo desde aquel día en mi oficina, mi tono es hueco. Debería encontrarme en las nubes: estoy a punto de conseguir todo por lo que he trabajado durante los últimos años. Lo último que debería sentir ahora mismo es vacío y, sin embargo, así es.

Tate y Cole ya están aquí, esperándome en el vestíbulo.

—¿Estáis listos? —pregunto al acercarme.

Se dan la vuelta al mismo tiempo y los tres nos dirigimos hacia los ascensores. Al acercarnos, se abren las puertas de una cabina y Haverscombe sale con paso firme, con el ceño fruncido.

Se detiene en seco al vernos y, por primera vez en días, me invade una oleada de satisfacción.

—Siento que tu oferta no haya tenido éxito, Roger. —Le dedico una sonrisa que no oculta en absoluto mi entusiasmo—. Esperemos que el precio de tus acciones no se vea demasiado afectado cuando se publique la noticia.

Entrecierra los ojos.

—Te gusta jugar sucio, como a tu padre, por lo que veo. —Está intentando sacarme de quicio, pero no le va a funcionar. Se ha metido en algo en lo que nunca debería haberse implicado, y más le vale haber aprendido la puñetera lección.

—¿Jugar sucio? ¿Te refieres a hacernos fotos a mi asistente y a mí y a filtrar historias a la prensa sensacionalista para intentar comprometer mi reputación antes de nuestra oferta? ¿Esa clase de juego sucio?

Sus fosas nasales se dilatan.

—Apuesto a que a Ellis no le gustaron tus intentos de manipular su decisión. —Tate se quita una mota de polvo imaginaria de la manga—. Tampoco creo que te fuera bien si la noticia se difundiera dentro del sector.

Doy un paso adelante, cerniéndome sobre Roger.

—Supongo que Katherine te sugirió que utilizases a mi asistente para conseguir lo que querías. Deberías saber que no puedes hacerle caso. Ella tiene sus propios intereses, y te garantizo que son en su beneficio, no en el tuyo.

La ira oscurece su mirada.

—Te agradecería que no hablaras así de mi prometida —espeta.

¿Prometida? No puedo evitar la sonrisa sincera que se dibuja en mi rostro.

—Enhorabuena por tu próxima boda. No se me ocurre una pareja mejor. —Lo esquivo y me doy un tironcito a una manga—. Ahora, si nos disculpas, tenemos asuntos que atender.

Cole y Tate se cuelan en el ascensor detrás de mí.

—Ha sido divertido —dice Tate una vez que estamos a salvo dentro de la caja de acero inoxidable.

Me arreglo la corbata.

—Sí. —Por desgracia, mi buen humor se desvanece tan rápido como el ascensor sube a la última planta.

Tate, probablemente intuyendo el cambio, carraspea.

—¿Cómo está Chloe?

—No lo sé. —Me concentro en los números que van cambiando sobre la puerta en lugar de mirarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella? —pregunta Cole.

—Hace tres semanas.

Él se ríe en voz baja.

—¿En serio?

Siento una oleada de irritación.

—Nos estamos dando un tiempo.

Él niega con la cabeza.

—Tate, ¿puedes hacer entrar en razón a este tío?

Lo miro con el ceño fruncido y luego a Tate.

—¿De qué leches tienes miedo, colega? —pregunta mi hermano pequeño.

Antes de que pueda responder, el ascensor suena y la puerta se abre. Salgo el primero y me vuelvo para mirarlos, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Creéis que tengo miedo? Estoy intentando hacer lo mejor para la empresa. Y para Chloe.

—Te estás mintiendo a ti mismo —dice Cole—. Por fin has conocido a una mujer que te importa y estás aterrorizado de cojones.

La irritación se transforma rápidamente en ira.

—¿Aterrorizado? —Sus ojos azules se endurecen al encontrarse con los míos.

—Sí. No hay nada más aterrador que el amor. Pero en serio, no es de la sombra de papá de la que tienes que escapar. Es de la tuya propia. No le debes nada a la empresa. No nos debes nada a nosotros. Y desde luego no le debes nada a Ellis ni a quienquiera que lea esas puñeteras revistas. ¿A quién coño intentas demostrarle tu punto de vista?

Un dolor agudo me atraviesa las costillas.

—Vamos a llegar tarde. —Sin esperarlos, me doy media vuelta y me alejo a zancadas.

Me siguen en silencio hasta que llegamos a la sala de conferencias del hotel. Ellis y sus abogados ya están ahí, y nuestro equipo legal también. Como se va a quedar aquí toda la semana, nos ha pedido que nos reuniéramos aquí en lugar de en el King Plaza.

Saludo a Ellis y, después de que los tres les hayamos estrechado la mano a él y al resto de su equipo, nos sentamos.

Sin más preámbulos, Ellis carraspea y comienza.

—Gracias por pasarme la información sobre los negocios sin escrúpulos de Roger. Nunca me tomé en serio su oferta, pero al menos ahora sé que no debo hacer negocios con él en el futuro. —Me mira fijamente—. Espero que Chloe no se haya sentido mal por esas ridículas insinuaciones de la prensa sensacionalista.

Controlo mi expresión y me estiro la corbata con una mano.

—Está bien.

—Bien, bien —dice—. Es una joven encantadora. No se merece esa clase de escrutinio.

—Estoy de acuerdo. —Mi tono es probablemente un poco demasiado seco, pero estoy ansioso por dejar atrás el tema de Chloe —. ¿Estás listo para cerrar el acuerdo con estos términos? — Dos horas más tarde, Ellis acepta de forma preliminar la oferta del Grupo King. Muevo los hombros, esperando que se relajen, pero siguen igual de tensos.

—Nuestros abogados se pondrán en contacto contigo cuando el contrato esté redactado. —Nos damos la mano y, antes de separarnos, Ellis me da una palmada amistosa en la espalda—. Estoy deseando trabajar contigo.

En el trayecto en el ascensor hacia abajo, se hace el silencio entre mis hermanos y yo.

—Ellis tiene razón, ¿sabes? —empieza Tate. Lo miro con rabia porque sé que no me va a gustar lo que está a punto de decir, pero no sirve para disuadirlo—. Chloe es una joven encantadora. Se merece algo mejor.

—Pero la adquisición ya es prácticamente un hecho, así que, mientras tú seas feliz, eso es lo importante. —Los ojos de Cole me desafían.

Saben la verdad. Saben que el gran paso que hemos dado hoy no ha cambiado nada. Sigo sintiéndome como el puto culo.

Antes de salir del hotel y adentrarnos en la lluvia, Cole me detiene poniéndome una mano en el pecho.

—Te has preocupado demasiado por demostrar que no eres como papá. ¿Alguna vez has pensado que la mejor manera de hacerlo es abrazar las cosas que él nunca hizo? ¿Luchar por lo que de verdad importa?

—Exactamente. —Tate se balancea sobre los talones, con las manos en los bolsillos—. ¿Qué crees que lo habría enfadado más? ¿Cómo elevas el estatus del King Group mientras pasas tu vida triste y solo? ¿O tu capacidad para capear un posible escándalo a corto plazo mientras estás enamorado y eres más feliz de lo que fue él jamás?

—¿Yo era tan insoportable cuando te daba consejos? —espeto.

—Eras peor. —Enarca las cejas con una sonrisa burlona en los labios—. Pero tenías razón. Aquí no hay doble rasero, Roman. Me dijiste que dejara de definirme por las acciones de papá. ¿Por qué no sigues tu propio consejo?

Contengo el aliento y miro al cielo, estudiando las densas nubes.

¿Por qué demonios me estoy conteniendo? Mi padre ya ni siquiera está aquí y, sin embargo, sigue influyendo en mis decisiones.

Las cosas no han terminado entre Chloe y yo, pero podría pasar si no saco la puta cabeza de la tierra y averiguo cuál coño es mi problema.

—Te apoyamos —dice Cole—. Todos nosotros. En cualquier cosa que necesites.

—Os lo agradezco. —Me da vueltas la cabeza, pero al final tomo una decisión—. Nos vemos en la oficina. Tengo algo que hacer.

La lluvia ha amainado hasta convertirse en una llovizna leve para cuando me encuentro ante la tumba de mi padre. La hierba ya ha empezado a crecer sobre la tierra que se extiende desde la lápida de mármol.

Ver su nombre grabado en la piedra me provoca una oleada familiar de ira y resentimiento que me recorre el cuerpo entero.

Aprieto los puños. ¿Por qué tuvo que ser el hombre que fue? ¿Por qué no pudo haberme enseñado algo, cualquier cosa, que valiera la pena imitar?

Cierro los ojos y dejo que un desfile de recuerdos se deslice por mi mente. Sus incesantes charlas sobre el dinero y el poder, el frío rechazo a cualquier muestra de emoción —sobre todo al afecto— y

su implacable empeño por moldearme a su imagen y semejanza. Sus burlas cuando me reveló la verdad sobre Katherine.

He pasado la mayor parte de mi vida adulta haciendo todo lo posible por no ser como él, y sin embargo aquí estoy, dejando que mi miedo a convertirme en él estropee lo mejor que me ha pasado nunca.

Una imagen de Chloe se forma en mi mente: su sonrisa, su fuerza, su cariño. La aparté de mí para proteger al Grupo King del escándalo, para protegerme a mí mismo de que me compararan con mi padre. Quizá también intentaba protegerla a ella, pero si soy sincero, lo que me importaba eran mis propios intereses.

Al dejar que el miedo y el instinto de supervivencia ganaran, lo único que he conseguido es repetir la historia. Estoy adoptando el distanciamiento emocional que mi padre me inculcó durante décadas, anteponiendo la imagen del Grupo King a mi corazón. A ella.

Me lo imagino con esa mueca de desprecio siempre presente, su desdén ante la debilidad que veía en mí. Y pienso en mis hermanos: en sus vidas actuales, en las decisiones que han tomado. Unas decisiones que no los han hecho débiles como mi padre predijo, sino más fuertes de lo que él jamás fue.

Una sola hoja cae flotando y aterriza sobre la tierra húmeda frente a la lápida.

Chloe cree en mí. No cree en el hombre moldeado por mi padre, sino en el hombre que quiere hacer mejor las cosas, que quiere ser mejor.

Me trago el temor que aún me atormenta. No voy a dejar que el miedo me impida convertirme en el hombre que quiero ser. El hombre que ama a Chloe sin reservas, sin preocuparse por las repercusiones. Quiero un futuro con ella en lugar de uno dictado por los pecados de mi padre.

El corazón me late con fuerza, impulsado por la abrumadora necesidad de demostrarle que lo que le dije era cierto: conmigo está a salvo.

Me alejo de la última morada de mi padre y me dirijo a zancadas hacia las puertas del cementerio sin volver la vista atrás. Tengo

mucho que hacer en los próximos días.

Me ha llevado mucho más tiempo del que debería, pero por fin he aclarado mis prioridades.

57

Chloe

Abro la puerta principal y, cuando me llega el delicioso aroma de los espaguetis a la boloñesa de Carol, que se han convertido rápidamente en la comida favorita de mi padre, no puedo evitar sonreír.

Paso junto al hueco vacío de la pared. Todavía me resulta extraño no ver su cuadro colgado ahí cuando llego a casa cada día.

En la cocina, Carol está moviendo el esqueleto delante de los fogones mientras mi padre habla por teléfono.

Cuando cuelga, se vuelve hacia mí con los ojos brillantes.

—Ha llamado la galería. Alguien ha alquilado mi cuadro, con opción a compra.

Me invaden emociones contradictorias: alegría por él y un poco de tristeza por mí. Por maravilloso que sea, esto significa que quizá vaya a perder una parte importante de mi historia.

Niego con la cabeza y alejo ese pensamiento, decidida a concentrarme en el lado positivo. Le doy un abrazo y un beso en la mejilla.

—Es maravilloso. ¿Por cuánto lo alquilan?

—Aún no lo sé. Me enviarán los detalles en breve. Pero el dueño de la galería dice que es una cantidad considerable.

—Entonces, quizá deberíamos celebrarlo con una comida deliciosa y una copa de vino.

La noticia y la increíble cena son casi suficientes para aliviar el sordo dolor en mi pecho durante una hora más o menos.

Después de recoger, me retiro a mi habitación y preparo un lienzo nuevo. Además de comprar algunos propios, he repuesto los dos que le quité a mi padre. Ha vuelto a dibujar y, con un poco de suerte, no tardará mucho en estar listo para pintar.

Mis retratos terminados están apoyados contra la pared. Tengo que llevarle el de Christopher a Lola, pero no sé muy bien qué hacer con el de Roman. Me hace daño mirarlo, pero al mismo tiempo, la felicidad de su expresión me llena de calidez.

¿Qué estará haciendo ahora mismo? ¿Piensa en mí tan a menudo como yo pienso en él? ¿Cómo va la adquisición de EcoTech? Espero que esté sonriendo, esté donde esté y haga lo que haga.

Pongo una selección de pinturas sobre mi paleta y cojo el pincel. Más que pintar a alguien en concreto, me centro en relajarme. Por ahora, quiero perderme en la pasión a la que renuncié hace tantos años.

Remolinos de plata y amarillo, rosa pálido y gris claro se abren paso sobre el lienzo. Cuanto más pinto, más fácil se vuelve. A medida que la imagen toma forma, mi mano vacila y se me hace un nudo en la garganta.

Dejo el pincel y me quedo mirando el rostro que tengo delante. Es el rostro de un niño, de un chico. Uno con el pelo rubio claro y los ojos del color de los de un lobo. Una mezcla de mi rostro y el de Roman. Un nuevo sueño que no sustituye al antiguo: solo se suma a él.

Me siento en la cama; una lágrima brota de mis ojos y siento su calor cuando se desliza por mi mejilla. Dios, quiero este nuevo sueño. Amar a Roman y ser amada por él. La alegría de pintar. Un día, quizá incluso la alegría de crear una nueva vida, una cuyos días estén llenos de amor y felicidad y de toda la seguridad que podamos proporcionarle.

Cojo el teléfono y busco el número de Roman. Mi pulgar se cierne sobre el botón verde para iniciar la llamada, pero, cuando derramo más lágrimas, bloqueo la pantalla y tiro el teléfono sobre la cama.

¿Por qué el amor tiene que hacer tanto daño? ¿Por qué no puedo tenderle la mano y acortar la distancia que nos separa?

Me desplomo sobre la cama, fijándome en el rostro que acabo de pintar. En este momento, todo se aclara.

No quiero un amor que se esconda en las sombras. Y no estoy segura de si Roman estará alguna vez dispuesto a amarme a la luz del día.

Vuelve a llover. El paraguas ayuda, pero a mitad de camino de la parada de autobús a casa, tengo los zapatos empapados.

Al acercarme a nuestro bloque de apartamentos, veo a alguien sentado en los escalones de la entrada. Un hombre. Frunzo el ceño, confundida, y entonces mi pulso se acelera. ¿Se habrá quedado mi padre fuera de casa? Acelero el paso, pero enseguida me doy cuenta de que la persona que espera es demasiado grande para ser él.

Cuanto más me acerco, más rápido me late el corazón. El pelo oscuro de Roman está mojado y lo tiene sobre los ojos; la camisa blanca se le pega al pecho y transparenta todo. Está sentado con las piernas dobladas, los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha.

—¿Roman? —Al oír mi voz, levanta la cabeza de golpe y se pone de pie. Tener sus ojos fijos en mí por primera vez en cuatro semanas hace que regrese el cosquilleo en el vientre. Doy un paso vacilante hacia él, incapaz de no devorarlo con la vista—. ¿Qué haces aquí?

Parece ser que él tiene el mismo problema que yo; recorre lentamente mis rasgos con la mirada, como si estuviera memorizando cada detalle.

—Tengo algo para ti.

Con esas palabras, se desvanece la esperanza de que esté aquí para confesarme su amor eterno y suplicarme que vuelva.

Inspiro hondo, armándome de valor.

—¿Qué es?

Coge un paquete envuelto en plástico de los escalones y se acerca para tendérmelo. Cuando alargo la mano para cogerlo, sus dedos rozan los míos y un cosquilleo de calor me recorre el brazo.

—Es mi entrevista en *Forbes* —dice. Por fin miro el paquete y veo una revista bajo el plástico transparente. Levanto la cabeza hacia él, confundida—. Me gustaría que la leyeras. —Sin esperar mi respuesta, pasa a mi lado.

Lo detengo poniendo una mano en su brazo y mis dedos se cierran sobre la tela húmeda. Su piel está caliente; puedo notarlo incluso a través de la camisa mojada.

—¿Cómo estás? —le pregunto en voz baja.

—Espero estar mejor pronto.

Pensaba que tal vez me diría que se ha sentido muy mal sin mí, igual que yo me siento muy mal sin él. Pero ante su respuesta, el corazón se me encoge en el pecho. ¿Es su forma de hacerme saber que ha pasado página?

Trago saliva y asiento, haciendo todo lo posible por ocultar la punzada de dolor que me atraviesa.

—Eso está… bien.

Me observa un instante y luego me aparta un mechón de pelo de la mejilla. El gesto me resulta tan familiar, tan íntimo, que siento cómo se calienta mi piel.

—Lee la entrevista, Chloe —murmura—. Espero que te guste.

Y entonces, con la leve sombra de una sonrisa, se marcha a zancadas por la calle hacia su coche. Hasta ahora no me había dado cuenta de que estaba aparcado allí. Podría haberse quedado dentro, al calor y seco, mientras me esperaba. En cambio, se ha sentado aquí fuera, bajo la lluvia.

Me invade una sensación de calidez aún mayor. Me aferro al envoltorio de plástico húmedo que protege la revista y entro en el edificio. Me resulta imposible ignorar la necesidad de saber por qué Roman ha insistido en que leyera su entrevista para *Forbes*. Yo estaba allí cuando se la hicieron; ¿qué quiere que vea?

Tras abrir la puerta del apartamento, llamo a mi padre y a Carol, pero no hay respuesta.

Cojo una toalla de papel para secar el plástico empapado y luego me apresuro a ir a mi dormitorio. Después de cambiarme la ropa de trabajo por unos pantalones de yoga y una camiseta, me siento con las piernas cruzadas sobre la cama y saco la revista del plástico con el corazón acelerado.

Siento una dolorosa opresión en el pecho mientras estudio el primer plano del rostro de Roman en la portada. Dios, es increíblemente guapo: esos ojos penetrantes que miran directamente a la cámara, la línea marcada de su mandíbula, la curva seductoramente masculina de sus labios.

Es tan perfecto que hace daño contemplarlo.

Hojeo la revista y localizo el artículo. Pero cuando veo la serie de fotos que la acompañan, se me corta la respiración.

Ahí está, de espaldas a la pared, en el vestíbulo del King Plaza. Con las manos descansando con naturalidad en los bolsillos del pantalón de su traje gris carbón impecablemente confeccionado, irradia una confianza sin esfuerzo. Y detrás de él, colgado en un lugar de honor, está el cuadro de mi padre.

La visión de mi padre de Manhattan despertando a un nuevo día.

Con las manos temblorosas, empiezo a leer.

El artículo —«Rompiendo moldes: cómo Roman King está redefiniendo el éxito»—comienza con una visión general del ascenso de Roman a director ejecutivo y del controvertido legado de su padre. Le echo un vistazo rápido a la entrevista, ya que conozco las preguntas y las respuestas.

Pero hacia el final de la página, mis ojos se clavan en una nota en cursiva.

«La siguiente sección de la entrevista se realizó en una fecha posterior, tras unos acontecimientos que han tenido un impacto significativo en Roman King y su liderazgo en el King Group. Retomamos nuestra conversación para plasmar sus ideas y reflexiones durante este tiempo».

Se me seca la garganta mientras sigo leyendo.

«Entrevistador : Gracias por hablar con nosotros de nuevo, Roman. Tras el fallecimiento de tu padre, ¿cómo ves el renovado escrutinio en torno a su legado y su impacto en tu liderazgo?

Roman: No hay duda de que el legado de mi padre es complicado. Me ha enseñado valiosas lecciones, algunas a través de sus éxitos, pero sobre todo a través de sus errores. Ahora me centro en construir algo nuevo: una empresa que valore la integridad y la innovación tanto como los beneficios. No estamos borrando el pasado, sino utilizándolo para forjar un futuro mejor».

Trago saliva con dificultad y agarro con fuerza la revista mientras la tensión en mi pecho se intensifica.

«Entr evistador : Los medios de comunicación siguen estableciendo paralelismos entre usted y su padre. ¿Cómo responde a eso?

Roman: Las comparaciones son inevitables, pero poco acertadas. He aprendido de los errores de mi padre y ahora estoy forjando mi propio camino. La transparencia no se limita a los negocios: se trata de ser honrado en todos los ámbitos de la vida. Así es como se construye la confianza, y eso es lo que más me importa. El éxito en los negocios no tiene por qué conseguirse a costa de los valores personales.

Entrevistador : Últimamente se ha especulado mucho en los medios sobre su vida personal. ¿Cómo responde a ese escrutinio y cómo concilia los asuntos personales con su papel de liderazgo?

Roman: Las relaciones, especialmente las significativas, nos definen como personas. He aprendido que intentar separar la integridad personal del liderazgo profesional es un error. Las personas que elegimos tener a nuestro lado influyen de manera poderosa en nuestros valores y decisiones. Sí, tengo una relación. Aunque prefiero mantener los detalles en privado, por razones obvias, no quiero negarla —o a negar su importancia en mi vida —. Es una conexión basada en el respeto y el entendimiento mutuos, y es algo por lo que estoy profundamente agradecido».

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No solo ha reconocido nuestra relación, sino que la ha reivindicado públicamente.

«Entrevistador : El cuadro que hay detrás de usted llama la atención. ¿Por qué lo ha elegido como fondo para esta entrevista?

Roman: Porque es más que una simple obra de arte. Simboliza los nuevos comienzos y las posibilidades que estos ofrecen. Cada nuevo día es una oportunidad para redefinirnos,

independientemente de los errores y los retos que hayamos afrontado anteriormente. Este cuadro encarna el potencial de transformación, un tema que espero que tanto yo como el King Group sigamos demostrando.

Entr e vistador : ¿Qué les depara el futuro a usted y al Grupo King?

Roman: En el aspecto profesional mi objetivo es conducir a nuestra empresa hacia un futuro en el que demos ejemplo en materia de sostenibilidad y ética. En el plano personal, las experiencias recientes me han enseñado el inestimable papel que desempeñan las conexiones humanas genuinas. Ser fiel a mí mismo y valorar a quienes me rodean: me gusta pensar que ahí radica la verdadera diferencia entre mi padre y yo».

Dios mío.

La revista cae sobre mi regazo y el corazón casi me estalla en el pecho. Le ha contado al mundo lo nuestro, ha sacado a la luz nuestra relación para que todos la vean. Y ha alquilado el cuadro de mi padre y le ha dado un lugar de honor en la sede del King Group.

Tengo la cabeza y el corazón tan acelerados que apenas puedo pensar. Lo único que sé es que tengo que verlo.

Ahora mismo.

Salto de la cama, me pongo unas zapatillas y cojo la revista. La puerta principal se abre justo cuando salgo de mi habitación, y entran Carol y mi padre.

La cara de mi padre se ilumina al verme.

—Hoy he descubierto quién ha alquilado mi cuadro. Bueno, en realidad ya lo ha comprado. Nunca adivinarás quién ha sido.

—Roman.

Parpadea y no puedo evitar soltar una risa un poco histérica. —Le tiendo la revista—. Tengo que irme, pero deberías leer esto. —Abraza rápidamente a Carol, que tiene un aspecto muy alegre, y le doy un beso en la mejilla—. Volveré pronto.

—No te apresures. —Me guiña un ojo con complicidad.

Solo cuando la lluvia me moja la cara me doy cuenta de que no he cogido el paraguas. Pero no voy a ir a por él. Mis ganas de ver a Roman, de volver a tocarlo, son demasiado fuertes. Solo espero no perder el autobús.

58

ROMAN

No hay ningún golpecito en la puerta de mi despacho antes de que se abra de par en par. Apenas tengo tiempo de levantarme y salir de detrás de mi escritorio antes de que Chloe esté a medio metro de mí, chorreando sobre mi alfombra. Sus hermosos ojos del color del mar buscan los míos.

Después de darle la copia anticipada de mi entrevista en *Forbes,* he regresado a la oficina, me he cambiado la ropa mojada y he intentado distraerme con el trabajo. Pero he estado mirando el móvil cada pocos minutos para asegurarme de que no se me había pasado su llamada.

Pero no ha llamado: ha venido hasta aquí, bajo la lluvia.

El corazón me late con fuerza contra las costillas. Está empapada y tiene el cabello rubio pegado a la cabeza y la ropa, a su cuerpo. Y, aun así, es lo más hermoso que he visto en mi vida.

A través de la puerta abierta detrás de ella, veo a Sophie frente al escritorio de Chloe, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Cierra la puerta —le ordeno.

Sophie se acerca corriendo y lo hace rápido y en silencio, aunque alcanzo a ver esa sonrisa que aún tiene en la cara.

Una vez que estamos solos, vuelvo a centrarme en Chloe. Esta mujer ha corrido bajo la lluvia para llegar hasta aquí. Saber eso hace que el corazón se me hinche en el pecho.

—Pensaba que quizá ibas a llamarme. —Mi voz sale inesperadamente ronca; una consecuencia del nudo que tengo en la garganta.

Traga saliva de forma audible.

—Necesitaba verte.

Me acerco, le acaricio la cara y le seco una gota de lluvia con el pulgar. Cuando aparece otra, me doy cuenta de que no es lluvia: es

una lágrima.

—No llores, cariño. —Le seco más lágrimas y dejo el pulgar sobre su mejilla—. Quiero que seas feliz. Quiero que te sientas segura conmigo. Y siento muchísimo haberte hecho sentir alguna vez que no lo estabas. La entrevista… Necesitaba asegurarme de que no tuvieras dudas sobre lo que significas para mí. De lo mucho que te necesito.

Ella se agarra a la parte delantera de mi camisa, sollozando.

—Pero la adquisición de EcoTech…

Le sonrío.

—El contrato se ha firmado esta mañana.

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿No se enfadará Ellis cuando se entere de lo nuestro?

—Ya lo sabe. Se lo conté antes de que se redactaran los documentos legales.

Con los labios entreabiertos, deja escapar un pequeño suspiro.

—¿Y le pareció bien?

—Le expliqué lo que siento por ti. Lo feliz que me haces. Le dije que, si tenía algún problema con que estuviéramos juntos, entonces quizá no fuéramos la empresa adecuada para adquirir EcoTech después de todo.

Esta vez se queda boquiabierta; la incredulidad brilla en sus ojos, seguida rápidamente por una llama de esperanza.

—¿De verdad?

A modo de respuesta, la acerco a mí y la rodeo con mis brazos.

—Sí. Nada ni nadie merece que renuncie a ti. —Agacho la cabeza e inhalo su aroma—. Ellis lo entendió.

—¿Y el cuadro de mi padre?

Sonrío contra su cabello húmedo.

—Me encantó en cuanto lo vi, y ahora entiendo por qué. Me hace sentir que redefinirnos es tan fácil como abrir los ojos a un nuevo día y abrazar sus oportunidades. Es lo que tú y yo estamos haciendo, lo que mi familia y el King Group están haciendo… —Niego con la cabeza y una leve sonrisa se dibuja en mis labios—. Debe estar en un lugar donde todos puedan verlo.

Le tiembla el labio inferior.

—Entonces, ¿ todo el mundo sabe lo nuestro?

Le acaricio los labios con el pulgar.

—Todos los que importan. Quiero estar contigo, Chloe. En cuanto me di cuenta de que era tan sencillo como eso, todo quedó claro. No quiero que las retorcidas lecciones de mi padre destruyan mi futuro contigo. No dejaré que su fantasma nos robe la felicidad.

Derrama más lágrimas.

—¿Quieres un futuro conmigo?

Joder. El matiz de incertidumbre en su voz es como un cuchillo que me atraviesa las costillas. Es culpa mía que esté ahí. La escondí cuando debería haberle gritado al mundo lo que siento por ella.

Me aparto un poco y le rodeo la nuca con la mano.

—Por si no te lo he dejado claro, te quiero. He cometido muchos errores en mi vida, pero si tuviera que cometerlos todos de nuevo para acabar aquí contigo, lo haría sin pensármelo dos veces.

Cierra los ojos; cuando vuelve a abrirlos, brillan tanto que casi no puedo respirar.

—Yo también te quiero. Me has hecho sentir lo bastante segura como para arriesgarme, para pedir lo que quería, para abrazar lo desconocido en lugar de huir de ello. —Sonríe—. No quiero una vida en la que solo vaya sobre seguro. Quiero salirme de lo establecido, arriesgarme y construir algo nuevo y único. Sé que, contigo a mi lado, cualquier cosa que creemos será hermosa.

Acerco mi boca a la suya y vuelco en el beso todas las emociones que llevo en mi interior; hasta la última pizca de anhelo, deseo y amor que he experimentado desde la primera vez que la vi en ese ascensor. Sus labios, suaves y dulces, se abren para mí, y cuando deslizo mi lengua entre ellos para reclamar su boca, ella gime. Nos aferramos el uno al otro con avidez y la necesidad crepita entre nosotros mientras intentamos desesperadamente acercarnos más. No nos hemos tocado en cuatro largas y brutales semanas.

Cuando nos separamos, estamos sin aliento.

Tiene las mejillas sonrosadas y los labios hinchados, y no hay forma de que pueda aguantar hasta llevarla a mi casa.

Pulso el botón del interfono.

—Sophie. Asegúrate de que todo el mundo sepa que no queremos que nos molesten, y luego vete a casa.

Ella responde con una risita entrecortada.

—Por supuesto, señor King. —Su tono es bastante tranquilo cuando se dirige a mí, pero su voz se eleva al decir—: ¡Chloe, hablamos mañana!

Chloe se tapa la cara con las manos.

—Todo el mundo sabrá lo que estamos haciendo aquí dentro.

Engancho los pulgares en la cintura de sus pantalones de yoga húmedos y se los bajo por las piernas, luego la levanto el brazos y la siento en mi silla. Apoyo una mano en el respaldo y acerco mis labios a los suyos.

—Pregúntame si me importa.

59

ROMAN

—¿Estás lista? —le pregunto.

Chloe me mira de reojo con aire nervioso.

Estamos ante la puerta trasera de la finca de mi madre en Westchester, a punto de encontrarnos con mi familia para almorzar en el jardín. Ha pasado una semana desde que le demostré a esta mujer que ya no pensaba ocultar el amor que siento por ella, pero esta es la primera vez que asistiremos a un evento como pareja. Aunque solo sea un almuerzo con mi familia.

Le acaricio la mandíbula y hago que levante la cara hacia la mía.

—¿Tienes idea de lo felices que están de que vayas a comer con nosotros? Llevaban mucho tiempo esperando a que encontrara a alguien, y ya te conocen y les caes bien. No tienes nada de qué preocuparte. Te lo prometo.

Ella se relaja contra mí y la beso, disfrutando del placer de saber que puedo hacerlo cuando y donde quiera. Se acabó el esconderse, se acabó el fingir. Esos días se han terminado.

Me rodea la cintura con los brazos y me estrecha contra ella.

—Me preocupa lo que pensará tu madre. Después de lo de tu padre…

Niego con la cabeza.

—Ella tiene que aprender a vivir con sus propios errores del pasado. No tiene derecho a juzgarnos. Y, de todos modos, sabe que esto no se parece en nada a lo que pasó con él. Yo no me parezco en nada a él, y tú no te pareces en nada a Katherine ni a ninguna de las otras conquistas de mi padre.

Trazo con un dedo una línea por la suave piel satinada de su mejilla. De repente me invade el deseo de saltarme el almuerzo y llevarla a casa para poder disfrutar de ella. Ya habrá otro almuerzo el

mes que viene. Quizá debería quedarme con Chloe para mí solo un poco más.

Ese pensamiento se desvanece cuando ella aprieta los labios y echa los hombros hacia atrás.

—Estoy lista. Hagámoslo.

Aunque estoy un poco decepcionado, no puedo evitar reírme.

—¿Por qué haces que comer con mi familia suene como si fuéramos a ir a la guerra?

Su expresión se suaviza y me acaricia la mejilla con la palma de la mano.

—¿Tienes idea de lo mucho que me encanta verte reír? —Sus dedos se pasean por mi cara—. Cuando entrecierras los ojos y puedo ver las arrugas de la risa…

Le cojo la mano y le doy un beso en la muñeca.

—¿Me estás llamando viejo, cariño?

Se apoya contra mí.

—Jamás lo haría. Eres perfecto.

Nunca hemos hablado realmente de nuestra diferencia de edad de casi quince años. Para ser sincero, una vez que la conocí —una vez que dejé de luchar contra la atracción que había entre nosotros —, apenas pensé en ello, excepto cuando me preocupaba cómo lo verían los demás. Pero a Chloe nunca la ha definido su edad. Su fuerza, su madurez y su forma de enfocar la vida hacen que sea irrelevante. Ahora me da igual lo que piensen los demás. Somos perfectos el uno para el otro, y eso es lo único que importa.

La beso de nuevo, demorándome un rato. No me importa mucho si llegamos tarde. Mis hermanos han llegado tarde o han desaparecido en medio de un evento más veces de las que puedo contar desde que conocieron a Delilah y Violet, así que son los últimos que pueden quejarse.

Al final, sin embargo, me obligo a dar un paso atrás y cogerle la mano.

—Vamos. Cuanto antes entremos, antes podré llevarte a casa.

Su risa es alegre y el nerviosismo que ensombrecía su expresión se disipa.

La mesa que han colocado en medio del césped está llena y, al acercarnos, el aire se llena de charlas alegres y risas.

Siento un nudo en el estómago. Hace unos años ni me habría imaginado que una escena así fuera posible, que nuestras frías y temidas reuniones mensuales con nuestra madre pudieran convertirse en algo como esto.

Pero ahí están Cole, Delilah, Lottie, Tate, Violet, mi madre y Miles, todos ellos relajados y sonrientes, disfrutando del sol, de la buena comida y el vino, de la compañía.

—¡Roman! ¡Chloe! —exclama Tate.

Todas las cabezas se vuelven hacia nosotros.

Nerviosa una vez más, Chloe suelta un suspiro y yo le aprieto la mano.

—¿Ves? Están contentos de que estés aquí.

Para cuando llegamos a la mesa, Cole ya le ha apartado una silla junto a Delilah, que sostiene a Lottie, que está dormida. Ella le da las gracias mientras se sienta, y yo ocupo el asiento vacío a su lado.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dice Delilah. Su sonrisa es tan cálida y amable que no hay duda de su sinceridad.

Chloe se relaja.

—Estoy muy contenta de estar aquí. —Dirige su atención hacia mi madre—. Muchas gracias por la invitación, señora King.

Ella asiente.

—Puedes llamarme Beverly, querida. Y de nada. Me alegro de que hayas podido venir.

Aunque su sonrisa es más reservada que la de Delilah, es auténtica.

Mis propios músculos se relajan. A pesar de todos los cambios que he presenciado en mi familia durante los últimos años, a veces todavía me cuesta creer que hayamos llegado tan lejos. Que quizá, para todos nosotros, lo de fingir haya terminado.

Quizá nuestra familia no existió como tal hasta que mi padre desapareció de escena.

Mientras Delilah y Chloe charlan, involucrando a Violet y a mi madre en su conversación, Tate se echa hacia mí.

—¿Vino? —pregunta, sosteniendo una botella de blanco.

—Gracias. —Cojo mi copa y se la tiendo.

—Pareces feliz —murmura.

Siento el pecho ligero cuando le dedico una sonrisa.

—Lo estoy. Supongo que ya era hora de que descubriera cómo era eso.

Él se ríe y niega con la cabeza.

—Dime, ¿es cierto que la última ficha de dominó es la que cae con más fuerza?

Se refiere a una conversación que tuvimos en la boda de Cole y Delilah. Aquella en la que le dije que no tenía ningún deseo de enamorarme de nadie.

Contemplo a Chloe, que se ríe con la cabeza echada hacia atrás, dejando al descubierto la esbelta columna de su cuello.

—No creo que sea posible enamorarse más.

Él asiente, pero, por suerte, no insiste en el tema. No estoy seguro de tener las palabras para describir lo que siento por ella. De todos modos, él lo sabe. Mis dos hermanos también. Ellos lo vivieron primero.

—¿Tienes ganas de que llegue la inauguración del Genesis-1 la semana que viene? —pregunta Miles, que está sentado junto a mi madre. En los últimos meses, lo hemos visto cada vez más. Y me alegro. Es un hombre genuinamente bueno. No es demasiado rico ni tiene el aspecto de mi padre, pero trata a mi madre con el máximo respeto y cariño.

Y ella nunca miró a mi padre de la forma en que mira a Miles. Como si lo amara, como si confiara en que él la ama a ella también, en que la protegerá de cualquier daño que el mundo pueda infligirle.

—Así es —respondo—. Ha tardado mucho en llegar, pero está completamente vendido. No se puede pedir más.

—La inauguración del London Genesis-1 también será el mes que viene —dice Cole.

—Entonces, tendremos que enviar esas unidades de realidad virtual rápidamente —apunta Tate con una sonrisa.

—¿Y tú, Violet? —le pregunto—. ¿Estás lista para expandir True Brew a nivel internacional?

Ella se ríe, con los ojos brillantes.

—No estoy segura de estar preparada todavía. Veamos cómo van las cosas con dos tiendas para empezar.

Chloe se ha quedado callada, aunque su actitud es relajada y su expresión serena. Apoyo el brazo en el respaldo de su silla y le acaricio el hombro desnudo con los dedos. Se sobresalta un poco, pero nadie más alrededor de la mesa se inmuta.

Mostrar abiertamente el cariño que nos tenemos es algo nuevo para los dos. Ni siquiera con Katherine me comporté así. Todo en esta relación es diferente. Estoy más que agradecido de que Katherine y yo no duráramos, y ahora entiendo por qué no sentí ganas de comprometerme con nadie más en los años posteriores al divorcio: era porque estaba esperando esto.

La estaba esperando a ella.

—¿Cómo está tu padre, Chloe? —pregunta mi madre—. Me encanta el cuadro que Roman ha comprado para el King Plaza. He pensado que me gustaría algo parecido para mi casa. ¿Acepta encargos?

Chloe se ilumina, como siempre que habla de su padre y de su arte.

—Está muy bien. Ha estado dibujando mucho y, precisamente esta semana, ha empezado su primer cuadro. De momento va despacio porque lleva mucho tiempo sin hacerlo y tiene que asegurarse de no exigirse demasiado. Pero está muy feliz. No sé cuándo estará listo para aceptar encargos, pero puedo decirle que te interesa.

—Por favor, hazlo. —Mi madre sonríe y hay calidez en sus ojos, que suelen ser penetrantes.

Violet se echa hacia delante, con la cabeza ladeada.

—¿Y qué hay de tu propio cuadro?

Cuando colgué la obra del padre de Chloe en el vestíbulo del King Plaza, les conté a mis hermanos lo que significaba para mí, y puede que mencionara de pasada las aspiraciones de Chloe. Al parecer, al menos Tate se lo ha contado a su pareja.

Enarco una ceja y, a cambio, él me dedica una sonrisa sin remordimientos.

A Chloe, sin embargo, no parece importarle.

—He hecho un par de cuadros últimamente, pero estoy más oxidada que mi padre. —Su risa despreocupada me envuelve—. Espero encontrar algún día un apartamento con un espacio con luz natural que pueda dedicar a la pintura.

Me tenso. Hasta ahora, no había hablado de mudarse. Tengo mis reservas al respecto, pero tendré que esperar hasta después de comer para sacar el tema.

—¿Sabes? —dice la que ya casi es mi cuñada—. He empezado a exponer obras de artistas locales en las paredes de True Brew. Me encantaría exhibir alguno de tus cuadros cuando estés lista.

—¿En serio? —Las mejillas de Chloe se sonrojan—. Sería increíble. Aunque necesitaré practicar más antes de tener algo digno de mostrar a nadie.

—Por supuesto. Solo dime cuándo quieres hacerlo y lo organizaremos.

La comida sigue su curso, y yo me recuesto en la silla y disfruto del momento. Por primera vez que yo recuerde, estoy completamente relajado, rodeado de toda mi familia. No hay distancias ni resentimiento ni remordimientos. Mi madre, Cole, Tate, yo… Todos estamos justo donde deberíamos estar, con las personas con las que queremos estar.

Me vienen a la mente las palabras de Chloe. Compartir la misma sangre puede significar que dos personas están emparentadas, pero el amor es lo que hace a una familia. Puede que no lo digamos en voz alta —y en algunos casos puede que incluso esté oculto bajo años de descuido—, pero ahora mismo es lo que siento: el amor ha unido a esta familia.

También dijo que el amor significa hacer lo que hay que hacer, aunque sea difícil. Aunque eso implique renunciar a algo importante.

En eso también tenía razón. Renunciar a mi obsesión por demostrar que era diferente —que era mejor— que mi padre fue tan fácil como abrir la mano y soltar las ataduras que me retenían. Porque no podía aferrarme a ella mientras me aferraba a eso.

Envuelvo mis dedos alrededor de la nuca de Chloe y, cuando se vuelve hacia mí, su expresión cálida y radiante me calienta todo el

cuerpo. Articula un «te quiero», unas palabras silenciosas, pero lo bastante poderosas como para calmar mi corazón.

De alguna manera, a pesar de todos mis errores del pasado, la tengo a ella. Nunca creí que otra persona pudiera hacerme sonreír o reír, o mostrarme lo que se siente al ser verdaderamente feliz, como ella lo ha hecho. Me he pasado toda la vida manteniendo a la gente a distancia, protegiendo mi corazón. Pero ella rompió mis defensas sin siquiera intentarlo.

Nunca tuve que protegerme de ella.

60

CHLOE

Roman está callado mientras conduce de regreso a casa desde Westchester.

La comida ha sido estupenda cuando he conseguido serenar mis nervios. Todos han sido muy acogedores, incluso su madre, que era quien más me preocupaba.

Él también parecía relajado y feliz, y verlo así siempre me anima. La preciosa casa y los jardines me han dado ganas de coger un pincel. Es un impulso al que todavía me estoy acostumbrando después de haberlo reprimido durante años.

No fue hasta que Roman encendió mi pasión por él que mi pasión por el arte se reavivó. Ahora, aparte de pasar tiempo con él, con mi padre y con Carol, así como con Lola y Sophie, es lo que más ansío.

Últimamente, el sueño que antes consideraba imposible de convertirme en artista como mi padre parece mucho más cercano que antes.

Esa idea me lleva a otra. Esta semana ha sido un torbellino, y he estado tan distraída que ni siquiera se me había ocurrido preguntárselo hasta ahora.

—¿Por cuánto compraste el cuadro de mi padre?

Me echa un vistazo y luego vuelve rápidamente su atención a la carretera.

—¿No te lo ha dicho?

—No. Acababa de terminar de leer la entrevista de *Forbes* cuando me lo dijo. Iba de camino a verte, así que quizá tenía otras cosas en la cabeza.

Le sonrío, saboreando la curva ascendente de sus labios.

—Antes de decírtelo, quiero dejarlo muy claro: el precio que pagué no tuvo nada que ver con su relación contigo. Habría pagado

exactamente lo mismo si lo hubiera visto colgado en una galería sin saber quién era el artista. Me encanta ese puñetero cuadro.

Se me acelera el pulso.

—Me estás volviendo loca. ¿Cuánto pagaste?

Carraspea, con un aire adorablemente nervioso, una expresión poco habitual en un hombre tan seguro de sí mismo.

—Seiscientos cincuenta mil.

Se me escapa todo el aire de los pulmones.

—¿Qué?

Se aferra con más fuerza al volante y me mira de reojo.

—Tu padre tiene un talento increíble. Primero alquilé el cuadro para asegurarme de que quedara bien en el vestíbulo y de que estuviera disponible para la sesión de fotos de *Forbes*. Pero, en cuanto confirmé lo increíble que quedaba ahí colgado, tuve que quedármelo para siempre.

Parpadeo, con el corazón latiéndome a toda velocidad en el pecho.

—Sabes que es una cantidad de dinero que te cambia la vida, ¿verdad?

—Soy consciente de ello. Se merece que su vida cambie. Se merece no tener más preocupaciones por los costes del tratamiento, más preocupaciones porque su hija trabaje para pagar sus facturas ni más presión. Puede volver a vivir su sueño. Y tú puedes descubrir cuál es el tuyo. —Me recuesto contra el suave cuero del asiento del coche, concentrada en estabilizar mi respiración—. ¿Estás bien? —me pregunta.

—Solo estoy un poco en *shock*. Pero me siento feliz. Por él y por ti. —Sonrío para mis adentros. —Y además podré seguir viendo mi cuadro favorito todo el tiempo.

—Nunca me dijiste por qué es tu favorito.

Una sensación de calidez me invade por dentro, como cada vez que miro la obra.

—Cuando mi padre lo estaba pintando, me sentaba a mirarlo. Un día, cuando ya casi había terminado, me preguntó si quería añadirle mi propio toque personal.

Los ojos de Roman se posan en mí.

—¿Qué le añadiste?

Hago una mueca, con las manos entrelazadas en el regazo.

—No te rías. Recuerda que aún era pequeña.

Arquea una ceja y vuelve a centrar la vista en la carretera.

—No me voy a reír.

—Si miras con mucha atención una de las ventanas superiores de uno de los rascacielos más altos, verás a una pareja diminuta besándose. —Se ríe, maldito sea y lo miro con los ojos entrecerrados —. Me crie con las películas de Disney. Con príncipes y princesas y finales felices. ¿Qué otra cosa iba a pintar? Los rascacielos son lo más parecido que tenemos a castillos en Nueva York.

—Me encanta, joder —dice—. ¡Un príncipe y una princesa que encuentran el amor en un castillo de Manhattan! ¿Por eso eligió ese nombre?

—Ajá. —Sonrío al recordarlo—. Le dije que me preocupaba que se sintieran solos en su castillo sin nadie más a su alrededor. Me dijo que el reino del príncipe y la princesa podría parecer vacío, pero que, tan pronto como amaneciera un nuevo día, se llenaría de toda la gente a la que querían.

Se le levanta una comisura de los labios.

—No se me ocurre nada más apropiado para colgar en la pared de King Plaza. —Se me escapa una risa—. Es extrañamente perfecto.

Para cuando llegamos a su edificio de apartamentos, cualquier tensión que hubiera sentido al salir de casa de su madre se ha disipado.

Como vamos en su coche, aparcamos en el garaje del edificio, aunque no hay ni un atisbo de preocupación de que lo haga porque quiera esconderme, y menos después de que ya me haya acompañado por el vestíbulo de su edificio de la mano, a la vista de todos. Incluso me besó abiertamente mientras esperábamos a que llegara el ascensor.

Ahora me besa de nuevo mientras subimos a su ático. Ya se ha acostumbrado a ponerme las manos encima tan a menudo como puede, y yo hago lo mismo. Y, como siempre, para cuando llegamos arriba, estoy lista para más caricias.

Me empuja por el salón, sin apartar nunca sus manos ni su boca de mí. Una vez que llegamos a su dormitorio, no pierde el tiempo en quitarme la ropa, y luego se quita la suya también.

—Túmbate. —La intensidad con la que me mira no se parece a nada que le haya visto antes. Me recorre un escalofrío de los buenos. En cuanto estoy tumbada de espaldas en su gran cama, coge los pantalones que se ha quitado y saca el cinturón de cuero de las presillas. El corazón me da un vuelco y me quedo sin aliento. No va a usarlo conmigo, ¿verdad? No soporto muy bien el dolor. Como si pudiera leerme la mente, su expresión se suaviza—. No te preocupes, cariño. No tengo intención de marcar tu bonita piel con nada más que mi boca. —Levanta el cinturón—. Pero ¿me dejas atarte? Solo las muñecas, nada más. Y te desataré en cuanto me lo pidas.

Dios mío. Contoneo las caderas ante la idea de estar atada y quedar a merced de Roman. Ni siquiera tengo que pensarlo. Sé que estoy a salvo con él.

—De acuerdo.

Esboza una sonrisa, se echa sobre mí, me coge las manos entre las suyas y envuelve mis muñecas con su cinturón.

—Mantenlas por encima de la cabeza. —El pulso me late con fuerza en la base del cuello cuando obedezco. Una vez que me las ha atado, da un paso atrás y me contempla—. Qué hermosa.

Arqueo la espalda ante el tono admirado é su voz.

Se agacha y me besa una, dos veces antes de profundizar más. Su beso me abrasa por dentro, y cuando gimo, él gruñe en señal de aprobación.

Su boca se desplaza hacia mi mandíbula y luego hacia mi cuello, y su mano se desliza entre mis piernas.

Jadeo ante la sensación, y él se centra en mi rostro para ver mi reacción mientras recorre mi cuerpo con los dedos. Los pasa suavemente por la cara interna de mis muslos y se adentra en mi calor húmedo, rodeando mi entrada, antes de moverlos lentamente arriba y abajo, pero nunca con la presión que necesito.

Muevo las caderas, desesperada por más, pero él se aparta.

—Roman.

—No te muevas y te prometo que te haré sentir bien. — Entrelazo los dedos, los clavo en el colchón y espero conteniendo el aliento a que vuelva a penetrarme—. Estás chorreando, cariño. —Cuando vuelve a acariciarme con el dedo, me tiemblan los muslos—. Quieres follar con ganas, ¿verdad? —Cierro los ojos con fuerza y reprimo otro gemido. Me separa los muslos con sus cálidas en la cara interna, y me abre bien las piernas—. Mmm. ¿Por dónde deberíamos follar esta noche? —Abro mucho los ojos y me pierdo en su mirada oscura—. ¿Te asusta la idea de hacerlo por detrás?

Con el corazón acelerado, me humedezco los labios. ¿Me da miedo? Quizás, pero no tanto como pensaba, y menos cuando se trata de Roman.

—No —susurro.

Tensa la mandíbula.

—Joder, Chloe. —Me da un beso en los labios que hace que mi cuerpo estalle en llamas. Es un beso que promete tanto… Placer, pasión, ternura—. Pronto —gruñe—. Pronto me haré con ese culito. Pero esta noche quiero algo más de ti.

Desciende por mi cuerpo, desliza las manos bajo mis muslos y pone su lengua contra mi entrada, introduciendo la punta antes de lamer lentamente hacia arriba y chuparme el clítoris.

Intento sin éxito reprimir un gemido sordo.

Lo hace una y otra vez hasta que me retuerzo debajo de él. Cuando me encuentro peligrosamente cerca del límite, se detiene, se incorpora y busca algo en su mesita de noche.

Mi cuerpo se estremece ante la pérdida de su contacto, y cuando saca un objeto, lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente.

Es largo, ligeramente curvado y parece estar hecho de esferas de cristal que se estrechan gradualmente de un extremo al otro. Su tamaño y forma no dejan lugar a dudas sobre su finalidad.

Trago saliva.

—¿Eso es…? ¿Es de cristal? Parece un poco… peligroso.

Él se ríe entre dientes.

—Es cristal templado. No se romperá. Pero te va a sentar muy muy bien.

Pasa la punta fría por mi piel ardiente, provocándome un escalofrío que me recorre la espalda. Cuando lo hace girar alrededor de mi entrada, se me escapa un gemido. Pero cuando la empuja lentamente hacia dentro, jadeo ante la sensación de su extremo liso, duro y redondeado abriéndome.

Si Roman no se hubiera puesto entre mis muslos, mi reacción natural habría sido cerrarlos de golpe. Pero como confío en él, inspiro hondo y me relajo. Al instante, mi cuerpo empieza a adaptarse mientras mis terminaciones nerviosas vuelven a cobrar vida.

Con su atención fija en mi sexo, saca el juguete de cristal lentamente y luego lo vuelve a meter, y sus frías estrías me rozan deliciosamente el interior.

Pongo los ojos en blanco. Dios, voy a perder la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste que pensabas mudarte?

Le miro con los ojos muy abiertos, confundida. Antes de que pueda formular un pensamiento coherente, gira el juguete para que el extremo se deslice sobre mi punto G, y yo gimo.

—P-Por ahora solo es una idea.

Vuelve a sacarlo y a meterlo con un ritmo perfecto. Con cada movimiento, el placer crece y se enrosca en lo más profundo de mi ser. Pero sin estimularme el clítoris, esto no va a llegar a ninguna parte.

—Te vas a venir a vivir conmigo —dice—. Si ya no vas a estar con tu padre, quiero que vivas conmigo.

Me penetra con un poco más de fuerza para enfatizar la orden.

—Roman. —Me estremezco—. Es demasiado pronto para que vivamos juntos. —Un dedo roza mi clítoris con la presión más mínima y espirales del deseo se tensan en mi interior—. Por favor —le suplico, echando la cabeza hacia atrás.

Otra embestida, otro roce de su dedo.

—Mírame, Chloe. —Con más esfuerzo del que debería, me obligo a concentrarme. Sus ojos se han oscurecido y la intensidad de su mirada me atraviesa como un fuego—. Vente a vivir conmigo.

Me muerdo el labio.

—Es demasiado pronto.

Ladea la cabeza y pasa la lengua por donde estoy deseando que me toque, y yo grito.

—No es demasiado pronto. Lo sabes tan bien como yo. Tu lugar está aquí, en mi cama, en mi casa. En nuestra casa.

Me da vueltas la cabeza, pero el corazón me grita que admita la verdad. Este es mi lugar. Aquí, con él.

Su lengua vuelve a encontrar mi clítoris y lo acaricia con la presión justa para mantenerme al borde del abismo sin empujarme al vacío. Mi cuerpo está tan tenso a estas alturas que no puedo dejar de temblar.

Demasiado desesperada y necesitada como para luchar contra lo que los dos queremos, suelto un suspiro entrecortado.

—Sí, vale. Cuando me vaya de casa de mi padre, me mudaré aquí.

Sus ojos brillan triunfales.

—Buena chica. Ahora muéstrame otra vez lo guapa que estás cuando te corres.

Sin dejar de estimularme con el juguete, me chupa el clítoris y estallo al momento. Cuando el orgasmo me golpea arqueo la espalda sobre la cama. El calor y el placer irradian desde mi centro en un torbellino que me roba el aire de los pulmones.

El fuerte latido de mi canal alrededor del cristal enterrado en su interior es tan increíble que mi clímax parece no tener fin. Y durante todo ese tiempo, Roman me chupa y me lame sin parar.

Débil, temblorosa, me dejo llevar por la sensación. Cuando noto unos mechones sedosos entre mis manos, me doy cuenta de que he movido los brazos y estoy aferrada a su pelo.

Me dedica una sonrisa perezosa, con la boca y la barbilla húmedas. Me saca suavemente el juguete y lo sostiene en alto.

Al ver lo resbaladizo que está, la prueba de mi placer, se me enrojecen las mejillas.

Me toca los labios con la punta.

—Prueba lo dulce que eres. —Dudo solo un instante, luego abro la boca para él. Lentamente, desliza el extremo de cristal liso en mi boca y por mi lengua. Ya me he saboreado a mí misma en sus labios antes, así que no me echo atrás, mantengo la mirada clavada en sus

ojos y chupo, ahuecando las mejillas. Sus pupilas se dilatan—. Eres sexy de cojones.

Tiemblo ante el tono oscuro de su voz. Hasta ahora se ha controlado, jugando conmigo para conseguir lo que quería, pero su control se está desmoronando, y me encanta.

Suelto el juguete con un chasquido y levanto las manos.

—¿Puedes quitarme esto? Necesito tocarte. —Me quita el cinturón en un santiamén y, en cuanto estoy libre, le recorro con la punta de los dedos la suave piel de sus hombros, los surcos de sus abdominales, el rastro de vello que conduce a su erección. Me agarra la muñeca antes de que pueda rodearlo con mis dedos y me da un suave beso en la delicada piel de la cara interna. Siento un fuerte cosquilleo en el vientre—. ¿Roman?

Su expresión emocionada me acelera el corazón.

—Te quiero —dice con voz ronca.

La sinceridad de sus palabras me estrangula la garganta.

—Yo también te quiero. Muchísimo.

—En el momento en que me sonreíste en ese ascensor, me perdí. —Mientras habla, se coloca entre mis piernas y yo las separo para recibirlo—. Me enseñaste lo que se siente al amar cuando ya había perdido la esperanza de experimentarlo alguna vez. — Empuja dentro de mí y yo, con el aliento entrecortado, me aferro a sus bíceps. Baja la cabeza y su cabello me hace cosquillas en la base del cuello cuando sus labios se pasean sobre mi piel—. Has cambiado mi vida sin siquiera proponértelo. —Las lágrimas me pican en los ojos mientras se mueve dentro de mí. Pensaba que quería que perdiera el control, pero esto… este acto de amor lento y tierno, la forma en que confiesa sus sentimientos, cómo se ha sentido desde el principio, es más hermoso de lo que alcanzo a comprender. El placer crece con cada embestida, con cada palabra susurrada, y también lo hacen mis emociones. Me sujeta la cabeza con los antebrazos, sin apartar la vista de mis ojos. Cuando alcanzo el clímax, las lágrimas se derraman de mis ojos y apenas puedo respirar mientras el orgasmo me envuelve como una ola embravecida. Roman me seca las lágrimas de las sienes con los pulgares—. Eres tan hermosa…

Sus movimientos se vuelven entonces erráticos, y apoya su frente contra la mía cuando su enorme cuerpo se estremece y él se corre dentro de mí.

Nuestras respiraciones se entremezclan, nuestros corazones laten al unísono y nuestras bocas se encuentran a una fracción de centímetro de distancia.

Aquí, rodeada por él, llena de él, nunca me he sentido más segura.

Le acaricio las mejillas, disfrutando del ligero roce de la barba incipiente contra mis palmas.

—Nunca voy a cansarme de esto.

Su pecho vibra contra mí.

—Entonces, espero que estés preparada para lo que viene después.

Echo la cabeza hacia atrás, frunciendo el ceño.

—¿Qué viene después?

Me besa lenta y suavemente, y la sensación es tan perfecta que me hace curvar los dedos de los pies.

Sonríe cuando se aparta.

—Para siempre, cariño. Lo que viene después es un para siempre.

Epílogo

Chloe

Roman me pone una mano en la espalda y me guía a través de las grandes puertas de cristal.

La galería está llena de gente con copas de champán en la mano, admirando los cuadros que cuelgan por todo el espacio.

Un cosquilleo de emoción me recorre la piel. No puedo creer que haya llegado este momento. Han cambiado tantas cosas en el año que ha pasado desde que me mudé con Roman…

Si antes pensaba que mi corazón estaba lleno, ahora está a punto de estallar.

Alzo la vista hacia el hermoso rostro de Roman.

—Vamos a buscar a mi padre y a Carol.

Con una sonrisa en los labios, señala hacia el bar.

—Están ahí. —Me toma de la mano y me lleva hacia el pequeño grupo que se ha encontrado alrededor del invitado de honor.

—Chloe —me llama mi padre al verme, con una amplia sonrisa que le arruga los ojos.

La gente que lo rodea se aparta y yo lo abrazo con fuerza. Al inhalar los aromas familiares de la pintura y la trementina, la alegría me inunda por completo.

—Estoy muy orgullosa de ti —le susurro al oído.

Me estrecha con fuerza.

—Te lo debo a ti, cariño. Tú me cuidaste cuando yo no podía cuidar de mí mismo. Ahora no dejaría de mimarte si no tuvieras ya a alguien haciendo ese trabajo por mí.

Me suelta cuando Roman se acerca a mi lado.

El apuesto hombre que me ha acompañado esta noche le tiende una mano.

—Enhorabuena, Rick. Parece que la noche del estreno ha sido todo un éxito.

—Más de lo que habría llegado a imaginar.

Carol me abraza, da un paso atrás y me sujeta por los brazos.

—Estás absolutamente deslumbrante.

Se me enrojecen las mejillas y bajo la vista, estirándome el vestido tubo de satén azul.

—¿Lo dices por este trapo viejo?

Ella se ríe.

—Haces que ese trapo viejo parezca nuevo. —Suelta un suspiro y le sonríe a mi padre—. ¿A que hacen una pareja preciosa?

Sus ojos brillan de felicidad y cariño.

—Ya lo creo que sí.

Roman me rodea la cintura con el brazo y me pega a él. No escucho lo que me responde, porque, aunque llevamos doce meses juntos de forma oficial, la suave posesividad de ese gesto sigue teniendo el poder de hacer que el mundo a mi alrededor se desvanezca.

Pero no quiero perderme nada de esta noche. Contemplo las paredes de la galería, los cuadros de Nueva York expuestos en las distintas superficies. La exposición es más bien pequeña, ya que mi padre todavía tiene sus limitaciones. Pero la oferta parece aumentar la demanda.

Desde que su obra *Empty Kingdom* apareció en *Forbes,* el interés por su trabajo ha aumentado mucho. Como tuvo que empezar de cero, se vio obligado a establecer una lista de espera. Eso, a su vez, consiguió que la gente estuviera aún más ansiosa por comprar sus cuadros.

Cuando esta galería se puso en contacto con él para preguntarle si podían organizar una exposición de su obra, no lo dudó ni un segundo. Muchas de estas pinturas ya tienen comprador, y por el murmullo que se oye en la sala, tengo la sensación de que las que quedan se venderán antes de que acabe la noche.

—¿Damos una vuelta? —pregunta Roman un momento después.

Asiento.

—Estoy deseando verlo todo.

Coge una copa de champán de un camarero que pasa y me la pasa antes de hacerse con una para él.

—Volveremos enseguida —les digo a mi padre y a Carol, que están bebiendo de sus copas y sonriendo felices mientras aparecen más invitados.

Roman envuelve mi mano con la suya, cálida y segura, y me lleva hacia la multitud.

No sé si alguna vez me acostumbraré a esto: a la sensación de que los sueños se hacen realidad. A lo que se siente al perseguirlos en lugar de alejarlos porque estaba demasiado asustada por si me dejan a la deriva y sola.

Ahora estoy junto al hombre al que amo mientras contemplo las obras de arte de mi padre expuestas en las paredes de una de las galerías más prestigiosas de Manhattan. Este es un sueño que ni siquiera sabía que tenía.

Todavía estoy tanteando el terreno en lo que respecta a mi propio arte. Hace un año, Roman me dio a elegir: volver a trabajar para él, quedarme en Wright Construction como enlace o buscar otro trabajo. Cada opción venía con una condición: esperaba que persiguiera mis propios sueños al mismo tiempo.

Decidí quedarme en mi puesto de enlace. No estoy segura de lo productivos que seríamos Roman o yo si volviera a trabajar para él, teniendo en cuenta lo difícil que nos resulta mantenernos alejados el uno del otro. Quedarme en Wright Construction parecía la opción más segura.

También me ofreció la opción de dejar el trabajo y dedicarme al arte a tiempo completo con su apoyo, pero descarté rápidamente esa opción. Por mucho que lo quiera, por mucho que sepa que él me quiere, necesito mi independencia. Necesito saber que puedo valerme por mí misma.

Y él lo entiende.

Por eso me demuestra su amor estando a mi lado en todo momento. No me frena ni me marca el camino para que yo lo siga. Me coge de la mano cuando salgo de mi zona de confort o decido salirme de los límites que una vez tracé en mi vida.

Algunas de mis pinturas cuelgan ahora de la pared de True Brew, tanto en la tienda original de Brooklyn como en la nueva, situada en el vestíbulo de Genesis-1.

Incluso he vendido unas cuantas. He encontrado mi nicho en los retratos de la gente que llena las calles de Nueva York. Nada nos une más que la conexión humana; ese momento en el que miramos el rostro de otra persona y vemos reflejada allí nuestra propia existencia.

Roman cree que me encanta pintar a la gente porque, inconscientemente, quiero poblar las calles vacías de mi cuadro favorito de mi padre, el que todavía adorna el vestíbulo de King Plaza.

Quizá tenga razón. Mi padre pinta la belleza de la ciudad y yo pinto la belleza de las personas que la consideran su hogar.

Mi retrato de Roman cuelga en mi estudio de arte, que se encuentra dentro de su ático. Me sorprendió antes de que me mudara haciendo que reformaran una de las estancias vacías. Tenía pensado colgar junto a él el cuadro que pinté del niño, mitad Roman, mitad yo. Pero cuando se lo enseñé, insistió en ponerlo en el salón.

Un recuerdo de un sueño que compartimos. Un sueño sobre nosotros.

Ahora, mientras me acurruco a su lado y sonrío al contemplar un cuadro de Central Park al atardecer, con las sombras del crepúsculo extendiéndose sobre la hierba y el horizonte teñido por el suave resplandor de la luz del sol que se desvanece, toda mi vida me parece un sueño hecho realidad.

—Chloe. —Lola se acerca corriendo y me abraza. Jamie, con Christopher en brazos, que no para de moverse, me sonríe a su espalda.

Me río mientras me libero de su abrazo.

—Me alegro mucho de que hayáis podido venir.

—Como si fuéramos a perdérnoslo. Dios mío, los cuadros de tu padre son increíbles. ¿Dónde está? Tengo que saludarlo. Luego te busco.

Les indico la dirección correcta y, mientras Lola se aleja a toda prisa con su marido y su hijo a cuestas, sonrío a Roman.

Apenas tenemos un minuto para nosotros antes de que aparezca un flujo constante de amigos y familiares. Sophie y su novio, Marco, han venido a apoyar a mi padre. Ethan, que se ha convertido en un buen amigo, y su flamante prometida, Caitlyn, también están aquí. Junto con Cole y Delilah con Lottie, Tate y Violet, que se casaron hace seis meses, y Beverly y Miles, que ya han empezado a hablar de irse a vivir juntos.

Es suficiente para que se me haga un nudo en la garganta y me piquen los ojos.

Al final de la noche, estoy emocionalmente destrozada, pero en el mejor sentido posible.

Ahora estamos en el asiento trasero del coche, mientras Phillip nos lleva a casa entre el tráfico nocturno, y yo estoy acurrucada contra Roman y nunca me he sentido más feliz.

—¿Feliz? —Su voz es un profundo murmullo contra mi oído, que tengo pegado a su pecho.

Dejo escapar un suave suspiro.

—No creo que nada pudiera hacerme más feliz.

La risita que suelta me hace vibrar.

—¿Es eso un desafío?

Echo la cabeza hacia atrás y me encuentro con su mirada. Lo que veo en su expresión me hace latir el corazón con fuerza. Está llena de amor, de calor y de una posesividad que me acelera el pulso.

Le dedico una sonrisa tímida.

—Solo hay una cosa que podría hacerme más feliz ahora mismo.

Su mirada se oscurece cuando desliza el pulgar sobre mi labio inferior.

—¿De qué se trata, cariño?

Mi lengua se asoma para saborear su piel y, cuando se le corta la respiración, un escalofrío de emoción me recorre el cuerpo.

—Lo único que podría hacerme más feliz ahora mismo es… un gran bol de helado.

Chillo cuando tira de mí y hace que me siente a horcajadas sobre él, con las rodillas a los lados de sus muslos y mi centro sobre el

duro bulto de sus pantalones.

—Te daré algo que chupar, pero no estará frío. Estará muy caliente, pero podrás tomar todo lo que quieras.

La forma en que se le curvan las comisuras de los labios y se acentúan las arrugas de expresión alrededor de los ojos me hace aún más feliz. Sin embargo, no tengo tiempo de admirar mucho esa expresión, porque al instante siguiente me está besando y me veo envuelta en su sabor.

Cuando abro los ojos la habitación está a oscuras y los dígitos luminosos del reloj de la mesilla me indican que está a punto de amanecer.

Mi cuerpo está agradablemente dolorido por el esfuerzo; Roman fue aún más intenso de lo habitual e hizo que me corriera una y otra vez antes de dejarse llevar por fin.

Debería haber dormido unas horas más. En cambio, siento la necesidad de levantarme y ver salir el sol sobre la ciudad.

Hago todo lo posible por no molestar al hombre que duerme a mi lado, me deslizo fuera de la cama, me envuelvo en una bata y salgo en silencio de la habitación.

Fuera, a través de los ventanales del salón, un tenue resplandor rosado y dorado ilumina el horizonte. No puedo evitar sonreír cuando los primeros rayos de sol rozan las cimas de los edificios, mientras que las calles de abajo y Central Park permanecen envueltas en la sombra.

Siento a Roman detrás de mí antes de oírlo. Ese cosquilleo de calor contra mi piel, la calidez que impregna mi cuerpo. Me echo hacia atrás antes de que él hable porque sé que ha venido para abrazarme.

Tiene el pecho desnudo, pero lleva pantalones de pijama.

—No quería despertarte —le digo, apoyando las manos en sus antebrazos.

—Me sorprende que estés despierta. Pensaba que te había dejado agotada.

Me río, aunque se me hace un nudo en el estómago al recordarlo.

—Y así fue.

—¿Te preocupa algo, entonces? —Apoya la barbilla en mi cabeza y los dos contemplamos cómo el nuevo día se despliega ante nosotros.

—Nada malo. Solo es… felicidad, creo. Siento tanta que me pone inquieta. Quizá necesite pintar un poco.

—Quizá… —Su voz suena pensativa.

Levanto la cara para ver su expresión. Sus ojos están oscuros cuando se encuentran con los míos.

—¿Eres feliz? —le pregunto en voz baja. Mi vida ha cambiado de muchas maneras durante el último año, pero la suya no. Sigue siendo el director general y sigue trabajando duro, aunque ni de lejos tanto como antes. Su relación con su familia sigue desarrollándose, sigue profundizándose.

Pero, en esencia, su vida es la misma, salvo por el hecho de tener una novia con la que convive.

—No estoy seguro de que «feliz» sea la palabra que usaría para describirlo. —Mi corazón da un pequeño vuelco. ¿No es feliz? — Me suelta y luego me pone las manos en los hombros y hace que me vuelva hasta que quedo de cara a él. Con un roce tierno, me aparta el pelo de la cara—. La primera vez que vi tu sonrisa, cuando estabas en ese ascensor junto a Lena —dice—, ya había una parte de mí que sabía que nunca querría dejar de verla. Por eso me asusté tanto cuando te encontré frente a mi oficina, como si te hubieran puesto ahí solo para tentarme. —Parpadeo, con los nervios a flor de piel, porque no entiendo qué tiene que ver nada de esto con el motivo por el que ya no es feliz. Sus labios se curvan y me acaricia la boca con el pulgar—. Eso resultó ser cierto, pero nunca me arrepentiré de haberme dejado tentar. Me enseñaste que me estaba castigando a mí mismo por los errores de mi padre, que el amor no es una debilidad, que es lo que nos hace más fuertes.

Más tranquila, me pongo de puntillas y le doy un beso en la piel desnuda sobre su corazón.

—Eres tan fuerte porque tienes mucho amor dentro de ti. Lo único que pasaba era que no te habías dado cuenta.

—¿Recuerdas cuando te pregunté si lucharías conmigo?

Asiento lentamente.

—Te dije que lo haría si tú querías. —Su sonrisa ha desaparecido y sus ojos arden con una intensidad que enciende mi cuerpo. Con un movimiento rápido, se arrodilla y apoya la frente sobre mi vientre y a mí se me acelera el pulso—. ¿Roman?

Me mira, y yo le acaricio el pelo oscuro con los dedos, con la mente sumida en una confusa neblina.

Traga saliva.

—Feliz no es la palabra que usaría para describir cómo me siento, porque es mucho más que eso. Mi vida cambió en el momento en que te conocí. Derribaste los muros que había construido a mi alrededor y trajiste contigo calidez, luz y amor cuando yo estaba decidido a mantener todas esas cosas a distancia.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Me alegro mucho.

Se mete la mano en el bolsillo de los pantalones del pijama y saca un anillo, uno que brilla intensamente bajo los rayos de sol que empiezan a colarse por la ventana. Con el corazón a mil, me tapo la boca con las manos y contemplo el enorme diamante rodeado de diminutas piedras turquesas.

—Te quiero a mi lado, luchando conmigo, Chloe. —Su voz se ha vuelto ronca—. Y yo quiero estar a tu lado, luchando con la misma fuerza. Me convencí a mí mismo de que estaba bien vivir la vida solo, pero estaba equivocado de cojones. Tanto que parece un chiste. Mi corazón ha sido tuyo desde el momento en que te vi. Sonreíste, y así, sin más, todo cambió. Cada puñetero día me enamoro más de ti, y eso nunca va a cambiar. Así que, por favor, cariño, sé mi esposa. Déjame mostrarle al mundo cuánto te amo. —Siento el calor de las lágrimas en las mejillas; él se pone de pie y me abraza, y yo me pongo de puntillas y lo beso, poniendo en ello todo mi amor, toda mi pasión y todos mis sueños para nuestro futuro. Cuando por fin me aparto, siento los labios hinchados de la mejor manera posible—. ¿Eso es un sí? —Sus ojos gris pálido me traspasan.

El corazón me late como si aleteara contra mi caja torácica, como si fuera un pájaro que quiere liberarse, pero solo para poder volar hacia él.

—Amarte me ayudó a volver a soñar. Amarte me recordó cómo arriesgarme. Tienes todo mi corazón, Roman. Siempre lo tendrás. Y nada me haría más feliz que casarme contigo.

Me coge de la mano y desliza el anillo en mi dedo; la delgada banda me queda perfecta. No tengo tiempo de admirarlo antes de que sus labios vuelvan a posarse en los míos, y nos besamos frente a la ventana con vistas a Manhattan mientras el sol dora los edificios y las calles vacías bajo nosotros comienzan a llenarse.

Agradecimientos

Terminar una serie siempre es difícil, ¡y Roman lo ha hecho más difícil que de costumbre! Estoy increíblemente agradecida a todos los que me ayudaron a darle vida a su historia y a la de Chloe.

Gracias, ante todo, a mi marido, que apoyó mis sueños de ser escritora desde el principio. ¡Nada de esto habría sido posible sin ti!

A mis tres hijos, que alegran mis días y sin los cuales quizá nunca habría empezado a escribir.

A mi familia, que es una fuente constante de apoyo y que me tranquiliza cada vez que llega el momento de publicar un nuevo libro.

Gracias a mis asistentes, Tricia y Meredith, por ayudarme con todas las tareas de autora que me cuestan tanto. No sé qué haría sin vosotras.

A mi editora, Beth. Gracias por echarle un vistazo a otro de mis libros. Y sí, sigo abusando de las mismas palabras. Mejoraré pronto, lo prometo.

A mi editora de desarrollo, Brittni. Gracias por ayudarme a sacar la historia de Roman y Chloe de mi cabeza para plasmarla en el papel.

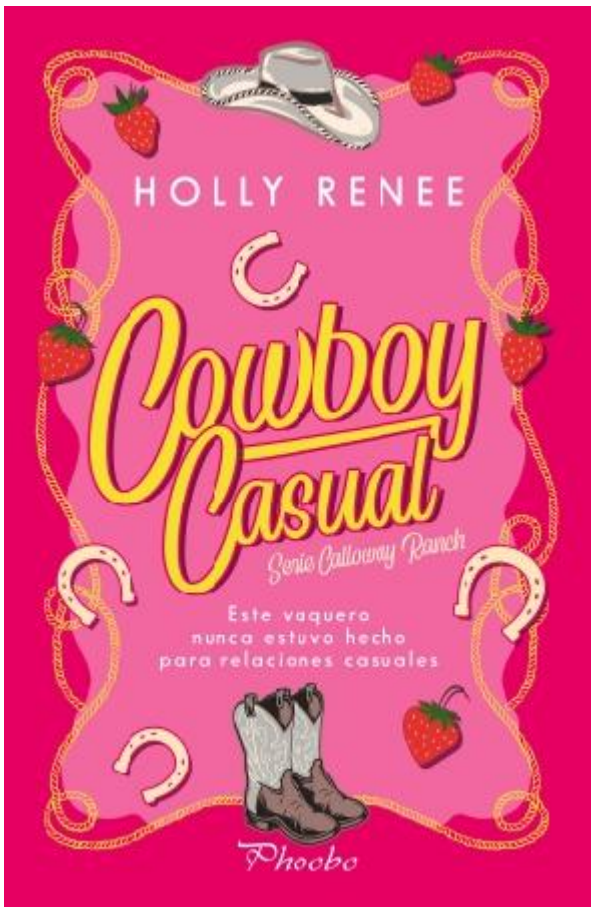
A mi equipo de relaciones públicas de Foreword PR. Linda, no sé cómo tienes tanta paciencia conmigo. Solo quiero que sepas que te lo agradezco; eso y todo lo demás que haces por mí.

A mi agente, Amanda. Gracias por representarme. Ha sido otro paso emocionante en este viaje.

Y, por último, a mis lectores. Todavía tengo que pellizcarme cada vez que alguno de vosotros me envía un mensaje para decirme lo mucho que os gustan mis libros y que estáis deseando leer el siguiente. Puede que este reino vacío ya no esté vacío, pero hay otros corazones que curar y finales felices que contar.

¡Espero que me acompañéis allá donde vaya!

¡Con todo mi cariño!
L. M.



Cowboy casual

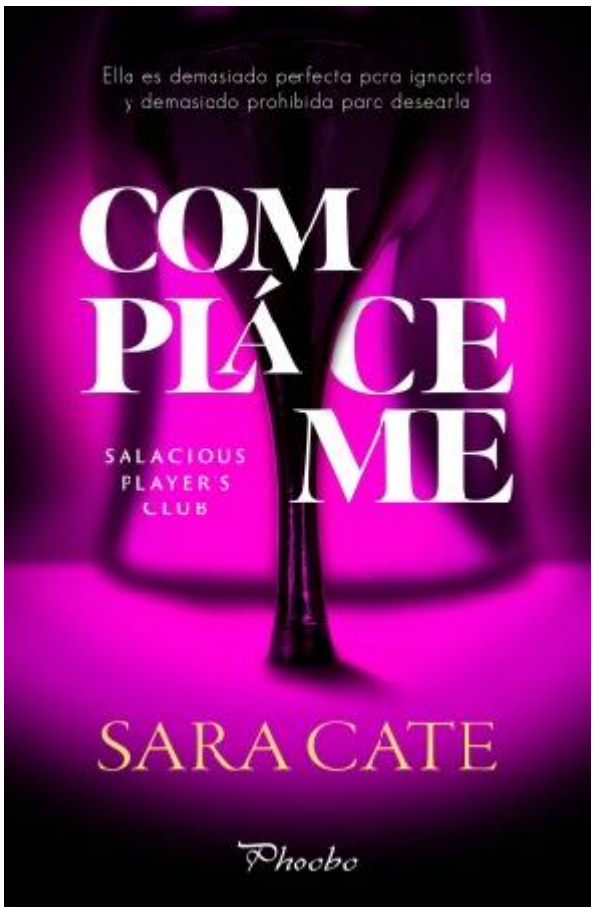
Renee, Holly
9791387787721
370

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Blaire Monroe es la única mujer a la que he amado de verdad… y la única a la que le he permitido romperme el corazón. Han pasado diez años desde que se marchó de este pueblo para perseguir una vida que no incluía al cowboy de la puerta de al lado. Ese que siempre estuvo demasiado cerca, en esa peligrosa frontera entre ser los mejores amigos y algo más. Y ahora ha vuelto. Con un

compromiso roto a sus espaldas, se ha refugiado en la vieja granja de fresas de su abuela, como si el pasado nunca hubiera ocurrido. Como si ella no siguiera presente en cada rincón de mi vida, incluso en aquellos que he pasado años intentando borrar. Pero Blaire es alguien a quien no se puede olvidar. Blaire es fuego salvaje: impulsiva, indomable, imposible de sostener sin quemarse. Y en cuanto volvemos a encontrarnos, todo estalla. Demasiada pasión. Demasiado pasado entre nosotros. Ninguna distancia. La tensión por fin explota, la atracción es imposible de ignorar, y, antes de darme cuenta, estamos justo donde juramos que nunca volveríamos a vernos: contra la pared, con sus manos en mi pelo y mi boca sobre la suya como si hubiera pasado diez años con hambre. Me digo que puedo con ello. Pero la verdad es otra.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Compláceme

Cate, Sara
9788410070738
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él dice que soy perfecta.

Su mascota sin mácula.

Su chica buena.

Cuando mi tóxico exnovio me abandonó, me quedé hundida y destrozada, y solo ansiaba encontrar a alguien que me dijera que yo valía la pena.

Entonces **encontré un nuevo trabajo con un jefe que hace que me ponga de rodillas…** literalmente.

Emerson Grant me incita a hacer cosas que una verdadera secretaria nunca haría. Pero también me hace saber que valgo la pena de verdad. Que soy digna de sus halagos. Hay un millón de razones por las que debería mantenerme alejada de él. El dueño del Club Juegos Prohibidos no es solo mi nuevo jefe, sino que también me dobla la edad… y es el padre de mi exnovio.

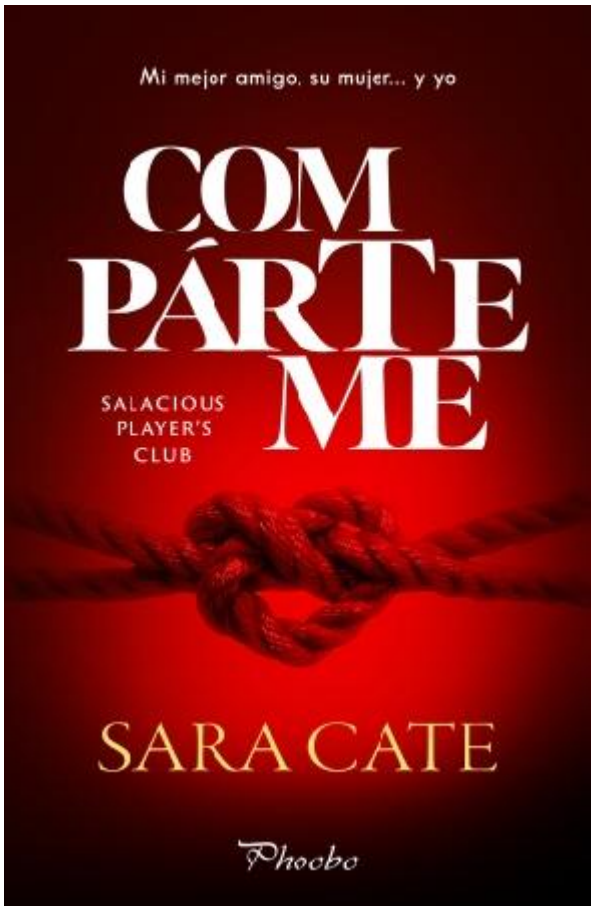
Con él **me siento valorada, adorada… Suya**.

Soy una buena chica, pero me he enamorado del hombre equivocado.

Emerson Grant sabe lo que quiere, y ahora me quiere a mí.

Pero **¿hasta dónde estaré dispuesta a llegar para conseguir su aprobación?**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



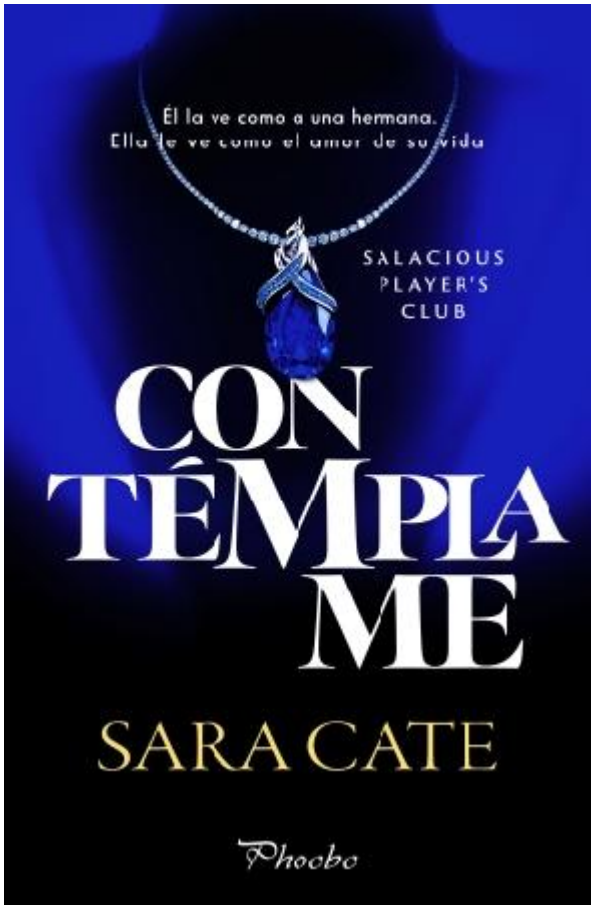
Compárteme

Cate, Sara
9791387787028
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Soy un sinvergüenza, un playboy, un golfo… Siempre he sido un mujeriego y no me importa reconocerlo, así que cuando mi mejor amigo decidió abrir el Club Juegos Prohibidos y me propuso que dirigiera las obras, no iba a decirle que no. Ahora estamos viajando por todo el país para visitar otros clubes de fetichismo, y soy feliz. La vida es maravillosa. Pero de pronto Hunter me pide que me acueste con su mujer mientras él mira, y, aunque haría cualquier cosa por él, lo sensato sería negarme; Isabel es la mujer de mis sueños… y es suya. Al final, la razón por la que debería decir que no se convierte en la que me hace aceptar. Isabel y Hunter son las dos personas más importantes de mi vida, y una vez que emprendamos ese camino no habrá vuelta atrás.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



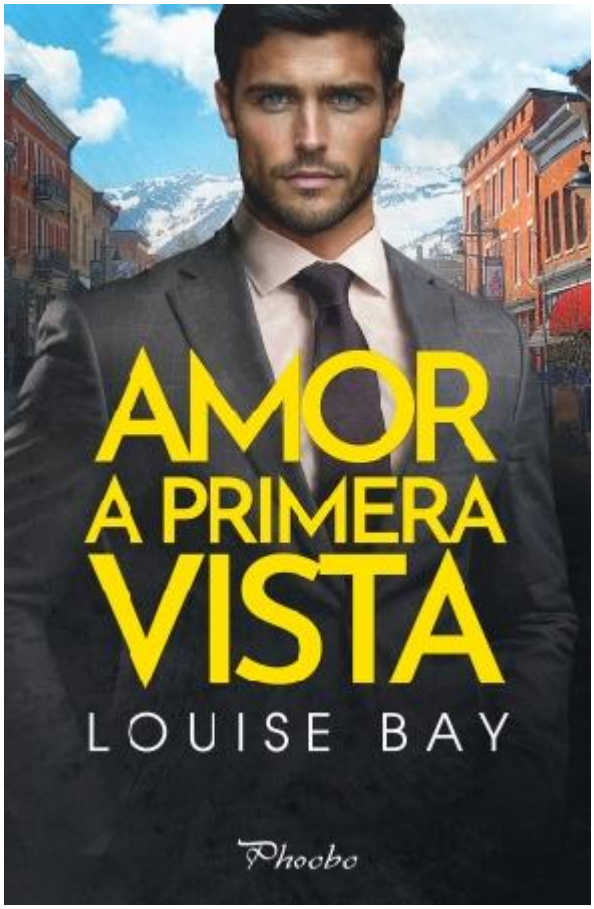
Contémplame

Cate, Sara
9788410070813
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Soy un voyeur. Eso quiere decir que me gusta mirar, y en mi oficio eso es una bendición. Soy uno de los propietarios del Club Juegos Prohibidos, y me siento cómodo manteniéndome al margen. Es lo que se me da bien: trabajo mejor solo. Pero un día me topo con una aplicación para ver a mujeres a través de una cámara, y me encuentro contemplando a la única persona a la que no debería mirar: mi hermanastra. Esto supone tres grandes problemas: uno, Mia y yo no nos soportamos; dos, ella no tiene ni idea de que yo soy el hombre que está al otro lado de la pantalla, y tres, me estoy enganchando a la aplicación… y a ella. Mia me hace desear algo que me juré que no volvería a hacer: abrirme y conectar con alguien emocionalmente. Me estoy enamorando de ella, pero ella se está enamorando del hombre misterioso que pretendo ser. Si quiero que todo salga bien, voy a tener que hacer algo más que mirar. Pero ¿hasta dónde seré capaz de llegar para seguir contemplándola?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor a primera vista

Bay, Louise
9791387787073
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Rosey Nunca pensé que sería una novia a la fuga, pero cuando llegó el momento no pude casarme con el hombre equivocado. Así que hui y, no sé cómo, acabé en Star Falls, Colorado, abandonada, sin equipaje, sin planes, vestida de novia y con un pasado que preferiría olvidar. El destino quiso que terminara en el único alojamiento disponible en la ciudad, una pequeña y acogedora cabaña puerta con puerta con Byron Miller, un multimillonario malhumorado que no

quiere saber nada de mí ni de este pueblo. Byron Hace años que me fui de Star Falls en compañía de todos mis errores. Ahora he regresado, decidido a construir un complejo turístico de lujo que con el que podré reescribir mi pasado. Lo último que necesito es una distracción, y menos aún la novia a la fuga que se ha instalado en la casa de al lado. Esa mujer guarda demasiados secretos y tiene una sonrisa radiante que no puedo dejar de mirar, y, por mucho que intento mantener las distancias, por algún motivo, no lo consigo. Cae la nieve. Saltan chispas. Las charlas nocturnas en el porche se convierten en algo más. Algo que ninguno de los dos esperaba. Pero el pasado de Rosey la persigue muy de cerca, y mi futuro aquí pende de un hilo. Ella solo está de paso y yo intento no echar raíces. Pero Star Falls, Colorado, tiene sus propios planes.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)